BIBLIOTECA "GOATHEMALA"
DE LA SOCIEDAD DE GEOGRAFIA E HISTORIA
DIRIGIDA POR EL LICENCIADO J. ANTONIO VILLACORTA C.
VOLUMEN X

VERDADERA
Y
NOTABLE RELACION

DEL

DESCUBRIMIENTO Y CONQUISTA DE LA NUEVA ESPAÑA Y GUATEMALA

ESCRITA POR EL CAPITAN

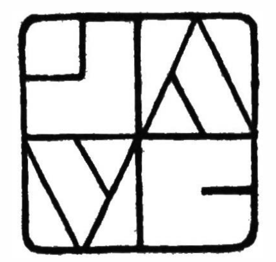
BERNAL DIAZ DEL CASTILLO
EN EL SIGLO XVI

TOMO I

EDICION CONFORME AL MANUSCRITO ORIGINAL QUE SE GUARDA EN EL ARCHIVO DF LA MUNICIPALIDAD DE GUATEMALA

PROLOGO
DE EDUARDO MAYORA

GUATEMALA, CENTRO AMERICA
NOVIEMBRE DE 1933



F773-1m1c-11-33

IMPRESO EN LA TIPOGRAFIA NACIONAL. — GUATEMALA, CENTRO - AMERICA

PROLOGO

Uno de los propósitos que se tuvieron en cuenta al fundar la "Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala", fué la publicación de libros y documentos inéditos y la reimpresión de los raros y escasos que tengan relación con la historia y la geografía del país. Y pocas veces un propósito tan útil y plausible ha sido realizado con tanto acierto y buena voluntad. Venciendo los obstáculos naturales que empresa de tamaña importancia encuentra siempre, la Sociedad ha ido más lejos de lo que se propusiera en su programa inicial, o, dicho con otras palabras, ha efectuado una labor más vasta y de mayor trascendencia que la ofrecida.

En efecto, en la nota fechada a 27 de junio de 1925, dirigida por la Sociedad al Ministro de Gobernación, solicitando facilidades y ayuda para editar las obras que constituirían la Biblioteca "Goathemala", se anunciaban preparados para entrar en prensas los siguientes volúmenes: el Popol Buj, Memorial de Tecpán Atitlán, el Rabinal Achí, Las Cartas de Hernán Cortés a Carlos V; las de don Pedro de Alvarado a Hernán Cortés, sobre la conquista de Guatemala; *capítulos de la obra de Bernal Díaz del Castillo,* en lo que atañe a Guatemala; *y el célebre Proceso de don Pedro de Alvarado,* instaurado en México en 1527.

Con ser todas y cada una de las obras citadas muy dignas de divulgarse, es fácil comprender que tienen mayor importancia y son de más aliento las hasta ahora impresas; especialmente esta del insigne Bernal Díaz del Castillo, que ve la luz pública completa y cuidadosamente cotejada con el borrador, que guarda en su archivo la Municipalidad, por el señor Licenciado J. Antonio Villacorta C., el más indicado por sus conocimientos y devoción en estos estudios para trabajo tan laborioso y difícil.

Por otra parte, en "Anales", la magnífica revista de la Sociedad, se han reproducido algunos de los trabajos antes enumerados, como el famoso proceso de Alvarado; y bien pueden, por sus dimensiones, ser incluídos también el Memorial de Tecpán Atitlán y el

Rabinal Achí. En cuanto al Popol Buj, todos conocemos la edición del mismo Licenciado Villacorta, precedida de extenso y documentado estudio, abundante en nuestro mercado de libros.

En cambio las obras del Padre Ximénez, Remesal, Fuentes y Guzmán, Villagutierre y Soto-Mayor, para sólo citar las editadas, unas son muy escasas, otras están publicadas sólo en parte y las hay completamente inéditas. Bernal Díaz del Castillo ha tenido más fortuna, posiblemente por los méritos intrínsecos de la obra, y también, porque el relato se refiere en su mayor parte a los hechos fabulosos de la conquista de México, país que ve con singular interés todo lo que atañe a su historia.

Es realmente penoso que obras que pueden considerarse como sillares del edificio de nuestro pasado reciente, hayan permanecido en injusto y absurdo olvido durante tantos años, relegadas a la categoría de papeles inútiles, buenos a lo sumo para pasto de polillas o tentación de ladronzuelos de toda laya. Olvido que debiera pesarnos como afrenta, y que al rectificarlo la Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala, obliga la gratitud de todo ciudadano consciente.

En medios donde la producción literaria y científica fuera abundante y de calidad, se explicaría hasta cierto punto que permaneciesen cuasi inéditos autores que poco o nada agregaban al monumento de la bibliografía nacional. No es nuestro caso; muy lejos de ello. He aquí porqué elogiamos sin restricción el acuerdo de la Sociedad y el eficaz apoyo que el Gobierno de la República le otorga, en esta encomiable labor civilizadora que vincula al caudal de nuestra cultura, el pensamiento de nuestros mayores, creando una provechosa solidaridad mental a través del tiempo.

No todos los individuos guardan estimulantes tradiciones de familia, a manera de reservas espirituales para horas de prueba; pero sería difícil encontrar un pueblo—con aptitudes y medios propios de vida—que carezca de tradiciones gloriosas donde el oro de la leyenda sagrada fulge con inmarcesible resplandor. El pueblo de Guatemala en este sentido, como descendiente de una gran raza autóctona de América, podría envanecerse—si estas cosas se cotizaran en la feria de las vanidades—con su ilustre prosapia. Y a fe que no le faltarían razones: nuestros abuelos mayas, de maravillosa civilización que aún permanece en el misterio, fueron, por lo poco que de ellos se sabe, pueblo creador, familiarizado con austeras disciplinas científicas y dueño de un alto espíritu artístico.

Sin contacto de ninguna clase con las civilizaciones de otros países contemporáneos, rodeado de grandes mares y de selvas agresivas, resolvieron con admirable precisión múltiples problemas de varia índole, lo cual al constatarse hoy, provoca asombro en las generaciones actuales. Pueblo pacífico y laborioso, artista y sabio—

el maya—sus posibilidades fueron inconmensurables; desgraciadamente no le fué posible llenar el ciclo de su vida. Vecino de tribus bélicas que vivían de la guerra y para la guerra, desapareció, como otras notables razas de la historia, en la tempestad de anónimas batallas.

La paciente y erudita labor de entidades y arqueólogos que dedican ingentes esfuerzos para reconstruir el pasado de los mayas, descifrando con benedictina paciencia la condensada escritura de jeroglíficos en ciudades arruinadas y en monolitos que la vegetación tropical cubre y destruye; difícilmente podrá realizar el milagro de revelarnos, siquiera en síntesis, todos los aspectos de la vida maya: su teogonía, su ciencia, su organización política y social, sus relaciones familiares; su concepto de arte—música y literatura—y, sobre todo, los problemas metafísicos y aun materiales que los preocuparon y no tuvieron tiempo de resolver victoriosamente.

El estudio de los complejos problemas de la cultura maya—capítulos de la evolución del hombre en la tierra—interesan cada día en forma más amplia y seria a los círculos científicos del mundo, y por su importancia puede decirse que pertenecen a la humanidad; en cambio los acontecimientos de la conquista y el período de la colonia—lapso durante el cual se operó la fusión racial de españoles e indígenas—es asunto de nuestra competencia directa. Y sin que esté vedado—no podía estarlo—al historiógrafo y al sociólogo extranjero el estudio y el comentario de estos hechos, somos nosotros los verdaderamente interesados en conocer a fondo esas páginas de historia patria.

El hecho doloroso de haber permanecido durante tantos años—más de dos siglos—manuscritos tan interesantes en los archivos municipales y anaqueles de las bibliotecas públicas, dando lugar a pérdidas que nunca lamentaremos bastante, revela con más elocuencia de la que quisiéramos: incalificable descuido y falta de estimación por nuestra propia obra espiritual.

De este desdén por el libro nacional, son culpables gobiernos, municipios y entidades culturales, y no es nuestra desautorizada palabra la primera en referirse a él; ha muchos años don Miguel Angel Urrutia, en su discurso de ingreso a la Academia Guatemalteca de la Lengua, se quejaba de que "hayamos perdido las obras que se escribieron en tiempo de la colonia y que serían hoy fuentes de curiosos estudios, para resolver los obscuros problemas de nuestra historia literaria"; y más adelante se dolía del desprecio por las antiguas bibliotecas y los viejos archivos, donde se pierden valiosos pergaminos y preciosos manuscritos. Batres Jáuregui, refiriéndose a obras que sólo conocemos por el título, preguntaba amargamente: "¿Dónde están todos los libros que aquellos literatos escribieron? ¿Qué es de esos tesoros, que debiéramos haber guardado en inviolables arcas, toda vez que la fama pregonera aún nos repite el eco de aquellos nombres ilustres?" Duélese el patriotismo al contestar que una incu-

ria funesta, criminal si se quiere, dejó perder muchas de las primeras producciones de nuestros mayores". Podríamos transcribir citas análogas hasta el cansancio, pero no tiene objeto.

Agreguemos, sí, que en mengua de nuestro prestigio intelectual se ha perdido la mayor parte de los 131 escritores centroamericanos, cuyos nombres incluye Beristain en su Biblioteca Hispano Americana; *extractada por don José Milla y no ha mucho reproducida la lista íntegra en la Revista "Anales" y en "Diario de Centro América". En este último por don Víctor Miguel Díaz, celoso conservador y divulgador de documentos valiosos y poco conocidos.*

No cabe en este pequeño trabajo el examen de las causas directas e indirectas que mantuvieron en inmerecido olvido, a los antiguos escritores, religiosos y seglares, de que podemos enorgullecernos; queda el tema para pluma erudita y galana. Lo que pretendemos ahora, en medida de nuestras modestas fuerzas, es celebrar y elogiar con positivo entusiasmo la aparición de un nuevo volumen de la Biblioteca "Goathemala": "Historia Verdadera de la Conquista de la Nueva España", por Bernal Díaz del Castillo, notable crónica de los tiempos coloniales, cuyo manuscrito original guarda en su archivo el Honorable Ayuntamiento capitalino.

No es desconocido el libro de Bernal—editado antes de ahora profusamente y traducido a otros idiomas—pero hubiera sido un absurdo no incluírlo en una colección de autores guatemalenses de la época colonial, puesto que como dice Agustín Mencos Franco, lo debemos considerar nuestro compatriota por razones de adopción y domicilio, sin olvidar que en nuestra patria fué, y de los primeros descubridor e conquistador, vecino e regidor.

Se lamentaba el publicista argentino don Vicente G. Quezada, autor de "La Vida Intelectual en la América Española Durante los Siglos XVI, XVII y XVIII", en la parte que dedica a la Capitanía General de Guatemala, de la falta de relaciones directas entre nuestro país y el suyo; y confesaba paladinamente, que en la República Argentina eran las naciones centroamericanas las menos conocidas, literariamente hablando; algo semejante ocurre en el resto de América, y buena prueba de ello es el interés con que el docto Ministro de Colombia, don Antonio Gómez Restrepo, adquirió obras guatemalenses que eran para él, tan ilustrado y culto—poseedor de una de las más ricas bibliotecas americanas—ejemplares verdaderamente raros. ¡Gracias a Dios, que tamaña anomalía empieza a ser subsanada en forma decorosa, mejor diríamos brillante, con las ediciones de la Biblioteca "Goathemala"! Cada nuevo libro es un embajador discreto y leal, que va a defender los fueros de nuestra cultura en tierras distantes y amigas. Ojalá que el esfuerzo meritísimo de la Sociedad de Geografía e Historia, estimule las actividades de otros organismos científico literarios, la Academia de la Lengua por ejemplo, y uno de estos días se reediten bajo sus auspicios las poesías de Juan Diéguez y Domingo Estrada, absolutamente agotadas.

Cuando se medita en la obra realizada por los descubridores, conquistadores y civilizadores de América, se advierte sin mayor esfuerzo que tal suma de energías, que hombres de espíritu tan batallador y dueños de voluntades tan vigorosas, de no encontrar la dilatada extensión americana para escenario de sus hazañas, capaces hubieran sido, obedeciendo el recio impulso de sus temperamentos, de desbordarse en la propia Europa señalando otro rumbo a la historia.

La perspectiva de los siglos no hace sino agigantar las proezas hercúleas llevadas a cabo por esos admirables tipos de la especie, que la historia designa con el cognomento de los Conquistadores. Y, a pesar de que con el correr del tiempo se han modificado las costumbres, suavizándose asperezas y elevándose a la categoría de leyes, los eternos principios de justicia y respeto al derecho ajeno; a pesar del relato truculento e incontrovertible de sus crueldades innecesarias, de su ambición desmedida, de su falsía y de su falta de responsabilidad; a pesar de esto y de cuanto han dicho y puedan decir plumas noble y sinceramente indignadas; y plumas hipócritas que censuran, no poseídas del dolor ajeno, sino del torpe propósito de mermar glorias españolas; todo eso, y mucho más, en nada achica la grandeza de estos varones, arquetipos de individualismo y temeridad, vencedores en mil batallas y fundadores de mil ciudades.

Hombres excepcionales por su valor inaudito, por su constancia probada, por las penalidades que sufrieron, por las dificultades que superaron, por la grandeza de sus sueños y la enormidad de sus hechos; de ellos puede decirse, que cada uno llevaba en su mochila, no un bastón de mariscal, sino un cetro de rey. En cambio la crueldad de que hicieron gala y la rudeza que agotaron, eran naturales en su tiempo, y desgraciadamente, son inherentes a la especie humana. Todos los imperios poderosos de la tierra, al conquistar y sojuzgar pueblos indefensos, han violado sus leyes, menospreciado su religión, proscrito su lengua, sacrificado sus héroes, robado sus tesoros y detentado su tierra; pero no todos han producido al par un Hernán Cortés, un Francisco Pizarro, un Vasco Núñez de Balboa...

A esa sanguinaria y heroica estirpe, aventurera y soñadora, fanática y rapaz, original y admirable, perteneció el autor de este libro: Bernal Díaz del Castillo—testigo y combatiente en ciento diez y nueve batallas—que en el ocaso melancólico de su luenga vida, dejó la tizona y requirió la pluma, inspirado por la musa de la indignación—al decir de Pereyra—para volver por los timbres de su gloria y por los fueros de la verdad maltrecha.

*
* *

Todos los admiradores del soldado cronista, lamentan lo poco que sus biógrafos nos cuentan de su vida y bien quisieran que él mismo u otro escritor nos hubiera dejado un relato con detalles de su existencia; y en verdad sería en extremo interesante saber en qué

universidad *se preparó Bernal para acometer empresa tan alta y bien lograda—envidia de doctos y regocijo de discretos—pues, si en Salamanca no hay huellas de su paso, fué entonces en el gran libro de la vida, donde cursó humanidades y la adversidad y la miseria las que afilaron los gavilanes de su pluma y colmaron con indeleble líquido el cuenco de su tintero.*

Nacido en Medina del Campo—riñón de Castilla—a fines del siglo décimoquinto, fueron sus padres cristianos viejos, de buena aunque pobre casa, llamados don Francisco Díaz del Castillo y doña María Díez Rejón. (El parecido de los apellidos de sus progenitores, y la costumbre de la época que permitía adoptar el paterno o materno, según el gusto y la nobleza de la casa a que pertenecían, ha dado lugar a controversias sobre cuál de los dos es el que realmente conviene a Bernal. Don José Milla afirma que es Díez y no Díaz—así lo escribió alguna vez el Rey Felipe II—pero don Antonio Batres Jáuregui refuta enérgicamente tal opinión estableciendo que firmaba Díaz del Castillo. Así lo conoce la posteridad).

De su mocedad nada conocemos, pero debió ser casa de mesa holgada donde creció un varón de tales vigores en el cuerpo y en la mente. Oyendo desde su infancia el relato fabuloso de las tierras nuevas, descubiertas precisamente por los años en que él nacía, nada de extraño tiene que se alistara uno de los primeros en la compañía de Pedrarias Dávila—1514—con rumbo a Castilla del Oro, a la conquista de riquezas y honores.

Pocas expediciones fueron preparadas con tan solícitos cuidados como esta de Pedrarias Dávila, y las esperanzas de sus tripulantes excedían a toda ponderación; se iba al país de las perlas y del oro; la decepción fué terrible cuando las condiciones insalubres del clima empezaron a hacer estrago entre la hispana gente. Afortunadamente para Bernal, en Cuba gobernaba Diego Velázquez, su deudo, y para allá embarcó en compañía de otros caballeros principales. Largos tres años estuvo en la isla, sin obtener cosa de mayor cuantía, alimentando sus esperanzas con promesas y buenas palabras.

La fe en el porvenir y el ansia de aventuras se mantenía palpitante en nuestro héroe, dispuesto siempre a embarcarse en el primer navío que zarpara hacia lo desconocido, o a formar en el primer cuerpo que se destacara hacia la zona de combate. Así lo vemos tomar parte en la malograda expedición del descubrimiento de Yucatán—1517—con Francisco Fernández de Córdova, de donde retornaron después de sufrir muchas penalidades, heridos y maltratados, pese al buen cortar de sus espadas. *Recordando estos infortunios—hambre, sed y más de cincuenta compañeros perdidos en el combate de Champotón—dirá más tarde sin jactancias ni falsas modestias: "¡Oh qué cosa tan trabajosa es ir a descubrir tierras nuevas, y de la manera que nosotros nos aventuramos!"*

Al año siguiente en la nueva expedición organizada por Diego Velázquez, y al mando de Joan de Grijalva—que llevó como tenientes a Francisco de Montejo, Alonso Dávila y Pedro de Alvarado—va también Bernal, cicatrizadas las heridas y olvidados los sufrimientos. Todos sabemos que esta expedición, más afortunada que la precedente, costeó tierras mexicanas más allá del actual puerto de Veracruz, desembarcando en varios puntos, librando combates y obteniendo apreciable cantidad de oro a trueque de cuentas de vidrio y otras bagatelas.

De regreso a Cuba los audaces aventureros, entusiasmados por el éxito, se deciden a preparar una poderosa armada para conquistar, poblar, rescatar *y repartirse las próvidas tierras apenas vistas; en ella embarcará por tercera vez Bernal, bajo las banderas de Hernán Cortés, de cuya epopeya será autor y cantor. De ahora en adelante y en tanto que haya que luchar, que vencer, que resolver, sabremos por él mismo lo que hace, lo que dice y aun lo que piensa. Comienza el relato, la historia, el poema, la novela, las memorias..., que de todo tiene este libro encantador, como apunta Luis Cardoza y Aragón, en reciente estudio. Prodigiosa memoria la de este viejo, un tanto ciego y un mucho sordo, que seguramente no distinguía de primera intención a sus netezuelos, y que recordaba con lucidez y precisión admirables, los mil detalles que prestan a su libro el sello de la verdad y el encanto de lo vivido.*

Excusado nos será referir la parte memorable que Bernal Díaz del Castillo tiene en las épicas jornadas de la conquista del opulento imperio Azteca; él lo dirá con sencilla elocuencia: atribulado en la Noche Triste, vencedor en Otumba, estuvo en todas partes y siempre se portó como bueno y esforzado.

Vencida y sumisa la capital del imperio mexicano, después de la derrota de Guatimozín—el príncipe indio ante cuyo heroísmo y constancia se descubre reverente la historia—; los vencedores resuelven reducir otras comarcas en codiciosa búsqueda de oro, y Bernal marcha con las tropas de Gonzalo de Sandoval a sojuzgar pueblos en Tuztepeque, Coatzacoalco, Pánuco y otras regiones, desoyendo la prudente y amistosa observación de Cortés, que lo invita a quedarse con él en las ricas tierras del valle de México. Agraciado con tres encomiendas, de escaso producto o que no supo explotar, en vez de fundar casa y establecerse como lo hicieron otros compañeros previsores, va de aquí para allá recibiendo heridas y pasando trabajos. En 1523 milita con el Capitán Luis Marín, reduciendo pueblos en Chiapas, donde los naturales peleaban como rraviosos leones...

Al año siguiente—1524—estaba Bernal en sus tierras de Coatzacoalcos, cuando Cortés dispone viaje desde la capital de México hasta la costa Norte de Honduras, para ir a castigar en persona a su insurreccionado lugarteniente Cristóbal de Olid. Incorporado a la expedición punitiva, Bernal abandona sus cosas y gasta su hacienda en servicio de su jefe.

Viaje portentoso "de más de quinientas leguas, teniendo que atravesar selvas impenetrables, ríos caudalosos y ciénagas profundas; en un país enteramente desconocido y en parte desierto; con un clima abrasador y malsano y falto de los recursos necesarios para el mantenimiento del numeroso ejército". Esta hazaña temeraria da la medida de lo que eran capaces estos hombres de hierro. Suspende el ánimo y maravilla en verdad, cuando se piensa en la dosis de energía y constancia, de fuerza y habilidad, de resistencia y estoicismo que fué preciso derrochar para consumarla; nos posee una honrada indignación al saber que tanto esfuerzo y padecimientos, que industria y empeños tales, se mancharon con la sangre de dos príncipes mexicanos que Cortés llevó consigo y ejecutó injustamente; y es triste meditar que empresa de tamaña magnitud y osadía tal, haya sido concebida y realizada al calor de un cruel espíritu de venganza, dejando atrás hartos y graves problemas de Estado. ¡Cosas de los Conquistadores!

Esta tremenda jornada, mezquina por los motivos que la inspiraron y pobre por sus resultados, es desde otros muchos aspectos una de las páginas de más relieve en la epopeya de la conquista de México y Centro América. Más de un autor ha descrito las peripecias y los azares de esta peregrinación fantástica, durante la cual Bernal descuella por su grande actividad y eficacia al frente de varias y delicadas comisiones en busca de paso y de víveres.

Sabido es que cuando Cortés llegó a Honduras, ya el infortunado Cristóbal de Olid no existía, y que las malas noticias que de México recibiera lo obligaron a embarcarse a la mayor brevedad; Bernal quiso ir con él y tenía sobrados merecimientos para que Cortés lo llevara consigo, pero por una u otra causa no lo incluyó en su séquito. Tuvo que regresar por tierra, atravesando parte de Honduras, El Salvador y Guatemala, librando algunas escaramuzas y sufriendo las molestias de travesía tan larga por caminos primitivos. Cuando volvió a México, después de dos años y tres meses de ausencia, estaba tan pobre que un compañero lo viste y aloja y aun le tiene que dar cacao e oro para gastar.

La utilidad y los servicios de Bernal no pueden ponerse en tela de juicio; infortunadamente, no se puede decir otro tanto en cuanto a las recompensas. En una época que las fatigas y peligros aumentaban la hacienda, Bernal sigue pobre y muere con "harta honra y copiosas necesidades", para usar su amarga frase.

Casado en 1535 o 1536 con Teresa Becerra, hija de Bartolomé Becerra, fundador y Regidor de la ciudad de Guatemala, no es, ni con mucho, remoto que por este matrimonio se radique definitivamente entre nosotros. (En la Antigua se conserva la casa en que vivió, donde ya viejo y desengañado habría de escribir la narración de los sucesos extraordinarios en los cuales tuvo parte tan principal.)

Algo se sabe de las intrigas y vicisitudes que sufrió en la villa de Coatzacoalcos, que poseía como encomienda, y por las que se vió en la necesidad de hacer—en 1540—un viaje a la Corte en demanda de justicia y recompensa por sus dilatados servicios. No fueron inútiles sus gestiones. Obtuvo dos Reales Cédulas: una para el Adelantado don Pedro de Alvarado en Guatemala, para que se le compensara de las tierras de Chiapas y Tabasco, que le habían quitado, por otras de igual importancia; y otra para el Virrey de Nueva España, don Antonio de Mendoza, para que le diera un corregimiento, caso de no cumplir Alvarado.

El Virrey Mendoza no lo atendió—lo que no es de extrañar, para los nuevos gobernantes los viejos conquistadores eran estorbo, por los derechos que tenían adquiridos y, posiblemente, por sus jactancias—; cansado y decepcionado Bernal se decidió a venir a Guatemala, donde estaba su familia. Gobernaba este reino a la sazón el Licenciado Alonso de Maldonado, quien obedeciendo el real mandato le dió en encomienda los pueblos de Zacatepec, Goanagazapa y Mistán, *de exiguas rentas.*

En el año de 1560 realiza otro viaje a España, va a las Juntas de Valladolid en calidad de antiguo conquistador; no desperdicia la ocasión para formular reclamos y pedir un premio adecuado a sus largos y notables servicios; y consigue una recomendación para el licenciado Alonso López de Cerrato, sucesor de Maldonado en el gobierno de Guatemala, recomendación inútil, que en nada mejora la suerte del ilustre soldado.

Más tarde obtuvo el puesto de Fiel Ejecutor, *plaza que desempeñó el resto de sus días, poseyendo también el cargo honorífico de Regidor del Cabildo de Guatemala. No obstante las penalidades y trabajos de su juventud, las pobrezas y decepciones de la ancianidad, vivió largamente Bernal Díaz; y a pesar de ser persona principal en la naciente ciudad de Guatemala, no sabemos con certeza la fecha de su fallecimiento: don Víctor Miguel Díaz nos da como fecha de su muerte el año de 1568, y dice haber tomado el dato de Fray Domingo de Reyes; Agustín Mencos F. en sus artículos sobre "Literatura Guatemalteca", consigna el año 1574, sin mencionar día; Batres Jáuregui —apoyado en Juarros—afirma que falleció en 1582 de más de noventa años.*

(Escrito lo anterior, hemos tenido noticias de que el licenciado J. Antonio Villacorta, ha encontrado un documento del año 1580 donde figura como gestor y firma Bernal Díaz del Castillo; este hallazgo que acredita la laboriosidad del señor Villacorta, confirma como bueno el dato de Batres Jáuregui). [1]

---

(1) En la Colección de Documentos Antiguos de la Municipalidad, publicada por don Rafael Arévalo, hay una comunicación dirigida al Rey y fechada a 4 de Marzo de 1580, firmando Bernal Díaz del Castillo entre los Regidores. N. del A.

He aquí el epitafio esculpido en piedra sobre su tumba, que los terremotos, la inclemencia del tiempo y el descuido de los hombres dejaron perecer en el polvo: "Aquí están en depósito, descansando en paz, hasta el postrer día del mundo, las cenizas del que igualó su fama con la pluma; manifestando la virtud, valor y prudencia con que el cielo prosperó la inmortalidad de su memoria, adquirida en la paz y en el furor de las armas. Bernal Díez del Castillo, *que se halló en ciento diecinueve batallas, en la conquista de Nueva España, Yucatán, Guatemala y sus provincias, como uno de los primeros y principales conquistadores y pacificadores de ellas; fué de los Regidores de la Muy Noble y Leal Ciudad de los Caballeros de Santiago de Guatemala; y escribió a semejanza de Julio César, primer emperador de la monarquía romana, una historia ilustremente adornada con las luces de sus hechos y verdaderos sucesos de su tiempo, dándose a conocer con ello en los dos hemisferios de ambos soles. Acabó de morir en edad de muchos años y comenzó a vivir sin límites y sin medida.*

"Los doctores don Ambrosio y don Tomás Diez del Castillo Valdés, Dean y Maestre Escuela de la Santa Iglesia de Guatemala y el Maestro don Pedro Cárcamo, sus bisnietos, y otros religiosos y nobles descendientes suyos, no con lágrimas, sino con oraciones y salmos, lo colocaron en este monumento, benemérito de otro mayor y más digno".

Hablar del arrojo de Bernal es redundancia; de su mérito como escritor, ahí está su libro veinticinco veces editado; pero hay un pasaje de su vida sobre el cual se debe insistir, porque revela el ánimo generoso de aquel recio varón: "Una vez, Diego de Godoy pretendía herrar como esclavos a todos los indios de uno y otro sexo, naturales del pueblo que se había sublevado, después de darse por vasallo del Rey de España. Airado Bernal se oponía a tanta crueldad, y acabó el acaloramiento a cuchilladas, entre Godoy y nuestro historiador, saliendo heridos ambos; pero los infelices indios ya no fueron quemados como bestias". Sobra el comentario.

De su descendencia, transcribamos lo que dice Pereyra:

"Tenía uno o varios hijos de una india. Esta rama de mestizos, encabezada por un Diego, que era el primogénito, desaparece. Nada se sabe de ella. No así de la legítima, pues el mayor, Francisco, tuvo entre sus descendientes al cronista de la Recordación Florida, *Francisco Antonio Fuentes y Guzmán, escritor menos que mediocre, nacido en 1639. Pedro, el segundo de los hijos de Bernal Díaz, es el fundador de una estirpe que ha continuado la sucesión hasta el siglo XX, ilustrándolo en el XIX con José de Batres Montúfar, satírico genial, de vida novelesca y con el erudito Batres Jáuregui".*

Si Bernal Díaz del Castillo tuvo sobrados motivos de queja de sus contemporáneos, que llegaron hasta negarle su condición de Conquistador *y le regatearon las recompensas a las que conforme la legislación y las costumbres de su tiempo, tenía un incuestionable derecho; no los tiene con la posteridad, la cual sin prodigalidades sospechosas ha reivindicado su nombre y su obra, colocándolos en el lugar que en justicia les corresponde. Incluído en el Catálogo de Autoridades de la lengua; editado numerosas veces con creciente demanda y traducido a otros idiomas; ya no puede tomarse en serio aquello de* idiota y sin letras, *con que él mismo se denigra modesta e irreflexivamente. Sin pretender que sea un maestro de la literatura española, cuya prosa pudiera ponerse de ejemplo y modelo por su pureza y elegancia; es fuerza convenir que posee, y en grado eminente, la facultad de cautivar al lector, lo que revela—sin necesidad de mayores pruebas—su calidad de escritor nato.*

Aventurado sería suponer que hizo acopio de datos, papeles y apuntes con el deliberado propósito de escribir su narración más tarde. Las fatigas de la campaña donde todo bagaje era un estorbo, y sus mismos antecedentes no justifican tal criterio; él, como la mayoría abrumadora de sus compañeros, lo que vinieron a buscar a estas tierras fué pingüe hacienda para llevar holgada y tranquila vida, si salían con bien de la arriesgada empresa. ¿Qué mejor testimonio que sus propias palabras? Repitámoslas: "Porque en aquel tiempo tenía otro pensamiento de entender lo que traíamos entre manos, que es en lo militar y en lo que mi capitán me mandaba, y no en hacer relaciones".

La génesis del libro es otra; nació por la violenta reacción que en su espíritu produjo la lectura de la historia de Gomara;—esta observación no es un hallazgo nuestro, se desprende claramente de las páginas del propio Bernal y todos sus biógrafos *la señalan—. Ahora bien, el libro nació sin dificultad alguna, a pesar de la edad provecta del autor, porque ya existía íntegro en la subconciencia de Bernal, esperando el* choque, *la oportunidad, la operación cesárea, para venir al mundo y probar fortuna.*

En Bernal se dió el caso curioso—no es el único—de un escritor que se ignoraba a sí mismo; que tenía un libro ya viable, terminado el período de gestación, y no lo traía a la vida porque desconocía el poder creador de su pluma. Es probable, y mejor digamos seguro, que los principales episodios de esta singular campaña, Bernal los habría relatado innúmeras veces, es decir, que hasta la forma puramente literaria existía en parte, aunque inconexa como es lógico. Cuando se ha intervenido en sucesos tan excepcionales—jugándose en ellos la vida—lo natural es que no se olviden jamás; por otra parte, en casi todos los viejos ocurre el mismo fenómeno: desorientados en el presente acerca del tiempo y el espacio, recuerdan con sorprendente exactitud los hechos distantes del pasado. Esto lo sabemos bien todos los que hemos oído sabrosas charlas de abuelos.

Si Bernal hubiera tenido conciencia de su capacidad de escritor —narrador ameno—en época más temprana de su vida, posiblemente además de la Verdadera Historia *tendríamos otros trabajos suyos sobre cosas memorables acaecidas en estos reinos de México y Guatemala, que él debió oír de labios de los propios protagonistas. Esta facultad latente, que pudo no manifestarse—perdiendo la literatura castellana una Crónica, que nunca caerá de manos del lector discreto—le sirvió para establecer* su *verdad. Porque la* Verdadera Historia, *su nombre lo indica, es obra de rectificación, y si carece del agrio sabor polémico peculiar a trabajos de esta índole, lo debemos al innato buen gusto de Bernal, quien hace gala de un delicado sentido de ponderación.*

A nosotros se nos antoja Bernal Díaz del Castillo soldado campechano de charla abundosa y grata, más amigo de monopolizar la atención en corrillos—con el recuento de estupendas proezas—que dedicarse a labores remuneradoras, un poco y quizá un mucho, ajenas a su espíritu caballeresco y batallador. El hábito de tener las armas siempre ceñidas, adquirido en duras e interminables velas, le formó una segunda naturaleza, inadaptable a las luchas palaciegas y las intrigas cortesanas, donde se obtenían prebendas y sinecuras.

Insatisfecho, viejo y pobre, el único consuelo que le quedaba, era volver a vivir los días gloriosos y tormentosos de su juventud en paliques y monólogos interminables; otros disfrutaban de altos puestos y crecidas rentas, ninguno le aventajaba en cuanto a hazañas; el oro *de las reminiscencias heroicas podía gastarlo sin tasa ni medida, era un* Perú *inagotable y le pertenecía por entero. Por esto, cuando cae en sus manos la Historia de Gomara, escrita desde otro punto de vista y con el manifiesto propósito de enaltecer a Hernán Cortés, figura central de la epopeya, con natural olvido de subalternos anónimos, se sintió defraudado y se aprestó a la defensa: espada y lanza no servían en esta ocasión, entonces tomó la pluma y entró resueltamente en el palenque.*

El adversario es de cuidado. Francisco López de Gomara nace en Sevilla por el año de 1510, estudia humanidades en la célebre Universidad de Alcalá donde se ordena sacerdote y sirve la cátedra de retórica; viaja por Italia y frecuenta el trato de varones doctos acrecentando sus conocimientos. En 1540 es capellán de la casa y familia del muy ilustre señor Hernán Cortés; allí le facilitarán informes verídicos Andrés de Tapia y Gonzalo de Umbría, conquistadores ambos; tiene a su disposición un archivo y al propio Cortés para desvanecer cualquier duda. Su obra se imprime en 1552, la primera parte, "Historia de las Indias", la dedica a Carlos V, y la segunda, intitulada "Crónica de la Conquista de Nueva España", a don Martín Cortés, hijo de su protector.

El éxito de la obra fué grande, tanto en España como en el extranjero, reeditada y traducida varias veces en poco tiempo, alcanzó envidiable renombre y gran favor entre el público; en cambio el

gobierno real la vió con malos ojos, ordenando que se recogieran los ejemplares existentes e imponiendo una multa a quienes la imprimieran o vendiesen; y se asegura que el Consejo de Indias la condenó calificándola como Historia libre...

No vamos a discutir aquí el mérito de la obra de Gomara; documentado en ricas fuentes, correcto el estilo, sencilla la exposición, ha resistido el agua regia de varios siglos, y más de un autor contemporáneo y autorizado la elogia y recomienda; empero, ninguno lo defiende del cargo de panegirista oficial de Cortés *con que acertadamente se le designa. Menéndez y Pelayo le señala un exceso de* lealtad y cariño á su jefe..., *no vamos a culparlo por esto, comió su pan y bebió su vino.*

A refutar libro de tales excelencias salió la Verdadera Historia de la Conquista de Nueva España *de Bernal Díaz del Castillo en 1632 —ochenta años después—ordenada por el Padre Fray Alonso Remón. No fueron felices los primeros pasos del libro, calificado de envidioso, se le negó todo valor literario, se le echó en cara como un crimen la prolijidad, y sólo se quiso ver en él, desahogo de vanidades...*

¡Merecida la hubiste Bernal! ¿Quién te metió a tí, soldado ignorante, a medir tus armas con bachilleres socarrones y maliciosos? ¡El amor a la justicia! ¡El respeto por la verdad! ¡La gloria de tus conmilitones! No. No mientas. Tras de lo que corriste indignado y loco, fué tras de tu fama; donde recibiste la herida fué en tu amor propio; por lo que entraste en liza equipado de todas armas, fué por tu gloria. ¡Y, a fe mía que hiciste bien! La espada que no te dió fortuna, tampoco te habría dado renombre. ¡Cuántos de tus émulos permanecen en absoluto e injusto olvido! ¡Fué la pluma la que abrió paso: a ella le debes el mejor blasón de tu escudo, por ella puedes cubrirte en presencia de los reyes y con ella conquistaste la inmortalidad!



Se considera el año de 1568 como la fecha exacta en que concluyó su libro Bernal. Es de suponer que al dar fin a su trabajo sacó o hizo sacar una copia en limpio, para remitirla al Rey don Felipe II, acompañada de una carta o memorial pidiendo la impresión y apoyando su solicitud con las razones que le parecieron pertinentes. Esta conjetura es elemental. Infortunadamente, a lo que sabemos, ese escrito de remisión se ha perdido y de milagro no ocurrió otro tanto con el propio manuscrito.

Que la obra no satisfizo a quienes la juzgaron en primera instancia, lo demuestra el hecho de no haber sido publicada, cuando los acontecimientos relatados eran de singular actualidad; que el juicio de estos exigentes censores fué, y con mucho, parcial y erróneo, lo demuestran también el favor y el aprecio de que hoy disfruta el libro, considerado por la crítica contemporánea como una de las joyas de la crónica castellana.

Con todo y haber permanecido inédito largos años el manuscrito, fué conocido y consultado por escritores de la época, pues lo citan el historiador Antonio de Herrera y Antonio de León Pinelo. Nada extraño tiene el hecho de que el libro no haya sido impreso, en aquel entonces, como en nuestros días, un autor desconocido difícilmente encontraba editor. Por otra parte, Bernal, con altivez no exenta de elegancia, ni siquiera se acordó de buscarle padrino influyente dedicándolo a un poderoso magnate, como más tarde había de hacerlo Cervantes, nada menos...

No se sabe cómo ni por qué, una copia del manuscrito estaba en poder del Consejero de Indias, don Lorenzo Ramírez de Prado, en cuyo despacho la conoció el mercedario Fray Alonso Remón, uno de los primeros en leerlo con simpatía, juzgarlo con equidad y estimarlo como digno de ser publicado. (Sólo poseído de un vigoroso sentimiento de admiración y con plena conciencia del valor del libro, se podría acometer la empresa de editarlo; y con ella acreditó Remón, adelantándose a su tiempo, buen gusto literario y fino sentido crítico.)

Sólo alabanzas y gratitud hubiera cosechado de la posteridad el Padre Remón, si al editar la obra bernaldiana se atiene con escrupulosa fidelidad—como estaba obligado—al texto del autor; desgraciadamente, el espíritu de secta, un lamentable celo por la gloria de la orden religiosa a que pertenecía, lo indujo a efectuar adulteraciones que le han valido fuertes y merecidas censuras, sin añadir fama ni provecho a su orden, como equivocada y torpemente supuso.

La circunstancia, por demás fortuita, de que el Padre Bartolomé de Olmedo que acompañó a Hernán Cortés en la campaña de la conquista, fuera mercedario, pareció de perlas a Remón, para "atribuir a su orden toda la gloria de la evangelización de los indios y del éxito de la Conquista". Claro está, que unas cuantas mentiras puerilmente intercaladas en la obra—todas sin fundamento y contradichas por textos fehacientes—no transformaron al Padre Olmedo, fraile mediocre, en un Fray Bartolomé de las Casas...

El primero, cronológicamente, en señalar las adiciones y supresiones del Padre Remón, fué don Francisco Antonio de Fuentes y Guzmán, autor de la "Recordación Florida" y rebiznieto de Bernal Díaz del Castillo, que cotejó lo impreso con el borrador original, encontrando que en unas partes tenía de más y en otras de menos con lo escrito por su ilustre abuelo. Otros comentaristas muy posteriores, han señalado las mismas faltas al Padre Remón, estableciendo anacronismos y falsedades evidentes; entre ellos don Genaro García, ilustrado bibliófilo y publicista mexicano, que tuvo a la vista una copia fiel del códice que posee la Municipalidad.

Las adiciones de Remón, en cuanto pretende exaltar la figura del Padre Olmedo, no pueden ponerse en tela de juicio, es un hecho comprobado hasta la saciedad; no así otras diferencias que hay entre esa edición y el borrador del Ayuntamiento, que en buena lógica el

Padre Remón no tuvo interés visible en alterar, como lo sostiene en reciente e interesante estudio don Ignacio Villar Villamil; quien se inclina a creer por sensatas deducciones, que fueron dos relaciones de su crónica las que redactó el propio Bernal, con algunas variantes.

Para nosotros, hemos de repetirlo, si Bernal Díaz del Castillo sobrevivió tiempo razonable a la conclusión de su obra, lo natural y lógico es que él mismo remitiera originales para la impresión del libro, conservando copia, que bien pudo diferir en algo de la enviada a la Corte, y entonces no es inadmisible la tesis del señor Villar Villamil, sobre que los dos borradores con todo y sus diferencias, fueron escritos por el mismo Bernal.

En cuanto a la leyenda escrita en la última página del manuscrito de Guatemala, puesta debajo de la firma autógrafa de Bernal Díaz del Castillo: Acabóse de sacar esta Historia en Guatemala a 14 de Noviembre de 1605 años, *—que el citado señor Villar Villamil conoce en reproducción fotográfica—es, según nuestro criterio, la nota de ignorado copista al finalizar su tarea, en fecha que ya el autor de la "Verdadera Crónica", incuestionablemente, había fallecido.*

Aunque es generalmente aceptada la suposición de que el propio cronista remitió sus originales a España, no hay, que nosotros sepamos, prueba concluyente de que así haya sido; y de no mandarlos él, cabe la hipótesis, de que fueron sus descendientes y herederos los que sacaron copia y la despacharon, y en este caso qué mucho que sean ellos *responsables de algunas discrepancias; las adiciones, desde luego, son obra y gracia del mercedario Remón.*

Al lado de estas conjeturas y suposiciones, aventuradas unas y razonables otras, hay un documento al margen de toda duda: el precioso manuscrito de Guatemala, propiedad en un tiempo de la familia del soldado escritor y hoy depósito inapreciable de la Municipalidad; códice que ha servido para esta fidelísima edición de la Biblioteca "Goathemala".

*
* *

Acariciaba el director de esta Biblioteca, Licenciado J. Antonio Villacorta, la idea de imprimir una edición guatemalense de la Crónica bernaldiana, apegada fielmente al borrador del Cabildo, esto es, en castellano del siglo XVI, sin agregarle coma ni suprimirle tilde. El proyecto seduce a primera vista, y no faltará quien piense que así debió hacerse, pero si examinan serena y detenidamente las dificultades e inconvenientes de una edición en esta forma, se cambia de opinión.

Esto último ocurrió con el propio Licenciado Villacorta, cuando el autor de este prólogo le hiciera algunas objeciones al susodicho propósito. Nos complace elogiar aquí la amplitud de criterio del señor Villacorta, quien no sólo aceptó benévolamente nuestra sugestión, sino que yendo más lejos quiso oír otras y autorizadas opiniones, pro-

vocando con este objeto una junta, a la que asistieron socios activos de la Sociedad de Geografía e Historia y algunos miembros de la Academia Guatemalteca de la Lengua.

En esa reunión se discutió ampliamente el punto, y al final hubo unanimidad de pareceres en favor de una edición modernizada *que sin alterar en lo más mínimo el texto, facilite su lectura, especialmente para el gran publico, entre cuyas filas se trata de popularizar el libro. Varias y convincentes son las razones que militan en pro de una reedición como la presente y hay antecedentes y ejemplos que justifican sobradamente el acuerdo.*

Quienquiera que conozca la edición mexicana de don Genaro García—excelente por muchos motivos—pero reproducción literal del borrador, se habrá dado cuenta de lo difícil y cansado que resulta para los lectores esa forma: las constantes abreviaturas, hoy en desuso; la puntuación arbitraria y por ende fuera de lugar, cuando existe; las letras mayúsculas escritas al capricho y los nombres propios con minúsculas; la ortografía *anticuada, la falta de acentos y el uso de la zedilla molestan tanto, que el libro se cae de las manos.*

Posiblemente no falten unos cuantos devotos incorruptibles de la tradición, que se escandalicen porque se ha metido podadera en la maleza tropical de la grafía bernaldiana; cuestión de opiniones. Absurdo hubiera sido reimprimir la obra en condiciones poco menos que ilegibles, por darle gusto a una minoría por selecta que se presuma.

No se pretende ¿quién lo ha pensado?, que esta edición sea definitiva; definitiva en el sentido de que no pueda ser corregida y mejorada: lejos de los editores tal pretensión. Nuevos estudios, un feliz descubrimiento—que la casualidad suele ayudar a la erudición—darán lugar al texto realmente definitivo y digno de Bernal Díaz del Castillo. Entre tanto, sí es bueno consignar que esta edición se ha realizado con fines estrictamente culturales, y por consiguiente, al margen de toda especulación comercial; cotejándose cuidadosamente cada página llevada a la imprenta con el borrador de Bernal, por los señores J. Antonio Villacorta y José Luis Reyes, cuyo desinteresado y laborioso trabajo merece aplauso.

(Ha pocos meses el Gobierno Español solicitó y obtuvo de la Honorable Municipalidad de Guatemala, permiso para sacar copia fotostática del célebre manuscrito; pliego por pliego fué cuidadosamente reproducido, y a estas horas debe estar en el viejo solar hispano, no como otrora en la humilde condición de solicitante, sino como huésped ilustre a quien se agasaja y admira. Suponemos que fué pedido con el objeto de imprimir una edición monumental en facsímil, para satisfacción y regalo de los enamorados de la antigua fabla y admiradores del soldado cronista.)

En lo fundamental, la historia es el relato verídico de acontecimientos pasados, pero es incuestionable que hay una gran diferencia entre la monografía pletórica de datos y rica en detalles, y una historia como el Esquema *de H. G. Wells, síntesis de hechos culminantes con marcada influencia en la vida de la colectividad. Hay episodios cuyo desarrollo se diría una novela y una epopeya al mismo tiempo; fastuosos cuadros murales plenos de colorido y movimiento, altamente decorativos y que, sin embargo, no han tenido mayor importancia en los destinos de la humanidad; en cambio hay sucesos que toda la fantasía del poeta no lograría revestir del esplendor épico tan grato a las muchedumbres, porque su grandeza radica en la inmaterialidad de las ideas, generadoras de un nuevo y más humano concepto de la vida.*

Para narrar hazañas heroicas en pulcra y bella prosa o en inmortales y armoniosos versos, sobran los historiadores, lo que precisa es un artista. En este caso la historia es un arte, y la belleza y la emoción colaboradores insubstituíbles. Ahora cuando el historiador traza el cuadro general de la época, precisando causas de grandeza o decadencia y señalando las consecuencias benéficas o funestas de los hechos; la historia es una ciencia y necesita para llenar su cometido, de austeras disciplinas auxiliares: geografía y cronología, arqueología y antropología, diplomacia, psicología y sociología, estadística y lingüística, biografía y filosofía, etc., etc.

Entre estas dos admirables formas del pensamiento escrito, desde Homero hasta Camoens, deste Tácito hasta Wells, hay lugar para obras menores, no por eso menos dignas de ser conocidas;— como cabe junto a la grandeza y hermosura del mar, el pequeño lago lleno de encanto y poesía—. A ese grupo selecto de obras menores, aunque no de universal prestigio, pertenece la crónica bernaldiana; ligada a la historia por su veracidad, no es ajena al poema por su sencillez y belleza.

Para nosotros, Bernal Díaz del Castillo no fué un historiador, le faltó preparación para serlo; no obstante, su notable relación *es el libro clásico de la historia de la conquista de México; y esto se explica por el poder incontrastable de la sinceridad, escritor apasionado y veraz, supo poner en las páginas de su obra la honda emoción que lo poseyó al redactarlas. No fué un letrado, no tuvo oportunidad para substanciosas y reposadas lecturas en edad propicia; y como no conocía los modelos célebres de la materia, no tuvo a quienes imitar y lo que pudo perder en método lo gana en originalidad.*

Creyente sincero, católico insospechable, en horas de tribulación hace votos y en víspera de batallas reza; pero no propala milagros inverosímiles; nunca vió al ínclito apóstol Santiago al frente de la hueste. Deja eso para escritores fanáticos que repiten sin examen

la conseja popular. Quizás porque no había leído a Plutarco, es que Hernán Cortés pasa por los capítulos del libro como un hombre, hombre superior sin duda, pero no exento de flaquezas humanas; de ser más retórico y menos verídico, nos habría presentado a su capitán envuelto en la olímpica nube de los semidioses...

Si Cortés hubiera podido leer la obra de Bernal, con seguridad no queda satisfecho, y no porque en ella se le regateen sus méritos, lejos de esto; sino por diferencias esenciales de concepto. La visión del caudillo es panorámica, abarca los grandes lineamientos de la campaña sin preocuparse de los detalles por interesantes que puedan ser; el horizonte del soldado es más restringido, pero más humano y por consiguiente eterno. (Después de la guerra europea se han marcado más hondamente esas diferencias substanciales de visión: para Hindenburg—o cualquier otro general en jefe—deben ser inadmisibles esos parcos relatos henchidos de verdad y dolor de los ex combatientes.)

Bernal no es un escritor de tesis, es un soldado probo y leal que escribió sus recuerdos en edad que ya no se tienen temores ni esperanzas; que dijera "El Nigromante". De él puede repetirse lo que decía Louis Perú de La Croix juzgando a Bolívar: amaba la verdad...

Su libro es un informe un tanto desordenado, pero verídico, sano y rebosante de interés. Sus méritos, hemos de insistir, son múltiples: para el sabio tiene el valor de un documento auténtico, para el artista la gracia de la espontaneidad, para el indocto la difícil y maravillosa sencillez del relato. Se diría un largo cuento referido en acogedor albergue de viandantes, en tanto que en la lumbre las marmitas hierven y afuera la lluvia cae.

Como en todo trabajo realizado por un sujeto de recia personalidad, predomina la nota individualista; no faltan vanidades y jactancias—ninguna reprobable—y también nos dice como cumple a un valiente, que al entrar en batalla se le ponía una como grima y tristeza grandísima en el corazón. Para "el hombre de la calle", sobre todo de extranjeras tierras, el mérito del libro reside en la parte externa, en la forma poliédrica: libro de viajes, de aventuras, de cuentos, de leyendas fabulosas y exóticas; con personajes de La Iliada y la Odisea, de Robinsón y de Stanley. Para nosotros, americanos y españoles, es la historia mítica de la estirpe que se fundaba; la canción de gesta de la nacionalidad que nacía; la tradición augusta, relatada por abuelo venerable, en íntima charla de sobremesa.

Eduardo Mayora.

Guatemala, en agosto de 1933.



Copia de un retrato antiguo que el bibliógrafo chileno D. J. Toribio Medina proporcionó para la edición mexicana de esta obra en 1904, que según nota de D. Jenaro García, es idéntico al que encabeza el ejemplar fotográfico del manuscrito, obsequiado en 1895 por el Gobierno de Guatemala al de México.

La firma fué tomada de un expediente sobre tierras que, del año 1580, se conserva en el "Archivo Colonial de Guatemala". (J. A. V. C.)

VERDADERA Y NOTABLE RELACION DEL DESCUBRIMIENTO Y CONQUISTA DE LA NUEVA ESPAÑA Y GUATEMALA

Nota Preliminar

Notando estado como los muy afamados coronistas antes que comiencen a escrebir sus historias hacen primero su prólogo y preámbulo con razones y retórica muy subida para dar luz y crédito a sus razones, porque los curiosos letores que las leyeren tomen melodía y sabor dellas, y yo, como no soy latino, no me atrevo a hacer preámbulo ni prólogo dello, porque ha menester para sublimar los heroicos hechos y hazañas que hecimos cuando ganamos la Nueva España y sus provincias en compañía del valeroso y esforzado capitán don Hernando Cortés, que después, el tiempo andando, por sus heroicos hechos fué Marqués del Valle, y para podello escrebir tan sublimadamente como es dino, fuera menester otra elocuencia y retórica mejor que no la mía; mas lo que yo oí y me hallé en ello peleando, como buen testigo de vista, yo lo escribiré, con el ayuda de Dios, muy llanamente, sin torcer a una parte ni a otra, y porque soy viejo de más de ochenta y cuatro años y he perdido la vista y el oír, y por mi ventura no tengo otra riqueza que dejar a mis hijos y descendientes, salvo esta mi verdadera y notable relación, como adelante en ella verán, no tocaré por agora en mas de decir y dar razón de mi patria y de dónde soy natural y de quando salí de Castilla y en compañía de qué capitanes anduve militando y dónde agora tengo mi asiento y vivienda.

CAPITULO PRIMERO

Comienza la relación de la historia.

Bernal Díaz del Castillo, vecino e regidor de la muy leal ciudad de Santiago de Guatemala, uno de los primeros descubridores y conquistadores de la Nueva España y sus provincias y Cabo de Honduras y de cuanto hay en esta tierra..., natural de la muy noble e insigne Villa de Medina del Campo, hijo de Francisco Díaz del Castillo, regidor que fué della, que por otro nombre llamaban "El Galán", que haya santa gloria, por lo que a mí toca y a todos los verdaderos conquistadores mis compañeros que hemos servido a Su Majestad en descubrir y conquistar y pacificar y poblar todas las más provincias de la Nueva España, que es una de las buenas partes descubiertas del Nuevo Mundo, lo cual descubrimos a nuestra costa, sin ser sabedor de ello Su Majestad, y hablando aquí en respuesta de lo que han dicho y escrito personas que no lo alcanzaron a saber ni lo vieron ni tenían noticia verdadera de lo que sobre esta materia hay, propusieron, salvo hablar al sabor de su paladar por... muchos y notables servicios porque no haya fama dellos... tal estima como son dignos de tener y aun como la... tal calidad, no querrían los malos retratadores que... tos y recompensados como Su Majestad lo ha mandado a sus vi... tes y gobernadores, y dejando estas razones aparte... tan heroicas como adelante diré no se le olviden, ni más la... mente se conozcan ser verdaderas y porque se reprueben... los libros que sobre esta materia han escrito, porque van... de la verdad y porque haya fama memorable de nosotros con... historias de hechos hazañosos que ha habido en el mundo justa... tan ilustres se pongan entre los muy nombrados que han acaescido... riesgos de muerte y heridas y mil cuentos de miserias, posimos y aventuramos nuestras vidas ... descubriendo tierras que jamás se había tenido noticia dellas, y de día y de noche, batallando con multitud de belicosos guerreros, y tan apartado de Castilla, sin tener socorro ni ayuda ninguna, salvo la gran misericordia de Dios Nuestro Señor, que es el socorro verdadero, que fué servido que ganásemos la Nueva España y la muy nombrada y gran ciudad de Tenuztitlan, México, que ansí se nombra, y otras muchas ciudades y provincias, que, por ser tantas, aquí no declaro sus nombres. Y después que las tuvimos pacificadas y pobladas de españoles, como muy buenos y leales vasallos servidores de Su Majestad somos obligados a nuestro rey e señor natural, con mucho acato se las enviamos a dar y entregar con

nuestros embajadores a Castilla, y desde allí a Flandes, donde Su Majestad en aquella sazón estaba con su corte. Y pues tantos bienes como adelante diré han redundado dello y conversión de tantos cuentos de ánimas que se han salvado y de cada día se salvan, que de antes iban perdidas al infierno, y demás desta santa obra tengan atención a las grandes riquezas que destas partes enviamos en presentes a Su Majestad y han ido y van cotidianamente ansí de los quintos reales y lo que llevan otras muchas personas de todas suertes, digo que haré en esta relación quién fué el primero descubridor de la provincia de Yucatán, y cómo fuimos descubriendo la Nueva España, y quién fueron los capitanes y soldados que la conquistamos y poblamos y otras muchas cosas que sobre las tales conquistas pasamos que son dinas de saber y no poner en olvido, lo cual diré lo más breve que pueda, y, sobre todo, con muy cierta verdad, como testigo de vista, y si hobiese de decir e traer a la memoria parte por parte los heroicos... a las conquistas, hecimos cada uno de los valerosos capitanes y fuertes... que desde el principio en ellas nos hallamos, fuera menester hacer un gran... declarallo como conviene y un muy afamado coronista que tuviera... elocuencia y retórica en el decir, que estas mis palabras tan mal ... yo y estimar tan altamente como merece, según adelante ... lo que yo me hallé y oí y entendí y se me acordare ... que tornaba... encumbrado y estilo delicado y se me... yo lo escribiré con la ayuda de Dios con recta verdad... de los sabios varones que dicen que la buena retórica ... es decir verdad y... sublimar y decir lisonjas ... ajar a otros en especial en una relación como ésta ...moría della y porque yo no soy latino ni sé del arte ... no trataré dello, porque, como digo, no lo sé ... batallas y pacificaciones como en ellas me hallé, porque yo soy el ... de Cuba, de los primeros, en compañía de un capitán que se decía Francisco ... trujimos de aquel viaje ciento diez soldados, descubrímoslo... ataron en la primera tierra que saltamos, que se dice la punta de ...blo más adelante, que se llama Chanpoton, más de la mitad de nosotros ... capitán salió con diez flechazos y todos los más soldados a dos y a ...ndonos de aquel arte hobimos de volver con mucho trabajo a la isla... habíamos salido con el armada y el capitán murió luego en llegando a tierra, que de los ciento y diez soldados que veníamos quedaron muertos los cincuenta y siete [1]. Después destas guerras volví segunda vez, desde la misma isla de Cuba, con otro capitán que se decía Joan de Grijalba, y tuvimos otros grandes rencuentros de guerra con los mesmos indios del pueblo de Chanpoton, y en estas segundas batallas nos mataron muchos soldados, y desde aquel pueblo fuimos descubriendo la costa adelante, hasta llegar a la Nueva España, y pasamos hasta la provincia de Pánuco, y otra vez hobimos de volver a la isla de Cuba muy destrozados y trabajosos, ansí de hambre como de sed, y por otras causas que adelante diré en el capítulo que dello se tratare. E volviendo a mi cuento, vine la tercera vez con el venturoso y esforzado capitán don Hernando Cortés, que después, el tiempo andando, fué Marqués del Valle y tuvo otros ditados. Digo que ningún capitán ni soldado pasó a esta Nueva España tres veces arreo, unas tras otras, como yo; por manera que soy el más antiguo descubridor y conquistador que ha habido ni hay en

(1) Este folio está mutilado en el original, no así los subsiguientes del manuscrito, por lo que de aquí en adelante la relación aparece completa.

la Nueva España, puesto que muchos soldados pasaron dos veces a descubrir, la una con Joan de Grijalba, ya por mí memorado, y otra con el valeroso Hernando Cortés; mas no todos tres veces arreo, porque si vino al principio con Francisco Hernández de Córdoba, no vino la segunda con Grijalba, ni la tercera con el esforzado Cortés. Y Dios ha sido servido de me guardar de muchos peligros de muerte, ansí en este trabajoso descubrimiento como en las muy sangrientas guerras mexicanas. Y doy a Dios muchas gracias y loores por ello, para que diga y declare lo acaescido en las mesmas guerras, y, demás de esto, ponderen y piénsenlo bien los curiosos letores, que siendo yo en aquel tiempo de obra de veinte e cuatro años y en la isla de Cuba, el gobernador della, que se decía Diego Velásquez, deudo mío, me prometió que me daría indios de los primeros que vacasen, y no quise aguardar a que me los diesen; siempre tuve celo de buen soldado, que era obligado a tener, ansí para servir a Dios y a nuestro rey e señor y procurar de ganar honra, como los nobles varones deben buscar la vida. Y ya de bien en mejor, no se me puso por delante la muerte de los compañeros que en aquellos tiempos nos mataron, ni las heridas que me dieron, ni fatigas ni trabajos que pasé y pasan los que van a descobrir tierras nuevas, como nosotros nos aventuramos, siendo tan pocos compañeros, entrar en tan grandes poblaciones llenas de multitud de belicosos guerreros. Siempre fuí adelante y no me quedé rezagado en los muchos vicios que había en la isla de Cuba, según más claro verán en esta relación, desde el año de quinientos y catorce que vine de Castilla y comencé a melitar en lo de Tierra Firme y a descubrir lo de Yucatán y Nueva España. Y como mis antepasados y mi padre y un mi hermano siempre fueron servidores de la Corona Real y de los Reyes Católicos, don Fernando y doña Isabel, de muy gloriosa memoria, quise parecer en algo a ellos; y en aquel tiempo, que fué año de mil y quinientos y catorce, como declarado tengo, vino por gobernador de Tierra Firme un caballero que se decía Pedrarias Dávila, acordé de me venir con él a su gobernación y conquista; y por acortar palabras no diré lo acaecido en el viaje, sino que unas veces con buen tiempo y otras con contrario, llegamos a el Nombre de Dios, porque ansí se llama. Desde a tres o cuatro meses que estábamos poblados, dió pestilencia, de la cual se murieron muchos soldados, y demás desto todos los más adolecíamos y se nos hacían unas malas llagas en las piernas. Y también había diferencias entre el mesmo gobernador con un hidalgo que en aquella sazón estaba por capitán y había conquistado aquella provincia, el cual se decía Vasco Núñez de Balboa, hombre rico, con que el Pedrarias Dávila casó una su hija, que se decía doña Fulana Arias de Peñalosa, y después que la hubo desposado, según paresció y sobre sospechas que tuvo del yerno se le quería alzar con copia de soldados, para irse por la mar del Sur, y por sentencia le mandó degollar y hacer justicia de ciertos soldados. Y desque vimos lo que dicho tengo y otras revueltas entre sus capitanes, y alcanzamos a saber que era nuevamente poblada y ganada la isla de Cuba, y que estaba en ella por gobernador un hidalgo que se decía Diego Velásquez, natural de Cuéllar, ya otra vez por mí memorado, acordamos ciertos caballeros y personas de calidad, de los que habíamos venido con el Pedrarias Dávila, de demandalle licencia para nos ir a la isla de Cuba, y él nos la dió de buena voluntad, porque no tenía necesidad de tantos soldados

como los que trujo de Castilla para hacer guerra, porque no había qué conquistar, que todo estaba de paz, que el Vasco Núñez de Balboa, su yerno del Pedrarias, lo había conquistado, y la tierra de suyo es muy corta. Pues desque tuvimos la licencia nos embarcamos en un buen navío y con buen tiempo llegamos a la isla de Cuba y fuimos a hacer acato al gobernador, y él se holgó con nosotros y nos prometió que nos daría indios, en vacando. Y como se habían ya pasado tres años, ansí en lo que estuvimos en Tierra Firme e isla de Cuba, y no habíamos hecho cosa ninguna que de contar sea, acordamos de nos juntar ciento y diez compañeros de los que habíamos venido a Tierra Firme y de los que en la isla de Cuba no tenían indios, y concertamos con un hidalgo que se decía Francisco Hernández de Córdoba, que ya le he nombrado otra vez y era hombre rico y tenía pueblo de indios en aquella isla, para que fuese nuestro capitán, porque era suficiente para ello, para ir a nuestra ventura a buscar y descobrir tierras nuevas para en ellas emplear nuestras personas. Y para aquel efecto compramos tres navíos, los dos de buen porte, y el otro era un barco que hobimos del mesmo gobernador Diego Velásquez, fiado, con condición que primero que nos lo diese nos habíamos de obligar que habíamos de ir con aquellos tres navíos a unas isletas que estaban entre la isla de Cuba y Honduras, que agora se llaman las islas de los Guanaxes, y que habíamos de ir de guerra y cargar los navíos de indios de aquellas islas, para pagar con indios el barco, para servirse de ellos por esclavos. Y desque vimos los soldados que aquello que nos pedía el Diego Velázques no era justo, le respondimos que lo que decía no lo manda Dios ni el rey, que hiciésemos a los libres esclavos. Y desque supo nuestro intento, dijo que era mejor que no el suyo, en ir a descubrir tierras nuevas, que no lo que él decía, y entonces nos ayudó con cosas para el armada. Hanme preguntado ciertos caballeros curiosos que para qué escribo estas palabras que dijo el Diego Velásquez sobre vendernos su navío, porque parecen feas y no habían de ir en esta historia. Digo que las pongo porque ansí conviene por los pleitos que nos puso el Diego Velásquez y el obispo de Burgos, arzobispo de Rosano, que se decía don Joan Rodríguez de Fonseca. Y volviendo a mi materia, y desque nos vimos con tres navíos y matalotaje de pan cazabe, que se hace de unas raíces, y compramos puercos, que costaban a tres pesos, porque en aquella sazón no había en la isla de Cuba vacas ni carneros, porque entonces se comenzaba a poblar, y con otros mantenimientos de aceite, y compramos cuentas y cosas de rescate de poca valía, y buscamos tres pilotos, que el más principal y el que regía nuestra Armada se decía Antón de Alaminos, natural de Palos, y el otro se decía Camacho de Triana y el otro piloto se llamaba Joan Alvarez *el Manquillo,* natural de Huelva; y ansimismo recogimos los marineros que habíamos menester y el mejor aparejo que podimos haber, ansí de cables y maromas y guirdalesos y anclas, y pipas para llevar agua, y todas otras maneras de cosas convinientes para seguir nuestro viaje, y esto todo a nuestra costa y minción. Y después que nos hobimos recogido todos nuestros soldados, fuimos a un puerto que se dice e nombra en lengua de indios Axaruco, en la banda del norte, y estaba ocho leguas de una villa que entonces tenían poblada, que se decía San Cristóbal, que desde ha dos años la pasaron adonde agora está poblada La Haba-

na. Y para que con buen fundamento fuese encaminada nuestra armada, hubimos de haber un clérigo que estaba en la misma villa de San Cristóbal, que se decía Alonso González, el cual se fué con nosotros; y demás desto, elegimos por veedor a un soldado que se decía Bernaldino Iñiguez, natural de Santo Domingo de la Calzada, para que si Dios nos encaminase a tierras ricas y gente que tuviesen oro o plata, o perlas, u otras cualesquier riquezas, hubiese entre nosotros persona que guardase el real quinto. Y después de todo esto concertado y oído misa, encomendándonos a Dios Nuestro Señor y a la Virgen Santa María Nuestra Señora, su bendita Madre, comenzamos nuestro viaje de la manera que diré.

CAPITULO II

Cómo descubrimos la Provincia de Yucatán.

En ocho días del mes de febrero del año de mil y quinientos y diez y siete salimos de La Habana, del puerto de Axaruco, ques a la banda del norte, y en doce días doblamos la punta de Santo Antón, que por otro nombre en la isla de Cuba se llama Tierra de los guanaxataveyes, que son unos indios como salvajes. Y doblada aquella punta y puestos en alta mar, navegamos a nuestra ventura hacia donde se pone el sol, sin saber bajos ni corrientes ni qué vientos suelen señorear en aquella altura, con gran riesgo de nuestras personas, porque en aquella sazón nos vino una tormenta que duró dos días con sus noches, y fué tal, que estuvimos para nos perder, y desque abonanzó, siguiendo nuestra navegación, pasados veinte e un días que habíamos salido del puerto, vimos tierra, de que nos alegramos y dimos muchas gracias a Dios por ello. La cual tierra jamás se había descubierto ni se había tenido noticia della hasta entonces, y desde los navíos vimos un gran pueblo que, al parecer, estaría de la costa dos leguas, y viendo que era gran poblazón y no habíamos visto en la isla de Cuba ni en la Española pueblo tan grande, le pusimos por nombre el Gran Cayro. Y acordamos que con los dos navíos de menos porte se acercasen lo más que pudiesen a la costa para ver si habría fondo para que pudiésemos anclar junto a tierra; y una mañana, que fueron cuatro de marzo, vimos venir diez canoas muy grandes, que se dicen piraguas, llenas de indios naturales de aquella poblazón, y venían a remo y vela. Son canoas hechas a manera de artesas, y son grandes y de maderos gruesos y cavados de arte que están huecos; y todas son de un madero y hay muchas dellas en que caben cuarenta indios.

Quiero volver a mi materia. Llegados los indios con las diez canoas cerca de nuestros navíos, con señas de paz que les hicimos, y llamándoles con las manos y capeando para que nos viniesen a hablar, porque entonces no teníamos lenguas que entendiesen la de Yucatán y mexicana, sin temor ninguno vinieron, y entraron en la nao capitana sobre treinta dellos, y les dimos a cada uno un sartalejo de cuentas verdes, y estuvieron mirando por un buen

rato los navíos. Y el más principal dellos, que era cacique, dijo por señas que se querían tornar en sus canoas y irse a su pueblo; que para otro día volverían y trairían más canoas en que saltásemos en tierra. Y venían estos indios vestidos con camisetas de algodón como jaquetas, y cubiertas sus vergüenzas con unas mantas angostas, que entre ellos llaman masteles, y tuvímoslos por hombres de más razón que a los indios de Cuba, porque andaban los de Cuba con las vergüenzas de fuera, eceto las mujeres, que traían hasta los muslos unas ropas de algodón, que llaman naguas.

Volvamos a nuestro cuento. Otro día por la mañana volvió el mesmo cacique a nuestros navíos y trujo doce canoas grandes, ya he dicho que se dicen piraguas, con indios remeros, y dijo por señas, con muy alegre cara y muestras de paz, que fuésemos a su pueblo y que nos darían comida y lo que hobiésemos menester, y que en aquellas sus canoas podíamos saltar en tierra; entonces estaba diciendo en su lengua: "Cones cotoche, cones cotoche", que quiere decir: Andad acá, a mis casas, y por esta causa pusimos por nombre aquella tierra Punta de Cotoche, y ansí está en las cartas de marear. Pues viendo nuestro capitán y todos los demás soldados los muchos halagos que nos hacía aquel cacique, fué acordado que sacásemos nuestros bateles de los navíos y en el uno de los más pequeños y en las doce canoas saltásemos en tierra todos de una vez, porque vimos la costa toda llena de indios que se habían juntado de aquella población; y ansí salimos todos de la primera barcada. Y cuando el cacique nos vió en tierra y que no íbamos a su pueblo, dijo otra vez por señas al capitán que fuésemos con él a sus casas, y tantas muestras de paz hacía, que, tomando el capitán consejo para ello, acordóse por todos los más soldados que con el mejor recaudo de armas que pudiésemos llevar fuésemos. Y llevamos quince ballestas y diez escopetas, y comenzamos a caminar por donde el cacique iba con otros muchos indios que le acompañaban. E yendo desta manera, cerca de unos montes breñosos comenzó a dar voces el cacique para que saliesen a nosotros unos escuadrones de indios de guerra que tenia en celada para nos matar; y a las voces que dió, los escuadrones vinieron con gran furia y presteza y nos comenzaron a flechar de arte que de la primera rociada de flechas nos hirieron quince soldados, y traían armas de algodón que les daba a las rodillas, y lanzas, y rodelas, y arcos, y flechas, y hondas, y mucha piedra, y con sus penachos, y luego, tras las flechas, se vinieron a juntar con nosotros pie con pie, y con las lanzas a manteniente nos hacían mucho mal. Mas quiso Dios que luego les hicimos huir, como conoscieron el buen cortar de nuestras espadas y de las ballestas y escopetas; por manera que quedaron muertos quince dellos. Y un poco más adelante donde nos dieron aquella refriega estaba una placeta y tres casas de cal y canto que eran cues y adoratorios donde tenían muchos ídolos de barro, unos como caras de demonios, y otros como de mujeres, y otros de otras malas figuras, de manera que, al parecer, estaban haciendo sodomías los unos indios con los otros, y dentro, en las casas, tenían unas arquillas chicas de madera y en ellas otros ídolos, y unas patenillas de medio oro y lo más cobre, y unos pinjantes, y tres diademas, y otras pecezuelas de pescadillos y ánades de la tierra, y todo de oro bajo. Y desque lo hobimos visto, ansí el oro como las casas de cal y canto, estábamos muy contentos porque habíamos descu-

bierto tal tierra; porque en aquel tiempo ni era descubierto el Perú ni aun se descubrió de ahí a veinte años. Y cuando estábamos batallando con los indios, el clérigo González, que iba con nosotros, se cargó de las arquillas e ídolos y oro, y lo llevó al navío. Y en aquellas escaramuzas prendimos dos indios, que después que se bautizaron se llamó el uno Julián y el otro Melchior, y entrambos eran trastabados de los ojos. Y acabado aquel rebato nos volvimos a los navíos y seguimos la costa adelante descubriendo hacia do se pone el sol, y después de curados los heridos dimos velas. Y lo que más pasó, adelante lo diré.

CAPITULO III

Cómo seguimos la Costa adelante hacia el Poniente, descubriendo puntas y bajos y ancones y arrecifes.

Creyendo que era isla, como nos lo certificaba el piloto Antón de Alaminos, íbamos con muy gran tiento, de día navegando y de noche al reparo, y en quince días que fuimos desta manera vimos desde los navíos un pueblo, y al parecer algo grande; y había cerca dél gran ensenada y bahía; creímos que habría río o arroyo donde pudiésemos tomar agua, porque teníamos gran falta della, a causa de las pipas y vasijas que traímos, que no venían estancas; porque como nuestra armada era de hombres pobres, y no teníamos oro cuanto convenía para comprar buenas vasijas y cables, faltó el agua, y hobimos de saltar en tierra junto al pueblo, y fué un domingo de Lázaro, y a esta causa posimos aquel pueblo por nombre Lázaro, y ansí está en las cartas de marear, y el nombre propio de indios se dice Campeche. Pues para salir todos de una barcada acordamos de ir en el navío más chico y en los tres bateles con nuestras armas, no nos acaeciese como en la Punta de Cotoche. Y porque en aquellos ancones y bahías mengua mucho la mar, y por esta causa dejamos los navíos anclados más de una legua de tierra y fuimos a desembarcar cerca del pueblo. Y estaba allí un buen pozo de agua, donde los naturales de aquella población bebían, porque en aquellas tierras, según hemos visto, no hay ríos, y sacamos las pipas para las henchir de agua y volvernos a los navíos. E ya que estaban llenas y nos queríamos embarcar, vinieron del pueblo obra de cincuenta indios, con buenas mantas de algodón y de paz, y a lo que parescía debían de ser caciques, y nos dicen por señas que qué buscábamos, y les dimos a entender que tomar agua e irnos luego a los navíos, y nos señalaron con las manos que si veníamos de donde sale el sol, y decían: "Castilan, castilan", y no miramos en lo de la plática del "castilan". Y después destas pláticas nos dijeron por señas que fuésemos con ellos a su pueblo, y estovimos tomando consejo si iríamos o no, y acordamos con buen concierto de ir muy sobre aviso. Y lleváronnos a unas casas muy grandes, que eran adoratorios de sus ídolos y bien labradas de cal y canto, y tenían figurado en unas paredes muchos bultos de serpientes y culebras grandes y otras pinturas de ídolos de malas figuras, y alrededor de uno como altar, lleno de gotas de sangre, muy fresca y en otra parte de los ídolos tenían unos como a manera de señales de

cruces, y todo pintado, de lo cual nos admiramos como cosa nunca vista ni oída. Y según paresció, en aquella sazón habían sacrificado a sus ídolos ciertos indios para que les diesen victoria contra nosotros, y andaban muchas indias riéndose y holgándose, y al parecer muy de paz; y como se juntaban tantos indios, temimos no hubiese alguna zalagarda como la pasada de Cotoche. Y estando desta manera vinieron otros muchos indios, que traían muy ruines mantas, cargados de carrizos secos y los pusieron en un llano, y luego, tras éstos, vinieron dos escuadrones de indios flecheros, con lanzas y rodelas y hondas y piedras, y con sus armas de algodón, y puestos en concierto, y en cada escuadrón su capitán, los cuales se apartaron poco trecho de nosotros; y luego en aquel instante salieron de otra casa, que era su adoratorio de ídolos, diez indios que traían las ropas de mantas de algodón largas, que les daban hasta los pies, y eran blancas, y los cabellos muy grandes, llenos de sangre revuelta con ellos, que no se pueden desparcir ni aun peinar si no se cortan; los cuales indios eran sacerdotes de ídolos, que en la Nueva España comúnmente se llamaban papas, y ansí los nombraré de aquí adelante. Y aquellos papas nos trujeron sahumerios, como a manera de resina, que entre ellos llaman copal, y con braseros de barro llenos de ascuas nos comenzaron a sahumar, y por señas nos dicen que nos vamos de sus tierras antes que aquella leña que allí tienen junta se ponga fuego y se acabe de arder; si no, que nos darán guerra y matarán. Y luego mandaron pegar fuego a los carrizos y se fueron los papas, sin más nos hablar. Y los que estaban apercibidos en los escuadrones para nos dar guerra comenzaron a silbar y a tañer sus bocinas y atabalejos. Y desque los vimos de aquel arte y muy bravosos, y de lo de la Punta de Cotoche aún no teníamos sanas las heridas, y aun se nos habían muerto dos soldados, que echamos a la mar, y vimos grandes escuadrones de indios sobre nosotros, tuvimos temor y acordamos con buen concierto de irnos a la costa, y comenzamos a caminar por la playa adelante hasta llegar cerca de un peñol que está en la mar. Y los bateles y el navío chico fueron la costa tierra a tierra con las pipas y vasijas de agua, y no nos osamos embarcar junto al pueblo donde habíamos desembarcado, por el gran número de indios que allí estaban aguardándonos, porque tuvimos por cierto que al embarcar nos darían guerra. Pues ya metida nuestra agua en los navíos y embarcados, comenzamos a navegar seis días con sus noches con buen tiempo, y volvió un Norte, que es travesía en aquella costa, que duró cuatro días con sus noches, que estuvimos para dar al través; que tan recio temporal había que nos hizo anclear, y se nos quebraron dos cables, que iba ya garrando el un navío. ¡Oh en qué trabajo nos vimos, en ventura de que si se quebrara el cable íbamos a la costa perdidos, y quiso Dios que se ayudaron con otras maromas y guindalesas! Pues ya reposado el tiempo, seguimos nuestra costa adelante, llegándonos a tierra cuanto podíamos para tornar a tomar agua, que, como ya he dicho, las pipas que traíamos no venían estancas, sino muy abiertas, y no había regla en ello; y como íbamos costeando creíamos que doquiera que saltásemos en tierra la tomaríamos de jagueyes o pozos que cavaríamos. Pues yendo nuestra derrota adelante, vimos desde los navíos un pueblo, y antes de él, obra de una legua hacia una ensenada, que parescía río o arroyo, y acordamos de surgir; y como en aquella costa

mengua mucho la mar y quedan muy en seco los navíos, por temor dello surgimos más de una legua de tierra, y en el navío menor, con todos los bateles, saltamos en aquella ensenada, sacando todas nuestras vasijas para tomar agua, y con muy buen concierto de armas y ballestas y escopetas salimos en tierra a poco más de mediodía, y habría desde el pueblo adonde desembarcamos obra de una legua, y allí junto había unos pozos y maizales y caseríos de cal y canto; llámase este pueblo Potonchan. Henchimos nuestras pipas de agua, mas no las podimos llevar con la mucha gente de guerreros que cargó sobre nosotros. Y quedarse ha aquí, y adelante diré de las guerras que nos dieron.

CAPITULO IV

De las guerras que allí nos dieron estando en las estancias y maizales por mí ya dichos.

Tomando nuestra agua vinieron por la costa muchos escuadrones de indios del pueblo de Potonchan (que ansí se dice), con sus armas de algodón que les daba a la rodilla, y arcos y flechas y lanzas y rodelas y espadas que parescen de a dos manos, y hondas y piedras, y con sus penachos, de los que ellos suelen usar; las caras pintadas de blanco y prieto y enalmagrado, y venían callando, y se vienen derechos a nosotros, como que nos venían a ver de paz, y por señas nos dijeron que si veníamos de donde sale el sol, y respondimos por señas que de donde sale el sol veníamos. Y paramos entonces en las mientes y pensar qué podía ser aquella plática que nos dijeron agora y habían dicho los de Lázaro; mas nunca entendimos al fin que lo decían. Sería cuando esto pasó y se juntaron a la hora de las Avemarías, y fuéronse a unas caserías que estaban cerca, y nosotros pusimos velas y escuchas y buen recaudo, porque no nos pareció bien aquellas juntas de gentes de aquella manera. Pues estando velando toda la noche oímos venir gran escuadrón de indios de las estancias y del pueblo, y todos de guerra; y desque aquello sentimos, bien entendido teníamos que no se juntaban para hacernos ningún bien, y entramos en acuerdo para ver lo que haríamos; y unos soldados daban por consejo que nos fuésemos luego a embarcar. Y como en tales casos suele acaescer, unos dicen uno y otros dicen otro, hubo parecer de todos los más compañeros que si nos íbamos a embarcar, como eran muchos indios, darían en nosotros y habría riesgo en nuestras vidas, y otros éramos de acuerdo que diésemos esa noche en ellos, que, como dice el refrán, que quien acomete, vence; y también nos pareció que para cada uno de nosotros había sobre ducientos indios. Y estando en estos conciertos amaneció, y dijimos unos soldados a otros que estuviésemos con corazones muy fuertes para pelear y encomendándolo a Dios y procurar de salvar nuestras vidas. Ya de día claro vimos venir por la costa muchos más indios guerreros con sus banderas tendidas y penachos y atambores, y se juntaron con los primeros que habían venido la noche antes, y luego hicieron sus escuadrones y nos cercaron por todas partes, y nos dan tales rociadas de flechas y varas y pie-

dra, tiradas con hondas, que hirieron sobre ochenta de nuestros soldados, y se juntaron con nosotros pie con pie, unos con lanzas y otros flechando, y con espadas de navajas, que parece que son de hechura de dos manos, de arte que nos traían a mal andar, puesto que les dábamos muy buena priesa de estocadas y cuchilladas, y las escopetas y ballestas que no paraban, unas tirando y otras armando. Ya que se apartaron algo de nosotros, desde que sentían las grandes cuchilladas y estocadas que les dábamos, no era lejos, y esto fue por nos flechar y tirar a terrero a su salvo. Y cuando estábamos en esta batalla y los indios se apellidaban. decían: "Al Calachuni, Calachuni", que en su lengua quiere decir que arremetiesen al capitán y le matasen; y le dieron diez flechazos, y a mí me dieron tres, y uno dellos fué bien peligroso, en el costado izquierdo, que me pasó lo hueco, y a todos nuestros soldados dieron grandes lanzadas, y a dos llevaron vivos, que se decía el uno Alonso Boto y otro era un portugués viejo. Y viendo nuestro capitán que no bastaba nuestro buen pelear, y que nos cercaban tantos escuadrones, y que venían muchos más de refresco del pueblo y les traían de comer y beber y mucha flecha, y nosotros todos heridos a dos y a tres flechazos, y tres soldados atravesados los gaznates de lanzadas, y el capitán corriendo sangre de muchas partes, ya nos habían muerto sobre cincuenta soldados, y viendo que no teníamos fuerzas para sustentarnos ni pelear contra ellos, acordamos con corazones muy fuertes romper por medio sus batallones y acogernos a los bateles que teníamos en la costa, questaban muy a mano; el cual fué buen socorro. Y hechos todos nosotros un escuadrón, rompimos por ellos; pues oír la grita y silbos y vocería y priesa que nos daban de flechazos y a manteniente con sus lanzas, hiriendo siempre en nosotros. Pues otro daño tuvimos: que como nos acogimos de golpe a los bateles y éramos muchos, no nos podíamos sustentar y íbamos a fondo, y como mejor podimos, asidos a los bordes y entre dos aguas, medio nadando, llegamos al navío de menos porte, que ya venía con gran priesa a nos socorrer, y al embarcar hirieron muchos de nuestros soldados, en especial a los que iban asidos a las popas de los bateles, y les tiraban al terrero, y aun entraban en la mar con las lanzas y daban a mantiniente, y con mucho trabajo quiso Dios que escapamos con las vidas de poder de aquellas gentes. Pues ya embarcados en los navíos, hallamos que faltaban sobre cincuenta soldados, con los dos que llevaron vivos, y cinco echamos en la mar de ahí a pocos días, que se murieron de las heridas y de gran sed que pasábamos. Y estuvimos peleando en aquellas batallas obra de un hora. Llámase este pueblo Potonchan, y en las cartas del marear le pusieron por nombre los pilotos y marineros Costa de Mala Pelea. Y desque nos vimos en salvo de aquellas refriegas, dimos muchas gracias a Dios. Pues cuando nos curábamos los soldados las heridas se quejaban algunos dellos del dolor que sentían, que como se habían resfriado y con el agua salada, estaban muy hinchados, y ciertos soldados maldecían al piloto Antón de Alaminos y a su viaje y descubrimiento de isla, porque siempre porfiaba que no era tierra firme. Donde lo dejaré y diré lo que más nos acaeció.

CAPITULO V

Cómo acordamos de nos volver a la Isla de Cuba, y de los grandes trabajos que tuvimos hasta llegar al Puerto de La Habana.

Después que nos vimos en los navíos, de la manera que dicho tengo, dimos muchas gracias a Dios, y curados los heridos, que no quedó hombre de cuantos allí nos hallamos que no tuviesen a dos y a tres y a cuatro heridas, y el capitán con diez; sólo un soldado quedó sin herir, acordamos de nos volver a Cuba, y como estaban heridos todos los más de los marineros, no teníamos quien marease las velas, dejamos un navío de menos porte en la mar, puesto fuego, después de haber sacado las velas, anclas y cables y repartir los marineros questaban sin heridas en los dos navíos de mayor porte. Pues otro mayor daño teníamos, que era la gran falta de agua, porque las pipas y barriles que teníamos llenos en Chanpoton, con la gran guerra que nos dieron y priesa de acogernos a los bateles, no se pudieron llevar, que allí se quedaron, que no sacamos ninguna agua. Digo que tanta sed pasamos, que las lenguas y bocas teníamos hechas grietas de la secura, pues otra cosa ninguna para refrigerios no lo había. ¡Oh qué cosa tan trabajosa es ir a descubrir tierras nuevas, y de la manera que nosotros nos aventuramos! No se puede ponderar, sino los que han pasado por aquestos excesivos trabajos. De manera que con todo esto íbamos navegando muy allegados a tierra, para hallarnos en paraje de algún río o bahía para poder tomar agua, y desde a tres días vimos una ensenada que parecía ancón, y creímos hobiese río o estero que tenía agua. Y saltaron en tierra quince marineros de los que habían quedado en los navíos que no tenían heridas ningunas, y tres soldados questaban más sin peligro de los flechazos, y llevaron azadones y barriles para traer agua; y el estero era salado, e hicieron pozos en la costa, y también era tan mala agua y salada y amargaba como la del estero, por manera que mala y amarga trujeron las vasijas llenas, y no había hombre que la pudiese beber, y unos soldados que la bebieron les dañó los cuerpos y las bocas. Y había en aquel estero muchos y grandes lagartos, y desde entonces se puso por nombre el Estero de los Lagartos, y ansí está en las cartas de marear. Entretanto que fueron los bateles por el agua, se levantó un viento nordeste tan deshecho, que íbamos garrando a tierra con los navíos; como aquella costa es travesía y reina el norte y nordeste, y como vieron aquel tiempo, los marineros que habían ido a tierra por el agua, vinieron muy más que de priesa con los bateles, y tuvieron tiempo de echar otras anclas y maromas, y estuvieron los navíos seguros dos días y dos noches, y luego alzamos anclas y dimos velas para ir nuestro viaje a la isla de Cuba. Y el piloto Alaminos se concertó y aconsejó con los otros dos pilotos que desde aquel paraje adonde estábamos atravesásemos a la Florida, porque hallaba por sus cartas y grados y altura que estaría de allí obra de setenta leguas, y después de puestos en la Florida dijo que era mejor viaje y más cercana navegación para ir a la Habana que no la derrota por donde habíamos venido, y ansí fué como lo dijo, porque, según yo entendí, había venido con un Joan Ponce de León a

descobrir la Florida habría ya catorce o quince años, y allí en aquella misma tierra le desbarataron y mataron al Joan Ponce. Y en cuatro días que navegamos vimos la tierra de la mesma Florida, y lo que en ella nos acaeció diré adelante.

CAPITULO VI

Cómo desembarcamos en la bahía de la Florida veinte soldados con el piloto Alaminos a buscar agua, y de la guerra que allí nos dieron los naturales de aquella tierra, y de lo que más pasó hasta volver a La Habana.

Llegados a la Florida, acordamos que saliesen en tierra veinte soldados, los que teníamos más sanos de las heridas, e yo fuí con ellos e también el piloto Antón de Alaminos, y sacamos las vasijas que había, e azadones, y nuestras ballestas y escopetas. Y como el capitán estaba muy mal herido y con la gran sed que pasaba estaba muy debilitado, y nos rogó que en todo caso le trujésemos agua dulce, que se secaba y muría de sed, porque el agua que había era salada y no se podía beber, como otra vez he dicho, llegados que fuimos a tierra, cerca de un estero questaba en la mar, el piloto Alaminos reconosció la costa y dijo que había estado en aquel paraje, que vino con un Joan Ponce de León, cuando vino a descobrir aquella costa, y que allí les habían dado guerra los indios de aquella tierra y que les habían muerto muchos soldados, y que estuviésemos muy sobre aviso apercebidos. Y luego pusimos por espías dos soldados, y en una playa que se hacia muy ancha hecimos pozos bien hondos, donde nos paresció haber agua dulce, porque en aquella sazón era menguante la marea. Y quiso Dios que topásemos buen agua, y con el alegría y por hartarnos della y lavar paños para curar los heridos, estuvimos espacio de una hora. E ya que nos queríamos venir a embarcar con nuestra agua, muy gozosos, vimos venir al un soldado de los dos que habíamos puesto en vela, dando muchas voces diciendo: "Al arma, al arma, que vienen muchos indios de guerra por tierra y otros en canoas por el estero". Y el soldado dando voces y los indios llegaron casi que a la par con él contra nosotros. Y traían arcos muy grandes y buenas flechas y lanzas y unas a manera de espadas, y cueros de venados vestidos, y eran de grandes cuerpos; y se vinieron derechos a nos flechar, y hirieron luego seis de nosotros, y a mí me dieron un flechazo de poca herida. Y dímosles tanta priesa de cuchilladas y estocadas y con las escopetas y ballestas, que nos dejan a nosotros y van a la mar, al estero, a ayudar a sus compañeros los que venían en las canoas, donde estaban con los marineros, que también andaban peleando pie con pie con los indios de las canoas, y aun les tenían ya tomado el batel y lo llevaban por el estero arriba con sus canoas, y habían herido cuatro marineros y al piloto Alaminos en la garganta; y arremetimos a ellos el agua a más de la cintura, y a estocadas les hecimos soltar el batel, y quedaron tendidos en la costa y en el agua veinte y dos dellos y tres prendimos que estaban heridos poca cosa, que se murieron en los navíos. Después desta refriega pasada,

preguntamos al soldado que pusimos por vela que qué se hizo su compañero Berrio, que ansí se llamaba. Dijo que lo vió apartar con un hacha en las manos para cortar un palmito, e que fué hacia el estero por donde habían venido los indios de guerra, y desque oyó las voces, que eran de español, que por aquellas voces vino a dar mandado, y que entonces le debieron de matar. El cual soldado, solamente él había quedado sin le dar ninguna herida en lo de Potonchan, y quiso su ventura que vino allí a fenecer. Y luego fuimos en busca de nuestro soldado por el rastro que habían traído aquellos indios que nos dieron guerra, y hallamos una palma que había comenzado a cortar, y cerca della mucha huella, más que en otras partes, por donde tuvimos por cierto que lo llevaron vivo, porque no había rastro de sangre, y anduvímosle buscando a una parte y a otra más de una hora, y dimos voces, y sin más saber dél nos volvimos a embarcar en los bateles y llevamos el agua dulce, con que se alegraron todos los soldados como si entonces les diéramos las vidas. Y un soldado se arrojó desde el navío en el batel, con la gran sed que tenía tomó una botija a pechos y bebió tanta agua que se hinchó y murió dende a dos días. Y embarcados con nuestra agua, metidos los bateles, dimos vela para la Habana y pasamos en aquel día y la noche, que hizo buen tiempo, junto de unas isletas que llaman Los Mártires, que son unos bajos que ansí los llamaron los Bajos de los Mártires. Y íbamos en cuatro brazas lo más hondo, y tocó la nao capitana entre unas como isletas, y hizo mucha agua que, con dar todos los soldados que allí íbamos a la bomba, no podíamos estancarla íbamos con temor no nos anegásemos. Traíamos unos marineros levantiscos, y les decíamos: "Hermanos, ayudad a dar la bomba, pues veis que estamos todos muy mal heridos y cansados de la noche y del día". Y respondían los levantiscos: "Hácetelo vos, pues no ganamos sueldo, sino hambres y sed y trabajos y heridas, como vosotros". Por manera que les hacíamos que ayudasen, y que malos y heridos como íbamos mareábamos las velas y dábamos en la bomba, hasta que Nuestro Señor nos llevó al puerto de Carenas, donde agora está poblada la villa de la Habana, que en otro tiempo Puerto de Carenas se solía llamar. Y cuando nos vimos en tierra dimos muchas gracias a Dios. Volvamos a decir de nuestra llegada a la Habana, que luego tomó el agua de la capitana un buzo portugués que estaba en aquel puerto. Y escrebimos a Diego Velázquez, gobernador, muy en posta, haciéndole saber que habíamos descubierto tierras de grandes poblaciones y casas de cal y canto, y las gentes naturales dellas traían vestidos de ropa de algodón y cubiertas sus vergüenzas y tenían oro y labranzas de maizales, y otras cosas que no me acuerdo. Y nuestro capitán, Francisco Hernández, se fué desde allí por tierra a una villa que se decía Santispiritus, donde era vecino y donde tenía sus indios, y como iba mal herido, murió dende a diez días, y todos los más soldados nos fuimos cada uno por su parte por la isla adelante. Y en la Habana se murieron tres soldados de las heridas, y nuestros navíos fueron al puerto de Santiago, donde estaba el gobernador, y después que hobieron desembarcado los dos indios que hobimos en la Punta de Cotoche, que se decían Melchorejo y Julianillo, y sacaron el arquilla con las diademas y anadejos y pescadillos y otras pecezuelas de oro, y también muchos ídolos, soblimábanlo de arte, que en todas las islas, así de Santo Domingo y en

Jamaica y aun en Castilla hobo gran fama dello, y decían que otras tierras en el mundo no se habían descubierto mejores. Y como vieron los ídolos de barro y de tantas maneras de figuras, decían que eran de los gentiles. Otros decían que eran de los judíos que desterró Tito y Vespasiano de Jerusalén, y que los echó por la mar adelante en ciertos navíos que habían aportado en aquella tierra. Y como en aquel tiempo no era descubierto el Perú ni se descubrió de ahí a veinte años, tenía en mucho. Pues otra cosa preguntaba Diego Velázquez a aquellos indios: que si había minas de oro en su tierra, y por señas a todo le dan a entender que sí. Y les mostraron oro en polvo, y decían que había mucho en su tierra; y no le dijeron verdad, porque claro está que en la Punta de Cotoche, ni en todoYucatán, no hay minas de oro ni de plata. Y ansimismo les mostraban los montones donde ponen las plantas de cuyas raíces se hace el pan cazabe, y llámase en la isla de Cuba "yuca", y los indios decían que las había en su tierra, y decían "tlati" por la tierra en que las plantaban; por manera que yuca con tlati quiere decir Yucatán, y para decir esto decíanles los españoles que estaban con el Velázquez, hablando juntamente con los indios: "Señor, dicen estos indios que su tierra se dice Yucatlán". Y ansí se quedó con este nombre, que en su lengua no se dice ansí. Dejemos esta plática y diré que todos los soldados que fuimos en aquel viaje a descubrir gastamos la pobreza de hacienda que teníamos, y heridos y empeñados volvimos a Cuba; y cada soldado se fué por su parte, y el capitán luego murió. Estuvimos muchos días curando las heridas, y por nuestra cuenta hallamos que murieron cincuenta y siete. Y esta ganancia trujimos de aquella entrada y descubrimiento. Y el Diego Velázquez escribió a Castilla, a los señores oidores que mandaban en el Real Consejo de Indias, que él lo había descubierto y gastado en lo descubrir mucha cantidad de pesos de oro, y ansí lo decía y publicaba don Joan Rodríguez de Fonseca, obispo de Burgos y arzobispo de Rosano, porque ansí se nombraba, porque era presidente del Consejo de Indias, y lo escribió a Su Majestad a Flandes, dando mucho favor en sus cartas al Diego Velázquez, y no hizo memoria de nosotros, que lo descubrimos. Y quedarse ha aquí, y diré adelante los trabajos que me acaescieron a mí y a otros tres soldados.

CAPITULO VII

De los trabajos que tuve hasta llegar a una Villa que se dice La Trinidad.

Ya he dicho que nos quedamos en la Habana ciertos soldados que no teníamos sanos los flechazos, y para ir a la villa de la Trinidad, ya que estábamos mejores, acordamos de nos concertar tres soldados con un vecino de la misma Habana, que se decía Pedro de Avila, que iba ansi mismo aquel viaje y llevaba una canoa para ir por la mar por la banda del sur, y llevaba la canoa cargada de camisetas de algodón a vender a la villa de la Trinidad. Ya he dicho otra vez que canoas son de hechura de artesas cavadas y huecas, y

en aquellas tierras con ellas navegan al remo costa a costa. Y en el concierto que hecimos con el Avila fué que le daríamos diez pesos de oro porque fuésemos en su canoa. Pues yendo por nuestra costa adelante, a veces remando y a ratos a la vela, ya que habíamos navegado once días, y en paraje de un pueblo de indios que se decía Canarreo, que era término de la villa de la Trinidad, se levantó un tan recio viento de noche, que no nos pudimos sustener en la mar con la canoa por bien que remábamos todos nosotros y el Pedro de Avila, y unos indios de La Habana, muy buenos remeros, que traíamos alquilados; hobimos de dar al través entre unos seborucos, que los hay muy grandes en aquel paraje, por manera que se nos quebró la canoa y el Avila perdió su hacienda, y salimos descalabrados y desnudos en carnes, porque para ayudarnos y que no se quebrase la canoa y poder mejor nadar, nos apercebimos de estar sin ropa ninguna. Pues ya escapados de aquel contraste, para ir a la villa de la Trinidad no había camino por la costa, sino por unos seborucos y malpaíses, que ansí se dice, que son unas piedras que pasan las plantas de los pies; y las olas, que siempre reventaban y daban en nosotros, y aun sin tener que comer. Y por acortar otros trabajos que podría decir, de la sangre que nos salía de las plantas de los pies y aun de otras partes, lo dejaré. Y quiso Dios que con mucho trabajo salimos a una playa de arena, y dende a dos días que caminamos por ella llegamos a un pueblo de indios que se decía Yaguarama, el cual en aquella sazón era del padre fray Bartolomé de las Casas, clérigo presbítero; y después le conoscí licenciado y fraile dominico, y llegó a ser obispo de Chiapa. Y en aquel pueblo nos dieron de comer, y otro día fuimos a otro pueblo que se decía Chipiana, que era de un Alonso de Avila y de un Saldoval (no lo digo por el capitán Sandoval de la Nueva España, sino de otro Sandoval natural de Tudela de Duero). Y desde aquel pueblo fuimos a la villa de la Trinidad, y un amigo mío, natural de mi tierra, que se decía Antonio de Medina me dió unos vestidos según en la isla se usaban; y desde allí, con mi pobreza y trabajo, me fuí a Santiago de Cuba, donde estaba el gobernador, y me recibió de buena gracia; el cual andaba ya muy diligente en enviar otra armada, y cuando le fuí a hablar y a hacer acato, porque éramos deudos, se holgó conmigo, y de unas pláticas en otras me dijo que si estaba bueno para volver a Yucatán, y riéndome le respondí que quien le puso nombre Yucatán, que allá no le llaman así. Y dijo que los indios que trujimos lo decían. Yo respondí que mejor nombre sería la tierra donde nos mataron más de la mitad de los soldados que a aquella tierra fuimos, y todos los más salimos heridos. Y respondió: "Bien sé que pasastes muchos trabajos, y ansí es descubrir tierras nuevas por ganar honra. Su Majetad os lo gratificará, y yo ansí lo escribiré, y agora, hijo, volve otra vez en la armada que hago, que yo mandaré al capitán Joan de Grijalba que os haga mucha honra". Y quedarse ha aquí, y diré lo que más pasó.

Aquí se acaba el descubrimiento que hizo Francisco Hernández y en su compañía Bernal Díaz del Castillo, y digamos en lo que entendió Diego Velázquez.

CAPITULO VIII

Cómo Diego Velázquez, Gobernador de la Isla de Cuba, ordenó de enviar una armada a las tierras que descubrimos, y fué por Capitán General della un hidalgo que se decía Joan de Grijalba, pariente suyo, y otros tres Capitanes, que adelante diré sus nombres.

En el año de mill e quinientos y diez y ocho, viendo el gobernador de Cuba la buena relación de las tierras que descubrimos, que se dice Yucatán, acordó de enviar una armada, y para ella se buscaron cuatro navíos; los dos fueron de los tres que llevamos con Francisco Hernández, y los otros dos navíos compró el Diego Velázquez nuevamente de sus dineros. Y en aquella sazón que ordenaba la armada, halláronse presentes en Santiago de Cuba, donde residía el Velázquez, un Joan de Grijalba y un Alonso Dávila, y Francisco de Montejo y Pedro de Alvarado, que habían ido a ciertos negocios con el Gobernador, porque todos tenían encomiendas de indios en la misma isla y eran hombres principales. Concertóse quel Joan de Grijalba, que era deudo del Diego Velázquez, viniese por Capitán General, y que Alonso Dávila viniese por Capitán de un navío, y Pedro de Alvarado de otro, y Montejo de otro; por manera que cada uno destos capitanes puso bastimentos y matalotaje de pan cazabe y tocinos, y el Diego Velázquez puso los cuatro navíos y cierto rescate de cuentas y cosas de poca valía y otras menudencias de legumbres. Y entonces me mandó Diego Velázquez que viniese con aquellos capitanes por Alférez [1], y como había fama de las tierras que eran ricas y había en ellas casas de cal y canto, y el indio Julíanillo que llevamos de la Punta de Cotoche decía que había oro, tomaron mucha voluntad y codicia los vecinos y soldados que no tenían indios en la isla de venir a estas tierras, por manera que de presto nos juntamos docientos y cuarenta compañeros, y pusimos cada uno de la hacienda que teníamos para matalotaje y armas y cosas que convenían. Y en este viaje volví yo con estos capitanes por Alférez, como dicho tengo, y paresció ser que la instrucción que para ello dió el Gobernador fué, según entendí, que rescatase todo el oro y plata que pudiese, y si viese que convenía poblar o se atrevía a ello, poblase, y si no que se volviese a Cuba. Y vino por veedor de la armada uno que se decía Peñalosa, natural de Segovia, y trujimos un clérigo, que se decía Joan Díaz, natural de Sevilla, y los dos pilotos que antes habíamos traído, que se decían Antón de Alaminos, de Palos, y Camacho, de Triana, y Joan Alvarez, "el Manquillo", de Huelva, y otro que se decía Sopuesta, natural de Moguer. Pues antes que meta la pluma en lo de los capitanes, porque nombraré algunas veces a estos hidalgos que he dicho que venían en el armada, y parecerá cosa descomedida nombralles secamente sus nombres, sepan que después fueron personas que tuvieron ditados, porque Pedro de Alvarado fué Adelantado y Gobernador de Guatemala y Comendador del Señor Santiago, y el Montejo fué Adelantado de Yucatán y Gobernador de Honduras. El Alonso Dávila no tuvo tanta ventura

---

(1) Borrado en el original: "sargento".

como los demás, porque le prendieron franceses, como adelante diré en el Capítulo que adelante trataré; y a esta causa no les nombraré sino sus propios nombres, hasta que tuvieron por Su Majestad los ditados por mí memorados. Y quiero que volvamos a nuestra relación, y diré cómo fuimos con los cuatro navíos por la banda del Norte a un puerto que se dice de Matanzas, que está cerca de La Habana vieja, que en aquella sazón no estaba poblada la villa donde agora está, y en aquel puerto tenían todos los más vecinos de La Habana sus estancias. Y desde allí se proveyeron nuestros navíos del cazabe y carne de puerco, que ya he memorado, que no había vacas ni carneros, porque era nuevamente ganada aquella isla, y nos juntamos, ansí capitanes como soldados, para hacer nuestro viaje. Antes que más pase adelante, y aunque vaya fuera de nuestra historia, quiero decir por qué causa llamaban aquel puerto Matanzas, y esto traigo aquí a la memoria porque me lo ha preguntado un coronista que habla su corónica cosas acaecidas en Castilla. Aquel nombre se le puso por esto que diré. Que antes que aquella isla de Cuba se conquistase, dió al través un navío en aquella costa, cerca del río y puerto que he dicho que se dice de Matanzas, y venían en el navío sobre treinta personas españoles y dos mujeres, y para pasallos de la otra parte del río, porque es muy grande y caudaloso, vinieron muchos indios de La Habana y de otros pueblos con intención de matallos, y de que no se atrevieron a dalles guerra en tierra, con buenas palabras y halagos les dijeron que los querían pasar en canoas y llevallos a sus pueblos para dalles de comer. Ya que iban con ellos a medio del río en las canoas, las trastornaron y mataron, que no quedaron sino tres hombres y una mujer, que era hermosa, y la llevó un cacique de los que hicieron aquella traición, y los tres españoles repartieron entre sí. Y a esta causa se puso aquel nombre puerto de Matanzas. Yo conocí a la mujer, que, después de ganada la isla de Cuba, se quitó al cacique de poder de quien estaba, y la vi casada en la misma isla de Cuba, en una villa que se dice la Trinidad, con un vecino della que se decía Pedro Sánchez Farfán. Y también conocí a los tres españoles, que se decía el uno Gonzalo Mejía y era hombre anciano, natural de Jerez, y el otro se llamaba Joan de Santisteban, y era mancebo, natural de Madrigal, y el otro se decía Cascorro, hombre de la mar, natural de Moguer. Mucho me he detenido en contar cosas viejas, y dirán que por decir una antigüedad dejé de seguir mi relación. Volvamos a ella. Ya que estábamos recogidos todos nuestros soldados, y dadas las instrucciones que los pilotos habían de llevar y las señas de los faroles para de noche, y después de haber oído misa, en ocho días del mes de abril del año de quinientos y diez y ocho años dimos vela, y en diez días doblamos la Punta de Guaniguanico, que por otro nombre se llama de Santo Antón, y dentro de diez días que navegamos vimos la isla de Cozumel, que entonces la descubrimos, porque descayeron los navíos con las corrientes más bajo que cuando vinimos con Francisco Hernández de Córdoba. Yendo que íbamos bojando la isla por la banda del Sur, vimos un pueblo de pocas casas, y allí cerca buen surgidero y limpio de arrecifes, saltamos en tierra con el Capitán buena copia de soldados. Y los naturales de aquel pueblo se habían ido huyendo desque vieron venir el navío a la vela, porque jamás habían visto tal, y los soldados que saltamos a tierra hallamos en unos maizales dos viejos que no podían

andar, y los trujimos al Capitán; y con los indios Julianillo y Melchorejo, que trujimos cuando lo de Francisco Hernández, que entendían muy bien aquella lengua, les habló, porque su tierra, dellos y aquella isla de Cuzumel no hay de travesía de lo uno a la otro sino obra de cuatro leguas, y todo es una lengua. Y el Capitán halagó a los dos viejos y les dió unas contezuelas, y les envió a llamar a los caciques de aquel pueblo; y fueron y nunca volvieron. Pues estándoles aguardando, vino una india moza, de buen parecer, y comenzó de hablar en la lengua de la isla de Jamaica, y dijo que todos los indios e indias de aquel pueblo se habían ido huyendo a los montes, de miedo. Y como muchos de nuestros soldados e yo entendimos muy bien aquella lengua, que es como la propia de Cuba, nos admiramos de vella y le preguntamos que cómo estaba allí, y dijo que habría dos años que dió al través con una canoa grande, en que iban a pescar desde la isla de Jamaica a unas isletas, diez indios jamaicanos, y que las corrientes les echó en aquella tierra, y mataron a su marido y a todos los más indios jamaicanos, sus compañeros, y que luego los sacrificaron a los ídolos. Y el Capitán, como vió que la india sería buena mensajera, envió con ella a llamar los indios y caciques de aquel pueblo, y dióla de plazo dos días para que volviese; porque los indios Julianillo y Melchorejo tuvimos temor que si se apartaban de nosotros que se irían (a su tierra) que está cerca; y a esta causa no osábamos enviarlos a llamar con ellos. Pues volvamos a la india de Jamaica; que la respuesta que trajo, que no quería venir ningún indio por más palabras que les decía. Pusimos nombre a este pueblo Santa Cruz, porque fué día de Santa Cruz cuando en él entramos. Había en él muy buenos colmenares de miel y buenas batatas y muchos puercos de la tierra, que tienen sobre el espinazo el ombligo. Había en él tres pueblos; aqueste donde desembarcamos era el mayor, y los otros pueblezuelos más chicos; estaban en cada punta de la isla el suyo. Y esto yo lo vi y anduve cuando volví por tercera vez con Cortés; y terná de bojo esta isla obra de dos leguas. Y volvamos a decir que como el Capitán Joan de Grijalba vió que era perder tiempo estar allí esperando, mandó que nos embarcásemos, y la india de Jamaica se fué con nosotros, y seguimos nuestro viaje.

CAPITULO IX

Cómo fuimos la derrota según y de la manera que lo habíamos traído cuando lo de Francisco Hernández de Córdoba, y fuimos a desembarcar a Chanpoton, y de la guerra que allí nos dieron y lo que más avino.

Pues vueltos a embarcar y yendo por las derrotas pasadas cuando lo de Francisco Hernández, en ocho días llegamos en el paraje del pueblo de Chanpoton, que fué donde nos desbarataron los indios de aquella provincia, como ya dicho tengo en el Capítulo que dello habla. Y como en aquella ensenada mengua mucho la mar, ancleamos los navíos una legua de tierra, y con

todos los bateles desembarcamos la mitad de los soldados que allí íbamos junto a las casas del pueblo. Y los indios naturales dél y de otros sus comarcanos se juntaron todos como la otra vez cuando nos mataron sobre cincuenta y seis soldados y todos los más salimos heridos, según memorado tengo, y a esta causa estaban muy ufanos y orgullosos, y bien armados a su usanza, que son arcos, flechas, lanzas tan largas como las nuestras y otras menores, y rodelas y macanas, y espadas como de a dos manos, y piedras y hondas y armas de algodón, y trompetillas y atambores, y los más dellos pintadas las caras de negro y otros de colorado y de blanco, y puestos en concierto, esperando en la costa para en llegando que llegásemos a tierra dar en nosotros. Y como teníamos experiencia de la otra vez, llevábamos en los bateles unos falconetes e íbamos apercibidos de ballestas y escopetas. Pues llegados que llegamos a tierra nos comenzaron a flechar, y con las lanzas dar a manteniente, y aunque con los falconetes les hacíamos mucho mal, y tales rociadas de flechas nos dieron, que antes que tomásemos tierra hirieron a más de la mitad de nuestros soldados. Y desque hobieron saltado en tierra todos nuestros soldados, les hicimos perder la furia a buenas estocadas y cuchilladas y con las ballestas, porque aunque nos flechaban a terrero, todos nosotros llevábamos armas de algodón, y todavía estuvieron buen rato peleando, y les hicimos retraer a unas ciénagas junto al pueblo. En esta guerra mataron a siete soldados, y entre ellos a un Joan de Quiteria, persona principal, y al Capitán Joan de Gríjalba le dieron entonces tres flechazos y le quebraron dos dientes, y hirieron sobre sesenta de los nuestros. Y desque vimos que todos los contrarios se habían ido huyendo, fuemos al pueblo y se curaron los heridos y enterramos los muertos; y en todo el pueblo no hallamos persona ninguna, ni los que se habían retraído en las ciénagas ya se habían desgarrado. En aquellas escaramuzas prendimos tres indios: el uno dellos era principal. Mandóles el capitán que fuesen a llamar al cacique de aquel pueblo, y se les dió muy bien a entender con las lenguas, Julianillo y Melchorejo, y que les perdonaban lo hecho, y les dió cuentas verdes para que les diesen en señal de paz. Y fueron y nunca volvieron, y creímos que los indios Julianillo y Melchorejo no les debieron de decir lo que les mandaron, sino al revés. Estuvimos en aquel pueblo tres días. Acuérdome que cuando estábamos peleando en aquellas escaramuzas por mí memoradas, que había allí unos prados y en ellos muchas langostas de las chicas, que cuando peleábamos saltaban y venían volando y nos daban en la cara, y como eran muchos los indios flecheros y tiraban tanta flecha como granizos, nos parecía que eran algunas dellas langostas que volaban, y no nos rodelábamos, y la flecha que venía nos hería; otras veces creíamos que eran flechas, y eran langostas que venían volando; fué harto estorbo para nuestro pelear. Dejemos ésto, y pasemos adelante, y digamos cómo luego nos embarcamos y seguimos nuestra derrota.

CAPITULO X

Cómo seguimos nuestro viaje y entramos en un río muy ancho que le pusimos Boca de Términos, por qué entonces le pusimos aquel nombre.

Yendo por nuestra navegación adelante, llegamos a una boca como de río muy grande y caudaloso y ancho, y no era río, como pensamos, sino muy buen puerto, y porque está entre unas tierras y otras y parescía como estrecho, tan ancha boca tenía, decía el piloto Antón de Alaminos que era isla y que partía términos con la tierra; y a esta causa le pusimos nombre de Boca de Términos, y ansí está en las cartas de marear. Y allí saltó el Capitán Joan de Grijalba en tierra, con todos los demás capitanes por mí memorados y soldados, y estuvimos tres días sondando la boca de aquella entrada y mirando bien arriba y abajo del ancón, adonde creíamos que venía o iba a parar, y no hallamos ser isla, sino ancón y muy buen puerto. Y había en tierra unas casas de adoratorios de ídolos, de cal y canto, y muchos ídolos de barro, y de palo y piedra, que eran dellos figuras de sus dioses y dellos de sus como mujeres, y otros como sierpes, y muchos cuernos de venado, y creímos que por allí cerca habría alguna poblazón, y con el buen puerto, que sería bueno para poblar, lo cual no fué ansí, questaba muy despoblado, porque aquellos adoratorios eran de mercaderes y cazadores que de pasada entraban en aquel puerto con canoas y allí sacrificaban. Y había mucha caza de venados y conejos, y matamos diez venados con una lebrela y muchos conejos. Y luego desque todo fué visto y sondado, nos tornamos a embarcar, y allí se nos quedó la lebrela. Llaman los marineros a esta puerto de Términos. Y vueltos a embarcar, navegamos costa a costa junto a tierra, hasta que llegamos a un río que llaman de Tabasco, que allí le pusimos nombre Río de Grijalba.

CAPITULO XI

Cómo llegamos al río de Tabasco, que llaman de Grijalba, y lo que allí nos avino.

Navegando costa a costa la vía del Poniente, y nuestra navegación era de día, porque de noche no osábamos por temor de bajos y arrecifes, a cabo de tres días vimos una boca de río muy ancha y llegamos cerca de tierra con los navíos; parecía un buen puerto, y como nos fuimos acercando cerca de la boca vimos reventar los bajos antes de entrar en el río, y allí sacamos los bateles y con la sonda en la mano hallamos que no podían entrar en el puerto los dos navíos de mayor porte. Fué acordado que anclasen fuera, en la mar, y con los otros dos navíos, que demandaban menos agua, que con ellos y con los bateles fuésemos todos los soldados el río arriba, por causa que vimos muchos indios estar en canoas en las riberas, y tenían arcos y flechas y todas sus armas, según y de la manera de Chanpoton. Por donde entendimos que

había por allí algún pueblo grande, y también porque viniendo como veníamos navegando costa a costa, habíamos visto echadas nasas con que pescaban en la mar, y aun a dos dellas se les tomó el pescado con un batel que traíamos a jorro de la capitana. Aqueste río se llama de Tabasco porque el cacique de aquel pueblo se decía Tabasco, e como lo descubrimos deste viaje y el Joan de Grijalba fué el descubridor, se nombra río de Grijalba, y ansí está en las cartas de marear. Tornemos a nuestra relación; que ya que llegábamos obra de media legua del pueblo, bien oímos el gran remor de cortar madera de que hacían grandes mamparos y fuerzas y palizadas, y aderezarse para nos dar guerra, por muy cierta; y desque aquello sentimos, desembarcamos en una punta de aquella tierra, adonde había unos palmares que será del pueblo media legua, y desque nos vieron entrar vinieron obra de cincuenta canoas con gente de guerra, y traían arcos, flechas y armas de algodón, rodelas y lanzas, y sus atambores y penachos. Y estaban entre los esteros otras muchas canoas llenas de guerreros, y estuvieron algo apartados de nosotros, que no osaron llegar como los primeros. Y desque los vimos de aquel arte, estábamos para tiralles con los tiros y con las escopetas y ballestas, y quiso Nuestro Señor que acordamos de los llamar; e con Julianillo y Melchorejo, que sabían muy bien aquella lengua, se les dijo que no hobiesen miedo, que les queríamos hablar cosas que desque las entendiesen habrían por buena nuestra llegada allí e a sus casas; e que les queríamos dar de las cosas que traíamos. Y como entendieron la plática, vinieron cerca de nosotros cuatro canoas, y en ellas obra de treinta indios, y luego se les mostró sartalejos de cuentas verdes y espejuelos y diamantes azules. Y desque lo vieron parescía que estaban de mejor semblante, creyendo que eran chalchivís, que ellos tienen en mucho. Entonces el Capitán les dijo, con las lenguas Julianillo y Melchorejo, que veníamos de lejos tierras y éramos vasallos de un gran emperador que se dice don Carlos, el cual tiene por vasallos a muchos grandes señores y caciques, y que ellos le deben tener por señor, y que les iría muy bien en ello, y que a trueque de aquellas cuentas nos den comida y gallinas. Y respondieron dos dellos, que el uno era principal y el otro papa, que son como sacerdotes que tienen cargo de los ídolos, que ya he dicho otras veces que papas los llaman en la Nueva España, y dijeron que darían el bastimento que decíamos y trocarían de sus cosas a las nuestras, y en lo demás, que señor tienen, y que agora veníamos y sin conoscerlos ya les queríamos dar señor, e que mirásemos no les diésemos guerra, como en Potonchan, porque tenían aparejados sobre tres jiquipiles de gente de guerra de todas aquellas provincias contra nosotros; son cada jiquipil ocho mil hombres, y dijeron que bien sabían que pocos días había que habíamos muerto y herido más de doscientos hombres en Potonchan, y que ellos no son de tan pocas fuerzas como fueron los otros, y por esta causa habían venido a hablar para saber nuestra voluntad, y aquellas palabras que les decíamos que se las irían a decir a los caciques de muchos pueblos que están juntos para tratar guerra o paces. Y luego el capitán les abrazó en señal de paz y les dió unos sartalejos de cuentas y les mandó que volviesen con la respuesta con brevedad, e que si no venían, que por fuerza habíamos de ir a su pueblo, y no para los enojar. Y aquellos mensajeros que enviamos hablaron con los caciques y papas, que también tienen

voto entre ellos, y dijeron que eran buenas las paces y traer comida; y que entre todos ellos y los más pueblos comarcanos se buscaría luego un presente de oro para nos dar y hacer amistades, no les acaesca como a los de Potonchan. Y lo que yo vi y entendí después el tiempo andando, en aquellas provincias e otras tierras de la Nueva España se usaba enviar presentes cuando se tratan paces, como adelante verán. Y en aquella punta de los palmares donde estábamos vinieron otro día sobre treinta indios, y entre ellos el cacique, y trujeron pescado asado y gallinas, y frutas de zapotes y pan de maíz, y unos braseros con ascuas y con sahumerios, y nos sahumaron a todos; y luego pusieron en el suelo unas esteras, que en esta tierra llaman petates, y encima una manta, y presentaron ciertas joyas de oro, que fueron unas como diademas y ciertas joyas como hechura de ánades, como las de Castilla, y otras joyas como lagartijas, y tres collares de cuentas vaciadizas, y otras cosas de oro de poco valor, que no valían ducientos pesos, y más trujeron unas mantas y camisetas de las que ellos usan, y dijeron que recibamos aquello de buena voluntad, y que no tienen más oro que nos dar; que adelante, hacia donde se pone el sol, hay mucho; y decían "Colua, colua" y "México, México", y nosotros no sabíamos qué cosa era colua ni aun México. Y puesto que no valía mucho aquel presente que trujeron, tuvímoslo por bueno por saber cierto que tenían oro. Y desque lo hubieron presentado, dijeron que nos fuésemos luego adelante. Y el Capitán Joan de Grijalba les dió gracias por ello, y cuentas verdes, y fué acordado de irnos luego a embarcar, porque estaban a mucho peligro los dos navíos, por temor del Norte, que es travesía, y también por acercanos adonde decían que había oro.

CAPITULO XII

Cómo seguimos la costa adelante, hacia donde se pone el sol, y llegamos al río que llaman de Banderas, y lo que en él pasó.

Vueltos a embarcar, siguiendo la costa adelante, dende a dos días vimos un pueblo junto a tierra que se dice el Ayagualulco. Y andaban muchos indios de aquel pueblo por la costa, con unas rodelas hechas de concha de tortuga que relumbran con el sol que daba en ellas, y algunos de nuestros soldados porfiaban que eran de oro bajo. Y los indios que las traían iban haciendo pernetas, como burlando de los navíos, como ellos estaban en salvo, por los arenales y costa adelante. Y pusimos por nombre a este pueblo La Rambla, y ansí está en las cartas de marear. E yendo más adelante, costeando, vimos una ensenada, donde se quedó el río de Tonala, que a la vuelta que volvimos entramos en él, y le posimos nombre río de Santo Antón, y ansí está en las cartas de marear. E yendo más adelante navegando, vimos a dónde quedaba el paraje del gran río de Guazacalco, y quisiéramos entrar en la ensenada, [no] por saber qué cosa era, sino por ser el tiempo contrario. Y luego se parescieron las grandes sierras nevadas que en todo el año están cargadas

de nieve, y también vimos otras sierras que están más junto a la mar, que se llaman de San Martín. Y pusímosle aqueste nombre porque el primero que las vió desde los navíos fué un soldado que se decía San Martín y era vecino de La Habana, que iba con nosotros. Y navegando nuestra costa adelante, el Capitán Pedro de Alvarado se adelantó con su navío y entró en un río que en nombre de indios se dice Papaloaba, y entonces le pusimos nombre río de Alvarado, porque entró en él el mismo Alvarado. Allí le dieron pescado unos indios pescadores, que eran naturales de un pueblo que se dice Tacotalpa. Estuvímosle aguardando en el paraje del río donde entró con todos tres navíos hasta que salió dél; y a causa de haber entrado en el río sin licencia del general, se enojó mucho con él, y le mandó que otra vez no se adelantase de la armada porque no le aviniese algún contraste en parte donde no le pudiésemos ayudar. Y luego navegamos con todos cuatro navíos en conserva hasta que llegamos en paraje de otro río, que le pusimos por nombre río de Banderas, porque estaban en él muchos indios con lanzas grandes y en cada lanza una bandera de manta grande rebolándola y llamándonos, lo cual diré siguiendo adelante cómo pasó.

CAPITULO XIII

Cómo llegamos en el paraje del río de Banderas y de lo que allí se hizo.

Ya habrán oído decir en España algunos curiosos letores y otras personas que han estado en la Nueva España cómo México es tan gran ciudad y poblada en el agua como Venecia; y había en ella un gran señor que era rey en estas partes de muchas provincias y señoreaba todas aquellas tierras de la Nueva España, que son mayores que dos veces nuestra Castilla. El cual señor se decía Montezuma, y como era tan poderoso, quería saber y señorear hasta más de lo que no podía. Y tuvo noticia, de la primera vez que venimos con Francisco Hernández de Córdoba, lo que nos acaesció en la batalla de Cotoche y en la de Chanpoton, y agora deste viaje con los mesmos de Chanpoton, y supo que siendo nosotros pocos soldados y los de aquel pueblo y otros muchos confederados que se juntaron con ellos, les desbaratamos, y cómo entramos en el río de Tabasco, y lo que en él pasamos con los caciques de aquel pueblo, y, en fin, entendió que nuestra demanda era buscar oro, a trueque del rescate que traíamos, y todo se lo habían llevado pintado en unos paños que hacen de henequén, que es como de lino. Y como supo que íbamos costa a costa hacia sus provincias, mandó a sus gobernadores que si por allí aportásemos con los navíos, que procurasen de trocar oro a nuestras cuentas, especial a las verdes, que parescían algo a sus chalchuvis, que las tienen en mucho como esmeraldas, y también lo mandó para saber e inquirir más por entero de nuestras personas y qué era nuestro intento. Y lo más cierto era, según entendimos, que les habían dicho sus antepasados que habían de venir gentes de hacia donde sale el sol, con

barbas, que los habían de señorear. Agora sea por lo uno o por lo otro, estaban en posta y vela muchos indios del gran Montezuma en aquel río con unas varas muy largas y en cada vara una bandera de manta de algodón, blanca, enarbolándolas y llamándonos, como que parescían eran señas de paz, que fuésemos adonde estaban. Y desque vimos desde los navíos cosas tan nuevas, nos admiramos, y para saber qué podían ser fué acordado por el general con todos los más capitanes que echásemos dos bateles en el agua y que saltasen en ellos todos los ballesteros y escopeteros y veinte soldados de los más sueltos y prestos, y que Francisco de Montejo fuese con nosotros, y que si viésemos que era gente de guerra los que estaban con las banderas, que de presto se lo hiciésemos saber, o otra cualquier cosa que fuese. Y en aquella sazón quiso Dios que hacía bonanza en aquella costa, lo cual pocas veces suele acaecer, y como llegamos en tierra hallamos tres caciques, que el uno dellos era gobernador de Montezuma, y con muchos indios de su servicio. Y tenían allí gallinas de la tierra y pan de maíz, de lo que ellos suelen comer, y frutas que eran piñas y zapotes, que en otras partes llaman a los zapotes mameyes. Y estaban debajo de una sombra de árboles e puestas esteras en el suelo, y allí, por señas, nos mandaron asentar, porque Julianillo, el de la punta de Cotoche, no entendía aquella lengua, que es mexicana, y luego trujeron braseros de barro con ascuas y nos sahuman con uno como resina. El Capitán Montejo lo hizo saber todo lo aquí memorado al general, y como lo supo acordó de surgir allí con todos los navíos. Y saltó en tierra con los capitanes y soldados. Y desque aquellos caciques y gobernadores le vieron en tierra y entendieron que era el capitán general de todos, a su usanza le hicieron gran acato, y él les hizo muchas quericias y les mandó dar diamantes azules y cuentas verdes, y por señas les dijo que trujesen oro a trocar a nuestros rescates. Lo cual luego el indio gobernador mandó a sus indios que de todos los pueblos comarcanos trujesen de las joyas de oro que tenían a rescatar, y en seis días que allí estuvimos trujeron más de diez y seis mill pesos en joyezuelas de oro bajo y de mucha deversidad de hechuras. Y aquesto debe ser lo que dicen los coronistas Gomara y Illescas y Jovio que dieron en Tabasco, y ansí lo escriben como si fuera verdad, porque vista cosa es que en la provincia del río de Grijalba ni todos sus rededores no hay oro, sino muy pocas joyas de sus antepasados. Dejemos esto y pasemos adelante. Y es que tomamos posesión en aquella tierra por Su Majestad, y después de esto hecho habló el general a los indios diciendo que se querían embarcar, y les dió camisas de Castilla. Y de allí tomamos un indio, que llevamos en los navíos, el cual después que entendió nuestra lengua se volvió cristiano y se llamó Francisco, y después le vi casado con una india. Volvamos a nuestra plática. Pues como vió el general que no traían más oro que rescatar y había seis días que estábamos allí y los navíos corrían riesgo, por ser travesía el Norte y Nordeste, nos mandó embarcar. Y corriendo la costa adelante, vimos una isleta que bañaba la mar y tenía la arena blanca y estaba, al parescer, obra de tres leguas de tierra; y posímosle nombre isla Blanca, y ansí está en las cartas de marear. Y no muy lejos desta isleta blanca vimos otra isla que tenía muchos árboles verdes y estaba de la costa cuatro leguas, y posímosle por nombre isla Verde. E yendo más adelante vimos otra isla algo

mayor que las demás, y estaría de tierra obra de legua e media, y allí enfrente della había buen surgidero. Y mandó el general que surgiésemos. Y echados los bateles en el agua, fué el Joan de Grijalba, con muchos de nosotros los soldados, a ver la isleta, porque había humos en ella, y hallamos dos casas hechas de cal y canto bien labradas, y en cada casa unas gradas, por donde subían a unos como altares, y en aquellos altares tenían unos ídolos de malas figuras, que eran sus dioses. Y allí, hallamos sacrificados de aquella noche cinco indios, y estaban abiertos por los pechos y cortados los brazos y los muslos, y las paredes de las casas llenas de sangre. De todo lo cual nos admiramos en gran manera, y pusimos nombre a esta isleta isla de Sacrificios, y ansí está en las cartas de marear. Y allí enfrente de aquella isla saltamos todos en tierra y en unos arenales grandes que allí hay, adonde hecimos ranchos y chozas con rama y con las velas de los navíos. Habían venido y allegádose en aquella costa muchos indios que traían a rescatar oro hecho pecezuelas, como en el río de Banderas. Y según después supimos, lo mandó el gran Montezuma que viniese con ello, y los indios que lo traían estaban temerosos, y era muy poco; por manera que luego el capitán mandó que los navíos alzasen anclas y diesen velas y fuésemos a surgir enfrente de otra isleta que estaba obra de media legua de tierra. Y esta isla es donde agora es el puerto de la Veracruz, obra de media legua de tierra. Y diré adelante lo que allí nos avino.

CAPITULO XIV

Cómo llegamos aquella isleta que agora se llama San Joan de Ulúa, e a qué causa se le puso aquel nombre, y lo que allí pasamos.

Desembarcados en unos arenales, hecimos chozas encima de los más altos médanos de arena, que los hay por allí grandes, por causa de los mosquitos, que había muchos. Y con los bateles sondaron muy bien el puerto y hallaron que con el abrigo de aquella isleta estarían seguros los navíos del Norte y había buen fondo. Y hecho esto fuemos a la isleta con el general treinta soldados bien apercibidos en dos bateles, y hallamos una casa de adoratorios, donde estaba un ídolo muy grande y feo, el cual le llamaban Tescatepuca, y, acompañándole, cuatro indios con mantas prietas y muy largas, con capillas que quieren parescer a las que traen los dominicos o los canónigos. Y aquéllos eran sacerdotes de aquel ídolo, que comúnmente en la Nueva España llamaban papas, como ya lo he memorado otra vez. Y tenían sacrificados de aquel día dos mochachos, y abiertos por los pechos y los corazones, y sangre ofrescidos aquel maldito ídolo. Y aquellos sacerdotes nos

venían a sahumar con lo que sahumaron aquel su Tescatepuca, porque en aquella sazón que llegamos lo estaban sahumando con uno que huele a encencio, y no consentimos que tal sahumerio nos diesen; antes tuvimos muy gran lástima de ver muertos aquellos dos mochachos, y ver tan grandísima crueldad. Y el general preguntó al indio Francisco, por mí memorado y que trujimos del río de Banderas, que parescía algo entendido, que por qué hacían aquello; y esto se lo decía medio por señas, porque entonces no teníamos lengua ninguna, como ya otra vez he dicho, porque Julianillo y Melchorejo no entendían la mexicana. Y respondió el indio Francisco que los de Ulúa los mandaban sacrificar; y como era torpe de lengua, decía: "Ulúa, Ulúa", y como nuestro capitán estaba presente y se llamaba Joan y era por San Joan de junio, pusimos por nombre a aquella isleta San Joan de Ulúa; y este puerto es agora muy nombrado y están hechos en él grandes mamparos para que estén seguros los navíos para amor del Norte, y allí vienen a desembarcar las mercaderías de Castilla para México y Nueva España. Volvamos a nuestro cuento. Que como estábamos en aquellos arenales vinieron indios de pueblos comarcanos a trocar su oro de joyas a nuestros rescates; mas era tan poco lo que traían y de poca valía, que no hacíamos cuenta dello. Y estuvimos siete días de la manera que he dicho, y con los muchos mosquitos que había no nos podíamos valer, y viendo que el tiempo se nos pasaba en balde, y teniendo ya por cierto que aquellas tierras no eran islas, sino tierra firme, y que había grandes pueblos y mucha multitud de indios, y el pan cazabe que traíamos muy mohoso y sucio de fatulas y amargaba, y los soldados que allí veníamos no éramos bastantes para poblar, cuanto más que faltaban ya trece soldados que se habían muerto de las heridas, y estaban otros cuatro dolientes, y viendo todo esto por mí ya dicho, fué acordado que lo enviásemos a hacer saber al Diego Velázquez, para que nos enviase socorro, porque Joan de Grijalba muy gran voluntad tenía de poblar con aquellos pocos soldados que con él estábamos, y siempre mostró ánimo de muy valeroso y esforzado capitán, y no como lo escribe el coronista Gomara. Pues para hacer aquella embajada acordamos que fuese el Capitán Pedro de Alvarado en un navío muy bueno que se decía *San Sebastián,* y fué ansí acordado por dos cosas: lo uno porque el Joan de Grijalba ni los demás capitanes no estaban bien con él por la entrada que hizo con su navío en el río de Papalote, que entonces le pusimos por nombre río de Alvarado, y lo otro porque había venido a aquel viaje de mala gana y medio doliente. Y también se concertó que llevase todo el oro que se había rescatado, y ropa de mantas y los dolientes; y los capitanes escribieron al Diego Velázquez cada uno lo que les paresció. Y luego se hizo a la vela, y fué la vuelta de la isla de Cuba, adonde lo dejaré agora, así al Pedro de Alvarado y a su viaje, y diré cómo el Diego Velázquez envió en nuestra busca.

CAPITULO XV

Cómo Diego Velázquez, Gobernador de Cuba, envió un navío en nuestra busca, y lo que más le sucedió.

Después que salimos con el armada con el Capitán Joan de Grijalba de la isla de Cuba para hacer nuestro viaje, siempre el Diego Velázquez estaba pensativo no hobiese acaescido algún desastre, y deseaba saber de nosotros, y a esta causa envió un navío pequeño en nuestra busca y con ciertos soldados, y por capitán dellos a un Cristóbal de Olí, persona de valía y muy esforzado, y éste es el que fué maestre de campo cuando lo de Cortés. Y mandó el Diego Velázquez que siguiese la derrota de Francisco Hernández de Córdoba, hasta topar con nosotros. Y el Cristóbal de Olí, yendo su viaje en nuestra busca y estando surto cerca de tierra, en lo de Yucatán, le dió un recio temporal, y por no anegarse sobre las amarras, y el piloto que traía mandó cortar los cables y perdió las anclas, y se volvió a Santiago de Cuba, donde estaba el Diego Velázquez. Y desque vió que no tenía nuevas de nosotros, si pensativo estaba antes que enviase a Cristóbal de Olí, muy malo estuvo después que lo vió volver sin recaudo. Y en esta sazón llegó el capitán Pedro de Alvarado a Cuba con el oro y ropa e dolientes y con entera relación de lo que habíamos descubierto. Y desque el gobernador vió el oro que llevaba el capitán Pedro de Alvarado, que [como] estaba en joyas parescía mucho más de lo que era, y estaban con el Diego Velázquez acompañándole muchos vecinos de la villa y de otras partes, que venían a negocios. Y desque los oficiales del rey tomaron el real quinto de lo que venía a Su Majestad, estaban todos espantados de cuán ricas tierras habíamos descubierto, porque el Perú no se descubrió de ahí a veinte años, y como el Pedro de Alvarado se lo sabía muy bien platicar, diz que no hacía el Diego Velázquez sino abrazalle, y en ocho días tener gran regocijo y jugar cañas. Y si mucha fama tenían antes de ricas tierras, agora, con este oro, se sublimó mucho más en todas las islas y en Castilla, como adelante diré. Y dejaré al Diego Velázquez haciendo fiestas y volveré a nuestros navíos, que estábamos en San Juan de Ulúa, y allí acordamos que fuésemos descubriendo más la costa, lo cual diré adelante.

CAPITULO XVI

Cómo fuimos descubriendo la costa adelante, hasta la provincia de Pánuco, y lo que pasamos hasta volver a Cuba.

Después que de nosotros se partió el capitán Pedro de Alvarado para ir a la isla de Cuba, como memorado tengo, acordó nuestro general, con los demás capitanes y soldados y parecer de los pilotos, que fuésemos costeando y descubriendo todo lo que pudiésemos por la costa. Y yendo por nuestra navegación, vimos las sierras que se dicen de Tuztla, y, más adelante, de ahí

a otros dos días, vimos otras sierras muy más altas, que agora se llaman las sierras de Tuzpa, porque se nombra un pueblo que está junto aquellas sierras Tuspa. Y yendo nuestra derrota vimos muchas poblazones, y estarían la tierra adento, al parescer, dos o tres leguas, y esto es en la provincia de Pánuco. E yendo por nuestra navegación llegamos a un río grande y muy corriente, que le posimos nombre río de Canoas, y enfrente de la boca dél surgimos. Y estando surtos todos tres navíos, estábamos algo descuidados, vinieron de repente por el río abajo obra de veinte canoas muy grandes, llenas de indios de guerra, con arcos y flechas y lanzas, y vanse derechos al navío que les paresció el más chico, del cual era capitán Francisco de Montejo, y estaba más llegado a tierra, y danle una rociada de flechas que le hirieron cinco soldados, y echaban sogas al navío, pensando de lo llevar, y aun cortaron una amarra con sus hachas de cobre. Y puesto que el capitán y los soldados peleaban bien y les trastornaron tres canoas, nosotros, con gran presteza, les ayudamos con nuestros bateles y escopetas y ballestas, y herimos más de la tercia parte de aquella gente, por manera que volvieron con sus canoas con la mala ventura por donde habían venido. Y luego alzamos anclas y dimos velas, y seguimos costa a costa hasta que llegamos a una punta muy grande, y era tan mala de doblar y las corrientes muchas, que no podimos ir adelante. Y el piloto Antón de Alaminos dijo al general que no era bien navegar más aquella derrota, y para ello dió muchas causas. Y luego se tomó consejo sobre lo que se había de hacer, y fué acordado que diésemos la vuelta a la isla de Cuba, lo uno porque ya entraba el invierno y no había bastimentos, y el un navío hacía mucha agua. Y los capitanes, desconformes, porque el Joan de Grijalba decía que quería poblar y el Alonso Dávila y el Francisco de Montejo decían que no, que no se podrían sustentar por causa de los muchos guerreros que en la tierra había, y también todos nosotros, los soldados, estábamos muy trabajados de andar por la mar. Y por estas causas dimos vuelta a dos velas, y las corrientes que nos ayudaban, en pocos días llegamos al paraje del gran río de Guazacalco, y no pudimos entrar en él por ser el tiempo contrario, y muy abrazados con tierra entramos en el río de Tonala, que se puso nombre entonces de San Antón. Y allí dimos carena al un navío que hacía mucha agua, puesto que tocó al entrar en la barra, que es muy baja. Y estando aderezando nuestro navío vinieron muchos indios del pueblo de Tonala, questá una legua de allí, y muy de paz e trujeron pan de maíz y pescado y fruta, y con buena voluntad nos lo dieron. Y el capitán les hizo muchos halagos y les mandó dar cuentas verdes y diamantes, y les dijo por señas que trujesen oro a rescatar y que les daría de nuestro rescate. Y traían joyas de oro bajo y les daban cuentas por ello. Y también vinieron los de Guazacalco y de otros pueblos comarcanos y trujeron sus joyezuelas, que todo era nonada. Pues demás de aqueste rescate traían comúnmente todos los más indios de aquellas provincias unas hachas de cobre muy lucias, como por gentileza y a manera de galanía, con unos cabos de palos pintados, y nosotros creímos que eran de oro bajo, y comenzamos a rescatar dellas. Digo que en tres días se hobieron más de seiscientas, y estábamos muy contentos creyendo que eran de oro bajo, y los indios mucho más con las cuentas. Y todo salió vano, que las hachas eran de cobre puro y las cuentas un poco de

nada. Y un marinero había rescatado siete hachas y estaba alegre con ellas. También me acuerdo que un soldado que se decía Bartolomé Pardo fué a una casa de ídolos que estaba en un cerro, que ya he dicho que se dicen cues, que es como quien dice casa de sus dioses, y en aquella casa halló muchos ídolos y copal, que es como resina con que sahuman, y cuchillos de pedernal, con que sacrificaban y retajaban, y en una arca de madera halló muchas piezas de oro, que eran diademas y collares, y dos ídolos, y otras como cuentas vaciadizas. Y el oro tomó el soldado para sí, y los otros ídolos y sacrificios trujo al capitán. Y no faltó quien lo vió y lo dijo al Grijalba, y queríaselo tomar, y rogamos que se lo dejase, y como era de buena condición, mandó que, sacado el real quinto, lo demás fuese para el pobre soldado, y valdría obra de ciento y cincuenta pesos. También quiero decir [1] cómo quedaron los indios de aquella provincia muy contentos, y luego nos embarcamos y vamos la vuelta de Cuba, y en cuarenta y cinco días, unas veces con buen tiempo y otras con contrario, llegamos a Santiago de Cuba, donde estaba el Diego Velázquez, y él nos hizo buen recibimiento; y desque vió el oro que traíamos, que serían cuatro mil pesos, y lo que trujo primero Pedro de Alvarado, seria por todo veinte mill; otros decían que eran más. Y los oficiales de Su Majestad sacaron el real quinto. Y también trujeron las seiscientas hachas que creímos que eran de oro bajo, y cuando las vieron estaban tan mohosas y, en fin, como cobre que era. Y allí hobo bien que reír y decir de la burla y del rescate. Y el gobernador estaba muy alegre, puesto que paresció que no estaba bien con el pariente Grijalba, y no tenía razón, sino que el Francisco de Montejo y el Pedro de Alvarado, que no estaban bien con el Grijalba, y también el Alonso Dávila ayudó de mala. Y cuando esto pasó ya había otras pláticas para enviar otra armada y sobre quién elegirían por capitán. Y dejemos esto aparte y diré cómo Diego Velázquez envió a España para que Su Majestad le diese licencia para rescatar y conquistar y poblar y repartir las tierras que hobiese descubierto.

CAPITULO XVII

Cómo Diego Velázquez envió a España para que Su Majestad le diese licencia para rescatar y conquistar y poblar y repartir la tierra desque estuviese de paz.

Aunque les paresca a los letores que va fuera de nuestra relación esto que yo traigo aquí a la memoria antes que entre en lo del valeroso y esforzado capitán Cortés, conviene que se diga, por las causas que adelante verán, y también porque en un tiempo acaecen dos y tres cosas y por fuerza hemos

(1) En el original aparece tachado lo siguiente: "Cómo yo sembré unas pepitas de naranja junto a otra casa de ídolos, y fué de esta manera: que como había muchos mosquitos en aquel río, fuémonos diez soldados a dormir en una casa alta de ídolos, y junto a aquella casa las sembré, que había traído de Cuba, porque era fama que veníamos a poblar, y nacieron muy bien, porque los papas de aquellos ídolos las beneficiaban y regaban y limpiaban desque vieron que era plantas diferentes de las suyas; de allí se hicieron de naranjas toda aquella provincia. Bien sé que dirán que no hacen al propósito de mi relación estos cuentos viejos, y dejallos he".

de hablar en la que más viene al propósito. Y el caso es que, como ya he declarado, cuando llegó el capitán Pedro de Alvarado a Santiago de Cuba con el oro que hubimos de las tierras que descubrimos, y el Diego Velázquez temió que primero que él hiciese relación dello a Su Majestad que algún caballero privado en corte le hurtaría la bendición y la pediría a Su Majestad, y a esta causa, envió un su capellán, que se decía Benito Martín, hombre de negocios, a Castilla, con probanzas y cartas para don Joan Rodríguez de Fonseca, obispo de Burgos y arzobispo de Rosano, que ansí se nombraba, y para el licenciado Luis Zapata, y para el secretario Lope de Conchillos, que en aquella sazón entendían en las cosas de Indias, y el Diego Velázquez les era gran servidor, en especial del mesmo obispo, y les dió pueblos de indios en la mesma isla de Cuba, que les sacaban oro de las minas; y hacían mucho por las cosas del Diego Velázquez. Y en aquella sazón estaba Su Majestad en Flandes, y aun les envió a aquellos caballeros por mí memorados joyas de oro de las que habíamos rescatado, y no se hacía otra cosa en el Real Consejo de Indias, sino lo que aquellos señores mandaban. Y lo que enviaba a negociar el Velázquez era que le diesen licencia para rescatar y conquistar y poblar en todo lo que había descubierto y en lo que más descubriese, y decía en sus relaciones y cartas que había gastado muchos milles de pesos de oro en el descubrimiento. Y el Benito Martín que envió fué a Castilla y negoció todo lo que pidió y aun más cumplidamente, porque trujo provisión para que el Diego Velázquez que fuese adelantado de Cuba. Pues ya negociado lo aquí por mí ya dicho, no vinieron tan presto los despachos que no saliese primero el valeroso Cortés con otra armada. Y quedarse ha aquí ansí los despachos del Benito Martín como el armada del capitán Cortés, y diré cómo estando escribiendo esta relación vi las corónicas de los coronistas Francisco López de Gomara y las del doctor Illescas y las del Jovio, que hablan en las conquistas de la Nueva España, y lo que sobre ello me paresciere declarar, adonde hobiere contradicción, y lo proporné clara y verdaderamente, y va muy diferente de lo que han escrito los coronistas ya por mí nombrados.

CAPITULO XVIII

De los borrones y cosas que escriben los coronistas Gomara e Illescas acerca de las cosas de la Nueva España.

Estando escribiendo en esta mi corónica, acaso vi lo que escriben Gomara e Illescas y Jovio en las conquistas de México y Nueva España, y desque las leí y entendí y vi de su policía y estas mis palabras tan groseras y sin primor, dejé de escrebir en ella, y estando presentes tan buenas historias, y con este pensamiento torné a leer y a mirar muy bien las pláticas y razones que dicen en sus historias, y desde el principio y medio ni cabo no hablan

lo que pasó en la Nueva España, y desque entraron a decir de las grandes ciudades tantos números que dicen había de vecinos en ellas, que tanto se les da poner ochenta mill como ocho mill; pues de aquellas matanzas que dicen que hacíamos, siendo nosotros cuatrocientos y cincuenta soldados los que andábamos en la guerra, harto teníamos que defendernos no nos matasen y nos llevasen de vencida, que aunque estuvieran los indios atados, no hiciéramos tantas muertes, en especial que tenían sus armas de algodón, que les cubrían el cuerpo, y arcos, saetas, rodelas, lanzas grandes, espadas de navajas como de a dos manos, que cortan más que nuestras espadas, y muy denodados guerreros. Escriben los coronistas por mí memorados que hacíamos tantas muertes y crueldades que Atalarico, muy bravísimo rey, y Atila, muy soberbio guerrero, según dicen y se cuentan de sus historias, en los campos catalanes no hicieron tantas muertes de hombres. Pues tornando a nuestra plática, dicen que derrocamos y abrasamos muchas ciudades y templos, que son cues, y en aquello les paresce que placen mucho a los oyentes que leen sus historias y no lo vieron ni entendieron cuando lo escribían los verdaderos conquistadores y curiosos letores que saben lo que pasó claramente les dirán que si todo lo que escriben de otras historias va como lo de la Nueva España, irá todo errado. Y lo bueno es que ensalzan a unos capitanes y abajan a otros, y los que no se hallaron en las conquistas dicen que fueron en ellas, y también dicen muchas cosas y de tal calidad, y por ser tantas y en todo no aciertan, no lo declararé. Pues otra cosa peor dicen; que Cortés mandó secretamente barrenar los navíos; no es ansí, porque por consejo de todos los más soldados y mío mandó dar con ellos al través, a ojos vistos, para que nos ayudasen la gente de la mar que en ellos estaban a velar y a guerrear. Y en todo escriben muy vicioso, y para que yo meto tanto la pluma en contar cada cosa por sí, que es gastar papel y tinta, yo lo mal digo, puesto que lleve buen estilo. Dejemos esta plática y volveré a mi materia, que, después de bien mirado todo lo que aquí he dicho, que es todo burla lo que escriben acerca de lo acaescido en la Nueva España, torne a proseguir mi relación, porque la verdadera policía e agraciado componer es decir verdad en lo que he escrito. Y mirando esto acordé de seguir mi intento con el ornato y pláticas que verán para que salga a luz, y hallarán las conquistas de la Nueva España claramente como se han de ver. Quiero volver con la pluma en la mano, como el buen piloto lleva la sonda descubriendo bajos por la mar adelante cuando siente que los hay; así haré yo en decir los borrones de los coronistas; mas no será todo, porque si parte por parte se hobiesen de escrebir sería más la costa de recoger la rebusca que en las verdaderas vendimias. Digo que sobre esta mi relación pueden los coronistas sublimar y dar loa al valeroso y esforzado capitán Cortés y a los fuertes conquistadores, pues tan grande empresa salió de nuestras manos, y lo que sobre ello escribieron diremos los que en

aquellos tiempos nos hallamos como testigos de vista ser verdad, como agora decimos las contrariedades dél; que cómo tienen tanto atrevimiento y osadía de escrebir tan vicioso y sin verdad, pues que sabemos que la verdad es cosa bendita y sagrada, y que todo lo que contra ello dijeren va maldito. Más bien se parece que el Gomara fué aficionado a hablar tan loablemente del valeroso Cortés, y tenemos por cierto que le untaron las manos, pues que a su hijo, el Marqués que agora es, le eligió su corónica, teniendo a nuestro rey y señor, que con derecho se le había de elegir y encomendar. Y habían de mandar borrar los señores del Real Consejo de Indias los borrones que en sus libros van escritos.

CAPITULO XIX

Cómo vinimos con otra armada a las tierras nuevas descubiertas, y por capitán de la armada el valeroso y esforzado don Hernando Cortés, que después del tiempo andando fué Marqués del Valle, y de las contrariedades que tuvo para le estorbar que no fuese capitán.

Después que llegó a Cuba el capitán Joan de Grijalba, ya por mí memorado, y visto el gobernador Diego Velázquez que eran las tierras ricas, ordenó de enviar una buena armada, muy mayor que las de antes, y para ello tenía ya a punto diez navíos en el puerto de Santiago de Cuba, donde el Diego Velázquez residía; los cuatro dellos eran en los que volvimos con el Joan de Grijalba, porque luego les hizo dar carena, y los otros seis recogieron de toda la isla y los hizo proveer de bastimento, que era pan cazabe y tocinos, porque en aquella sazón no había en la isla de Cuba ganado vacuno ni carneros, porque era nuevamente poblada. Y este bastimento no era más que para hasta llegar a La Habana, porque allí habíamos de hacer todo el matalotaje, como lo hecimos. Y dejemos de hablar en esto y diré las diferencias que hubo para elegir capitán. Para ir aquel viaje hubo muchos debates y contrariedades, porque ciertos hidalgos decían que viniese por capitán un Vasco Porcallo, pariente del conde de Feria, y temióse el Diego Velázquez que se le alzaría con la armada, porque era atrevido; otros decían que viniese un Agustín Bermúdez, o un Antonio Velázquez Borrego, o un Bernardino Velázquez, parientes del gobernador, y todos los más soldados que allí nos hallamos decíamos que volviese el mesmo Joan de Grijalba, pues era buen capitán y no había falta en su persona y en saber mandar. Andando las cosas y conciertos desta manera que aquí he dicho, dos grandes privados del Diego Velázquez, que se decían Andrés de Duero, secretario del mesmo gobernador, e un Amador de Lares, contador de Su Majestad, hicieron secretamente compañía con un hidalgo que se decía Hernando Cortés, natural de Medellín, que tenía indios de encomienda en aquella isla, y poco tiempo había que se había casado con una señora que se decía doña Catalina Suárez, "La marcaida". Esta señora fué hermana de un Joan Suárez que después que se ganó la Nueva España fué vecino de México, e a lo que yo entendí y otras personas

decían, se casó con ella por amores, y esto deste casamiento, muy largo lo decían otras personas que lo vieron, y por esta causa no tocaré más en esta tecla, y volveré a decir acerca de la compañía. Y fué desta manera: que concertasen estos privados del Diego Velázquez que le hiciesen dar al Hernando Cortés la capitanía general de toda la armada, y que partirían entre todos tres la ganancia del oro y plata y joyas de la parte que le cupiese a Cortés, porque secretamente el Diego Velázquez enviaba a rescatar y no a poblar, según después paresció por las instrucciones que dello dió, y aunque publicaba y pregonó que enviaba a poblar. Pues hecho este concierto, tienen tales modos el Duero y el contador con el Diego Velázquez e le dicen tan buenas y meliosas palabras, loando mucho a Cortés, ques persona en quien cabe el cargo para ser capitán, porque, demás de ser muy esforzado, sabrá mandar y ser temido, y que le sería muy fiel en todo lo que le encomendase, ansí en lo de la armada como en lo demás, y demás desto era su ahijado, y fué su padrino cuando Cortés se veló con la doña Catalina Suárez; por manera que le persuadieron y convocaron a ello, y luego se eligió por capitán general, y el secretario Andrés de Duero hizo las provisiones, como suele deciros el refrán, de muy buena tinta, y como Cortés las quiso, muy bastantes. Ya publicada su elección, a unas personas les placía y a otras les pesaba. Y un domingo, yendo a misa el Diego Velázquez, como era gobernador íbanle acompañando los más nobles vecinos que había en aquella villa, y llevaba al Hernando Cortés a su lado derecho por le honrar. E iba delante del Diego Velázquez un truhán que se decía Cervantes, "el Loco", haciendo gestos y chocarrerías, y decía: "A la gala, a la gala de mi amo Diego. ¡Oh Diego, oh Diego! ¡Qué capitán has elegido, que es de Medellín, de Extremadura, capitán de gran ventura; mas temo, Diego, no se te alce con el armada, porque todos le juzgan por muy varón en sus cosas!" Y decía otras locuras, que todas iban inclinadas a malicia, y porque lo iba diciendo de aquella manera le dió de pescozazos el Andrés de Duero, que iba allí junto al Diego Velázquez, y le dijo: "Calla, borracho loco, no seas más bellaco, que bien entendido tenemos que esas malicias, so color de gracias, no salen de ti". Y todavía el loco iba diciendo, por más pescozazos que le dieron: "¡Viva, viva la gala de mi amo Diego y del su venturoso capitán, y juro a tal mi amo Diego que por no te ver llorar el mal recaudo que agora has hecho, yo me quiero ir con él a aquellas ricas tierras!" Túvose por cierto que le dieron los Velázquez, parientes del gobernador, ciertos pesos de oro aquel chocarrero por que dijese aquellas malicias, so color de gracias, y todo salió verdad como lo dijo. Dicen que los locos algunas veces aciertan en lo que dicen. Y verdaderamente fué elegido Hernando Cortés para ensalzar nuestra santa fe y servir a Su Majestad, como adelante diré. Antes que más pase adelante quiero decir cómo el valeroso y esforzado Hernando Cortés era hijodalgo conoscido por cuatro abolengos. El Primero, de los Corteses, que ansí se llamaba su padre Martín Cortés; el segundo, por los Pizarros; el tercero, por los Monroys; el cuarto, por los Altamiranos. E puesto que fué tan valeroso y esforzado y venturoso capitán, no le nombraré de aquí adelante ninguno de estos sobrenombres de valeroso, ni esforzado, ni marqués del Valle, sino solamente Hernando Cortés, porque tan tenido y acatado fué en tanta estima el nombre de solamente Cortés, ansí

en todas las Indias como en España, como fué nombrado el nombre de Alejandro en Macedonia, y entre los romanos Julio César y Pompeyo y Escipión, y entre los cartagineses Aníbal, y en nuestra Castilla a Gonzalo Hernández, "el Gran Capitán", y el mesmo valeroso Cortés se holgaba que no le pusiesen aquellos sublimados ditados, sino solamente su nombre, y ansí le nombraré de aquí adelante. Y dejaré de hablar en esto y diré en este otro Capítulo las cosas que hizo y entendió para proseguir su armada.

CAPITULO XX

Cómo Cortés se apercibió y entendió en las cosas que convenían para se despachar con el armada.

Pues como ya fué elegido Hernando Cortés por general, de la manera que dicho tengo, comenzó a buscar todo género de armas, ansí escopetas, pólvora y ballestas, y todos cuantos pertrechos de armas pudo haber, y buscar de rescate, y también otras cosas pertenescientes a aquel viaje, y, demás desto, se comenzó de pulir y ataviar su persona mucho más que de antes, y se puso su penacho de plumas, con su medalla y una cadena de oro, y una ropa de terciopelo, sembradas por ella unas lazadas de oro, y, en fin, como un bravoso y esforzado capitán. Pues para hacer aquestos gastos que he dicho no tenía de qué, porque en aquella sazón estaba muy adeudado y pobre, puesto que tenía buenos indios de encomienda y sacaba oro de las minas; mas todo lo gastaba en su persona y en atavíos de su mujer, que era recién casado, y en algunos forasteros huéspedes que se le allegaban, porque era de buena conversación y apacible, y había sido dos veces alcalde en la villa de San Joan de Baracoa, donde era vecino, porque en aquestas tierras se tiene por mucha honra a quien hacen alcalde. Y como unos mercaderes amigos suyos, que se decían Jaime Tría y Jerónimo Tría e un Pedro de Jerez, le vieron con aquel cargo de capitán general, le prestaron cuatro mill pesos de oro y le dieron fiados otros cuatro mill en mercaderías sobre sus indios y hacienda y fianzas. Y luego mandó hacer dos estandartes y banderas labrados de oro con las armas reales e una cruz de cada parte con un letrero que decía: "Hermanos y compañeros: sigamos la señal de la Santa Cruz con fe verdadera, que con ella venceremos". Y luego mandó dar pregones y tocar trompetas y atambores en nombre de Su Majestad y en su real nombre Diego Velázquez, y él por su capitán general, para que cualesquiera personas que quisiesen ir en su compañía a las tierras nuevamente descubiertas, a las conquistar y poblar, les darían sus partes del oro y plata y riquezas que hobiere y encomiendas de indios después de pacificadas, y que para ello tenía licencia el Diego Velázquez de Su Majestad. E puesto que se pregonó aquesto de la licencia del Rey nuestro señor, aún no había venido con ella de Castilla el capellán Benito Martín, que fué el que Diego Velázquez hobo enviado para que lo trujese, como dicho tengo en el Capítulo que dello habla. Pues como se supo esta nueva en toda la isla de Cuba, y también Cortés escribió a todas

las villas a sus amigos que se aparejasen para ir con él aquel viaje, unos vendían sus haciendas para buscar armas y caballos, otros a hacer pan cazabe y tocinos para matalotaje, y colchaban armas de algodón, y se apercebían de lo que habían menester lo mejor que podían. De manera que nos juntamos en Santiago de Cuba, donde salimos con el armada, más de trescientos y cincuenta soldados, y de la casa del mesmo Diego Velázquez salió un su mayordomo, que se decía Diego de Ordaz, y éste el mismo Velázquez le envió para que mirase y entendiese en el armada, no hobiese alguna mala traza de Cortés, porque siempre temió dél que se alzaría, aunque no lo daba a entender. Y vino un Francisco de Morla, y un Escobar, que llamábamos "el Paje", y un Heredia, y Joan Ruano, y Pedro Escudero, y un Martín Ramos de Lares, y otros muchos, que eran amigos y paniaguados del Diego Velázquez. E yo me quiero poner aquí a la postre, que también salí de la misma casa del Diego Velázquez, porque era mi deudo, y aquestos soldados pongo aquí agora por memoria, porque después, en su tiempo y lugar, escribiré de todos los que venimos en la armada, y de los que se acordaren sus nombres, y de qué tierra eran de Castilla naturales. Y como Cortés andaba muy solícito en aviar su armada y en todo se daba mucha priesa, como la malicia y envidia reinaba en los deudos del Velázquez, questaban afrentados cómo no se fiaba el pariente ni hacía cuenta dellos y dió aquel cargo de capitán a Cortés, sabiendo que había sido su gran enemigo, pocos días había, sobre el casamiento de Cortés ya por mí declarado; y a esta causa andaban murmurando del pariente Diego Velázquez y aun de Cortés, y por todas las vías que podían le revolvían con el Diego Velázquez para que en todas maneras le revocasen el poder, de lo cual tenía aviso el Cortés, y no se quitaba de estar siempre en compañía del gobernador, y mostrándose muy gran su servidor, y le decía que le había de hacer, mediante Dios, muy ilustre señor e rico en poco tiempo, y demás desto, el Andrés de Duero avisaba siempre a Cortés que se diese priesa en se embarcar él y sus soldados, porque ya le tenían trastrocado al Diego Velázquez con inportunidades de aquellos sus parientes los Velázquez. Y desque aquello vió Cortés, mandó a su mujer que todo lo que hobiese de llevar de bastimentos y regalos que [las mujeres] suelen hacer para tan largo viaje para sus maridos, se los enviase luego a embarcar a los navíos. E ya tenía mandado pregonar e apercibido a los maestros y pilotos y a todos los soldados que entre aquel día y la noche se fuesen a embarcar, que no quedase ninguno en tierra, y desque los vió todos embarcados, se fué a despedir del Diego Velázquez, acompañado de aquellos sus grandes amigos y de otros muchos hidalgos, y todos los más nobles vecinos de aquella villa. Y después de muchos ofrecimientos y abrazos de Cortés al gobernador y del gobernador a él, se despidió, y otro día muy de mañana, después de haber oído misa, nos fuemos a los navíos, y el mismo Diego Velázquez fué allí con nosotros; e se tornaron abrazar, y con muchos cumplimientos del uno al otro; y nos fecimos a la vela, y con próspero tiempo llegamos al puerto de la Trinidad. Y tomado puerto y saltados en tierra, nos salieron a recibir todos los más vecinos de aquella villa, y nos festejaron mucho. E aquí en esta relación verán las contrariedades que tuvo Cortés y las palabras que dice Gomara en su historia cómo son todas contrarias de lo que pasó.

CAPITULO XXI

De lo que Cortés hizo desque llegó a la Villa de la Trinidad, y de los soldados que de aquella Villa salieron para ir en nuestra compañía y de lo que más le avino.

Luego llevaron los más principales de aquella villa aposentar a Cortés y a todos nosotros entre los vecinos, y en las casas del capitán Joan de Grijalba posó Cortés. Y luego mandó Cortés poner su estandarte y pendón real delante de su posada y dar pregones, como se había hecho en Santiago, y mandó buscar todo género de armas, y comprar otras cosas necesarias, y bastimentos; y de aquella villa salieron cinco hermanos, que se decían Pedro de Alvarado y Jorge de Alvarado y Gonzalo y Gómez y Joan de Alvarado, "el Viejo Bastardo". El capitán Pedro de Alvarado es el por mí otras veces ya memorado. Y también salió daquesta villa Alonso de Avila, capitán que fué cuando lo de Grijalba; y Joan de Escalante, y Pero Sánchez Farfán, y Gonzalo Mejía, que después, el tiempo andando, fué tesorero en México; y un Baena y Joanes de Fuenterrabía; y Lares, "el Buen Jinete", llamámoslo ansí porque hobo otro Lares; y Cristóbal de Olí, "el Muy Esforzado", que fué maestro de campo en las guerras mexicanas; y Ortiz, "el Músico"; y un Gaspar Sánchez, sobrino del tesorero de Cuba; y un Diego de Pineda o Pinedo; y un Alonso Rodríguez, que tenía unas minas ricas de oro; y un Bartolomé García, y otros hidalgos que no me acuerdo sus nombres, y todas personas de mucha valía. Y desde la Trinidad escribió Cortés a la villa de Santispiritus, que estaba de allí diez y ocho leguas, haciendo saber a todos los vecinos cómo iba aquel viaje a servir a Su Majestad, y con palabras sabrosas y ofrecimientos para traer a sí muchas personas de calidad que estaban en aquella villa poblados, que se decían Alonso Hernández Puerto Carrero, primo del conde de Medellín; y Gonzalo de Sandoval, que después, el tiempo andando, fué en México alguacil mayor y aun ocho meses fué gobernador de la Nueva España, y vino Joan Velázquez de León, pariente de Diego Velázquez, y Rodrigo Reogel, y Gonzalo López de Ximena, y un su hermano, y un Joan Sedeño; este Joan Sedeño era vecino de aquella villa, y declarolo ansí porque había en nuestra armada otros dos Joan Sedeños. Y todos estos que he nombrado eran personas muy generosas, y luego vinieron desde la villa de Santispíritus a la Trinidad, donde estaba Cortés, y como supo que venían los salió a recibir con todos nosotros, que estábamos en su compañía, y les mostró mucho amor, y ellos le tenían grande acato. Y estos vecinos que he nombrado tenían sus estancias de pan cazabi y manadas de puercos cerca de aquella villa, y cada uno procuró de poner el más bastimiento que pudo. Pues estando que estábamos desta manera recogiendo soldados y comprando caballos, que en aquella sazón pocos había y muy caros, y como aquel caballero por mí nombrado que se decía Alonso Hernández Puerto Carrero no tenia caballo ni de qué comprallo, Hernando Cortés le compró una yegua rucia, y dió por ella unas lazadas de oro que traía en la ropa de terciopelo, la cual mandó hacer en Santiago de Cuba, como dicho tengo. Y en aquel instante vino un navío de La Habana aquel puerto, que traía un Joan Sedeño,

vecino de la misma Habana, cargado de pan cazabi y tocinos, que iba a vender a unas minas de oro que estaban cerca de Santiago de Cuba; y como saltó en tierra, el Joan Sedeño fué a hacer acato a Cortés, y después de muchas pláticas que tuvieron, le compró el navío y tocinos y cazabe fiado, y se fué con nosotros. Ya teníamos once navíos, y todo se nos hacía prósperamente. Gracias a Dios por ello. Y estando de la manera que he dicho, envió Diego Velázquez cartas y mandamientos para que le detengan el armada a Cortés y le envíen preso, lo cual verán adelante lo que pasó.

CAPITULO XXII

Cómo el Gobernador Diego Velázquez envió en posta dos criados a la Villa de la Trinidad con poderes y mandamientos para revocar a Cortés el poder y no dejar pasar el armada y lo prendiesen y le enviasen a Santiago.

Quiero volver algo atrás de nuestra plática para decir cómo después que salimos de Santiago de Cuba con todos los navíos, de la manera que he dicho, dijeron al Diego Velázquez tales palabras contra Cortés, que le hicieron volver la hoja, porque le acusaban que iba alzado y que salió del puerto a cencerros tapados, y que le habían oído decir que, aunque pesase al Diego Velázquez y a sus parientes, que había de ser capitán, y que para este efecto había embarcado todos sus soldados en los navíos de noche, para si le quisiesen detener por fuerza hacerse a la vela, y que le habían engañado al Velázquez su secretario Andrés de Duero, y el contador Amador de Lares, por tratos que había entre ellos y Cortés. Y quien más metía la mano en ello para convocar al Diego Velázquez que revocase luego el poder eran sus parientes los Velázquez y un viejo que se decía Joan Millán, que le llamaban "el Astrólogo"; otros decían que tenía ramo de locura, porque era atronado. Y este viejo decía muchas veces al Diego Velázquez: "Mira, señor, que Cortés se vengará agora de vos de cuando le tuvistes preso, y como es mañoso y atrevido, os ha de echar a perder si no lo remediais presto". A estas palabras y otras muchas que le decían dió oídos a ellas, y él, que siempre estaba con aquella sospecha, con mucha brevedad envió dos mozos de espuelas, de quien se fiaba, con mandamientos y provisiones para el alcalde mayor de la Trinidad, que se decía Francisco Verdugo, el cual era cuñado del mismo gobernador, y escribió cartas a otros sus amigos y parientes para que en todo caso no dejasen pasar el armada, porque decía en los mandamientos que le detuviesen o que le llevasen preso, porque ya no era capitán y le habían revocado el poder y dado a Vasco Porcallo, y también envió otras cartas para Diego de Ordaz y Francisco de Morla y otros sus criados, rogándoles mucho que no pasase el armada. Y como Cortés lo supo, habló al Ordaz y al Francisco Verdugo y a todos los soldados y vecinos de la Trinidad que le paresció que le serían contrarios y en favorecer las provisiones, y tales palabras y ofrescimientos les dijo, que les trujo a su servicio, y aun el mismo Diego de Ordaz convocó luego a Francisco Verdugo, que era alcalde mayor, que no se

hablase más en el negocio, sino que lo disimulase, y púsole por delante que hasta allí no habían visto ninguna novedad en Cortés, antes se mostraba muy servidor del gobernador, y ya que en algo se quisiesen poner para quitalle el armada, que Cortés tenía muchos caballeros por amigos y estaban mal con el Diego Velázquez, porque no les dió buenos indios, y demás de esto, tiene gran copia de soldados, y estaba muy pujante, y que sería meter cizaña en la villa, o que, por ventura, los soldados les darían sacomano, y la robarían y harían otros peores desconciertos, y ansí se quedó sin hacer bullicio. Y el un mozo de espuelas de los que traían las cartas se fué con nosotros, que se decía Pedro Laso de la Vega, y con el otro mensajero escribió Cortés muy amorosamente al Diego Velázquez que se maravillaba de su merced de haber tomado aquel acuerdo, y que su deseo es servir a Dios y a Su Majestad y a él en su real nombre, y que le suplica que no oyese más aquellos señores sus deudos, ni por un viejo loco como era Joan Millán se hiciese mudanza. Y también escribió a todos sus amigos, y a Duero, y al contador, sus compañeros. Y luego mandó entender a todos los soldados en aderezar armas, y a los herreros que estaban en aquella villa que hiciesen casquillos, y a los ballesteros que desbastasen almacen e hiciesen saetas, y atrajo y convocó a los dos herreros que se fuesen con nosotros, y ansí lo hicieron. Y estuvimos en aquella villa diez días, donde lo dejaré y diré cómo nos embarcamos para ir a La Habana. También quiero que vean los que aquesto leyeren la diferencia que hay de la relación de Gomara, cuando dice que envió a mandar Diego Velázquez a Ordaz que convidase a comer a Cortés en el navío y lo llevase preso a Santiago, y pone otras cosas de trampas en su corónica, que por no me alargar lo dejo al parecer de los curiosos letores. Volvamos a nuestra materia.

CAPITULO XXIII

Cómo el capitán Hernando Cortés se embarcó con todos los soldados para ir por la banda del Sur a La Habana, y envió otro navío por la banda del Norte, y lo que más le aconteció.

Después que Cortés vió que en la villa de la Trinidad no teníamos en qué entender, apercibió a todos los soldados que allí se habían juntado para ir en su compañía... de Alvarado que se fuese por tierra desde aquella villa de la Trinidad hasta La Habana... [1] recogiese unos soldados que estaban en unas estancias, y yo fuí en su compañía. También mandó Cortés a un hidalgo que se decía Joan de Escalante, muy su amigo, que fuese en un navío por la banda del Norte, y mandó que todos los caballos fuesen por tierra. Pues ya despachado todo lo que dicho tengo, Cortés se embarcó en la nao capitana con todos los navíos para ir la derrota de La Habana. Pare-

(1) En la edición hecha por Remón se lee: "Apercibió a todos los caballeros y soldados que allí se habían juntado para ir en su compañía que se embarcasen juntamente con él en los navíos que estaban en el puerto de la banda del Sur, y los que por tierra quisiesen ir fuesen hasta la Habana con Pedro de Alvarado para que fuese recogiendo más soldados que estaban en unas estancias". Fol. 15 fte.

ce ser que las naos que llevaba en conserva no vieron a la capitana, donde iba Cortés, porque era de noche, y fueron al puerto. Y ansimismo llegamos por tierra con Pedro de Alvarado a la villa de La Habana en el navío que venía Joan de Escalante por la banda del Norte, y también habían venido todos los caballos que iban por tierra. Y Cortés no vino ni sabían dar razón dél. Y pasáronse cinco días, y no había nuevas ningunas de su navío, y teníamos sospecha no se hobiese perdido en los Jardines, ques cerca de las islas de Pinos, donde hay muchos bajos que están a diez o doce leguas de La Habana; y fué acordado por todos nosotros que fuesen tres navíos de los de menor porte en su busca de Cortés. Y en aderezar los navíos y en debates vaya Fulano, vaya Zutano, o Pedro o Sancho, se pasaron otros dos días, y Cortés no venía. Ya había entre nosotros bandos y medio chirinolas sobre quién sería capitán hasta saber de Cortés, y quien más en ello metió la mano fué Diego de Ordaz, como mayordomo mayor del Velázquez, a quien enviaba para entender solamente en lo de la armada no se alzasen con ella. Dejemos esto y volvamos a Cortés, que, como venía en el navío de mayor porte, como antes tengo dicho, en el paraje de isla de Pinos o cerca de los Jardines hay muchos bajos, paresce ser tocó y quedó algo en seco el navío e no pudo navegar, y con el batel mandó descargar toda la carga que se pudo sacar, porque allí cerca había tierra, donde lo descargaron. Y desque vieron que el navío estaba en flote y podía nadar, le metieron en más hondo y tornaron a cargar lo que habían sacado en tierra, y dió vela y fué su viaje hasta el puerto de La Habana. Y cuando llegó, todos los más de los caballeros y soldados que le aguardábamos nos alegramos con su venida, salvo algunos que pretendían ser capitanes, y cesaron las chirinolas. Y después que le aposentamos en casa de Pedro Barba, que era teniente de aquella villa del Diego Velázquez, mandó sacar sus estandartes y ponellos delante de las casas donde posaba; y mandó dar pregones, según y de la manera de los pasados. Y de allí, de La Habana, vino un hidalgo que se decía Francisco de Montejo, y éste es el por mí muchas veces nombrado, que después de ganado México fué adelantado y gobernador de Yucatán, y vino Diego de Soto, el de Toro, que fué mayordomo de Cortés en lo de México, y vino un Angulo, y Garcicaro, y Sebastián Rodríguez, y un Pacheco, y un Fulano Gutiérrez, y un Rojas (no digo Rojas el rico), y un mancebo que se decía Santa Clara, y dos hermanos que se decían los Martínez, del Freginal, y un Joan de Nájera (no lo digo por "el Sordo", el del juego de la pelota de México), y todos personas de calidad, sin otros soldados que no me acuerdo sus nombres. Y cuando Cortés los vió todos aquellos hidalgos juntos, se holgó en gran manera, y luego envió un navío a la punta de Guaniguanico, a un pueblo que allí estaba de indios, adonde hacían cazabi y tenían muchos puercos, para que cargase el navío de tocinos, porque aquella estancia era del gobernador Diego Velázquez. Y envió por capitán del navío a Diego de Ordaz, como mayordomo de las haciendas del Velázquez, y envióle por tenelle apartado de sí, porque Cortés supo que no se mostró mucho en su favor cuando hobo las contiendas sobre quién sería capitán cuando Cortés estaba en la isla de Pinos, que tocó su navío, y por no tener contraste en su persona le envió y le mandó que después que tuviese cargado el navío de bastimentos se estuviese aguardando en el mesmo puerto

de Guaniguanico hasta que se juntase con otro navío que había de ir por la banda del Norte, y que irían ambos en conserva hasta lo de Cozumel, o le avisaría con indios en canoas lo que habría de hacer. Volvamos a decir de Francisco de Montejo y de todos aquellos vecinos de La Habana que metieron mucho matalotaje de cazabi y tocinos, que otra cosa no había, y luego Cortés mandó sacar toda la artillería de los navíos, que eran diez tiros de bronce y ciertos falconetes, y dió cargo dello a un artillero que se decía Mesa, y a un levantisco que se decía Arbenga, y a un Joan Catalán para que lo limpiasen y probasen, y que las pelotas y pólvora que todo lo tuviesen muy a punto, y dióles vino e vinagre con que lo refinasen, y dióles por compañero a uno que se decía Bartolomé de Usagre. Asimismo mandó aderezar las ballestas, y cuerdas, y nueces, y almacen, e que tirasen a terrero, y que mirasen a cuántos pasos llegaba la fuga de cada una dellas. Y como en aquella tierra de La Habana había mucho algodón, hicimos armas muy bien colchadas, porque son buenas para entre indios, porque es mucha la vara y flecha y lanzadas que daban, pues piedra era como granizo. Y allí en La Habana comenzó Cortés a poner casa y a tratarse como señor, y el primer maestresala que tuvo fué un Guzmán, que luego se murió o mataron indios; no digo por el mayordomo Cristóbal de Guzmán, que fué de Cortés, que prendió Guatemuz cuando la guerra de México; y también tuvo Cortés por camarero a un Rodrigo Rangel, y por mayordomo a un Joan de Cáceres, que fué después de ganado México hombre rico. Y todo esto ordenado, nos mandó apercebir para embarcar, y que los caballos fuesen repartidos en todos los navíos; hicieron una pesebrera y metieron mucho maíz e hierba seca.

Quiero aquí poner por memoria todos los caballos e yeguas que pasaron:

Capitán Cortés, un caballo castaño zaino, que luego se le murió en San Juan de Ulúa.

Pedro de Alvarado y Hernán López de Avila, una yegua alazana, muy buena, de juego y de carrera, y desque llegamos a la Nueva España el Pedro de Alvarado le compró la mitad de la yegua o se la tomó por fuerza.

Alonso Hernández Puerto Carrero, una yegua rucia de buena carrera, que le compró Cortés por las lazadas de oro.

Joan Velázquez de León, otra yegua rucia muy poderosa, que llamábamos la *Rabona,* muy revuelta y de buena carrera.

Cristóbal de Olí, un caballo castaño oscuro, harto bueno.

Francisco de Montejo y Alonso de Avila, un caballo alazán tostado; no fué [bueno] para cosa de guerra.

Francisco de Morla, un caballo castaño escuro, gran corredor y revuelto.

Joan de Escalante, un caballo castaño claro tresalbo; no fué bueno.

Diego de Ordaz, una yegua rucia machorra, pasadera, y aunque corría poco.

Gonzalo Domínguez, un muy extremado jinete, un caballo castaño escuro muy bueno e gran corredor.

Pedro González de Trujillo, un buen caballo castaño, perfeto castaño, que corría muy bien.

Morón, vecino del Bayamo, un caballo overo, labrado de las manos y era bien revuelto.

Baena, vecino de la Trinidad, un caballo overo, algo sobre morcillo; no salió bueno para cosa ninguna.

Lares, "el muy buen jinete", un caballo muy bueno, de color castaño algo claro, e buen corredor.

Ortiz, "el Músico", y un Bartolomé García, que solía tener minas de oro, un muy buen caballo oscuro que decían el *Arriero.* Este fué uno de los buenos caballos que pasamos en la armada.

Joan Sedeño, vecino de La Habana, una yegua castaña, y esta yegua parió en el navío. Este Joan Sedeño pasó el más rico soldado que hobo en toda la armada, porque trujo navío suyo, y la yegua, y un negro, e cazabe, e tocino, porque en aquella sazón no se podía hallar caballos ni negros si no era a peso de oro, y a esta causa no pasaron más caballos, porque no los había ni de qué comprallos. Y dejallo he aquí, y diré lo que allí nos avino, ya que estábamos a punto para pasarnos embarcar.

CAPITULO XXIV

Cómo Diego Velázquez envió a un su criado, que se decía Gaspar de Garnica, con mandamientos y provisiones para que en todo caso se prendiese a Cortés y se le tomase el armada, y lo que sobrello se hizo.

Hay necesidad que algunas cosas de esta relación vuelvan atrás a se recitar para que se entienda bien lo que se escribe. Y esto digo que paresce ser que el Diego Velázquez vió y supo de cierto que Francisco Verdugo, su teniente e cuñado, questaba en la villa de la Trinidad, no quiso apremiar a Cortés que dejase la armada, antes le favoresció, juntamente con Diego de Ordaz, para que saliese. Diz questaba tan enojado el Diego Velázquez, que hacía bramuras, y decía al secretario Andrés de Duero, y al contador, Amador de Lares, que ellos le habían engañado por el trato que hicieron, y que Cortés iba alzado; y acordó de enviar a un su criado con cartas y mandamientos para La Habana a su teniente, que se decía Pedro Barba, y escribió a todos sus parientes questaban por vecinos en aquella villa, y al Diego de Ordaz, y a Joan Velázquez de León, que eran su deudos y amigos, rogándoles muy afectuosamente que, en bueno ni en malo, no dejen pasar aquella armada, y que luego prendiesen a Cortés y se le enviasen preso a buen recaudo a Santiago de Cuba. Llegado que llegó Garnica, que así se decía el que envió con las cartas y mandamientos a La Habana, se supo lo que traía, y con este mismo mensajero tuvo aviso Cortés de lo que enviaba el Velázquez, y fué desta manera: Que un fraile de la Merced, que se daba por servidor del Velázquez, questaba en su compañía del mesmo gobernador, escrebía a otro fraile de su orden que se decía fray Bartolomé de Olmedo, que iba con nosotros, y en aquella carta del fraile le avisaban a Cortés sus dos compañeros, Andrés de

Duero y el contador, de lo que pasaba. Volvamos a nuestro cuento. Pues como al Ordaz le había enviado Cortés a lo de los bastimentos, con el navío, como dicho tengo, no tenía Cortés en él contraditor, sino en el Joan Velázquez de León, luego que le habló le atrajo a su mandado, y especialmente que el Joan Velázquez no estaba bien con el pariente, porque no le había dado buenos indios. Pues a todos los más que había escrito el Diego Velázquez, ninguno le acudía a su propósito, antes todos a una se mostraron por Cortés, y el teniente Pedro Barba muy mejor, y demás deso, los Alvarados, y el Alonso Hernández Puerto Carrero, y Francisco de Montejo, y Cristóbal de Oli, y Joan de Escalante, e Andrés de Monjaraz, y su hermano Gregorio de Monjaraz, y todos nosotros pusiéramos la vida por el Cortés. Por manera que si en la villa de la Trinidad se disimularon los mandamientos, muy mejor se callaron entonces, y con el mismo Garnica escribió el teniente Pedro Barba al Diego Velázquez que no osó prender a Cortés porque estaba muy pujante de soldados, e que hobo temor no metiesen a sacomano la villa y la robasen y embarcase todos los vecinos y se los llevase consigo, e que, a lo que ha entendido, que Cortés era su servidor, y que no se atrevió hacer otra cosa. Y Cortés le escribió al Velázquez con palabras tan buenas y de ofrescimientos, que lo sabía muy bien decir, e que otro día se haria a la vela y que le sería servidor.

CAPITULO XXV

Cómo Cortés se hizo a la vela con toda su compaña de caballeros y soldados para la isla de Cozumel, y lo que allí le avino.

No hecimos alarde hasta la isla de Cozumel, mas de mandar Cortés que los caballos se embarcasen, y mandó a Pedro de Alvarado que fuese por la banda del Norte en un buen navío que se decía *San Sebastián,* y mandó al piloto que llevaba en el navío que le aguardase en la punta de San Antón para que allí se juntase con todos los navíos para ir en conserva hasta Cozumel, y envió mensajero a Diego de Ordaz, que había ido por el bastimento que aguardase, que hiciese lo mismo, porque estaba en la banda del Norte. Y en diez días del mes de febrero año de mill e quinientos y diez y nueve años, después de haber oído misa, hicímonos a la vela con nueve navíos por la banda del Sur, con la copia de los caballeros y soldados que dicho tengo, y con los dos navíos por la banda del Norte, que fueron once con el que fué Pedro de Alvarado con sesenta soldados. E yo fuí en su compañía, y el piloto que llevábamos, que se decía Camacho, no tuvo cuenta de lo que le fué mandado por Cortés, y siguió su derrota y llegamos dos días primero que Cortés a Cozumel, y surgimos en el puerto ya por mí otras veces dicho cuando lo de Grijalba. Y Cortés aún no había llegado con su flota, por causa que un navío, en que venía por capitán Francisco de Morla, con tiempo se le saltó el gobernalle, y fué socorrido con otro gobernalle de los navíos que venían con

Cortés [1], y vinieron todos en conserva. Volvamos a Pedro de Alvarado, que así como llegamos al puerto saltamos en tierra en el pueblo de Cozumel, con todos los soldados, y no hallamos indios ningunos, que se habían ido huyendo, y mandó que luego fuésemos a otro pueblo questaba de allí una legua, y también se amontaron y huyeron los naturales, y no pudieron llevar su hacienda y dejaron gallinas y otras cosas. Y de las gallinas mandó Pedro de Alvarado que tomasen hasta cuarenta dellas. Y también en una casa de adoratorios de ídolos tenían unos paramentos de mantas viejas y unas arquillas donde estaban unas como diademas e ídolos y cuentas e pinjantillos de oro bajo; y también se les tomó dos indios y una india, y volvímonos al pueblo, donde desembarcamos. Y estando en esto llega Cortés con todos los navíos, y después de aposentado, la primera cosa que hizo fué mandar echar preso en grillos al piloto Camacho porque no aguardó en la mar como le fué mandado. Y desque vió el pueblo sin gente y supo cómo Pedro de Alvarado había ido al otro pueblo, e que les había tomado gallinas y paramentos y otras cosillas de poco valor de los ídolos, y el oro medio cobre, mostró tener mucho enojo dello, y de cómo no aguardó el piloto. Y reprendióle gravemente al Pedro de Alvarado, y le dijo que no se habían de apaciguar las tierras de aquella manera tomando a los naturales su hacienda. Y luego mandó traer los dos indios y la india que habíamos tomado, y con el indio Melchorejo, que llevamos de la punta de Cotoche, que entendía bien aquella lengua, les habló, porque Julianillo, su compañero, ya se había muerto: que fuesen a llamar los caciques e indios de aquel pueblo, e que no hobiesen miedo. Y les mandó volver el oro y paramentos y todo lo demás, y por las gallinas, que ya se habían comido, les mandó dar cuentas y cascabeles, y más dió a cada indio una camisa de Castilla. Por manera que fueron a llamar al señor de aquel pueblo; y otro día vino el cacique con toda su gente, hijos y mujeres de todos los del pueblo, y andaban entre nosotros como si toda su vida nos hobieran tratado, y mandó Cortés que no se les hiciese enojo ninguno. Aquí en esta isla comenzó Cortés a mandar muy de hecho, y Nuestro Señor le daba gracia, que doquiera que ponía la mano se le hacía bien, especial en pacificar los pueblos y naturales de aquellas partes, como adelante verán.

CAPITULO XXVI

Cómo Cortés mandó hacer alarde de todo el ejército, y de lo que más nos avino.

De ahí a tres días que estábamos en Cozumel, mandó hacer alarde para saber qué tantos soldados llevaba, y halló por su cuenta que éramos quinientos y ocho, sin maestres y pilotos y marineros, que serían ciento, y diez y seis caballos y yeguas: las yeguas todas eran de juego y de carrera; e once navíos grandes y pequeños, con uno que era como bergantín que traía

(1) Testado en el original: "y volvieron por la mar en busca del gobernalle, y lo hallaron y lo pusieron en su lugar, con que luego navegó la nao".

a cargo un Ginés Nortes; eran treinta y dos ballesteros, y trece escopeteros, que ansí se llamaban en aquel tiempo, y [1] tiros de bronce, y cuatro falconetes, y mucha pólvora y pelotas; y esto desta cuenta de los ballesteros no se me acuerda muy bien, no hace al caso de la relación. Y hecho el alarde, mandó a Mesa, el artillero, que ansí se llamaba, e a un Bartolomé de Usagre, e Arbenga, e a un catalán, que todos eran artilleros, que lo tuviesen muy limpio y aderezado, y los tiros y pelotas y pólvora muy a punto, y puso por capitán del artillería a un Francisco de Orozco, que había sido soldado en Italia. Ansimismo mandó a dos ballesteros, maestros de aderezar ballestas, que se decían Joan Benítez y Pedro de Guzmán, "el Ballestero", que mirasen que todas las ballestas tuviesen a dos y a tres nueces y otras tantas cuerdas e avancuerdas, e que siempre tuviesen cargo de hacer almacen y tuviesen cepillo e inguijuela y tirasen a terrero, y que los caballos estuviesen muy a punto. No sé yo en qué gasto ahora tanta tinta en meter la mano en cosas de apercibimiento de armas y de lo demás, porque Cortés verdaderamente tenia gran vigilancia en todo.

CAPITULO XXVII

Cómo Cortés supo de dos españoles que estaban en poder de indios en la punta de Cotoche, y lo que sobrello se hizo.

Como Cortés en todo ponía gran diligencia, me mandó llamar a mí y a un vizcaíno que se decía Martín Ramos, y nos preguntó qué sentíamos de aquellas palabras que nos hobieron dicho los indios de Campeche cuando venimos con Francisco Hernández de Córdoba, que decían: "Castilan, Castilan", según lo he dicho en el Capítulo que dello trata; y nosotros se lo tornamos a contar según y de la manera que lo habíamos visto e oído. E dijo que he pensado muchas veces en ello, e que por ventura estarían algunos españoles en aquella tierra, y dijo: "Paréceme que será bien preguntar a estos caciques de Cozumel si saben alguna nueva dellos"; y con Melchorejo, el de la punta de Cotoche, que entendía ya poca cosa de la lengua de Castilla y sabía muy bien la de Cozumel, se lo preguntó a todos los principales, y todos a una dijeron que habían conocido ciertos españoles, y daban señas dellos, y que en la tierra adentro, andadura de dos soles, estaban y los tenían por esclavos unos caciques, y que allí en Cozumel había indios mercaderes que les hablaron pocos días había. De lo cual todos nos alegramos con aquellas nuevas. Y díjoles Cortés que luego los fuesen a llamar con cartas que en su lengua llaman amales: y dió a los caciques y a los indios que fueron con las cartas camisas, y los halagó, y les dijo que cuando volviesen les daría más cuentas. Y el cacique dijo a Cortés que enviase rescate para los amos con quien estaban que los tenían por esclavos, por que los dejasen venir, y ansí se hizo, que se les dió a los mensajeros de todo género de cuentas.

(1) Testado en el original: "diez".

Y luego mandó aprercebir dos navíos, los de menos porte, que el uno era poco mayor que bergantín, y con veinte ballesteros y escopeteros, y por capitán dellos a Diego de Ordaz, y mandó que estuviese en la costa de la punta de Cotoche aguardando ocho días con el navío mayor, y entre tanto que iban y venían con la respuesta de las cartas, con el navío pequeño volviesen a dar la respuesta a Cortés de lo que hacían, porque está aquella tierra de la punta de Cotoche obra de cuatro leguas, y se paresce la una tierra desde la otra. Y escrita la carta, decía en ella: "Señores y hermanos: Aquí, en Cozumel, he sabido que estáis en poder de un cacique detenidos, y os pido por merced que luego os vengais aquí, a Cozumel, que para ello envío un navío con soldados, si los hobiésedes menester, y rescate para dar a esos indios con quien estáis; y lleva el navío de plazo ocho días para os aguardar; veníos con toda brevedad; de mí seréis bien mirados y aprovechados; yo quedo en esta isla con quinientos soldados y once navíos; en ellos voy, mediante Dios, la vía de un pueblo que se dice Tabasco o Potonchan". E luego se embarcaron en los navíos con las cartas y los dos indios mercaderes de Cozumel que las llevaban, y en tres horas atravesaron el golfete y echaron en tierra los mensajeros con las cartas y rescates; y en dos días las dieron a un español que se decía Jerónimo de Aguilar, que entonces supimos que ansí se llamaba, y de aquí adelante ansí le nombraré, y desque las hobo leído y rescebido el rescate de las cuentas que le enviamos, él se holgó con ello y lo llevó a su amo el cacique para que le diese licencia, la cual luego se la dió [para] que se fuese a donde quisiese. Y caminó el Aguilar a donde estaba su compañero, que se decía Gonzalo Guerrero, en otro pueblo cinco leguas de allí, y como le leyó las cartas, el Gonzalo Guerrero le respondió: "Hermano Aguilar: Yo soy casado y tengo tres hijos, y tiénenme por cacique y capitán cuando hay guerras; ídos con Dios, que yo tengo labrada la cara y horadadas las orejas. ¡Qué dirán de mí desque me vean esos españoles ir desta manera! E ya veis estos mis hijitos cuán bonicos son. Por vida vuestra que me deis desas cuentas verdes que traéis para ellos, y diré que mis hermanos me las envían de mi tierra". Y ansimismo la india mujer del Gonzalo habló al Aguilar en su lengua, muy enojada, y le dijo: "Mira con qué viene este esclavo a llamar a mí marido; ídos vos y no curéis de más pláticas". Y el Aguilar tornó a hablar al Gonzalo que mirase que era cristiano, que por una india no se perdiese el ánima, y si por mujer e hijos lo había, que la llevase consigo si no los quería dejar. Y por más que le dijo y amonestó, no quiso venir; y parece ser aquel Gonzalo Guerrero era hombre de la mar, natural de Palos. Y desquel Jerónimo de Aguilar vido que no quería venir, se vino luego con los dos indios mensajeros adonde había estado el navío aguardándole, y desque llegó no le halló, que ya era ido, porque ya se habían pasado los ocho días y aun uno más llevó de plazo el Ordaz para que aguardase; porque desquel Aguilar no venía, se volvió a Cozumel sin llevar recaudo a lo que había venido. Y desquel Aguilar vió que no estaba allí el navío, quedó muy triste y se volvió a su amo, al pueblo donde antes solía vivir. Y dejaré esto e diré [que] cuando Cortés vió volver al Ordaz sin recaudo ni nueva de los españoles ni de los indios mensajeros, estaba tan enojado y dijo con palabras soberbias al Ordaz que había creído que otro mejor recaudo trujera que no venirse así sin los españoles ni nuevas

dellos, porque ciertamente estaban en aquella tierra. Ya pues en aquel estante aconteció que unos marineros que se decían los Peñates, naturales de Gibraleón, habían hurtado a un soldado que se decía Berrio ciertos tocinos y no se los querían dar, y quejóse Berrio a Cortés, y tomando juramento a los marineros, se perjuraron, y en la pesquisa paresció el hurto; de los cuales tocinos estaban repartidos en los siete marineros, e a cuatro dellos los mandó luego azotar, que no apravecharon ruegos de ningún capitán. Donde lo dejaré, así de los marineros como esto del Aguilar, y nos íbamos sin el nuestro viaje hasta su tiempo y sazón, y diré cómo venían muchos indios en romería aquella isla de Cozumel, los cuales eran naturales de los pueblos comarcanos de la punta de Cotoche y de otras partes de tierra de Yucatán, porque, según paresció, había allí en Cozumel unos ídolos de muy disformes figuras, y estaban en un adoratorio en que ellos tenían por costumbre en aquella tierra por aquel tiempo de sacrificar. Y una mañana estaba lleno un patio, donde estaban los ídolos, de muchos indios e indias quemando resina, que es como nuestro incienso; y como era cosa nueva para nosotros, paramos a mirar en ello con atención. Y luego se subió encima de un adoratorio un indio viejo, con mantas largas, el cual era sacerdote de aquellos ídolos, que ya he dicho otras veces que papas los llaman en la Nueva España, y comenzó a pedricallos un rato; y Cortés y todos nosotros mirándolo en qué paraba aquel negro sermón. Y Cortés preguntó a Melchorejo, que entendía muy bien aquella lengua, que qué era aquello que decía aquel indio viejo, y supo que les pedricaba cosas malas. Y luego mandó llamar al cacique y a todos los principales, y al mismo papa, y como mejor se pudo dárselo a entender con aquella nuestra lengua, les dijo que si habían de ser nuestros hermanos que quitasen de aquella casa aquellos sus ídolos, que eran muy malos y les hacían errar, y que no eran dioses. sino cosas malas, y que les llevarían al infierno sus ánimas. Y se les dió a entender otras cosas santas y buenas; y que pusiesen una imagen de Nuestra Señora que les dió, y una cruz, y que siempre serían ayudados y ternían buenas sementeras, y se salvarían sus ánimas. Y se les dijo otras cosas acerca de nuestra sante fe, bien dichas. Y el papa con los caciques respondieron que sus antepasados adoraban en aquellos dioses porque eran buenos, y que no se atrevían ellos hacer otra cosa, y que se los quitásemos nosotros, y veríamos cuánto mal nos iba de ello, porque nos iríamos a perder en la mar. Y luego Cortés mandó que los despedazásemos y echásemos a rodar unas gradas abajo, y ansí se hizo. Y luego mandó traer mucha cal, que había harto en aquel pueblo, e indios albañiles; y se hizo un altar muy limpio donde pusimos la imagen de Nuestra Señora; y mandó a dos de nuestros carpinteros de lo blanco, que se decían Alonso Yáñez y Alvaro López, que hiciesen una cruz de unos maderos nuevos que allí estaban, la cual se puso en uno como humilladero que estaba hecho cerca del altar; y dijo misa el padre que se decía Juan Díaz, y el papa y cacique y todos los indios estaban mirando con atención. Llaman en esta isla de Cozumel a los caciques calachiones, como otra vez he dicho en lo de Potonchan. Y dejallo he aquí, y pasaré adelante y diré cómo nos embarcamos.

CAPITULO XXVIII

Cómo Cortés repartió los navíos y señaló capitanes para ir en ellos, y ansimismo se dió la instrucción de lo que habían de hacer a los pilotos, y las señales de los faroles de noche y otras cosas que nos avino.

Cortés llevaba la capitana.

Pedro de Alvarado y sus hermanos, un buen navío que se decía *San Sebastián.*

Alonso Hernández Puerto Carrero, otro.

Francisco de Montejo, otro buen navío.

Cristóbal de Olí, otro.

Diego de Ordaz, otro.

Juan Velázquez de León, otro.

Juan de Escalante, otro.

Francisco de Morla, otro.

Otro, Escobar "el Paje".

Y el más chico, como bergantín, Ginés Nortes.

Y en cada navío su piloto, y por piloto mayor Antón de Alaminos, y las instrucciones por donde se habían de regir, y lo que habían de hacer, y de noche las señas de los faroles. Y Cortés se despidió de los caciques y papas y les encomendó aquella imagen de Nuestra Señora y a la cruz, que la reverenciasen y tuviesen limpio y enramado, y verían cuánto provecho dello les venía, y dijeron que ansí lo harían; y trajéronle cuatro gallinas y dos jarros de miel, y se abrazaron. Y embarcados que fuemos, en ciertos días del mes de marzo de mill e quinientos y diez y nueve años dimos velas, y con muy buen tiempo íbamos nuestra derrota; e aquel mismo día, a hora de las diez, dan desde una nao grandes voces, e capean y tiraron un tiro, para que todos los navíos que veníamos en conserva lo oyesen. Y como Cortés lo vió e oyó, se paró luego en el bordo de la capitana e vido ir arribando el navío en que venía Juan de Escalante, que se volvía hacia Cozumel. Y dijo Cortés a otras naos que venían allí cerca: "¿Qués aquéllo, qués aquéllo?" E un soldado que se decía Luis de Zaragoza le respondió que se anegaba el navío de Escalante, que era donde iba el cazabi; y Cortés dijo: "Plega a Dios no tengamos algún desmán". Y mandó al piloto Alaminos que hiciese señas a todos los navíos que arribasen a Cozumel. Ese mismo día volvimos al puerto donde salimos y descargamos el cazabi, y hallamos la imagen de Nuestra Señora y la cruz muy limpio y puesto incienso, y dello nos alegramos. Y luego vino el cacique y papas a hablar a Cortés y le preguntaron que a qué volvíamos; y dijo que porque hacía agua un navío y le quería adobar, y que les rogaba que con todas sus canoas ayudasen a los bateles a sacar el pan cazabi, e ansí lo hicieron. Y estuvimos en adobar el navío cuatro días. Y dejemos de hablar en ello, y diré cómo lo supo el español questaba en poder de indios, que se decía Aguilar, y lo que más hicimos.

CAPITULO XXIX

Cómo el español questaba en poder de indios [que] se llamaba Jerónimo de Aguilar, supo cómo habíamos arribado a Cozumel, y se vino a nosotros, y lo que más pasó.

Cuando tuvo noticia cierta el español questaba en poder de indios que habíamos vuelto a Cozumel con los navíos se alegró en gran manera y dió gracias a Dios, y mucha priesa en se venir él y los dos indios que le llevaron las cartas y rescate a se embarcar en una canoa; y como la pagó bien, en cuentas verdes del rescate que le enviamos, luego la halló alquilada con seis indios remeros con ella; y dan tal priesa en remar, que en espacio de poco tiempo pasaron el golfete que hay de una tierra a la otra, que serían cuatro leguas, sin tener contraste de la mar. Y llegados a la costa de Cozumel, ya que estaban desembarcando, dijeron a Cortés unos soldados que iban a cazar, porque había en aquella isla puercos de la tierra, que había venido una canoa grande allí, junto del pueblo, y que venía de la punta de Cotoche. Y mandó Cortés a Andrés de Tapia y a otros dos soldados que fuesen a ver qué cosa nueva era venir allí junto a nosotros indios sin temor ninguno, con canoas grandes. Y luego fueron; y desque los indios que venían en la canoa que traían al Aguilar vinieron los españoles, tuvieron temor y queríanse tornar a embarcar e hacer a lo largo con la canoa; y Aguilar les dijo en su lengua que no tuviesen miedo, que eran sus hermanos. Y el Andrés de Tapia, como los vió que eran indios, porque Aguilar ni más ni menos era que indio, luego envió a decir a Cortés con un español que siete indios de Cozumel son los que allí llegaron en la canoa. Y después que hobieron saltado en tierra, el español, mal mascado y peor pronunciado, dijo: "Dios y Santamaría e Sevilla". Y luego le fué abrazar el Tapia; y otro soldado de los que habían ido con el Tapia a ver qué cosa era fué a mucha priesa a demandar albricias a Cortés cómo era español el que venía en la canoa, de que todos nos alegramos. Y luego se vino el Tapia con el español adonde estaba Cortés, y antes que llegasen ciertos soldados preguntaban al Tapia: "¿Qués del español?", e aunque iba junto con él, porque le tenían por indio propio, porque de suyo era moreno y tresquilado a manera de indio esclavo, y traía un remo al hombro, una cotara vieja calzada y la otra atada en la cintura, y una manta vieja muy ruin, e un braguero peor, con que cubría sus vergüenzas, y traía atada en la manta un bulto que eran horas muy viejas. Pues desque Cortés los vió de aquella manera también picó, como los demás soldados, que preguntó al Tapia que qué era del español; y el español, como le entendió, se puso en cuclillas, como hacen los indios, e dijo: "Yo soy". Y luego le mandó dar de vestir camisa y jubón y zaragüelles y caperuza y alpargates, que otros vestidos no había, y le preguntó de su vida, y cómo se llamaba, y cuándo vino aquella tierra. Y él dijo, aunque no bien pronunciado, que se decía Jerónimo de Aguilar, y que era natural de Ecija, y que tenía

órdenes de Evangelio; que había ocho años que se había perdido él y otros quince hombres y dos mujeres que iban desde el Darién a la isla de Santo Domingo, cuando hobo unas diferencias y pleitos de un Enciso y Valdivia, y dijo que llevaban diez mill pesos de oro y los procesos de los unos contra los otros, y que el navío en que iban dió en los Alacranes, que no pudo navegar, y que en el batel del mismo navío se metieron él y sus compañeros y dos mujeres, creyendo tornar la isla de Cuba o a Jamaica, y que las corrientes eran muy grandes, que les echó en aquella tierra, y que los calachiones de aquella comarca los repartieron entre sí, e que habían sacrificado a los ídolos muchos de sus compañeros, y dellos se habían muerto de dolencia, y las mujeres que poco tiempo pasado había que de trabajo también se murieron, porque las hacían moler; e que a él que tenían para sacrificar, y una noche se huyó y se fué aquel cacique con quien estaba; ya no se me acuerda el nombre, que allí le nombró, y que no habían quedado de todos sino él e un Gonzalo Guerrero. Y dijo que le fué a llamar y no quiso venir, y dió muchas gracias a Dios por todo. Y le dijo Cortés que dél sería bien mirado y gratificado, y le preguntó por la tierra y pueblos. Y el Aguilar dijo que, como le tenían por esclavo, que no sabía sino servir de traer leña y agua y en cavar los maizales, que no había salido sino hasta cuatro leguas, que le llevaron con una carga, y que no la pudo llevar e cayó malo dello; e que ha entendido que hay muchos pueblos. Y luego le preguntó por el Gonzalo Guerrero. Y dijo questaba casado y tenía tres hijos, e que tenía labrada la cara y horadadas las orejas y el bezo de abajo, y que era hombre de la mar, de Palos, y que los indios le tienen por esforzado; e que había poco más de un año que cuando vinieron a la punta de Cotoche un capitán con tres navíos (parece ser que fueron cuando venimos los de Francisco Hernández de Córdoba) que él fué inventor que nos diesen la guerra que nos dieron, e que vino el allí juntamente con un cacique de un gran pueblo, según he ya dicho en lo de Francisco Hernández de Córdoba. Y después que Cortés lo oyó, dijo: "En verdad que le querría haber a las manos, porque jamás será bueno". Y dejallo he y diré cómo los caciques de Cozumel, desque vieron al Aguilar que hablaba su lengua, le daban muy bien de comer, y el Aguilar les aconsejaba que siempre tuviesen acato y reverencia a la santa imagen de Nuestra Señora y a la cruz, y que conoscerían que por ello les venía mucho bien, y los caciques, por consejo de Aguilar, demandaron una carta de favor a Cortés para que si viniesen aquel puerto otros españoles, que fuesen bien tratados y no les hiciesen agravios; la cual carta luego se la dió, y después de despedidos con muchos halagos y ofrescimientos, nos hicimos a la vela para el río de Grijalba. Y desta manera que he dicho se hubo Aguilar, y no de otra, como lo escribe el coronista Gomara, y no me maravillo, pues lo que dice es por nuevas. Y volvamos a nuestra relación.

CAPITULO XXX

Cómo nos tornamos a embarcar y nos hicimos a la vela para el río de Grijalba, y lo que nos avino en el viaje.

En cuatro días del mes de marzo de mill e quinientos y diez y nueve años, habiendo tan buen suceso en llevar buena lengua y fiel, mandó Cortés que nos embarcásemos, según y de la manera que habíamos venido antes que arribásemos a Cozumel y con las mismas instrucciones y señas de los faroles para de noche. E yendo navegando con buen tiempo, revuelve un viento ya que quería anochecer, tan recio y contrario, que echó cada navío por su parte con harto riesgo de dar en tierra, e quiso Dios que a media noche aflojó. Y desque amanesció luego se volvieron a juntar todos los navíos, eceto uno en que iba Juan Velázquez de León; e íbamos nuestro viaje sin saber dél hasta mediodía, de lo cual llevamos pena, creyendo fuese perdido en unos bajos. Y desque se pasaba el día y no paresció, dijo Cortés al piloto Alaminos que no era bueno ir más adelante sin saber dél; y el piloto hizo señas a todos los navíos questuviesen al reparo, e payrando e aguardando si por ventura le echó el tiempo en alguna ensenada donde no podía salir por serle el viento contrario; y desque no venía, dijo el piloto a Cortés: "Señor, tenga por cierto que se metió en uno como puerto o bahía que queda atrás y que el viento no le deja salir, porque el piloto que lleva es el que vino con Francisco Hernández y volvió con Grijalba, que se decía Joan Alvarez "el Manquillo" y sabe aquel puerto". Y luego fué acordado de volver a le buscar con toda la armada, y en aquella bahía donde había dicho el piloto lo hallamos anclado, de lo que todos hobimos placer. Y estuvimos allí un día, y echamos dos bateles en el agua, y saltó en tierra el piloto e un capitán que se decía Francisco de Lugo, y había por allí unas estancias donde había maizales y hacían sal, y tenían cuatro cues, que son casas de ídolos, y en ellos muchas figuras, y todas las más de mujeres, y eran altas de cuerpo; y se puso nombre aquella tierra la Punta de las Mujeres. Acuérdome que decía el Aguilar que cerca de aquellas estancias estaba el pueblo donde era esclavo, y que allí vino cargado, que lo trujo su amo, e que cayó malo de traer la carga, e que también estaba no muy lejos el pueblo donde estaba Gonzalo Guerrero, e que todos tenían oro, sino que era poco, y que si quería que le guiaría, e que fuésemos allá. Y Cortés le dijo riendo que no venía él para tan pocas cosas, sino para servir a Dios y al rey. Y luego mandó Cortés a un capitán que se decía Escobar que fuese en el navío de que era capitán, que era muy velero y demandaba poca agua, hasta Boca de Términos, y mirase muy bien qué tierra era y si era buen puerto para poblar, y si había mucha caza, como le habían informado; y esto que lo mandó fué por consejo del piloto, porque cuando por allí pasásemos con todos los navíos no nos detener en entrar en él; y que después de visto que pusiese una señal y quebrase árboles en la boca del puerto, o escribiese una carta y la pusiese donde la viésemos de una parte o de otra del puerto para que conosciésemos que había entrado dentro, o que aguardase en la mar a la armada, barloventeando después que lo hobiese visto. Y luego el Escobar

partió y fué a puerto de Términos, que ansí se llama; y hizo todo lo que le fué mandado, y halló la lebrela que se hobo quedado cuando lo de Grijalba, y estaba gorda y lucia. Y dijo el Escobar que cuando la lebrela vió el navío que entraba en el puerto, que estaba halagando con la cola y haciendo otras señas de halagos, y se vino luego a los soldados y se metió con ellos en la nao; y esto hecho, se salió el Escobar del puerto a la mar, y estaba esperando el armada, y paresce ser, con viento Sur que le dió, no pudo esperar al reparo, y metióse mucho en la mar. Volvamos a nuestra armada, que quedábamos en la punta de las Mujeres, que al otro día de mañana salimos con buen terral y llegamos en Boca de Términos, y desque no hallamos a Escobar mandó Cortés que sacasen el batel y con diez ballesteros le fuesen a buscar en la Boca de Términos, o a ver si había señal o carta, y luego se halló árboles cortados y una carta en que en ella decía que era muy buen puerto y buena tierra y de mucha caza, y lo de la lebrela. Y dijo el piloto Alaminos a Cortés que fuésemos nuestra derrota, porque con el viento Sur se debiera haber metido en la mar, e que no podría ir muy lejos, porque había de navegar a orza. Y puesto que Cortés sintió pena no le hobiese acaescido algún desmán, mandó meter velas y luego le alcanzamos. Y dió el Escobar sus descargos a Cortés y la causa por qué no pudo aguardar. Estando en esto llegamos en el paraje del pueblo de Potonchan, y Cortés mandó al piloto que surgésemos en aquella ensenada, y el piloto respondió que era mal puerto, porque habían de estar los navíos surtos más de dos leguas lejos de tierra, que mengua mucho la mar. Porque tenía pensamiento Cortés de dalles una buena mano por el desbarate de Francisco Hernández de Córdoba e Grijalba; y muchos de los soldados que nos habíamos hallado en aquellas batallas se lo suplicamos que entrase dentro y no quedasen sin buen castigo, y aun que se detuviese allí dos o tres días. El piloto Alaminos con otros pilotos porfiaron que si allí entrábamos que en ocho días no podríamos salir por el tiempo contrario, y que agora llevábamos buen viento, e que en dos días llegaríamos a Tabasco, y ansí pasamos de largo, y en tres días que navegamos llegamos al río de Grijalba, que es nombrado en lengua de indios de Tabasco. Y lo que allí nos acaesció e las guerras que nos dieron diré adelante.

CAPITULO XXXI

Cómo llegamos al río de Grijalba, que en lengua de indios llaman Tabasco, y de la guerra que nos dieron, y lo que más con ellos pasamos.

En doce días del mes de marzo de mill e quinientos y diez y nueve años, llegamos con toda la armada al río de Grijalba, que se dice Tabasco, y como sabíamos ya, de cuando lo de Grijalba, que en aquel puerto y río no podían entrar navíos de mucho porte, surgeron en la mar los mayores y con los pequeños y los bateles fuimos todos los soldados a desembarcar a la punta de los Palmares, como cuando con Grijalba, questaba del pueblo de Tabasco

obra de media legua. Y andaban por el río y en la ribera e entre unos mambrales todo lleno de indios guerreros, de lo cual nos maravillamos los que habíamos venido con Grijalba, y demás desto, estaban juntos en el pueblo más de [1] doce mill guerreros aparejados para darnos guerra; porque en aquella sazón aquel pueblo era de mucho trato, y estaban sujetos a él otros grandes pueblos, y todos los tenían apercibidos con todo género de armas, según las usaban. Y la causa dello fué porque los de Potonchan y los de Lázaro y otros pueblos comarcanos los tuvieron por cobardes, y se lo daban en el rostro, por causa que dieron a Grijalba las joyas de oro que antes he dicho en el Capítulo que dello habla, e que de medrosos no nos osaron dar guerra, pues eran más pueblos y tenían más guerreros que no ellos; y esto les decían por afrentallos, y que en sus pueblos nos habían dado guerra y muerto cincuenta y seis hombres. Por manera que con aquellas palabras que les habían dicho se determinaron a tomar las armas. Y desque Cortés los vió puestos en aquella manera, dijo a Aguilar, la lengua, que entendía bien la de Tabasco, que dijese a unos indios que parescían principales, que pasaban en una gran canoa cerca de nosotros, que para qué andaban tan alborotados, que no les veníamos a hacer ningún mal, sino decilles que les queremos dar de lo que traemos como a hermanos, e que les rogaba que mirasen no encomenzasen la guerra, porque les pesaría dello; y les dijo otras muchas cosas acerca de la paz. Y mientras más lo decía el Aguilar, más bravos se mostraban, y decían que nos matarían a todos si entrábamos en su pueblo, porque le tenían muy fortalecido todo a la redonda de árboles muy gruesos, de cercas y albarradas. Aguilar les tornó a hablalles con la paz y que nos dejasen tomar agua, y comprar de comer, a trueco de nuestro rescate, y también a decir a los calachonis cosas que sean de su provecho y juicio de Dios Nuestro Señor. Y todavía ellos a porfiar que no pasásemos de aquellos palmares adelante, sino que nos matarían. Y desque aquello vió Cortés, mandó apercebir los bateles y navíos menores, y mandó poner en cada batel tres tiros, y repartió en ellos los ballesteros y escopeteros. Y teníamos memoria de cuando lo de Grijalba que iba un camino angosto desde los palmares al pueblo por unos arroyos. E mandó Cortés a tres soldados que aquella noche mirasen bien si iba a las casas, y que no se detuviesen mucho en traer la respuesta. Y los que fueron vieron que sí iba. Y visto todo esto, y después de bien mirado, se nos pasó aquel día dando orden en cómo y de qué manera habíamos de ir en los bateles, y otro día por la mañana, después de haber oído misa y todas nuestras armas muy a punto, mandó Cortés a Alonso de Avila, que era capitán, que con cien soldados, y entre ellos diez ballesteros, fuese por el caminillo, el que he dicho que iba al pueblo, e que desque oyese los tiros, él por una parte y nosotros por otra diésemos en el pueblo. Y Cortés y todos los más soldados y capitanes fuimos en los bateles y navíos de menos porte por el río arriba. Y desque los indios guerreros questaban en la costa y entre los mamblares vieron que de hecho íbamos, vienen sobre nosotros con tantas canoas al puerto adonde habíamos de desembarcar, para defendernos que no saltásemos en tierra, que toda la costa no había sino indios de guerra con todo género de armas que entre ellos se usan, tañendo

(1) Testado en el original: "veintiocho mil".

trompetillas y caracoles y atabalejos. Y desque así vió la cosa, mandó Cortés que nos detuviésemos un poco y que no soltasen ballesta ni escopeta ni tiros; y como todas las cosas quería llevar muy justificadas, les hizo otro requirimiento delante de un escribano del rey que se decía Diego de Godoy, e por la lengua de Aguilar para que nos dejasen saltar en tierra y tomar agua y hablalles cosas de Dios y de Su Majestad, y que si guerra nos daban que si por defendernos algunas muertes hobiese u otros cualquier daños, fuesen a su culpa e cargo, y no a la nuestra. Y ellos todavía haciendo muchos fieros, y que no saltásemos en tierra, si no que nos matarían; y luego comenzaron muy valientemente a flechar y hacer sus señas con sus tambores, y como esforzados se vienen todos contra nosotros y nos cercan con las canoas con tan gran rociada de flechas, que nos hicieron detener en el agua hasta la cinta, y otras partes no tanto; e como había allí mucha lama y ciénaga no podíamos tan presto salir della, y cargan sobre nosotros tantos indios, que con las lanzas a manteniente y otros a flecharnos, hacían que no tomásemos tierra tan presto como quisiéramos, y también porque en aquella lama estaba Cortés peleando, y se le quedó un alpargate en el cieno que no le pudo sacar, y descalzo el un pie salió a tierra, y luego le sacaron el alpargate y se calzó. Y entre tanto que Cortés estaba en esto, todos nosotros, ansí capitanes como soldados, fuimos sobre ellos nombrando a Señor Santiago, y les hecimos retraer, y aunque no muy lejos, por amor de las albarradas y cercas que tenían hechas de maderas gruesas, adonde se mamparaban, hasta que las deshicimos y tuvimos lugar, por un portillo, de les entrar y pelear con ellos, y les llevamos por una calle adelante, adonde tenían hechas otras fuerzas, y allí tornaron a reparar y hacer cara, y peleaban muy valientemente y con gran esfuerzo, y dando voces y silbos, e decían: "Al calacheoni, al calacheoni", que en su lengua mandaban que matasen o prendiesen a nuestro capitán. Estando desta manera envueltos con ellos, vino Alonso de Avila con sus soldados, que había ido por tierra desde los palmares, como dicho tengo, y paresce ser no acertó a venir más presto por amor de unas ciénagas y esteros; y su tardanza fué bien menester, según habíamos estado detenidos en los requirimientos y deshacer portillos en las albarradas para pelear; ansi que todos juntos les tornamos a echar de las fuerzas donde estaban y les llevamos retrayendo, y ciertamente que como buenos guerreros nos iban tirando grandes rociadas de flechas y varas tostadas, y nunca volvieron de hecho las espaldas hasta un gran patio donde estaban unos aposentos y salas grandes, y tenían tres casas de ídolos, e ya habían llevado todo cuanto hato había. En los cues de aquel patio mandó Cortés que reparásemos y que no fuésemos más en seguimiento del alcance, pues iban huyendo, y allí tomó Cortés posesión de aquella tierra por Su Majestad y él en su real nombre, y fué desta manera: Que desenvainada su espada dió tres cuchilladas en señal de pose-

sión en un árbol grande que se dice ceiba, questaba en la plaza de aquel gran patio, y dijo que si había alguna persona que se lo contradijese, que él lo defendería con su espada y una rodela que tenía embrazada, y todos los soldados que presentes nos hallamos cuando aquello pasó respondimos que era bien tomar aquella real posesión en nombre de Su Majestad, e que nosotros seríamos en ayudalle si alguna persona otra cosa contradijere. E por ante un escribano del rey se hizo aquel auto.

Sobre esta posesión la parte de Diego Velázquez tuvo que remurmurar della. Acuérdome que en aquellas reñidas guerras que nos dieron de aquella vez firieron a catorce soldados, y a mí me dieron un flechazo en el muslo, mas poca herida, y quedaron tendidos y muertos diez e ocho indios en el agua donde desembarcamos; y allí dormimos aquella noche con grandes velas y escuchas. Y dejallo he, por contar lo que más pasamos.

CAPITULO XXXII

Cómo mandó Cortés a dos capitanes que fuesen con cada cient soldados a ver la tierra dentro, y lo que sobrello nos acaesció.

Otro día de mañana mandó Cortés a Pedro de Alvarado que saliese por capitán de cient soldados, y entre ellos quince ballesteros y escopeteros, y que fuese a ver la tierra adentro hasta andadura de dos leguas, y que llevase en su compañía a Melchorejo, la lengua de la punta de Cotoche, y cuando le fueron a llamar al Melchorejo no le hallaron, que se había ya huído con los de aquel pueblo de Tabasco; porque, según parescía, el día antes, en la punta de los Palmares, dejó colgados sus vestidos que tenía de Castilla y se fué de noche en una canoa. Y Cortés sintió enojo con su ida, porque no dijese a los indios, sus naturales, algunas cosas que no nos trajesen provecho. Dejémosle ido con la mala ventura y volvamos a nuestro cuento. Que ansimismo mandó Cortés que fuese otro capitán, que se decía Francisco de Lugo, por otra parte con otros cient soldados y doce ballesteros y escopeteros, y que no pase de otras dos leguas, y que volviese a la noche a dormir en el real. E yendo que iba el Francisco de Lugo con su compañía obra de una legua de nuestro real, se encontró con grandes capitanías e escuadrones de indios, todos flecheros y con lanzas y rodelas y atambores y penachos, y se vienen derechos a la capitanía de nuestros soldados, y les cercan por todas partes, e les comenzaron a flechar de arte que no se podían sustentar con tanta multitud de indios, y les tiraban muchas varas tostadas y piedras con hondas, que como granizo caían sobrellos, y con espadas de navajas de a dos manos;

y por bien que peleaban el Francisco de Lugo y sus soldados, no les podía apartar de sí. Y desque aquello vió, con gran concierto se venía ya retrayendo al real, y había enviado un indio de Cuba, gran corredor e suelto, a dar mandado a Cortés para que le fuésemos a ayudar, y todavía el Francisco de Lugo, con gran concierto de sus ballesteros y escopeteros, unos armando y otros tirando y algunas arremetidas que hacían se sostenían con todos los escuadrones que sobre él estaban. Y dejémosle de la manera que he dicho, e con gran peligro, y volvamos al capián Pedro de Alvarado, que paresce ser había andado más de una legua y topó con un estero muy malo de pasar; e quiso Dios encaminallo que vuelve por otro camino hacia donde estaba el Francisco de Lugo peleando, como dicho he; y como oyó las escopetas que tiraban y el gran ruido de atambores y trompetillas y voces e silbos de los indios, bien entendió questaban revueltos en guerra, y con mucha presteza y gran concierto acudió a las voces y tiros; y halló al capitán Francisco de Lugo con su gente haciendo rostro y peleando con los contrarios, y cinco indios de los contrarios muertos; y desque se juntaron con el Lugo dan tras los indios, que los hicieron apartar, y no de manera que los pudiesen poner en huída, que todavía les fueron siguiendo los indios hasta el real, y ansimismo nos habían acometido otras capitanías de guerreros a donde estaba Cortés con los heridos. Mas muy presto les hecimos retraer con los tiros que llevaban muchos dellos y a buenas cuchilladas. Y cuando Cortés oyó al indio de Cuba que venía a demandar socorro y del arte que quedaba Francisco de Lugo, de presto les íbamos a ayudar. Y nosotros que íbamos y los dos capitanes por mí nombrados que llegaban con sus gentes, y a obra de media legua del real, y murieron dos soldados de la capitanía de Francisco de Lugo, y ocho heridos, y de la de Pedro de Alvarado le hirieron tres. Y desque vinieron al real se curaron y enterraron los muertos, y hobo buena vela y escuchas, y en aquellas escaramuzas se mataron quince indios y prendieron tres, y el uno parescía algo principal. Y Aguilar, la lengua, les preguntaba que por qué eran locos y que por qué salían a dar guerra, y que mirasen que les mataríamos si otra vez volviesen. Y luego se envió un indio dellos con cuentas para dar a los caciques que viniesen de paz. Y aquel mensajero que enviamos dijo que el indio Melchorejo que traíamos con nosotros, que era de la punta de Cotoche, que se fué la noche antes a ellos y les aconsejó que diesen guerra de día y de noche, e que nos vencerían, e que éramos muy pocos, de manera que traíamos con nosotros muy mala ayuda. Y aquel indio que enviamos por mensajero fué e nunca volvió, y de los otros dos supo Aguilar por muy cierto que para otro día estaban juntos todos cuantos caciques había en todos aquellos pueblos comarcanos de aquella provincia con sus armas aparejadas para nos dar guerra y nos habían de venir otro día a cercar en el real, y que Melchorejo, la lengua, se lo aconsejó. Y dejallo he aquí, y diré lo que sobrello se hizo.

CAPITULO XXXIII

Cómo Cortés mandó que para otro día nos aparejásemos todos para ir en busca de los escuadrones guerreros, y mandó sacar los caballos de los navíos, y lo que más nos avino en la batalla que con ellos tuvimos.

Desque Cortés supo que muy ciertamente nos venían a dar guerra mandó que con brevedad sacasen todos los caballos de los navíos a tierra, e que escopeteros y ballesteros y todos los soldados estuviésemos muy a punto con nuestras armas, y aunque estuviésemos heridos. Y desque hobieron sacado los caballos en tierra estaban muy torpes y temerosos en el correr como había muchos días que estaban en los navíos, y otro día estuvieron sueltos. Y una cosa acaesció en aquella sazón a seis o siete soldados mancebos e bien dispuestos, que les dió mal de lomos, que no se podían tener en pie si no los llevaban a cuestas; no supimos de qué les resultó; han dicho que de las armas de algodón, que no se quitaban de noche ni de día de los cuerpos, e porque en Cuba eran regalados e no eran acostumbrados a trabajos, y con el calor les dió aquel mal. Y luego Cortés les mandó llevar a los navíos, no quedasen en tierra, y apercibió a los caballeros que habían de ir los mejores jinetes y caballos, e que fuesen con pretales de cascabeles, y les mandó que no se parasen al lancear hasta haberles desbaratado, sino que las lanzas se las pasasen por los rostros, y señaló trece de caballo y el Cortés por capitán dellos, y fueron estos que aquí nombraré: Cortés, e Cristóbal de Olí, y Pedro de Alvarado, y Alonso Hernández Puerto Carrero, y Joan de Escalante, y Francisco de Montejo, e Alonso de Avila, le dieron un caballo que era de Ortiz "el Músico" e de un Bartolomé García, que ninguno dellos era buen jinete, y Joan Velásquez de León, y Francisco de Morla, e Lares "el Buen Jinete", nómbrole así porque había otro Lares; e Gonzalo Domínguez, extremado hombre de a caballo; Morón el del Bayamo, y Pedro Gonzállez de Trujillo. Todos estos caballeros señaló Cortés, y él por capitán, y mandó a Mesa el artillero que tuviese muy a punto su artillería, y mandó a Diego de Ordaz que fuese por capitán de todos nosotros los soldados y aun de los ballesteros y escopeteros porque no era hombre de a caballo. Y otro día muy de mañana, que fué día de Nuestra Señora de Marzo, después de oída misa, que nos dijo fray Bartolomé de Olmedo, puestos todos en ordenanza con nuestro alférez, que entonces era Antonio de Villa Roel, marido que fué de Isabel de Ojeda, que después se mudó el nombre el Villa Roel y se llamó Antonio Serrano de Cardona, fuimos por unas sabanas grandes adonde habían dado guerra a Francisco de Lugo y a Pedro de Alvarado, y llamábase aquella sabana y pueblo Sintla, sujeto al mismo Tabasco, una legua del aposento donde salimos. Y nuestro Cortés se apartó un poco espacio de trecho de nosotros, por amor de unas ciénagas que no podían pasar los caballos. E yendo de la manera que he dicho, dimos con todo el poder de escuadrones de indios

guerreros que venían ya a buscarnos a los aposentos, y fué junto al mismo pueblo de Sintla, en un buen llano, por manera que si aquellos guerreros tenían deseo de nos dar guerra y nos iban a buscar, nosotros los encontramos con el mismo motivo. Y dejallo he aquí, y diré lo que pasó en la batalla, y bien se puede nombrar ansí, como adelante verán.

CAPITULO XXXIV

Cómo nos dieron guerra e una gran batalla todos los caciques de Tabasco y sus provincias, y lo que sobrello sucedió.

Y ya he dicho de la manera y concierto que íbamos. Y topamos todas las capitanías y escuadrones que nos iban a buscar, y traían grandes penachos y atambores y trompetillas, y las caras almagradas, blancas y prietas, y con grandes arcos y flechas, y lanzas y rodelas, y espadas como montantes de a dos manos, y muchas hondas y piedra y varas tostadas, y cada uno sus armas colchadas de algodón; y ansí como llegaron a nosotros, como eran grandes escuadrones, que todas las sabanas cobrían, y se vienen como rabiosos y nos cercan por todas partes, y tiran tanta de flecha y vara y piedra, que de la primera arremetida hirieron más de setenta de los nuestros, y con las lanzas pie con pie nos hacían mucho daño, e un soldado murió luego de un flechazo que le dieron por el oído; y no hacían sino flechar e herir en los nuestros, y nosotros, con los tiros y escopetas y ballestas y a grandes estocadas no perdíamos punto de buen pelear, y poco a poco, desque conoscieron las estocadas, se apartaban de nosotros: mas era para flechar más a su salvo, puesto que Mesa, el artillero, con los tiros les mató muchos dellos, porque como eran grandes escuadrones y no se apartaban, daba en ellos a su placer, y con todos los males y heridos que les hacíamos no los podimos apartar. Yo dije: "Diego de Ordaz, parésceme que podemos apechugar con ellos, porque verdaderamente sienten bien el cortar de las espadas y estocadas, y por esto se desvían algo de nosotros, por temor dellas y por mejor tirarnos sus flechas y varas tostadas y tantas piedras como granizos". Y respondió que no era buen acuerdo, porque había para cada uno de nosotros trescientos indios; y que no nos podríamos sostener con tanta multitud; y ansí estábamos con ellos sosteniéndonos. Y acordamos de nos allegar cuanto pudiésemos a ellos, como se lo había dicho al Ordaz, por dalles mal año de estocadas, y bien lo sintieron, que se pasaron de la parte de una ciénaga. Y en todo este tiempo, Cortés, con los de a caballo, no venía, y aunque le deseábamos y temíamos que por ventura no le hobiese acaescido algún desastre. Acuérdome que cuando soltábamos los tiros, que daban los indios grandes silbos e gritos y echaban pajas y tierra en alto por que no viésemos el daño que les hacíamos, y tañían atambores y trompetillas e silbos y voces, y decían: "Alala, Alala". Estando en esto, vimos asomar los de a caballo, y como aquellos grandes escuadrones estaban embebecidos dándonos guerra, no miraron tan de presto

en ellos como venían por las espaldas, y como el campo era llano y los caballeros buenos, y los caballos algunos dellos muy revuetos y corredores, danles tan buena mano y alancean a su placer. Pues los que estábamos peleando, desque los vimos, nos dimos tanta priesa, que los de a caballo por una parte y a otros por otra, de presto volvieron las espaldas. E aquí creyeron los indios quel caballo y el caballero eran todo uno, como jamás habían visto caballos. Iban aquellas sabanas y campos llenos de ellos, y acogiéronse a unos espesos montes que allí había. Y desque los hobimos desbaratado, Cortés nos contó cómo no habían podido venir más presto por amor de una ciénaga, y cómo estuvo peleando con otros escuadrones de guerreros antes que a nosotros llegasen. Y venían tres de los caballeros de a acaballo heridos, e cinco caballos. Y después de apeados debajo de unos árboles y casas que allí estaban, dimos muchas gracias a Dios por habernos dado aquella vitoria tan cumplida, y como era día de Nuestra Señora de Marzo llamóse una villa que se pobló, el tiempo andando, Santa María de la Vitoria, ansí por ser día de Nuestra Señora como por la gran vitoria que tuvimos. Aquesta fué la primera guerra que tuvimos en compañía de Cortés en la Nueva España. Y esto pasado, apretamos las heridas a los heridos con paños, que otra cosa no había, y se curaron los caballos con quemalles las heridas con unto de un indio de los muertos, que abrimos para sacarle el unto; y fuimos a ver los muertos que había por el campo, y eran más de ochocientos, y todos los más de estocadas, y otros de los tiros y escopetas y ballestas, y muchos estaban medio muertos y tendidos, pues donde anduvieron los de a caballo había buen recaudo dellos muertos y otros quejándose de las heridas. Estuvimos en esta batalla sobre una hora, que no les pudimos hacer perder punto de buenos guerreros hasta que vinieron los de a caballo. Y prendimos cinco indios y los dos dellos capitanes, y como era tarde y hartos de pelear, y no habíamos comido, nos volvimos al real, y luego enterramos dos soldados que iban heridos por la garganta y otro por el oído, y quemamos las heridas a los demás y a los caballos con el unto del indio, y pusimos buenas velas y escuchas, y cenamos y reposamos. Aquí es donde dice Francisco López de Gomara que salió Francisco de Morla en un caballo rucio picado antes que llegase Cortés con los de caballo, y que eran los santos apóstoles Señor Santiago o Señor San Pedro. Digo que todas nuestras obras y vitorias son por mano de Nuestro Señor Jesucristo, y que en aquella batalla había para cada uno de nosotros tantos indios que a puñados de tierra nos cegaran, salvo que la gran misericardia de Nuestro Señor en todo nos ayudaba; y pudiera ser que los que dice el Gomara fueran los gloriosos Apóstoles Señor Santiago o Señor San Pedro, e yo, como pecador, no fuese dino de lo ver. Lo que yo entonces vi y conocí fué a Francisco de Morla en un caballo castaño, que venía juntamente con Cortés, que me paresce que agora que lo estoy escribiendo se me representa por estos ojos pecadores toda la guerra según y de la manera que allí pasamos. E ya que yo, como indino, no fuera merecedor de ver a cualquiera de aquellos gloriosos apóstoles, allí en nuestra compañía había sobre cuatrocientos soldados, y Cortés y otros muchos caballeros, y platicárase dello, y se tomara por testimonio, y se hobiera hecho una iglesia cuando se pobló la villa, y se nombrara la villa de Santiago de la Vitoria, o de San Pedro de la Vitoria, como

se nombró Santa María de la Vitoria. Y si fuera ansí como dice el Gomara, harto malos cristianos fuéramos que enviándonos Nuestro Señor Dios sus santos Apóstoles, no reconocer la gran merced que nos hacía, y reverenciar cada día aquella iglesia, y plugiera a Dios que ansí fuera, como el coronista dice; y hasta que leí su corónica nunca entre conquistadores que allí se hallaron tal les oí. Y dejémosle aquí, y diré lo que más pasamos.

CAPITULO XXXV

Cómo envió Cortés a llamar todos los caciques de aquellas provincias, y lo que sobrello se hizo.

Ya he dicho cómo prendimos en aquella batalla cinco indios, y los dos dellos capitanes, con los cuales estuvo Aguilar, la lengua, a pláticas, y conosció en lo que le dijeron que serían hombres para enviar por mensajeros, y díjolo al capián Cortés que los soltasen y que fuesen a hablar a los caciques de aquel pueblo, e otros cualesquier que pudiesen ver. E aquellos dos indios mensajeros se les dió cuentas verdes e diamantes azules, y les dijo Aguilar muchas palabras bien sabrosas y de halagos, y que les queremos tener por hermanos, y que no hobiesen miedo, y que lo pasado de aquella guerra que ellos tenían la culpa, y que llamasen a todos los caciques de todos los pueblos, que les queremos hablar; y se les amonestó otras muchas cosas bien mansamente, para atraellos de paz. Y fueron de buena voluntad, y hablaron con los principales y caciques, y les dijeron todo lo que le enviamos a hacer saber sobre la paz. E oída nuestra embajada, fué entre ellos acordado de enviar luego quince indios de los esclavos que entre ellos tenían, y todos entiznadas las caras, y las mantas y bragueros que traían muy ruines, y con ellos enviaron gallinas y pescado asado, e pan de maíz. Y llegados delante de Cortés, los recibió de buena voluntad, y Aguilar, la lengua, les dijo medio enojado que cómo venían de aquella manera puestas las caras, que más venían de guerra que para tratar paces, y que luego fuesen a los caciques y les dijesen que si querían paz, como se la ofrecimos, que viniesen señores a tratar della, como se usa, e no envíen esclavos. Aquellos mismos entiznados se les hizo ciertos halagos y se envió con ellos cuentas azules, en señal de paz y para ablandalles los pensamientos. Y luego otro día vinieron treinta indios principales y con buenas mantas, y trujeron gallinas y pescado y fruta e pan de maíz, y demandaron licencia a Cortés para quemar y enterrar los cuerpos de los muertos en las batallas pasadas, por que no oliesen mal o los comiesen tigres o leones; la cual licencia les dió luego, y ellos se dieron priesa en traer mucha gente para los enterrar y quemar los cuerpos a su usanza. Y según Cortés supo dellos, dijeron que les faltaban sobre ochocientos hombres, sin los que estaban heridos, e dijeron que no se podían detener con nosotros en palabras ni paces porque otro día habían de venir todos los principales y señores de todos aquellos pueblos y concertarían las paces. Y como Cortés en todo era muy avisado, nos dijo riendo a los soldados que allí nos hallamos

teniéndole compañía: "Sabéis, señores, que me paresce questos indios temerán mucho a los caballos, y deben de pensar quellos solos hacen la guerra, y ansimismo las lombardas; he pensado una cosa para que mejor lo crean: que traigan la yegua de Joan Sedeño, que parió el otro día en el navío, y atalla han aquí, adonde yo estoy, y traigan el caballo de Ortiz "el Músico", ques muy rijioso y tomará olor de la yegua, y desque haya tomado olor della, llevarán la yegua e el caballo cada uno porsí, en parte donde desque vengan los caciques que han de venir, no los oyan relinchar, ni los vean hasta que vengan delante de mí y estemos hablando". Y ansí se hizo, según y de la manera que lo mandó, que trujeron la yegua y el caballo, y tomó olor della en el aposento de Cortés, y demás desto, mandó que cebasen un tiro, el mayor, con una buena pelota y bien cargado de pólvora. Y estando en esto, que ya era mediodía, vinieron cuarenta indios, todos caciques, con buena manera y mantas ricas, a la usanza de ellos, y saludaron a Cortés y a todos nosotros, y traían de sus inciensos, e andaban sahumando a cuantos allí estábamos, y demandaron perdón de lo pasado, y que desde allí adelante serían buenos. Cortés les respondió algo con gravedad, como enojado, y por nuestra lengua, Aguilar, dijo que ya ellos habían visto cuántas veces les había requerido con la paz, y que ellos tenían la culpa, y que agora eran merescedores que a ellos y a cuantos quedan en todos sus pueblos matásemos, y que somos vasallos de un gran rey y señor que nos envió a estas partes, que se dice el emperador don Carlos, que manda que a los questuvieren en su real servicio que les ayudemos y favorezcamos, y que si ellos fueren buenos, como dicen, que ansí lo haremos, y si no que soltara de aquellos tepuzques que los maten (y al hierro llaman en su lengua tepuzque), e aun por lo pasado que han hecho en darnos guerra están enojados algunos dellos. Entonces secretamente mandó poner fuego a la lombarda questaba cebada, y dió tan buen trueno como era menester. Iba la pelota zumbando por los montes, que como era mediodía y hacía calma llevaba gran ruido, y los caciques se espantaron de la oír; como no habían visto cosa como aquella, creyeron que era verdad lo que Cortés les dijo. Y Cortés les dijo, con Aguilar, que ya no hobiesen miedo, quél mandó que no hiciesen daño. Y en aquel instante trujeron el caballo que había tomado olor de la yegua, y átanlo no muy lejos de donde estaba Cortés hablando con los caciques. Y como la yegua la habían tenido en el mismo aposento a donde Cortés y los indios estaban hablando, pateaba el caballo y relinchaba y hacía bramuras, y siempre los ojos mirando a los indios y al aposento adonde había tomado olor de yegua. Y los caciques creyeron que por ellos hacía aquellas bramuras, y estaban espantados. Y desque Cortés los vió de aquel arte se levantó de la silla y se fué para el caballo, y mandó a dos mozos de espuelas que luego le llevasen de allí lejos, y dijo a los indios que ya mandó al caballo que no estuviese enojado, pues ellos venían de paz y eran buenos. Estando en esto, vinieron sobre treinta indios de los de carga, que entre ellos llaman tamenes, que traían la comida de gallinas y pescado y otras cosas de frutas, que paresce ser se quedaron atrás y no

pudieron venir juntamente con los caciques. Y allí hubo muchas pláticas Cortés con aquellos principales, y los caciques con Cortés, y dijeron que otro día vernían todos y traerían un presente y hablarían en otras cosas, y ansí se fueron muy contentos. Donde los dejaré agora, hasta otro día.

CAPITULO XXXVI

Cómo vinieron todos los caciques y calachonis del río de Grijalba, y trujeron un presente, y lo que sobrello pasó.

Otro día de mañana, que fueron a quince días del mes de marzo de mil e quinientos y diez y nueve años, vinieron muchos caciques y principales de aquel pueblo de Tabasco y de otros comarcanos, haciendo mucho acato a todos nosotros, y trujeron un presente de oro, que fueron cuatro diademas y unas lagartijas, y dos como perrillos y orejeras, y cinco ánades, y dos figuras de caras de indios, y dos suelas de oro como de sus cotaras, y otras cosillas de poco valor, que ya no me acuerdo qué tanto valían. Y trujeron mantas de las que ellos hacían, que son muy bastas, porque ya habrán oído decir los que tienen noticia de aquella provincia que no las hay en aquella tierra sino de poca valía. Y no fué nada todo este presente en comparación de veinte mujeres, y entre ellas una muy excelente mujer que se dijo doña Marina, que ansí se llamó después de vuelta cristiana. Y dejaré esta plática y de hablar della y de las demás mujeres que trujeron, y diré que Cortés rescibió aquel presente con alegría y se apartó con todos los caciques y con Aguilar, el intérprete, a hablar; y les dijo que por aquello que traían se lo tenía en gracia, mas que una cosa les rogaba: que luego mandasen poblar aquel pueblo con toda su gente e mujeres e hijos, y que dentro en dos días le quiere ver poblado, y que en esto conoscerá tener verdadera paz. Y luego los caciques mandaron llamar todos los vecinos, y con sus hijos y mujeres en dos días se pobló; y lo otro que les mandó, que dejasen sus ídolos y sacrificios, y respondieron que ansí lo harían; y les declaramos con Aguilar, lo mejor que Cortés pudo, las cosas tocantes a nuestra santa fe, y cómo éramos cristianos y adorábamos en un solo Dios verdadero, y se les mostró una imagen muy devota de Nuestra Señora con su hijo precioso en los brazos, y se les declaró que en aquella santa imagen reverenciamos, porque ansí está en el cielo y es madre de Nuestro Señor Dios. Y los caciques dijeron que les parescía muy bien aquella gran tececiguata, y que se la diesen para tener en su pueblo, porque a las grandes señoras en aquella tierra, en su lengua, llaman tececiguatas. Y dijo Cortés que sí daría, y les mandó hacer un buen altar, bien labrado, el cual luego hicieron. Y otro día de mañana mandó Cortés a dos de nuestros carpinteros de lo blanco, que se decían Alonso Yáñez y Alvaro López, que luego labrasen una cruz muy alta, y después de haber mandado todo esto, les dijo qué fué la causa que nos dieron guerra, tres veces requiriéndoles con la paz. Y respondieron que ya habían demandado

perdón dello y estaban perdonados, y que el cacique de Chanpoton, su hermano, se lo aconsejó, y por que no le tuviesen por cobarde, y porque se lo reñían y deshonraban, y porque no nos dió guerra cuando la otra vez vino otro capitán con cuatro navíos, y, según paresce, decíalo por Joan de Grijalba, y también quel indio que traíamos por lengua, que se huyó una noche, se lo aconsejó, y que de día y de noche nos diesen guerra. Y luego Cortés les mandó que en todo caso se lo trujesen, y dijeron que como les vió que en la batalla no les fué bien, que se les fué huyendo, y que no sabían dél, y aunque le han buscado; y supimos que le sacrificaron, pues tan caro les costó sus consejos. Y más les preguntó que de qué parte traían oro y aquellas joyezuelas; respondieron que hacia donde se pone el sol, y decían "Culúa" y "México", y como no sabíamos qué cosa era México ni Culúa, dejábamoslo pasar por alto. Y allí traíamos otra lengua que se decía Francisco, que hobimos cuando lo de Grijalba, ya ótra vez por mí memorado, mas no entendía poco ni mucho la de Tabasco, sino la de Cuba, ques la mexicana, y medio por señas dijo a Cortés que Culúa era muy adelante, y nombraba México y no le entendimos. Y en esto cesó la plática hasta otro día, que se puso en el altar la santa imagen de Nuestra Señora y la cruz, la cual todos adoramos, y dijo misa el padre fray Bartolomé de Olmedo; y estaban todos los caciques y principales delante, y púsose nombre aquel pueblo Santa María de la Vitoria, y ansí se llama agora a la villa de Tabasco. Y el mismo fraile, con nuestra lengua, Aguilar, predicó a las veinte indias que nos presentaron muchas buenas cosas de nuestra santa fe, y que no creyesen en los ídolos que de antes creían, que eran malos y no eran dioses, ni más les sacrificasen, que las traían engañadas, y adorasen en Nuestro Señor Jesucristo. Y luego se bautizaron, y se puso por nombre doña Marina aquella india e señora que allí nos dieron, y verdaderamente era gran cacica e hija de grandes caciques y señora de vasallos, y bien se le parescía en su persona; lo cual diré adelante cómo y de qué manera fué allí traída. E las otras mujeres no me acuerdo bien de todas sus nombres, y no hace al caso nombrar algunas; mas éstas fueron las primeras cristianas que hobo en la Nueva España, y Cortés las repartió a cada capitán la suya, y a esta doña Marina, como era de buen parescer y entremetida y desenvuelta, dió a Alonso Hernández Puerto Carrero, que ya he dicho otra vez que era muy buen caballero, primo del conde de Medellín, y desque fué a Castilla el Puerto Carrero estuvo la doña Marina con Cortés, e hobo allí un hijo que se dijo don Martín Cortés. En aquel pueblo estuvimos cinco días, ansí por que se curaran las heridas, como por los que estaban con dolor de lomos, que allí se les quitó, y demás desto, porque Cortés siempre atraía con buenas palabras a todos los caciques, y les dijo cómo el emperador nuestro señor, cuyos vasallos somos, tiene a su mandar muchos grandes señores, y ques bien que ellos le den la obidiencia, e que en lo que hobieren menester, ansí favor de nosotros o cualquiera cosa, que se lo hagan saber dondequiera que esuviésemos, quel les verná ayudar. Y todos los caciques les dieron muchas gracias por ello, y allí se otorgaron por vasallos de nuestro gran emperador; y éstos fueron los primeros vasallos que en la Nueva España dieron la obidiencia a Su Majestad. Y luego Cortés les mandó que para otro día, que era Domingo de Ramos, muy de mañana viniesen al altar con sus hijos y

mujeres para que adorasen la santa imagen de Nuestra Señora y la cruz, y ansimismo les mandó que viniesen luego seis indios carpinteros y que fuesen con nuestros carpinteros, y que en el pueblo de Sintla, adonde nuestro Señor Dios fué servido darnos aquella vitoria de la batalla pasada, por mí memorada, que hiciesen una cruz en un árbol grande que allí estaba, que entrellos llaman ceiba, e hiciéronla en aquel árbol a efeto que durase mucho, que con la corteza que suele reverdecer está siempre la cruz señalada. Hecho esto mandó que aparejasen todas las canoas que tenían para nos ayudar a embarcar, porque luego aquel santo día nos queríamos hacer a la vela, porque en aquella sazón vinieron dos pilotos a decir a Cortés questaban en gran riesgo los navíos por amor del Norte, ques travesía. Y otro día muy de mañana vinieron todos los caciques y principales con todas las canoas y sus mujeres e hijos, y estaban ya en el patio donde teníamos la iglesia y cruz y muchos ramos cortados para andar en procesión. Y desque los caciques vimos juntos, ansí Cortés y capitanes y todos a una con gran devoción anduvimos una muy devota procesión, y el padre de la Merced y Joan Díaz, el clérigo, revestidos, y se dijo misa, y adoramos y besamos la santa cruz, y los caciques e indios mirándonos. Y hecha nuestra solene fiesta, según el tiempo, vinieron los principales y trujeron a Cortés hasta diez gallinas y pescado y otras legumbres, y nos despedimos dellos, y siempre Cortés encomendándoles la santa imagen y santas cruces, y que las tuviesen muy limpias y barridas, y enramado, y que las reverenciasen y hallarían salud y buenas sementeras. Y después de que era ya tarde nos embarcamos, y otro día por la mañana nos hicimos a la vela, y con buen viaje navegamos y fuimos la vía de San Juan de Ulúa, y siempre muy juntos a tierra. E yendo navegando con buen tiempo, deciamos a Cortés los que sabíamos aquella derrota: "Señor, allí queda la Rambla", que en lengua de indios se dice Ayagualulco. Y luego que llegamos en el paraje de Tonala, que se dice San Antón, se lo señalábamos; más adelante le mostrábamos el gran río de Guazaqualco; y vió las muy altas sierras nevadas, y luego las sierras de San Min, y más adelante le mostramos la roca partida, que es unos grandes peñascos que entran en la mar y tienen una señal arriba como manera de silla, y más adelante le mostramos el río de Alvarado, ques adonde entró Pedro de Alvarado cuando lo de Grijalba, y luego vimos el río de Banderas, que fué donde rescatamos los diez y seis mill pesos, y luego le mostramos la isla Blanca, y también le dijimos adonde quedaba la isla Verde, y junto a tierra vió la isla de Sacrificios, donde hallamos los altares, cuando lo de Grijalba, y los indios sacrificados, y luego en buena hora llegamos a San Juan de Ulúa, jueves de la Cena, después de mediodía; y acuérdome que se llegó un caballero, que se decía Alonso Hernández Puerto Carrero, e dijo a Cortés: "Parésceme, señor, que os han venido diciendo estos caballeros, que han venido otras dos veces a estas tierras:

Cata Francia, Montesinos;
cata París, la ciudad;
cata las aguas del Duero
do van a dar en la mar.

Yo digo que mire las tierras ricas, y sabeos bien gobernar luego". Cortés bien entendió a qué fin fueron aquellas palabras dichas, y respondió: "Denos Dios ventura en armas, como al Paladín Roldán, que en lo demás, teniendo a vuesa merced y a otros caballeros por señores, bien me sabré entender". Y dejémoslo y no pasemos de aquí. Y esto es lo que pasó, y Cortés no entró en el río de Alvarado, como lo dice Gomara.

CAPITULO XXXVII

Cómo doña Marina era cacica, e hija de grandes señores, y señora de pueblos y vasallos, y de la manera que fué traída a Tabasco.

Antes que más meta la mano en lo del gran Montezuma y su gran México y mexicanos, quiero decir lo de doña Marina: como desde su niñez fué gran señora y cacica de pueblos y vasallos; y es desta manera: Que su padre y madre eran señores y caciques de un pueblo que se dice Paynala, y tenía otros pueblos sujetos a él obra de ocho leguas de la villa de Guazacualco; y murió el padre, quedando muy niña, y la madre se casó con otro cacique mancebo, y hobieron un hijo, y, según paresció, queríanlo bien al hijo que habían habido; acordaron entre el padre y la madre de dalle el cacicazgo después de sus días, y por que en ello no hobiese estorbo, dieron de noche a la niña doña Marina a unos indios de Xicalango, porque no fuese vista, y echaron fama que se había muerto. Y en aquella sazón murió una hija de una india esclava suya y publicaron que era la heredera; por manera que los de Xicalango la dieron a los de Tabasco, y los de Tabasco a Cortés. Y conoscí a su madre y a su hermano de madre, hijo de la vieja, que era ya hombre y mandaba juntamente con la madre a su pueblo, porquel marido postrero de la vieja ya era fallescido. Y después de vueltos cristianos se llamó la vieja Marta y el hijo Lázaro, y esto sélo muy bien, porque en el año de mill e quinientos y veinte y tres años, después de conquistado México y otras provincias y se había alzado Cristóbal de Olí en las Higueras, fué Cortés allí y pasó por Guazacualco. Fuimos con él aquel viaje toda la mayor parte de los vecinos de aquella villa, como diré en su tiempo y lugar; y como doña Marina en todas las guerras de la Nueva España y Tascala y México fué tan ecelente mujer y buena lengua, como adelante diré, a esta causa la traía siempre Cortés consigo. Y en aquella sazón y viaje se casó con ella un hidalgo que se decía Juan Jaramillo, en un pueblo que se decía Orizaba, delante ciertos testigos, que uno dellos se decía Aranda, vecino que fué de Tabasco, y aquél contaba el casamiento, y no como lo dice el coronista Gomara. Y la doña Marina tenía mucho ser y mandaba asolutamente entre los indios en toda la Nueva España. Y estando Cortés en la villa de Guazacualco, envió a llamar a todos los caciques de aquella provincia para hacerles un parlamento acerca de la santa dotrina, y sobre su buen tratamiento, y entonces vino la madre de doña Marina y su hermano de madre, Lázaro, con otros caciques. Días

había que me había dicho la doña Marina que era de aquella provincia y señora de vasallos, y bien lo sabía el capitán Cortés y Aguilar, la lengua. Por manera que vino la madre e su hijo y el hermano, y se conoscieron, que claramente era su hija, porque se le parescía mucho. Tuvieron miedo della, que creyeron que los enviaba hallar para matallos, y lloraban. Y como ansí los vió llorar la doña Marina, les consoló y dijo que no hobiesen miedo, que cuando la traspusieron con los de Xicalango que no supieron lo que hacían, y se lo perdonaba, y les dió muchas joyas de oro y ropa, y que se volviesen a su pueblo; y que Dios la había hecho mucha merced en quitarla de adorar ídolos agora y ser cristiana, y tener un hijo de su amo y señor Cortés, y ser casada con un caballero como era su marido Joan Jaramillo; que aunque la hicieran cacica de todas cuantas provincias había en la Nueva España, no lo sería, que en más tenía servir a su marido e a Cortés que cuanto en el mundo hay. Y todo esto que digo sélo yo muy certificadamente [1], y esto me paresce que quiere remedar lo que le acaesció con sus hermanos en Egito a Josef, que vinieron en su poder cuando lo del trigo. Esto es lo que pasó, y no la relación que dieron a Gomara, y también dice otras cosas que dejo por alto. E volviendo a nuestra materia, doña Marina sabía la lengua de Guazacualco, que es la propia de México, y sabía la de Tabasco, como Jerónimo Aguilar sabía la de Yucatán y Tabasco, que es toda una. Entendíanse bien, y el Aguilar lo declaraba en castilla a Cortés; fué gran principio para nuestra conquista, y ansí se nos hacían todas las cosas, loado sea Dios, muy prósperamente. He querido declarar esto porque sin ir doña Marina no podíamos entender la lengua de la Nueva España y México. Donde lo dejaré y volveré a decir cómo nos desembarcamos en el puerto de San Juan de Ulúa.

CAPITULO XXXVIII

Cómo llegamos con todos los navíos a San Juan de Ulúa, y lo que allí pasamos.

En Jueves Santo de la Cena de mill e quinientos y diez y nueve años llegamos con toda la armada al puerto de San Juan de Ulúa, y como el piloto Alaminos lo sabía muy bien desde cuando vinimos con Joan de Grijalba, luego mandó surgir en parte que los navíos estuviesen seguros del Norte, y pusieron en la nao capitana sus estandartes reales y veletas. Y dende obra de media hora que hobimos surgido vinieron dos canoas muy grandes, que en aquellas partes a las canoas grandes llaman piraguas, y en ellas vinieron muchos indios mexicanos, y como vieron los estandartes y el navío grande, conoscieron que allí habían de ir a hablar al capitán. Y fuéronse derechos al navío, y entran dentro y preguntan cuál era el tatuan, que en su lengua dicen el señor, y doña Marina, que bien lo entendió, porque sabía muy bien la lengua, se le mostró a Cortés, y los indios hicieron mucho acato a Cortés a su usanza, y le dijeron que fuese bien venido, e que un criado del gran

(1) Testado en el original: "y lo juro".

Montezuma, su señor, les enviaba a saber qué hombres éramos e qué buscábamos, e que si algo hobiésemos menester para nosotros y los navíos, que se lo dijésemos, que traerán recaudo para ello. Y Cortés respondió con las dos lenguas, Aguilar y doña Marina, que se lo tenía en merced, y luego les mandó dar de comer y beber vino, y unas cuentas azules; y desque hobieron bebido les dijo que veníamos para vellos y contratar, y que no se les haría enojo ninguno, e que hobiesen por buena nuestra llegada aquella tierra. Y los mensajeros se vólvieron muy contentos. Y otro día, que fué Viernes Santo de la Cruz, desembarcamos ansí caballos como artillería en unos montones e médanos de arena que allí hay altos, que no había tierra llana, sino todos arenales, y asestaron los tiros como mejor le pareció al artillero, que se decía Mesa, y hecimos un altar, adonde se dijo luego misa; e hicieron chozas y ramadas para Cortés y para los capitanes, y entre trescientos soldados acarreábamos madera, e hicimos nuestras chozas, y los caballos se pusieron adonde estuviesen seguros, y en esto se pasó aquel Viernas Santo. Y otro día, sábado víspera de Pascua de la Santa Resurrección, vinieron muchos indios que envió un principal que era gobernador de Montezuma, que se decía Pitalpitoque, que después le llamamos Obandillo, y trujeron hachas y adobaron las chozas del capitán Cortés y los ranchos que más cerca hallaron, y les pusieron mantas grandes encima por amor del sol, que era Cuaresma e hacía muy gran calor, y trujeron gallinas y pan de maíz, y cirgüelas, que era tiempo dellas, y paréscenme que entonces trujeron unas joyas de oro, y todo lo presentaron a Cortés e dijeron que otro día había de venir un gobernador a traer más bastimento. Cortés se lo agradesció mucho, y les mandó dar ciertas cosas de rescate, con que fueron muy contentos. Y otro día, Pascua Santa de Resurrección, vino el gobernador que había dicho, que se decía Tendile, hombre de negocios, e trujo con él a Pitalpitoque, que también era persona entrellos principal, y traían detrás de sí muchos indios con presentes y gallinas y otras legumbres, y a éstos que lo traían mandó Tendile que se apartasen un poco a un cabo, y con mucha humildad hizo tres reverencias a Cortés a su usanza (1), y después a todos los soldados que más cercanos nos hallamos. Y Cortés les dijo con las lenguas que fuesen bien venidos, y les abrazó y les dijo que esperasen, y que luego les hablaría. Y entre tanto mandó hacer un altar, lo mejor que en aquel tiempo se pudo hacer, y dijo misa cantada fray Bartolomé de Olmedo, que era gran cantor, y la beneficiaba el padre Joan Díaz (2), y estuvieron a la misa los dos gobernadores y otros principales de los que traían en su compañía, y oído misa comió Cortés y ciertos capitanes y los dos indios criados del gran Montezuma, y alzadas las mesas, se apartaron Cortés con las dos lenguas y con aquellos caciques, y les dijo cómo éramos cristianos y vasallos del mayor señor que hay en el mundo, que se dice el emperador don Carlos, e que tiene por vasallos y criados a muchos grandes señores, e que por su mandado venimos a aquestas tierras, porque ha muchos años que tiene noticia dellos y del gran señor que les manda, y que le quiere tener por amigo y decille muchas cosas en su real nombre; y desque las sepa y haya entendido, se holgará; y también para contratar con él e sus indios e vasallos

(1) Testado en el original: "y con braseros de barro con ascuas traía mucho incienso".

(2) Tachado en el original: "y otros soldados que le ayudaban".

de buena amistad; y que quería saber dónde manda su merced que se vean. Y el Tendile respondió algo soberbio, y dijo: "Aún agora has llegado e ya le quieres hablar; recibe agora este presente que te damos en nombre de nuestro señor, y después me dirás lo que te cumpliere." Y luego sacó de una petaca, que es como caja, muchas piezas de oro y de buenas labores e ricas, y mandó traer diez cargas de ropa blanca de algodón y de pluma, cosas muy de ver, y otras cosas que ya no me acuerdo, y mucha comida, que eran gallinas, fruta y pescado asado. Cortés lo rescibió riendo y con buena gracia, y les dió cuentas torcidas y otras cuentezuelas de las de Castilla, y les rogó que mandasen en sus pueblos que viniesen a contratar con nosotros, porque él traía muchas cuentas a trocar por oro; y dijeron que ansí lo mandarían. Y según después supimos, estos Tendile y Pitalpitoque eran gobernadores de unas provincias que se dicen Cotustan e Tustepeque e Guazpaltepeque y Tatalteco, y de otros pueblos que nuevamente tenían sojuzgados. Y luego Cortés mandó traer una silla de caderas con entalladuras de taracea y unas piedras margaritas, que tienen dentro de sí muchas labores, y envueltas en unos algodones que tenían almizcle por que oliesen bien, e un sartal de diamantes torcidos, y una gorra de carmesí con una medalla de oro de San Jorge como que estaba a caballo con su lanza, que mata un dragón, y dijo a Tendile que luego enviase aquella silla en que se asiente el señor Montezuma, que ya sabíamos que ansi se llamaba, para cuando le vaya a ver y hablar, y que aquella gorra que la pongan en la cabeza, e que aquella piedra y todo lo demás le manda dar el rey nuestro señor en señal de amistad, porque sabe que es gran señor, e que manda señalar para qué día y en qué parte quiere que le vaya a ver. Y el Tendile lo rescibió y dijo que su señor Montezuma es tan gran señor que holgara de conoscer a nuestro gran rey, y que lo llevará presto aquel presente y traerá respuesta. Y paresce ser el Tendile traía consigo grandes pintores, que los hay tales en México, y mandó pintar al natural la cara y rostro e cuerpo y faiciones de Cortés y de todos los capitanes y soldanos, y navíos y velas y caballos, y a doña Marina e Aguilar, y hasta dos lebreles, e tiros y pelotas, y todo el ejército que traíamos, y lo llevó a su señor. Y luego mandó Cortés a los artilleros que tuviesen muy bien cebadas las lombardas, con buen golpe de pólvora, para que hiciese gran trueno cuando lo soltasen. Y mandó a Pedro de Alvarado quél y todos los de a caballo se aparejasen para que aquellos criados de Montezuma los viesen correr, y que llevasen pretales de cascabeles, y también Cortés cabalgó y dijo: "Si en estos médanos de arena pudiéramos correr, bueno fuera; mas ya verán que a pie atollamos en el arena; salgamos a la playa desque sea menguante y correremos de dos en dos". E al Pedro de Alvarado, que era su yegua alazana de gran carrera y revuelta, le dió el cargo de todos los de a caballo; todo lo cual se hizo delante de aquellos dos embajadores, y para que viesen salir los tiros hizo Cortés que los quería tornar a tablar con otros muchos principales, y ponen fuego a las lombardas. Y en aquella sazón hacía calma, y van las piedras por los montes retumbando con gran ruido, y los gobernadores y todos los indios se espantaron de cosas tan nuevas para ellos, y todo lo mandaron pintar a sus pintores para que su señor Montezuma lo viese. Y paresce ser que un soldado tenía un casco medio dorado, y aunque

mohoso; e vió le Tendile, que era más entremetido indio quel otro, y dijo que le quería ver, que parescía a uno que ellos tenían que les habían dejado sus antepasados e linaje donde venían, lo cual tenían puesto a sus dioses Huychilobos, e que su señor Montezuma se holgaría de lo ver. Y luego se lo dieron, y les dijo Cortés que porque querían saber si el oro desta tierra es como lo que sacan en la nuestra de los ríos, que le envíen aquel casco lleno de granos de oro para enviarla a nuestro gran emperador. Y después de todo esto el Tendile se despidió de Cortés y de todos nosotros, y después de muchos ofrescimientos que le hizo Cortés se despidió dél y dijo quél volvería con la respuesta con toda brevedad. E ya ido Tendile, alcanzamos a saber que, después de ser indio de grandes negocios, fué el más suelto peón que su amo Montezuma tenía. El cual fué en posta y dió relación de todo a su señor, y le mostró todo el debujo que llevó pintado y el presente que le envió Cortés; e diz que el gran Montezuma, desque lo vió, quedó admirado y rescibió por otra parte mucho contento, y desque vió el casco y el que tenía su Huychilobos tuvo por cierto que éramos de los que le habían dicho sus antepasados que vernían a señorear aquella tierra.

Aquí es donde dice el coronista Gomara muchas cosas que no le dieron buena relación. Y dejallo he, e diré lo que más acaeció.

CAPITULO XXXIX

Cómo fué Tendile a hablar a su señor Montezuma y llevar el presente y lo que se hizo en nuestro real.

Desque fué Tendile con el presente que el capitán Cortés le dió para su señor Montezuma e había quedado en nuestro real el otro gobernador, que se decía Pitalpitoque, quedó en unas chozas apartadas de nosotros, y allí trujeron indias para que hiciesen pan de su maíz, y gallinas y fruta y pescado, y de aquello proveían a Cortés y a los capitanes que comían con él, que a nosotros los soldados, si no lo mariscábamos o íbamos a pescar, no lo teníamos. Y en aquella sazón vinieron muchos indios de los pueblos por mí nombrados, donde eran gobernadores aquellos criados del gran Montezuma, y traían algunos dellos oro y joyas de poco valor y gallinas a trocar por nuestros rescates, que eran cuentas verdes y diamantes y otras joyas, y con aquello nos sustentábamos, porque comúnmente todos los soldados traíamos rescate, como teníamos aviso cuando lo de Grijalba que era bueno traer cuentas. Y en esto se pasaron seis o siete días. Y estando en esto vino Tendile una mañana con más de cien indios cargados; y venía con ellos un gran cacique mexicano, y en el rostro y faiciones y cuerpo se parescía al capitán Cortés, y adrede le envió el gran Montezuma, porque, según dijeron, que cuando a Cortés le llevó Tendile dibujado su misma figura, todos los principales questaban con Montezuma dijeron que un principal que se decía Quintalbor se le parescía a lo propio a Cortés, que ansí se llamaba aquel gran cacique que venía con Tendile, y como parescía a Cortés, ansí le llamábamos en el real

Cortés, acá; Cortés, acullá. Volvamos a su venida y lo que hicieron. Que en llegando donde nuestro capitán estaba, besó la tierra, y con braseros que traían de barro, y en ellos de su encensio, le sahumaron, y a todos los demás soldados que allí cerca nos hallamos. Y Cortés les mostró mucho amor, y asentólos cabe sí. E aquel principal que venía con aquel presente traía cargo de hablar juntamente con el Tendile; ya he dicho que se decía Quintalbor, y después de haber dado el para bien venido a aquella tierra y otras muchas pláticas que pasaron, mandó sacar el presente que traían, y encima de unas esteras que llaman petates y tendidas otras mantas de algodón encima dellas, y lo primero que dió fué una rueda de hechura de sol de oro muy fino, que sería tamaña como una rueda de carreta, con muchas maneras de pinturas, gran obra de mirar, que valía, a lo que después dijeron que la habían pesado, sobre diez mil pesos, y otra mayor rueda de plata, figurada la luna, y con muchos resplandores y otras figuras en ella, y ésta era de gran peso, que valía mucho, y trujo el casco lleno de oro en granos chicos, como le sacan de las minas, que valía tres mill pesos. Aquel oro del casco tuvimos en más, por saber cierto que había buenas minas, que si trujeran veinte mill pesos; más trajo veinte ánades de oro, muy prima labor y muy al natural, e unos como perros de los que entrellos tienen, y muchas piezas de oro de tigres y leones y monos, y diez collares hechos de una hechura muy prima, e otros pinjantes, y doce flechas y un arco con su cuerda, y dos varas como de justicia de largor de cinco palmos, y todo esto que he dicho de oro muy fino y de obra vaciadizo. Y luego mandó traer penachos de oro y de ricas plumas verdes e otras de plata, y aventadores de lo mismo; pues venados de oro, sacados de vaciadizo, e fueron tantas cosas que como ha ya tantos años que pasó no me acuerdo de todo. Y luego mandó traer allí sobre treinta cargas de ropa de algodón, tan prima y de muchos géneros de labores, y de pluma de muchos colores, que por ser tantas no quiero en ello meter más la pluma porque no lo sabré escrebir. Y desque lo hobo dado, dijo aquel gran cacique Quintalbor, y el Tendile, a Cortés que resciba aquello con la gran voluntad que su señor se lo envía, e que la reparta con los teules e hombres que consigo trae. Y Cortés con alegría lo rescibió. Y dijeron a Cortés aquellos embajadores que le querían hablar lo que su señor le envía a decir, y lo primero que le dijeron que se ha holgado que hombres tan esforzados vengan a su tierra, como le han dicho que somos, porque sabía lo de Tabasco, y que deseara mucho ver a nuestro gran emperador, pues tan gran señor es, pues de tan lejos tierras como venimos tiene noticia dél, e que le enviará un presente de piedras ricas, e que entre tanto que allí en aquel puerto estuviéremos, si en algo nos puede servir que lo hará de buena voluntad; e cuanto a las vistas, que no curasen dellas, que no había para qué, poniendo muchos inconvenientes. Cortés les tornó a dar las gracias con buen semblante por ello, y con muchos halagos y ofrescimientos dió a cada gobernador dos camisas de Holanda, y diamantes azules y otras cosillas, y les rogó que volviesen por su embajador a México a decir a su señor, el gran Montezuma, que pues habíamos pasado tantas mares y veníamos de tan lejos tierras solamente por le ver y hablar de su persona a la suya, que si ansí se volviese que no le rescibirá de buena manera nuestro gran rey y señor, e que adonde quiera que

estuviera le quiere ir a ver y hacer lo que mandare. Y los gobernadores dijeron que ellos irían y se lo dirían, mas que las vistas que dice, que entienden que son por demás. Y envió Cortés con aquellos mensajeros a Montezuma de la pobreza que traíamos, que era una copa de vidrio de Florencia, labrada y dorada con muchas arboledas y monterías que estaban en la copa, y tres camisas de Holanda, y otras cosas, y les encomendó la respuesta. Y fuéronse estos dos gobernadores, y quedó en el real Pitalpitoque, que paresce ser le dieron cargo los demás criados de Montezuma para que trujese la comida de los pueblos más cercanos. Y dejallo he aquí, y diré lo que en nuestro real pasó.

CAPITULO XL

Cómo Cortés envió a buscar otro puerto y asiento para poblar, y lo que sobrello se hizo.

Despachados los mensajeros para México, luego Cortés mandó ir dos navíos a descubrir la costa adelante, y por capitán dellos a Francisco de Montejo, y le mandó que siguiese el viaje que habíamos llevado con Juan de Grijalba, porquel mismo Montejo había venido en nuestra compañía, como otra vez he dicho; y que procurase de buscar puerto seguro y mirase por tierras en que pudiésemos estar, porque ya bien vía que en aquellos arenales nos nos podíamos valer de mosquitos, y estar tan lejos de poblazones. Y mandó al piloto Alaminos y a Juan Alvarez "el Manquillo" fuesen por pilotos, porque como ya sabían aquella derrota, y que diez días navegasen costa a costa todo lo que pudiesen. Y fueron de la manera que les fué mandado, y llegaron en el paraje del río Grande que cerca de Pánuco, y desde allí adelante no pudieron pasar por las grandes corrientes; que fué el río donde la otra vez llegamos cuando lo del capitán Juan de Grijalba, y viendo aquella mala navegación dió la vuelta a San Juan de Ulúa, sin más pasar adelante ni otra relación, eceto que doce leguas de allí habían visto un pueblo como puerto en fortaleza, el cual pueblo se llamaba Quiahuyztlan, y que cerca de aquel pueblo estaba un puerto que le parescía al piloto que podrían estar los navíos seguros del Norte. Púsole un nombre feo, ques el tal de Bernal, que paresce a otro puerto de España que tenía aquel nombre; y en estas idas y venidas se pasaron al Montejo diez o doce días. Volveré a decir que el indio Pitalpitoque, que quedaba por traer comida, aflojó de tal manera que no traía ninguna cosa al real, y teníamos gran falta de mantenimientos, porque ya el cazabi amargaba de mohoso y podrido y sucio de fatulas; y si no íbamos a mariscar no comíamos, y los indios que solían traer oro y gallinas a rescatar ya no venían tantos como al principio, y esos que acudían muy recatados e medrosos, y estábamos aguardando los mensajeros que fueron a México, por horas. Y estando desta manera vuelven Tendile con muchos indios, y después de haber hecho el acato que suelen entre ellos de sahumar a Cortés y a todos nosotros, dió diez cargas de mantas de pluma muy fina y ricas y cuatro chalchihuys, que son unas piedras verdes muy de gran valor, y tenidas entre ellos más que

nosotros las esmeraldas, y es color verde, y ciertas piezas de oro que dijeron que valía el oro, sin los chalchivis, tres mill pesos. Y entonces vinieron el Tendile y Pitalpitoque, porquel otro gran cacique que se decía Quintalbor no volvió, porque había adolescido en el camino, y aquellos dos gobernadores se apartaron con Cortés y doña Marina y Aguilar, y le dijeron que su señor Montezuma rescibió el presente, e que se holgó con él, e que en cuanto a las vistas, que no le hablen más sobrello, y que aquellas ricas piedras de chalchivis que las envía para el gran emperador, y porque son tan ricas que vale cada una dellas una gran carga de oro, y que en más estima las tenía, y que ya no cure de enviar más mensajeros a México. Y Cortés les dió las gracias con ofrescimientos, y ciertamente que le pesó que tan claramente le decían que no podríamos ver al Montezuma, y dijo a ciertos soldados que allí nos hallamos: "Verdaderamente debe ser gran señor y rico, y, si Dios quisiere, algún día le hemos de ir a ver". Y respondimos los soldados: "Ya querríamos estar envueltos con él". Y dexemos por agora las vistas y digamos que en aquella sazón era hora del Ave María, y en el real tañíamos una campana, y todos nos arrodillamos delante de una cruz que teníamos puesta en un médano de arena, y delante de aquella cruz decíamos la oración del Ave María. Y como Tendile y Pitalpitoque nos vieron ansí arrodillados, como eran muy entendidos, preguntaron que a qué fin nos humillábamos delante de aquel palo hecho de aquella manera, y como Cortés lo oyó y el fraile de la Merced estaba presente, le dijo al fraile: "Bien es agora, padre, que hay buena materia para ello, que les demos a entender con nuestras lenguas las cosas tocantes a nuestra santa fe". Y entonces se les hizo un tan buen razonamiento para en tal tiempo que unos buenos teólogos no lo dijeran mejor, y después de declarado cómo somos cristianos e todas las cosas tocantes a nuestra santa fe que se convenían decir, y les dijeron que sus ídolos son malos e que no son buenos, que huyen donde está aquella señal de la cruz, porque en otra de aquella hechura padesció muerte y pasión el Señor del cielo y de la tierra y de todo lo criado, ques en el que nosotros adoramos y creemos, ques Nuestro Dios verdadero, que se dice Jesucristo, y que quiso sufrir y pasar aquella muerte por salvar todo el género humano, y que resucitó al tercero día, y está en los cielos, y que habemos de ser juzgados dél. Y se les dijo otras muchas cosas, muy perfectamente dichas; y las entendían bien, y respondían cómo ellos lo dirían a su señor Montezuma. Y también se les declaró las cosas por qué nos envió a estas partes nuestro gran emperador: fué para quitar que no sacrificasen ningunos indios ni otra manera de sacrificios malos que hacen, ni se robasen unos a otros, ni adorasen aquellas malditas figuras, y que les ruega que pongan en su ciudad, en los adoratorios donde están los ídolos que ellos tienen por dioses, una cruz como aquélla, y pongan una imagen de Nuestra Señora que allí les dió, con su hijo precioso en los brazos, y verán cuánto bien les va y lo que nuestro Dios por ellos hace. Y porque pasaron otros muchos razonamientos e yo no los sabré escrebir, lo dejaré y traeré a la memoria que como vinieron con Tendile muchos indios esta postrera vez a rescatar piezas de oro, y no de mucha valía, todos los soldados los rescatábamos, y aquel oro que

rescatábamos dábamos a los hombres que traíamos de la mar, que iban a pescar, a trueco de su pescado, para tener de comer, porque de otra manera pasábamos mucha nescesidad de hambre. Y Cortés se holgaba dello y lo disimulaba, y aunque lo vía y se lo decían muchos criados e amigos de Diego Velásquez que para qué nos dejaba rescatar. Y lo que sobrello pasó diré adelante.

CAPITULO XLI

De lo que se hizo sobre el rescatar del oro, y de otras cosas que en el real pasaron.

Como vieron los amigos de Diego Velázquez que algunos soldados rescatábamos oro, dijéronselo a Cortés que para qué lo consentía, y que no le envió Diego Velázquez para que los soldados se llevasen todo el más del oro, y que era bien mandar pregonar que no rescatasen más de ahí adelante si no fuese el mismo Cortés, y lo que hobiesen habido que lo manifestasen para sacar el real quinto, e que se pusiese una persona que fuese conviniente para cargo de tesorero. Cortés a todo dijo que era bien lo que decían, y que la tal persona que la nombrasen ellos, y señalaron a un Gonzalo Mejía. Y después de hecho esto les dijo Cortés no de buen semblante: "Mira, señores, que nuestros compañeros pasan gran trabajo de no tener con qué se sustentar, y por esta causa habíamos de disimular, por que todos comiesen, cuanto más ques una miseria cuanto rescatan, que mediante Dios mucho es lo que habemos de haber, porque todas las cosas tienen su haz y envés. Ya está pregonado que no rescaten más oro, como habéis querido, y veremos de qué comeremos". Aquí es donde dice el coronista Gomara que lo hacía Cortés porque no creyese Montezuma que se nos daba nada por oro, y no le informaron bien, que desde lo de Grijalba en el río de Banderas lo sabía muy claramente; y, demás de esto, cuando le enviamos a demandar el casco de oro en granos de las minas y nos vían rescatar, pues qué gente mexicana para no entendello. Y dejemos esto, pues dice que por información lo sabe, y digamos cómo una mañana no amanesció indio ninguno de los que estaban en las chozas que solían traer de comer, ni los que rescataban, y con ellos Pitalpitoque, que sin hablar palabra se fueron huyendo. Y la causa fué, según después alcanzamos a saber, que se lo envió a mandar Montezuma que no aguardase más pláticas de Cortés ni de los que con él estábamos, porque paresce ser, como Montezuma era muy devoto de sus ídolos, que se decían Tezcatepuca e Huichilobos; el uno decían que era dias de la guerra y el Tezcatepuca el dios del infierno, y les sacrificaba cada día muchachos para que le diesen respuesta de lo que había de hacer de nosotros, porquel Montezuma tenía pensamiento que si no nos tornábamos a ir en los navíos, de nos haber todos a las manos para que hiciésemos generación [1], y también para tener que sacrificar, según después supimos; que la respuesta que le dieron sus

---

(1) Testado en el original: "y con ella hazer la guerra".

ídolos, que no curase más de oír a Cortés, ni las palabras que le envía a decir que tuviese cruz, y la imagen de Nuestra Señora que no la trujesen a su ciudad, y por esta causa se fueron sin hablar. Y como vimos aquella novedad, creímos questaban de guerra, y estábamos siempre muy más a punto apercibidos. Y un día, estando yo e otro soldado puestos por espías en unos arenales, vimos venir por la playa cinco indios, y por no hacer alboroto por poca cosa en el real los dejamos llegar a nosotros, y con alegres rostros nos hicieron reverencia a su usanza, y por señas nos dijeron que los llavásemos al real. Yo dije a mi compañero que se quedase en el puesto, e yo iría con ellos, que en aquella sazón no me pesaban los pies como agora que soy viejo. Y desque llegaron adonde Cortés estaba. le hicieron gran acato, y le dijeron: "Lope, luzio; lope, luzio", que quiere decir en lengua totonaque: "Señor, y gran señor". Y traían unos grandes agujeros en los bezos de abajo, y en ellos unas rodajas de piedras pintadillas de azul, y otros con unas hojas de oro delgadas, y en las orejas muy grandes agujeros, en ellas puestas otras rodajas con oro y piedras, y muy diferente traje y habla que traían que la de los mexicanos que solían estar con nosotros. Y como doña Marina y Aguilar, las lenguas, oyeron aquello de "Lope, luze", no lo entendían. Dijo la doña Marina en la lengua de México que si había allí entre ellos nahuatatos, que son intérpretes de la lengua mexicana, y respondieron los dos de aquellos cinco que sí, que ellos la entendían, y dijeron que fuésemos bien venidos, e que su señor les enviaba a saber quién éramos y que se holgara servir a hombres tan esforzados, porque paresce ser ya sabían lo de Tabasco y lo de Potonchan, y más dijeron: Que ya hobieran venido a vernos si no por temor de los de Culúa, que solían estar allí con nosotros. Y "culúa y culúa" entiéndese por mexicanos, ques como si dijésemos cordobeses o villanos, é que supieron que había tres días que se habían ido huyendo a sus tierras. Y de plática en plática supo Cortés cómo tenía Montezuma enemigos e contrarios. de lo cual se holgó, y con dádivas y halagos que les dió despidió aquellos cinco mensajeros y les dijo que dijesen a su señor quél les iría a ver muy presto. Aquellos indios llamábamos dende ahí en adelante los lopes luzios. Y dejallo he agora, y pasemos adelante y digamos que en aquellos arenales donde estábamos había siempre muchos mosquitos, así de los zancudos como de los chicos, que llaman xexenes, que son peores que los grandes, y no podíamos dormir dellos, y no había bastimentos, y el cazabi se apocaba y muy mohoso y sucio de las fatulas, y algunos soldados de los que solían tener indios en la isla de Cuba, sospirando por volverse a sus casas, en especial de los criados e amigos de Diego Velázquez. Y como Cortés ansí vido la cosa y voluntades, mandó que nos fuésemos al pueblo que había visto el Montejo y el piloto Alaminos, questaba en fortaleza, que se dice Quiaviztlan, y que los navíos estarían al abrigo del peñol por mí nombrado. Y como se ponía por la obra para nos ir, todos los amigos y deudos y criados del Diego Velázquez dijeron a Cortés que para qué quería hacer aquel viaje sin bastimentos, e que no tenía posibilidad para pasar más adelante, porque ya se habían muerto en nuestro real, de heridas de lo de Tabasco y de dolencias y hambre, sobre treinta e cinco soldados, y que la tierra era grande y las poblazones de mucha gente, e que nos darían guerra un día que otro, y que sería mejor que nos volviésemos a Cuba a dar cuenta a

Diego Velázquez del oro rescatado, pues era cantidad, y de los grandes presentes de Montezuma, que era el sol e luna de plata y el casquete de oro menudo de minas, y de todas las joyas y ropa por mí memoradas. Y Cortés les respondió que no es buen consejo volver sin ver por qué, e que hasta agora que no nos podíamos quejar de la fortuna, e que diésemos gracias a Dios que en todo nos ayudaba, y que en cuanto a los que se han muerto, que en las guerras y trabajos suele acontecer, y que será bien saber lo que hay en la tierra, y que entre tanto del maíz y bastimentos que tienen los indios y pueblos cercanos comeríamos o mal nos andarían las manos. Y con esta respuesta se sosegó algo la parcialidad del Diego Velázquez, aunque no mucho, que ya había corrillos dellos y plática en el real sobre la vuelta a Cuba. Y dejallo he aquí, y diré lo que más avino.

CAPITULO XLII

Cómo alzamos a Hernando Cortés por Capitán General e Justicia Mayor hasta que Su Majestad en ello mandáse lo que fuese servido, y lo que en ello se hizo.

Ya he dicho que en el real andaban los parientes e amigos del Diego Velázquez perturbando que no pasásemos adelante, y que desde allí, de San Juan de Ulúa, nos volviésemos a la isla de Cuba. Peresce ser que ya Cortés tenía puesto en pláticas con Alonso Hernández Puerto Carrero y con Pedro de Alvarado y sus cuatro hermanos, Jorge y Gonzalo e Gómez y Juan, todos Alvarado, y con Cristóbal de Olí y Alonso de Avila y Joan de Escalante e Francisco de Lugo e conmigo e otros caballeros y capitanes que le pidiésemos por capitán. El Francisco de Montejo bien lo entendió, y estábase a la mira, y una noche, a más de media noche, vinieron a mi choza el Alonso Hernández Puerto Carrero y el Joan de Escalante y el Francisco de Lugo, que éramos algo deudos yo y el Lugo y de una tierra, y me dijeron: "Señor Bernal Díaz del Castillo, salí acá con vuestras armas á rondar, acompañaremos a Cortés, que anda rondando". Y desque estuve apartido de la choza me dijeron: "Mira, señor, tened secreto de un poco que os queremos decir, que pesa mucho, y no lo entiendan los compañeros que están en vuestro rancho que son de la parte de Diego Velázquez". Y lo que me platicaron fué: "¿Peresceos, señor, bien que Hernando Cortés ansí nos haya traído engañados a todos, y dió pregones en Cuba que venía a poblar, y agora hemos sabido que no trae poder para ello, sino para rescatar, y quieren que nos volvamos a Santiago de Cuba con todo el oro que se ha habido, y quedaremos todos perdidos, y tomarse ha el oro Diego Velázquez como la otra vez? Mira, señor, que habéis venido ya tres veces con esta postrera gastando vuestros haberes y habéis quedado empeñado, aventurando tantas veces la vida con tantas heridas; hacémoslo, señor, saber porque no pase esto más adelante, y estamos muchos caballeros que sabemos que son amigos de vuestra merced para que esta tierra se pueble en nombre de Su Majestad, y Hernando Cortés

en su real nombre, y en teniendo que tengamos posibilidad, hacello saber en Castilla a nuestro rey y señor, y tenga, señor, cuidado de dar el voto para que todos le elijamos por capitán de unánime y voluntad, porque es servicio de Dios e de nuestro rey e señor". Yo respondí que la ida de Cuba no era buen acuerdo, y que sería bien que la tierra se poblase e que eligiésemos a Cortés por general y justicia mayor hasta que Su Majestad otra cosa mandase. Y andando de soldado en soldado este concierto, alcanzólo a saber los deudos y amigos del Diego Velázquez, que eran muchos más que nosotros, y con palabras algo sobradas dijeron a Cortés que para qué andaban con mañas para quedarse en esta tierra sin ir a dar cuenta a quien le envió para ser capitán, porque Diego Velázquez no se lo ternía a bien, y que luego nos fuésemos a embarcar y que no curase de más rodeos y andar en secretos con los soldados, pues no tenía bastimentos, ni gente, ni posibilidad para que pudiese poblar. Y Cortés respondió sin mostrar enojo, y dijo que le placía que no iría contra las instrucciones y memorias que traía del Diego Velázquez, y mandó luego pregonar que para otra día todos nos embarcásemos, cada uno en el navío que había venido, y los que habíamos sido en el concierto le respondimos que no era bien traernos ansí engañados; que en Cuba pregonó que venía a poblar, y que viene a rescatar, y que le requerimos de parte de Dios Nuestro Señor y de Su Majestad que luego poblase y no hiciese otra cosa, porque era muy gran bien y servicio de Dios y de Su Majestad. Y se le dijo muchas cosas bien dichas sobre el caso, diciendo que los naturales no nos dejarían desembarcar otra vez como agora, y que en estar poblada aquesta tierra siempre acudirían de todas las islas soldados para nos ayudar, y que Diego Velázquez nos ha echado a perder con publicar que tenía provisiones de Su Majestad para poblar, siendo al contrario, e que nosotros queríamos poblar e que se fuese quien quisiese a Cuba. Por manera que Cortés lo aceptó, y aunque se hacía mucho de rogar y, como dice el refrán, tú me lo ruegas e yo me lo quiero, y fué con condición que le hiciésemos justicia mayor y capitán general, y lo peor de todo que le otorgamos que le diésemos el quinto del oro de lo que se hobiese, después de sacado el real quinto. Y luego le dimos poderes muy bastantísimos delante de un escribano del rey que se decía Diego de Godoy para todo lo por mí aquí dicho. Y luego ordenamos de hacer y fundar e poblar una villa que se nombró la Villa Rica de la Vera Cruz, porque llegamos Jueves de la Cena y desembarcamos en Viernes Santo de la Cruz, e rica por aquel caballero que dije en el Capítulo (XXVI) que se llegó a Cortés y le dijo que mirase las tierras ricas y que se supiese bien gobernar, e quiso decir que se quedase por capitán general, el cual era el Alonso Hernández Puerto Carrero. Y volvamos a nuestra relación. E fundada la villa, hecimos alcaldes y regidores, y fueron los primeros alcaldes Alonso Hernández Puerto Carrero y Francisco de Montejo, y a este Montejo, porque no estaba muy bien con Cortés, por metelle en los primeros y principal, le mandó nombrar por alcalde, y los regidores dejallos he de escrebir, porque no hace al caso que nombre algunos; y diré cómo se puso una picota en la plaza y fuera de la villa una horca, y señalamos por capitán para las entradas a Pedro de Alvarado, y maestre de campo a Cristóbal de Olí, y alguacil mayor a Joan de Escalante, y tesorero Gonzalo Mejía, y contador Alonso de Avila,

y alférez a Fulano Corral, porque el Villa Roel, que había sido alférez, no sé qué enojo había hecho a Cortés sobre una india de Cuba y se le quitó el cargo, y alguacil del real a Ochoa, vizcaíno, y a un Alonso Romero. Dirán agora que cómo no nombro en esta relación al capitán Gonzalo de Sandoval, siendo un capitán tan nombrado, que después de Cortés [1] fué la segunda persona y de quien tanta noticia tuvo el emperador nuestro señor. A esto digo que como era mancebo entonces no se tuvo tanta cuenta con él y con otros valerosos capitanes hasta que le vimos florescer en tanta manera, que Cortés y todos los soldados le teníamos en tanta estima como al mismo Cortés, como adelante diré. E quedarse ha aquí esta relación, y diré cómo el coronista Gomara dice que por relación sabe lo que escribe, y esto que aquí digo pasó ansí, y todo lo demás que escribe no le dieron buena cuenta de lo que dice. E otra cosa veo: que para que parezca ser verdad lo que en ello escribe, todo lo que en el caso pone es muy al revés, por más buena retórica que en el escrebir ponga. Y dejallo he y diré lo que la parcialidad del Diego Velázquez hizo sobre que no fuese por capitán elegido Cortés y nos volviésemos a la isla de Cuba.

CAPITULO XLIII

Cómo la parcialidad de Diego Velázquez perturbaban el poder que habíamos dado a Cortés, y lo que sobrello se hizo.

Desque la parcialidad de Diego Velázquez vieron que de hecho habíamos elegido a Cortés por capitán general y justicia mayor, nombrada la villa y alcaldes y regidores, y nombrado capitán a Pedro de Alvarado, y alguacil mayor y maestre de campo, y todo lo por mí dicho, estaban tan enojados y rabiosos que comenzaron a armar bandos e chirinolas, y aun palabras muy mal dichas contra Cortés e contra los que le elegimos, e que no era bien hecho sin ser sabidores dello todos los capitanes y soldados que allí venían, y que no le dió tales poderes el Diego Velázquez sino para rescatar, y harto teníamos los del bando de Cortés de mirar que no se desvergonzasen más y viniésemos a las armas. Entonces avisó Cortés secretamente a Juan de Escalante que le hiciésemos parescer las instrucciones que traía del Diego Velázquez, lo cual luego Cortés las sacó del seno y las dió a un escribano del Rey que las leyese, y desque decía en ellas: "Desque hobiéredes rescatado lo más que pudiéredes, os volveréis", y venían firmadas del Diego Velázquez y refrendadas de su secretario Andrés de Duero, pedimos a Cortés que las mandase encorporar juntamente con el poder que le dimos, y asimismo el pregón que se dió en la isla de Cuba, y esto fué a causa que Su Majestad supiese en España cómo todo lo que hacíamos era en su Real servicio, y no nos levan-

(1) Tachado en el original: "y Pedro de Alvarado".

tasen alguna cosa contraria de la verdad; y fué harto buen acuerdo, según en Castilla nos trataba don Juan Rodríguez de Fonseca, obispo de Burgos y arzobispo de Rosano, que ansí se llamaba, lo cual supimos por muy cierto que andaba por nos destruir, como adelante diré.

Hecho esto, volvieron otra vez los mismos amigos y criados del Diego Velázquez a decir que no estaba bien hecho haberle elegido sin ellos, e que no querían estar debajo de su mando, sino volverse luego a la isla de Cuba. Y Cortés les respondía que él no deternía a ninguno por fuerza. E cualquiera que le viniese a pedir licencia se la daría de buena voluntad, aunque se quedase solo, y con esto los asosegó a algunos dellos, eceto al Juan Velázquez, de León, que era pariente del Diego Velázquez, e a Diego de Ordaz, y a Escobar, que llamábamos "el Paje" porque había sido criado del Diego Velázquez, y a Pedro Escudero y a otros amigos del Diego Velázquez. E a tanto vino la cosa, que poco ni mucho le querían obedecer, y Cortés, con nuestro favor, determinó de prender al Joan Velázquez de León, y al Diego de Ordaz, y a Escobar "el Paje", e a Pedro Escudero, y a otros que ya no me acuerdo, y por los demás mirábamos no hobiese algún ruido, y estuvieron presos con cadenas y velas que les mandaban poner ciertos días. Y pasaré adelante y diré cómo fué Pedro de Alvarado a entrar en un pueblo cerca de allí.

Aquí dice el coronista Gomara en su historia muy contrario de lo que pasó, y quien viere su historia verá ser muy extremado en hablar, si bien le informaran o él dijera lo que pasaba.

CAPITULO XLIV

Cómo fué acordado de enviar a Pedro de Alvarado la tierra adentro a buscar maíz y bastimento, y lo que más pasó.

Ya que habíamos hecho e ordenado lo por mí aquí dicho, acordamos que fuese Pedro de Alvarado la tierra adentro a unos pueblos que teníamos noticia questaban cerca, para que viese qué tierra era, y para traer maíz e algún bastimento, porque en el real pasábamos mucha nescesidad; y llevó cient soldados y entre ellos quince ballesteros y seis escopeteros, y eran destos soldados más de la mitad de la parcialidad del Diego Velázquez, y quedamos con Cortés todos los de su bando, por temor no hobiese más ruido ni chirinola y se levantasen contra él, hasta asegurar más la cosa. Y desta manera fué el Alvarado a unos pueblos chicos, sujetos de otro pueblo que se decía Cotastan, que eran de lengua de Culúa, y este nombre de Culúa es en aquella tierra como si dijesen los romanos o sus aliados; ansí es toda la lengua de la parcialidad de México y de Montezuma, y a este fin en toda aquesta tierra, cuando dijese Culúa son vasallos y sujetos a México, y ansí se han de entender. Y llegado el Pedro de Alvarado a los pueblos, todos estaban despoblados de aquel mismo día, y halló sacrificados en unos cues hombres y muchachos, y las paredes y altares de sus ídolos con sangre y los corazones

presentados a los ídolos; y también hallaron las piedras sobre que los sacrificaban, y los cuchillazos de pedernal con que los abrían por los pechos para les sacar los corazones. Dijo el Pedro de Alvarado que habían hallado en todos los más de aquellos cuerpos muertos sin brazos y piernas, e que dijeron otros indios que los habían llevado para comer, de lo cual nuestros soldados se admiraron mucho de tan grandes crueldades. Y dejemos de hablar de tanto sacrificio, pues dende allí adelante en cada pueblo no hallábamos otra cosa, y volvamos a Pedro de Alvarado, que en aquellos pueblos los halló muy bastecidos de comida y despoblados de aquel día de indios, que no pudo hallar sino dos indios que le trujeron maíz; y ansí hobo de cargar cada soldado de gallinas y de otras legumbres, y volvióse al real sin más daño les hacer, aunque halló bien en qué, porque ansí se lo mandó Cortés, que no fuese como lo de Cozumel. Y en el real nos holgamos con aquel poco bastimento que trujo, porque todos los males e trabajos se pasan con el comer. Aquí es donde dice el coronista Gomara que fué Cortés la tierra adentro con cuatrocientos soldados; no le informaron bien, quel primero que fué es el por mi aquí dicho, y no otro. Y tornemos a nuestra plática. El como Cortés en todo ponía gran diligencia, procuró de hacerse amigo de la parcialidad del Diego Velázquez, porque a unos con dádivas del oro que habíamos habido, que quebranta peñas, e otros prometimientos, los atrajo a sí, y los sacó de las prisiones eceto al Joan Velázquez de León y al Diego de Ordaz, questaban en cadenas en los navios, y dende a pocos días también los soltó de las prisiones, se hizo tan buenos y verdaderos amigos dellos como adelante verán, y todo con el oro, que lo amansa. Ya todas las cosas puestas en este estado, acordamos de nos ir al pueblo questaba en fortaleza, ya otra vez por mí memorado que se dice Quiaviztlan, y que los navíos se fuesen al peñol y puerto questaba enfrente de aquel pueblo, obra de una legua dél. E yendo costa a costa, acuérdome que se mató un gran pescado, que le echó la mar en la costa en seco, y llegamos a un río donde está poblado agora la Veracruz, y venía algo hondo y con unas canoas quebradas, que son como artesas, y a nado y en balsas pasamos. Y de aquella parte del río estaban unos pueblos sujetos a otro gran pueblo que se decía Cempoal, donde eran naturales los cinco indios de los bezotes de oro que he dicho que vinieron por mensajeros a Cortés, que les llamamos lopelucios en el arenal. Y hallamos las casas de ídolos y sacrificaderos y sangre derramada, y ensencios con que sahumaban, y otras cosas de ídolos y de piedras con que sacrificaban, y plumas de papagayos, y muchos libros de su papel, cogidos a dobleces, como a manera de paños de Castilla, y no hallamos indios ningunos porque se habían ya huído, que como no habían visto hombres como nosotros, ni caballos, tuvieron temor. Y allí dormimos aquella noche, y no hobo qué cenar, y otro día caminamos la tierra adentro hacia el poniente, y dejamos la costa, y no sabíamos el camino, y topamos unos buenos prados, que llaman sabanas, y estaban paciendo unos venados, y corrió Pedro de Alvarado con su yegua alazana tras un venado, y le dió una lanzada, y herido se metió por un monte, que no se pudo haber. Y estando en esto vimos venir doce indios que eran vecinos de aquellas estancias donde habíamos dormido, y venían de hablar a su cacique, y traían gallinas y pan de maíz, y dijeron a Cortés, con nuestras lenguas, que su señor

envía aquellas gallinas que comiésemos, y nos rogaba fuésemos a su pueblo, questaba de allí, a lo que señalaron, andadura de un día, porques un sol. Y Cortés les dió las gracias y les halagó, y caminamos adelante y dormimos en otro pueblo chico, que también tenía hechos muchos sacrificios. Y porque estarán hartos de oír de tantos indios e indias que hallábamos sacrificados en todos los pueblos y caminos que topábamos, pasaré adelante sin decir de qué manera e qué cosas tenían, y diré cómo nos dieron en aquel poblezuelo de cenar, y supimos que era por Cempoal el camino para ir a Quiaviztlan, que ya he dicho questaba en una fuerza. Y pasaré adelante, y diré cómo entramos en Cempoal.

CAPITULO XLV

Cómo entramos en Cempoal, que en aquella sazón era muy buena poblazón, y lo que allí pasamos.

Y como dormimos en aquel poblezuelo, donde nos aposentaron los doce indios que he dicho, y después de bien informados del camino que habíamos de llevar para ir al pueblo questaba en el peñol, muy de mañana se lo hicimos saber a los caciques de Cempoal cómo íbamos a su pueblo, y que lo tuviesen por bien, y para ello envió los seis indios por mensajeros, y los otros seis quedaron para que nos guiasen. Y mandó Cortés poner muy en orden los tiros y escopeteros y ballesteros, y siempre corredores del campo descubriendo, y los de caballo y todos los demás muy apercibidos, y desta manera caminamos hasta que llegamos una legua del pueblo, e ya questábamos cerca dél salieron veinte indios principales a nos rescebir de partes del cacique, y trujeron unas piñas de rosas de la tierra muy olorosas, y dieron a Cortés y a los de a caballo con gran amor, y le dijeron que su señor nos estaba esperando en los aposentos, y por ser hombre muy gordo y pesado no podía venir a nos rescebir. Y Cortés les dió las gracias, y se fueron adelante, e ya que íbamos entrando entre las casas, desque vimos tan grande pueblo, y no habíamos visto otro mayor, nos admiramos mucho dello, y cómo estaba tan vicioso y hecho un vergel, y tan poblado de hombres y mujeres, las calles llenas, que nos salían a ver, dábamos muchos loores a Dios que tales tierras habíamos descubierto. Y nuestros corredores del campo, que iban a caballo, paresce ser llegaron a la gran plaza y patios donde estaban los aposentos, y de pocos días, según paresció, teníanlos muy encalados y relucientes, que lo saben muy bien hacer, y paresció al uno de los de caballo que era aquello blanco que relucía plata, y vuelve a rienda suelta a decir a Cortés cómo tienen las paredes de plata, y doña Marina e Eguilar dijeron que sería yeso o cal, y tuvimos bien que reír de su plata e frenesía, que siempre después le decíamos que todo lo blanco le parescía plata. Dejemos de la burla y digamos cómo llegamos a los aposentos y el cacique gordo nos salió a rescebir junto al patio, que porque era muy gordo ansí lo nombraré; e hizo muy gran reverencia a Cortés y le sahumó, que ansí lo tenían de costumbre, y Cortés le abrazó, y allí nos aposentaron en unos aposentos harto buenos y grandes,

que cabíamos todos, y nos dieron de comer y pusieron unos cestos de cirgüelas, que habían muchas, porque era tiempo dellas, y pan de su maíz. Y como veníamos hambrientos y no habíamos visto otro tanto bastimento como entonces, pusimos nombre aquel pueblo Villaviciosa, e yo le nombraré Sevilla, E mandó Cortés que ningún soldado les hiciese enojo ni se apartase de aquella plaza, y desque el cacique gordo supo que habíamos comido, le envió a decir a Cortés que le quería ir a ver; e vino con buena copia de indios principales, y todos traían grandes bezotes de oro e ricas mantas, y Cortés también le salió al encuentro del aposento, y con grandes quiricias y halagos le tornó abrazar. Y luego mandó el cacique gordo que trujesen un presente que tenía aparejado de cosas de joyas de oro y mantas y aunque no fué mucho, sino de poco valor, y le dijo a Cortés: "Lope, luzio; lope luzio, recibe esto de buena voluntad", e que si más tuviera que se lo diera. Ya he dicho que en lengua totonaque dijeron "señor y gran señor" cuando dice "lope, luzio", etc. Y Cortés le dijo, con doña Marina e Aguilar, quél se lo pagaría en buenas obras, e que lo que hobiese menester que se lo dijesen, quél lo haría por ellos, porque somos vasallos de un tan gran señor, ques el emperador don Carlos, que manda muchos reinos y tierras y que nos envía para deshacer agravios y castigar a los malos y mandar que no sacrifiquen más ánimas; y se les dió a entender otras muchas cosas tocantes a nuestra santa fe. Y luego como aquello oyó el cacique gordo, dando sospiros se queja reciamente del gran Montezuma y de sus gobernadores, diciendo que de pocos tiempos acá le había sojuzgado y que le ha llevado todas sus joyas de oro, y les tiene tan apremiados que no osan hacer sino lo que les manda, porques señor de grandes ciudades y tierras y vasallos y ejércitos de guerra. Y como Cortés entendió que de aquellas quejas que daban al presente no podía entender en ello, les dijo quel haría de manera que fuesen desagraviados, e porquél iba a ver sus acales, que en lengua de indios ansí llaman a los navíos, e hacer su estada y asiento en el pueblo de Quiaviztlan, que desque allí esté de asiento se verán más despacio. Y el cacique gordo le respondió muy concertadamente. Y otro día de mañana salimos de Cempoal, y tenía aparejados sobre cuatrocientos indios de carga, que en aquellas partes llaman tamemes, que llevan dos arrobas de peso a cuestas y caminan con ellas cinco leguas. Y desque vimos tanto indio para carga nos holgamos, porque de antes siempre traíamos a cuestas nuestras mochilas los que no teníamos indios de Cuba, porque no pasaron en la armada sino cinco o seis, y no tantos como dice el Gomara. Y doña Marina y Aguilar nos dijeron que en aquestas tierras, cuando están de paz, sin demandar quién lleve la carga, los caciques son obligados de dar de aquellos tamemes, y desde allí adelante dondequiera que íbamos demandábamos indios para las cargas. Y despedido Cortés del cacique gordo, otro día caminamos nuestro camino y fuimos a dormir a un poblezuelo cerca de Quiaviztlan, y estaba despoblado,

y los de Cempoal trujeron de cenar. Aquí es donde dice el coronista Gomara questuvo Cortés muchos días en Cempoal, y que se concertó la rebelión e liga contra Montezuma; no le informaron bien, porque, como he dicho, otro día por la mañana salimos de allí. Y dónde se concertó la rebelión y por qué causa, adelante lo diré. E quédese ansí, e digamos cómo entramos en Quiaviztlan.

CAPITULO XLVI

Cómo entramos en Quiaviztlan, que era pueblo puesto en fortaleza, y nos acogieron de paz.

Otro día, a hora de las diez, llegamos en el pueblo fuerte que se dice Quiaviztlan, questá entre grandes peñascos y muy altas cuestas, y si hobiera resistencia era malo de tomar. E yendo con buen concierto y ordenanza, creyendo questuviese de guerra, iba el artillería delante y todos subíamos en aquella fortaleza, de manera que si algo acontesciera, hacer lo que éramos obligados. Entonces Alonso de Avila llevó cargo de capitán. Como era soberbio e de mala condición, porque un soldado que se decía Hernando Alonso de Villanueva no iba en buena ordenanza, le dió un bote de lanza en un brazo que le mancó, y después se llamó Hernando Alonso de Villanueva "el Manquillo". Dirán que siempre salgo de orden al mejor tiempo por contar cosas viejas. Dejémoslo y digamos que en la mitad de aquel pueblo no hallamos indio ninguno con quien hablar, de lo cual nos maravillamos, que se habían ido huyendo de miedo aquel propio día desque nos vieron subir a sus casas. Y estando en lo más alto de la fortaleza, en una plaza junto a donde tenían los cues e casas grandes de sus ídolos, vimos estar quince indios con buenas mantas, y cada uno un brasero de barro y en ellos de su insencio, y vinieron donde Cortés estaba y le sahumaron y a los soldados que cerca dellos estábamos, y con grandes reverencias le dicen que les perdone porque no han salido a nos rescebir, y que fuésemos bien venidos, e que reposásemos, e que de miedo se habían ausentado hasta ver qué cosas éramos, porque tenían miedo de nosotros y de los caballos, e que aquella noche les mandarían poblar todo el pueblo. Y Cortés les mostró mucho amor y les dijo muchas cosas tocantes a nuestra santa fe, como siempre lo teníamos de costumbre a doquiera que llegábamos, y que éramos vasallos de nuestro gran emperador don Carlos, y les dió unas cuentas verdes e otras cosillas de Castilla; y ellos trujeron luego gallinas y pan de maíz. Y estando en estas pláticas vinieron luego a decir a Cortés que venía el cacique gordo de Cempoal en andas y a cuestas de muchos indios principales. Y desque allegó el cacique estuvo hablando con Cortés juntamente con el cacique y otros principales de aquel pueblo, dando tantas quejas de Montezuma; y contaba de sus grandes poderes, y decíalo con lágrimas y sospiros, que Cortés y los questábamos presentes tuvimos mancilla. Y demás de contar por qué vía les había sujetado, que cada año les demandaban muchos hijos e hijas para sacrificar, y otros para servir en sus casas y sementeras, y otras muchas quejas, que

fueron tantas, que ya no se me acuerda; y que los recaudadores de Montezuma les tomaban sus mujeres e hijas si eran hermosas y las forzaban, y que otro tanto hacían en toda aquella tierra de la lengua totonaque, que eran más de treinta pueblos. Y Cortés les consolaba con nuestras lenguas cuanto podía, e que les favorescería en todo lo que pudiese, y quitaría aquellos robos y agravios, y que para eso le envío a estas partes el emperador nuestro señor, y que no tuviesen pena ninguna, y que presto lo verían lo que sobrello hacíamos. Y con estas palabras recibieron algún contento; mas no se les aseguraba el corazón con el gran temor que tenía a los mexicanos. Y estando en estas pláticas vinieron unos indios del mismo pueblo muy de priesa a decir a todos los caciques que allí estaban hablando con Cortés cómo venían cinco mexicanos que eran los recaudadores de Montezuma, y desque lo oyeron se les perdió la color y temblaban de miedo; y dejan solo a Cortés y los salen a rescebir; y de presto les enraman una sala y les guisan de comer y les hacen mucho cacao, ques la mejor cosa que entre ellos beben. Y cuando entraron por el pueblo los cinco indios vinieron por donde estábamos, porque allí estaban las casas del cacique y nuestros aposentos y pasaron con tanta contenencia e presunción, que sin hablar a Cortés ni a ninguno de nosotros se fueron delante. Y traían ricas mantas labradas, y los bragueros de la misma manera (que entonces bragueros se ponían), y el cabello lucio e alzado, como atado en la cabeza, y cada uno con unas rosas oliéndoles, y mosqueadores que les traían otros indios como criados, y cada uno un bordón como garabato en la mano, y muy acompañados de principales de otros pueblos de la lengua totonaque, y hasta que los llevaron aposentar y les dieron de comer, muy altamente no los dejaron de acompañar. Y después que hobieron comido mandaron llamar al cacique gordo y a todos los más principales y les reñieron que por qué nos habían hospedado en sus pueblos, y qué tenían agora que hablar y ver con nosotros, e que su señor Montezuma no será servido de aquello, porque sin su licencia y mandado no nos habían de recoger ni dar joyas de oro. E sobrello al cacique gordo e a los demás principales les dijeron muchas amenazas, e que luego les diesen veinte indios e indias para aplacar a sus dioses por el malificio que habían hecho. Y estando en esto, Cortés preguntó a doña Marina e a Jerónimo de Aguilar, nuestras lenguas, que de qué estaban alborotados los caciques desque vinieron aquellos indios, e quién eran. Y la doña Marina, que muy bien lo entendió, se lo contó lo que pasaba. Y luego Cortés mandó llamar al cacique gordo y a todos los más principales, y les dijo que quién eran aquellos indios que les hacían tanta fiesta; y dijeron que los recaudadores del gran Montezuma, e que vienen a ver por qué causa nos habían rescebido sin licencia de su señor, y que les demandan agora veinte indios e indias para sacrificar a su dios Huychilobos, por que le dé vitoria contra nosotros, porque han dicho que dice Montezuma que los quiere tomar para que sean sus esclavos. Y Cortés les consoló y que no hobiesen miedo, quél estaba allí con todos nosotros y que los castigaría. Y pasemos adelante a otro capítulo y lo que sobrello se hizo.

CAPITULO XLVII

Cómo Cortés mandó que prendiesen aquellos cinco recaudadores de Montezuma, y mandó que desde ahí adelante no le obedeciesen ni diesen tributo, y la rebelión que entonces se ordenó contra Montezuma.

Como Cortés entendió lo que los caciques le decían, les dijo que ya les había dicho otras veces quel rey nuestro señor le mandó que viniese a castigar los malhechores e que no consintiese sacrificios ni robos, e pues aquellos recaudadores venían con aquella demanda, les mandó que luego les aprisionasen y los tuviesen presos hasta que su señor Montezuma sepa la causa cómo vienen a robar e a llevar por esclavos sus hijos y mujeres y hacer otras fuerzas. Y cuando los caciques lo oyeron estaban espantados de tal osadía: mandar que los mensajeros del gran Montezuma fuesen maltratados, y tenían y no osaban hacello. Y todavía Cortés les convocó que luego los echasen en prisiones, y ansí lo hicieron, y de tal manera, que en unas varas largas y con collares, según entre ellos se usa, los pusieron de arte que no se les podían ir, uno dellos, porque no se dejaba atar, le dieron de palos, y demás desto mandó Cortés a todos los caciques que no les diesen más tributo ni obidiencia a Montezuma, e que ansí lo publicasen en todos los pueblos sus aliados e amigos; e que si otros recaudadores hobiese en otros pueblos como aquéllos, que se lo hiciesen saber, quel enviaría por ellos. Y como aquella nueva se supo en toda aquella provincia, porque luego envió mensajeros el cacique gordo haciéndoselo saber, y también lo publicaron los principales que habían traído en su compañía aquellos recaudadores, que como los vieron presos luego se desgarraron e fueron cada uno a su pueblo a dar mandado y a contar todo lo acaescido, e viendo cosas tan maravillosos e de tanto peso para ellos, dijeron que no osaron hacer aquellos hombres humanos, sino teules, que ansí llamaban a sus ídolos en que adoran. E a esta causa, desde allí adelante nos llamaron teules, que es, como he dicho, o dioses o demonios, y cuando dijere en esta relación teules en cosas que han de ser mentadas nuestras personas, sepan que se dice por nosotros. Volvamos a decir de los prisioneros, que los querían sacrificar por consejo de todos los caciques, por que no se les fuese alguno dellos a dar mandado a México, y como Cortés lo entendió les mandó que no los matasen, quel los quería guardar, y puso de nuestros soldados que los velasen, e a media noche mandó llamar Cortés a los mismos nuestros soldados que los guardaban y les dijo: "Mira que soltéis los dos dellos, los más diligentes que os parecieren, de manera que no lo sientan los indios destos pueblos", y que se los llevasen a su aposento. Y después que los tuvo delante les preguntó con nuestras lenguas que por qué estaban presos y de qué tierra eran. como haciendo que no los conocía. Y respondieron que los caciques de Cempoal y de aquel pueblo, con su favor y el nuestro, los prendieron. Y Cortés respondió que él no sabía nada, y que le pesa dello, y les mandó dar de comer y les dijo palabras de muchos halagos y que se fuesen luego a decir a su señor Montezuma cómo éramos todos nosotros sus grandes amigos y servidores y porque no pasasen más mal les

quitó las prisiones y riñió con los caciques que les tenían presos, y que todo lo que hobieren menester para su servicio que lo hará de muy buena voluntad, y que los tres indios sus compañeros que tienen en prisiones, quél los mandará soltar y guardar, e que vayan muy presto no los tornen a prender y los maten. Y los dos prisioneros respondieron que se lo tenían en merced y que habían miedo que los tornarían a las manos, porque por fuerza han de pasar por sus tierras. Y luego mandó Cortés a seis hombres de la mar que esa noche los llevasen en un batel obra de cuatro leguas de allí hasta sacalles a tierra segura, fuera de los términos de Cempoal. Y como amanesció y los caciques de aquel pueblo y el cacique gordo hallaron menos los dos prisioneros, querían muy de hecho sacrificar los otros tres que quedaban, si Cortés no se los quitara de poder, e hizo del enojado porque se habían huído los otros dos, y mandó traer una cadena del navío y echólos en ella, y luego los mandó llevar a los navíos e dijo quél los quería guardar, pues tan mal cobro pusieron en los demás. Y desque los hobieron llevado les mandó quitar las cadenas, y con buenas palabras les dijo que presto los enviaría a México. Dejémoslo ansí, que luego questo fué hecho todos los caciques de Cempoal y de aquel pueblo y de otros que se habían allí juntado de la lengua totonaque, dijeron a Cortés que qué harían; que ciertamente vernían sobrellos los poderes de México del gran Montezuma, y que no podrían escapar de ser muertos y destruídos. Y dijo Cortés con semblante muy alegre quél y sus hermanos, que allí estábamos, les defenderíamos y mataríamos a quien enojarlos quisiese. Entonces prometieron todos aquellos pueblos y caciques a una que serían con nosotros en todo lo que les quisiésemos mandar, y juntarían sus poderes contra Montezuma y todos sus aliados. Y aquí dieron la obidiencia a Su Majestad por ante un Diego de Godoy, el escribano, y todo lo que pasó lo enviaron a decir a los más pueblos de aquella provincia. Como ya no daban tributo ninguno y los recogedores no parescían, no cabían de gozo haber quitado aquel dominio. Y dejemos esto y diré cómo acordamos de nos abajar a lo llano a unos prados, donde comenzamos hacer una fortaleza. Esto es lo que pasa, y no la relación que sobrello dieron al coronista Gomara (1)

CAPITULO XLVIII

Cómo acordamos de poblar la Villa Rica de la Vera Cruz y de hacer una fortaleza en unos prados, junto a unas salinas y cerca del puerto del nombre feo, donde estaban anclados nuestros navíos, y lo que allí se hizo.

Después que hobimos hecho liga e amistad con más de treinta pueblos de las sierras que se decían los totonaques, que entonces se rebelaron al gran Montezuma y dieron la obidiencia a Su Majesad y se profirieron de nos servir, con aquella ayuda tan presta acordamos de fundar la Villa Rica de la Vera Cruz en unos llanos media legua del pueblo, questaba como en fortaleza,

(1) Testado en el original: "por mejor retórica que en ello ponga".

que se dice Quiaviztlan, y trazada iglesia y plaza y atarazanas y todas las cosas que convenían para ser villa, e hicimos una fortaleza y desde en los cimientos, y en acaballa de tener alta para enmaderar y hechas troneras e cubos y barbacanas dimos tanta priesa, que desde Cortés, que conmenzó el primero a sacar tierra a cuestas y piedras e ahondar los cimientos, como todos los capitanes y soldados a la contina entendíamos en ello, y trabajábamos por la acabar de presto, los unos en los simientos, y otros en hacer las tapias, y otros en acarrear agua, y en las caleras, en hacer ladrillos e tejas, y en buscar comida; otros en la madera, los herreros en la clavazón, porque teníamos dos herreros, y desta manera trabajamos en ello a la continua desdel mayor hasta el menor, y los indios que nos ayudaban; de manera que ya estaba hecha iglesia e casas e casi la fortaleza. Estando en esto paresce ser quel gran Montezuma tuvo noticia en México cómo le habían preso sus recaudadores e que le habían quitado la obediencia y cómo estaban rebelados los pueblos totonaques; mostró tener mucho enojo de Cortés y de todos nosotros, y tenía ya mandado a un su gran ejército de guerreros que viniesen a dar guerra a los pueblos que se le rebelaron, y que no quedase ninguno dellos a vida, e para contra nosotros aparejaba de venir con gran pujanza de capitanías; y en aquel instante van los dos indios prisioneros que Cortés mandó soltar, según he dicho en el capítulo pasado. Y desque Montezuma entendió que Cortés les quitó de las prisiones y los envió a México y las palabras de ofrescimientos que le envió a decir, quiso Nuesro Señor Dios que amansó su ira e acordó de enviar a saber de nosotros que voluntad teníamos y para ello vinieron dos mancebos sobrinos suyos, con cuatro viejos, grandes caciques, que los traían a cargo, y con ellos envió un presiente de oro y mantas e a dar las gracias a Cortés porque les soltó a sus criados; y por otra parte se envió a quejar mucho diciendo que con nuestro favor se habían atrevido aquellos pueblos de hacelle tan gran traición e que no le diesen tributo y quitalle la obidiencia, e que agora teniendo respeto e a que tiene por cierto que somos los que sus antepasados les han dicho que habían de venir a sus tierras, e que debemos de ser de su linaje, y porque estábamos en casas de los traidores, no les envió luego a destruír, mas quel tiempo andando no se alabarán de aquellas traiciones. Y Cortés rescibió el oro y la ropa, que valía sobre dos mill pesos, les abrazó y dió por desculpa quél y todos nosotros éramos muy amigos de su señor Montezuma, y como tal servidor le tiene guardados sus tres recaudadores. Y luego los mandó traer de los navíos, y con buenas mantas y bien tratados se los entregó. Y también Cortés se quejó mucho del Montezuma y dijo cómo sus gobernadores Pitalpitoque se fueron una noche del real sin les hablar, y que no fué bien hecho, y que cree y tiene por cierto que no se lo mandaría el señor Montezuma que hiciesen tal villanía, e que por aquella causa nos venimos aquellos pueblos, donde estábamos, e que hemos rescebido dellos honra; e que le pide por merced que les perdone el desacato que contra él han tenido, y que en cuanto a lo que dice que no le acuden con el tributo, que no pueden servir a dos señores, que en aquellos días que habemos estado nos han servido en nombre de nuestro rey y señor, y porquel Cortés y todos sus hermanos iríamos presto a le ver y servir, y desque allá estemos se dará orden en todo lo que mandare. Y después de aquestas pláticas y otras

muchas que pasaron, mandó dar aquellos mancebos, que eran grandes caciques, y a los cuatro viejos que los traían a cargo, que eran hombres principales, diamantes azules y cuentas verdes; y se les hizo honra, y allí delante dellos, porque había buenos prados, mandó Cortés que corriesen y escaramuceasen Pedro de Alvarado, que tenía una buena yegua alazana, que era muy revuelta, y otros caballeros, de lo cual se holgaron de los haber visto correr; y despedidos y muy contentos de Cortés y de todos nosotros, se fueron a su México. En aquella sazón se le murió el caballo a Cortés, y compró o le dieron otro que se decía *el Arriero,* que era castaño obscuro, que fué de Ortiz "El Músico" y un Bartolomé García "el Minero"; y fué uno de los mejores caballos que vinieron en el armada. Dejemos de hablar en esto y diré que como aquellos pueblos de la sierra, nuestros amigos, y el pueblo de Cempoal solían estar de antes muy temerosos de los mexicanos, creyendo que el gran Montezuma los había de enviar a destruír con sus grandes ejércitos de guerreros, y desque vieron a aquellos parientes del gran Montezuma que venían con el presente por mí memorado y a darse por servidores de Cortés y de todos nosotros, estaban espantados y decían unos caciques a otros que ciertamente éramos teules, pues que Montezuma nos había miedo, pues enviaba oro e presentes. Y si de antes teníamos mucha reputación de esforzados, de allí adelante nos tuvieron en mucho más. Y quedarse ha aquí, e diré lo que hizo el cacique gordo y otros sus amigos.

CAPITULO XLIX

Cómo vino el cacique gordo e otros principales a quejarse a Cortés cómo en un pueblo fuerte que se decía Cingapacinga, estaban guarniciones de mexicanos y les hacían mucho daño, y lo que sobrello se hizo.

Después de despedidos los mensajeros mexicanos, vino el cacique gordo con otros muchos principales, nuestros amigos, a decir a Cortés que luego vaya a un pueblo que se dice Cingapacinga, questaría de Cempoal dos días de andadura, que serían ocho o nueve leguas, porque decían questaban en él juntos muchos indios de guerra, de los culúas, que se entiende por los mexicanos, e que les venían a destruir sus sementeras y estancias, y les salteaban sus vasallos, y les hacían otros muchos malos tratamientos. Y Cortés lo creyó según se lo decían tan afetadamente; y viendo aquellas quejas y con tantas importunaciones, y habiéndoles prometido que les ayudaría y mataría a los culúas o a otros indios que les quisiesen enojar, a esta causa no sabía qué se decir, salvo que iría de buena voluntad o enviaría algunos soldados con uno de nosotros para echallos de allí. Y estuvo pensando en ello, y dijo riendo a ciertos compañeros questábamos acompañándole: "Sabéis señores, que me paresce que en todas estas tierras ya tenemos fama de esforzados, y por lo que han visto estas gentes por los recaudadores de Montezuma nos tienen por dioses o por cosas como sus ídolos; he pensado que, para que

crean que uno de nosotros basta para desbaratar a aquellos indios guerreros que dicen que están en el pueblo de la fortaleza, sus enemigos, enviemos a Heredia "el Viejo", que era vizcaíno y tenía mala catadura en la cara, y la barba grande y la cara medio acuchillada, e un ojo tuerto, e cojo de una pierna, y era escopetero; el cual le mandó llamar, y le dijo: "Id con estos caciques hasta el río questaba de allí un cuarto de legua, y cuando allá llegáredes, hace que os paráis a beber y lavar las manos e tira un tiro con vuestra escopeta, que yo os enviaré a llamar, questo hago por que crean que somos dioses, o de aquel nombre y reputación que nos tienen puesto, y como vos sois mal agestado creerán que sois ídolo". Y el Heredia lo hizo según y de la manera que le fué mandado, porque era hombre bien entendido e evisado, que había sido soldado en Italia. Y luego envió Cortés a llamar al cacique gordo e a todos los más principales questaban aguardando el ayuda y socorro, y les dijo: "Allá envío con vosotros ese mi hermano para que mate y eche todos los culúas dese pueblo y me traya presos a los que no se quisieren ir". Y los caciques estaban enlevados desque lo oyeron, y no sabían si lo creer o no, e miraban a Cortés si hacía algún mudamiento en el rostro, que creyeron que era verdad lo que les decía. Y luego el viejo Heredia que iba con ellos carga su escopeta e iba tirando tiros al aire por los montes, por que lo oyesen e viesen los indios. Y los caciques enviaron a dar mandado a otros pueblos cómo llevaban a un teul para matar a los mexicanos questaban en Cingapacinga. Y esto pongo aquí por cosa de risa, por que vean las mañas que tenía Cortés. Y desque entendió que habría llegado el Heredia al río que le había dicho, mandó de presto que lo fuesen a llamar, y vueltos los caciques y el viejo Heredia, les tornó a decir Cortés a los caciques que, por la buena voluntad que les tenía, quel propio Cortés en persona, con alguno de sus hermanos, quería ir a hacelles aquel socorro, y a ver aquellas tierras y fortalezas que y luego le trujeron cient hombres tamemes para llevar los tepuzques, que son los tiros; y vinieron otro día por la mañana. Y habíamos de partir aquel mesmo día con cuatrocientos soldados y catorce de caballo y ballesteros y escopeteros, questaban apercebidos. Y ciertos soldados que eran de la parcialidad de Diego Velázquez dijeron que no querían ir, y que se fuese Cortés con los que quisiese, quellos a Cuba se querían volver. E lo que sobrello se hizo diré adelante.

CAPITULO L

Cómo ciertos soldados de la parcialidad de Diego Velázquez, viendo que de hecho queríamos poblar y comenzamos a pacificar pueblos, dijeron que no querían ir a ninguna entrada, sino volverse a la isla de Cuba.

Ya me habrán oído decir, en el capítulo antes deste, que Cortés había de ir a un pueblo que se dice Cingapacinga y había de llevar consigo cuatrocientos soldados y catorce de caballo y ballesteros y escopeteros; y tenían puestos en la memoria para ir con nosotros a ciertos soldados de la parcialidad de Diego de Velázquez. E yendo los cuadrilleros apercebidos que salie-

sen luego con sus armas y caballos los que los tenían, respondieron soberbiamente que no querían ir a ninguna entrada, sino volverse a sus estancias y haciendas que dejaron en Cuba; que bastaba lo que habían perdido por sacallos Cortés de sus casas, y que les había prometido en el Arenal que cualquiera persona que se quisiese ir que le daría licencia y navío y matalotaje; y a esta causa estaban siete soldados apercebidos para se volver a Cuba. Y como Cortés lo supo, los envió a llamar, y preguntado por qué hacían aquella cosa tan fea; y respondieron algo alterados y dijeron que se maravillaban de su merced querer poblar adonde había tanta fama de millares de indios, y grandes poblazones, con tan pocos soldados como éramos, y que ellos estaban dolientes y hartos de andar de una parte a otra, y que se querían ir a Cuba a sus casas y haciendas; que les diese luego licencia, como se lo había prometido. Y Cortés les respondió mansamente ques verdad que se la prometió, más que no harían lo que debían en dejar la bandera de su capitán desmamparada; y luego les mandó que sin detenimiento ninguno se fuesen a embarcar, y les señaló navío y les mandó dar cazabi y una botija de aceite y otras legumbres de bastimentos de lo que teníamos. Y uno de aquellos soldados, que se decía Fulano Morón, vecino de la villa de Bayamo, tenía un buen caballo overo, labrado de las manos; le vendió luego bien vendido a un Juan Ruano, a trueque de otras haciendas quel Juan Ruano dejaba en Cuba; e ya que se querían hacer a la vela fuimos todos los compañeros, alcaldes y regidores de nuestra Villa Rica, a requerir a Cortés que por vía ninguna no diese licencia a ninguna persona para salir de la tierra, porque así convenía al servicio de Dios Nuestro Señor y de Su Majestad, y que la persona que tal licencia pidiese le tuviese por hombre que merescía pena de muerte, conforme a las leyes de lo militar, pues quieren dejar su capitán y bandera desmamparada en la guerra e peligro, en especial habiendo tanta multitud de pueblos de indios guerreros, como ellos han dicho. Y Cortés hizo como que les quería dar la licencia, mas a la postre se la revocó, y se quedaron burlados y aun avergonzados, y el Morón su caballo vendido, y el Juan Ruano, que lo hubo, no se lo quiso volver. Y todo esto fué mandado por Cortés; y fuimos nuestra entrada a Cingapacinga.

CAPITULO LI

Lo que nos acaesció en Cingapacinga, y a la vuelta que volvimos por Cempoal les derrocamos sus ídolos, y otras cosas que pasaron.

Como ya los siete hombres que se querían volver a Cuba estaban pacíficos, luego partimos con los soldados y caballeros e infantería ya por mí memorados y fuimos a dormir al pueblo de Cempoal, y tenían aparejado para salir con nosotros dos mill indios de guerra, en cuatro capitanías. E el primero día caminamos cinco leguas con buen concierto, y otro día, a poco más de vísperas, llegamos a las estancias questaban junto al pueblo de Cin-

gapacinga, y los naturales dél tuvieron noticia cómo íbamos. E ya que comenzábamos a subir por la fortaleza y casas questaban entre grandes riscos y peñascos, salieron de paz a nosotros ocho indios principales y papas, y dicen a Cortés llorando de los ojos que por qué les quiere matar y destruir no habiendo hecho porqué, y pues tenemos fama que a todos hacíamos bien y desagraviamos a los questaban robados y habíamos prendido a los recaudadores de Montezuma; y que aquellos indios de guerra de Cempoal que allí iban con nosotros estaban mal con ellos de enemistades viejas, que habían tenido sobre tierras e términos, y que con nuestro favor les venían a matar y robar; y ques verdad que mexicanos solían estar en guarnición en aquel pueblo, y que pocos días había se habían ido a sus tierras desque supieron que habíamos preso a otros recaudadores; y que le ruegan que no pase más adelante la cosa y les favorezca. Y desque Cortés lo hobo muy bien entendido con nuestras lenguas doña Marina e Aguilar, luego con mucha brevedad mandó al capitán Pedro de Alvarado y al maestre de campo, que era Cristóbal de Olí, y a todos nosotros los compañeros que con él íbamos, que detuviésemos a los indios de Cempoal que no pasasen más adelante, y ansí lo hicimos; y por presto que fuimos a detenellos, ya estaban robando en las estancias; de lo cual hobo Cortés grande enojo y mandó que viniesen luego los capitanes que traían a cargo aquellos guerreros de Cempoal, y con palabras de muy enojado y de grandes amenazas les dijo que luego le trujesen los indios e indias, y mantas y gallinas que han robado en las estancias, y que no entre ninguno dellos en aquel pueblo; y que porque le habían mentido y venían a sacrificar y robar a sus vecinos con nuestro favor, eran dinos de muerte, y que nuestro rey y señor cuyos vasallos somos, no nos envió a estas partes y tierras para que hiciesen aquellas maldades, y que abriesen bien los ojos no les acontesciese otra como aquella, porque no quedaría hombre dellos con vida. Y luego los caciques y capitanes de Cempoal trujeron a Cortés todo lo que habían robado, así indios como indias y gallinas, y se les entregó a los dueños cuyo era, y con semblante muy furioso los tornó a mandar que se saliesen a dormir al campo; y ansí lo hicieron. Y desque los caciques y papas de aquel pueblo y otros comarcanos vieron qué tan justificados éramos y las palabras amorosas que Cortés les decía con nuestras lenguas, y también las cosas tocantes a nuestra santa fe, como lo teníamos de costumbre, y dejasen el sacrificio, y de se robar unos a otros, y las suciedades de sodomías, y que no adorasen sus malditos ídolos, y se les dijo otras muchas cosas buena, tomáronse tan buena voluntad, que luego fueron a llamar a otros pueblos comarcanos, y todos dieron la obediencia a Su Majestad; y allí luego dieron muchas quejas del Montezuma, como las pasadas que habían dado los de Cempoal, cuando estábamos en el pueblo de Quiaviztlan. Y otro día por la mañana Cortés mandó llamar a los capitanes y caciques de Cempoal, questaban en el campo aguardando para ver lo que les mandábamos, y aun muy temerosos de Cortés por lo que habían hecho en haberle mentido; y venimos delante, hizo amistades entre ellos y los de aquel pueblo, que nunca faltó por ninguno dellos. Y luego partimos para Cempoal por otro camino, y pasamos por dos pueblos amigos de los de Cingapacinga, y estábamos descansando porque hacía recio sol y veníamos muy cansados, con las armas a cuestas,

y un soldado que se decía Fulano de Mora, natural de Ciudad Rodrigo, tomó dos gallinas de una casa de indios de aquel pueblo, y Cortés que lo acertó a ver, hobo tanto enojo de lo que delante dél se hizo por aquel soldado en los pueblos de paz en tomar las gallinas, que luego le mando echar una soga a la garganta, y le tenían ahorcado, si Pedro de Alvarado, que se halló junto de Cortés, que le cortó la soga con la espada, y medio muerto quedó el pobre soldado. He querido traer esto aquí a la memoria para que vean los curiosos letores, y aun los sacerdotes que agora tienen cargo de administrar los santos sacramentos y dotrina a los naturales destas partes, que porque aquel soldado tomó dos gallinas en pueblo de paz aína le costara la vida, y para que vean agora ellos de qué manera se han de haber con los indios e no tomalles sus haciendas. Después murió este soldado en una guerra, en la provincia de Guatemala, sobre un peñol. Volvamos a nuestra relación. Que como salimos de aquellos pueblos que dejamos de paz, yendo para Cempoal, estaban el cacique gordo con otros principales aguardándonos en unas chozas con comida; que, aunque son indios, vieron y entendieron que la justicia es santa y buena, y que las palabras que Cortés les había dicho que veníamos a desagraviar y quitar tiranías conformaba con lo que que pasó en aquella entrada, y tuviéronnos en mucho más que de antes. Y allí dormimos en aquellas chozas, y todos los caciques nos llevaron acompañando hasta los aposentos de su pueblo; y verdaderamente quisieran que no saliéramos de su tierra, porque se temían de Montezuma no enviase su gente de guerra contra ellos. Y dijeron a Cortés que pues éramos ya sus amigos, que nos quieren tener por hermanos, que será bien que tomásemos de sus hijas e parientes para hacer generación; y que para que más fijas sean las amistades trajeron ocho indias, todas hijas de caciques, y dieron a Cortés una de aquellas cacicas, y era sobrina del mismo cacique gordo; y otra dieron a Alonso Hernández Puerto Carrero, y era hija de otro gran cacique que se decía Cuesco en su lengua; y traíanlas vestidas a todas ocho con ricas camisas de la tierra y bien ataviadas a su usanza, y cada una dellas un collar de oro al cuello, y en las orejas zarcillos de oro; y venían acompañadas de otras indias para se servir dellas. Y cuando el cacique gordo las presentó, dijo a Cortés: "Tecle (que quiere decir en su lengua señor), estas siete mujeres son para los capitanes que tienes, y ésta, ques mi sobrina, es para ti, ques señora de pueblos y vasallos". Cortés la rescibió con alegre semblante, y les dijo que se lo tenían en merced, mas para tomallas como dice y que seamos hermanos que hay necesidad que no tengan aquellos ídolos en que creen y adoran, que los traen engañados, y que no les sacrifiquen más ánimas, y que como él vea aquellas cosas malísimas en el suelo y que no sacrifican, que luego ternán con nosotros muy más fija la hermandad, y que aquellas mujeres que se volverán cristianas primero que las rescibamos, y que también habían de ser limpios de sodomías, porque tenían muchachos vestidos en hábitos de mujeres que andaban a ganar en aquel maldito oficio, y cada día sacrificaban delante de nosotros tres o cuatro o cinco indios, y los corazones ofrescían a sus ídolos, y la sangre pegaban por las paredes, y cortábanles las piernas y los brazos y muslos, y lo comían como vaca que se traen de las carnecerías en nuestra tierra, y aun tengo creído que lo vendían por menudo en los tianguez, que son mercados;

y que como estas maldades se quiten y que no lo usen, que no solamente les seremos amigos, mas que les hará que sean señores de otras provincias. Y todos los caciques, papas y principales respondieron que no les estaba bien dejar sus ídolos y sacrificios, y que aquellos sus dioses les daban salud y buena sementeras y todo lo que habían menester; y que en cuanto a lo de las sodomías, que pornán resistencia en ello para que no se use más. Y como Cortés y todos nosotros vimos aquella respuesta tan desacatada y habíamos visto tantas crueldades y torpedades, ya por mí otra vez dichas, no las pudimos sufrir. Entonces nos habló Cortés sobrello y nos trujo a la memoria unas buenas y muy sanctas dotrinas, y que cómo podíamos hacer ninguna cosa buena si no volvíamos por la honra de Dios y en quitar los sacrificios que hacían a los ídolos, y que estuviésemos muy apercibidos para pelear si nos viniesen a defender que no se los derrocásemos, y que aunque nos costase las vidas, en aquel día habían de venir al suelo. Y puesto que estamos todos muy a punto con nuestras armas, como lo teníamos de costumbre, para pelear, les dijo Cortés a que los caciques que los habían de derrocar. Y desque aquello vieron, luego mandó el cacique gordo a otros sus capitanes que se apercibiesen muchos guerreros en defensa de sus ídolos; y desque queríamos subir en un alto cu, quees su adoratorio, questaba alto y había muchas gradas, que ya no se me acuerda qué tantas eran, vino el cacique gordo con otros principales, muy alborotados y sañudos, y dijeron a Cortés que por qué les queríamos destruír, y que si les hacíamos deshonor a sus dioses o se los quitábamos, que todos ellos perecerían, y aun nosotros con ello. Y Cortés les respondió muy enojado que otras veces les ha dicho que no sacrifiquen a aquellas malas figuras, por que no les traigan más engañados, y que a esta causa los veníamos a quitar de allí, y que luego a la hora los quitasen ellos, si no que los echaríamos a rodar por las gradas abajo; y les dijo que no los terníamos por amigos, sino por enemigos mortales, pues que les da buen consejo y no lo quieren creer; y porque ha visto que han venido sus capitanías puestas en armas de guerreros, questá enojado dellos y que se lo pagarán con quitalles las vidas. Y desque vieron a Cortés que les decía aquellas amenazas, y nuestra lengua doña Marina que se los sabía muy bien dar a entender, y aun les amenazaba con los poderes de Montezuma, que cada día los aguardaba, por temor desto dijeron que ellos no eran dinos de llegar a sus dioses, y que si nosotros los queríamos derrocar, que no era con su consentimiento; que se los derrocásemos o hiciésemos lo que quisiésemos. Y no lo hobo bien dicho cuando subimos sobre cincuenta soldados y los derrocamos, y vienen rodando aquellos sus ídolos hechos pedazos, y erán de manera de dragones espantables tan grandes como becerros, y otras figuras de manera de medio hombre y de perros grandes y de malas semejanzas. Y cuando así los vieron hechos pedazos, los caciques y papas que con ellos estaban lloraban y taparon los ojos, y en su lengua totonaque les decían que les perdonasen, y que no era más en su mano, ni tenían, culpa, sino esos teules que os derruecan, e que por temor de los mexicanos no nos daban guerra. Y cuando aquello pasó comenzaban las capitanías de los indios guerreros que he dicho que venían a darnos guerra a querer flechar, y desque aquello vimos echamos mano al cacique gordo y a seis papas y a otros principales, y les dijo Cortés

que si hacían algún descomedimiento de guerra, que habían de morir todos ellos. Y luego el cacique gordo mandó a sus gentes que se fuesen de delante de nosotros y que no hiciesen guerra. Y desque Cortés los vió sosegados les hizo un parlamento, lo cual diré adelante, y ansí se apaciguó todo. Y esto de Cingapacinga fué la primera entrada que hizo Cortés en la Nueva España, y fué de harto provecho, y no como dice el coronista Gomara, que matamos y prendimos y asolamos tantos millares de hombres en lo de Cingapacinga. Y miren los curiosos questo leyeren cuánto va de lo uno a lo otro, por muy buen estilo que lo dice en su corónica, pues en todo lo quescribe no pasa como dice.

CAPITULO LII

Cómo Cortés mandó hacer un altar y se puso una imagen de Nuestra Señora y una cruz, y se dijo misa y se bautizaron las ocho indias.

Como ya callaban los caciques y papas y todos los más principales, mandó Cortés que a los ídolos que derrocamos, hechos pedazos, que los llevasen adonde no paresciesen más y los quemasen; y luego salieron de un aposento ocho papas, que tenían cargo dellos, y toman sus ídolos y los llevan a la misma casa donde salieron, e los quemaron. El hábito que traían aquellos papas eran unas mantas prietas a manera de sotanas y lobas largas hasta en pies, y unos como capillos que querían parescer a los que traen los canónigos, y otros capillos traían más chicos, como los que traen los dominicos; y traían el cabello muy largo hasta la cinta, y aun algunos hasta los pies, llenos de sangre pegada y muy enrretrados, que no se podían esparcir; y las orejas hechas pedazos, sacrificadas dellas, y hedían como azufre, y tenían otro muy mal olor, como de carne muerta; y según decían e alcanzábamos a saber, aquellos papas eran hijos de principales y no tenían mujeres, mas tenían el maldito oficio de sodomías, y ayunaban ciertos días; y lo que yo les vía comer eran unos meollos o pepitas del algodón cuando lo desmotan, salvo si ellos no comían otras cosas que yo no se las pudiese ver. Dejemos a los papas y volvamos a Cortés, que les hizo un muy buen razonamiento con nuestras lenguas doña Marina y Jerónimo de Aguilar, y les dijo que agora les terniamos como a hermanos, y que les faverescería en todo lo que pudiese contra Montezuma y sus mexicanos, porque ya envió a mandar que no les diesen guerra ni les llevasen tributo. Y que pues en aquellos sus altos cues no habían de tener más ídolos, quél les quiere dejar una gran señora, ques madre de Nuestro Señor Jesucristo, en quien creemos y adoramos, para que ellos también la tengan por señora y abogada, y sobrello y otras cosas de pláticas que pasaron se les hizo muy buen razonamiento y tan bien propuesto para según el tiempo, que no había más que decir, y se les declaró muchas

cosas tocantes a nuestra santa fe, tan bien dichas como agora los religiosos se lo dan a entender, de manera que lo oían de buena voluntad. Y luego les mandó llamar todos los indios albañiles que había en aquel pueblo y traer mucha cal para que lo aderezasen, y mandó que quitasen las costras de sangre questaban en aquellos cues, y que lo aderezasen muy bien. Y luego otro día se encaló y se hizo un altar con buenas mantas; y mandó traer muchas rosas de las naturales que había en la tierra, que eran bien olorosas, y muchos ramos, y lo mandó enramar y que lo tuviesen limpio y barrido. A la contina, y para que tuviesen cargo dello, apercibió a cuatro papas que se tresquilasen el cabello, que los traían largos, como otra vez he dicho, e que vistiesen mantas blancas y se quitasen las que traían, y que siempre anduviesen limpios e que sirviesen aquella santa imagen de Nuestra Señora en barrer y enramar, y para que tuviesen más cargo dello puso a un nuestro soldado cojo e viejo, que se decía Joan de Torres, de Córdoba, questuviese allí por ermitaño e que mirase que se hiciese cada día ansí como lo mandaba a los papas. Y mandó a nuestros carpinteros, otras veces por mí nombrados, que hiciesen una cruz y la pusiesen en un pilar que teníamos ya nuevamente hecho y muy bien encalado; y otro día de mañana se dijo misa en el altar, la cual dijo el padre fray Bartolomé de Olmedo, y entonces a la misa se dió orden cómo con el ensensio de la tierra se ensensasen la santa imagen de Nuestra Señora e a la santa cruz, y también se les mostró a hacer candelas de la cera de la tierra, y se les mandó que con aquellas candelas siempre tuviesen ardiendo delante del altar, porque hasta entonces no sabían aprevecharse de la cera. E a la misa estuvieron los más principales caciques de aquel pueblo y de otros que se habían juntado, y ansimismo se trajeron las ocho indias para volver cristianas, que todavía estaban en poder de sus padres y tíos; y se les dió a entender que no habían más de sacrificar ni adorar ídolos, salvo que habían de creer en Nuestro Señor Dios; y se les amonestó muchas cosas tocantes a nuestra santa fe; y se bautizaron y se llamó a la sobrina del cacique gordo doña Catalina, y era muy fea; aquella dieron a Cortés por la mano, y él la rescibió con buen semblante. A la hija de Cuesco, que era un gran cacique, se puso nombre doña Francisca; ésta era muy hermosa para ser india, y la dió Cortés Alonso Hernández Puerto Carrero; las otras seis ya no se me acuerda el nombre de todas, mas sé que Cortés las repartió entre soldados. Y después de hecho esto, nos despedimos de todos los caciques y principales, y dende en adelante siempre nos tuvieron muy buena voluntad, especialmente desque vieron que rescibió Cortés sus hijas y las llevamos con nosotros, y con grandes ofrescimientos que Cortés les hizo que les ayudaría, nos fuimos a nuestra Villa Rica. Y lo que allí se hizo lo diré adelante. Esto es lo que pasó en este pueblo de Cempoal, y no otra cosa que sobrello hayan escrito el Gomara ni los dems coronistas, que todo es burla y trampas.

CAPITULO LIII

Cómo volvimos a nuestra Villa Rica de la Vera Cruz, y lo que allí pasó.

Después que hobimos hecho aquella jornada y quedaron amigos los de Cingapacinga con los de Cempoal, y otros pueblos comarcanos dieron la obidiencia a Su Majestad, y se derrocaron los ídolos y se puso la imagen de Nuestra Señora y la santa cruz, y se puso por ermitaño el viejo soldado, y todo lo por mí memorado, nos fuimos a la villa y llevábamos con nosotros ciertos principales de Cempoal; y hallamos que aquel día había venido de la isla de Cuba un navío y por capitán dél un Francisco de Saucedo, que llamábamos "el Polido", y pusímosle aquel nombre porque en demasía se preciaba de galán y polido; y decían que había sido maestresala del almirante de Castilla, y era natural de Medina Ruiseco, y vino entonces Luis Marín, capitán que fué en lo de México, persona que valió mucho, y vinieron diez soldados. Y traía el Saucedo un caballo y Luis Marín una yegua, y nuevas de Cuba que le habían llegado de Castilla a Diego Velázquez las provisiones para poder rescatar y poblar. Y los amigos del Diego Velázquez se regocijaron mucho, y demás de que supieron que le trujeron provisión para ser adelantado de Cuba. Y estando en aquella villa sin tener en qué entender más de acabar de hacer la fortaleza, que todavía se entendía en ella, dijimos a Cortés todos los más soldados que se quedase aquello que estaba hecho en ella para memoria, pues estaba ya para enmaderar y que hacía ya más de tres meses que estábamos en aquella tierra; e que sería bueno ir a ver qué cosa era el gran Montezuma, y buscar la vida y nuestra ventura; e que antes que nos metiésemos en camino enviásemos a besar los pies a Su Majestad y a dalle cuenta y relación de todo lo acaescido desde que salimos desde la isla de Cuba; y también se puso en plática que enviásemos a Su Majestad todo el oro que se había habido, ansí rescatado como los presentes que nos envió Montezuma. Y respondió Cortés que era muy bien acordado, e que ya lo había él puesto en plática con ciertos caballeros, e porque en lo del oro por ventura habría algunos soldados que querrán sus partes y si se partiese que sería poco lo que se podría enviar, por esta causa dió cargo a Diego de Ordaz y a Francisco de Montejo, que eran personas de negocios, que fuesen de soldado en soldado, de los que se tuviese sospecha que demandarían las partes del oro, y les decían estas palabras: "Señores, ya veis que queremos hacer un presente a Su Majestad del oro que aquí hemos habido, y para ser el primero que enviamos de estas tierras había de ser mucho más; paréscnos que todos le sirvamos con las partes que nos caben; los caballeros y soldados que aquí estamos escritos tenemos firmados cómo no queremos parte ninguna dello, sino que servimos a Su Majestad con ello por que nos haga mercedes. El que quisiere su parte, no se le negará. El que no la quisiera, haga lo que todos hemos hecho, fírmelo aquí". Y desta manera todos a una lo firmaron. Y esto hecho, luego se nombraron para procuradores que fuesen a Castilla Alonso Hernández Puerto Carrero y a Francisco de Montejo, porque ya Cortés le había dado sobre dos mill pesos por tenelle de su parte;

y se mandó apercebir el mejor navío de toda la flota y con dos pilotos, que fué uno Antón de Alaminos, que sabía cómo habían de desembocar por la canal de Bahama, porquél fué el primero que navegó por aquella canal. Y también apercebimos quince marineros, y se les dió todo recaudo de matalotaje. Y esto apercibido, acordamos de escrebir y hacer saber a Su Majestad todo lo acaescido. Y Cortés escribió por sí, según él nos dijo, con recta relación, mas no vimos su carta; y el Cabildo escribió, juntamente con diez soldados de los que fuimos en que se poblase la tierra y le alzamos a Cortés por general; y con toda verdad, que no faltó cosa ninguna en la carta; iba yo firmado en ella; y demás de estas cartas y relaciones, todos los capitanes y soldados juntamente escrebimos otra carta y relación. Y lo que se contenía en la carta que escribimos es lo siguiente:

CAPITULO LIV

De la relación e carta que escribimos a Su Majestad con nuestros procuradores Alonso Hernández Puerto Carrero e Francisco de Montejo, la cual carta iba firmada de algunos capitanes y soldados.

Después de poner en el principio aquel muy debido acato que somos obligados a tan gran majestad del emperador nuestro señor, que fué ansí: s. c. c. R. m., y poner otras cosas que se convenían decir en la relación y cuenta de nuestra vida e viaje, cada capítulo por sí, fué esto que aquí diré en suma breve: Cómo salimos de la isla de Cuba con Hernando Cortés; los pregones que se dieron cómo veníamos a poblar, y que Diego Velázquez secretamente enviaba a rescatar y no a poblar; cómo Cortés se quería volver con cierto oro rescatado, conforme a las instrucciones que de Diego Velázquez traía, de las cuales hicimos presentación; cómo hicimos a Cortés que poblase y le nombramos por capitán general e justicia mayor hasta que otra cosa Su Majestad fuese servido mandár; cómo le prometimos el quinto de lo que se hobiese, después de sacado su real quinto; cómo llegamos a Cozumel, y por qué ventura se hobo Jerónimo de Aguilar en la Punta de Cotoche, y de la manera que decía que allí aportó él e un Gonzalo Guerrero, que quedó con los indios por estar casado y tener hijos y estar ya hecho indio; cómo llegamos a Tabasco, y de las guerras que nos dieron y batalla que con ellos tuvimos; cómo los atrajimos de paz; cómo a doquiera que allegamos se les hacen buenos razonamientos para que dejen sus ídolos y se les declara las cosas tocantes a nuestra santa fe; cómo dieron la obidiencia a su Real Majestad y son los primeros vasallos que tiene en aquestas partes; cómo trujeron un presente de mujeres, y en él una cacica, para india, de mucho ser, que sabe la lengua de México, ques la que se usa en toda la tierra, e que con ella y con el Aguilar tenemos verdaderas lenguas; cómo desembarcamos en San Juan

de Ulúa y de las pláticas de los embajadores del gran Montezuma, y quién era el Montezuma, y lo que se decía de sus grandezas, y del presente que trujeron, y cómo fuimos a Cempoal, ques un pueblo grande, y desde allí a otro pueblo que se dice Quiaviztlan, questaba en fortaleza, y cómo se hizo liga y confederación con nosotros y quitaron la obidiencia a Montezuma en aquel pueblo, demás de treinta pueblos que todos le dieron la obidiencia y están en su real patrimonio; la ida de Cingapacinga; cómo hicimos la fortaleza, y que agora estamos en camino para ir la tierra adentro hasta vernos con el Montezuma; cómo aquesta tierra es muy grande y de muchas ciudades y muy pobladísimas, y los naturales grandes guerreros; cómo entre ellos hay muchas diversidades de lenguas y tienen guerra unos con otros; cómo son idólatras y se sacrifican y matan en sacrificios muchos hombres e niños y mujeres, y comen carne humana e usan otras torpedades; cómo el primer descubridor fué un Francisco Hernández de Córdoba, e luego cómo vino Juan de Grijalba, e que agora al presente le servimos con el oro que hemos habido, ques el sol de oro y la luna de plata y un casco de oro en granos, como se coge de las minas, muchas diversidades y géneros de piezas de oro hechas de muchas maneras, y mantas de algodón muy labradas de plumas y primas, y otras muchas piezas de oro, que fueron mosqueadores, rodelas e otras cosas que ya no se me acuerda, como ha ya tantos años que pasó; también enviamos cuatro indios que quitamos en Cempoal, que tenían a engordar en unas jaulas de madera para, después de gordos, sacrificallos y comérselos. Y después de hecha esta relación e otras cosas dimos cuenta y relación cómo quedamos en estos sus reinos cuatrocientos y cincuenta soldados en muy gran peligro, entre tanta multitud de pueblos e gentes belicosas y grandes guerreros, por servir a Dios a su real Corona, y le suplicamos que en todo lo que se nos ofreciese nos haga mercedes, y que no hiciese merced de la gobernación destas tierras ni de ningunos oficios reales a persona ninguna, porque son tales y ricas y de grandes pueblos y ciudades que convienen para un infante o gran señor; y tenemos pensamiento que como don Juan Rodriguez de Fonseca, obispo de Burgos y arzobispo de Rosano, es su presidente y manda a todas las Indias, que lo dará algún su deudo o amigo, especialmente a un Diego Velázquez questá por gobernador en la isla de Cuba, y la causa por qué se la dará la gobernación y otro cualquier cargo que siempre le sirve con presentes de oro y le ha dejado en la misma isla pueblos de indios, que le sacan oro de las minas; de lo cual había primeramente de dar los mejores pueblos para su real Corona, y no le dejó ningunos, que solamente por esto es dino de que no se le hagan mercedes, y que como en todo somos muy leales servidores y hasta fenecer nuestras vidas le hemos de servir, se lo hacemos saber para que tenga noticia de todo, y questamos determinados que hasta que sea servido, que nuestros procuradores que allá enviamos besen

sus reales pies y vea nuestras cartas y nosotros veamos su real firma, que entonces los pechos por tierra para obedecer sus reales mandos; y que si el obispo de Burgos, por su mandado, nos envía a cualquier persona a gobernar o a ser capitán, que primero que se obedezca se lo haremos saber a su real persona a doquiera que estuviere, y lo que fuere servido mandar que lo obedeceremos, como mando de nuestro rey y señor, como somos obligados. Y demás destas relaciones le suplicamos que, entre tanto que otra cosa sea servido mandar, que le hiciese merced de la gobernación a Hernando Cortés, y dimos tantos loores dél y tan gran servidor suyo, hasta ponelle en las nubes. Y después de haber escrito todas estas relaciones con todo el mayor acato y humildad que pudimos y convenía, y cada capítulo por sí, declarando cada cosa cómo y cuándo y de qué arte pasaron, como carta para nuestro rey y señor, y no del arte que va aquí en esta mi relación, y la firmamos todos los capitanes y soldados que éramos de la parte de Cortés, e fueron dos cartas duplicadas, y nos rogó que se las mostrásemos, y como vió la relación tan verdadera y los grandes loores que dél dábamos, hobo mucho placer y dijo que nos lo tenía en merced, con grandes ofrescimientos que nos hizo; empero no quisiera que en ella dijéramos ni mentáramos del quinto del oro que le prometimos, ni que declaráramos quién fueron los primeros descubridores, porque, según entendimos, no hacía en su carta relación de Francisco Hernández de Córdoba ni del Grijalba, sino dél solo, a quien atribuía el descubrimiento, la honra e honor de todo, y dijo que agora al presente que aquello estuviera mejor por escrebir y no dar relación dello a Su Majestad, y no faltó quien le dijo que a nuestro rey y señor que no se le ha de dejar de decir todo lo que pasa. Pues ya escritas estas cartas y dadas a nuestros procuradores, les encomendamos mucho que por vía ninguna no entrasen en la Habana ni fuesen a una estancia que tenía allí el Francisco de Montejo, que se decía el Marien, que era puerto para navíos, por que no alcanzase a saber Diego Velázquez lo que pasaba; y no lo hicieron ansí, como adelante diré. Pues ya puesto todo a punto para se ir a embarcar, dijo misa el padre de la Merced, y encomendádoles al Espíritu Santo que les guiase, y en veinte y seis días del mes de julio de mill e quinientos y diez y nueve años partieron de San Juan de Ulúa y con buen tiempo llegaron a la Habana. Y el Francisco de Montejo con grandes importunaciones convocó e atrajo al piloto Alaminos guiase a su estancia, diciendo que iba a tomar bastimento de puercos y cazabi, hasta que le hizo hacer lo que quiso y fué a surgir a su estancia, porque Puerto Carrero iba muy malo y no hizo cuenta dél. Y la noche que allí llegaron desde la nao echaron un marinero en tierra con cartas y avisos para el Diego Velázquez, y supimos quel Montejo le mandó que fuese con las cartas; y en posta fué el marinero por la isla de Cuba, de pueblo en pueblo, publicando todo lo por mí aquí dicho, hasta que Diego Velázquez lo supo. Y lo que sobrello hizo, adelante lo diré.

CAPITULO LV

Cómo Diego Velázquez, Gobernador de Cuba, supo por cartas muy de cierto que enviábamos procuradores con embajadas y presentes a nuestro Rey y señor, y lo que sobrello se hizo.

Como Diego Velázquez, gobernador, de Cuba, supo las nuevas, ansí por las cartas que le enviaron secretas, y dijeron que fueron del Montejo, como del marinero, que se halló presente en todo lo por mí dicho en el capítulo pasado, que se había echado a nado para le llevar las cartas; y cuando entendió del gran presente de oro que enviábamos a Su Majestad y supo quién eran los embajadores e procuradores, tomábale trasudores de muerte, y decía palabras muy lastimosas e maldiciones contra Cortés y su secretario Duero y del contador Amador de Lares, que le aconsejaron en hacer general al Cortés. Y de presto mandó armar dos navíos de poco porte, grandes veleros, con toda la artillería y soldados que pudo haber, y con dos capitanes que fueron en ellos, que se decían Gabriel de Rojas y el otro capitán se decía Fulano de Guzmán. Y les mandó que fuesen hasta La Habana, y desde allí a la canal de Bahama, y que en todo caso le trujesen presa la nao en que iban nuestros procuradores y todo el oro que llevaban. Y de presto, así como lo mandó, llegaron en ciertos días de navegación a la canal de Bahama y preguntaban a los de los barcos que andaban por la mar de acarreto que si habían visto ir una nao de mucho porte; y todos daban noticia della, y que ya sería desembocada por la canal de Bahama, porque siempre tuvieron buen tiempo. Y después de andar barloventeando con aquellos dos navíos entre la canal y La Habana, y no hallaron recaudo de lo que venían a buscar, se volvieron a Santiago de Cuba. Y si triste estaba el Diego Velázquez de antes que enviase los navíos, muy más se congojó desque los vió volver de aquel arte. Y luego le aconsejaron sus amigos que se enviase a quejar a España al obispo de Burgos, questaba por presidente de Indias y hacía mucho por él. Y también envió a dar sus quejas a las islas de Santo Domingo a la Audiencia Real que en ella residía y a los frailes jerónimos questaban por gobernadores en ella, que se decían fray Luis de Figueroa y fray Alonso de Santo Domingo y fray Bernaldino de Manzanedo, los cuales religiosos solían estar y residir en el monasterio de la Mejorada, ques dos leguas de Medina del Campo; y envían en posta un navío a darles muchas quejas de Cortés y de todos nosotros. Y como alcanzaron a saber nuestros grandes servicios, la respuesta que le dieron los frailes jerónimos fué que Cortés y los que con él andábamos en las guerras no se nos podía poner culpa, pues sobre todas cosas ocurríamos a nuestro rey y señor, y le enviábamos tan gran presente que otro como él no se ha visto de muchos tiempos pasados en nuestra España. Y esto dijeron porque en aquel tiempo y sazón no había Perú ni memoria dél; y también le enviaron a decir que antes éramos dinos que Su Majestad nos hiciese muchas mercedes. Y entonces le enviaron al Diego Velázquez a Cuba a un licenciado que se decía Zuazo para que le tome residencia, o al menos había pocos meses que había allegado a la isla, y el mismo licenciado dió relación a los frailes jerónimos. Y como aquella respuesta le trujeron

al Diego Velázquez, se acongojó mucho más, y como de antes era muy gordo, se puso flaco en aquellos días. Y luego con gran diligencia manda buscar todos los navíos que pudo haber en la isla de Cuba y apercebir soldados y capitanes; e procuró enviar una recia armada para prender a Cortés y a todos nosotros. Y tanta diligencia puso, quél mismo en persona andaba de villa en villa y en unas estancias y en otras, y escrebía a todas las partes de la isla donde él no podía ir a rogar a sus amigos fuesen aquella jornada. Por manera que en obra de once meses o un año allegó diez y ocho velas grandes y chicas y sobre mill y trescientos soldados, entre capitanes y marineros, porque como le vían tan apasionado y corrido, todos los más principales vecinos de Cuba, ansí sus parientes como los que tenían indios, se aparejaron para le servir; y también envió por capitán general de toda la armada a un hidalgo que se decía Pánfilo de Narváez, hombre alto de cuerpo y membrudo, y hablaba algo entonado, como medio de bóveda; y era natural de Valladolid, y casado en la isla de Cuba con una dueña ya viuda que se llamaba María de Valenzuela, y tenía buenos pueblos de indios y era muy rico. Donde lo dejaré agora haciendo y aderezando su armada y volveré a decir de nuestros procuradores y su buen viaje, y porque en una sazón acontecían tres y cuatro cosas, no puedo seguir la relación y materia de lo que voy hablando por dejar de decir lo que más viene al propósito, y a esta causa no me culpen porque salgo y me parto de la orden por decir lo que más adelante pasa.

CAPITULO LVI

Cómo nuestros procuradores, con buen tiempo, desembocaron la canal de Bahama y en pocos días llegaron a Castilla, y lo que en la Corte les avino.

Ya he dicho que partieron nuestros procuradores del puerto de San Juan de Ulúa en seis días del mes de Julio de mill e quinientos y diez y nueve años, e con buen viaje llegaron a La Habana, y luego, desembocaron la canal, e dizque aquella fué la primera vez que por allí navegaron, y en poco tiempo llegaron a las islas de la Tercera, y desde allí a Sevilla, y fueron en posta a la corte, questaba en Valladolid, y por presidente del Real Consejo de Indias don Juan Rodríguez de Fonseca, que era obispo de Burgos y se nombraba arzobispo de Rosano, y mandaba toda la corte, porquel emperador nuestro señor estaba en Flandes; y como nuestros procuradores le fueron a besar las manos al presidente muy ufanos, creyendo que les hiciera mercedes, y a dalle nuestras cartas y relaciones, y a presentar todo el oro y joyas, y le suplicaron que luego hiciese mensajero a Su Majestad y le enviasen aquel presente y cartas, y que ellos mesmos irían con ello a besar los reales pies; y porque se lo dijeron les mostró tan mala cara y peor voluntad, y aun les dijo palabras mal miradas, que nuestros embajadores estuvieron para le responder; de manera que se reportaron y dijeron que mirase su señoría los grandes servicios que Cortés y sus compañeros hacíamos a Su Majestad, y

que le suplicaban otra vez que todas aquellas joyas de oro y cartas y relaciones las enviase luego a Su Majestad, para que sepa lo que hay, y que ellos irían con él. Y les tornó a responder muy soberbiamente, y aun les mandó que no tuviesen ellos cargo dello, y que él escribiría lo que pasaba y no lo que le decían, pues se habían levantado contra el Diego Velázquez; y pasaron otras muchas palabras agras. Y en esta sazón llegó a la corte el Benito Martín, capellán de Diego Velázquez, otra vez por mí nombrado, dando muchas quejas de Cortés y de todos nosotros, de que el obispo se airó mucho más contra nosotros. Y porque el Alonso Hernández Puerto Carrero, como era caballero, primo del conde de Medellín, porquel Montejo estábase a la mira y no osaba desagradar al presidente, y decía al obispo que le suplicaba muy ahincadamente que sin pasión fuesen oídos, y que no dijese las palabras como decía, y que luego enviase aquellos recaudos, ansí como los traían, a Su Majestad, y que éramos muy buenos servidores de la real Corona y dinos de mercedes, y no de ser por palabras afrentados, y desque aquello oyó el obispo le mandó echar preso, y porque le informaron que había sacado de Medellín, tres años había, a una mujer y la llevó a las Indias. De manera que todos nuestros servicios y presentes de oro estaban del arte que aquí he dicho, y acordaron nuestros embajadores de callar hasta su tiempo e lugar. Y el obispo escribió a Su Majestad a Flandes en favor de su privado e amigo Diego Velázquez y muy malas palabras contra Cortés y contra todos nosotros, y no hizo relación de las cartas que le enviábamos, salvo que se había alzado Hernando Cortés al Diego Velázquez, e otras cosas que dijo. Volvamos a decir del Alonso Hernández Puerto Carrero y del Francisco de Montejo, y aun de Martín Cortés, padre del mismo Cortés, y de un licenciado Núñez, relator del Real Consejo de Su Majestad y cercano pariente de Cortés, que hacían por él, acordaron de enviar mensajero a Flandes con otras cartas como las que dieron al obispo, porque venían duplicadas las que enviamos con los procuradores, y escribieron a Su Majestad todo lo que pasaba, e la memoria de las joyas de oro del presente, y dando quejas del obispo y descubriendo los tratos que tenía con el Diego Velázquez. Y aun otros caballeros les favorescieron, que no estaban muy bien con el don Juan Rodríguez de Fonseca, porque, según decían, era mal quisto por muchas demasías y soberbias que mostraba con los grandes cargos que tenía. Y como nuestros grandes servicios son por Dios Nuestro Señor y por Su Majestad, y siempre poníamos nuestras fuerzas en ello, quiso Dios que Su Majestad lo alcanzó a saber muy claramente, y desque lo vió y entendió fué tanto el contentamiento que mostró, y los duques y marqueses y condes y otros caballeros questaban en su real corte, que en otra cosa no hablaban por algunos días sino de Cortés y de todos nosotros los que le ayudamos en las conquistas, y las riquezas que destas partes les enviamos. Y ansí por las cartas glosadas que sobrello le escrebió el obispo de Burgos, desque vió Su Majestad que todo era al contrarío de la verdad, desde allí adelante le tuvo mala voluntad al obispo, en especialmente que no envió todas las piezas de oro, e se quedó con gran parte dellas. Todo lo cual alcanzó a saber el mesmo obispo, que se lo escribieron desde Flandes, de lo cual rescibió muy grande enojo; y si de antes que fuesen nuestras cartas ante Su Majestad el obispo decía muchos males de

Cortés y de todos nosotros, desde allí adelante a boca llena nos llamaba de traidores; mas quiso Dios perdió la furia y braveza, que desde ahí a dos años fué recusado y aun quedó corrido y afrentado, y nosotros quedamos por muy leales servidores, como adelante diré que venga a coyuntura. Y escribió Su Majestad que presto vernía a Castilla y entendería en lo que nos conviniese e nos haría mercedes. Y porque adelante lo diré muy por extenso cómo y de qué manera pasó, se quedará aquí, ansí que nuestros procuradores, aguardando la venida de Su Majestad. Y antes que más pase adelante quiero decir, por lo que me han preguntado ciertos caballeros muy curiosos, y aun tienen razón de lo saber, que cómo puedo yo escrebir en esta relación lo que no vi, pues estaba en aquella sazón en las conquistas de la Nueva España, cuando nuestros procuradores dieron las cartas y recaudos y presentes de oro que llevaban para Su Majestad y tuvieron aquellas contiendas con el obispo de Burgos. A esto digo que nuestros procuradores nos escribían a los verdaderos conquistadores lo que pasaba, ansí lo del obispo de Burgos como lo que Su Majestad fué servido mandar en nuestro favor, letra por letra, en capítulos, y de qué manera pasaba. Y Cortés nos enviaba otras cartas que rescibía de nuestros procuradores a las villas donde vivíamos en aquella sazón, para que viésemos cuán bien negociaban con Su Majestad y cuán contrario teníamos al obispo. Y esto doy por descargo de lo que me preguntaban. Dejemos esto y digamos en otro capítulo lo que en nuestro real pasó.

CAPITULO LVII

Cómo después que partieron nuestros embajadores para Su Majestad con todo el oro y cartas y relaciones, lo que en el real se hizo y la justicia que Cortés mandó hacer.

Dende a cuatro días que partieron nuestros procuradores para ir antel emperador nuestro señor, como dicho habemos, y los corazones de los hombres son de mucha calidades e pensamientos, paresce ser que unos amigos y criados del Diego Velázquez, que se decían Pedro Escudero, e un Juan Cermeño, e un Gonzalo de Umbría, piloto, e un Bernaldino de Coria, vecino que fué después de Chiapa, padre de un Fulano Centeno, e un clérigo que se decía Juan Díaz, y ciertos hombres de la mar que se decían Peñates, naturales de Gibraleón, estaban mal con Cortés, los unos porque no les dió licencia para se volver a Cuba cuando se la había prometido, y otros porque no les dió parte del oro que enviamos a Castilla; los Peñates porque les azotó en Cozumel, como otra vez he dicho en el capítulo [1], cuando hurtaron los tocinos a un Barrio, acordaron todos de tomar un navío de poco porte e irse con él a Cuba a dar mandado al Diego Velázquez para avisalle cómo en La Habana podían tomar en la estancia de Francisco de Montejo a nuestros procuradores con el oro y recaudos, que según paresció que de otras personas

(1) Hay un espacio en blanco en el original.

questaban en nuestro real fueron aconsejados que fuesen a aquella estancia, y aun escribieron para quel Diego Velázquez tuviese tiempo de habellos a las manos; por manera que las personas que he dicho ya tenían metido matalotaje, que era pan cazabi y aceite y pescado y agua y otras probezas de lo que podían haber. E ya que se iban a embarcar y era amás de media noche, el uno dellos, que era el Bernaldino de Coria, paresce ser que se arrepintió de se volver a Cuba, lo fué a hacer saber a Cortés. Y como lo supo, e de qué manera y cuántos e por qué causa se querían ir, y quién fueron en los consejos y tramas para ello, les mandó luego sacar las velas e aguja y timón del navío, y los mandó echar presos, y les tomó sus confisiones; y confesaron la verdad y condenaron a otros questaban con nosotros que se disimuló por el tiempo, que no permitía otra cosa, y por sentencia que dió mandó ahorcar al Pedro Escudero e a Juan Cermeño, y cortar los pies al [1] piloto Gonzalo de Umbría, y azotar a los marineros Peñates, a cada doscientos azotes, y al padre Juan Díaz si no fuera de misa también le castigaran, mas metióle harto temor. Acuérdome que cuando Cortés firmó aquella sentencia dijo con grandes sospiros y sentimientos: "¡Oh, quién no supiera escrebir, por no firmar muertes de hombres!" Y parésceme que aqueste dicho es muy común entre jueces que sentencian algunas personas a muerte, que tomaron de aquel cruel Nerón, en el tiempo que dió muestras de buen emperador. E ansí como se hobo ejecutado la sentencia, se fué Cortés luego a matacaballo a Cempoal, que son cinco leguas de la villa, y nos mandó que luego fuésemos tras él doscientos soldados y todos los de caballo. Y acuérdome que Pedro de Alvarado, que había tres días que le había enviado Cortés con otros doscientos soldados por los pueblos de la Sierra por que tuviesen qué comer, porque en nuestra villa pasábamos mucha necesidad de bastimentos, y le mandó que se fuese a Cempoal, para que allí daríamos orden de nuestro viaje para México; por manera quel Pedro de Alvarado no se halló presente cuando se hizo la justicia que dicho tengo. Y desque nos vimos todos juntos en Cempoal, la orden que se dió en todo diré adelante.

CAPITULO LVIII

Cómo acordamos de ir a México, y antes que partiésemos dar todos los navíos al través, y lo que más pasó, y esto de dar con los navíos al través fué por consejo e acuerdo de todos nosotros los que éramos amigos de Cortés.

Estando en Cempoal, como dicho tengo, platicando con Cortés en las cosas de la guerra y camino que teníamos por delante, de plática en plática le aconsejamos los que éramos sus amigos, y otros hobo contrarios, que no dejase navío ninguno en el puerto, sino que luego diese al través con todos y

(1) Hay un espacio en blanco en el original.

no quedasen embarazos, por que entretanto questábamos en la tierra adentro no se alzasen otras personas, como los pasados, y demás desto, que terníamos mucha ayuda de los maestros y pilotos y marineros, que serían al pie de cient personas, e que mejor nos ayudarían a velar y a guerrear que no estar en el puerto. Y según entendí, esta plática de dar con los navíos al través, que allí le propusimos, el mismo Cortés lo tenía ya concertado, sino quiso que saliese de nosotros, porque si algo le demandasen que pagasen los navíos, que era por nuestro consejo y todos fuésemos en los pagar. Y luego mandó a un Juan de Escalante, que era alguacil mayor y persona de mucho valor e gran amigo de Cortés y enemigo del Diego Velázquez, porque en la isla de Cuba no le dió buenos indios, que luego fuese a la villa y que de todos los navíos se sacasen todas las anclas y cables y velas y lo que dentro tenían de que se pudiesen aprovechar, y que diese con todos ellos al través, que no quedasen más de los bateles, e que los pilotos y maestres viejos y marineros que no eran para ir a la guerra que se quedasen en la villa, y con dos chinchorros que tuviesen cargo de pescar, que en aquel puerto siempre había pescado, y aunque no mucho. Y el Juan de Escalante lo hizo según y de la manera que le fué mandado, y luego se vino a Cempoal con una capitanía de hombres de la mar, que fueron los que sacó de los navíos, y salieron algunos dellos muy buenos soldados. Pues hecho esto, mandó Cortés llamar a todos los caciques de la serranía de los pueblos, nuestros confederados y rebelados al gran Montezuma, y les dijo cómo habían de servir a los que quedaban en la Villa Rica e acabar de hacer la iglesia y fortaleza y casas, y allí delante dellos tomó Cortés por la mano al Juan de Escalante, y les dijo: "Este es mi hermano". E lo que les mandasen que lo hiciesen, e que si hobiese menester favor y ayuda contra algunos indios mexicanos, que a él ocurriesen, quél iría en persona a les ayudar. Y todos los caciques se ofrecieron de buena voluntad de hacer lo que les mandase. Acuérdome que luego le sahumaron al Juan de Escalante con sus incensios, y aunque no quiso. Ya he dicho era persona muy bastante para cualquier cargo, e amigo de Cortés, y con aquella confianza le puso en aquella villa y puerto por capitán para si algo enviase Diego Velázquez que hobiere resistencia. Y dejallo he aquí, y diré lo que pasó.

Aquí es donde dice el coronista Gomara que cuando Cortés mandó barrenar los navíos, que no lo osaba publicar a los soldados que quería ir a México en busca del gran Montezuma. No pasó como dice, pues ¿de qué condición somos los españoles para no ir adelante y estarnos en partes que no tengamos provecho e guerras? También dice el mismo Gomara que Pedro de Ircio quedó por capitán en la Vera Cruz; no le informaron bien; Juan de Escalante fué el que quedó por capitán e alguacil mayor de la Nueva España, que aun al Pedro de Ircio no le habían dado cargo ninguno, ni aun de cuadrillero.

CAPITULO LIX

De un razonamiento que Cortés nos hizo después de haber dado con los navíos al través y [cómo] aprestábamos nuestra ida para México.

Después de haber dado con los navíos al través a ojos vistas, y no como lo dice el coronista Gomara, una mañana, después de haber oído misa, estando questábamos todos los capitanes y soldados juntos hablando con Cortés en cosas en lo militar, dijo que nos pedía por merced que le oyésemos, y propuso un razonamiento desta manera. Que ya habíamos entendido la jornada que íbamos y que, mediante Nuestro Señor Jesucristo, habíamos de vencer todas las batallas y reencuentros; y que habíamos destar tan prestos para ello como convenia, porque en cualquier parte donde fuésemos desbaratados, lo cual Dios no permitiese, no podríamos alzar cabeza, por ser muy pocos, y que no teníamos otro socorro ni ayuda sino el de Dios, porque ya no teníamos navíos para ir a Cuba, salvo nuestro buen pelear y corazones fuertes; y sobre ello dijo otras muchas comparaciones y hechos heroicos de los romanos. Y todos a una le respondimos que haríamos lo que ordenase, que echada estaba la suerte de la buena ventura, como dijo Julio César sobre el Rubicón, pues eran todos nuestros servicios para servir a Dios y a Su Majestad. Y después deste razonamiento, que fué muy bueno (cierto con otras palabras más melosas y elocuencia que no yo aquí las digo), y luego mandó llamar al cacique gordo y le tornó a traer a la memoria que tuviesen muy reverenciada y limpia la iglesia e cruz, y demás desto le dijo que se quería partir luego para México a mandar a Montezuma que no robe ni sacrifique; e que ha menester doscientos indios tamemes para llevar el artillería, que ya he dicho otra vez que llevan dos arrobas a cuestas e andan con ellas cinco leguas, y también le demandó cincuenta principales hombres de guerra que fuesen con nosotros.

Estando desta manera para partir vino de la Villa Rica un soldado con una carta de Juan de Escalante, que ya le había mandado Cortés que fuese a la Villa para que le enviase otros soldados, y lo que en la carta decía el Escalante era que andaba un navío por la costa, y que le había hecho ahumadas y otras grandes señas, y habia puesto unas mantas blancas por banderas, y que cabalgó a caballo con una capa de grana colorada por que le viesen los del navío, y que le paresció a él que bien vieron las señas y banderas y caballo y capa y no quisieron venir al puerto; y que luego envió españoles a ver en qué paraje iba el navío, y que le trujeron respuesta que tres leguas de allí estaba surto, cerca de un río, y que se lo hace saber para ver lo que manda. Y como Cortés vió la carta, mandó luego a Pedro de Alvarado que tuviese cargo de todo el ejército questaba allí en Cempoal, y juntamente con el Gonzalo de Sandoval, que ya daba muestras de varón muy esforzado, como siempre lo fué, y éste fué el primer cargo que tuvo el Sandoval, y aun por le haber dado aquel cargo y se le dejó de dar Alonso de Avila tuvieron ciertas cosquilla el Alonso de Avila y el Sandoval. Y luego Cortés cabalgó con cuatro de caballo que le acompañaron, y mandó que le siguiésemos cin-

cuenta soldados de los más sueltos. E Cortés allí nos nombró los que habíamos de ir con él, y aquella noche llegamos a la Villa Rica. Y lo que allí pasamos se dirá adelante.

Y también había otros soldados muy esforzados que se decían Andrés de Tapia y Cristóbal de Olea natural de Castilla la Vieja, no lo digo por el maestre de Campo que se decía Cristóbal de Olí, y un Juan de Serna, Bernal Díaz del Castillo. Pongo el postrero de estos esforzados soldados que uno é otros eran hombres para ser capitanes y buenos guerrreros, y por sus muchas virtudes les dió cargo de capitanes de que dejaron todos muy buena fama. Volvamos a nuestra relación [1].

CAPITULO LX

Cómo Cortés fué adonde estaba surto el navío, y prendimos seis soldados y marineros que del navío hobimos, y lo que sobrello pasó.

Ansí como llegamos a la Villa Rica, como dicho tengo, vino Juan de Escalante a hablar a Cortés y le dijo que sería bien ir luego aquella noche al navío, por ventura no alzase velas e se fuese; y que reposase el Cortés, quél iría con veinte soldados. Y Cortés dijo que no podía reposar, que cabra coja no tenga siesta; que él quería ir en persona con los soldados que consigo traía; y antes que bocado comiésemos comenzamos a caminar la costa adelante, y topamos en el camino a cuatro españoles que venían a tomar posesión en aquella tierra por Francisco de Garay, gobernador de Jamaica, los cuales enviaba un capitán questaba poblado en el río de Panuco, que se llamaba Alonso Alvarez Pineda o Pinedo, y los cuatro españoles que tomamos se decían Guillén de la Loa, éste venía por escribano, y los testigos que traía para tomar la posesión se decían Andrés Núñez, y era carpintero de ribera, y el otro se decía maestre Pedro el de la Arpa, y era valenciano; el otro no me acuerdo el nombre. Y desque Cortés hobo bien entendido cómo venían a tomar posesión en nombre de Francisco de Garay, y supo que quedaba en Jamaica y enviaba capitanes, preguntóles Cortés que por qué título o por qué vía venían aquellos capitanes, y respondieron los cuatro hombres que en el año de mill y quinientos y diez y ocho, como había fama en todas las islas de las tierras que descubrimos cuando lo de Francisco Hernández de Córdoba e Juan de Grijalba y llevamos a Cuba los veinte mill pesos de oro a Diego Velázquez, que entonces tuvo relación el Garay del piloto Antón de Alaminos y de otro piloto que habíamos traído con nosotros que podía pedir a Su Majestad, desde el río de San Pedro y San Pablo, por la banda del Norte, todo lo que descubriese, y como el Garay tenía en la Corte quien le favorescía, que era el obispo de Burgos, y el licenciado Zapata, y el secretario Conchillos, con el favor que esperaba envió un su mayordomo, que se decía

(1) Este último párrafo, escrito de puño y letra de Bernal Díaz del Castillo, está en una tira de papel agregada al manuscrito original.—*(J. A. V. C.)*

Torralba, a lo negociar, y trujo provisiones para que fuese adelantado y gobernador desde el río de San Pedro y San Pablo y de todo lo que descubriese; y por aquellas provisiones envió luego tres navíos con hasta doscientos y setenta soldados con bastimentos y caballos, con el capitán por mí memorado, que se decía Alonso Alvarez Pineda o Pinedo, y questaba poblado en un río que se dice de Panuco, obra de setenta leguas de allí, y quellos hicieron lo que su capitán les mandó, e que no tienen culpa. Y desque lo hobo entendido Cortés, con palabras amorosas les halagó y dijo que si podríamos tomar aquel navío. Y el Guillén de la Loa, que era el más principal de los cuatro hombres, dijo que capearían y harían lo que pudiesen, y por bien que los llamaron y capearon, ni por señas que les hicieron, no quisieron venir, porque, según dijeron aquellos hombres, su capitán les mandó que mirasen que los soldados de Cortés no topasen con ellos, porque tenían noticia questábamos en aquella tierra. Y desque vimos que no venía el batel, bien entendimos que desde el navío nos habían visto venir por la costa adelante, y que si no era con maña no volverían con el batel aquella tierra. Y rogóles Cortés que se desnudasen aquellos cuatro hombres sus vestidos para que se vistiesen otros cuatro de los nuestros, e ansí lo hicieron. Y luego nos volvimos por la costa adelante por donde habíamos venido, para que nos viesen volver y creyesen los del navío que de hecho nos volvimos. Y quedábamos los cuatro de nuestros soldados vestidos los vestidos de los otros cuatro; y estuvimos con Cortés en el monte escondidos hasta más de media noche, que se puso la luna e hizo escuro para volvernos enfrente del riachuelo, como nos volvimos, y muy escondidos que no parescíamos otros sino los cuatro soldados de los nuestros que he dicho. Y desque amanesció comenzaron a capear los cuatro soldados, y luego vinieron en el batel seis marineros, y los dos saltaron en tierra a henchir dos botijas de agua, y entonces aguardamos los que estábamos con Cortés escondidos que saltasen los demás, y no quisieron saltar en tierra, y los cuatro de los nuestros que tenían vestidos las ropas de los otros de Garay hacían que se estaban lavando las manos y escondiendo las caras e rostros, y decían los del batel: "Veníos a embarcar; ¿qué hacéis? ¿Por qué no venís?" Entonces respondió uno de los nuestros: "Salta en tierra e veréis aquí un pozo". Y como desconocieron en la voz se volvieron con su batel, y por más que les llamaron no quisieron responder; y queríamos les tirar con las escopetas y ballestas; y Cortés dijo que no se hiciese tal, que se fuesen con Dios a dar mandado a su capitán. Por manera que se hobieron de aquel navío seis soldados; los cuatro que hobimos primero y dos marineros que saltaron en tierra; y ansí nos volvimos a la Villa Rica; y todo esto sin comer cosa ninguna. Y esto es lo que se hizo, y no como lo escribe el coronista Gomara, porque dice que vino Garay en aquel tiempo, y no fué así, que primero que viniese envió tres capitanes con navíos, lo cual diré adelante en qué tiempo vinieron e qué se hizo dellos, e también en el tiempo que vino Garay. Y pasemos adelante, y diré cómo acordamos de ir a México.

CAPITULO LXI

Cómo acordamos de ir a la ciudad de México, y por consejo del cacique fuimos por Tascala, y de lo que nos acaesció, ansí de rencuentros de guerra como otras cosas que nos avinieron.

Después de bien considerada la partida para México, tomamos consejo sobre el camino que habíamos de llevar, y fué acordado por los principales de Cempoal quel mejor y más conviniente camino era por la provincia de Tascala, porque eran sus amigos, y mortales enemigos de mexicanos. Y ya tenían aparejados cuarenta principales, y todos hombres de guerra, que fueron con nosotros y nos ayudaron mucho en aquella jornada, y más nos dieron doscientos tamemes para llevar el artillería, que para nosotros, los pobres soldados, no habíamos menester ninguno, porque en aquel tiempo no teníamos qué llevar, porque nuestras armas, ansí lanzas como escopetas y ballestas y rodelas y todo otro género dellas, con ellas dormíamos e caminábamos, y calzados nuestros alpargatos, que era nuestro calzado, y, como he dicho, siempre muy apercebidos para pelear. Y partimos de Cempoal de mediado el mes de agosto de mill e quinientos y diez y nueve años, y siempre con muy buena orden, y los corredores del campo y ciertos soldados muy sueltos delante. Y la primera jornada fuemos a un pueblo que se dice Jalapa, y desde allí a Socochima, y estaba bien fuerte y mala entrada, y en él había muchas parras de uva de la tierra; y en estos pueblos se les dijo con doña Marina y Jerónimo de Aguilar, nuestras lenguas, todas las cosas tocantes a nuestra santa fe, y cómo éramos vasallos del emperador don Carlos, e que nos envió para quitar que no haya más sacrificios de hombres, ni se robasen unos a otros, y se les daclaró muchas cosas que se convenían decir. Y como eran amigos de los de Cempoal y no tributaban a Montezuma, hallábamos en ellos buena voluntad y nos daban de comer. Y se puso en cada pueblo una cruz, y se les declaró lo que significaba, e que la tuviesen en mucha reverencia. Y desde Socochima pasamos unas altas sierras y puerto y llegamos a otro pueblo que se dice Tejutla, e también hallamos en ellos buena voluntad, porque tampoco daban tributo a México, como los demás. Y desde aquel pueblo acabamos de subir todas las sierras y entramos en el despoblado, donde hacía muy gran frío, y granizó y llovió. Aquella noche tuvimos falta de comida y venía un viento de la sierra nevada, que estaba a un lado, que nos hacía temblár de frío, porque como habíamos venido de la isla de Cuba e de la Villa Rica, y toda aquella costa es muy calurosa, y entramos en tierra fría y no teníamos con qué nos abrigar, sino con nuestras armas, sentíamos las heladas como éramos acostumbrados a diferente temple. Y desde allí pasamos a otro puerto, donde hallamos unas caserías y grandes adoratorios de ídolos, que ya he dicho que se dicen cues, y tenían grandes rimeros de leña para el servicio de los ídolos questaban en aquellos adoratorios, y tampoco tuvimos qué comer, y hacía recio frío. Y desde allí entramos en tierra de un pueblo que se dice Zocotlán, y enviamos dos indios de Cempoal a decille al cacique cómo íbamos; que tuviesen por bien nuestra llegada a sus casas. Y era sujeto de México. Y

siempre caminábamos muy apercebidos y con gran concierto porque víamos que ya era otra manera de tierra. Y desde que vimos blanquear azoteas y las casas del cacique y los cues y adoratorios, que eran muy altos y encalados, parescían muy bien como algunos pueblos de nuestra España. Y pusímosle nombre Castil Blanco, porque dijeron unos soldados portugueses que parescía a la villa de Castil Blanco, de Portugal, y ansí se llama agora. Y como supieron en aquel pueblo por los mensajeros que enviamos cómo íbamos, salió el cacique a recibirnos con otros principales, junto a sus casas; el cual cacique se llamaba Olintecle, y nos llevaron a unos aposentos, y nos dieron de comer poca cosa e de mala voluntad. Y desque hobimos comido, Cortés les preguntó con nuestras lenguas de las cosas de su señor Montezuma, y dijo de sus grandes poderes de guerreros que tenía en todas las provincias sus subjetas, sin otros muchos ejércitos que tenían en las fronteras y provincias comarcanas; y luego dijo de la gran fortaleza de México, y cómo estaban fundadas las casas sobre agua, y que de una casa a otra no se podía pasar sino por puentes que tenían hechos y en canoas, y las casas todas de azoteas, y en cada azotea, si querían poner mamparos, eran fortalezas, y que para entrar dentro en su ciudad que había tres calzadas, y en cada calzada cuatro o cinco aberturas, por donde pasaba el agua de una parte a la otra; en cada una de aquella abertura había una puente, y con alzar cualquiera dellas, que son hechas de madera, no pueden entrar en México. Y luego dijo del mucho oro y plata y piedras chalchivis y riquezas que tenía Montezuma, que nunca acababa de decir otras muchas cosas, de cuán gran señor era, que Cortés y todos nosotros estábamos admirados de lo oír. Y con todo cuanto contaban de su gran fortaleza y puentes, como somos de tal calidad los soldados españoles, quisiéramos ya estar probando ventura; y aunque nos parescía cosa imposible, según lo señalaba y decía el Olintecle, y verdaderamente era México muy más fuerte y tenía mayores pertrechos de albarradas que todo lo que decía, porque una cosa es haberlo visto la manera y fuerzas que tenía que no como lo escribo. Y dijo que era tan gran señor Montezuma, que todo lo que quería señoreaba, y que no sabía si sería contento desque supiese nuestra estada allí en aquel pueblo, por nos haber aposentado y dado de comer sin su licencia. Y Cortés le dijo con nuestras lenguas: "Pues hágoos saber que nosotros venimos de lejos tierras por mandado de nuestro rey y señor, ques el emperador don Carlos, de quien son vasallos muchos y grandes señores, y envía a mandar a ese vuestro gran Montezuma que no sacrifique ni mate ningunos indios, ni robe sus vasallos, ni tome ningunas tierras, y para que dé la obidiencia a nuestro rey y señor; y agora lo digo ansimismo a vos, Olintecle, y a todos los más caciques que aquí estáis que dejéis vuestros sacrificios y no comáis carnes de vuestros prójimos, ni hagáis sodomías, ni las cosas feas que soléis hacer, porque ansí lo manda Nuestro Señor Dios, ques el que adoramos y creemos, y nos da la vida y la muerte, y nos ha de llevar a los cielos". Y se les declaró otras muchas cosas tocantes a nuestra santa fe. Y ellos a todo callaban. Y dijo Cortés a los soldados que allí nos hallamos: "Parésceme, señores, que ya que no podemos hacer otra cosa, sino que se ponga una cruz". Y respondió el padre fray Bartolomé de Olmedo: "Parésceme, señor, que en estos pueblos no es tiempo para dejalles

cruz en su poder, porque son desvergonzados y sin temor, y como son vasallos de Montezuma no la quemen o hagan alguna cosa mala. Y esto que se les ha dicho basta hasta que tengan más conocimiento de nuestra santa fe". Y ansí se quedó sin poner la cruz. Dejemos esto y de las santas amonestaciones, y digamos que como llevábamos un lebrel de gran cuerpo, que era de Francisco de Lugo, y ladraba mucho de noche, paresce ser preguntaban aquellos caciques del pueblo a los amigos que traíamos de Cempoal que si era tigre o león o cosa con que matábamos los indios. Y respondieron: "Tráenlo para cuando alguno los enoja los mate". Y también les preguntaron que aquellas lombardas que traíamos qué hacían con ellas. Y respondieron que con unas piedras que metíamos dentro dellas matábamos a quien queríamos, y que los caballos, que corrían como venados, y que alcanzábamos con ellos a quien les mandábamos. Y dijo el Olintecle y los demás principales: "Luego de esa manera, teules deben de ser". Ya he dicho otras veces que a los ídolos o sus dioses o cosas malas llamaban teules. Y respondieron nuestros amigos: "Pues como agora los veis, por eso mira no hagais cosa con que les deis enojo, que luego lo sabrán, que saben lo que tenéis en el pensamiento, porque estos teules son los que prendieron a los recaudadores de vuestro gran Montezuma y mandaron que no le diesen más tributos en todas las sierras, ni en nuestro pueblo de Cempoal, y éstos son los que nos derrocaron de nuestros cues nuestros teules y pusieron los suyos, y han vencido los de Tabasco y Chanpoton, y son tan buenos, que hicieron amistades entre nosotros y los de Cingapacinga, y, demás de esto, ya habréis visto cómo el gran Montezuma, aunque tiene tantos poderes, les envía oro y mantas; y agora han venido a este nuestro pueblo, y veo que no les dais nada; anda presto y traedles algún presente". Por manera que traíamos con nosotros buenos echacuervos, porque luego trujeron cuatro pinjantes y tres collares y unas lagartijas, y todo de oro, y aunque era muy bajo; y más trujeron cuatro indias que fueron buenas para moler pan, y una carga de mantas. Cortés los rescibió con alegre voluntad y con grandes ofrecimientos. Acuérdome que tenía en una plaza adonde estaban unos adoratorios puestos tantos rimeros de calaveras de muertos, que se podían contar, según el concierto como estaban puestas, que al parescer que serían más de cien mill, y digo otra vez sobre cient mill; y en otra parte de la plaza estaban otros tantos remeros de zancarrones, huesos de muerto que no se podían contar, y tenían en unas vigas muchas cabezas colgadas de una parte a otra, y estaban guardando aquellos huesos y calaveras tres papas que, según entendimos, tenían cargo dellos; de lo cual tuvimos que mirar más después que entramos bien la tierra adentro en todos los pueblos estaban de aquella manera, e también y en lo de Tascala. Pasado todo esto que aquí he dicho, acordamos de ir nuestro camino por Tascala, porque decían nuestros amigos estaban muy cerca y que los términos estaban allí juntos, donde tenían puestos por señales unos mojones. Y sobre ello se preguntó al cacique Olintecle que cuál era mejor camino y más llano para ir a México; y dijo que por un pueblo muy grande que se decía Cholula, y los de Cempoal dijeron a Cortés: "Señor, no vayas por Cholula, que son muy traidores y tiene allí siempre Montezuma sus guarniciones de guerra", y que fuésemos por Tascala, que eran sus amigos y enemigos de mexicanos. Y ansí

acordamos de tomar el consejo de los Cempoal, que Dios lo encaminaba todo. Y Cortés demandó luego al Olintecle veinte hombres principales guerreros que fuesen con nosotros, y luego nos lo dieron; y otro día de mañana fuimos camino de Tascala y llegamos a un poblezuelo que era de los de Xalacingo; y de allí enviamos por mensajeros dos indios de los principales de Cempoal, de los que solían decir muchos bienes y loas de los tascaltecas, y que eran sus amigos, y les enviamos una carta, puesto que sabíamos que no la entenderían, y también un chapeo de los vedejudos colorados de Flandes que entonces se usaban. Y lo que se hizo diremos adelante.

CAPITULO LXII

Cómo se determinó que fuésemos por Tascala, y les enviábamos mensajeros para que tuviesen por bien nuestra ida por su tierra, y cómo prendieron a los mensajeros, y lo que más se hizo.

Como salimos de Castilblanco y fuimos por nuestro camino, los corredores del campo siempre adelante e muy bien apercebidos e gran concierto, los escopeteros y ballesteros como convenía, y los de a caballo mucho mejor, y siempre nuestras armas vestidas, como lo teníamos de costumbre. Dejemos desto, que no sé para qué gasto más palabras sobrello, sino que estábamos tan apercebidos, ansí de dia como de noche, que si diesen alarma diez veces en aquel punto, nos hallaran muy prestos, y con aquesta orden llegamos a un poblezuelo de Xalacingo; y allí nos dieron un collar de oro y unas mantas y dos indias, y desde aquel pueblo enviamos dos mensajeros principales de los de Cempoal a Tascala con una carta y con un chapeo vedejudo de Flandes, colorado, que se usaban entonces; y puesto que la carta bien entendimos que no la sabrían leer, sino que como viesen el papel diferenciado de lo suyo, conoscerían que era de mensajería. Y lo que les enviamos a decir era que íbamos a su pueblo, que lo tuviesen por bien, que no les íbamos a hacer enojo, sino tenelles por amigos; y esto fué porque en aquel poblezuelo nos certificaron que toda Tascala estaba puesta en armas contra nosotros, porque, según paresció, ya tenían noticia cómo íbamos y llevábamos en nuestra compañía muchos amigos, ansí de Cempoal como los de Zocotlán y de otros pueblos por donde habíamos pasado, y todos solían dar tributo a Montezuma, tuvieron por cierto que íbamos contra ellos, y como otras veces con mañas y cautelas les entraban en la tierra y se la saqueaban, pensaron querían hacer lo mismo agora. Por manera que luego que llegaron los dos nuestros mensajeros con la carta y el chapeo y comenzaron a decir su embajada, los mandaron prender, sin ser más oídos. Y estuvimos aguardando respuesta aquel día y otro, y desque no venían, después de haber hablado Cortés a los principales de aquel pueblo y dicho las cosas que convenían decir acerca de nuestra santa fe, y cómo éramos vasallos de nuestro rey y señor, que nos envió a estas partes para quitar que no

sacrifiquen ni maten hombres, ni coman carne humana, ni hagan las torpedades que suelen hacer, y se les dijo otras muchas cosas que en los más pueblos por donde pasábamos les solíamos decir, y después de muchos ofrescimientos que les hizo que les ayudaría y les demandó veinte indios principales de guerra que fuesen con nosotros, y ellos nos los dieron de buena voluntad. Y con la buena ventura, encomendándonos a Dios, partimos otro día para Tascala; y yendo por nuestro camino vienen nuestros dos mensajeros que tenían presos, que paresce ser que como andaban revueltos en la guerra, los indios que los tenían a cargo y guarda se descuidaron y soltaron de las prisiones, y vinieron tan medrosos de lo que habían visto e oído, que no lo acertaban a decir, porque, según dijeron, cuando estaban presos, que les amenazaban y les decían: "Agora hemos de matar a esos que llamáis teules, y comer sus carnes, y veremos si son tan esforzados como publicáis; y también comeremos vuestras carnes, pues venís con traiciones y con embustes de aquel traidor de Montezuma". Y por más que les decían los mensajeros que éramos contra los mexicanos y que a todos los tascaltecas los queremos tener por hermanos, no aprovechaban nada sus razones. Y desque Cortés y todos nosotros entendimos aquellas soberbias palabras y cómo estaban de guerra, puesto que nos dió bien qué pensar en ello, dijimos todos: "Pues que ansí es, adelante en buen hora". Y nos encomendamos a Dios, y nuestra bandera tendida, que llevaba el alférez Corral, porque ciertamente nos certificaron los indios del poblezuelo donde dormimos que habían de salir al camino a nos defender la entrada, y ansimismo nos lo dijeron los de Cempooal, como dicho tengo. Pues yendo desta manera siempre íbamos hablando cómo habían de entrar y salir los de caballo a media rienda y las lanzas algo terciadas y de tres en tres, por que se ayudasen, e que cuando rompiésemos por los escuadrones, que llevasen las lanzas por las caras y no parasen a dar lanzadas, por que no les echasen manos dellas, y que si acaesciese que les echasen mano, que con toda fuerza la tuviesen y debajo del brazo se ayudasen, y, poniendo espuelas, con la furia del caballo se la tornarían a sacar o llevarían al indio arrastrando. Dirán agora que para qué tanta diligencia sin ver contrarios guerreros que nos acometiesen. A esto respondo y digo que decía Cortés: "Mira, señores compañeros; ya veis que somos pocos; hemos destar siempre tan apercibidos y avisados como si ahora viésemos venir los contrarios a pelear, y no solamente vellos venir, sino hacer cuenta que ya estamos en la batalla con ellos, y que como acaesce muchas veces que echan mano de la lanza, por esto habemos destar avisados para el tal menester; ansí dello como de otras cosas que convienen en lo militar, que ya bien he entendido que en el pelear no tenemos nescesidad de avisos, porque he conoscido que por bien que yo lo quiera decir lo hacéis muy más animosamente". Y desta manera caminamos obra de dos leguas, y hallamos una fuerza bien fuerte, hecha de calicanto y de otro betún tan recio que con picos de hierro era mala de deshacer, y hecha de tal manera, que para defensa y ofensa era harto recia de tomar. Y parámonos a mirar en ella, y preguntó Cortés a los indios de Zocotlán que a qué fin tenían aquella fuerza hecha de aquella manera. Y dijeron que como entre su señor Montezuma y los de Tascala tenían guerras a la continua, que los tascaltecas, para defender sus pueblos,

la habían hecho tan fuerte, porque ya aquélla es su tierra. Y reparamos un rato y nos dió bien qué pensar en ello y en la fortaleza. Y Cortés dijo: "Señores, sigamos nuestra bandera, ques la señal de la santa cruz, que con ella venceremos". Y todos a una le respondimos que vamos mucho en buena hora, que Dios es la fuerza verdadera. Y ansí comenzamos a caminar con el concierto que he dicho. Y no muy lejos vieron nuestros corredores del campo hasta treinta indios questaban por espías y tenían espadas de dos manos, y rodelas y lanzas y penachos; y las espadas son de pedernales, que cortan más que navajas, puestas de arte que no se pueden quebrar ni quitar las navajas, y son largas como montantes; y tenían sus divisas y penachos como he dicho. Y vistos por nuestros corredores del campo, volvieron a dar mandado. Y Cortés mandó a los mismos que corriesen tras ellos y que procurasen de tomar alguno, sin heridas; y luego envió otros cinco de caballo por que si hobiese alguna celada para que se ayudasen. Y con todo nuestro ejército dimos priesa, y el paso largo y con gran concierto, porque los amigos que traíamos nos dijeron que ciertamente tenían gran copia de guerreros en celadas. Y desque los treinta indios questaban por espías vieron que los de a caballo iban hacia ellos y los llamaban con la mano, no quisieron aguardar hasta que los alcanzaron, y quisieran tomar alguno dellos; mas defendiéronse muy bien, que con los montantes y sus lanzas hirieron los caballos. Y desque los nuestros los vieron tan bravamente pelear y sus caballos heridos, procuraron hacer lo que eran obligados, y mataran cinco dellos. Y estando en esto viene muy de presto y con gran furia un escuadrón de tascaltecas, questaban en celada, de más de tres mill dellos, y comenzaron a flechar en todos los nuestros de caballo, que ya estábamos juntos todos, y dan una buena refriega de flechas y varas tostadas, y con sus montantes hacían maravillas. Y en este instante llegamos con nuestra artillería y escopetas y ballestas, y poco a poco comenzaron a volver las espaldas, puesto que se detuvieron buen rato peleando con buen concierto. Y en aquel rencuentro hirieron a cuatro de los nuestros, y parésceme que desde ahí a pocos días murió el uno de las heridas. Y como era tarde, se fueron recogiendo y no los seguimos, y quedaron muertos hasta diez y siete dellos, sin muchos heridos. Y donde aquellas rencillas pasamos era llano, y había muchas casas y labranzas de maíz e magueyales, ques donde hacen el vino; y dormimos cabe un arroyo, y con el unto de un indio gordo de los que allí matamos, que se abrió, se curaron los heridos, que aceite no lo había. Y tuvimos muy bien de cenar de unos perrillos que ellos crían, puesto questaban todas las casas despobladas y alzado el hato, y aunque a los perrillos llevaban concigo, de noche se volvían a sus casas, y allí los apañábamos, que era harto buen mantenimiento. Y estuvimos toda la noche muy a punto con escuchas y buenas rondas y corredores del campo, y los caballos ensillados y enfrenados, por temor no diesen sobre nosotros. Y quedarse ha aquí, y diré de las guerras que nos dieron.

CAPITULO LXIII

De las guerras y batallas muy peligrosas que tuvimos con los tascaltecas, y de lo que más pasó.

Otro día, después de nos encomendar a Dios, partimos de allí, muy concertados nuestros escuadrones y los de caballo muy avisados cómo habían de entrar rompiendo, y salir, y en todo caso procurar que no nos rompiesen ni nos apartasemos de otros e yendo ansi viniesen a encontrar con nosotros dos escuadrones de guerreros, que habría seis mill, con grandes gritas y atambores y trompetillas, y flechando y tirando varas y haciendo como fuertes guerreros. Cortés mandó questuviésemos quedos, y con tres prisioneros que les habíamos tomado el día antes les enviamos a decir y a requerir no diesen guerra, que les queremos tener por hermanos; y dijo a uno de nuestros soldados, que se decía Diego de Godoy, que era escribano de Su Majestad, que mirase lo que pasaba y diese testimonio dello si se hobiese menester, porque en algún tiempo no nos demandasen las muertes y daños que se recresciesen, pues les requeríamos con la paz. Y como les hablaron los tres prisioneros que les enviamos, mostráronse muy más recios y nos daban tanta guerra que no les podíamos sufrir. Entonces dijo Cortés: "Santiago, y a ellos". Y de hecho arremetimos de manera que les matamos y herimos muchas de sus gentes con los tiros; y entrellos tres capitanes; y vanse retrayendo hacia unos arcabuezos donde estaban en celada sobre más de cuarenta mill guerreros con su capitán general, que se decía Xicotenga, y con sus devisas de blanco y colorado; porque aquella devisa y librea era la de aquel Xicotenga. Y como había allí unas quebradas, no nos podíamos aprovechar de los caballos, y con mucho concierto las pasamos, y al pasar tuvimos muy gran peligro, porque se aprovechaban de su buen flechar, y con sus lanzas y montantes nos hacían mala obra, y aun las ondas y piedras como granizos eran harto malas. Y desque nos vimos en lo llano con los caballos y artillería, nos lo pagaban; mas no osamos deshacer nuestro escuadrón, porquel soldado que en algo se demandaba para seguir a algunos de los montantes o capitanes luego era herido y corría gran peligro. Y andando en estas batallas, nos cercan por todas partes, que no nos podíamos valer poco ni mucho, que no osábamos arremeter a ellos si no era todos juntos, por que no nos desconcertasen y rompiesen, y si arremetíamos, hallábamos sobre veinte escuadrones sobre nosotros que nos resistían; y estaban nuestras vidas en mucho peligro, porque eran tantos guerreros que a puñadas de tierra nos cegaran, sino que la gran misericordia de Dios socorría y nos guardaba. Y andando en estas priesas, entre aquellos grandes guerreros y sus temerosos montantes, parece ser acordaron de se juntar muchos dellos, de mayores fuerzas, para tomar a manos algún caballo, y lo pusieron por obra arremetiendo, e echan mano a una muy buena yegua y bien revuelta de juego y de carrera, y el caballero que en ella iba, buen jinete, que se decía Pedro de Morón, y como entró rompiendo con otros tres de a caballo entre los escuadrones de los contrarios, porque ansí les era mandado, por que se ayudasen unos a otros, échanle mano de la lanza, que no la pudo sacar, y otros le dan de cuchilladas con los montantes, y le hirieron malamente, y entonces dieron

una cuchillada a la yegua que le cortaron el pescuezo redondo y colgado del pellejo; y allí quedó muerta. Y si de presto no socorrieran sus compañeros de a caballo al Pedro Morón, también le acabaran de matar, pues quizás podíamos con todo nuestro escuadrón ayudalle, digo otra vez que por temor que no nos acabasen de desbaratar no podíamos ir a una parte ni a otra, que harto teníamos que sustentar no nos llevasen de vencida, questábamos muy en peligro; y todavía acudimos a la priesa de la yegua y tuvimos lugar de salvar al Morón y quitárseles de poder, que ya le llevaban medio muerto, y cortamos la cincha de la yegua por que no se quedase allí la silla; y allí en aquel socorro hirieron diez de los nuestros, y tengo para mí que matamos entonces cuatro capitanes, porque andábamos juntos, pie con pie, y con las espadas les hacíamos mucho daño, porque como aquello pasó se comenzaron a retirar y llevaron la yegua, la cual hicieron pedazos para mostrar en todos los pueblos de Tascala. Y después supimos que habían ofrescido a sus ídolos las herraduras y el chapeo de Flandes, y las dos cartas que les enviamos para que viniesen de paz. La yegua que mataron era de un Joan Sedeño, y porque en aquella sazón estaba herido el Sedeño de tres heridas del día antes, por esta causa se la dió al Morón, que era muy buen jinete. Y murió el Morón entonces, o de allí a dos días, de las heridas, porque no me acuerdo verle más. Y volvamos a nuestra batalla. Que como había una hora questábamos en las rencillas peleando y los tiros les debieron hacer mucho mal, porque como eran muchos andaban tan juntos, y por fuerza les habían de llevar copia dellos; pues los de caballo y escopetas y ballestas y espadas y rodelas y lanzas todos a una peleábamos como varones por salvar nuestras vidas y hacer lo que éramos obligados, porque ciertamente las teníamos en gran peligro, cual nunca estuvieron. Y a lo que después nos dijeron, en aquella batalla les matamos muchos indios, y entrellos ocho capitanes muy principales e hijos de los viejos caciques, questaban en el pueblo cabecera mayor, y a esta causa se retrujeron con muy buen concierto, y a nosotros que no nos pesó dello, y no los seguimos porque no nos podíamos tener en los pies de cansados; allí nos quedamos en aquel poblezuelo, que todos aquellos campos estaban muy poblados, y aun tenían hechas otras casas debajo de tierra, como cuevas, en que vivían muchos indios, y llamábase donde pasó esta batalla Tehuacingo o Tehuacacingo, y fué dada en dos días de setiembre de mill e quinientos y diez y nueve años. Y desque nos vimos con vitoria dimos muchas gracias a Dios que nos libró de tan grandes peligros, y desde allí nos retrujimos luego con todo nuestro real a unos cues questaban buenos y altos, como en fortaleza, y con el unto del indio que ya he dicho otras veces se curaron nuestros soldados, que fueron quince, y murió uno dellos de las heridas, y también se curaron cuatro caballos questaban heridos. Y reposamos y cenamos muy bien aquella noche, porque teníamos muchas gallinas y perrillos que hobimos en aquellas casas, y con muy buen recaudo descuchas y rondas y los corredores del campo descansamos hasta otro día por la mañana. En aquesta batalla prendimos quince indios y los dos dellos principales. Una cosa tenían los tascaltecas en esta batalla y en todas las demás: que en hiriéndoles culquiera indio luego los llevaban y no podíamos ver los muertos.

CAPITULO LXIV

Cómo tuvimos nuestro real asentado en unos pueblos y caseríos que se dice Teoacingo o Tevacingo, y lo que allí hecimos.

Como nos sentimos muy trabajados de las batallas pasadas y estaban muchos soldados y caballos heridos, sin los que allí murieron, y teníamos nescesidad de adobar las ballestas y alistar de saetas, estuvimos un día sin hacer cosa que de contar sea; y otro día por la mañana dijo Cortés que sería bueno ir a correr el campo con los de caballo questaban buenos para ello, por que no pensasen los tascaltecas que dejábamos de guerrear por la batalla pasada, y por que viesen que siempre los habíamos de seguir, y el día pasado habíamos estado sin salir a los buscar, e que era mejor irles nosotros acometer quellos a nosotros, por que no sintiesen nuestra flaqueza y porque aquel campo es muy llano y muy poblado. Por manera que con siete de a caballo y pocos ballesteros y escopeteros y obra de doscientos soldados y con nuestros amigos, salimos y dejamos en el real buen recaudo, según nuestra posibilidad, y por las casas y pueblos por donde íbamos prendimos hasta veinte indios e indias, sin hacelles ningún mal, y los amigos, como son crueles, quemaron muchas casas y trujeron bien de comer y gallinas y perrillos; e luego mos volvimos al real, que era cerca. Y acordó Cortés se soltasen los prisioneros, y se les dió primero de comer, y doña Marina y Aguilar les halagaron y dieron cuentas y les dijeron que no fuesen más locos e que viniesen de paz, que nosotros los queremos ayudar y tener por hermanos; y entonces también soltamos los dos prisioneros primeros que eran principales, y se les dió otra carta para que fuesen a decir a los caciques mayores questaban en el pueblo cabecera de todos los de aquella provincia, que no les venimos a hacer mal ni enojo, sino para pasar por su tierra e ir a México a hablar a Montezuma. Y los dos mensajeros fueron al real de Xicotenga, questaba de allí obra de dos leguas, en unos pueblos y casas que me parece que se llamaban Tecuacinpacingo, y como les dieron la carta y dijeron nuestra embajada, la respuesta que les dió Xicotenga que fuésemos a su pueblo, a donde está su padre, y que allá harán las paces con hartarse de nuestras carnes y honrar sus dioses con nuestros corazones y sangre, e que para otro día de mañana veríamos su respuesta. Y desque Cortés y todos nosotros oímos aquellas tan soberbias palabras, como estábamos hostigados de las pasadas batallas e rencuentro, verdaderamente no lo tuvimos por bueno, y aquellos mensajeros los halagó Cortés con blandas palabras, porque les parescíó que habían perdido el miedo, y les mandó dar unos sartalejos de cuentas, y esto para tornallas a enviar por mensajeros sobre la paz. Entonces se informó muy por extenso cómo y de qué manera estaba el capitán Xicotenga, y qué poderes tenía consigo, y le dijeron que tenía mucha más gente que la otra vez cuando nos dió guerra, porque traía cinco capitanes consigo, y que cada capitanía traía diez mill guerreros, y fué desta manera que lo contaba: que de la parcialidad de Xicotenga, que ya no vía de viejo, padre del mismo capitán, venían diez mill, y de la parte de otro gran cacique que se decía Maseescasi, otros diez

mill, y de otro gran principal, que se decía Chichimecatecle, otros tantos, y de la parte de otro cacique, señor de Topeyanco, que se decía Tecapaneca, otros diez mill, e de otro cacique que se decía Guaxoban, otros diez mill; por manera que eran a la cuenta cincuenta mill, y que habían de sacar su bandera y seña, que era una ave blanca, tendidas las alas como que quería volar, que paresce como avestruz, y cada capitanía con su divisa y librea, porque cada cacique ansí las tenían diferenciadas como en nuestra Castilla tienen los duques e condes. Y todo esto que aquí he dicho tuvísmolo por muy cierto, porque ciertos indios de los que tuvimos presos, que soltamos aquel día, lo decían muy claramente, y aunque no eran creídos por entonces. Y desque aquello vimos, como somos hombres y temíamos la muerte, muchos de nosotros y aun todos los demás nos confesamos con el padre de la Merced y con el clérigo Joan Díaz, que toda la noche estuvieron en oír de penitencia, y encomendámonos a Dios que nos librase no fuésemos vencidos; y desta manera pasamos hasta otro día. Y la batalla que nos dieron, aquí lo diré.

CAPITULO LXV

De la gran batalla que hobimos con el poder de Tascalteca, y quiso Dios Nuestro Señor darnos vitoria, y lo que más pasó es lo siguiente.

Otro día de mañana, que fueron el cinco de setiembre de mill e quinientos y diez y nueve años, pusimos los caballos en concierto, que no quedó ninguno de los heridos que allí no saliesen para hacer cuerpo y ayudasen lo que pudiesen; y apercebidos los ballesteros que con gran concierto gastasen el almacén, unos armando, otros soltando, y los escopeteros por el consiguiente, y los de espada y rodela que la estocada o cuchillada que diésemos que pasasen las entrañas por que no se osasen juntar tanto como la otra vez. El artillería bien apercebida iba; y como ya tenían aviso los de caballo que se ayudasen unos a otros y las lanzas terciadas, sin pararse a lancear, sino por las caras y ojos, entrando y saliendo a media rienda, y que ninguno soldado saliese del escuadrón. Y con nuestra bandera tendida y cuatro compañeros aguardando al alférez Corral, ansí salimos de nuestro real; y no habíamos andado medio cuarto de legua cuando vimos asomar los campos llenos de guerreros con grandes penachos y sus devisas y mucho ruido de trompetillas y bocinas. Aquí había bien quescrebir y ponello en relación lo que en esta peligrosa e dudosa batalla pasamos, porque nos cercaron por todas partes tantos guerreros, que se podría comparar como si hobiese unos grandes prados de dos leguas de ancho e otras tantas de largo; en medio dellos, cuatrocientos hombres; ansí era: todos los campos llenos dellos y nosotros obra de cuatrocientos, muchos heridos y dolientes. Y supimos cierto questa vez que venían con pensamiento que no habían de dejar ninguno de nosotros con vida que no habían de ser sacrificados a sus ídolos. Volvamos a la batalla. Pues como comenzaron a romper con nosotros, ¡qué granizo de piedra de

los honderos! Pues flecheros, todo el suelo hecho parva de varas tostadas de a dos gajos, que pasan cualquiera arma y las entrañas adonde no hay defensa, y los despada y rodela y de otras mayores quespadas, como montantes y lanzas, ¡qué priesa nos daban y con qué braveza se juntaban con nosotros y con qué grandísimas gritas y alaridos! Puesto que nos ayudábamos con tan gran concierto con nuestra artillería y escopetas y ballestas, que les hacíamos harto daño; a los que se nos llegaban con sus espadas y montantes les dábamos buenas estocadas, que les hacíamos apartar, y no se juntaban tanto como la otra vez pasada; y los de a caballo estaban tan diestros y hacíanlo tan varonilmente, que, después de Dios, ques el que nos guardaba, ellos fueron fortaleza. Yo vi entonces medio desbaratado nuestro escuadrón, que no aprovechaban voces de Cortés ni de otros capitanes para que tornásemos a cerrar; tanto número de indios cargó entonces sobre nosotros, que milagrosamente, a puras estocadas, les hicimos que nos diesen lugar, con que volvimos a ponernos en concierto. Una cosa nos daba la vida, y era que como eran muchos y estaban amontonados, los tiros les hacían mucho mal, y, demás desto, no se sabían capitanear, porque no podían llegar todos los capitanes con sus gentes, y, a lo que supimos, desde la otra batalla pasada habían tenido pendencias y rencillas entre el capitán Xicotenga con otro capitán hijo de Chichimecatecle, sobre que decía el un capitán al otro que no había hecho bien en la batalla pasada, y el hijo de Chichimecatecle respondió que muy mejor quél y se lo haría conoscer de su persona a la de Xicotenga. Por manera que en esta batalla no quiso ayudar con su gente el Chichimecatecle al Xicotenga; antes supimos muy ciertamente que convocó a la capitanía de Guaxolcingo que no pelease, y, demás desto, desde la batalla pasada temían los caballos e tiros y espadas y ballestas y nuestro buen pelear, y sobre todo la gran misericordia de Dios, que nos daba esfuerzo para nos sustentar. Y como el Xicotenga no era obedescido de dos capitanes y nosotros les hacíamos gran daño, que les matábamos muchas de sus gentes, las cuales encubrían porque, como eran muchos, en hiriéndolos a cualquiera de los suyos luego lo apañaban y lo llevaban a cuestas, ansí en esta batalla como en la pasada no podíamos ver ningún muerto. Y como ya peleaban de mala gana y sintieron que las capitanías de los dos capitanes por mí memorados no les acudían, comenzaron a aflojar, y porque, según paresció, en aquella batalla matamos un capitán muy principal, que de los otros no los cuento, comenzaron a retraerse con buen concierto, y los de caballo, a media rienda, siguiéndoles poco trecho, porque no se podían ya tener de cansados. Y desque nos vimos libres de aquella multitud de guerreros dimos muchas gracias a Dios. Allí nos mataron un soldado y hirieron más de sesenta, y también hirieron a todos los caballos. A mí me dieron dos heridas, la una en la cabeza, de pedrada, y otra en el muslo, de un flechazo, más no eran para dejar de pelear y velar y ayudar a nuestros soldados; y ansimismo lo hacían todos los soldados questaban heridos, que si no eran muy peligrosas las heridas habíamos de pelear y velar con ellas, porque de otra manera pocos quedaran questuviesen sin heridas. Y luego nos fuimos a nuestro real muy contentos y dando muchas gracias a Dios, y enterramos el muerto en una de aquellas casas que tenían hechas en los soterráneos, por que no lo viesen los indios que éramos

mortales, sino que creyesen que éramos teules, como ellos decían; y derrocamos mucha tierra encima de la casa por que no oliesen los cuerpos, y se curaron todos los heridos con el unto del indio que otras veces he dicho. ¡Oh qué mal refrigerio teníamos, que aun aceite para curar ni sal había! Otra falta teníamos y grande, que era ropa para nos abrigar, que venía un viento tan frío de la sierra nevada, que nos hacía ateritar, porque las lanzas y escopetas y ballestas mal nos cobijaban. Aquella noche dormimos con más sosiego que la pasada, puesto que teníamos mucho recaudo de corredores y espías y velas y rondas. Y dejallo he aquí, e diré lo que otro día hecimos. En esta batalla prendimos tres indios principales.

CAPITULO LXVI

Cómo otro día enviamos mensajeros a los caciques de Tascala, rogándoles con la paz, y lo que sobrello hicieron.

Después de pasada la batalla por mí memorada y prendidos en ella los tres indios principales, enviólos luego nuestro capitán Cortés juntamente con los dos questaban en nuestro real que habían ido otras veces por mensajeros, y les mandó que dijesen a los caciques de Tascala que les rogábamos que luego vengan de paz y que nos den pasada por su tierra para ir a México, como otras veces les hemos enviado a decir, e que si agora no vienen, que les mataremos todas sus gentes, y porque les queremos mucho y tener por hermanos no les quisiéramos enojar si ellos no hobiesen dado causa a ello; y se les dijo muchos halagos para traellos a nuestra amistad. Y aquellos mensajeros fueron luego de buena gana a la cabecera de Tascala y dijeron su embajada a todos los caciques por mí ya nombrados, los cuales hallaron juntos, con otros muchos viejos y papas, y estaban muy tristes, ansí del mal subceso de la guerra como de la muerte de los capitanes parientes o hijos suyos, que en las batallas murieron, y diz que no los quisieron escuchar de buena gana; y lo que sobrello acordaron fué que luego mandaron llamar todos los adivinos y papas y otros que echaban suertes, que llaman Tacal naguas, que son como hechiceros, y dijeron que mirasen por sus adivinanzas y hechizos y suertes qué gente éramos y si podríamos ser vencidos dándonos guerra de día y de noche a la contina, y también para saber si éramos teules, ansí como les decían los de Cempoal, que ya he dicho otras veces que son cosas malas como demonios, e qué cosas comíamos, e que mirasen todo esto con mucha diligencia. Y después que se juntaron los adevinos y hechiceros y muchos papas, y hechas sus adevinanzas y echadas sus suertes, y todo lo que solían hacer, paresce ser dijeron que en las suertes hallaron que éramos hombres de hueso y carne, y que comíamos gallinas y perros y pan y fruta cuando lo teníamos, y que no comíamos carnes de indios ni corazones de los que matábamos, porque, según paresció, los indios amigos que traíamos de Cempoal les hicieron en creyente que éramos teules e que comíamos cora-

zones de los indios, y que las lombardas echaban rayos como caen del cielo, y quel lebrel que era tigre o león, y que los caballos eran para alcanzar a los indios cuando los queríamos matar; y les dijeron otras muchas niñerías. Y lo peor de todo que les dijeron sus papas y adivinos fué que de día no podíamos ser vencidos, sino de noche, porque como anochecía se nos quitaban las fuerzas, y más les dijeron los hechiceros que éramos esforzados, y que todas estas virtudes teníamos de día hasta que se ponía el sol, y desque anochecía no teníamos fuerza ninguna. Y desque aquello entendieron los caciques y lo tuvieron por muy cierto, se lo enviaron a decir a su capitán general Xicotenga, para que luego con brevedad venga una noche con grandes poderes a nos dar guerra. El cual desque lo supo juntó obra de diez mill indios, los más esforzados que tenían, y vino a nuestro real y por tres partes nos encomenzó a dar una mano de flecha y tirar varas con sus tiraderas de un gajo, y los de espadas y macanas y montantes por otra parte, por manera que de repente tuvieron por cierto que llevarían algunos de nosotros para sacrificar. Y mejor lo hizo Nuestro Señor Dios, que por muy secretamente que ellos venían nos hallaron muy apercebidos; porque como sintieron su gran ruido que traían a matacaballo vinieron nuestros corredores del campo y las espías a dar alarma, y como estábamos tan acostumbrados a dormir calzados y las armas vestidas, y los caballos ensillados y enfrenados, y todo género de armas muy a punto, les resistimos con las escopetas y ballestas y a estocadas. De presto vuelven las espaldas. Y como era el campo llano y hacia luna, los de a caballo los siguieron un poco, donde por la mañana hallamos tendidos, muertos y heridos hasta veinte dellos, por manera que se vuelven con gran pérdida y muy arrepentidos de la venida de noche; y aun oí decir que como no les subcedió bien lo que los papas y las suertes y hechiceros les dijeron, que sacrificaron a dos dellos. Aquella noche mataron un indio de nuestros amigos de Cempoal e hirieron dos soldados y un caballo, y allí prendimos cuatro dellos. Y desque nos vimos libres de aquella arrebatada refriega dimos gracias a Dios y enterramos el amigo de Cempoal, y curamos los heridos y al caballo y dormimos lo que quedó de la noche con grande recaudo en el real, ansí como lo teníamos de costumbre. Y desque amanesció y nos vimos todos heridos, a dos y a tres heridas, y muy cansados, y otros dolientes y entrapajados, y Xicotenga que siempre nos seguía, y faltaban ya sobre cuarenta y cinco soldados que se habían muerto en las batallas y dolencias y fríos, y estaban dolientes otros doce, y ansimismo nuestro capitán Cortés también tenía calenturas, y aun el padre de la Merced, que con los trabajos y peso de las armas que siempre traíamos a cuestas, y otras malas venturas de fríos y falta de sal, que no la comíamos ni la hallábamos, y, demás desto, dábamos qué pensar qué fin habríamos en aquestas guerras, e, ya que allí se acabasen, qué sería de nosotros adonde habíamos de ir, porque entrar en México teníamoslo por cosa recia, a

causa de sus grandes fuerzas, e decíamos que cuando aquellos de Tascala nos han puesto en aquel punto y nos hicieron en creyente nuestros amigos los de Cempoal questaban de paz, que cuando nos viésemos en la guerra con los grandes poderes de Montezuma que qué podríamos hacer. Y, demás de esto, no sabíamos de los que quedaron poblados en la Villa Rica, ni ellos de nosotros. Y como entre todos nosotros había caballeros y soldados tan excelentes varones y tan esforzados y de buen consejo que Cortés ninguna cosa decía ni hacía sin primero tomar sobrello muy maduro consejo y acuerdo con nosotros, puesto quel coronista Gomara diga hizo Cortés esto, fué allá, vino de acullá, y dice otras tantas cosas que no llevan camino, y aunque Cortés fuera de hierro, según lo cuenta el Gomara en su historia, no podía acudir a todas partes. Bastaba que dijera que lo hacía como buen capitán. Y esto digo porque después de las grandes mercedes que Nuestro Señor nos hacía, en todos nuestros hechos y en las vitorias pasadas y en todo lo demás, paresce ser que a los soldados nos daba Dios gracias y buen consejo para aconsejar que Cortés hiciese todas las cosas muy bien hechas. Dejemos de loar y hablar en loas pasadas, pues no hacen mucho a nuestra historia, y digamos cómo todos a una esforzábamos a Cortés y le dijimos que curase su persona, que ya allí estábamos, y que con el ayuda de Dios, que pues habíamos escapado de tan peligrosas batallas, que para algún buen fin era Nuestro Señor Jesucristo servido guardarnos, y que luego soltase los prisioneros y que los enviase a los caciques mayores, otra vez por mí memorados, que vengan de paz, e que se les perdonará todo lo hecho y la muerte de la yegua. Dejemos esto y digamos cómo doña Marina, con ser mujer de la tierra, qué esfuerzo tan varonil tenía, que con oir cada día que nos habían de matar y comer nuestras carnes con ají, y habernos visto cercados en las batallas pasadas, y que agora todos estábamos heridos y dolientes, jamás vimos flaqueza en ella, sino muy mayor esfuerzo que de mujer, y a los mensajeros que agora enviábamos les habló la doña Marina y Jerónimo de Aguilar que vengan luego de paz, que si no vienen dentro de dos días les iremos a matar y destruir sus tierras, e iremos a buscarlos a su ciudad. Y con estas bravosas palabras fueron a la cabecera donde estaba Xicotenga "el Viejo" y Maseescasi. Dejemos esto y diré otra cosa: que he visto quel coronista Gomara no escribe en su historia ni hace mención si nos mataban o estábamos heridos, ni pasábamos trabajo, ni adolescíamos, sino todo lo que escribe es como quien va de bodas y lo hallábamos hecho. ¡Oh cuán mal le informaron los que tal le aconsejaron que lo pusiese así en su historia! Y a todos los conquistadores nos ha dado qué pensar en lo que ha escrito, no siendo así, y debía considerar que desque viésemos su historia habíamos de decir la verdad. Olvidemos a Gomara y digamos cómo nuestros mensajeros fueron a la cabecera de Tascala con nuestro mensaje, y parésceme que llevaron una carta que, aunque sabíamos que no la habían de entender, sino que se tenía por cosa de mandamiento, y con ella una saeta; y hallaron a los dos caciques mayores questaban hablando con otros principales. Y lo que sobrello respondieron, adelante lo diré.

CAPITULO LXVII

Cómo tornamos a enviar mensajeros a los caciques de Tascala para que vengan de paz, y lo que sobrello hicieron y acordaron.

Como llegaron a Tascala los mensajeros que enviamos a tratar de las paces, les hallaron questaban en consulta los dos más principales caciques, que se decían Maseescasi y Xicotenga "el Viejo", padre del capitán general, que también se decía Xicotenga, otras muchas veces por mí memorado. Y desque les oyeron su embajada estuvieron suspensos un rato, que no hablaron, y quiso Dios quespiró en los pensamientos que hiciesen paces con nosotros. Y luego enviaron a llamar a todos los más caciques y capitanes que había en sus poblazones ya los de una provincia questá junto con ellos, que se dice Huexocingo, queran sus amigos y confederados; y todos juntos en aquel pueblo que estaban, que era cabecera, les hizo Maseescasi y el viejo Xicotenga, que eran bien entendidos, un razonamiento, casi que fué desta manera, según después se entendió, aunque no las palabras formales: "Hermanos y amigos nuestros: Ya habéis visto cuántas veces esos teules que están en el campo esperando guerras nos han enviado mensajeros a demandar paz, y dicen que nos vienen a ayudar y tener el lugar de hermanos, y ansimismo habéis visto cuántas veces han llevado presos muchos de nuestros vasallos, que no les hacen mal, y luego los sueltan. Bien veis cómo les hemos dado guerra tres veces con todos nuestros poderes, ansí de día como de noche, y no han sido vencidos, y ellos nos han muerto en los combates que les hemos dado muchas de nuestras gentes e hijos y parientes y capitanes. Agora de nuevo vuelven a demandar paz, y los de Cempoal que traen su compañía dicen que son contrarios de Montezuma y sus mexicanos, y que les han mandado que no le den tributo los pueblos de la sierra totonaques, ni los de Cempoal; pues bien se os acordará que los mexicanos nos dan guerra cada año, de más de cient años a esta parte, y bien veis questamos en estas nuestras tierras como acorralados, que no osamos salir a buscar sal, ni aun la comemos, ni aun algodón, que pocas mantas dello traemos, pues si salen o han salido algunos de los nuestros a la buscar, pocos vuelven con las vidas, questos traidores mexicanos y sus confederados nos los matan y hacen esclavos. Ya nuestros tacalnaguas y adivinos y papas nos han dicho lo que sienten de las personas destos teules, y que son esforzados; lo que me peresce es que procuremos de tener amistad con ellos, y si no fueren hombres, sino teules, de una manera o de otra les hagamos buena compañía; y luego vayan cuatro nuestros principales y les lleven muy bien de comer; y mostrémosles amor y paz, por que nos ayuden y defiendan de nuestros enemigos, y traigámosles aquí luego con nosotros, y démosles mujeres para que de su generación tengamos parientes, pues, según dicen los embajadores que nos envían a tratar las paces, que traen mujeres entrellos". Y desque oyeron este razonamiento todos los caciques y principales, les paresció bien y dijeron que era cosa acertada, y que luego vayan a entender en las paces, y que se le envíe a hacer saber a su capitán Xicotenga y a los demás capitanes que consigo tiene para

que luego se vengan sin dar más guerras, y les digan que ya tenemos hechas paces; y enviaron luego mensajeros sobrello. Y el capitán Xicotenga "el Mozo" no lo quiso escuchar a los cuatro principales, y mostró tener enojo y los trató mal de palabras, y que no estaba por las paces; y dijo que ya había muerto muchos teules, y la yegua, y que él quería dar otra noche sobre nosotros y acabarnos de vencer y matar. La cual respuesta desque la oyó su padre Xicotenga "el Viejo", y Maseescasi y los demás caciques se enojaron de manera que luego enviaron a mandar a los capitanes y a todo su ejército que no fuesen con el Xicotenga a nos dar guerra, ni en tal caso le obedeciesen en cosa que les mandase, si no fuese para hacer paces; y tampoco lo quiso obedecer. Y desque vieron la desobidiencia de su capitán, luego enviaron los cuatro principales que otra vez les habían mandado, que viniese a nuestro real y trujesen bastimento y para tratar las paces en nombre de toda Tascala y Guaxocingo, y los cuatro viejos, por temor de Xicotenga "el Mozo", no vinieron en aquella sazón. Y porque en un estante acaescen dos y tres cosas, ansí en nuestro real como en este tratar de paces, y por fuerza tengo de tomar entre manos lo que más viene al propósito, dejaré de hablar en los cuatro indios principales que envían a tratar las paces, que aún no han venido por temor de Xicotenga. En este tiempo fuimos con Cortés a un pueblo junto a nuestro real, y lo que pasó diré adelante.

CAPITULO LXVIII

Cómo acordamos de ir a un pueblo questaba cerca de nuestro real, y lo que sobrello se hizo.

Como había dos días questábamos sin hacer cosas que de contar sea, fué acordado, y aun aconsejamos a Cortés, que un pueblo questaba obra de una legua de nuestro real, que le habíamos enviado a llamar de paz y no venía, que fuésemos una noche y diésemos sobrél, no para hacelles mal, digo matalles, ni herilles, ni traellos presos. mas de traer comida y atemorizalles o hablalles de paz, según viésemos lo que ellos hacían; y dícese este pueblo Zunpancingo, y era cabecera de muchos pueblos chicos, y era sujeto el pueblo donde estábamos, allí adonde teníamos nuestro real que se dice Tecoadzumpancingo, que todo alrededor estaban muy poblado. Por manera que una noche, al cuarto de la modorra, madrugamos para ir aquel pueblo con seis de caballo, de los mejores, y con los más sanos soldados y con diez ballesteros y ocho escopeteros, y Cortés por nuestro capitán, puesto que tenía calenturas o tercianas, y dejamos el mejor recaudo que podíamos en el real. Antes que amanesciese con dos horas comenzamos a caminar, y hacia un viento tan frío aque-

lla mañana, que venía de la sierra nevada, que nos hacía temblar o tiritar, y bien lo sintieron los caballos que llevábamos, porque dos dellos se atorzonaron e estaban temblando, de lo cual nos pesó, creyendo no se muriesen. Y Cortés los mandó que se volviesen al real los caballeros dueños cúyos eran a curar dellos; y como estaba cerca el pueblo, llegamos antes que fuese de día. Y desque nos sintieron los naturales dél fuéronse huyendo de sus casas, dando voces unos a otros que se guardasen de los teules, que les íbamos a matar, que no se aguardaban padres a hijos. Y desque aquello vimos hicimos alto en un patio hasta que fué de día, que no se les hizo ningún daño. Y desque unos papas questaban en unos cues y otros viejos principales vieron questábamos allí sin les hacer enojo ninguno, vienen a Cortés y le dicen que les perdonen porque no han ido a nuestro real de paz ni llevar de comer cuando los enviamos a llamar, y la causa ha sido que el capián Xicotenga, questá de allí muy cerca, se lo ha enviado a decir que no lo den, y porque de aquel pueblo y otros muchos le bastecen su real, e que tiene consigo los hombres de guerra hijos de aquel pueblo y de toda la tierra de Tascala. Y Cortés les dijo con nuestras lenguas, doña Marina y Aguilar, que siempre iban con nosotros a cualquiera entrada que íbamos, y aunque fuese de noche, que no hobiesen miedo, y que luego fuesen a decir a sus caciques a la cabecera que vengan de paz, porque la guerra es mala para ellos. Y envió aquestos papas porque de los otros mensajeros que habíamos enviado aún no teníamos respuesta ninguna de lo por mí memorado sobre que enviábamos a tratar las paces a los caciques de Tascala con los cuatro principales, que no habían venido en aquella sazón. Y aquellos papas de aquel pueblo buscaron de presto sobre cuarenta gallinas y gallos y dos indias para moler tortillas, y las trujeron. Y Cortés se lo agradesció y mandó que luego lo llevasen veinte indios de aquel pueblo a nuestro real, y sin temor ninguno fueron con el bastimento y se estuvieron en el real hasta la tarde, y se les dió contezuelas, con que volvieron muy contentos a su casa, e a todas aquellas caserías nuestros vecinos decían que éramos buenos, que no les enojábamos, y aquellos papas y viejos se lo hicieron saber al capitán Xicotenga como habían dado la comida y las indias, y riñó mucho con ellos, y fueron luego a la cabecera a hacello saber a los caciques viejos, y desque lo supieron que no les hacíamos mal ninguno, y aunque pudiéramos matalles aquella noche muchos de sus gentes, y les enviamos a demandar paces, se holgaron y les mandaron que cada día nos trajesen todo lo que hobiésemos menester, y tornaron otra vez a mandar a los cuatro principales que otras veces les encargaron las paces que luego en aquel instante fuesen a nuestro real y llevasen toda la comida que les mandaban. Y ansí nos volvimos luego a nuestro real con el bastimento e indias y muy contentos. E quedarse aquí, y diré lo que pasó en el real entre tanto que habíamos ido aquel pueblo.

CAPITULO LXIX

Cómo desque volvimos con Cortés de Cinpancingo con bastimentos, y hallamos en nuestro real ciertas pláticas, y lo que Cortés respondió a ellas.

Vueltos de Zunpancingo, que ansí se dice, con los bastimentos y muy contentos en dejallos de paz, hallamos en el real corrillos y pláticas sobre los grandísimos peligros en que cada dia estábamos en aquella guerra. Y desque hobimos llegado avivaron más la plática, y los que más en ello hablaban e asistían eran los que en la isla de Cuba dejaban sus casas y repartimientos de indios. Y juntáronse hasta siete dellos, que aquí no quiero nombrar por su honor, y fueron al rancho y aposento de Cortés; y uno dellos, que habló por todos, que tenía buena expresiva, y aun tenía bien en la memoria lo que había de proponer, dijo, como a manera de aconsejarle a Cortés, que mirase cuál andábamos, malamente heridos y flacos, y corridos, y los grandes trabajos que teníamos, ansí de noche, con velas y con espías y rondas y corredores del campo, como de día e de noche peleando, y que por la cuenta que han echado, que desque salimos de Cuba faltaban ya sobre cincuenta y cinco compañeros, y que no sabemos de los de la Villa Rica que dejamos poblados, e que pues Dios nos había dado vitoria en las batallas y reencuentros desque venimos de Cuba e en aquella provincia habíamos habido, y con su gran misericordia nos sostenía, e que no le debíamos tentar tantas veces, e que no quiera ser peor que Pedro Carbonero, que nos había metido en parte que no se esperaba sino que un día o otro habíamos de ser sacrificados a los ídolos, lo cual plega a Dios tal no permita, e que sería bien volver a nuestra villa y que en la fortaleza que hecimos y entre los pueblos de los totonaques, nuestros amigos, nos estaríamos hasta que hiciésemos un navío que fuese a dar mandado a Diego Velázquez y a otras partes e islas para que nos enviasen socorros e ayudas, y que agora fueran buenos los navíos que dimos con todos al través, o que se quedaran siquiera dos para nescesidad, si se ocurriese, y que sin dalles parte dello ni de cosa ninguna, por consejo de quien no saben considerar las cosas de fortuna, mandó dar con todos al través, y que plega a Dios quél ni los que tal consejo le dieron no se arrepientan dello, y que ya no podíamos sufrir la carga, cuanto más muchas sobrecargas, y que andábamos peores que bestias, porque a las bestias desque han hecho sus jornadas les quitan las albardas y les dan de comer, y reposan, y que nosotros de día y de noche siempre andábamos cargados de armas y calzados; y más le dijeron: que mirase en todas las historias, ansí de romanos como las de Alejandro, ni de otros capitanes de los muy nombrados que en el mundo habido, no se atrevió a dar con los navíos al través, y con tan poca gente meterse en tan grandes poblazones y de muchos guerreros, como él ha hecho, y que paresce que es homecillo de su muerte y de todos nosotros, e que quiera conservar su vida y las nuestras, e que luego nos volviésemos a la Villa Rica, pues estaba de paz la tierra, y que no se lo habían dicho hasta entonces porque no han visto tiempo para ello por los muchos guerreros que teníamos cada día por delante y en los lados, y pues ya no tornaban de nuevo,

lo cual creían que se volverían, pues Xicotenga, con su gran poder, no nos ha venido a buscar aquellos tres días pasados, que debe estar allegando gente, y que no deberíamos aguardar otra como las pasadas; y le dijeron otras cosas sobre el caso. E viendo Cortés que se lo decían algo como soberbios, puesto que iban a manera de consejo, les respondió muy mansamente, y dijo que bien conoscido tenía muchas cosas de las que habían dicho, e que a lo que ha visto y tiene creído, que en el universo hobiese otros españoles más fuertes ni con tanto ánimo hayan peleado y pasado tan excesivos trabajos como éramos nosotros, e que andar con las armas a la contina a cuestas, y velas y rondas y fríos, que si ansí no lo hobiéramos hecho, ya fuéramos perdidos, y por salvar nuestras vidas que aquellos trabajos y otros mayores habíamos de tomar; e dijo: "¿Para qués, señores, contar en esto cosas de valentías, que verdaderamente Nuestro Señor es servido ayudarnos?; que cuando se me acuerda vernos cercados de tantas capitanías de contrarios, y verles esgremir sus montantes y andar tan junto de nosotros, agora me pone grima, especial cuando nos mataron la yegua de una cuchillada, cuán perdidos y desbaratados estábamos, y entonces conoscí vuestro muy grandísimo ánimo más que nunca". Y pues Dios nos libró de tan gran peligro, que esperanza tenía que ansí había de ser de allí adelante. Y más dijo: "Pues en todos estos peligros no me conosceríades tener pereza, que en ellos me hallaba con vosotros". E tuvo razón de lo decir, porque ciertamente en todas las batallas se hallaba de los primeros. "He querido, señores, traeros esto a la memoria, que pues Nuestro Señor fué servido guardarnos, tuviésemos esperanza que ansi había de ser adelante; pues desque entramos en la tierra en todos los pueblos les predicamos la santa dotrina lo mejor que podemos, y les procuramos de deshacer sus ídolos, y pues que ya víamos quel capitán Xicotenga ni sus capitanías no parescen, y que de miedo no debe de osar volver, porque les debiéramos de hacer mala obra en las batallas pasadas, y que no podría ya juntar sus gentes, habiendo ya sido desbaratado tres veces, y por esta causa tenía confianza en Dios y en su abogado señor Sant Pedro, que ruega por nosotros, que era fenescida la guerra de aquella provincia, y agora, como habéis visto, traen de comer los de Cinpancingo y quedan de paz, y estos nuestros vecinos questán por aquí poblados en sus casas, y que en cuanto dar con los navíos al través, fué muy bien aconsejado, y que si no llamó alguno dellos al consejo, como a otros caballeros, por lo que sintió en el Arenal, que no lo quisiera traer agora a la memoria, y quel acuerdo y consejo que agora le dan es todo de una manera quel que le podrían dar entonces, y que miren que hay otros muchos caballeros en el real que serán muy contrarios de lo que agora piden y aconsejan, y que encaminemos siempre todas las cosas a Dios y seguillas en su santo servicio será mejor. Y a lo que, señores, decís que jamás capitán romano de los muy nombrados han acometido tan grandes hechos como nosotros, dicen verdad, y ahora y adelante, mediante Dios, dirán en las historias que de esto harán memoria mucho más que de los antepasados; pues, como he dicho, todas nuestras cosas son en servicio de Dios y de nuestro gran emperador don Carlos. Y aun debajo de su recta justicia y cristiandad somos ayudados de la misericordia de Dios Nuestro Señor, y nos sosterná que vamos de bien en mejor. Ansí que, señores,

no es cosa bien acertada volver un paso atrás; que si nos viesen volver estas gentes y los que dejamos de paz, las piedras se levantarían contra nosotros, y como agora nos tienen por dioses o ídolos, que ansí nos llaman, nos juzgarían por muy cobardes y de pocas fuerzas. Y a lo que decís de estar entre los amigos totonaques, nuestros aliados, si nos viesen que damos vuelta sin ir a México, se levantarían contra nosotros, y la causa dello sería que como les quitamos que no diesen tributo a Montezuma, enviaría sus poderes mexicanos contra ellos para que le tornasen a tributar, y sobrello dalles guerra, y aun les mandara que nos la den a nosotros, y ellos por no ser destruídos, porque les temen en gran manera, lo pornían por la obra. Ansí que donde pensábamos tener amigos serían enemigos. Pues desque lo supiese el gran Montezuma que nos habíamos vuelto, ¡qué diría! ¡en qué ternía nuestras palabras ni lo que le enviamos a decir! Que todo era cosa de burla o juego de niños. Ansí que, señores, mal allá y peor acullá, más vale que estemos aquí donde estamos, ques bien llano e todo bien poblado, y este nuestro real bien bastecido; unas veces gallinas e otras perros, gracias a Dios no nos falta de comer. Si tuviésemos sal, qués la mayor falta que al presente tenemos, y ropa para guarescernos del frío. E a lo que decís, señores, que se han muerto desque salimos de la isla de Cuba cincuenta y cinco soldados de heridas y hambres y fríos y dolencias y trabajos, que somos pocos y todos los más heridos y dolientes, Dios nos da esfuerzo por muchos, porque vista cosa es que en las guerras [se] gastan hombres y caballos, e que unas veces comemos bien, y no venimos al presente para descansar, sino para pelear cuando se ofreciere; por tanto os pido, señores, por merced, que, pues sois caballeros y personas que antes habíades de esforzar a quien viésedes mostrar flaqueza, que de aquí adelante se os quite del pensamiento la isla de Cuba y lo que allá dejáis, y procuremos hacer lo que siempre habéis hecho como buenos soldados, que después de Dios, que es nuestro socorro y ayuda, han de ser nuestros valerosos brazos". Y como Cortés hobo dado esta respuesta, volvieron aquellos soldados a repetir en la misma plática, y dijeron que todo lo que decía estaba bien dicho, mas que cuando salimos de la villa que dejábamos poblada, nuestro intento era, y aun ahora es, ir a México, pues hay tan gran fama de tan fuerte ciudad y tanta multitud de guerreros, y que aquellos tascaltecas decían los de Cempoal que eran pacíficos y no había fama dellos como de los de México, y habemos estado tan arriesgo nuestras vidas, que si otro día nos dieran otra batalla como alguna de las pasadas, ya no nos podíamos tener de cansados, e ya que no nos diesen más guerras, que la ida de México les parescía muy terrible cosa, y que mirase lo que decía y ordenaba. Y Cortés les respondió medio enojado que valía más morir por buenos, como dicen los cantares, que vivir deshonrados, y además desto que Cortés les dijo, todos los más soldados que le fuimos en alzar por capitán y dimos consejo sobre el dar al través con los navíos, dijimos en alta voz que no curase de corrillos ni de oír semejantes pláticas, sino que, con el ayuda de Dios, con buen concierto estemos apercebidos para hacer lo que convenga; y ansí cesaron todas las pláticas. Verdad es que murmuraban de Cortés, y le maldecían, y aun de nosotros, que le aconsejábamos, y de los de Cempoal, que por tal camino nos trajeron, y decían otras cosas no bien dichas; mas en tales tiempos se disimu-

laban. En fin, todos obedescieron muy bien. Y dejaré de hablar en esto y diré cómo los caciques viejos de la cabecera de Tascala, por mí memorados, enviaron otra vez mensajeros de nuevo a su capitán general Xicotenga que en todo caso que luego vaya de paz a nos ver y llevar de comer, porque ansí está ordenado por todos los caciques y principales de aquella tierra y de Guaxalcingo; y también enviaron a mandar a los capitanes que tenía en su compañía que, si no fuese para tratar paces, que en cosa ninguna le obedesciesen; y esto le tornaron a enviar a decir tres veces, porque sabían cierto que no les querían obedescer y tenía determinado el Xicotenga que una noche había de dar otra vez en nuestro real, porque para ello tenía juntos veinte mill hombres, y como era soberbio y muy porfiado, ansí agora como las otras veces no quiso obedescer. Y lo que sobrello hizo diré adelante.

CAPITULO LXX

Cómo el capitán Xicotenga tenía apercebidos veinte mill guerreros escogidos para dar en nuestro real, y lo que sobrello se hizo.

Como Maseescasi e Xicotenga "el Viejo", y todos los más caciques de la cabecera de Tascala enviaron cuatro veces a decir a su capitán que no nos diese guerra, sino que nos fuese a hablar de paz, pues estaba cerca de nuestro real, y mandaron a los demás capitanes que con él estaban que no le siguiesen, si no fuese para acompañarle si nos iba a ver de paz, y como el Xicotenga era de mala condición y porfiado y soberbio, acordó de nos enviar cuarenta indios con comida de gallinas y pan y fruta y cuatro mujeres indias viejas y de ruin manera, y mucho copal y plumas de papagallos, y los indios que lo traían al parescer creíamos que venían de paz, y llegados a nuestro real sahumaron a Cortés, y sin hacer acato, como suelen entrellos, dijeron: "Esto os envía el capitán Xicotenga que comáis si sois teules bravos, como dicen los de Cempoal, e queréis sacrificios, toma esas cuatro mujeres que sacrifiquéis, y podéis comer de sus carnes y corazones, y porque no sabemos de qué manera lo hacéis, por eso no las hemos sacrificado agora delante de vosotros, y si sois hombres, come desas gallinas y pan y fruta, y si sois teules mansos, ahí os traemos copal, que ya he dicho ques como incienso, y plumas de papagallos; hace vuestro sacrificio con ello". Y Cortés respondió, con nuestras lenguas, que ya les había enviado a decir que quiere paz y que no venía a dar guerra, y les venía a rogar y manifestar de parte de Nuestro Señor Jesucristo, ques él en quien creemos y adoramos, y del emperador don Carlos, cuyos vasallos somos, que no maten ni sacrifiquen a ninguna persona, como lo

suelen hacer, y que todos nosotros somos hombres de hueso y de carne como ellos, y no teules, sino cristianos, y que no tenemos por costumbre de matar a ningunos; que si matar quisiéramos, que todas las veces que nos dieron guerra de día y de noche había en ellos hartos en que pudiéramos hacer crueldades, e que por aquella comida que allí traen se lo agredesce, y que no sean más locos de lo que han sido y vengan de paz. Y paresce ser aquellos indios que envió el Xicotenga con la comida eran espías para mirar nuestras chozas, y ranchos y caballos y artillería, y cuántos estábamos en cada choza, y entradas y salidas, y todo lo que en nuestro real había. Y estuvieron aquel día y la noche, y se iban unos con mensajes a su Xicotenga y venían otros, y los amigos que traíamos de Cempoal miraron y cayeron en ello, que no era cosa acostumbrada estar de día y de noche nuestros enemigos en el real sin propósito ninguno, y que cierto eran espías; y tomaron dello más sospecha porque cuando fuimos al poblezuelo de Zunpancingo dijeron dos viejos de aquel pueblo a los de Cempoal questaba apercebido Xicotenga con muchos guerreros para dar en nuestro real de noche de manera que no fuesen sentidos, y los de Cempoal entonces tuviéronlo por burla y cosa de fieros, y por no sabello muy de cierto no se la habían dicho a Cortés. Y súpolo luego la doña Marina y ella lo dijo a Cortés, y para saber la verdad mandó apartar dos de los tascaltecas que parescían más hombres de bien, y confesaron que eran espías, y tomáronse otros dos y dijeron que eran asimismo espías de Xicotenga, y todo a la fin que venían. Y Cortés los mandó soltar, y tomáronse otra vez otros dos, ni más ni menos; y más dijeron questaba su capitán Xicotenga aguardando la respuesta para dar aquella noche con todas sus capitanías en nosotros. Y como Cortés lo hobo entendido, lo hizo saber en todo el real para que estuviésemos muy alerta, creyendo que habían de venir como lo tenían concertado. Y luego mandó prender hasta diez y siete indios de aquellos espías, y dellos se cortaron las manos, y a otros los dedos pulgares, y los enviamos a su señor Xicotenga; y se les dijo que por el atrevimiento de venir de aquella manera se les ha hecho agora aquel castigo, e digan que vengan cuando quisieren, de día y de noche, que allí le aguardaríamos dos días, y que si dentro de los dos días no viniese, que le iríamos a buscar a su real; y que ya hobiéramos ido a los dar guerra y matalles sino porque les queremos mucho, y que no sean más locos y vengan de paz. Y como fueron aquellos indios de las manos y dedos cortados, en aquel instante dizque ya Xicotenga quería salir de su real con todos sus poderes para dar sobre nosotros de noche, como lo tenía concertado, y como vió ir a sus espías de aquella manera, se maravilló y preguntó la causa dello, y le contaron todo lo acaescido, y dende entonces perdió el brío y soberbia, y demás desto, ya se le había ido del real un capitán con toda su gente con quien había tenido contienda y bandos en las batallas pasadas. Y pasemos adelante.

CAPITULO LXXI

Cómo vinieron a nuestro real los cuatro principales que habían enviado a tratar paces, y el razonamiento que hicieron, y lo que más pasó.

Estando en nuestro real sin saber que habían de venir de paz, puesto que la deseábamos en gran manera y estábamos entendiendo en aderezar armas y en hacer saetas, y cada uno en lo que había de menester para en cosas de la guerra, en este instante vino uno de nuestros corredores del campo a gran priesa y dice que por el camino principal de Tascala vienen muchos indios e indias con cargas, y que sin torcer por el camino vienen hacia nuestro real, e que el otro su compañero de a caballo, corredor del campo, está atalayando para ver a qué parte van. Y estando en esto llegó el otro su compañero de a caballo, y dijo que allí muy cerca venían derechos adonde estábamos, y que de rato en rato hacían paradillas. Y Cortés y todos nosotros nos alegramos con aquellas nuevas, porque creímos ser de paz, como lo fué. Y mandó Cortés que no se hiciese alboroto ni sentimiento, y que disimulados nos estuviésemos en nuestras chozas. Y luego de todas aquellas gentes que venían con las cargas se adelantaron cuatro principales, que traían cargo de entender en las paces, como les fué mandado por los caciques viejos, y haciendo señas de paz, que era abajar la cabeza, se vinieron derechos a la choza y aposento de Cortés, y pusieron la mano en el suelo y besaron la tierra e hicieron tres reverencias, y quemaron sus copales y dijeron que todos los caciques de Tascala y vasallos y aliados y amigos y confederados suyos se vienen a meter debajo de la amistad y paces de Cortés y de todos sus hermanos los teules que con él estábamos, y que les perdone porque no han salido de paz e por la guerra que nos han dado, porque creyeron y tuvieron por cierto que éramos amigos de Montezuma y sus mexicanos, los cuales son sus enemigos mortales de tiempos muy antiguos, porque vieron que venían con nosotros e en nuestra compañía muchos de sus vasallos que le dan tributos, y que con engaños y traiciones les querían entrar en su tierra, como lo tenían de costumbre, para llevar robados sus hijos y mujeres, y que por esta causa no creían a los mensajeros que les enviamos, y demás desto, dijeron que los primeros indios que nos salieron a dar guerra, ansí como entramos en sus tierras, que no fué por su mandado y consejo, sino por los chuntales estomies, que son gentes como monteses y sin razón, que como vieron que éramos tan pocos, que creyeron de tomarnos a manos y llevarnos presos a sus señores, y ganar gracias con ellos, y que agora vienen a demandar perdón de su atrevimiento, e que allí traen aquel bastimento, y que cada día traerán más, y que lo recibamos con el amor que lo envían, y que de ahí a dos días verná el capián Xicotenga con otros caciques y dará más relación de la buena voluntad que toda Tascala tiene de nuestra buena amistad. Y desque hobieron acabado su razonamiento abajaron sus cabezas y pusieron las manos en el suelo y besaron la tierra. Y luego Cortés les habló con nuestras lenguas con gravedad e hizo del enojado, e dijo que puesto que había causas para no los oír ni tener amistad con ellos, porque desque entramos por su tierra les enviamos a demandar paces, y les envió a decir que les quería favorescer

contra sus enemigos los de México e no lo quisieron creer y querían matar nuestros embajadores, y no contentos con aquellos nos dieron guerra tres veces, de día y de noche, e que tenían espías y acechanzas sobre nosotros, y en las guerras que nos daban les pudiéramos matar muchos de sus vasallos, y no quiso; y que los que murieron le pesa por ello, y que ellos dieron causa a ello, y que tenía determinado ir adonde están los caciques viejos a dalles guerra, que pues agora vienen de paz, de parte de aquella provincia, quél lo rescibe en nombre de nuestro rey y señor, y les agradesce el bastimento que traen; y les mandó que luego vayan a sus señores a les decir vengan o envien a tratar las paces con más certificación, y que si no vienen, que iríamos a su pueblo a les dar guerra. Y les mandó dar cuentas azules para que diesen a los caciques en señal de paz, y se les amonestó que cuando viniesen a nuestro real fuese de día y no de noche, porque les mataríamos. Y luego se fueron aquellos cuatro mensajeros y dejaron en unas casas de indios algo apartadas de nuestro real, las indias que traían para hacer pan, y gallinas y todo servicio, y veinte indios que les traían agua y leña; y desde allí adelante nos traían muy bien de comer. Y cuando aquello vimos y nos paresció que eran verdaderas las paces, dimos muchas gracias a Dios por ello. Y vinieron en tiempo que ya estábamos tan flacos y trabajados y descontentos con las guerras, sin saber el fin que habría dellas, cual se puede colegir. Y en los capítulos pasados dice el coronista Gomara, lo uno que Cortés se subió en unos peñascos y que vió el pueblo de Cinpancingo. Digo questaba tan junto a nuestro real, que harto ciego era el soldado que le quería ver que no le vía muy claro; también dice que se le querían amotinar y rebelar los soldados e dice otras cosas que yo no las quiero escrebir, porques gastar palabras Digo que nunca capitán fué obedescido con tanto acato y puntualidad en el mundo, según adelante verán, e que tal por pensamiento pasó a ningún soldado desque entramos en la tierra adentro, sino fué cuando lo de los arenales, y las palabras que le decían en el capítulo pasado era por vía de aconsejarle y porque les paresçía que eran bien dichas, y no por otra vía, porque siempre le siguieron muy bien y lealmente. Y quien viere su historia lo que dice creerá ques verdad, según lo relata con tanta elocuencia, siendo muy contrario de lo que pasó. Y dejallo he aquí, y diré lo que más adelante nos avino con unos mensajeros que envió el gran Montezuma.

CAPITULO LXXII

Cómo vinieron a nuestro real embajadores de Montezuma, gran señor de México, y del presente que trajeron.

Como Nuestro Señor Dios, por su gran misericordia, fué servido darnos vitoria de aquellas batallas de Tascala, voló nuestra fama por todas aquellas comarcas y fué a oídos del gran Montezuma a la gran ciudad de México, y si de antes nos tenían por teules, que son como sus ídolos, de ahí adelante nos tenían en muy mayor reputación y por fuertes guerreros; y

puso espanto en toda la tierra cómo siendo nosotros tan pocos y los tascaltecas de muy grandes poderes y los vencimos, y agora enviarnos a demandar paz. Por manera que Montezuma, gran señor de México, de muy bueno que era temió nuestra ida a su ciudad y despachó cinco principales hombres de mucha cuenta a Tascala y a nuestro real para darnos el bien venidos y a decir que se había holgado mucho de la gran vitoria que hobimos contra tantos escuadrones de contrarios, y envió en presente obra de mill pesos de oro en joyas muy ricas y de muchas maneras labradas, y veinte cargas de ropa fina de algodón; y envió a decir que quería ser vasallo de nuestro gran emperador, y que se holgaba porque estábamos ya cerca de su ciudad, por la buena voluntad que tenia a Cortés y a todos los teules sus hermanos que con él estábamos, que ansí nos llamaban; y que viese cuánto quería de tributo cada año para nuestro gran emperador, que lo dará en oro y plata y ropa y piedras de chalchivis, con tal que no fuésemos a México, y esto que no lo hacía porque de muy buena voluntad no nos acogería, sino por ser la tierra estéril y fragosa, y que le pesaría de nuestro trabajo, si nos los viese pasar; e que por ventura quél no lo podría remediar tan bien como querría. Cortés le respondió y dijo que le tenía en gran merced la voluntad que mostraba y el presente que envió y el ofrescimiento de dar a Su Majestad el tributo que decía; y rogó a los mensajeros que no se fuesen hasta ir a la cabecera de Tascala, y que allí los despacharía, porque viesen en lo que paraba aquello de la guerra. Y no los quiso dar luego la respuesta porque estaba purgado del día antes, y purgóse con unas manzanillas que hay en las islas de Cuba y son muy buenas para quien sabe cómo se han de tomar. Dejaré esta materia y diré lo que más en nuestro real pasó.

CAPITULO LXXIII

Cómo vino Xicotenga, capitán general de Tascala, a entender en las paces.

Estando platicando Cortés con los embajadores de Montezuma, como dicho habemos, y quería reposar porque estaba malo de calenturas y purgado de otro día antes, viénenle a decir que venía el capitán Xicotenga con muchos caciques y capitanes, y que traen cubiertas mantas blancas y coloradas; digo la mitad de las mantas blancas y la otra mitad coloradas, que era su devisa y librea, y muy de paz, y traía consigo hasta cincuenta hombres principales que le acompañaban. Y llegado al aposento de Cortés le hizo muy gran acato en sus reverencias y mandó quemar mucho copal; y Cortés, con gran amor, le mandó sentar cabe sí. Y dijo el Xicotenga quel venía de parte de su padre y de Maseescasi y de todos los caciques y República de Tascala a rogarle que les admitiese a nuestra amistad, y que venía a dar la obidiencia a nuestro rey y señor y a demandar perdón por haber tomado armas y habernos dado guerras, y que si lo hicieron que fué por no saber quién éramos, porque tuvieron por cierto que veníamos de la parte de su enemigo Montezuma, que, como muchas veces suelen tener astucias y mañas para entrar en sus

tierras y roballes y saquealles, que ansí creyeron que les quería hacer agora, y, que por esta causa procuraban defender sus personas y patria, y fué forzado pelear, y que ellos eran muy pobres, que no alcanzan oro, ni plata, ni piedras ricas, ni ropa de algodón, ni aun sal para comer, porque Montezuma no les da lugar a ello para salillo, a buscar, y que si sus antepasados tenían algún oro y piedras de valor, que el Montezuma se lo habían dado cuando algunas veces hacían paces y treguas, por que no les destruyesen, y esto en los tiempos muy atrás pasados, y porque al presente no tienen que dar, que les perdonen, que su pobreza da causa a ello, y no la buena voluntad. Y dió muchas quejas de Montezuma y de sus aliados, que todos eran contra ellos y les daban guerra, puesto que se habían defendido muy bien, e que agora quisiera hacer lo mismo contra nosotros, y no pudieron, y aun que se había juntado tres veces con todos sus guerreros, y que éramos invencibles, y que como conocieron esto de nuestras personas, que quieren ser nuestros amigos y vasallos del gran señor emperador don Carlos, porque tenían por cierto que con nuestra compañía serán guardados y amparados sus personas y mujeres e hijos y no estarán siempre con sobresalto de los traidores mexicanos. Y dijo otras muchas palabras de ofrecimientos de sus personas y ciudad. Era este Xicotenga alto de cuerpo y de grande espalda y bien hecho, y la cara tenía larga e como oyosa y rebusta; y era de hasta treinta y cinco años, y en el parescer mostraba en su persona gravedad. Y Cortés le dió las gracias muy cumplidas con halagos que le mostró, y dijo que los rescibía por tales vasallos de nuestro rey y señor y amigos nuestros. Y luego dijo el Xicotenga que nos rogaba fuésemos a su ciudad, porque estaban todos los caciques y viejos y papas aguardándonos con mucho regocijo. Y Cortés le respondió que él iría presto, y que luego fuera si no porque estaba entendiendo en negocios del gran Montezuma, y como haya despachado aquellos mensajeros, quél será allá; y tornó Cortés a decir, algo más áspero y con gravedad, de las guerras que nos habían dado de día y de noche, e que pues ya no puede haber enmienda en ello, que se lo perdona, y que miren que las paces que agora les damos que sean firmes y no haya mudamiento, porque si otra cosa hacen que los matará y destruirá su ciudad, y que no aguardasen otras palabras de paces, sino de guerra. Y como aquello oyó el Xicotenga y todos los principales que con él venían, respondieron a una que serían firmes y verdaderas, y que para ello quedarían todos en rehenes. Y pasaron otras pláticas de Cortés a Xicotenga, y de todos los más principales, y se les dieron unas cuentas verdes y azules para su padre y para él y para los demás caciques; y les mandó que dijesen que Cortés iría pronto a su ciudad. E a todas estas pláticas y ofrescimientos estaban presentes los embajadores mexicanos, de lo cual les pesó en gran manera de las paces, porque bien entendieron que por ellas no les había de venir bien ninguno. Y desque se hobo despedido el Xicotenga, dijeron a Cortés los embajadores de Montezuma, medio riyendo, que si creía algo de aquellos ofrescimientos que habían hecho de parte de toda Tascala; que todo era burla, y que no los creyesen, que eran palabras muy de traidores y engañosas, que lo hacían para que desque nos tuviesen en su ciudad en parte donde nos pudiesen tomar a su salvo, darnos guerra y matarnos; y que tuviésemos en la memoria

cuántas veces nos habían venido con todos sus poderes a matar, y como no pudieron y fueron dellos muchos muertos y otros heridos, que se querían agora vengar con demandar paz fingida. Y Cortés respondió con semblante de muy esforzado, y dijo que no se le daba nada porque tuviesen tal pensamiento como decían, e ya que todo fuese verdad, quél holgara dello para castigalles con quitalles las vidas, y que eso se le da que den guerra de día que de noche, ni que sea en el campo que en la ciudad, que en tanto tenía lo uno como lo otro, y para ver si es verdad, que por esta causa determina de ir allá. Y viendo aquellos embajadores su determinación, rogáronle que aguardásemos allí en nuestro real seis días, porque querían enviar dos de sus compañeros a su señor Montezuma, y que vernían dentro de los seis días con respuesta. Y Cortés se lo prometió, lo uno porque como he dicho, estaba con calenturas, y lo otro, como aquellos embajadores le dijeron aquellas palabras, puesto que hizo semblante no hacer caso dellas, miró que si por ventura serían verdad hasta ver más certinidad en las paces, porque eran tales que había que pensar en ellas. Y como en aquella sazón vió que habían venido de paz, y en todo el camino por donde venimos de nuestra Villa Rica de la Vera Cruz eran los pueblos nuestros amigos y confederados, escribió Cortés a Joan de Escalante, que ya he dicho que quedó en la villa para acabar de hacer la fortaleza y por capitán de obra de sesenta soldados viejos y dolientes, que allí quedaron, en las cuales cartas les hizo saber las grandes mercedes que nuestro Señor Jesucristo nos había hecho en las victorias que hobimos en las batallas y reencuentros desque entramos en la provincia de Tascala, donde agora han venido de paz; y que todos diesen gracias a Dios por ello, y que mirasen que siempre favoresciesen a los pueblos totonaques, nuestros amigos, y que le enviase luego en posta dos botijas de vino que había dejado enterradas en cierta parte señalada de su aposento, y ansimismo trujesen hostias de las que habíamos traído de la isla de Cuba, porque las que trujimos de aquella entrada ya se habían acabado. Con las cuales cartas dizque hobieron mucho placer, y Escalante escribió lo que allá había sucedido, y todo vino muy presto. Y en aquellos días en nuestro real pusimos una cruz muy suntuosa y alta; y mandó Cortés a los indios de Cinpancingo, y a los de las casas questaban juntos de nuestro real que lo escalasen y estuviese bien aderezado. Dejemos de escrebir desto, y volvamos a nuestros nuevos amigos los caciques de Tascala, que desque vieron que no íbamos a su pueblo, ellos venían a nuestro real con gallinas y tunas, que era tiempo dellas, y cada uno traía del bastimento que tenía en su casa, y con buena voluntad nos lo daban, sin que quisiesen por ello cosa ninguna, y siempre rogando a Cortés que se fuese luego con ellos a su ciudad. Y como estábamos aguardando a los mexicanos los seis días, como les prometió, con palabras blandas les detenía. Y cumplido el plazo que habían dicho, vinieron de México seis principales, hombres de mucha estima, y trujeron un rico presente que envió el gran Montezuma, que fueron más de tres mill pesos de oro en ricas joyas de diversas maneras y doscientas piezas de ropa de mantas muy ricas de plumas y de otras labores; y dijeron a Cortés, cuando lo presentaron, que su señor Montezuma se huelga de nuestra buena andanza, y que le ruega muy ahincadamente que en bueno ni malo no fuese con los de Tas-

cala a su pueblo, ni se confiase dellos, que le querían llevar allá para robarle oro y ropa, porque son muy pobres, que una manta buena de algodón no alcanzan, e que por saber quel Montezuma nos tiene por amigos y nos envía aquel oro y joyas y mantas, lo procurarán de robar muy mejor. Y Cortés rescibió con alegría aquel presente y dijo que se lo ternía en merced y quél lo pagaría al señor Montezuma en buenas obras, y que si sintiese que los tascaltecas les pasase por el pensamiento lo quel Montezuma les envía a avisar, que se lo pagarían con quitalles a todos las vidas, y quél sabe muy cierto que no harán villanía ninguna, y que todavía quiere ir a ver lo que hacen. Y estando en estas razones vienen otros muchos mensajeros de Tascala a decir a Cortés cómo vienen cerca de allí todos los caciques viejos de la cabecera de toda la provincia a nuestros ranchos y chozas a ver a Cortés y a todos nosotros para llevarnos a su ciudad. Y como Cortés lo supo, rogó a los embajadores mexicanos que aguardasen tres días por los despachos para su señor, porque tenía al presente que hablar y despachar sobre la guerra pasada o paces que agora tratan; y ellos dijeron que aguardarían. Y lo que los caciques viejos dijeron a Cortés, diré adelante.

CAPITULO LXXIV

Cómo vinieron a nuestro real los caciques viejos de Tascala a rogar a Cortés y a todos nosotros que luego nos fuésemos con ellos a su ciudad, y lo que sobrello pasó.

Desque los caciques viejos de toda Tascala vieron que no íbamos a su ciudad, acordaron de venir en andas, y otros en hamacas e a cuestas, y otros a pie; los cuales eran los por mí ya nombrados que se decían Maseescasi, Xicotenga "el Viejo" e Guaxolocingo, Chichimeca Tecle, Tecapaneca de Topeyanco, los cuales llegaron a nuestro real con otra gran compañía de principales, y con gran acato hicieron a Cortés y a todos nosotros tres reverencias, y quemaron copal y tocaron las manos en el suelo y besaron la tierra. Y el Xicotenga "el Viejo" comenzó de hablar a Cortés desta manera, y dijo: "Malinchi, malinchi: muchas veces te hemos enviado a rogar que nos perdones porque salimos de guerra, e ya te enviamos a dar nuestro descargo, que fué por defendernos del malo de Montezuma y sus grandes poderes, porque creímos que érades de su bando y confederados, y si supiéramos lo que agora sabemos, no digo yo saliros a rescibir a los caminos con muchos bastimentos, sino teneroslos barridos, y aun fuéramos por vosotros a la mar adonde teníades vuestros acales (que son navíos), e pues ya nos habéis perdonado, lo que agora os venimos a rogar yo y todos estos caciques, es que vais luego con nosotros a nuestra ciudad, y allí os daremos de lo que tuviéremos. Y os serviremos con nuestras personas y haciendas. Y mira, Malin-

che, no haga sotra cosa, sino luego nos vamos, y porque tenemos que por ventura te habrán dicho esos mexicanos alguna cosa de falsedades y mentiras de ias que suelen decir de nosotros, no los creas ni los oigas, que en todo son falsos; y tenemos entendido que por causa dellos no has querido ir a nuestra ciudad". Y Cortés respondió con alegre semblante y dijo que bien sabía desde muchos años antes pasados, y primero que a estas sus tierras viniésemos, cómo eran buenos, y que deso se maravilló cuando nos salieron de guerra, e que los mexicanos que allí estaban aguardaban respuesta para su señor Montezuma; e a lo que decían que fuésemos luego a su ciudad, y por el bastimento que siempre traían e otros cumplimientos, que se lo agradescía mucho y lo pagará en buenas obras, e que ya se hobiera ido si tuviera quién nos llevase los tepuzques, que son las lombardas. Y desque oyeron aquella palabra sintieron tanto placer, que en los rostros se conosció, y dijeron: "Pues, ¿cómo por eso has estado y no lo has dicho?" Y en menos de media hora traen sobre quinientos indios de carga, y otro día muy de mañana comenzamos a marchar camino de la cabecera de Tascala con mucho concierto, ansí artillería como de caballo y escopetas y ballesteros y todos los demás, según lo teníamos de costumbre. Ya había rogado Cortés a los mensajeros de Montezuma que se fuesen con nosotros para ver en qué paraba lo de Tascala, y desde allí los despacharía, y que en su aposento estarían por que no rescibiesen ningún deshonor, porque según, dijeron, temíanse de los tascaltecas. Antes que más pase adelante quiero decir cómo en todos los pueblos por donde pasamos, en otros donde tenían noticia de nosotros, llamaban a Cortés Malinche, y ansí lo nombraré de aquí adelante Malinche en todas las pláticas que tuviéremos con cualesquier indios, ansí desta provincia como de la ciudad de México, y no le nombraré Cortés sino en parte que convenga. Y la causa de haberle puesto aqueste nombre es que como doña Marina, nuestra lengua, estaba siempre en su compañía, especial cuando venían embajadores o pláticas de caciques, y ella lo declaraba en la lengua mexicana, por esta causa le llamaban a Cortés el capitán de Marina, y para más breve le llamaron Malinche; y también se le quedó este nombre a un Juan Pérez de Artiaga, vecino de la Puebla, por causa que siempre andaba con doña Marina y con Jerónimo de Aguilar deprendiendo la lengua, y a esta causa le llamaban Juan Pérez Malinche, ques renombre de Artiaga de obra de dos años a esta parte lo sabemos. He querido traer algo desto a la memoria, aunque no había para qué, por que se entienda el nombre de Cortés de aquí adelante, que se dice Malinche, y también quiero decir que desque entramos en tierra de Tascala hasta que fuimos a su ciudad se pasaron veinticuatro días; y entramos en ella a veinte y tres de setiembre de mill e quinientos y diez y nueve años. Y vamos a otro capítulo, y diré lo que allí nos avino.

CAPITULO LXXV

Cómo fuimos a la ciudad de Tascala, y lo que los caciques viejos hicieron, de un presente que nos dieron y cómo trujeron sus hijas y sobrinas, y lo que más pasó.

Como los caciques vieron que comenzaba a ir nuestro fardaje camino de su ciudad, luego se fueron adelante para mandar que todo estuviese muy aparejado para nos rescibir y para tener los aposentos muy enramados. E ya que llegábamos a un cuarto de legua de la ciudad, sálennos a rescibir los mismos caciques que se habían adelantado, y traen consigo sus hijos y sobrinos y muchos principales, cada parentela y bando y parcialidad por sí; porque en Tascala había cuatro parcialidades, sin la de Tecapaneca, señor de Topeyanco, que eran cinco; y también vinieron de todos los lugares sus sujetos, y traían sus libreas diferenciadas, que, aunque eran de henequén, eran muy primas y de buenas labores y pinturas, porque algodón no lo alcanzaban. Y luego vinieron los papas de toda la provincia, que había muchos por los grandes adoratorios que tenían, que ya he dicho que entre ellos se dicen cues, que son donde tienen sus ídolos y sacrifican. Y traían aquellos papas braseros con ascuas de brasas, y con sus encensos sahumando a todos nosotros; y traían vestidos algunos dellos ropas muy largas, a manera de sobrepellices, y eran blancas, y traían capillas en ellos, querían parescer como a las de los que traen los canónigos, como ya lo tengo dicho, y los cabellos muy largos y engreñados, que no se pueden desparcir si no se cortan, y llenos de sangre, que les salía de las orejas, que en aquel día se habían sacrificado, y abajaban las cabezas, como a manera de humildad, cuando nos vieron, y traían las uñas de los dedos de las manos muy largas; e oímos decir que aquellos papas tenían por religiosos y de buena vida. Y junto a Cortés se allegaron muchos principales, acompañándole, y desque entramos en lo poblado no cabían por las calles y azoteas de tantos indios e indias que nos salían a ver con rostros muy alegres, y trujeron obra de veinte piñas, hechas de muchas rosas de la tierra, diferenciadas las colores y de buenos olores, y los dan a Cortés y a los demás soldados que les parescían capitanes, especial a los de caballo; y desque llegamos a unos buenos patios, adonde estaban los aposentos, tomaron luego por la mano a Cortés y Xicotenga "el Viejo" y Maseescasi e les meten en los aposentos, y allí tenían aparejado para cada uno de nosotros, a su usanza, unas camillas desteras y mantas de henequén, y también se aposentaron los amigos que traíamos de Cempoal y de Zocotlán cerca de nosotros. Mandó Cortés que los mensajeros del gran Montezuma se aposentasen junto con su aposento. Y puesto questábamos en tierra que veímos claramente questaban de buenas voluntades y muy de paz, no nos descuidábamos destar muy apercebidos, según lo teníamos de costumbre. Y paresce ser que un capitán a quien cabía el cuarto de poner corredores del campo y espías y velas, dijo a Cortés: "Parece, señor, questán muy de paz, no habemos menester tanta guarda, ni estar tan recatados como solemos". Y Cortés dijo: "Mira, señores, bien veo lo que decís; mas por la buena costumbre hemos de

estar apercebidos, que aunque sean muy buenos, no habemos de creer en su paz, sino como si nos quisiesen dar guerra y los viésemos venir a encontrar con nosotros, que muchos capitanes por se confiar y descuido fueron desbaratados; especialmente nosotros, como somos tan pocos, y habiéndonos enviado avisar el gran Montezuma, puesto que sea fingido y no verdad, hemos destar muy alerta". Dejemos de hablar de tantos cumplimientos e orden como teníamos en nuestras velas y guardas, y volvamos a decir cómo Xicotenga "el Viejo" y Maseescasi, que eran grandes caciques, se enojaron mucho con Cortés y le dijeron con nuestras lenguas: "Malinche: o tú nos tienes por enemigos, o no muestras obras en lo que te vemos hacer, que no tienes confianza de nuestras personas y en las paces que nos has dado y nosotros a ti, y esto te decimos porque vemos que ansí os veláis y venís por los caminos apercebidos como cuando veníades a encontrar con nuestros escuadrones; y esto, Malinche, creemos que lo haces por las traiciones y maldades que los mexicanos te han dicho en secreto para questés mal con nosotros; mira, no los creas, que ya aquí estás y te daremos todo lo que quisieres, hasta nuestras personas e hijos, y moriremos por vosotros; por eso demanda en rehenes lo que fuere tu voluntad". Y Cortés y todos nosotros estábamos espantados de la gracia y amor con que lo decían; y Cortés les respondió que ansí lo tiene creído, y que no ha menester rehenes, sino ver sus muy buenas voluntades; e que en cuanto a venir apercebidos, que siempre lo teníamos de costumbre, y que no lo tuviese a mal, y por todos los ofrescimientos se lo tenía en merced y lo pagaría el tiempo andando. Y pasadas estas pláticas, vienen otros principales con muy gran aparato de gallinas y pan de maíz y tunas, y otras cosas de legumbres que había en la tierra, y bastecen el real muy cumplidamente; que en veinte días que allí estuvimos siempre lo hobo muy sobrado; y entramos en esta ciudad, como dicho es, en veinte y tres días del mes de setiembre de mill e quinientos y diez y nueve años. E quedarse ha aquí, y diré lo que más pasó.

CAPITULO LXXVI

Cómo se dijo misa estando presentes muchos caciques, y de un presente que trujeron los caciques viejos.

Otro día de mañana mandó Cortés que se pusiese un altar para que se dijese misa, porque ya teníamos vino e hostias, la cual misa dijo el clérigo Juan Díaz, porquel padre de la Merced estaba con calenturas y muy flaco, y estando presente Maseescasi y el viejo Xicotenga y otros caciques; y acabada la misa, Cortés se entró en su aposento y con él parte de los soldados que le solíamos acompañar, y también los dos caciques viejos, y díjole el Xicotenga que le querían traer un presente, y Cortés les mostraba mucho amor, y les dijo que cuando quisiesen. Y luego tendieron unas esteras y una manta encima, y trujeron seis o siete pecezuelas de oro y piedras de poco valor y ciertas cargas de ropa de henequén, que todo era muy pobre, que no valía veinte pesos, y cuando lo daban, dijeron aquellos caciques riendo: "Malin-

che: bien creemos que como es poco eso que te damos no lo rescibirás con buena voluntad; ya te hemos enviado a decir que somos pobres e que no tenemos oro ni ningunas riquezas, y la causa dello es que esos traidores y malos de los mexicanos, y Montezuma, que agora es señor, nos lo han sacado todo cuanto solíamos tener, por paces y treguas que les demandábamos por que no nos diesen guerra, y no mires ques de poco valor, sino recíbelo con buena voluntad, como cosa de amigos y servidores que te seremos". Y entonces también trujeron apartadamente mucho bastimento. Cortés lo rescibió con alegría y les dijo que más tenía aquello, por ser de su mano y con la voluntad que se lo daban, que si les trujeran otros una casa llena de oro en granos, y que ansí lo recibe, y les mostró mucho amor. Y paresce ser tenían concertado entre todos los caciques de darnos sus hijas y sobrinas, las más hermosas que tenían que fuesen doncellas por casar; y dijo el viejo Xicotenga: "Malinche: por que más claramente conozcáis el bien que os queremos y deseamos en todo contentaros, nosotros os queremos dar nuestras hijas para que sean vuestras mujeres y hagáis generación, porque queremos teneros por hermanos, pues sois tan buenos y esforzados. Yo tengo una hija muy hermosa, e no ha sido casada, y quiérola para vos". Y ansimismo Maseescasi y todos los más caciques dijeron que traerían sus hijas, y que las rescibiésemos por mujeres; y dijeron otras muchas palabras y ofrescimientos, y en todo el día no se quitaban, ansí el Maseescasi como el Xicotenga, de cabe Cortés; y como era ciego de viejo el Xicotenga, con la mano atentaba a Cortés en la cabeza y en las barbas y rostro y se las traía por todo el cuerpo. Y Cortés les respondió a lo de las mujeres que él y todos nosotros se lo teníamos en merced, e que en buenas obras se lo pagaríamos el tiempo andando. Y estaba allí presente el padre de la Merced. Y Cortés le dijo: "Señor padre: parésceme que será agora bien que demos un tiento a estos caciques para que dejen sus ídolos y no sacrifiquen, porque cualquier cosa harán que les mandáremos por causa del gran temor que tienen a los mexicanos". Yel fraile dijo: "Señor bien es, y dejémoslo hasta que trayan las hijas, y entonces habrá materia para ello; y hará vuesa merced que no las quiere rescibir hasta que prometan de no sacrificar; si aprovechare, bien; si no, haremos lo que somos obligados". Y ansí se quedó para otro día. Y lo que se hizo se dirá adelante.

CAPITULO LXXVII

Cómo trujeron las hijas a presentar a Cortés y a todos nosotros, y lo que sobrello se hizo.

Otro día vinieron los mismos caciques viejos y trujeron cinco indias, hermosas doncellas y mozas, y para ser indias eran de buen parescer y bien ataviadas, y traían para cada india otra india moza para su servicio, y todas eran hijas de caciques. Y dijo Xicotenga a Cortés: "Malinche: ésta es mi hija, e no ha sido casada, que es doncella, y tomalla para vos". La cual le dió por la mano, y las demás que las diese a los capitanes. Y Cortés se lo

agradesció, y con buen semblante que mostró dijo quél las rescibía y tomaba por suyas, y que agora al presente que las tuviesen en poder sus padres. Y preguntaron los mesmos caciques que por qué causa no las tomábamos agora; y Cortés respondió porque quiere hacer primero lo que manda Dios Nuestro Señor, ques en el que creemos y adoramos, y a lo que le envió el rey nuestro señor, ques quiten sus ídolos y que no sacrifiquen ni maten más hombres, ni hagan otras torpedades malas que suelen hacer, y crean en lo que nosotros creemos, ques un solo Dios verdadero. Y se les dijo otras muchas cosas tocantes a nuestra santa fe, y verdaderamente fueron muy bien declaradas, porque doña Marina y Aguilar, nuestras lenguas, estaban ya tan expertos en ello, que se lo daban a entender muy bien. Y se les mostró una imagen de Nuestra Señora con su hijo prescioso en los brazos, y se les dió a entender cómo aquella imagen es figura como Nuestra Señora que se dice Santa María, questá en los altos cielos, y es la madre de Nuestro Señor, ques aquel niño Jesús que tiene en los brazos, y que le concibió por gracia de Espíritu Santo, quedando virgen antes del parto y en el parto y después del parto, y aquesta gran señora ruega por nosotros a su hijo precioso, ques Nuestro Dios y Señor. Y se les dijo otras muchas cosas que se convenían decir sobre nuestra santa fe, y que si quieren ser nuestros hermanos y tener amistad verdadera con nosotros, y para que con mejor voluntad tomásemos aquellas sus hijas para tenellas, como dicen, por mujeres, que luego dejen sus malos ídolos y crean y adoren en Nuestro Señor Dios, ques el en que nosotros creemos y adoramos, y verán cuánto bien les irá, porque, demás de tener salud y buenos temporales, sus cosas se les hará prósperamente, y cuando se mueran irán sus ánimas a los cielos a gozar de la gloria perdurable, y que si hacen los sacrificios que suelen hacer aquellos sus ídolos, que son diablos, les llevarán a los infiernos, donde para siempre arderán en vivas llamas. Y porque en otros razonamientos se les había dicho otras cosas acerca que dejen los ídolos, en esta plática no se les dijo más. Y lo que respondieron a todo es que dijeron: "Malinche: ya te hemos entendido antes de agora y bien creemos que ese vuestro Dios y esa gran señora, que son muy buenos; mas mira, agora viniste a estas nuestras casas; el tiempo andando entenderemos muy más claramente vuestras cosas, y veremos cómo son y haremos lo que sea bueno. ¿Cómo quieres que dejemos nuestros teules, que desde muchos años nuestros antepasados tienen por dioses y les han adorado y sacrificado? Ya que nosotros, que somos viejos, por te complacer lo quisiésemos hacer, ¿qué dirán todos nuestros papas y todas los vecinos y mozos y niños de esta provincia, sino levantarse contra nosotros? Especialmente, que los papas han ya hablado con nuestro teul el mayor, y les respondieron que no los olvidásemos en sacrificios de hombres y en todo lo que de antes solíamos hacer; si no, que toda esta provincia destruirían con hambres, pestilencias y guerras". Ansí que dijeron e dieron por respuesta que no curásemos más de les hablar en

aquella cosa, porque no los habían de dejar de sacrificar aunque les matasen. Y desque vimos aquella respuesta que la daban tan de veras y sin temor, dijo el padre de la Merced; que era hombre entendido y teólogo: "Señor, no cure vuestra merced de más les importunar sobre esto, que no es justo que por fuerza les hagamos ser cristianos, y aun lo que hicimos en Cempoal de derrocalles sus ídolos no quisiera yo que se hiciera hasta que tengan conocimiento de nuestra santa fe. ¿Qué aprovecha quitalles agora sus ídolos de un cue y adoratorio si los pasan luego a otros? Bien es que vayan sintiendo nuestras amonestaciones, que son santas y buenas, para que conozcan adelante los buenos consejos que les damos". Y también le hablaron a Cortés tres caballeros, que fueron Joan Velázquez de León y Francisco de Lugo, y dijeron a Cortés: "Muy bien dice el padre, y vuestra merced con lo que ha hecho cumple, y no se toque más a estos caciques sobre el caso". Y ansí se hizo. Lo que les mandamos con ruegos fué que luego desembarazasen un cue questaba allí cerca, y era nuevamente hecho, e quitasen unos ídolos, y lo encalasen y limpiasen, para poner en ellos una cruz y la imagen de Nuestra Señora; lo cual luego hicieron, y en él se dijo misa, se bautizaron aquellas cacicas, y se puso nombre a la hija del Xicotenga, el ciego, doña Luisa; y Cortés la tomó por la mano y se la dió a Pedro de Alvarado; y dijo al Xicotenga que aquel a quien la daba era su hermano y su capitán, y que lo hobiese por bien, porque sería dél muy bien tratada; y el Xicotenga rescibió contentamiento dello; y la hija o sobrina de Maseescasi se puso nombre doña Elvira, y era muy hermosa; y parésceme que la dió a Juan Velázquez de León, y las demás se pusieron sus nombres de pila y todas con dones, y Cortés las dió a Gonzalo de Sandoval y a Cristóbal de Olí y Alonso de Avila; y después desto hecho, se les declaró a qué fin se pusieron dos cruces, e que eran porque tienen temor dellas sus ídolos, y que adoquiera que estamos de asiento o dormimos se ponen en los caminos; e a todo estaban muy contentos. Antes que más pase adelante quiero decir cómo de aquella cacica, hija de Xicotenga, que se llamó doña Luisa, que se dió a Pedro de Alvarado, que ansí como se la dieron toda la mayor parte de Tascala la acataban y le daban presentes y la tenían por su señora, y della hobo el Pedro de Alvarado, siendo soltero, un hijo, que se dijo don Pedro, e una hija, que se dice doña Leonor, mujer que agora es de don Francisco de la Cueva, buen caballero, primo del duque de Alburquerque, e ha habido en ella cuatro o cinco hijos, muy buenos caballeros; y aquesta señora doña Leonor es tan excelente señora, en fin, como hija de tal padre, que fué comendador de Santiago, adelantado y gobernador de Guatemala, y es el que fué al Perú con grande armada, y por la parte del Xicotenga, gran señor de Tascala. Y dejemos destas relaciones y volvamos a Cortés, que se informó de aquestos caciques y les preguntó muy por entero de las cosas de México. Y lo que sobrello dijeron es esto que diré.

CAPITULO LXXVIII

Cómo Cortés preguntó a Maseescasi e a Xicotenga por las cosas de México, y lo que en la relación dijeron.

Luego Cortés apartó a aquellos caciques y les preguntó muy por extenso las cosas de México, y Xicotenga, como era más avisado y gran señor, tomó la mano a hablar, y de cuando en cuando le ayudaba Maseescasi, que también era gran señor; y dijo que tenía Montezuma tan grandes poderes de gente de guerra, que cuando quería tomar un gran pueblo o hacer un asalto en una provincia, que ponía en campo ciento y cincuenta mill hombres, y questo que lo tenía bien experimentado, por las guerras y enemistades pasadas que con ellos tienen de más de cient años. Y Cortés les dijo: "Pues con tanto guerrero que decís que venían sobre vosotros, ¿cómo nunca os acabaron de vencer?" Y respondieron, que puesto que algunas veces les desbarataban y les mataban y llevaban muchos de sus vasallos para sacrificar, que también de los contrarios quedaban en el campo muchos muertos y otros presos, y que no venían tan encubiertos que dello no tuviesen noticia, y cuando lo sabían que se apercebían con todos sus poderes, y con ayuda de los de Guaxocingo se defendían e ofendían, e que como todas las provincias y pueblos que ha robado Montezuma y puesto debajo de su dominio están muy mal con los mexicanos, y traían dellos, por fuerza, a la guerra, no pelean de buena voluntad, antes de los mismos tenían avisos, y que a esta causa les defendían sus tierras lo mejor que podían, y que donde más mal les ha venido a la contina es de una ciudad muy grande questá de allí un día de andadura, que se dice Cholula, que son grandes traidores. Y que allí metía Montezuma secretamente sus capitanías, y como estaban cerca, de noche hacían salto, y más dijo Maseescasi: Que tenía Montezuma en todas las provincias puestas guarniciones de muchos guerreros, sin los muchos que sacaba de la ciudad, y que todas aquellas provincias le tributaban oro y plata, y plumas y piedras y ropa de mantas y algodón, e indios e indias para sacrificar y otras para servir, y que es tan gran señor que todo lo que quiere tiene, y que en las casas que vive tiene llenas de riquezas y piedras y chalchivis, que ha robado y tomado por fuerza a quien no se lo da de grado, y que todas las riquezas de la tierra están en su poder. Y luego contaron del gran servicio de su casa, que era para nunca acabar si lo hobiese aquí de decir. Pues de las muchas mujeres que tenía y cómo casaba a algunas dellas, de todo daban relación. Y luego dijeron de la gran fortaleza de su ciudad, de la manera ques la laguna y la hondura del agua, y de las calzadas que hay por donde han de entrar en la ciudad, y las puentes de madera que tienen en cada calzada, y cómo entra y sale por el trecho de abertura que hay en cada puente, y cómo en alzando cualquiera de ellas se pueden quedar aislados entre puente y puente sin entrar en su ciudad, y cómo está toda la mayor parte de la ciudad poblada dentro de la laguna y no se puede pasar de casa en casa si no es por una puente levadiza, y tienen hechas canoas, y todas las casas son de azoteas, y en las azoteas tienen hechos a manera de mamparos, y pueden pelear desde encima dellas, y la manera cómo se provee la ciudad de agua dulce desde

una fuente que se dice Chapultepeque, questá de la ciudad obra de media legua; va el agua por unos edificios y llega en parte, e con canoas la llevan a vender por las calles. Y luego contaron de la manera de las armas, que eran varas de a dos gajos, y tiraban con tiraderas que pasan cualesquier armas, y muchos buenos flecheros y otros con lanzas de pedernales, que tienen una braza de cuchilla, hechas de arte que cortan más que navajas, y rodelas y armas de algodón, e muchos honderos con piedras rollizas, e otras lanzas muy buenas e largas, e espadas de a dos manos de navajas. Y trujeron pintadas en unos grandes paños de henequén las batallas que con ellos habían habido, y la manera del pelear. Y como nuestro capitán y todos nosotros estábamos ya informados de antes de todo lo que decían aquellos caciques, estorbó la plática y metióles en otra más honda, y fué que cómo habían ellos venido a poblar aquella tierra, e de qué parte vinieron, que tan diferentes y enemigos eran de los mexicanos, siendo unas tierras tan cerca de otras. Y dijeron que les habían dicho sus antecesores, que en los tiempos pasados que había allí entre ellos poblados hombres y mujeres muy altos de cuerpo y de grandes huesos, que porque eran muy malos y de malas maneras que los mataron peleando con ellos, y otros que dellos quedaban se murieron. Y para que viésemos qué tamaños e altos cuerpos tenían trajeron un hueso o zancarrón de uno dellos, y era muy grueso el altor tamaño, como un hombre de razonable estatura, y aquel zancarrón era desde la rodilla hasta la cadera. Yo me medí con él y tenía tan gran altor como yo, puesto que soy de razonable cuerpo, y trujeron otros pedazos de huesos como el primero; mas estaban ya comidos y deshechos de la tierra, y todos nos espantamos de ver aquellos zancarrones, y tuvimos por cierto haber habido gigantes en esta tierra. Y nuestro capitán Cortés nos dijo que sería bien enviar aquel gran hueso a Castilla para que lo viese Su Majestad, y ansí lo enviamos con los primeros procuradores que fueron. También dijeron aquellos mismos caciques que sabían de sus antecesores que les había dicho un su ídolo, en quien ellos tenían mucha devoción, que vernían hombres de las partes de donde sale el sol y de lejos tierras a los sojuzgar y señorear; que si somos nosotros, que holgaran dello, que pues tan esforzados y buenos somos. Y cuando trataron las paces se les acordó desto que les habían dicho sus ídolos, y que por aquella causa nos dan sus hijas para tener parientes que les defiendan de los mexicanos. Y desque acabaron su razonamiento, todos quedamos espantados y decíamos si por ventura decían verdad. Y luego nuestro capitán Cortés les replicó y dijo que ciertamente veníamos de hacia donde sale el sol, y que por esta causa nos envió el rey nuestro señor a tenelles por hermanos, porque tiene noticia dellos, y que plega a Dios que nos de gracia para que por nuestras manos e intercesión se salven. Y dijimos todos amén. Hartos estarán ya los caballeros questo leyeren de oír razonamientos y pláticas de nosotros a los tascaltecas y ellos a nosotros; querría acabar ya, y por fuerza me he de tener en otras cosas que con ellos pasamos, y es aquel volcán questá cabe Guaxocingo. Echaba en aquella sazón que estábamos en Tas-

cala mucho fuego, más que otras veces solía echar, de lo cual nuestro capitán Cortés y todos nosotros, como no habíamos visto tal, nos admiramos dello, y un capitán de los nuestros que se decía Diego de Ordaz tomóle cobdicia de ir a ver qué cosa era, y demandó licencia a nuestro general para subir en él, la cual licencia le dió, y aun de hecho se lo mandó. Y llevó consigo dos de nuestros soldados y ciertos indios principales de Guaxocingo; y los principales que consigo llevaba poníanle temor con decille que desque estuviese a medio camino de Popocatepeque, que ansí llaman aquel volcán, no podría sufrir el temblor de la tierra ni llamas y piedras ni ceniza que dél sale, e que ellos no se atreverían a subir más de adonde tienen unos cues de ídolos que llaman los teules de Popocatepeque. Y todavía el Diego de Ordaz con sus dos compañeros fué su camino hasta llegar arriba, y los indios que iban en su compañía se le quedaron en lo bajo, que no se atrevieron a subir, y paresce ser, según dijo después el Ordaz y los dos soldados, que al subir que comenzó el volcán de echar grandes llamaradas de fuego y piedras medio quemadas y livianas y mucha ceniza, y que temblaba toda aquella sierra y montaña adonde está el volcán, y questuvieron quedos sin dar más paso adelante hasta de ahí a una hora que sintieron que había pasado aquella llamarada y no echaba tanta ceniza ni humo, y que subieron hasta la boca, que era muy redonda y ancha y que habría en el anchor un cuarto de legua, y que desde allí se parescía la gran ciudad de México y toda la laguna y todos los pueblos questán en ella poblados. Y está este volcán de México obra de doce o trece leguas. Y después de bien visto, muy gozoso el Ordaz e admirado de haber visto a México y sus ciudades, volvió a Tascala con sus compañeros, y los indios de Guaxocingo y los de Tascala se lo tuvieron a mucho atrevimiento, y cuando lo contaban al capitán Cortés y a todos nosotros, como en aquella sazón no lo habíamos visto ni oído como agora, que sabemos lo que es y han subido encima de la boca muchos españoles y aun frailes franciscos, nos admiramos entonces dello, y cuando fué Diego de Ordaz a Castilla lo demandó por armas a Su Majestad, e ansí las tiene agora un su sobrino Ordaz, que vive en la Puebla. Después acá desquestamos en esta tierra no le habemos visto echar tanto fuego ni con tanto ruido como al principio, y aun estuvo ciertos años que no echaba fuego hasta el año de mill e quinientos y treinta y nueve, que echó muy grandes llamas y piedra y ceniza. Dejemos de contar del volcán, que agora que sabemos qué cosa es y habemos visto otros volcanes, como son los de Nicaragua y los de Guatimala, se podían haber callado los de Guaxalcingo sin poner en relación, y diré cómo hallamos en este pueblo de Tascala casas de madera hechas de redes y llenas de indios e indias que tenían dentro encarcelados y a cebo hasta que estuviesen gordos para comer y sacrificar: las cuales cárceles les quebramos y deshicimos para que se fuesen los presos que en ellas estaban, y los tristes indios no osaban ir a cabo ninguno, sino estarse allí con nosotros, y ansí escaparon las vidas, y dende en adelante en todos los pueblos que entrábamos lo primero que mandaba nuestro capitán era quebralles las tales cárceles y echar fuera los

prisioneros, y comúnmente en todas estas tierras los tenían. Y como Cortés y todos nosotros vimos aquella gran crueldad, mostró tener mucho enojo de los caciques de Tascala y se lo riñó bien enojado, y prometieron que desde allí adelante que no matarían ni comerían de aquella manera más indios. Digo yo que qué aprovechaba todos aquellos prometimientos, que en volviendo la cabeza hacian las mismas crueldades. Y dejémoslo ansí y digamos cómo ordenamos de ir a México.

CAPITULO LXXIX

Cómo acordó nuestro capitán Hernando Cortés con todos nuestros capitanes y soldados que fuésemos a México, y lo que sobrello pasó.

Viendo nuestro capitán que había ya diez y siete días questábamos holgando en Tascala y oíamos decir de las grandes riquezas de Montezuma y su próspera ciudad, acordó tomar consejo con todos nuestros capitanes y soldados, en quien sentía que le tenían buena voluntad, para ir adelante, y fué acordado que con brevedad fuese nuestra partida. Y sobre este camino hobo en el real muchas pláticas de desconformidad, porque decían unos soldados que era cosa muy temerosa irnos a meter en tan fuerte ciudad siendo nosotros tan pocos, y decían de los grandes poderes del Montezuma. Y el capitán Cortés respondía que ya no podíamos hacer otra cosa, porque siempre nuestra demanda y apellido fué ver al Montezuma, e que por demás eran ya otros consejos. Y viendo que tan determinadamente lo decía y sintieron los del contrario parescer que muchos de los soldados le ayudamos a Cortés de buena voluntad con decir "¡adelante en buen hora!", no hobo más contradicción. Y los que andaban en estas pláticas contrarias eran de los que tenían en Cuba haciendas, que yo y otros pobres soldados ofrescido teníamos siempre nuestras ánimas a Dios, que las crió, y los cuerpos a heridas y trabajos hasta morir en servicio de Nuestro Señor Dios y de Su Majestad. Pues viendo Xicotenga y Maseescasi, señores de Taxcala, que de hecho queríamos ir a México, pesábales en el alma, y siempre estaban con Cortés avisándole que no curase de ir aquel camino, y que no se confiase poco ni mucho de Montezuma ni de ningún mexicano, e que no se creyese de sus grandes reverencias, ni de sus palabras tan humildes y llenas de cortesía, ni aun de cuantos presentes le ha enviado, ni de otros ningunos ofrescimientos, que todos eran de atraidorados, que en un hora se lo tornarían a tomar cuanto le habían dado, y que de noche y de día se guardase muy bien dellos, porque tienen bien entendido que cuando más descuidados estuviésemos nos darían guerra, y que cuando peleásemos con ellos, que los que pudiésemos matar que no quedasen con las vidas: al mancebo, por que no tome armas; al viejo, por que

no dé consejo, y le dijeron otros muchos avisos. Y nuestro capitán les dijo que se lo agradescía el buen consejo, y les mostró mucho amor, con ofrescimientos y dádivas que luego los dió al viejo Xicotenga y al Maseescasi y a todos los más caciques, y les dió mucha parte de la ropa fina de mantas que había presentado Montezuma, y les dijo que sería bueno tratar paces entrellos y los mexicanos para que tuviesen amistad y trujesen sal y algodón y otras mercaderías. Y el Xicotenga respondió que eran por demás las paces, y que su enemistad tienen siempre en los corazones arraigada, y que son tales los mexicanos que, so color de las paces, les harán mayores traiciones, porque jamás mantienen verdad en cosa ninguna que prometen, e que no curase de hablar en ellas, sino que le tornaban a rogar que se guardase muy bien de no caer en manos de tan malas gentes. Y estando platicando sobre el camino que habíamos de llevar para México, porque los embajadores de Montezuma questaban con nosotros, que iban por guías, decían que el mejor camino y más llano era por la ciudad de Cholula, por ser vasallos del gran Montezuma, donde recibiríamos servicio, y a todos nosotros nos paresció bien que fuésemos a aquella ciudad. Y como los caciques de Tascala, entendieron que nos queríamos ir por donde nos encaminaban los mexicanos, se entristecieron y tornaron a decir que, en todo caso, fuésemos por Guaxocingo, que eran sus parientes y nuestros amigos, e no por Cholula, porque en Cholula siempre tiene Montezuma sus tratos dobles encubiertos. Y por más que nos dijeron y aconsejaron que no entrásemos en aquella ciudad, siempre nuestro capitán con nuestro consejo muy bien platicado, acordamos de ir por Cholula: lo uno, porque decían todos que era grande poblazón y muy bien torreada y de altos y grandes cues, y en un buen llano asentada, que verdaderamente de lejos parescía en aquella sazón a nuestro Valladolid de Castilla la Vieja, y lo otro, porque estaba en partes cercana de grandes poblazones y tener muchos bastimentos, y tan a la mano a nuestros amigos los de Tascala, y con intención destarnos allí hasta ver de qué manera podríamos ir a México sin tener guerra, porque era de temer el gran poder de mexicanos, si Dios Nuestro Señor primeramente no ponía su divina mano y misericordia con que siempre nos ayudaba y daba esfuerzo, no podíamos entrar de otra manera. Y después de muchas pláticas y acuerdos, nuestro camino fué por Cholula. Y luego Cortés mandó que fuesen mensajeros a les decir que cómo estando tan cerca de nosotros no nos envían a visitar y hacer aquel acato que son obligados a mensajeros como somos de tan gran rey y señor como es el que nos envió a notificar su salvación, y que les ruega que luego viniesen todos los caciques y papas de aquella ciudad a nos ver y dar la obidiencia a nuestro rey y señor; si no, que los ternía por de malas intenciones. Y estando diciendo esto y otras cosas que convenía envialles a decir sobre este caso, vinieron a hacer saber a Cortés cómo el gran Montezuma enviaba cuatro

embajadores con presentes de oro, porque jamás a lo que habíamos visto, envió mensaje sin presente de oro y mantas, porque lo tenían por afrenta enviar mensajes si no enviaba con ellos dádivas. Y lo que dijeron aquellos mensajeros diré adelante.

CAPITULO LXXX

Cómo el gran Montezuma envió cuatro principales hombres de mucha cuenta con un presente de oro y mantas, y lo que dijeron a nuestro capitán.

Estando platicando Cortés con todos nosotros y con los caciques de Tascala sobre nuestra partida y en las cosas de la guerra, viniéronle a decir que llegaron aquel punto cuatro embajadores de Montezuma, todos principales, y traían presentes. Y Cortés les mandó llamar, y desque llegaron donde estaba hiciéronle grande acato y a todos los soldados que allí nos hallamos, y presentando su presente de ricas joyas de oro y de muchos géneros de hechuras, que valía bien dos mill pesos, y diez cargas de mantas de muy buenas labores de pluma, Cortés los rescibió con buen semblante. Y luego dijeron aquellos embajadores, por parte de su señor Montezuma, que se maravillaba mucho de nosotros estar tantos días entre aquellas gentes pobres y sin policía, que aun para esclavos no son buenos, por ser tan malos y traidores y robadores, que cuando más descuidados estuviésemos, de día o de noche, nos matarían por nos robar, y que nos rogaba que fuésemos luego a su ciudad y que nos daría de lo que tuviese, y aunque no tan cumplido como nosotros merescíamos y él deseaba, y puesto que todas las vituallas le entran en su ciudad de acarreto, que mandaría proveernos lo mejor que pudiese. Aquesto hacía Montezuma por sacarnos de Tascala, porque supo que habíamos hechos las amistades que dicho tengo en el capítulo que dello habla, y para ser perfetas habían dado sus hijas a Malinche, porque bien tuvieron entendido que no les podía venir bien ninguno de nuestras confederaciones. A esta causa nos cebaba con oro y presentes para que fuésemos a sus tierras, al de menos por que saliésemos de Tascala. Volvamos a decir de los embajadores, que los conoscieron bien los de Tascala, y dijeron a nuestro capitán que todos eran señores de pueblos y vasallos, con quien Montezuma enviaba a tratar cosas de mucha importancia. Cortés les dió muchas gracias a los mensajeros, con grandes quiricias y señales de amor que les mostró, y les dió por respuesta quél iría muy presto a ver al señor Montezuma, y les rogó questuviesen algunos días allí con nosotros. En aquella sazón acordó Cortés que fuesen dos de nuestros capitanes, personas señaladas, a ver y hablar al gran Montezuma e ver la gran ciudad de México

y sus grandes fuerzas y fortalezas. E iban ya de camino Pedro de Alvarado y Bernaldino Vázquez de Tapia, y quedaron en rehenes cuatro de aquellos embajadores que habían traído el presente, y otros embajadores del gran Montezuma, de los que solían estar con nosotros, fueron en su compañía. Y porque en aquel tiempo Cortés había enviado así a la ventura aquellos caballeros, se lo retrujimos; dijimos que cómo los enviaba a México no más de para ver [1] la ciudad y sus fuerzas; que no era buen acuerdo, y que luego los fuesen a llamar y que no pasen más adelante. Y les escribió que se volviesen luego. Demás desto, el Bernaldino Vázquez de Tapia ya había adolescido en el camino de calenturas. Y desque vieron las cartas se volvieron. Y los embajadores con quien iban dieron relación dello a su Montezuma, y les preguntó que qué manera de rostros y proporciones de cuerpos llevaban los dos teules que iban a México, y si eran capitanes. Y paresce ser que le dijeron quel Pedro de Alvarado era de muy linda gracia, ansí en el rostro como en su persona, y que parescia como al sol, y que era capitán, y demás desto se le llevaron figurado muy al natural su dibujo y cara, y desde entonces le pusieron nombre de Tonatio, que quiere decir el Sol o el Hijo del Sol, y así le llamaron de allí adelante, y el Bernaldino Vázquez de Tapia dijeron que era hombre rebusto y de muy buena disposición, que también era capitán. Y al Montezuma le pesó porque se habían vuelto del camino. Y aquellos embajadores tuvieron razón de comparallos, así en los rostros como en el aspecto de las personas y cuerpos, como los significaron a su señor Montezuma, porquel Pedro de Alvarado era de muy buen cuerpo y ligero, y faiciones y presencia, ansí en el rostro como en el hablar, en todo era agraciado, que parescía que se estaba riendo, y el Bernaldino Vázquez de Tapia era algo rebusto, puesto que tenia buena presencia. Y desque volvieron a nuestro real

(1) En el original aparece testado lo siguiente: "ver la gran ciudad de Méjico, e sus grandes fuerzas y fortalezas, y parésceme que fueron Pedro de Alvarado y Bernaldino Vázquez de Tapia, y quedaron en rehenes cuatro de aquellos embajadores que habían traído el presente, y los otros cuatro fueron con ellos, y porque en aquel tiempo yo estaba muy mal herido, harto tenía que curarme y no lo alcance a saber por entero. Ya [he] escrito a Méjico a tres amigos míos que se hallaron en todas las más conquistas para que me envíen relación, por que no vaya ansí incierto. Si no se pusiese aquí lo que sobrello dijeren, remítome a los conquistadores para que lo enmienden; mas sé sin duda ninguna que Bernaldino Vázquez de Tapia, yendo por el camino tuvo grandes calenturas y se quedó en un pueblo que se decía ..., y quel Pedro de Alvarado iba a Méjico, y se volvió del camino, y entonces aquellos cuatro principales que llevaba le pusieron por nombre Tonatio, que en lengua mejicana quiere decir sol, y ansí le llamaban de ahí adelante, y pusiéronle aquel nombre porque era de muy buen cuerpo y ligero, y faciones y presencia, ansí en el rostro como en el hablar, en todo era agraciado, que parescía que se estaba riendo, y también sé lo que dicho tengo que no llegaron los sobredichos capitanes a Méjico, porque cuando partieron de nuestro real nos pesó a todos los soldados de su vida, y a nuestro capitán le dijimos que para qué enviaba dos tan extremados varones que fuesen a la ventura, si los mataban. Y luego Cortés les escribió en posta que se volviesen: No lo sé bien: remítome a los que se hallaron presentes. Otros conquistadores me dijeron que como el Bernaldino Vázquez de Tapia estaba malo en un pueblo, que se lo hicieron saber a Montezuma sus mensajeros, y envió a mandar que no pasase de allí él ni Pedro de Alvarado, porque si fueran a Méjico no era cosa para no se saber muy claramente [por] todos los soldados. Volvamos a decir de los mensajeros que envió Cortés a Cholula la respuesta que enviaron, lo cual diré adelante.—"

nos holgamos con ellos, y les decíamos que no era cosa acertada lo que Cortés les mandaba. Y dejemos esta materia, pues no hace mucho a nuestra relación, y diré de los mensajeros que Cortés envió a Cholula, la respuesta que enviaron.

CAPITULO LXXXI

Cómo enviaron los de Cholula cuatro indios de poca valía a desculparse por no haber venido a Tascala, y lo que sobrello pasó.

Ya he dicho en el capítulo pasado cómo envió nuestra capitán mensajeros a Cholula para que nos viniesen a ver a Tascala los caciques de aquella ciudad. Desque entendieron lo que Cortés les mandaba, paresciόles que sería bien enviar cuatro indios de poca valía a desculparse e a decir que por estar malos no venían, y no trajeron bastimento ni otra cosa, sino ansí secamente dijeron aquella respuesta. Y cuando vinieron estos mensajeros estaban presentes los caciques de Tascala, e dijeron a nuestro capitán que para hacer burla dél y de todos nosotros enviaban los de Cholula aquellos indios, e que eran maceguales e de poca calidad; por manera que Cortés les tornó a enviar luego con otros cuatro indios de Cempoal, avisándoles que viniesen dentro de tres días hombres principales, pues estaban cinco leguas de allí, e que si no venían que los ternía por rebeldes; y que desque vengan les quiere decir cosas que les conviene para salvación de sus ánimas y pulicía para su buen vivir, y tenerlos por amigos y hermanos, como son los de Tascala, sus vecinos, y que si otra cosa acordaren y no quieren nuestra amistad, que nosotros procuraríamos de les descomplacer y enojarles. Y desque oyeron aquella embajada respondieron que no habían de venir a Tascala, porque son sus enemigos, porque saben que han dicho dellos e de su señor Montezuma muchos males, e que vamos a su ciudad y salgamos de los términos de Tascala, y si no hicieren lo que deben, que los tengamos por tales como les enviamos a decir. E viendo nuestro capitán que la excusa que decían era muy justa, acordamos de ir allá. Y desque los caciques de Tascala vieron que determinadamente nuestra ida era por Cholula, dijeron a Cortés: "Pues que ansí quieres creer a los mexicanos e no a nosotros, que somos tus amigos, ya te hemos dicho muchas veces que te guardes de los de Cholula e del poder de México. Para que mejor te puedas ayudar de nosotros tenémoste aparejados diez mill hombres de guerra que vayan en tu compañía". Y Cortés les dió muchas gracias por ello y consultó con todos nosotros que no sería bien que llevásemos tantos guerreros a tierra que habíamos de procurar amistades, e que sería bien que llevásemos mill, y éstos les demandó, e que los demás que se quedasen en sus casas. E dejemos esta plática, y diré de nuestro camino.

CAPITULO LXXXII

Cómo fuimos a la ciudad de Cholula [1] y del gran recibimiento que nos hicieron.

Una mañana comenzamos a marchar por nuestro camino para la ciudad de Cholula, e íbamos con el mayor concierto que podíamos, porque, como otras veces he dicho, adonde esperábamos haber revueltas o guerras nos apercebíamos muy mejor, e aquel día fuimos a dormir a un río que pasa obra de una legua chica de Cholula, adonde está agora hecha una puente de piedra, e allí nos hicieron unas chozas e ranchos. E esta misma noche enviaron los caciques de Cholula mensajeros, hombres principales, a darnos el para bien venidos a su tierra, e trajeron bastimentos de gallinas y pan de su maíz, e dijeron que en la mañana vernán todos los caciques y papas a nos rescibir, e que les perdonemos porque no habían salido luego. Y Cortés les dijo con nuestras lenguas doña Marina e Jerónimo de Aguilar, que se lo agradescía, ansí por el bastimento que traía como por la buena voluntad que mostraban. E allí dormimos aquella noche con buenas velas e escuchas e corredores del campo, y desque amanesció comenzamos a caminar hacia la ciudad. E yendo por nuestro camino ya cerca de la población nos salieron a rescibir los caciques e papas e otros muchos indios. E todos los más traían vestidas unas ropa de algodón de hechuras de marlotas, como las traen los indios zapotecas, y esto digo a quien las ha visto e ha estado en aquella provincia, porque en aquella ciudad así se usaban; e venían, muy de paz e de buena voluntad, y los papas traían braseros con ensencio con que sahumaron a nuestro capitán e a los soldados que cerca dél nos hallamos. E parecer aquellos papas y principales, como vieron los indios tascaltecas que con nosotros venían, dijéronselo a doña Marina que se lo dijese al general que no era bien que de aquella manera entrasen sus enemigos con armas en su ciudad. Y como nuestro capitán lo entendió, mandó a los capitanes e soldados y el fardaje que parásemos, y desque nos vió juntos e que no caminaba ninguno, dijo: "Parésceme, señores, que antes que entremos en Cholula que demos un tiento con buenas palabras a estos caciques e papas y veamos ques su voluntad, porque vienen murmurando destos nuestros amigos tascaltecas, y tienen mucha razón en lo que dicen, e con buenas palabras les quiero dar a entender la causa por qué venimos a su ciudad; y porque ya, señores, habéis entendido lo que nos han dicho los tascaltecas, que son bulliciosos, y será bien que por bien den la obidiencia a Su Majestad. Y esto me paresce que conviene". Y luego mandó a doña Marina que llamase a los caciques y papas allí donde estaba a caballo e todos nosotros juntos con Cortés. Y luego vinieron tres principales y dos papas, y dijeron: "Malinche: perdónanos porque no fuemos a Tascala a te ver e llevar comida, no por falta de voluntad, sino porque son nuestros enemigos Maseescasi e Xicotenga e toda Tascala, e que han dicho muchos males de nosotros e del gran Montezuma, nuestro señor". E que no basta lo que han dicho, sino que agora tengan atrevimiento, con vuestro favor, de venir con armas a nuestra

(1) Testado en el original: "En doce de octubre de mill e quinientos y diez y nueve años".

ciudad, y que le piden por merced que les mande volver a sus tierras, o al de menos que se queden en el campo e que no entren de aquella manera en su ciudad, e que nosotros que vamos mucho en buen hora. E como el capitán vió la razón que tenían, mandó luego a Pedro de Alvarado e al maestre de campo, que era Cristóbal de Olí, que rogasen a los tascaltecas que allí en el campo hiciesen sus ranchos e chozas e que no entrasen con nosotros sino los que llevaban la artillería y nuestros amigos los de Cempoal, y les dijesen la causa por qué se les mandaba era porque todos aquellos caciques e papas se temen dellos, e que cuando hobiésemos de pasar de Cholula para México que los enviará a llamar, e que no lo hayan por enojo. Y desque los de Cholula vieron lo que Cortés mandó, parescían questaban más sosegados, y les comenzó Cortés a hacer un parlamento, diciendo que nuestro rey y señor, cuyos vasallos somos, tiene tan grandes poderes y tiene debajo de su mando a muchos grandes príncipes y caciques, y que nos envió a estas tierras a les notificar y mandar que no adoren ídolos, ni sacrifiquen hombres, ni coman de sus carnes, ni hagan sodomías ni otras torpedades, e que por ser el camino por allí para México, adonde vamos a hablar al gran Montezuma, y por no haber otro más cercano, venimos por su ciudad, y también para tenelles por hermanos, e que pues otros grandes caciques han dado la obidiencia a Su Majestad, que será bien que ellos la den como los demás. E respondieron que aun no habemos entrado en su tierra e ya les mandábamos dejar sus teules, que ansí llamaban a sus ídolos, que no lo pueden hacer, y que dar la obidiencia a ese vuestro rey que decís, les place, y ansí la dieron de palabra e no ante escribano. Y esto hecho, luego comenzamos a marchar para la ciudad. E era tanta la gente que nos salía a ver, que las calles e azoteas estaban llenas, e no me maravillo dello, porque no habían visto hombres como nosotros ni caballos. Y nos llevaron aposentar a unas grandes salas, en que estuvimos todos e nuestros amigos los de Cempoal y los tascaltecas que llevaron el fardaje. Y nos dieron de comer aquel día e otro muy bien e abastadamente. E quedarse ha aquí, e diré lo que más pasamos.

CAPITULO LXXXIII

Cómo tenían concertado en esta ciudad de Cholula de nos matar por mandado de Montezuma, y lo que sobrello pasó.

Habiéndonos recebido tan solenemente como dicho tengo, e ciertamente de buena voluntad, sino que después paresció envió a mandar Montezuma a sus embajadores que con nosotros estaban que tratasen con los de Cholula que con un escuadrón de veinte mill hombres que envió Montezuma, que tenía apercebidos para en entrando en aquella ciudad que todos nos diesen guerra, de noche o de día, nos acapillasen, e los que pudiesen llevar atados de nosotros a México que se los llevasen, e con grandes prometimientos que les mandó, e muchas joyas e ropa que entonces les envió, e un

atambor de oro, e a los papas de aquella ciudad, que habían de tomar veinte de nosotros para hacer sacrificios a sus ídolos. Pues ya todo concertado, y los guerreros que Montezuma luego envió estaban en unos ranchos e arcabuesos, obra de media legua de Cholula, y otros estaban ya dentro en las casas, y todos puestos a punto con sus armas e hechos mamparos en las azoteas y en las calles hoyos e albarradas para que no pudiesen correr los caballos, y aun tenían en unas casas llenas de varas largas e colleras de cueros e cordeles con que nos habían de atar e llevarnos a México. Mejor lo hizo Nuestro Señor Dios, que todo se les volvió al revés. E dejémoslo agora, e volvamos a decir que ansí como nos aposentaron, como dicho he, nos dieron muy bien de comer los dos días primeros, e puesto que los víamos questaban muy de paz, no dejábamos siempre destar muy apercibidos, por la buena costumbre que en ello teníamos; e al tercero día ni nos daban de comer ni parescía cacique ni papa; e si algunos indios nos venían a ver, estaban apartados, que no se llegaban a nosotros, e riyéndose, como cosa de burla. E desque aquello vió nuestro capitán dijo a doña Marina e Aguilar, nuestras lenguas, que dijesen a los embajadores del gran Montezuma, que allí estaban, que mandasen a los caciques traer de comer, e lo que traían era agua e leña; e unos viejos que lo traían decían que no tenían maíz. E en aquel mismo día vinieron otros embajadores del Montezuma e se juntaron con los questaban con nosotros, e dijeron a Cortés muy desvergonzadamente que su señor les enviaba a decir que no fuésemos a su ciudad porque no tenía qué nos dar de comer, e que luego se querían volver a México con la respuesta. E desque aquello vió Cortés, e le paresció mal su plática, con palabras blandas dijo a los embajadores que se maravillaba de tan gran señor como es Montezuma de tener tantos acuerdos, e que les rogaba que no se fuesen a México, porque otro día se quería partir para velle e hacer lo que mandase, y aun me paresce que les dió unos sartalejos de cuentas. E los embajadores dijeron que sí aguardarían. Hecho esto, nuestro capitán nos mandó juntar, y nos dijo: "Muy desconcertada veo esta gente: estemos muy alerta, que alguna maldad hay entrellos". Y luego envió a llamar al cacique principal, que ya no se me acuerda cómo se llamaba, o que enviase algunos principales; e respondió questaba malo e que no podía venir. Y desque aquello vió nuestro capitán, mandó que de un gran cue questaba junto a nuestros aposentos le trujésemos dos papas con buenas razones, porque había muchos en él. Trujimos dos dellos sin les hacer deshonor, y Cortés les mandó dar a cada uno un chalchuy, que son muy estimados entre ellos, como esmeraldas, e les dijo con palabras amorosas que por qué causa el cacique y principales e todos los más papas están amedrentados, que los ha enviado a llamar e no han querido venir. Y paresce ser quel uno de aquellos papas era hombre muy principal entre ellos e tenía cargo o mando en todos los demás cues de aquella ciudad, que debía de ser a manera de obispo entre ellos, y le tenían gran acato, e dijo que ellos, que son papas, que no tenían temor de nosotros; que si el cacique e principales no han querido venir, quél irá a los llamar, y que como él les hable que tiene creído que no harán otra cosa y que vernán. E luego Cortés dijo que fuese y quedase su compañero allí aguardando hasta que viniese. E fué aquel papa e llamó al cacique e principales, y luego vinieron junta-

mente con él al aposento de Cortés. Y les preguntó con nuestras lenguas que por qué habían miedo e que por qué causa no nos daban de comer, y que si resciben pena de nuestra estada en su ciudad, que otro día por la mañana nos queríamos partir para México a ver e hablar al señor Montezuma; e que le tengan aparejados tamemes para llevar el fardaje e tepuzques, que son las lombardas, y también que luego trayan comida. Y el cacique estaba tan cortado, que no acertaba a hablar, y dijo que la comida que la buscarían; mas que su señor Montezuma les ha enviado a mandar que no la diesen, ni quería que pasásemos de allí adelante. Y estando en estas pláticas vinieron tres indios de los de Cempoal, nuestros amigos, y secretamente dijeron a Cortés que han hallado, junto adonde estábamos aposentados, hechos hoyos en las calles, encubiertos con madera e tierra encima, que si no miran mucho en ello no se podría ver, e que quitaron la tierra de encima de un hoyo e estaba lleno de estacas muy agudas, para matar los caballos si corriesen, e que las azoteas que las tienen llenas de piedras e mamparos de adobes, y que ciertamente no estaban de buen arte, porque también hallaron albarradas de maderos gruesos en otra calle. Y en aquel instante vinieron ocho indios tascaltecas, de los que dejamos en el campo que no entraron en Cholula, y dijeron a Cortés: "Mira, Malinche, questa ciudad está de mala manera, porque sabemos questa noche han sacrificado a su ídolo, ques el de la guerra, siete personas, y los cinco dellos son niños, por que les dé vitoria contra vosotros, e también habemos visto que sacan todo el fardaje e mujeres e niños". Desque aquello oyó Cortés, luego les despachó para que fuesen a sus capitanes los tascaltecas e questuviesen muy aparejados si les enviásemos a llamar; e tornó a hablar al cacique y papas y principales de Cholula que no tuviesen miedo ni anduviesen alterados, y que mirasen la obidiencia que dieron que no la quebrantasen, que les castigaría por ello, que ya les ha dicho que nos queremos ir por la mañana, que ha menester [1] dos mill hombres de guerra de aquella ciudad que vayan con nosotros, como nos han dado los de Tascala, porque en los caminos los habrá menester. E dijéronle que sí darían, e demandaron licencia para irse luego a los apercebir, e muy contentos se fueron, porque creyeron que con los guerreros que nos habían de dar y con las capitanías de Montezuma questaban en los arcabuesos y barrancas, que allí de muertos o presos no podríamos escapar por causa que no podrían correr los caballos, y por ciertos mamparos y albarradas, que dieron luego por aviso a los questaban en guarnición que hiciesen a manera de callejón que no pudiésemos pasar, y les avisaron que otro día habíamos de partir, e questuviesen muy a punto todos, porque ellos nos darían [2] dos mill hombres de guerra, e como fuésemos descuidados, que allí harían su presa los unos y los otros e nos podían atar; e que esto que lo tuviesen por cierto, porque ya habían hecho sacrificios a sus ídolos de la guerra, y les han prometido la vitoria. Y dejemos de hablar en ello, que pensaban que sería cierto, e volvamos a nuestro capitán, que quiso saber muy por extenso todo el concierto y lo que pasaba, y dijo a doña Marina que llevase más chalchivis a los dos papas que había hablado primero, pues no tenían miedo, e con palabras amo-

(1) Testado: "tres o quatro".
(2) Testado: "quatro".

rosas les dijese que los quería tornar a hablar Malinche, e que los trujese consigo. Y la doña Marina fué y les habló de tal manera, que lo sabía muy bien hacer, y con dádivas vinieron luego con ella. Y Cortés les dijo que dijesen la verdad de lo que supiesen, pues eran sacerdotes de ídolos e principales que no habían de mentir, e que lo que le dijesen, que no sería descubierto por vía ninguna, pues que otro día nos habíamos de partir, e que les daría mucha ropa. E dijeron que la verdad es que su señor Montezuma supo que íbamos aquella ciudad, e que cada día estaba en muchos acuerdos, e que no determinaba bien la cosa, e que unas veces les enviaba a mandar que si allá fuésemos que nos hiciesen mucha honra e nos encaminasen a su ciudad, e otras veces les enviaba a decir que ya no era su voluntad que fuésemos a México; que agora nuevamente le han aconsejado su Tescatepuca e su Ichilobos, en quien ellos tienen gran devoción, que allí en Cholula nos matasen o llevasen atados a México, e que había enviado el día antes veinte mill hombres de guerra, y que la mitad están ya aquí dentro desta ciudad e la otra mitad están cerca de aquí entre unas quebradas, e que ya tienen aviso cómo habéis de ir mañana, y de las albarradas que les mandaron hacer, y de los dos mill guerreros que os habemos de dar; e cómo tenían ya hecho conciertos que habían de quedar veinte de nosotros para sacrificar a los ídolos de Cholula. Cortés les mandó dar mantas muy labradas y les rogó que no lo dijesen, porque si lo descubrían que a la vuelta que volviésemos de México los matarían; e que se querían ir muy de mañana, e que hiciesen venir todos los caciques para hablalles, como dicho les tiene. Y luego aquella noche tomó consejo Cortés de lo que habíamos de hacer, porque tenía muy extremados varones y de buenos consejos; y como en tales casos suelen acaescer, unos decían que sería bien torcer el camino e irnos por Guaxocingo; otros decían que procurásemos haber paz por cualquier vía que pudiésemos, y que nos volviésemos a Tascala; otros dimos parecer que si aquellas traiciones dejábamos pasar sin castigo, que en cualquiera parte nos tratarían otras peores, y pues questábamos allí en aquel gran pueblo, e había hartos bastimentos, les diésemos guerra, porque más la sentirían en sus casas que no en el campo, y que luego apercibiésemos a los tascaltecas que se hallasen en ello; y a todos paresció bien este postrer acuerdo. Y fué desta manera: que ya que les había dicho Cortés que nos habíamos de partir para otro día, que hiciésemos que liábamos nuestro hato, que era harto poco, y que en unos grandes patios que había donde posábamos, questaban con altas cercas, que diésemos en los indios de guerra, pues aquello era su merecido; y que con los embajadores de Montezuma disimulásemos y les dijésemos que los malos cholutecas han querido hacer una traición y echar la culpa della a su señor Montezuma, e a ellos mismos, como sus embajadores, lo cual no creímos que tal mandase hacer, y que les rogábamos que se estuviesen en el aposento e no tuviesen más plática con los de aquella ciudad por que no nos den que pensar que andan juntamente con ellos en las traiciones, y para que se vayan con nosotros a México por guías. Y respondieron que ellos ni su señor Montezuma no saben cosa ninguna de lo que les dicen, e aunque no quisieron les pusimos guardas por que no se fuesen sin licencia, y por que no supiese Montezuma que nosotros sabíamos que él era quien lo había mandado hacer. E aquella

noche estuvimos muy apercebidos y armados, y los caballos ensillados y enfrenados, con grandes velas y rondas que esto siempre lo teníamos de costumbre, porque tuvimos por cierto que todas las capitanías, así de mexicanos como de cholutecas, aquella noche habían de dar sobre nosotros; y una india vieja, mujer de un cacique, como sabía el concierto y trama que tenían ordenado, vino secretamente a doña Marina, nuestra lengua, como la vió moza y de buen parecer y rica, le dijo y aconsejó que se fuese con ella su casa si quería escapar la vida, porque ciertamente aquella noche y otro día nos habían de matar a todos, porque ya estaba así mandado y concertado por el gran Montezuma, para que entre los de aquella ciudad y los mexicanos se juntasen y no quedasen ninguno de nosotros a vida, e nos llevasen atados a México, y que porque sabe esto y por mancilla que tenía de la doña Marina, se lo venía a decir, y que tomase todo su hato y se fuese con ella a su casa, y que allí la casaría con su hijo, hermano de otro mozo que traía la vieja, que la acompañaba. E como lo entendió la doña Marina y en todo era muy avisada, la dijo: "¡Oh, madre, qué mucho tengo que agradeceros! Eso que me decís, yo me fuera agora con vos, sino que no tengo aquí de quién me fiar para llevar mis mantas y joyas de oro, ques mucho; por vuestra vida, madre, que aguardéis un poco vos y vuestro hijo, y esta noche nos iremos, que agora ya veis questos teules están velando, y sentirnos han". Y la vieja creyó lo que le decía y quedóse con ella platicando; y le preguntó que de qué manera nos habían de matar e cómo e cuándo e adónde se hizo el concierto. Y la vieja se lo dijo ni más ni menos que lo habían dicho los dos papas. Y respondió la doña Marina: "¿Pues cómo siendo tan secreto ese negocio lo alcanzastes vos a saber?" Dijo que su marido se lo había dicho, ques capitán de una parcialidad de aquella ciudad y, como tal capitán, está agora con la gente de guerra que tiene a cargo dando orden para que se junten en las barracas con los escuadrones del gran Montezuma, y que cree questarán juntos esperando para cuando fuésemos, y que allí nos matarían; y questo del concierto que lo sabe tres días había porque de México enviaron a su marido un atambor dorado e a otros tres capitanes también les envió ricas mantas y joyas de oro, por que nos llevasen atados a su señor Montezuma. Y la doña Marina, como lo oyó, disimuló con la vieja y dijo: "¡Oh cuánto me huelgo en saber que vuestro hijo, con quien me queréis casar, es persona principal; mucho hemos estado hablando; no querría que nos sintiesen; por eso, madre, aguardad aquí; comenzaré a traer mi hacienda, porque no la podré sacar todo junto, e vos y vuestro hijo, mi hermano, lo guardaréis, y luego nos podremos ir!" Y la vieja todo se lo creía. Y sentóse de reposo la vieja y su hijo. Y la doña Marina entra de presto donde estaba el capitán y le dice todo lo que pasó con la india, la cual luego la mandó traer antél; y la tornó a preguntar sobre las traiciones y conciertos; y le dijo ni más ni menos que los papas. Y la pusieron guardas por que no se fuese. Y desque amanesció qué cosa era de ver la priesa que traían los caciques y papas con los indios de guerra, con muchas risadas y muy contentos, como si ya nos tuvieran metidos en el garlito e redes. Y trujeron más indios de guerra que les demandamos, que no cupieron en los patios, por muy grandes que son, que aun todavía están sin deshacer por memoria de lo pasado. E por bien de mañana que vinieron los cholutecas

con la gente de guerra, ya todos nosotros estábamos muy a punto para lo que se había de hacer, y los soldados de espada y rodela puestos a la puerta del gran patio, para no dejar salir ningún indio de los questaban con armas, y nuestro capitán también estaba a caballo, acompañado de muchos soldados para su guarda. Y desque vió que tan de mañana habían venido los caciques, y papas y gente de guerra, dijo: "¡Qué voluntad tienen estos traidores de vernos entre las barrancas para se hartar de nuestras carnes; mejor lo hará Nuestro Señor!" Y preguntó por los dos papas que habían descubierto el secreto, y le dijeron questaban a la puerta del patio con otros caciques que querían entrar. Y mandó Cortés Aguilar, nuestra lengua, que les dijese que se fuesen a sus casas e que agora no tenían necesidad dellos; y esto fué por causa que pues nos hicieron buena obra no recibiesen mal por ella, por que no los matásemos. E como Cortés estaba a caballo e doña Marina junto a él, comenzó a decir a los caciques que, sin hacelles enojo ninguno, a qué causa nos querían matar la noche pasada, e que si les hemos hecho o dicho cosa para que nos tratasen aquellas traiciones más de amonestalles las cosas que a todos los más pueblos por donde hemos venido les decimos: que no sean malos, ni sacrifiquen hombres, ni adoren sus ídolos, ni coman las carnes de sus prójimos, que no sean sométicos, y que tengan buena manera en su vivir, y decirles las cosas tocantes a nuestra santa fe, y esto sin apremialles en cosa ninguna, e a qué fin tienen agora nuevamente aparejadas muchas varas largas y recias con colleras y muchos cordeles en una casa junto al gran cu, e por qué han hecho de tres días acá albarradas en las calles e hoyos y pertrechos en las azoteas, y por qué han sacado de su ciudad sus hijos e mujeres e hacienda. Y que bien se ha parescído su mala voluntad y las traiciones, que no las pudieron encubrir, que aun de comer no nos daban, que por burlar traían agua y leña y decían que no había maíz, e que bien sabe que tienen cerca de allí, en unas barrancas, muchas capitanías de guerreros esperándonos, creyendo que habíamos de ir por aquel camino a México, para hacer la traición que tienen acordada con otra mucha gente de guerra questa noche se ha juntado con ellos. Que pues como en pago de que veníamos a tenerlos por hermanos y decilles lo que Dios Nuestro Señor y el rey manda nos querían matar e comer nuestras carnes, que ya tenían aparejadas las ollas, con sal e ají e tomates, que si esto querían hacer, que fuera mejor que nos dieran guerra, como esforzados y buenos guerreros, en los campos, como hicieron sus vecinos los tascaltecas, y que sabe por muy cierto que tenían concertado que en aquella ciudad, y aun prometido a su ídolo, abogado de la guerra, que le habían de sacrificar veinte de nosotros delante del ídolo, y tres noches antes, ya pasadas, que le sacrificaron siete indios por que les diese vitoria, lo cual les prometió, e como es malo y falso, no tiene ni tuvo poder contra nosotros, y que todas estas maldades y traiciones que han tratado e puesto por la obra han de caer sobrellos. Y esta razón se lo decía doña Marina, y se lo daba muy bien a entender. Y desque lo oyeron los papas y caciques y capitanes, dijeron que así es verdad lo que les dice, y que dello no tienen culpa, porque los embajadores de Montezuma lo ordenaron por mandado de su señor. Entonces les dijo Cortés que tales traiciones como aquéllas, que mandan las leyes reales que no queden sin castigo, e que por su

delito que han de morir. E luego mandó soltar una escopeta, que era la señal que teníamos apercebida para aquel efeto, y se les dió una mano que se les acordará para siempre, porque matamos muchos dellos [1], que no les aprovechó las promesas de sus falsos ídolos. Y no tardaron dos horas cuando llegaron allí nuestros amigos los tascaltecas que dejamos en el campo, como ya he dicho otra vez, y pelean muy fuertemente en las calles, donde los chulultecas tenían otras capitanías, defendiéndolas, por que no les entrásemos, y de presto fueron desbaratadas. Iban por la ciudad robando y catívando, que no les podíamos detener. Y otro día vinieron otras capitanías de las poblazones de Tascala y les hacen grandes daños, porque estaban muy mal con los de Cholula. Y desque aquello vimos, ansi Cortés y los demás capitanes y soldados, por mancilla que hubimos dellos, detuvimos a los tascaltecas que no hiciesen más mal. Y Cortés mandó a Cristóbal de Olí que le trujese todos los capitanes de Tascala para les hablar, y no tardaron de venir, y les mandó que recogiesen toda su gente y que se estuviesen en el campo, y ansí lo hicieron, que no quedaron con nosotros sino los de Cempoal. Y en aqueste instante vinieron ciertos caciques y papas chulultecas, que eran de otros barrios que no se hallaron en las traiciones, según ellos decían, que, como es gran ciudad, era bando y parcialidad por sí, y rogaron a Cortés y a todos nosotros que perdonásemos el enojo de las traiciones que nos tenían ordenado, pues los traidores habían pagado con las vidas. Y luego vinieron los dos papas amigos nuestros que nos descubrieron el secreto, y la vieja mujer del capitán que quería ser suegra de doña Marina, como ya he dicho otra vez, y todos rogaron a Cortés fuesen perdonados. Y Cortés, cuando se lo decían. mostró tener gran enojo y mandó llamar a los embajadores de Montezuma, questaban detenidos en nuestra compañía, y dijo que puesto que toda aquella ciudad merecía ser asolada, que teniendo respeto a su señor Montezuma, cuyos vasallos son, los perdona, e que de ahí en adelante que sean buenos, y que no les acontezca otra como la pasada, que morirían por ello. E luego mandó llamar los caciques de Tascala questaban en el campo e les dijo que volviesen los hombres y mujeres que habían cautivado, que bastaban los males que habían hecho. E puesto que se les hacía de mal devolvellos e decían que de muchos más daños eran merecedores por las traiciones que siempre de aquella ciudad han rescibido, y que por mandallo Cortés volvieron muchas personas, mas ellos quedaron desta vez ricos, ansí de oro e mantas e algodón e sal e esclavos; y, demás desto, Cortés los hizo amigos con los de Cholula, que, a lo que yo después vi e entendí, jamás quebraron las amistades. E más les mandó a todos los papas e caciques cholotecas que poblasen su ciudad e que hiciesen tianguez y mercados, y que no hobiesen temor, que no se les hacía enojo ninguno. Respondieron que dentro en cinco días harían poblar toda la ciudad, porque en aquella sazón todos los más vecinos estaban remontados, e dijeron que tenían nescesidad que Cortés les nombrase cacique, porque el que solía mandar que fué uno de los que murieron en el patio. E luego preguntó que a quién le venía el cacicazgo. E dijeron que a un su hermano, el cual luego les señaló por gobernador hasta que otra cosa les fuese mandado. Y demás desto, desque vió la ciudad poblada y estaban seguros en sus mer-

(1) Testado: "y otros se quemaron".

cados, mandó que se juntasen los papas e capitanes, con los demás principales de aquella ciudad, y se les dió a entender muy claramente todas las cosas tocantes a nuestra santa fe, e que dejasen de adorar ídolos y no sacrificasen ni comiesen carne humana, ni se robasen unos a otros, ni usasen las torpedades que solían usar, y que mirasen que sus ídolos los traen engañados e que son malos y no dicen verdad, e que tuviesen memoria que cinco días había las mentiras que les prometió: que les daría vitoria cuando le sacrificaron las siete personas, e cómo todo cuanto dicen a los papas e a ellos es todo maldad, e que les rogaba que luego les derrocasen e hiciesen pedazos, y si ellos no querían, que nosotros los quitaríamos, e que hiciesen encalar uno como humilladero para donde pusiesemos una cruz. Lo de la cruz, luego lo hicieron, y respondieron que quitarían los ídolos; y puesto que se lo mandó muchas veces que los quitasen, lo dilataban. Y entonces dijo el padre de la Merced a Cortés que era por demás a los principios quitalles sus ídolos hasta que vayan entendiendo más las cosas y ver en qué paraba nuestra entrada en México, y el tiempo nos diría lo que habíamos de hacer, que al presente bastaba las amonestaciones que se les ha hecho y ponelles la cruz. Dejaré de hablar desto y diré cómo aquella ciudad está asentada en un llano y en parte e sitio donde están muchas poblazones cercanas ques Tepeaca, Tascala, Chalco, Tecamachalco, Guaxocingo e otros muchos pueblos que, por ser tantos, aquí no los nombro. Y es tierra de mucho maíz e otras legumbres, e de mucho aji, y toda llena de magueyales, ques donde hacen el vino. Hacen en ella muy buena loza de barro colorado y prieto e blanco de diversas pinturas, e se bastece della México y todas las provincias comarcanas, digamos agora como en Castilla de Talavera o Plasencia. Tenía aquella ciudad en aquel tiempo tantas torres muy altas, que eran cues e adoratorios donde estaban sus idolos, especial el cu mayor era de más altor quel de México, puesto que era muy suntuoso e alto el cu mexicano, y tenía otros patios para servicio de los cues. Según entendimos, había allí un ídolo muy grande, el nombre dél no me acuerdo; mas entre ellos se tenía gran devoción y venían de muchas partes a le sacrificar y a tener como a manera de novenas, y le presentaban de las haciendas que tenían. Acuérdome, cuando en aquella ciudad entramos, que desque vimos tan altas torres y blanquear, nos pareció al propio Valladolid. Dejemos de hablar desta ciudad y todo lo acaescido en ella, y digamos cómo los escuadrones que había enviado el gran Montezuma, questaban ya puestos entre los arcabuesos questán cabe Cholula, y tenían hecho mamparos e callejones para que no pudiesen correr los caballos, como lo tenían concertado, como ya otra vez lo he dicho, desque supieron lo acaescido se vuelven más que de paso para México y dan relación a su Montezuma según y de la manera que todo pasó. Y por presto que fueron ya tenía la nueva de dos principales que con nosotros estaban y que fueron en posta. Y supimos muy de cierto que cuando lo supo Montezuma que sintió gran dolor y enojo, e que luego sacrificó ciertos indios a su ídolo Vichilobos, que le tenían por dios de la guerra, por que le dijese en lo que había de parar nuestra ida a México, o si nos dejaría entrar en su ciudad; y aun supimos questuvo encerrado en sus devociones y sacrificios dos días, juntamente con diez papas, los más principales, y que hobo respuesta de aquellos ídolos, y

fué que le aconsejaron que nos enviase mensajeros a desculpar de lo de Cholula y que con muestras de paz nos deje entrar en México, y questando dentro, con quitarnos la comida e agua o alzarnos cualquiera de los puentes nos matarían, y que en un día si nos daba guerra no quedaría ninguno de nosotros a vida, y que allí podría hacer sus sacrificios ansí al Vichilobos, que le dió esta respuesta, como a Tescatepuca, que tenía por dios del infierno E ternían hartazgas de nuestros muslos y piernas y brazos, y las tripas y el cuerpo y todo lo demás hartarían las culebras e sierpes y tigres que tenían en unas casas de madera, como adelante diré en su tiempo, y lugar. Dejemos de hablar de lo que Montezuma sintió y digamos cómo esta cosa e castigo de Cholula fué sabido en todas las provincias de la Nueva España. Si de antes teníamos fama de esforzados y habían sabido de las guerras de Potonchan y Tabasco y de Cingapacinga y lo de Tascala, y nos llamaban teules, que es nombre como sus dioses o cosas malas, desde ahí adelante nos tenían por adivinos, y decían que no se nos podría encubrir cosa ninguna mala que contra nosotros tratasen que no lo supiésemos, y a esta causa nos mostraban buena voluntad. Ya creo questarán hartos los curiosos letores de oír esta relación de Cholula; ya quisiera habella acabado de escrebir, y no puedo dejar de traer aquí a la memoria las redes de maderos gruesos que en ella hallamos que estaban llenas de indios y muchachos a cebo, para sacrificar y comer sus carnes, las cuales redes quebramos y los indios que en ellas estaban presos les mandó Cortés que se fuesen a donde eran naturales, y con amenazas mandó a los caciques y capitanes y papas de aquella ciudad que no tuviesen más indios de aquella manera ni comiesen carne humana, y ansí lo prometieron; más qué aprovechaba aquellos prometimientos, que no lo cumplían. Pasemos ya adelante y digamos que aquestas fueron las grandes crueldades que escribe y nunca acaba de decir el obispo de Chiapa, fray Bartolomé de las Casas, porque afirma que sin causa ninguna, sino por nuestro pasatiempo y porque se nos antojó se hizo aquel castigo, y aun dícelo de arte en su libro a quien no lo vió ni lo sabe, que les hará creer ques ansí aquello e otras crueldades que escribe, siendo todo al revés (1) que no pasó como lo escribe. Miren los religiosos de la orden de señor Santo Domingo lo que leen en el libro en lo que ha escrito, y hallarán ser muy contrario lo uno de lo otro. Y también quiero decir que unos buenos religiosos franciscos, que fueron los primeros frailes que Su Majestad envió a esta Nueva España, después de ganado México, según adelante diré, fueron a Cholula para saber e inquirir cómo y de qué manera pasó aquel castigo, y por qué causa, e la pesquisa que hicieron fué con los mesmos papas e viejos de aquella ciudad, y después de bien informados dellos mismos, hallaron ser ni más ni menos que en esta relación escribo, y no como lo dice el obispo. Y si por ventura no se hiciera aquel castigo, nuestras vidas estaban en mucho peligro, según los escuadrones y capitanías que tenían de guerreros mexicanos y de Cholula, e albarradas e pertrechos, y que si allí por nuestra desdicha nos mataran, esta Nueva España no se ganara tan presto ni se atreviera venir otra armada, e ya que viniera fuera con gran trabajo, porque les defendieran los puertos y se estuvieran siempre en sus idolatrías. Yo he

(1) Testado en el original: "perdóneme su señoría que lo diga tan claro".

oído decir a un fraile francisco, de buena vida, que se decía fray Toribio Motolinea, que si se pudiera excusar aquel castigo y ellos no dieran causa a que se hiciese, que mejor fuera; mas ya que se hizo, que fué bueno para que todos los indios de las provincias de la Nueva España viesen y conosciesen que aquellos ídolos y todos los demás son malos y mentirosos, y que viendo lo que le había prometido salió al revés, y que perdieron la devoción que antes tenían con ellos, y que desde allí en adelante no les sacrificaban ni venían como en romería de otras partes como solían, y desde entonces no curaron más dél y le quitaron del alto cu donde estaba, o le escondieron o quebraron, que no paresció más, y en su lugar habían puesto otro ídolo. Dejémoslo ya, y diré lo que más adelante hicimos.

CAPITULO LXXXIV

De ciertas pláticas e mensajeros que enviamos al gran Montezuma.

Como habían ya pasado catorce días questábamos en Cholula y no teníamos más en qué entender, y vimos que quedaba aquella ciudad muy poblada y hacían mercados, e habíamos hecho amistades entre ellos y los de Tascala, e les teníamos puesto una cruz, e amonestado las cosas tocantes a nuestra santa fe, y víamos que el gran Montezuma enviaba a nuestro real espías encubiertamente a saber e inquirir qué era nuestra voluntad y si habíamos de pasar adelante para ir a su ciudad, porque todo lo alcanzaba a saber muy enteramente por dos embajadores questaban en nuestra compañía, acordó nuestro capitán de entrar en consejo con ciertos capitanes e algunos soldados que sabía que le tenían buena voluntad, porque, demás de ser muy esforzados, eran de buen consejo, porque ninguna cosa hacía sin primero tomar sobrello nuestro parecer. Y fué acordado que blanda y amorosamente enviásemos a decir al gran Montezuma, que para cumplir a lo que nuestro rey e señor nos envió a estas partes, e hemos pasado muchos mares e remotas tierras solamente para le ver e decille cosas que le serán muy provechosas desque las haya entendido, que veniendo que veníamos camino de su ciudad, porque sus embajadores nos encaminaron por Cholula, que dijeron que eran sus vasallos, e que dos días, los primeros que en ella entramos, nos rescibieron muy bien, e para otro día tenían ordenada una traición con pensamiento de nos matar, y porque somos hombres que tenemos tal calidad que no se nos puede encubrir cosa de trato ni tratación ni maldad que contra nosotros quieran hacer, que luego no lo sabemos, e que por esta causa castigamos algunos que querían ponerlo por obra, e que porque supo que eran sus subjetos, teniendo respeto a su persona e a nuestra gran amistad dejó de asolar y matar todos los que fueron en pensar en la traición. Y lo peor de todo es que dijeron los papas e caciques que por consejo e mandado dél y de sus embajadores lo querían hacer. Lo cual nunca creímos que tan gran señor como él es tal mandase, especialmente habiéndose dado por nuestro

amigo, y tenemos colegido de su persona que ya que tan mal pensamiento sus ídolos le pusieron de darnos guerra, que sería en el campo, mas en tanto teníamos que pelease en campo que en poblado, que de día que de noche, porque les mataríamos a quien tal pensase hacer; mas como le tiene por gran amigo, e le desea ver y hablar, luego nos partimos para su ciudad a dalle cuenta muy por entero de lo que el rey nuestro señor nos mandó. E como el Montezuma oyó esta embajada y entendió que por lo de Cholula no le poníamos toda la culpa, oímos decir que tornó a entrar con sus papas en ayunos e sacrificios que hicieron a sus ídolos para que se tornase a retificar que si nos dejaría entrar en su ciudad o no, y si se lo tornaba a mandar, como le había dicho otra vez. Y la respuesta que les tornó a dar fué como la primera, y que de hecho nos deje entrar, y que dentro nos mataría a su voluntad; y más le aconsejaron sus capitanes e papas que si ponía estorbo en la entrada, que le haríamos guerra en los pueblos sus subjetos, teniendo, como teníamos, por amigos a los tascaltecas y todos los totonaques de la sierra, e a otros pueblos que habían tomado nuestra amistad; y por excusar estos males, que mejor y más sano consejo es el que les ha dado su Vichilobos. Dejemos de más decir de lo que Montezuma tenía acordado, e diré lo que sobre ello hizo, e cómo acordamos de ir camino de México, y estando de partida llegaron mensajeros de Montezuma con un presente, y lo que envió a decir.

CAPITULO LXXXV

Cómo el gran Montezuma envió un presente de oro, y lo que envió a decir, y cómo acordamos de ir camino de México, y lo que más acaesció sobrello.

Como el gran Montezuma hobo tomado otra vez consejo con su Vichilobos e papas y capitanes, y todos le consejaron que nos deje entrar en su ciudad e que allí nos mataría a su salvo, y después que oyó las palabras que le envíamos a decir acerca de nuestra amistad, e también otras razones bravosas, cómo somos hombres que no se nos encubre traición que contra nosotros se trate que no la sepamos, y que en lo de la guerra que eso se nos da que sea en el campo o en poblado, que de noche o de día, o de otra cualquier maña, e como había entendido las guerras de Tascala e había sabido lo de Potonchan e Tabasco e Cingapacinga e agora lo de Cholula, estaba asombrado y aun temeroso; y después de muchos acuerdos que tuvo, envió seis principales con un presente de oro y joyas de mucha diversidad de hechuras, que valdría, a lo que juzgaban, sobre dos mill pesos, y también envió ciertas cargas de mantas muy ricas e de primas labores. E cuando aquellos principales llegaron ante Cortés con el presente, besaron la tierra con la mano, e con gran acato, como entre ellos se usa, dijeron: "Malinche: nuestro señor el gran Montezuma te envía este presente, y dice que le rescibas con el amor grande que te tiene, e a todos vuestros hermanos, e que le pesa del enojo que le dieron los de Cholula, e que quisiera que los castigara

más en sus personas, porque son malos e mentirosos, que las maldades que ellos querían hacer le echaban a él la culpa e a sus embajadores, e que tuviésemos por muy cierto que era nuestro amigo e que vamos a su ciudad cuando quisiéremos, que puesto quél nos quiera hacer mucha honra, como a personas tan esforzadas y mensajeros de tan alto rey como decís que es, e porque no tiene que nos dar de comer, que la ciudad se lleva todo el bastimento de acarreto, por estar en la laguna poblada, no lo podrá hacer tan cumplidamente; mas quél procurará de hacernos toda la más honra que pudiere, y que por los pueblos por donde habíamos de pasar quél ha mandado que nos den lo que hobiésemos menester". E dijo otros muchos cumplimientos de palabra. Y como Cortés lo entendió, por nuestras lenguas, rescibió aquel presente con muestras de amor, e abrazó a los mensajeros y les mandó dar ciertos diamantes torcidos. E todos nuestros capitanes y soldados nos alegramos con tan buenas nuevas en mandarnos que vamos a su ciudad, porque de día en dia lo estábamos deseando todos los más soldados, especial los que no dejábamos en la isla de Cuba bienes ningunos e habíamos venido dos veces a descubrir primero que Cortés. Dejemos esto y digamos cómo el capitán les dió buena respuesta e muy amorosa, e mandó que se quedasen tres mensajeros de los que vinieron con el presente para que fuesen con nosotros por guías, y los otros tres volvieron con la respuesta a su señor y le avisan que ya íbamos camino [1]. Y cuando aquella nuestra partida entendieron los caciques mayores de Tascala, que se decían Xicotenga el viejo e ciego y Maseescasi, los cuales he nombrado otras veces, les pesó en el alma, e enviaron a decir a Cortés que ya le habían dicho muchas veces que mirase lo que hacía e se guardase de entrar en tan recia ciudad, donde había tantas fuerzas e tanta multitud de guerreros, porque un día o otro nos darían guerra, e temía que no podríamos salir con las vidas: e que por la buena voluntad que nos tiene, que ellos quieren enviar diez mill hombres con capitanes esforzados que vayan con nosotros con bastimento para el camino. Cortés se lo agradesció mucho su buena voluntad, y les dijo que no es justo entrar en México con tanta copia de guerreros, especialmente siendo tan contrarios los unos de los otros; que solamente había menester mill hombres para llevar los tepuzques e fardaje e para adobar algunos caminos. Ya he dicho otra vez que tepuzques en estas partes dicen por los tiros, que son de hierro, que llavábamos. Y luego despacharon los mill indios muy apercebidos, y ya questábamos a punto para caminar, vinieron ante Cortés los caciques e todos los más principales guerreros que sacamos de Cempoal, que andaban en nuestra compañia y nos sirvieron muy bien y lealmente, e dijeron que se querían volver a Cempoal, e que no pasarían de Cholula adelante para ir a México, porque cierto tenían que si allá iban que habían de morir ellos y nosotros, e que el gran Montezuma les mandaría matar, porque eran personas muy principales de los de Cempoal, que fueron en quitalle la obidiencia e en que no se le diese tributo, e en aprisionar sus recaudadores cuando hobo la rebelión ya por mí otra vez escrita en esta relación. E desque Cortés los vió que con tanta voluntad le demandaban aquella licencia, les respondió con doña

(1) Sigue un párrafo testado, y al margen de puño y letra del autor, se lee: "ojo", como indicando que no se copiase, lo que da a entender la existencia de otra copia de este libro en vida del autor.—(*J. A. V. C.*).

Marina e Aguilar que no hobiesen temor ninguno que rescibirían mal ni daño, e que pues iban en nuestra compañía, que quién había de ser osado a los enojar a ellos ni a nosotros, y que les rogaba que mudasen su voluntad e que se quedasen con nosotros; y les prometió que les haría ricos. E por más que se lo rogó Cortés e doña Marina se lo decía muy afectuosamente, nunca quisieron quedar, sino que se querían volver. E desque aquello vió Cortés, dijo: "Nunca Dios quiera que nosotros llevemos por fuerza a aquestos indios que tan bien nos han servido". Y mandó traer muchas cargas de mantas ricas e se las repartió entre todos, e también envió al cacique gordo, nuestro amigo, señor de Cempoal, dos cargas de mantas para él y para su sobrino Cuesco, que ansí se llama otro gran cacique, y escribió al teniente Joan de Escalante, que dejábamos por capitán, y era en aquella sazón alguacil mayor, todo lo que nos había acaescido, y cómo íbamos camino de México, e que mirase muy bien por todos los vecinos, e se velase, e que siempre estuviese de día e de noche con gran cuidado, e que acabase de hacer la fortaleza, e que a los naturales de aquellos pueblos que los favoresciese contra mexicanos, y no se les hiciese agravio por ningún soldado de los que con él estaban. Y escrita esta carta y partidos los de Cempoal, comenzamos nuestro camino muy apercebidos.

CAPITULO LXXXVI

Cómo comenzamos a caminar para la ciudad de México, y lo que en el camino nos avino, y lo que Montezuma envió a decir.

Ansí como salimos de Cholula con gran concierto, como lo teníamos de costumbre, los corredores de campo a caballo descubriendo la tierra, e peones muy sueltos juntamente con ellos para si algún mal paso o embarazo hobiese ayudasen los unos a los otros, e nuestros tiros muy a punto, e escopeteros e ballesteros e los de a caballo de tres en tres, para que se ayudasen, y todos los más soldados en gran concierto. No sé yo para qué lo traigo tanto a la memoria, sino que en las cosas de la guerra por fuerza hemos de hacer relación dello, para que se vea cuál andábamos, la barba siempre sobre el hombro, e ansí caminando llegamos aquel día a unos ranchos questán en una como serrezuela, ques poblazón de Guaxocingo, que me paresce que se dicen los ranchos de Iscalpán, cuatro leguas de Cholula. E allí vinieron luego los caciques y papas de los pueblos de Guaxocingo, questaba cerca, e eran amigos e confederados de los tascaltecas, y también vinieron otros poblezuelos questán poblados a las haldas del volcán que confinan con ellos, e trujeron bastimento y un presente de joyas de oro de poca valía, y dijeron a Cortés que rescibiese aquello y no mirase a lo poco que era, sino a la voluntad con que se lo daban, y le aconsejaron que no fuese a México, que era una ciudad muy fuerte y de muchos guerreros, y que correríamos mucho peligro, e que mirase que, ya que íbamos, que subido aquel puerto, que había dos caminos muy anchos, y quel uno iba a un pueblo que se dice Chalco, y el otro

a Tamanalco, que era otro pueblo, y entrambos sujetos a México; y aquel un camino estaba muy barrido e limpio para que vamos por él, e que el otro camino le tenían ciego e cortados muchos árboles muy gruesos y grandes pinos por que no puedan ir caballos ni pudiésemos pasar adelante, e que abajado un poco de la sierra, por el camino que tenían limpio, creyendo que habíamos de ir por él, tenían cortado un pedazo de la sierra, e había allí mamparos e albarradas, e que han estado en el paso ciertos escuadrones de mexicanos para nos matar, e que nos aconsejaban que no fuésemos por el que estaba limpio, sino por donde estaban los árboles atravesados, e que ellos nos darán mucha gente que lo desembaracen, e pues que iban con nosotros los talcaltecas, que todos quitarían los árboles, e que aquel camino salía a Tamanalco. E Cortés les rescibió el presente con mucho amor, y les dijo que les agradescía el aviso que le daban, e con el ayuda de Dios que no dejará de seguir su camino, e que irá por donde le aconsejaban. E luego otro día bien de mañana comenzamos a caminar, e ya era cerca de mediodía cuando llegamos en lo alto de la sierra, donde hallamos los caminos ni más ni menos que los de Guaxocingo dijeron, e allí reparamos un poco y aun nos dió qué pensar en lo de los escuadrones mexicanos y en la sierra cortada donde estaban las albarradas de que nos avisaron. E Cortés mandó llamar a los embajadores del gran Montezuma que iban en nuestra compañía y les preguntó que cómo estaban aquellos dos caminos de aquella manera: el uno muy limpio e barrido, y el otro lleno de árboles cortados nuevamente. Y respondieron que porque vamos por el limpio, que sale a una ciudad que se dice Chalco, donde nos harán buen rescibimiento, ques de su señor Montezuma, y quel otro camino, que le pusieron aquellos árboles y lo cegaron por que no fuésemos por él, que hay malos pasos e se rodea algo para ir a México, que sale a otro pueblo que no es tan grande como Chalco. Entonces dijo Cortés que quería ir por el que estaba embarazado. E comenzaron a subir la sierra puestos en gran concierto, y nuestros amigos apartando los árboles muy grandes e muy gruesos, por donde pasamos con gran trabajo, e hasta hoy en día están algunos dellos fuera del camino. Y subiendo a lo más alto, comenzó a nevar y se cuajó de nieve la tierra, e caminamos la sierra abajo e fuimos a dormir a unas caserías que eran como a manera de aposentes o mesones, donde posaban indios mercaderes, e tuvimos bien de cenar e con gran frío, e pusimos nuestras velas e rondas y escuchas y aun corredores del campo. E otro día comenzamos a caminar, e a hora de misas mayores llegamos a un pueblo que ya he dicho que se dice Tamanalco, e nos recibieron bien, e de comer no faltó, e como supieron de otros pueblos de nuestra llegada, luego vinieron los de Chalco e se juntaron con los de Tamanalco e Chimaloacán e Mecameca e Acacingo, donde están las canoas, ques puerto dellos, e otros poblezuelos que ya no se me acuerda el nombre dellos. Y todos juntos trujeron un presente de oro y dos cargas de mantas e ocho indias, que valdría el oro sobre ciento y cincuenta pesos, e dijeron: "Malinche: rescibe estos presentes que te damos y tennos de aquí adelante por tus amigos". Y Cortés lo recibió con grande amor, y se les ofresció que en todo lo que hobiesen menester les ayudaría; y desque los vió juntos dijo

al padre de la Merced que les amonestase las cosas tocantes a nuestra santa fe e dejasen sus ídolos, y se les dijo todo lo que solíamos decir en todos los más pueblos por donde habíamos venido, e a todo respondieron que bien dicho estaba, y que lo verían adelante. También se les dió a entender el gran poder del emperador nuestro señor, e que veníamos a deshacer agravios e robos, e que para ello nos envió a estas partes. E como aquello oyeron todos aquellos pueblos que dicho tengo, secretamente, que no lo sintieron los embajadores mexicanos, dan tantas quejas de Montezuma e de sus recaudadores, que les robaban cuanto tenían, y las mujeres e hijas, si eran hermosas, las forzaban delante dellos y de sus maridos y se las tomaban, e que les hacían trabajar como si fueran esclavos, que les hacían llevar en canoas e por tierra madera de pinos, e piedra, e leña, e maíz e otros muchos servicios de sembrar maizales, y les tomaban sus tierras para servicio de sus ídolos, e otras muchas quejas que, como ha ya muchos años que pasó, no me acuerdo. E Cortés les consoló con palabras amorosas, que se las sabía muy bien decir con doña Marina, y que agora al presente no puede entender en hacelles justicia, y que se sufriesen, quél les quitaría aquel dominio; e secretamente les mandó que fuesen dos principales con otros cuatro de nuestros amigos de Tascala a ver el camino barrido que nos hobieron dicho los de Guaxocingo que no fuésemos por él, para que viesen qué albarradas e mamparo tenían, e si estaban allí algunos escuadrones de guerra. Y los caciques respondieron: "Malinche: no hay necesidad de illo a ver, porque todo está agora muy llano e aderezado, e has de saber que habrá seis días questaban a un mal paso que tenían cortada la sierra por que no pudieses pasar con mucha gente de guerra. Del gran Montezuma hemos sabido que su Vichilobos, ques el dios que tienen de la guerra, les aconsejó que os dejen pasar, e desque entréis en México que allí os matarán; por tanto, lo que nos parece es que os estéis aquí con nosotros, e os daremos de lo que tuviéremos, e no vais a México, que sabemos cierto que, según es fuerte e de muchos guerreros, no os dejarán con las vidas". Y Cortés les dijo con buen semblante que no tenían los mexicanos ni otras ningunas naciones poder de nos matar, salvo Nuestro Señor Dios, en quien creemos, e que por que vean que al mismo Montezuma e a todos sus caciques e papas les vamos a dar a entender lo que nuestro Dios manda, que luego se quería partir, e que le diesen veinte hombres principales que vayan en nuestra compañía, y que haría mucho por ello e les haría justicia desque haya entrado en México, para que Montezuma ni sus recaudadores no les hagan las demasías ni fuerzas que han dicho que les hacen. Y con alegre rostro todos los de aquellos pueblos por mí ya nombrados dieron buenas respuestas, y nos trujeron los veinte indios, e ya questábamos para partir vinieron mensajeros del gran Montezuma; y lo que dijeron diré adelante.

CAPITULO LXXXVII

Cómo el gran Montezuma nos envió otros embajadores con un presente de oro y mantas, y lo que dijeron a Cortés, y lo que les respondió.

Ya questábamos de partida para ir nuestro camino a México, vinieron ante Cortés cuatro principales mexicanos que envió Montezuma y trujeron un presente de oro y mantas, y después de hecho su acato, como lo tenían de costumbre, dijeron: "Malinche: este presente te envía nuestro señor el gran Montezuma, y dice que le pesa mucho por el trabajo que habéis pasado en venir de tan lejos tierras a le ver, y que ya te ha enviado a decir otra vez que te dará mucho oro y plata y chalchihuis en tributo para vuestro emperador y para vos y los demás teules que traéis, y que no vengas a México, e agora nuevamente te pide por merced que no pases de aquí adelante, sino que te vuelvas por donde viniste, quel te promete de te enviar al puerto mucha cantidad de oro y plata y ricas piedras para ese vuestro rey, y para ti te dará cuatro cargas de oro, y para cada uno de tus hermanos una carga, porque ir a México es excusada tu entrada dentro, que todos sus vasallos están puestos en armas para no os dejar entrar, y demás desto, que no tenía camino, sino muy angosto, ni bastimentos que comiésemos". E dijo otras muchas razones de inconvinientes para que no pasásemos de allí. El Cortés con mucho amor abrazó a los mensajeros, puesto que le pesó de la embajada, y rescibió el presente, que ya no se me acuerda qué tanto valía, e a lo que yo vi y entendí, jamás dejó de enviar Montezuma oro, poco o mucho, cuando enviaba mensajeros, como otra vez he dicho. E volviendo a nuestra relación, Cortés les respondió que se maravillaba del señor Montezuma, habiéndose dado por nuestro amigo y siendo tan gran señor, tener tantas mudanzas, que unas veces dice uno y otras envía a mandar al contrario, y que en cuanto a lo que dice que dará el oro para nuestro señor el emperador y para nosotros, que se lo tiene en merced, y por aquello que agora le envía que en buenas obras se lo pagará el tiempo andando, y que si le parescerá bien questando tan cerca de su ciudad, será bueno volvernos del camino sin hacer aquello que nuestro señor nos manda; que si el señor Montezuma hobiese enviado sus mensajeros y embajadores algún gran señor como él es, ya que llegasen cerca de su casa aquellos mensajeros que enviaba se volviesen sin le hablar y decille a lo que iban, desque volviesen ante su presencia con aquel recaudo, ¿qué mercedes les haría sino tenelles por cobardes y de poca calidad?, que ansí haría nuestro señor el emperador con nosotros, y que de una manera o de otra que habíamos de entrar en su ciudad, y desde allí adelante que no le envíe más excusas sobre aquel caso, porque le ha de ver e hablar y dar razón de todo el recaudo a que hemos venido, y ha de ser a su sola persona; y desque lo haya entendido, si no le estuviere bien nuestra estada en su ciudad, que nos volveremos por donde vinimos; e cuanto a lo que dice que no tiene comida sino muy poco e que no nos podremos sustentar, que somos hombres que con poca cosa que comemos nos pasamos, e que ya vamos camino de su ciudad, que haya por bien nuestra ida. E luego en despachando los mensa-

jeros comenzamos a caminar para México, y como nos habían dicho y avisado los de Guaxocingo y los de Chalco que Montezuma había tenido pláticas con sus ídolos y papas que si nos dejaria entrar en México o si nos daría guerra, y todos sus papas le respondieron que decía su Huichilobos que nos dejase entrar, que allí nos podía matar, según dicho tengo otras veces en el capítulo que dello habla, y como somos hombres y temíamos la muerte, no dejábamos de pensar en ello; y como aquella tierra es muy poblada, íbamos siempre caminando muy chicas jornadas y encomendándonos a Dios y su bendita madre Nuestra Señora, y platicando cómo y de qué manera podíamos entrar, y pusimos en nuestros corazones, con buena esperanza, que pues Nuestro Señor Jesucristo fué servido guardarnos de los peligros pasados, que también nos guardaría del poder de México. Y fuimos a dormir a un pueblo que se dice Yztapalatengo, questá la mitad de las casas en el agua y la mitad en tierra firme, donde está una serrezuela y agora está una venta, y allí tuvimos bien de cenar. Dejemos esto y volvamos al gran Montezuma, que como llegaron sus mensajeros y oyó la respuesta que Cortés le envió, luego acordó de enviar a un su sobrino, que se decía Cacamatzin, señor de Tezcuco, con muy gran fausto, a dar el bienvenido a Cortés y a todos nosotros. Y como siempre teníamos de costumbre de tener velas y corredores del campo, vino uno de nuestros corredores avisar que venían por el camino muy gran copia de mexicanos de paz, y que al parescer venían de ricas mantas vestidos; y entonces cuando esto pasó era muy de mañana, y queríamos caminar, y Cortés nos dijo que reparásemos en nuestras posadas hasta ver qué cosa era. Y en aquel instante vinieron cuatro principales y hacen a Cortés gran reverencia y le dicen que allí viene Cacamatzin, gran señor de Tezcuco, sobrino del gran Montezuma, y que nos pide por merced que aguardemos hasta que venga, y no tardó mucho, porque luego llegó con el mayor fausto y grandeza que ningún señor de los mexicanos habíamos visto traer, porque venía en andas muy ricas, labradas de plumas verdes y mucha argentería y otras ricas pedrerías engastadas en arboledas de oro que en ellas traía hechas de oro muy fino, y traían las andas a cuestas ocho principales, y todos, según decían, eran señores de pueblos. Ya que llegaron cerca del aposento donde estaba Cortés le ayudaron a salir de las andas, y le barrieron el suelo, y le quitaban las pajas por donde había de pasar, y desque llegaron ante nuestro capitán le hicieron grande acato, y el Cacamatzin le dijo: "Malinche: aquí venimos yo y estos señores a te servir e hacerte dar todo lo que hubieres menester para ti y tus compañeros, y meteros en vuestras casas, ques nuestra ciudad, porque así nos es mandado por nuestro señor el gran Montezuma, y dice que le perdones porque él mismo no viene a lo que nosotros venimos, y porque está mal dispuesto lo deja, y no por falta de muy buena voluntad que os tiene". E cuando nuestro capitán e todos nosotros vimos tanto aparato y majestad como traían aquellos caciques, especialmente el sobrino de Montezuma, lo tuvimos por gran cosa y platicamos entre nosotros que cuando aquel cacique traía tanto triunfo, qué haría el gran Montezuma. Y como el Cacamatzin hobo dicho su razonamiento, Cortés le abrazó y le hizo muchas quiricias a él y a todos los más principales, y le dió tres piedras que se llaman margaritas, que tienen dentro de sí muchas pinturas de diversos colores, e

a los demás principales se les dió diamantes azules, y les dijo que se lo tenía en merced e que cuándo pagaría al señor Montezuma las mercedes que cada día nos hace. Y acabada la plática, luego nos partimos, e como habían venido aquellos caciques que dicho tengo, traian mucha gente consigo y de otros muchos pueblos questán en aquella comarca, que salían a vernos, todos los caminos estaban llenos dellos [1]. Y otro día por la mañana llegamos a la calzada ancha y vamos camino de Estapalapa. Y desque vimos tantas ciudades y villas pobladas en el agua, y en tierra firme otras grandes poblazones, y aquella calzada tan derecha y por nivel cómo iba a México, nos quedamos admirados, y decíamos que parescía a las cosas de encantamiento que cuentan en el libro de Amadís, por las grandes torres y cues y edificios que tenían dentro en el agua, y todos de calicanto, y aun algunos de nuestros soldados decían que si aquello que vían, si era entre sueños, y no es de maravillar que yo lo escriba aquí desta manera, porque hay mucho que ponderar en ello que no sé como lo cuente: ver cosas nunca oídas, ni vistas, ni aun soñadas, como víamos. Pues desque llegamos cerca de Estapalapa, ver la grandeza de otros caciques que nos salieron a rescibir, que fué el señor de aquel pueblo, que se decía Coadlabaca, y el señor de Culuacán, que entrambos eran deudos muy cercanos del Montezuma. Y desque entramos en aquella ciudad de Estapalapa, de la manera de los palacios donde nos aposentaron, de cuán grandes y bien labrados eran, de cantería muy prima, y la madera de cedros y de otros buenos árboles olorosos, con grandes patios e cuartos, cosas muy de ver, y entoldados con paramentos de algodón. Después de bien visto todo aquello, fuimos a la huerta e jardín, que fué cosa muy admirable vello y paseallo, que no me hartaba de mirar la diversidad de árboles y los olores que cada uno tenía, y andenes llenos de rosas y flores, y muchos frutales y rosales de la tierra, y un estanque de agua dulce, y otra cosa de ver: que podían entrar en el vergel grandes canoas desde la laguna por una abertura que tenían hecha, sin saltar en tierra, e todo muy encalado y lucido, de muchas maneras de piedras y pinturas en ellas que había harto que ponderar, y de las aves de muchas diversidades y raleas que entraban en el estanque. Digo otra vez que lo estuve mirando, que creí que en el mundo hobiese otras tierras descubiertas como éstas, porque en aquel tiempo no había Perú ni memoria dél. Agora todo está por el suelo, perdido, que no hay cosa en pie. Pasemos adelante, y diré cómo trujeron un presente de oro los caciques de aquella ciudad y los de Cuyuacán, que valía sobre dos mill pesos, y Cortés les dió muchas gracias por ello y les mostró grande amor, y se les dijo con nuestras lenguas las cosas tocantes a nuestra santa fe, y se les declaró el

---

(1) En el original aparece testado lo siguiente: "que no podíamos andar, y los mismos caciques decían a sus vasallos que hiciesen lugar, e que mirasen que éramos teules, que si no hacían lugar nos enojaríamos con ellos. Y por estas palabras que les decían nos desembarazaron el camino e fuimos a dormir a otro pueblo questá poblado en la laguna, que me parece que se dice Mezquique, que después se puso nombre Venezuela, y tenía tantas torres y grandes cues que blanqueaban, y el cacique dél y principales nos hicieron mucha honra, y dieron a Cortés un presente de oro y mantas ricas, que valdría el oro cuatrocientos pesos; y nuestro Cortés les dió muchas gracias por ello. Allí se les declaró las cosas tocantes a nuestra santa fe, como hacíamos en todos los pueblos por donde veníamos, y, según paresció, aquellos de aquel pueblo estaban muy mal con Montezuma, de muchos agravios que les había hecho, y se quejaron dél. Y Cortés les dijo que pronto se remediaría, y que agora llegaríamos a México, si Dios fuese servido, y entendería en todo".

gran poder de nuestro señor el emperador; e porque hobo otras muchas pláticas, lo dejaré de decir, y diré que en aquella sazón era muy gran pueblo, y questaba poblada la mitad de las casas en tierra y la otra mitad en el agua, e agora en esta sazón está todo seco y siembran donde solía ser laguna. Está de otra manera mudado, que si no lo hubiera de antes visto, dijera que no era posible que aquello questaba lleno de agua questá agora sembrado de maizales. Dejémoslo aqui, y diré del solemnísimo recibimiento que nos hizo Montezuma a Cortés y a todos nosotros en la entrada de la gran ciudad de México.

CAPITULO LXXXVIII

Del grande y solene rescibimiento que nos hizo el gran Montezuma a Cortés y a todos nosotros en la entrada de la gran ciudad de México.

Luego otro día de mañana partimos de Estapalapa, muy acompañados de aquellos grandes caciques que atrás he dicho; íbamos por nuestra calzada adelante, la cual es ancha de ocho pasos, y va tan derecha a la ciudad de México, que me parece que no se torcía poco ni mucho, e puesto ques bien ancha, toda iba llena de aquellas gentes que no cabían; unos que entraban en México y otros que salían, y los que nos venían a ver, que no nos podíamos rodear de tantos como vinieron, porque estaban llenas las torres e cues y en las canoas y de todas partes de la leguna, y no era cosa de maravillar, porque jamás habían visto caballos ni hombres como nosotros. Y de que vimos cosas tan admirables no sabíamos qué nos decir, o si era verdad lo que por delante parecía, que por una parte en tierra había grandes ciudades, y en la laguna otras muchas, e víamoslo todo lleno de canoas, y en la calzada muchas puentes de trecho a trecho, y por delante estaba la gran ciudad de México; y nosotros aún no llegábamos a cuatrocientos soldados, y teníamos muy bien en la memoria las pláticas e avisos que nos dijeron los de Guaxocingo e Tascala y de Tamanalco, y con otros muchos avisos que nos habían dado para que nos guardásemos de entrar en México, que nos habían de matar desque dentro nos tuviesen. Miren los curiosos letores si esto que escribo si había bien que ponderar en ello, qué hombres habido en el Universo que tal atrevimiento tuviesen. Pasemos adelante. Ibamos por nuestra calzada; ya que llegamos donde se aparta otra calzadilla que iba a Cuyuacán, ques otra ciudad adonde estaban unas como torres que eran sus adoratorios, vinieron muchos principales y caciques con muy ricas mantas sobre sí, con galanía de libreas diferenciadas las de los unos caciques de los otros, y las calzadas llenas dellos, y aquellos grandes caciques enviaba el gran Montezuma adelante a recebirnos, y ansí como llegaban ante Cortés decían en su lengua que fuésemos bien venidos, y en señal de paz tocaban con la mano en el suelo y besaban la tierra con la mesma mano. Ansí questuvimos parados un buen rato, y desde allí se adelantaron Cacamatzin, señor de Tezcuco, y el señor de Iztapalapa, y el señor de Tacuba, y el señor de Cuyuacán a

encontrarse con el gran Montezuma, que venía cerca, en ricas andas, acompañado de otros grandes señores y caciques que tenían vasallos. Ya que llegábamos cerca de México, adonde estaban otras torrecillas, se apeó el gran Montezuma de las andas, y trayéndole del brazo aquellos grandes caciques, debajo de un palio muy riquísimo a maravilla, y la color de plumas verdes con grandes labores de oro, con mucha argentería y perlas y piedras chalchibis, que colgaban de unas como bordaduras, que hobo mucho que mirar en ello. Y el gran Montezuma venía muy ricamente ataviado, según su usanza, y traía calzados unos como cotaras, que ansí se dice lo que se calzan; las suelas de oro y muy preciada pedrería por encima en ellas; e los cuatro señores que le traían de brazo venían con rica manera de vestidos a su usanza, que paresce ser se los tenían aparejados en el camino para entrar con su señor, que no traían los vestidos con los que nos fueron a rescebir, e venían, sin aquellos cuatro señores, otros cuatro grandes caciques que traían el palio sobre sus cabezas, y otros muchos señores que venían delante del gran Montezuma barriendo el suelo por donde había de pisar, y le ponían mantas por que no pisase la tierra. Todos estos señores ni por pensamiento le miraban en la cara, sino los ojos bajos e con mucho acato, eceto aquellos cuatro deudos e sobrinos suyos que lo llevaban de brazo. E como Cortés dió y entendió e le dijeron que venía el gran Montezuma, se apeó del caballo, y desque llegó cerca de Montezuma, a unas se hicieron grandes acatos. El Montezuma le dió el bien venido, e nuestro Cortés le respondió con doña Marina quél fuese él muy bien estado; e parésceme quel Cortés, con la lengua doña Marina, que iba junto a Cortés, le daba la mano derecha, y el Montezuma no la quiso, e se la dió al Cortés. Y entonces sacó Cortés un collar que traía muy a mano de unas piedras de vidrio, que ya he dicho que se dicen margaritas, que tienen dentro de sí muchas labores e diversidad de colores y venía ensartado en unos cordones de oro con almizque por que diesen buen olor, y se le echó al cuello el gran Montezuma, y cuando se le puso le iba abrazar, y aquellos grandes señores que iban con el Montezuma detuvieron el brazo a Cortés que no le abrazase, porque lo tenían por menosprecio. Y luego Cortés con la lengua doña Marina le dijo que holgaba agora su corazón en haber visto un tan gran príncipe, y que le tenían en gran merced la venida de su persona a le rescebir y las mercedes que le hace a la contina. Entonces el Montezuma le dijo otras palabras de buen comedimiento, e mandó a dos de sus sobrinos de los que le traían de brazo, que era el señor de Tezcuco y el señor de Cuyuacán, que se fuesen con nosotros hasta aposentarnos, y el Montezuma con los otros dos sus parientes, Cuedlavaca y el señor de Tacuba, que le acompañaban, se volvió a la ciudad, y también se volvieron con él todas aquellas grandes compañías de caciques y pricipales que le habían venido a acompañar; e cuando se volvían con su señor estábamoslos mirando cómo iban todos los ojos puestos en tierra, sin miralle, y muy arrimados a la pared, e con gran acato le acompañaban; e ansí tuvimos lugar nosotros de entrar por las calles de México sin tener tanto embarazo. Quién pudiera agora decir la multitud de hombres e mujeres a muchachos questaban en las calles e azoteas y en canoas en aquellas acequias que nos salían a mirar. Era cosa de notar, que agora que lo estoy escribiendo se me representa todo

delante de mis ojos como si ayer fuera cuando esto pasó, y considerada la cosa, es gran merced que Nuestro Señor Jesucristo fué servido darnos gracia y esfuerzo para osar entrar en tal ciudad e me haber guardado de muchos peligros de muerte. como adelante verán. Doile muchas gracias por ello, que a tal tiempo me ha traído para podello escrebir. e aunque no tan cumplidamente como convenía y se requiere. E dejemos palabras, pues las obras son buen testigo de lo que digo en algunas destas partes, e volvamos a nuestra entrada en México, que nos llevaron aposentar a unas grandes casas donde había aposentos para todos nosotros, que habían sido de su padre del gran Montezuma, que se decía Axayaca, adonde en aquella sazón tenía el Montezuma sus grandes adoratorios de ídolos e tenía una recámara muy secreta de piezas y joyas de oro, que era como tesoro de lo que había heredado de su padre Axayaca, que no tocaba en ello; y ansimismo nos llevaron aposentar aquella casa por causa que, como nos llamaban teules e por tales nos tenían, questuviésemos entre sus ídolos como teules que allí tenían. Sea de una manera o sea de otra, allí nos llevaron. donde tenían hechos grandes estrados y salas muy entoldadas de paramentos de la tierra para nuestro capitán, y para cada uno de nosotros otras camas desteras e unos toldillos encima, que no se da más cama por muy gran señor que sea, porque no las usan; y todos aquellos palacios, muy lucidos y encalados y barridos y enramados. Y como llegamos y entramos en un gran patio, luego tomó por la mano el gran Montezuma a nuestro capitán, que allí le estuvo esperando, y le metió en el aposento y sala adonde había de posar, que le tenía muy ricamente aderezada para según su usanza, y tenía aparejado un muy rico collar de oro de hechura de camarones, obra muy maravillosa, y el mismo Montezuma se le echó al cuello a nuestro capitán Cortés, que tuvieron bien que mirar sus capitanes del gran favor que le dió. Y desque se lo hobo puesto, Cortés le dió las gracias con nuestras lenguas, e dijo Montezuma: "Malinche: en vuestra casa estáis vos e vuestros hermanos; descansa". Y luego se fué a sus palacios, que no estaban lejos, y nosotros repartimos nuestros aposentos por capitanías, e nuestra artillería asestada en parte conviniente, y muy bien platicado la orden que en todo habíamos de tener y estar muy apercebidos, ansí los de caballo como todos nuestros soldados. Y nos tenían aparejada una comida muy suntuosa, a su uso e costumbre, que luego comimos. Y fué esta nuestra venturosa e atrevida entrada en la gran ciudad de Tenustitán, México, a ocho días del mes de noviembre año de Nuestro Salvador Jesucristo de mill e quinientos y diez y nueve años. Gracias a Nuestro Señor Jesucristo por todo, e puesto que no vaya expresado otras cosas que había que decir, perdónenme sus mercedes que no lo sé mejor decir por agora hasta su tiempo. En dejemos de más pláticas, e volvamos a nuestra relación de lo que más nos avino, lo cual diré adelante.

CAPITULO LXXXIX

Cómo el gran Montezuma vino a nuestros aposentos con muchos caciques que le acompañaban, e la práctica que tuvo con nuestro capitán.

Como el gran Montezuma hobo comido y supo que nuestro capitán y todos nosotros ansimismo había buen rato que habíamos echo lo mismo, vino a nuestro aposento con gran copia de principales e todos deudos suyos e con gran pompa. E como a Cortés le dijeron que venía, le salió a mitad de la sala a recebir, y el Montezuma le tomó por la mano: e trujeron unos como asentadores fechos a su usanza e muy ricos y labrados de muchas maneras con oro. Y el Montezuma dijo a nuestro capitán que se asentase, e se asentaron entrambos cada uno en el suyo. Y luego comenzó el Montezuma un muy buen parlamento, e dijo que en gran manera se holgaba de tener en su casa e reino unos caballeros tan esforzados como era el capitán Cortés e todos nosotros; e que había dos años que tuvo noticia de otro capitán que vino a lo de Chanpoton; e también el año pasado le trujeron nuevas de otro capitán que vino con cuatro navios, e que siempre los deseó ver, e que agora que nos tiene ya consigo para servirnos y darnos de todo lo que tuviese, y que verdaderamente debe de ser cierto que somos los que sus antecesores, muchos tiempos pasados, habían dicho que vernían hombres de donde sale el sol a señorear aquestas tierras, y que debemos ser nosotros, pues tan valientemente peleamos en lo de Potonchan y Tabasco y con los tascaltecas, porque todas las batallas se las trujeron pintadas al natural. Y Cortés le respondió con nuestras lenguas que consigo siempre estaban, especial la doña Marina, y le dijo que no sabe con qué pagar él ni todos nosotros las grandes mercedes recebidas de cada día, e que ciertamente veníamos de donde sale el sol, y somos vasallos y criados de un gran señor que se dice el emperador don Carlos, que tiene sujetos a sí muchos y grandes príncipes, e que teniendo noticia dél y de cuán gran señor es, nos envió a estas partes a le ver e a rogar que sean cristianos como es nuestro emperador e todos nosotros, e que salvarán sus ánimos él y todos sus vasallos, e que adelante le declarará más cómo y de qué manera ha de ser, y cómo adoramos a un solo Dios verdadero, y quién es, e otras muchas buenas cosas que oirá, como les había dicho a sus embajadores Tendile e Pitalpitoque e Quintalvor cuando estábamos en los Arenales. E acabado este parlamento, tenía apercebido el gran Montezuma muy ricas joyas de oro y de muchas hechuras, que dió a nuestro capitán, e ansimismo a cada uno de nuestros capitanes dió cositas de oro y tres cargas de mantas de labores ricas de plumas; y entre todos los soldados también nos dió a cada uno a dos cargas de mantas, con una alegría, e en todo bien parecía gran señor. Y desque lo hobo repartido preguntó a Cortés si éramos todos hermanos y vasallos de nuestro gran emperador; e dijo que sí, que éramos hermanos en el amor e amistad e personas muy principales, e criados de nuestro gray rey y señor. Y porque pasaron otras práticas de buenos comedimientos entre Montezuma y Cortés, y por ser ésta la primera vez que nos venía a visitar, y por no le ser pesado, cesaron los razonamientos. Y había

mandado el Montezuma a sus mayordomos que a nuestro modo y usanza de todo estuviésemos proveídos, ques maíz e piedras e indias para hacer pan, e gallinas y fruta, y mucha hierba para los caballos. Y el Montezuma se despidió con gran cortesía de nuestro capitán y de todos nosotros, y salimos con él hasta la calle; y Cortés nos mandó que al presente que no fuésemos muy lejos de los aposentos hasta entender más lo que conviniese. E quedarse ha aquí, e diré lo que adelante pasó.

CAPITULO XC

Cómo luego otro día fué nuestro capitán a ver al gran Montezuma, y de ciertas práticas que tuvieron.

Otro día acordó Cortés de ir a los palacios de Montezuma, e primero envió a saber qué hacía y supiese cómo íbamos, y llevó consigo cuatro capitanes, que fué Pedro de Alvarado e Juan Velázquez de León e a Diego de Ordaz e a Gonzalo de Sandoval, y también fuimos cinco soldados. Y como el Montezuma lo supo, salió a nos rescebir a mitad de la sala, muy acompañado de sus sobrinos, porque otros señores no entraban ni comunicaban adonde el Montezuma estaba si no eran en negocios importantes, y con gran acato que hizo a Cortés y Cortés a él, se tomaron por las manos, e adonde estaba su estrado le hizo sentar a la man derecha, e ansimismo, nos mandó asentar a todos nosotros en asientos que allí mandó traer. E Cortés les comenzó a hacer un razonamiento con nuestras lenguas doña Marina e Aguilar, e dijo que agora que había venido a ver e hablar a un tan gran señor como era, estaba descansado y todos nosotros, pues ha cumplido el viaje e mandado que nuestro gran rey y señor le mandó, e a lo que más le viene a decir de parte de Nuestro Señor Dios es que ya su majestad habrá entendido de sus embajadores Tendile e Pitalpitoque e Quintalvor, cuando nos hizo las mercedes de enviarnos la luna y el sol de oro al Arenal, cómo les dijimos que éramos cristianos e adoramos a un solo Dios verdadero, que se dice Jesucristo, el cual padeció muerte y pasión por nos salvar, y les dijimos que una cruz que nos preguntaron por qué la adorábamos, que fué señal de otra donde Nuestro Señor Dios fué crucificado por nuestra salvación, e que aquesta muerte y pasión que premitió que ansí fuese por salvar por ella todo el linaje humano, questaba perdido, y que aqueste Nuestro Dios resucitó al tercero día y está en los cielos, y es el que hizo el cielo y tierra, y la mar y arenas, e crió todas las cosas que hay en el mundo, y da las aguas y rocíos, y ninguna cosa se hace en el mundo sin su santa voluntad, y que en El creemos e adoramos, e que aquellos que ellos tienen por dioses, que no lo son, sino diablos, que son cosas muy malas, y cuales tienen las figuras, que peores tienen los fechos, e que mirasen cuán malos son e de poca valía, que adonde tenemos puestas cruces como las que vieron sus embajadores, con temor dellas no osan parescer delante, y quel tiempo andando lo verán. E lo que agora le pide por merced questé atento a las palabras que agora le quiere

decir. Y luego le dijo, muy bien dado a entender, de la creación del mundo, e como todos somos hermanos, hijos de un padre e de una madre, que se decían Adán y Eva, e como tal hermano, nuestro gran emperador, doliéndose de la perdición de las ánimas, que son muchas los que aquellos sus ídolos llevan al infierno, donde arden a vivas llamas, nos envió para questo que haya oído lo remedie, y no adorar aquellos ídolos ni les sacrifiquen más indios ni indias, pues todos somos hermanos, ni consienta sodomías ni robos. Y más les dijo: quel tiempo andando enviaría nuestro rey y señor unos hombres que entre nosotros viven muy santamente, mejores que nosotros, para que se lo den a entender, porque al presente no venimos más de a se lo notificar, e ansí se lo pide por merced que lo haga y cumpla. E porque paresció quel Montezuma quería responder, cesó Cortés la prática, e dijo a todos nosotros que con él fuimos: "Con esto cumplimos, por ser el primer toque". Y el Montezuma respondió: "Señor Malinche: muy bien tengo entendido vuestras pláticas y razonamientos antes de agora, que a mis criados, antes desto, les dijistes en el Arenal eso de tres dioses y de la cruz, y todas las cosas que en los pueblos por donde habéis venido habéis predicado; no os hemos respondido a cosa ninguna dellas porque desde avenicio acá adoramos nuestros dioses y los tenemos por buenos; ansí deben ser los vuestros, e no curéis más al presente de nos hablar dellos; y en eso de la criación del mundo, ansí lo tenemos nosotros creído muchos tiempos ha pasados, e a esta causa tenemos por cierto que sois los que nuestros antecesores nos dijeron que vernían de adonde sale el sol; e a ese vuestro gran rey yo le soy en cargo y le daré de lo que tuviere, porque, como dicho tengo otra vez, bien ha dos años tengo noticia de capitanes que vinieron con navíos por donde vosotros venistes, y decían que eran criados dese vuestro gran rey; querría saber si sois todos unos". E Cortés le dijo que sí, que todos éramos hermanos y criados de nuestro emperador, e que aquéllos vinieron a ver el camino e mares e puertos, para lo saber muy bien y venir nosotros, como venimos. Y decíalo el Montezuma por lo de Francisco Hernández de Córdoba e Grijalba, cuando venimos a descubrir la primera vez; y dijo que desde entonces tuvo pensamiento de haber algunos de aquellos hombres que venían, para tener en sus reinos e ciudades para les honrar, e que pues sus dioses les habían cumplido sus buenos deseos, e ya estábamos en su casa, las cuales que se pueden llamar nuestras, que holgásemos y tuviésemos descanso, que allí seríamos servidos; e que si algunas veces nos enviaba a decir que no entrásemos en su ciudad, que no era de su voluntad, sino porque sus vasallos tenían temor, que les decían que echábamos rayos e relámpagos, e con los caballos matábamos muchos indios, y que éramos teules bravos e otras cosas de niñerías; e que agora que ha visto nuestras personas e que somos de hueso e carne y de mucha razón, e sabe que somos muy esforzados, y por estas causas nos tiene en mucha más estima que le habían dicho, e que nos daría de lo que tuviese. Y Cortés e todos nosotros respondimos que se lo teníamos en gran merced tan sobrada voluntad. Y luego el Montezuma dijo riendo, porque en todo era muy regocijado en su hablar de gran señor: "Malinche: bien sé que te han dicho esos de Tascala, con quien tanta amistad habéis tomado, que yo que soy como dios o teul, e que cuanto hay en mis casas

es todo oro e plata y piedras ricas; bien tengo conoscido que como sois entendidos, que no lo creeríades y lo terníades por burla; lo que agora, señor Malinche, veis mi cuerpo de hueso y de carne como los vuestros, mis casas y palacios de piedra e madera e cal; de señor, yo gran rey sí soy, y tener riquezas de mis antecesores sí tengo, mas no las locuras e mentiras que de mí os han dicho, ansí que también lo ternéis por burla, como yo tengo de vuestros truenos y relámpagos. E Cortés le respondió también riendo, e dijo que los contrarios enemigos siempre dicen cosas malas e sin verdad de los que quieren mal, e que bien ha conoscido que otro señor, en estas partes, más magnífico no le espera ver, e que no sin causa es tan nombrado delante nuestro emperador. E estando en estas práticas, mandó secretamente Montezuma a un gran cacique, sobrino suyo, de los questaban en su compañía, que mandase a sus mayordomos que trajesen ciertas piezas de oro, que paresce ser debieran estar apartadas para dar a Cortés, e diez cargas de ropa fina, lo cual repartió: el oro y mantas entre Cortés e a los cuatro capitanes, e a nosotros los soldados nos dió a cada uno dos collares de oro, que valdría cada collar diez pesos, e dos cargas de mantas. Valía todo el oro que entonces dió sobre mill pesos, y esto daba con una alegría y semblante de grande e valeroso señor. E porque pasaba la hora más de mediodía y por no le ser más importuno, le dijo Cortés: "Señor Montezuma: siempre tiene por costumbre de echarnos un cargo sobre otro en hacernos cada día mercedes; ya es hora que Vuestra Majestad coma". Y el Montezuma respondió que antes, por haberle ido a visitar, le hecimos mercedes. E ansí nos despedimos, con grandes cortesías dél, y nos fuimos a nuestros aposentos, e íbamos praticando de la buena manera e crianza que en todo tenía, e que nosotros en todo le tuviésemos mucho acato, e con las gorras de armas colchadas quitadas cuando delante dél pasásemos, e ansí lo hacíamos. E dejémoslo aquí e pasemos adelante.

CAPITULO XCI

De la manera e persona del gran Montezuma, y de cuán grande señor era.

Era el gran Montezuma de edad de hasta cuarenta años y de buena estatura e bien proporcionado, e cenceño, e pocas carnes, y la color ni muy moreno, sino propia color e matiz de indio, y traía los cabellos no muy largos, sino cuanto le cubrían las orejas, e pocas barbas prietas y bien puestas e ralas, y el rostro algo largo e alegre, e los ojos de buena manera, e mostraba en su persona, en el mirar, por un cabo amor e cuando era menester gravedad; era muy polido e limpio, bañábase cada día una vez, a la tarde [1]; tenía muchas mujeres por amigas, hijas de señores, puesto que tenía dos grandes cacicas por sus legítimas mujeres, que cuando usaba con ellas era tan secretamente que no lo alcanzaban a saber sino alguno de los que le servían. Era muy limpio de sodomías; las mantas y ropas que se ponía un día no se las

(1) Testado en el original: "cerca del avemaría".

ponía sino después de cuatro días; tenía sobre doscientos principales de su guarda en otras salas junto a la suya, y éstos no para que hablasen todos con él, sino cuál y cuál, y cuando le iban a hablar se habían de quitar las mantas ricas y ponerse otras de poca valía, mas habían de ser limpias, y habían de entrar descalzos y los ojos bajos, puestos en tierra, y no miralle a la cara, y con tres reverencias que le hacían e le decían en ellas: "Señor, mi señor, mi gran señor", primero que a él llegasen; y desque le daban relación a lo que iban, con pocas palabras les despachaba; no le volvían las espaldas al despedirse dél, sino la cara e ojos bajos, en tierra, hacia donde estaba, e no vueltas las espaldas hasta que salían de la sala. E otra cosa vi: que cuando otros grandes señores venían de lejos tierras a pleitos o negocios, cuando llegaban a los aposentos del gran Montezuma habían de venir descalzos e con pobres mantas, y no habían de entrar derecho en los palacios, sino rodear un poco por un lado de la puerta del palacio, que entrar de rota batida teníanlo por desacato. En el comer, le tenían sus cocineros sobre treinta manera de guisados, hechos a su manera e usanza, y teníanlos puestos en braseros de barro chicos debajo, por que no se enfriasen, e de aquello quel gran Montezuma había de comer guisaban más de trescientos platos, sin más de mill para la gente de guarda; y cuando había de comer salíase el Montezuma algunas veces con sus principales e mayordomos y le señalaban cuál guisado era mejor, e de qué aves e cosas estaba guisado, y de lo que le decían de aquello había de comer, e cuando salía a lo ver eran pocas veces e como por pasatiempo. Oí decir que le solían guisar carnes de muchachos de poca edad y como tenía tantas diversidades de guisados y de tantas cosas no lo echábamos de ver si era de carne humana o de otras cosas, porque cotidianamente le guisaban gallinas, gallos de papada, faisanes, perdices de la tierra, codornices, patos mansos e bravos, venado, puerco de la tierra, pajaritos de caña, e palomas y liebres y conejos, y muchas maneras de aves e cosas que se crían en estas tierras, que son tantas que no las acabaré de nombrar tan presto. E ansí nos miramos en ellos; mas sé que ciertamente desque nuestro capitán le reprehendía el sacrificio y comer de carne humana, que desde entonces mandó que no le guisasen tal manjar. Dejemos de hablar en esto y volvamos a la manera que tenía en su servicio al tiempo del comer. Y es desta manera: que si hacía frío, teníanle hecho mucha lumbre de ascuas de una leña de cortezas de árboles, que no hacían humo; el olor de las cortezas de que hacían aquellas ascuas muy oloroso, y por que no le diesen más calor de lo quél quería, ponían delante una como tabla labrada con oro e otras figuras de ídolos, y él sentado en un asentadero bajo, rico e blando, y la mesa también baja, hecha de la misma manera de los sentadores; e allí le ponían sus manteles de mantas blancas e unos pañizuelos algo largos de lo mismo, y cuatro mujeres muy hermosas e limpias le daban agua a manos en unos como a manera de aguamaniles hondos, que llaman xicales; le ponían debajo, para recoger el agua, otros a manera de platos, y le daban sus tobajas, e otras dos mujeres le traían el pan de tortillas. Y ya que encomenzaba a comer echábanle delante una como puerta de madera muy pintada de oro, por que no le viesen comer, y estaban apartadas las cuatro mujeres aparte; e allí se le ponían a sus lados cuatro grandes señores viejos e de edad en

pie, con quien el Montezuma de cuando en cuando praticaba e preguntaba cosas; y por mucho favor daba a cada uno destos viejos un plato de lo quél más le sabía, e decían que aquellos viejos eran sus deudos muy cercanos e consejeros y jueces de pleitos, y el plato y manjar que les daba el Montezuma comían en pie e con mucho acato, y todo sin miralle a la cara. Servíase con barro de Cholula, uno colorado e otro prieto. Mientras que comía, ni por pensamiento habían de hacer alboroto ni hablar alto los de su guarda, questaban en las salas, cerca de la del Montezuma. Traíanle fruta de todas cuantas había en la tierra, mas no comía sino muy poca de cuando en cuando. Traían en unas como a manera de copas de oro fino con cierta bebida hecha del mismo cacao; decían que era para tener aceso con mujeres, y entonces no mirábamos en ello; más lo que yo vi que traían sobre cincuenta jarros grandes, hechos de buen cacao, con su espuma, y de aquello bebía, y las mujeres le servían al beber con gran acato, y algunas veces al tiempo de comer estaban unos indios corcovados, muy feos, porque eran chicos de cuerpo e quebrados por medio los cuerpos, que entre ellos eran chocarreros, y otros indios que debieran ser truhanes, que le decían gracias, e otros que le cantaban y bailaban, porque el Montezuma era aficionado a placeres y cantares, e aquéllos mandaba dar los relieves y jarros del cacao, y las mismas cuatro mujeres alzaban los manteles y le tornaban a dar aguamanos, e con mucho acato que le hacían; e hablaba el Montezuma aquellos cuatro principales viejos en cosas que le convenían; y se despedían dél con gran reverencia que le tenían; y él se quedaba reposando. Y desque el gran Montezuma había comido, luego comían todos los de su guarda e otros muchos de sus serviciales de casa, y me paresce que sacaban sobre mill platos de aquellos manjares que dicho tengo; pues jarros de cacao con su espuma, como entre mexicanos se hace, más de dos mill, y fruta infinita. Pues para sus mujeres, y criadas, e panaderas, e cacahueteras qué gran costo ternía. Dejemos de hablar de la costa y comida de su casa, y digamos de los mayordomos e tesoreros e despensas y botellería, y de los que tenían cargo de las casas adonde tenían el maíz. Digo que había tanto quescrebir, cada cosa por sí, que yo no sé por donde encomenzar, sino que estábamos admirados del gran concierto e abasto que en todo tenía, y más digo, que se me había olvidado, que es bien tornallo a recitar, y es que le servían al Montezuma, estando a la mesa cuando comía, como dicho tengo, otras dos mujeres muy agraciadas de traer tortillas amasadas con huevos y otras cosas substanciosas, y eran muy blancas las tortillas, y traíanselas en unos platos cobijado con sus paños limpios, y también le traían otra manera de pan, que son como bollos largos hechos y amasados con otra manera de cosas substanciales, y pan pachol, que en esta tierra así se dice, ques a manera de unas obleas; también le ponían en la mesa tres cañutos muy pintados y dorados, y dentro tenían liquidámbar arrevuelto con unas yerbas que se dice tabaco, e cuando acababa de comer, después que le habían bailado y cantado y alzado la mesa, tomaba el humo de uno de aquellos cañutos, y muy poco, y con ello se adormía. Dejemos ya de decir del servicio de su mesa, y volvamos a nuestra relación. Acuérdome que era en aquel tiempo su mayordomo mayor un gran cacique, que le pusimos por nombre Tapia, y tenía cuenta de todas las rentas que le

traían al Montezuma con sus libros, hechos de su papel, que se dice amal, y tenían destos libros una gran casa dellos. Dejemos de hablar de los libros y cuentas, pues va fuera de nuestra relación, y digamos cómo tenía Montezuma dos casas llenas de todo género de armas, y muchas dellas ricas, con oro y pedrería, donde eran rodelas grandes y chicas, y unas como macanas, y otras a manera despadas de a dos manos, engastadas en ellas unas navajas de pedernal, que cortan muy mejor que nuestras espadas, e otras lanzas más largas que no las nuestras, con una braza de cuchilla, engastadas en ellas muchas navajas, que aunque den con ellas en un broquel o rodela no saltan, e cortan, en fin, como navajas, que se rapan con ellas las cabezas; y tenían muy buenos arcos y flechas, y varas de a dos gajos, y otras de a uno, con sus tiraderas, y muchas hondas y piedras rollizas hechas a mano, y unas como paveses que son de arte que las pueden arrollar arriba cuando no pelean, porque no les estorbe, y al tiempo del pelear, cuando son menester, las dejan caer e quedan cubiertos sus cuerpos de arriba abajo. También tenía muchas armas de algodón colchadas y ricamente labradas por de fuera de plumas de muchos colores, a manera de divisas e invinciones, y tenían otros como capacetes y cascos de madera y de hueso, también muy labrados de pluma por de fuera, y tenían otras armas de otras hechuras que por excusar prolijidad lo dejo de decir, y sus oficiales, que siempre labraban y entendían en ello, y mayordomos que tenían cargo de las armas. Dejemos esto y vamos a la casa de aves, y por fuerza he me detener en contar cada género de qué calidad eran. Digo que desde águilas reales y otras águilas más chicas e otras muchas maneras de aves de grandes cuerpos, hasta pajaritos muy chicos, pintados de diversos colores, también donde hacen aquellos ricos plumajes que labran de plumas verdes, y las aves destas plumas son el cuerpo dellas a manera de las picaces que hay en nuestra España; llámanse en esta tierra quezales; y otros pájaros que tienen la pluma de cinco colores, que es verde y colorado y blanco y amarillo y azul; éstos no sé cómo se llaman. Pues papagayos de otras diferenciadas colores tenía tantos que no se me acuerdan los nombres dellos; dejemos patos de buena pluma y otros mayores, que les querían parescer, y de todas estas aves les pelaban las plumas en tiempos que para ello era convenible, y tornaban a pelechar, y todas las más aves que dicho tengo criaban en aquella casa, y al tiempo del encoclar tenían cargo de les echar sus huevos ciertos indios e indias que miraban por todas las aves e de alimpiarles sus nidos y darles de comer, y esto a cada género de aves lo que era su mantenimiento. Y en aquella casa que dicho tengo había un gran estanque de agua dulce, y tenía en él otra manera de aves muy altas de zancas y colorado todo el cuerpo y alas y cola; no sé el nombre dellas, mas en la isla de Cuba las llamaban ipiris a otras como ellas; y también en aquel estanque había otras muchas raleas de aves que siempre estaban en el agua. Dejemos esto y vamos a otra gran casa donde tenían muchos ídolos y decían que eran sus dioses bravos, y con ellos género de alimañas, de tigres y leones de dos maneras, unos que son de hechura de lobos, que en esta tierra se llaman adives y zorros, y otras alimañas chicas, y todas estas carniceras se mantenían con carne, y las más dellas criaban en aquella casa, y las daban de comer venados, gallinas, perrillos y

otras cosas que cazaban; y aun oí decir que cuerpos de indios de los que sacrificaban. Y es desta manera: que ya me habrán oído decir que cuando sacrificaban algún triste indio, que le aserraban con unos navajones de pedernal por los pechos, y bulliendo le sacaban el corazón y sangre y lo presentaban a sus ídolos en cuyo nombre hacían aquel sacrificio, y luego les cortaban los muslos y brazos y cabeza, y aquello comían en fiestas y banquetes, y la cabeza colgaban de unas vigas, y el cuerpo del sacrificado no llegaban a él para le comer, sino dábanlo a aquellos bravos animales. Pues más tenían en aquella maldita casa muchas víboras y culebras emponzoñadas, que traen en la cola uno que suena como cascabeles; éstas son las peores víboras de todas, y teníanlas en unas tinajas y en cántaros grandes, y en ellas mucha pluma, y allí ponían sus huevos y criaban sus viboreznos; y les daban a comer de los cuerpos de los indios que sacrificaban y otras carnes de perros de los que ellos solían criar; y aun tuvimos por cierto que cuando nos echaron de México y nos mataron sobre ochocientos y cinquenta de nuestros soldados, que de los muertos mantuvieron muchos días aquellas fieras alimañas y culebras, según diré en su tiempo y sazón; y aquestas culebras y alimañas tenían ofrecidos aquellos sus ídolos bravos para questuviesen en su compañía. Digamos agora las cosas infernales, cuando bramaban los tigres y leones, y aullaban los adives y zorros, y silbaban las sierpes, era grima oillo, y parescía infierno. Pasemos adelante y digamos de los grandes oficiales que tenía de cada oficio que entrellos se usaban. Comencemos por lapidarios y plateros de oro y plata y todo vaciadizo, que en nuestra España los grandes plateros tienen que mirar en ello, y déstos tenía tantos y tan primos en un pueblo que se dice Escapuzalco, una legua de México. Pues labrar piedras finas y chalchivis, que son como esmeraldas, otros muchos grandes maestros. Vamos adelante a los grandes oficiales de labrar y asentar de pluma y pintores y entalladores muy sublimados, que por lo que agora hemos visto la obra que hacen, ternemos consideración en lo que entonces labraban; que tres indios hay agora en la ciudad de México tan primísimos en su oficio de entalladores y pintores, que se dicen Marcos de Aquino y Joan de la Cruz, y del Crespillo, que si fueran en el tiempo de aquel antiguo o afamado Apeles, o de Micael Angel, o Berruguete, que son de nuestros tiempos, también les pusieran en el número dellos. Pasemos adelante y vamos a las indias tejedoras o labranderas, que le hacían tanta multitud de ropa fina con muy grandes labores de plumas. De donde más cotidianamente le traían era de unos pueblos y provincias questá en la costa del norte de cabe la Veracruz, que se decían Cotastán, muy cerca de San Juan de Ulúa, donde desembarcamos cuando vinimos con Cortés. E en su casa del mismo gran Montezuma todas las hijas de señores quél tenía por amigas siempre tejían cosas muy primas, e otras muchas hijas de vecinos mexicanos, questaban como a manera de recogimiento, que querían parescer monjas, también tejían, y todo de pluma. Estas monjas tenían sus casas cerca del gran cu del Vichilobos, y por devoción suya o de otro ídolo de mujer, que decían que era su abogada para casamientos, las metían sus padres en aquella religión hasta que se casaban, y de allí las sacaban para las casar. Pasemos adelante y digamos de la gran cantidad que tenía el gran Montezuma de bailadores y danzadores, e otros que traen un palo con los

pies, y de otros que vuelan cuando bailan por alto, y de otros que parescen como matachines, y éstos eran para dalle placer. Digo que tenía un barrio déstos que no entendían en otra cosa. Pasemos adelante e digamos de los oficiales que tenía de canteros e albañires, carpinteros, que todos entendían en las obras de sus casas; también digo que tenían tantas cuantas quería. No olvidemos las huertas de flores y árboles olorosos, y de los muchos géneros que dellos tenía, y el concierto y paseaderos dellas, y de sus albercas e estanques de agua dulce; cómo viene el agua por un cabo e va por otro, e de los baños que dentro tenía, y de la diversidad de pajaritos chicos que en los árboles criaban, y de qué yerbas medecinales y de provecho que en ellas tenía era cosa de ver, y para todo esto muchos hortelanos, y todo labrado de cantería e muy encalado, ansí baños como paseaderos, y otros retretes e apartamientos como cenaderos, y también adonde bailaban e cantaban; e había tanto que mirar en esto de las huertas como en todo lo demás, que no nos hartábamos de ver su gran poder; e ansí, por el consiguiente, tenía cuantos oficios entrellos se usaban, de todos gran cantidad de indios maestros dellos. E porque yo estoy harto descrebir sobre esta materia y más lo estarán los curiosos letores, lo dejaré de decir, e diré cómo fué nuestro Cortés con muchos de nuestros capitanes e soldados a ver el Tutelulco, ques la gran plaza de México, y subimos en alto cu donde estaban sus ídolos Tezcatepuca y su Vichilobos. E esta fué la primera vez que nuestro capitán salió a ver la ciudad, y lo que en ello más pasó.

CAPITULO XCII

Cómo nuestro capitán salió a ver la ciudad de México y el Tatelulco, ques la plaza mayor, y el gran cu de su Vicholobos, y lo que más pasó.

Como había ya cuatro días questábamos en México y no salía el capitán ni ninguno de nosotros de los aposentos, eceto a las casas e huertas, nos dijo Cortés que sería bien ir a la plaza mayor y ver el gran adoratorio de su Vichilobos, y que quería enviallo a decir al gran Montezuma que lo tuviese por bien. Y para ello envió por mensajero a Jerónimo de Aguilar e a doña Marina, e con ellos a un pajecillo de nuestro capitán que entendía ya algo la lengua, que se decía Orteguilla. Y el Montezuma como lo supo envió a decir que fuésemos mucho en buen hora, y por otra parte temió no le fuésemos a hacer algún deshonor en sus ídolos, y acordó de ir él en persona con muchos de sus principales, y en sus ricas andas salió de sus palacios hasta la mitad del camino; cabe unos adoratorios se apeó de las andas porque tenía por gran deshonor de sus ídolos ir hasta su casa e adoratorio de aquella manera, y llevábanle del brazo grandes principales; iban adelante dél señores de vasallos, e llevaban delante dos bastones como cetros alzados en alto, que era señal que iba allí el gran Montezuma, y cuando iba en las andas llevaba una varita medio de oro y medio de palo, levantada, como vara de justicia.

Y ansí se fué y subió en su gran cu, acompañado de muchos papas, y comenzó a sahumar y hacer otras ceremonias al Vichilobos. Dejemos al Montezuma, que ya había ido adelante, como dicho tengo, y volvamos a Cortés y a nuestros capitanes y soldados, que como siempre teníamos por costumbre de noche y de día estar armados, y así nos via estar el Montezuma cuando le íbamos a ver, no lo tenía por cosa nueva. Digo esto porque a caballo nuestro capitán con todos los demás que tenían caballo, y la más parte de nuestros soldados muy apercibidos, fuimos al Tutelulco. Iban muchos caciques quel Montezuma envió para que nos acompañasen; y desque llegamos a la gran plaza, que se dice el Tatelulco, como no habíamos visto tal cosa, quedamos admirados de la multitud de gente y mercaderías que en ella había y del gran concierto y regimiento que en todo tenían. Y los principales que iban con nosotros nos lo iban mostrando; cada género de mercaderías estaban por sí, y tenían situados y señalados sus asientos. Comencemos por los mercaderes de oro y plata y piedras ricas y plumas y mantas y cosas labradas y otras mercaderías de indios esclavos y esclavas; digo que traían tantos dellos a vender aquella gran plaza como traen los portugueses los negros de Guinea, e traíanlos atados en unas varas largas con colleras a los pescuezos, por que no se les huyesen, y otros dejaban sueltos. Luego estaban otros mercaderes que vendían ropa más basta y algodón e cosas de hilo torcido, y cacahuateros que vendían cacao, y desta manera estaban cuantos géneros de mercaderías hay en toda la Nueva España, puesto por su concierto de la manera que hay en mi tierra, ques Medina del Campo, donde se hacen las ferias, que en cada calle están sus mercaderías por sí; ansí estaban en esta gran plaza, y los que vendían mantas de henequén y sogas y cotaras, que son los zapatos que calzan y hacen del mismo árbol y raíces muy dulces cocidas, y otras rebusterías que sacan del mismo árbol, todo estaba en una parte de la plaza en su lugar señalado, y cueros de tigres, de leones y de nutrias, y de adives y de venados y de otras alimañas, e tejones y gatos monteses, dellos adobados, y otros sin adobar estaban en otro parte, y otros géneros de cosas e mercaderías. Pasemos adelante y digamos de los que vendían frisoles y chía y otras legumbres e yerbas a otra parte. Vamos a los que vendían gallinas, gallos de papada, conejos, liebres, venados y anadones, perrillos y otras cosas deste arte, a su parte de la plaza. Digamos de las fruteras, de las que vendían cosas cocidas, mazamorreras y malcocinado, también a su parte. Pues todo género de loza, hecha de mil maneras, desde tinajas grandes y jarrillos chicos, questaban por sí aparte; y también los que vendían miel y melcochas y otras golosinas que hacían como nuégados. Pues los que vendían madera, tablas, cunas e vigas e tajos y bancos, todo por sí. Vamos a los que vendían leña ocote, e otras cosas desta manera. Qué quieren más que diga que, hablando con acato, también vendían muchas canoas llenas de yenda de hombres, que tenían en los esteros cerca de la plaza, y esto era para hacer sal o para cortir cueros, que sin ella dicen que no se hacía buena. Bien tengo entendido que algunos señores se reirán desto; pues digo ques ansí; y más digo que tenían por costumbre que en todos los caminos tenían hechos de cañas o pajas o yerba, por que no los viesen los que pasasen por ellos; allí se metían si tenían ganas de purgar los vientres,

por que no se les perdiese aquella suciedad. Para qué gasto yo tantas palabras de lo que vendían en aquella gran plaza, porques para no acabar tan presto de contar por menudo todas las cosas, sino que papel, que en esta tierra llaman amal, y unos cañutos de olores con liquidámbar, llenos de tabaco, y otros ungüentos amarillos y cosas deste arte vendían por sí; e vendían mucha grana debajo los portales questaban en aquella gran plaza. Había muchos herbolarios y mercaderías de otra manera, y tenían allí sus casas, adonde juzgaban tres jueces y otros como alguaciles ejecutores que miraban las mercaderías. Olvidádoseme había la sal y los que hacían navajas de pedernal, y de cómo las sacaban de la misma piedra. Pues pescaderas y otros que vendían unos panecillos que hacen de uno como lama que cogen de aquella gran laguna, que se cuaja y hacen panes dello que tienen un sabor a manera de queso; y vendían hachas de latón y cobre y estaño, y jícaras, y unos jarros muy pintados de madera hechos. Ya querría haber acabado de decir todas las cosas que allí se vendían, porque eran tantas de diversas y calidades, que para que lo acabáramos de ver e inquirir, que como la gran plaza estaba llena de tanta gente y toda cercada de portales, en dos días no se viera todo. Y fuimos al gran cu, e ya que íbamos cerca de sus grandes patios, e antes de salir de la misma plaza estaban otros muchos mercaderes, que, según dijeron, eran de los que traían a vender oro en granos como lo sacan de las minas, metido el oro en unos canutillos delgados de los de ansarones de la tierra, e ansí blancos por que se paresciese el oro por de fuera; y por el largor y gordor de los canutillos tenían entrellos su cuenta qué tantas mantas o qué xiquipiles de cacao valía, o qué esclavos o otra cualquiera cosa a que lo trocaban. E ansí dejamos la gran plaza sin más la ver y llegamos a los grandes patios y cercas donde está el gran cu; y tenía antes de llegar a él un gran cercuito de patios, que me parece que eran más que la plaza que hay en Salamanca, y con dos cercas alrededor de calicanto, e el mismo patio y sitio todo empedrado de piedras grandes de losas blancas y muy lisas, e adonde no había de aquellas piedras estaba encalado y bruñido y todo muy limpio, que no hallaran una paja ni polvo en todo él. Y desque llegamos cerca del gran cu, antes que subiésemos ninguna grada dél envió el gran Montezuma desde arriba, donde estaba haciendo sacrificios, seis papas y dos principales para que acompañasen a nuestro capitán, e al subir de las gradas, que eran ciento y catorce, le iban a tomar de los brazos para le ayudar a subir, creyendo que se cansaría, como ayudaban a su señor Montezuma, y Cortés no quiso que llegasen a él. Y desque subimos a lo alto del gran cu, en una placeta que arriba se hacía, adonde tenían un espacio a manera de andamios, y en ellos puestas unas grandes piedras, adonde ponían los tristes indios para sacrificar, e allí había un gran bulto de como dragón, e otras malas figuras, y mucha sangre derramada de aquel día. E ansí como llegamos salió el Montezuma de un adoratorio, adonde estaban sus malditos ídolos, que era en lo alto del gran cu, y vinieron con él dos papas, y con mucho acato que hicieron a Cortés e a todos nosotros, le dijo: "Cansado estaréis, señor Malinche, de subir a este nuestro gran templo". Y Cortés le dijo con nuestras lenguas, que iban con nosotros, que él ni nosotros no nos cansábamos en cosa ninguna. Y luego le tomó por la mano y le dijo que mirase

su gran ciudad y todas las más ciudades que había dentro en el agua, e otros muchos pueblos alrededor de la misma laguna en tierra, y que si no había visto muy bien su gran plaza, que desde allí la podría ver muy mejor, e ansí lo estuvimos mirando, porque desde aquel grande y maldito templo estaba tan alto que todo lo señoreaba muy bien; y de allí vimos las tres calzadas que entran en México, ques la de Istapalapa, que fué por la que entramos cuatro días había, y la de Tacuba, que fué por donde después salimos huyendo la noche de nuestro gran desbarate, cuando Cuedlavaca, nuevo señor, nos echó de la ciudad, como adelante diremos, y la de Tepeaquilla. Y víamos el agua dulce que venía de Chapultepec, de que se proveía la ciudad, y en aquellas tres calzadas, las puentes que tenían hechas de trecho a trecho, por donde entraba y salía el agua de la laguna de una parte a otro; e víamos en aquella gran laguna tanta multitud de canoas, unas que venían con bastimentos e otras que volvían con cargas y mercaderías; e viamos que cada casa de aquella gran ciudad, y de todas las más ciudades questaban pobladas en el agua, de casa a casa no se pasaba sino por unas puentes levadizas que tenían hechas de madera, o en canoas; y víamos en aquellas ciudades cues y adoratorios a manera de torres e fortalezas, y todas blanqueando, que era cosa de admiración, y las casas de azoteas, y en las calzadas otras torrecillas e adoratorios que eran como fortalezas. Y después de bien mirado y considerado todo lo que habíamos visto, tornamos a ver la gran plaza y la multitud de gente que en ella había, unos comprando e otros vendiendo, que solamente el rumor y zumbido de las voces y palabras que allí había sonaba más que de una legua, e entre nosotros hobo soldados que habían estado en muchas partes del mundo, e en Constantinopla e en toda Italia y Roma, y dijeron que plaza tan bien compasada y con tanto concierto y tamaña e llena de tanta gente no la habían visto. Dejemos esto y volvamos a nuestro capitán, que dijo a fray Bartolomé de Olmedo, ya otras veces por mí memorado, que allí se halló: "Parésceme, señor padre, que será bien que demos un tiento a Montezuma sobre que nos deje hacer aquí nuestra iglesia". Y el padre dijo que será bien, si aprovechase; mas que le parescía que no era cosa convenible hablar en tal tiempo; que no vía al Montezuma de arte que en tal cosa concediese. Y luego nuestro Cortés dijo al Montezuma, con doña Marina, la lengua: "Muy gran señor es Vuestra Majestad, y de mucho más es merecedor; hemos holgado de ver vuestras ciudades; lo que os pido por merced, que pues questamos aquí, en este vuestro templo, que nos mostréis vuestros dioses y teules". Y el Montezuma dijo que primero hablaría con sus grandes papas. E luego que con ellos hobo hablado dijo que entrásemos en una torrecilla e apartamiento a manera de sala, donde estaban dos como altares, con muy ricas tablazones encima del techo, e en cada altar estaban dos bultos, como de gigante, de muy altos cuerpos y muy gordos, y el primero, questaba a man derecha, decían que era el de Vichilobos, su dios de la guerra, y tenía la cara y rostro muy ancho y los ojos disformes e espantables; en todo el cuerpo tanta de la pedrería e oro y perlas e aljófar pegado con engrudo, que hacen en esta tierra de unas como raíces, que todo el cuerpo y cabeza estaba lleno dello, y ceñido el cuerpo unas a manera de grandes culebras hechas de oro e pedrería, e en una mano tenía un arco e en otra unas flechas. E otro

ídolo pequeño que allí cabél estaba, que decían que era su paje, le tenía una lanza no larga y una rodela muy rica de oro e pedrería; e tenía puestos al cuello el Vichilobos unas caras de indios y otros como corazones de los mismos indios, y éstos de oro y dellos de plata, con mucha pedrería azules; y estaban allí unos braseros con encienso, que es su copal, y con tres corazones de indios que aquel día habían sacrificado e se quemaban, y con el humo y copal le habían hecho aquel sacrificio. Y estaban todas las paredes de aquel adoratorio tan bañado y negro de costras de sangre, y ansimismo el suelo, que todo hedía muy malamente. Luego vimos a otra parte, de la mano izquierda, estar el otro gran bulto del altor del Vichilobos, y tenía un rostro como de oso, e unos ojos que le relumbraban, hechos de sus espejos, que se dice tezcat, y el cuerpo con ricas piedras pegadas según y de la manera del otro su Vichilobos, porque según decían, entrambos eran hermanos, y este Tezcatepuca era el dios de los infiernos, y tenía cargo de las ánimas de los mexicanos, y tenía ceñido el cuerpo con unas figuras como diablillos chicos y las colas dellos como sierpes, y tenía en las paredes tantas costras de sangre y el suelo todo bañado dello, como en los mataderos de Castilla no había tanto hedor. E allí le tenían presentado cinco corazones de aquel día sacrificados, y en lo más alto de todo el cu estaba otra concavidad muy ricamente labrada la madera della, y estaba otro bulto como de medio hombre y medio lagarto, todo lleno de piedras ricas y la mitad dél enmantado. Este decían quel cuerpo dél estaba lleno de todas las semillas que había en toda la tierra, y decían que era el dios de las sementeras y frutas; no se me acuerda el nombre, y todo estaba lleno de sangre, así paredes como altar, y era tanto el hedor, que no víamos la hora de salirnos afuera. Y allí tenían un atambor muy grande en demasía, que cuando le tañían el sonido dél era tan triste y de tal manera como dicen estrumento de los infiernos, y más de dos leguas de allí se oía; decían que los cueros de aquel atambor eran de sierpes muy grandes. E en aquella placeta tenían tantas cosas muy diabólicas de ver, de bocinas y trompetillas y navajones, y muchos corazones de indios que habían quemado, con que sahumaban a aquellos sus ídolos, y todo cuajado de sangre. Tenían tanto, que los doy a la maldición; y como todo hedía a carnecería, no víamos la hora de quitarnos de tan mal hedor y peor vista. Y nuestro capitán dijo a Montezuma, con nuestra lengua, como medio riyendo: "Señor Montezuma: no sé yo cómo un tan gran señor e sabio varón como Vuestra Majestad es no haya colegido en su pensamiento cómo no son estos vuestros ídolos dioses, sino cosas malas, que se llaman diablos, y para que Vuestra Majestad lo conozca y todos sus papas lo vean claro, haceme una merced: que hayáis por bien que en lo alto de esta torre pongamos una cruz, e en una parte destos adoratorios, donde están vuestros Vichilobos e Tezcatepuca, haremos un apartado donde pongamos una imagen de Nuestra Señora (la cual imagen ya el Montezuma la había visto), y veréis el temor que dello tienen esos ídolos que os tienen engañados". Y el Montezuma respondió medio enojado, y dos papas que con él estaban mostraron malas señales, y dijo: "Señor Malinche: si tal deshonor como has dicho creyera que habías de decir, no te mostrara mis dioses. Aquestos tenemos por muy buenos, y ellos nos dan salud y aguas y buenas sementeras e temporales y vitorias cuantas queremos,

e tenémoslos de adorar y sacrificar; lo que os ruego es que no se diga otras palabras en su deshonor". Y desque aquello le oyó nuestro capitán y tan alterado, no le replicó más en ello, y con cara alegre le dijo: "Hora es que Vuestra Majestad y nosotros nos vamos". Y el Montezuma respondió que era bien; e que porquél tenía que rezar e hacer cierto sacrificio en recompensa del gran tatacul, que quiere decir pecado, que había hecho en dejarnos subir en su gran cu, e ser causa de que nos dejase ver sus dioses, e del deshonor que les hicimos en decir mal dellos, que antes que se fuese lo había de rezar e adorar. Y Cortés le dijo: "Pues que ansí es, perdone, señor". E luego nos bajamos las gradas abajo, y como eran ciento y catorce e algunos de nuestros soldados estaban malos de bubas o humores, les dolieron los muslos del abajar. Y dejaré de hablar de su adoratorio y diré lo que me parece del cercuito y manera que tenía, y si no lo dijere tan al natural como era, no se maravíllen, porque eñ aquel tiempo tenía otro pensamiento de entender en lo que traíamos entre manos, que es en lo militar y en lo que mi capitán me mandaba, y no en hacer relaciones. Volvamos a nuestra materia. Paréceme quel circuito del gran cu sería de seis muy grandes solares de los que dan en esta tierra, y desde abajo hasta arriba, adonde estaba una torrecilla, e allí estaban sus ídolos, va estrechando, y en medio del alto cu, hasta lo más alto dél, van cinco concavidades a manera de barbacanas y descubiertas, sin mamparos Y porque hay muchos cues pintados en reposteros de conquistadores, e en uno que yo tengo, que cualquiera dellos a quien los han visto podría colegir la manera que tenían por de fuera; mas no lo que yo vi y entendí, e dello hobo fama en aquellos tiempos que fundaron aquel gran cu, en el cimiento dél habían ofrecido de todos los vecinos de aquella gran ciudad oro y plata e aljófar e piedras ricas, e que le habían bañado con mucha sangre de indios que sacrificaron, que habían tomado en las guerras, y de toda manera de diversidad de semillas que había en toda la tierra, porque les diesen sus ídolos vitorias e riquezas y muchos frutos. Dirán agora algunos letores muy curiosos que cómo pudimos alcanzar a saber que en el cimiento de aquel gran cu echaron oro y plata e piedras de chalchivis ricas y semillas, y lo rociaban con sangre humana de indios que sacrificaban, habiendo sobre mill años que se fabricó y se hizo. A esto doy por respuesta que desque ganamos aquella fuerte e gran ciudad y se repartieron los solares, que luego propusimos que en aquel gran cu habíamos de hacer la iglesia de nuestro patrón e guiador señor Santiago, e cupo mucha parte de la del solar del alto cu para el solar de la santa iglesia de aquel cu de Víchilobos, y cuando abrían los cimientos para hacellos más fijos, hallaron mucho oro y plata e chalchivis y perlas e oljófar y otras piedras; e ansímismo a un vecino de México, que le cupo otra parte del mismo solar, halló lo mismo, y los oficiales de la Hacienda de Su Majestad lo demandaban por de Su Majestad, que les venía de derecho, y sobrello hobo pleito, e no se me acuerda lo que pasó, mas que se informaron de los caciques y principales de México y Guatemuz, que entonces era vivo, e dijeron ques verdad que todos los vecinos de México de aquel tiempo echaron en los cimientos aquellas joyas y todo lo demás, e que ansí lo tenían por memoria en sus libros y pinturas de cosas antiguas, e por esta causa aquella riqueza se quedó para la obra de la santa iglesia

de S. Santiago. Dejemos desto y digamos de los grandes y sontuosos patios questaban delante del Vichilobos, adonde está agora señor Santiago, que se dice el Tatelulco, porque ansí se solía llamar. Ya he dicho que tenían dos cercas de calicanto antes de entrar dentro, e que era empedrado de piedras blancas como losas, y muy encalado y bruñido y limpio, y sería de tanto compás y tan ancho como la plaza de Salamanca; y un poco apartado del gran cu estaba otra torrecilla que también era casa de ídolos o puro infierno, porque tenía la boca de la una puerta una muy espantable boca de las que pintan que dicen que están en los infiernos con la boca abierta y grandes colmillos para tragar las ánimas; e ansimismo estaban unos bultos de diablos y cuerpos de sierpes junto a la puerta, y tenían un poco apartado un sacrificadero, y todo ello muy ensangrentado y negro de humo e costras de sangre, y tenían muchas ollas grandes y cántaros y tinajas dentro en la casa llenas de agua, que era allí donde cocinaban la carne de los tristes indios que sacrificaban y que comían los papas, porque también tenían cabe el sacrificadero muchos navajones y unos tajos de madera, como en los que cortan carne en las carnecerías, y ansimismo detrás de aquella maldita casa, bien apartado de ella, estaban unos grandes rimeros de leña, y no muy lejos una gran alberca de agua, que se hinchía y vaciaba, que le venía por su caño encubierto de lo que entraba en la ciudad de Chapultepeque; yo siempre le llamaba aquella casa el infierno. Pasemos adelante del patio, y vamos a otro cu, donde era enterramientos de grandes señores mexicanos, que también tenía otros muchos ídolos, y todo lleno de sangre e humo, y tenía otras puertas y figuras de infierno; y luego junto de aquel cu estaba otro lleno de calavernas e zancarrones, puestos con gran concierto, que se podían ver más no se podrían contar, porque eran muchas, y las calavernas por sí y los zancarrones en otros rimeros; e allí había otros ídolos, y en cada casa o cu y adoratorio que he dicho estaban papas con sus vestiduras largas de mantas prietas y las capillas largas asimismo, como de dominicos, que también tiraban un poco a las de los canónigos, y el cabello muy largo y hecho que no se puede desparcir ni desenebrar, y todos los más sacrificadas las orejas, e en los mismos cabellos mucha sangre. Pasemos adelante que había otros cues apartados un poco, donde estaban las calavernas, que tenían otros ídolos y sacrificios de otras malas pinturas, e aquellos ídolos decían que eran abogados de los casamientos de los hombres. No quiero detenerme más en contar de ídolos, sino solamente diré que alrededor de aquel gran patio había muchas casas e no altas, e eran adonde posaban e residían los papas e otros indios que tenían cargo de los ídolos, y también tenían otra muy mayor alberca o estanque de agua, y muy limpia, a una parte del gran cu; era dedicada solamente para el servicio del Vichilobos, Tezcatepuca, y entraba el agua en aquella alberca por caños encubiertos que venía de Chapultepeque. E allí cerca estaban otros grandes aposentos a manera de monesterio, adonde estaban recogidas muchas hijas de vecinos mexicanos, como monjas, hasta que se casaban; y allí estaban dos bultos de ídolos de mujeres, que eran abogadas de los casamientos de las mujeres, e aquellas sacrificaban y hacían fiestas porque les diesen buenos maridos. Mucho me he detenido en contar de este gran cu del Tatelulco y sus patios, pues digo era el mayor templo de

todo México, porque había tantos e muy suntuosos, que entre cuatro o cinco perrochas o barrios tenían un adoratorio y sus ídolos; y porque eran muchos e yo no sé la cuenta de todos, pasaré adelante y diré que, en Cholula, el gran adoratorio que en él tenían era de mayor altor que no el de México, porque tenía ciento y veinte gradas, y, según decían, el ídolo de Cholula teníanle por bueno e iban a él en romería de todas partes de la Nueva España a ganar perdones, e a esta causa le hicieron tan suntuoso cu; mas era de otra hechura que el mexicano, e ansimismo los patios muy grandes e con dos cercas. También digo que el cu de la ciudad de Tezcuco era muy alto de ciento y diez y siete gradas, y los patios anchos y buenos e hechos de otra manera que los demás, y una cosa de reír es que tenían en cada provincia sus ídolos, y los de la una provincia o ciudad no aprovechaba a los otros, e ansí tenían infinitos ídolos e a todos sacrificaban. Y después que nuestro capitán y todos nosotros nos cansamos de andar y ver tantas diversidades de ídolos y sus sacrificios, nos volvimos a nuestros aposentos, y siempre muy acompañados de principales y caciques que Montezuma enviaba con nosotros. Y quedarse ha aquí, y diré lo que más hicimos.

CAPITULO XCIII

Cómo hicimos nuestra iglesia e altar en nuestro aposento, y una cruz fuera del aposento, y lo que más pasamos, e hallamos la sala y recámara del tesoro del padre del Montezuma, y de cómo se acordó prender al Montezuma.

Como nuestro capitán Cortés y el fraile de la Merced vieron que Montezuma no tenía voluntad que en el cu de su Vichilobos pusiésemos la cruz ni hiciésemos iglesia, y porque desde que entramos en aquella ciudad de México, cuando se decía misa hacíamos un altar sobre mesas y le tornaban a quitar, acordóse que demandásemos a los mayordomos del gran Montezuma albañires para que en nuestro aposento hiciésemos una iglesia, y los mayordomos dijeron que se lo harían saber al Montezuma. Y nuestro capitán envió a decírselo con doña Marina e Aguilar y con Orteguilla, su paje, que entendía ya algo la lengua, y luego dió licencia y mandó dar todo recaudo. E en dos días teníamos nuestra iglesia hecha y la santa cruz puesta delante de los aposentos, e allí se decía misa cada día hasta que se acabó el vino, que como Cortés y otros capitanes y el fraile estuvieron malos cuando las guerras de Tascala, dieron priesa al vino que teníamos para misas, y desque se acabó cada día estábamos en la iglesia rezando de rodillas delante del altar e imágenes; lo uno, por lo que éramos obligados a cristianos e buena costumbre, y lo otro, porque Montezuma y todos sus capitanes lo viesen y se inclinasen a ello, y porque viesen el adorar e vernos de rodillas delante de la cruz, especial cuando tañíamos el Ave María. Pues estando questábamos en aquellos aposentos, como somos de tal calidad y todo lo trascendemos e queremos saber, cuando mirábamos a dónde mejor e más convenible parte

habíamos de hacer el altar, dos de nuestros soldados, que uno dellos era carpintero de lo blanco, que se decía Alonso Yáñez, vió en una pared una como señal que había sido puerta, e estaba cerrada y muy bien encalada e bruñida, y como había fama y teníamos relación que en aquel aposento tenía Montezuma el tesoro de su padre Axayaca, sospechóse questaría en aquella sala questaba de pocos días cerrada y encalada, y el Yáñez lo dijo a Juan Velázquez de León y a Francisco de Lugo, que eran capitanes y aun deudos míos y el Alonso Yáñez se allegaba en su compañía como criado; e aquellos capitanes se lo dijeron a Cortés, y secretamente se abrió la puerta. Y desque fué abierta y Cortés con ciertos capitanes entraron primero dentro y vieron tanto número de joyas de oro e en planchas, y tejuelos muchos y piedras de chalchivis y otras muy grandes riquezas, quedaron enlevados y no supieron qué decir de tanta riqueza. Y luego lo supimos entre todos los demás capitanes y soldados y lo entramos a ver muy secretamente; e desque yo lo vi, digo que me admiré, e como en aquel tiempo era mancebo y no había visto en mi vida riquezas como aquéllas, tuve por cierto que en el mundo no se debieran haber otras tantas. E acordóse por todos nuestros capitanes e soldados que ni por pensamiento se tocase en cosa ninguna dellas, sino que la misma puerta se tornase luego a poner sus piedras y se cerrase, y encalóse de la manera que la hallamos, y que no se hablase en ello por que no lo alcanzase a saber Montezuma hasta ver otro tiempo. Dejemos esto desta riqueza y digamos que como teníamos tan esforzados capitanes y soldados y de muchos buenos consejos y pareceres, y primeramente Nuestro Señor Jesucristo ponía su divina mano en todas nuestras cosas, y ansí lo teníamos por cierto, apartaron a Cortés en la iglesia cuatro de nuestros capitanes, y juntamente doce soldados de quien él se fiaba y comunicaba, e yo era uno dellos, y le dijimos que mirase la red y garlito donde estábamos y la gran fortaleza de aquella ciudad, y mirase las puentes y calzadas y las palabras y avisos que por todos los pueblos por donde hemos venido nos han dado que había aconsejado el Vichilobos a Montezuma que nos dejase entrar en su ciudad e que allí nos matarían, y que mirase que los corazones de los hombres que son muy mudables, en especial en los indios, y que no tuviese confianza de la buena voluntad, y amor que Montezuma nos muestra, porque de una hora a otra hora la mudaría, cuando se le antojase darnos guerra, que con quitarnos la comida o el agua o alzar cualquiera puente, que no nos podríamos valer, e que mire la gran multitud de indios que tiene de guerra en su guarda, e que qué podríamos nosotros hacer para ofendellos o para defendernos, porque todas las casas tienen en el agua. Pues socorros de nuestros amigos los de Tascala por dónde han de entrar. Y pues es cosa de ponderar todo esto que le decíamos, que luego sin más dilación prendiésemos al Montezuma, si queríamos asegurar nuestras vidas, y que no se aguardase para otro día, y que mirase que con todo el oro que nos daba Montezuma, ni el que habíamos visto en el tesoro de su padre Axayaca, ni con cuanta comida comíamos, que todo se nos hacía rejalgar en el cuerpo, e que de noche ni de día no dormíamos ni reposábamos con aqueste pensamiento, e que si otra cosa algunos de nuestros soldados menos que esto que le decían sintiesen, que serían como bestias que no tenían sentido, que se están al dulzor del oro, no viendo la

muerte al ojo. Y desquesto oyó Cortés, dijo: "No creáis, caballeros, que duermo ni estoy sin el mismo cuidado, que bien me lo habréis sentido; más qué poder tenemos nosotros para hacer tan grande atrevimiento, prender a tan gran señor en sus mesmos palacios, teniendo sus gentes de guarda y de guerra? ¿Qué manera o arte se puede tener en querello poner por efeto que no apellide sus guerreros y luego nos combatan?" Y replicaron nuestros capitanes, que fué Juan Velázquez de León, y Diego de Ordaz, y Gonzalo de Sandoval, y Pedro de Alvarado, que con buenas palabras sacalle de su sala y traello a nuestros aposentos, y decille que ha de estar preso, que si se altera o diere voces que lo pagará su persona, y que si Cortés no lo quiere hacer luego, que les dé licencia, que ellos lo pornán por la obra, y que de dos grandes peligros en que estamos, quel mejor y más a propósito es prendelle e no aguardar que nos diese guerra, que si la comenzaba, qué remedio podíamos tener. También le dijeron ciertos soldados que nos parescía que los mayordomos de Montezuma que servían en darnos bastimentos se desvergonzaban y no los traían cumplidamente como los primeros días y también dos indios tascaltecas, nuestros amigos, dijeron secretamente a Jerónimo de Aguilar, nuestra lengua, que no les parescía bien la voluntad de los mexicanos de dos días atrás; por manera questuvímos platicando en este acuerdo bien un hora si le prenderíamos o no y qué manera teníamos; y a nuestro capitán bien se le encajó este postrer consejo; y dejábamoslo para otro día que en todo caso le habíamos de prender, y aun toda la noche estuvimos rogando a Dios que lo encaminase para su santo servicio. Después destas pláticas, otro día por la mañana vinieron dos indios de Tascala y muy secretamente con unas cartas de la Villa Rica; y lo que se contenía en ellas decía que Juan de Escalante, que quedó por alguacil mayor, era muerto, y seis soldados juntamente con él, en una batalla que le dieron los mexicanos, y también le mataron el caballo y a muchos indios totonaques que llevó en su compañía, y que todos los pueblos de la sierra y Cempoal y su subjeto están alterados y no les quieren dar comida ni servir en la fortaleza, e que no saben qué se hacer, y que como de antes los tenían por teules, que agora que han visto aquel desbarate les hacen fieros, así los totonaques como los mexicanos, y que no les tienen en nada ni saben qué remedio tomar. Y desque oímos aquellas nuevas, sabe Dios cuánto pesar tuvimos todos. Aqueste fué el primer desbarate que tuvimos en la Nueva España. Miren los curiosos letores la adversa fortuna cómo vuelve rodando. ¡Quién nos vió entrar en aquella ciudad con tan solene recibimiento y triunfante, y nos teníamos en posesión de ricos con lo que Montezuma nos daba cada día, así al capitán como a nosotros, e haber visto la casa por mí memorada llena de oro, y que nos tenían por teules, que son ídolos, y que todas las batallas vencíamos, e agora habernos venido tan gran desmán que no nos tuviesen en

aquella reputación que de antes, sino por hombres que podíamos ser vencidos, y haber sentido cómo se desvergonzaban contra nosotros! En fin de más razones fué acordado que aquel mesmo día, de una manera o de otra, se prendiese Montezuma, o morir todos sobrello. Y por que para que vean los letores de la manera que fué esta batalla de Juan de Escalante, y cómo le mataron a él y los seis soldados y el caballo y los amigos totonaques que llevaba consigo, lo quiero aquí declarar antes de la prisión de Montezuma, por no quedalle atrás, porques menester dallo bien a entender.

CAPITULO XCIV

Cómo fué la batalla que dieron los capitanes mexicanos a Juan de Escalante, y cómo le mataron a él e al caballo y a seis soldados y a muchos amigos indios totonaques que también allí murieron.

Y es desta manera. Que ya me habrán oído decir, en el capítulo que dello habla, que cuando estábamos en un pueblo que se dice Quiahuiztlán, que se juntaron muchos pueblos, sus confederados, que eran amigos de los de Cempoal, y por consejo y convocación de nuestro capitán, que les atrajo a ello, quitó que no diesen tributo a Montezuma, y se le rebelaron, y fueron más de treinta pueblos en ello; y esto fué cuando le prendimos sus recaudadores, según otras veces dicho tengo en el capítulo que dello habla. Y cuando partimos de Cempoal para venir a México, quedó en la Villa Rica por capitán y alguacil mayor de la Nueva España un Juan de Escalante, que era persona de mucho ser e amigo de Cortés, y le mandó que en todo lo que aquellos pueblos nuestros amigos hobiesen menester les favoresciese. Y paresce ser que como el gran Montezuma tenía muchas guarniciones y capitanías de gente de guerra en todas las provincias, que siempre estaban junto a la raya dellos, porque una tenía en lo de Soconusco por guarda de lo de Guatímala y Chiapa, y otra tenía en lo de Guazaqualco, y otra capitanía en lo de Mechuacán, y otra a la raya de Pánuco, entre Tuzapán y un pueblo que le pusimos por nombre Almería, ques en la costa del Norte. Y como aquella guarnición que tenía cerca de Tuzapán pareció ser demandaron tributos de indios e indias y bastimento para sus gentes a ciertos pueblos questaban allí cerca o confinaban con ellos, que eran amigos de Cempoal y servían al Juan de Escalante y a los vecinos que quedaron en la Villa Rica y entendían en hacer la fortaleza, y como les demandaban los mexicanos el tributo y servicio, dijeron que no se lo querían dar porque Malinche les mandó que no lo diesen y quel gran Montezuma lo ha tenido por bien. Y los capitanes mexicanos respondieron que si no lo daban que los vernían a destruir sus pueblos y llevallos cativos, y que su señor Montezuma se lo había mandado de poco tiempo acá. Y desque aquellas amenazas vieron nuestros amigos los totonaques, vinieron al capitán Juan de Escalante e quéjanse reciamente que los mexicanos les vienen a robar y destruir sus tierras. Y desque el Escalante

no entendió envió mensajeros a los mismos mexicanos para que no hiciesen enojo ni robasen aquellos pueblos, pues su señor Montezuma lo había por bien, que somos todos grandes amigos, si no, que irá contra ellos y les dará guerra. Los mexicanos no hicieron caso de aquella respuesta ni fieros, y respondieron que en el campo los hallaría. Y el Juan de Escalante, que era hombre muy bastante y de sangre en el ojo, apercibió todos los pueblos nuestros amigos de la sierra que viniesen con sus armas, que eran arcos, flechas, lanzas, rodelas, y ansimismo apercibió los soldados más sueltos y sanos que tenía, porque ya he dicho otra vez que todos los más vecinos que quedaban en la Villa Rica estaban dolientes, y hombres de la mar, y con dos tiros y un poco de pólvora y tres ballestas y dos escopetas y cuarenta soldados y sobre dos mill indios totonaques, fué adonde estaban las guarniciones de los mexicanos, que andaban ya robando un pueblo de nuestros amigos, y en el campo se encontraron al cuarto del alba. Y como los mexicanos eran doblados que nuestros amigos los totonaques, e como siempre estaban temorizados dellos en las guerras pasadas, a la primera refriega de flecha y varas y piedras y gritas huyeron y dejaron al Juan de Escalante peleando con los mexicanos, y de tal manera, que llegó con sus pobres soldados hasta un pueblo que llaman Almería, y le puso fuego y le quemó las casas. Allí reposó un poco, porque estaba mal herido, y en aquellas refriegas y guerra le llevaron un soldado vivo, que se decía Argüello, que era natural de León y tenía la cabeza muy grande y la barba prieta y crespa, y era muy rebusto de gesto y mancebo de muchas fuerzas, y le hirieron muy malamente al Escalante y a otros seis soldados, y le mataron el caballo; y se volvió a la Villa Rica y dende a tres días murió él y los soldados. Y desta manera pasó lo que decimos de Almería, e no como lo cuenta el coronista Gomara, que dice en su historia que iba Pedro de Ircio a poblar a Pánuco con ciertos soldados. No sé en qué entendimiento de un tan retórico coronista cabía que había de escrebir tal cosa que, aunque con todos los soldados que estábamos con Cortés en México no llegamos a cuatrocientos, y los más heridos de las batallas de Tascala y Tabasco, que aun para bien velar no teníamos recaudo, cuando más enviar a poblar a Pánuco. Y dice que iba por capitán el Pedro de Ircio, y aun en aquel tiempo no era capitán ni aun cuadrillero, ni le daban cargo, ni se hacía cuenta dél, y se quedó con nosotros en México. También dice el mismo coronista otras muchas cosas sobre la prisión de Montezuma. Yo no le entiendo su escrebir, e había de mirar que cuando lo escrebía en su historia que había de haber vivos conquistadores de los de aquel tiempo que le dirían cuando lo leyesen: "Esto no pasa así". En esotro, dice lo que quiere. Y dejallo he aquí, e volvamos a nuestra materia, y diré cómo los capitanes mexicanos, después de dalle la batalla que dicho tengo a Juan de Escalante, se lo hicieron saber a Montezuma, y aun le llevaron presentada la cabeza del Argüello, que paresció ser murió en el camino de las heridas, que vivo le llevaban. Y supimos quel Montezuma, cuando se la mostraron, como era rebusta y grande y tenía grandes barbas y crespas, hobo pavor y temió de la ver, y mandó que no la ofreciesen a ningún cu de México, sino en otros ídolos de otros pueblos. Y preguntó el Montezuma a sus capitanes que siendo ellos muchos millares de guerreros, que cómo no vencieron a tan

pocos teules. Y respondieron que no aprovechaban nada sus varas y flechas ni buen pelear, que no los pudieron hacer retraer, porque una gran tequecihuata de Castilla venía delante dellos, y que aquella señora ponía a los mexicanos temor y decía palabras a sus teules que les esforzaban. Y el Montezuma entonces creyó que aquella gran señora era Santa María y la que le habíamos dicho que era nuestra abogada, que de antes dimos al Montezuma con su precioso hijo en los brazos. Y porque esto yo no lo vi, porque estaba en México, sino lo que dijeron ciertos conquistadores que se hallaron en ello, y plugiese a Dios que ansí fuese, y ciertamente todos los soldados que pasamos con Cortés tenemos muy creído, e ansí es verdad, y que la misericordia divina y Nuestra Señora la Virgen María siempre era con nosotros, por lo cual le doy muchas gracias. Y dejallo he aquí, y diré lo que pasamos en la prisión del gran Montezuma.

CAPITULO XCV

De la prisión del gran Montezuma y lo que sobrello se hizo.

Como teníamos acordado el día antes de prender al Montezuma, toda la noche estuvimos en oración rogando a Dios que fuese de tal manera que redundase para su santo servicio, y otro día de mañana fué acordado de la manera que había de ser. Llevó consigo Cortés cinco capitanes, que fueron Pedro de Alvarado, y Gonzalo de Sandoval, Juan Velázquez de León, y Francisco de Lugo, y Alonso de Avila y a mí y con nuestras lenguas doña Marina y Aguilar; y todos nosotros mandó questuviésemos muy a punto y los de a caballo ensillados y enfrenados. En lo de las armas no había nescesidad de ponello yo aquí por memoria, porque siempre, de día y de noche, estamos armados y calzados nuestros alpargates, que en aquella sazón era nuestro calzado, y cuando solíamos ir a hablar al Montezuma siempre nos vía armados de aquella manera, y esto digo puesto que Cortés con los que con él íbamos con todas sus armas para le prender no lo tenía el Montezuma por cosa nueva ni se alteraba dello. Ya puestos a punto todos, envióle nuestro capitán a hacelle saber cómo iba a su palacio, porque así lo tenía por costumbre, y no se alterase viéndolo ir de sobresalto. Y el Montezuma bien entendió, poco más o menos, que iba enojado por lo de Almería, y le temía, y mandó que fuese mucho en buen hora. Y como entró Cortés, después de le haber hecho sus acatos acostumbrados, le dijo con nuestras lenguas: "Señor Montezuma: muy maravillado de vos estoy que, siendo tan valeroso príncipe y haberse dado por nuestro amigo, mandar a vuestros capitanes que teníades en la costa cerca de Tuzapán que tomasen armas contra mis españoles, y tener atrevimiento de robar los pueblos questán en guarda y mamparo de nuestro rey y señor, y demandalles indios e indias para sacrificar, y matar un español, hermano mío, y un caballo". No le quiso decir del capitán ni de los seis soldados que murieron luego que llegaron a la Villa Rica, porquel

Montezuma no lo alcanzó a saber, ni tampoco lo supieron los indios capitanes que les dieron la guerra; y más le dijo Cortés: que teniéndolo por tan su amigo, mandé a mis capitanes que en todo lo que posible fuese os sirviesen y favoresciesen, y Vuestra Majestad por el contrario no lo ha hecho, e ansimismo en lo de Cholula tuvieron vuestros capitanes con gran copia de guerreros ordenado por vuestro mandado que nos matasen. Helo disimulado lo de entonces por lo mucho que os quiero, y ansi mismo agora vuestros vasallos y capitanes se han desvergonzado y tienen pláticas secretas que nos queréis mandar matar; por estas causas no querría encomenzar guerra ni destruir aquesta ciudad. Conviene que para todo se excusar que luego callando y sin hacer ningún alboroto se vaya con nosotros a nuestro aposento, que allí seréis servido y mirado muy bien como en vuestra propia casa. Y que si alboroto o voces daba, que luego sería muerto de aquestos mis capitanes, que no los traigo para otro efeto. Y cuando esto oyó el Montezuma, estuvo muy espantado y sin sentido, y respondió que nunca tal mandó que tomasen armas contra nosotros, y que enviaría luego a llamar sus capitanes y se sabría la verdad, y los castigaría. Y luego en aquel estante quitó de su brazo y muñeca el sello y señal de Vichilobos, que aquello era cuando mandaba alguna cosa grave e de peso, para que se cumpliese, e luego se cumplía. Y en lo de ir preso y salir de sus palacios contra su voluntad, que no era persona la suya para que tal le mandase, e que no era su voluntad salir. Y Cortés le replicó muy buenas razones, y el Montezuma le respondía muy mejores, y que no había de salir de sus casas; por manera questuvieron más de media hora en estas pláticas. Y desque Juan Velázquez de León y los demás capitanes vieron que se detenía con él y no vían la hora de habello sacado de sus casas y tenelle preso, hablaron a Cortés algo alterados y dijeron: "¿Qué hace vuestra merced ya con tantas palabras? o le llevamos preso, o dalle hemos de estocadas. Por eso, tórnele a decir que si da voces o hace alboroto que le mataremos porque más vale que desta vez aseguremos nuestras vidas o las perdamos". Y como el Juan Velázquez lo decía con voz algo alto y espantosa, porque así era su hablar, y el Montezuma vió a nuestros capitanes como enojados, preguntó a doña Marina que qué decían con aquellas palabras altas, y como la doña Marina era muy entendida, le dijo: "Señor Montezuma: lo que yo os aconsejo es que vais luego con ellos a su aposento, sin ruido ninguno, que yo sé que os harán mucha honra, como gran señor que sois, y de otra manera aqui quedaréis muerto, y en su aposento se sabrá la verdad". Y entonces el Montezuma dijo a Cortés: "Señor Malinche: ya que eso queréis que sea, yo tengo un hijo y dos hijas legítimos, tomallos en rehenes, y a mí no me hagáis esta afrenta. ¿Qué dirán mis principales si me viesen llevar preso?" Tornó a decir Cortés que su persona había de ir con ellos, y no había de ser otra cosa; y en fin de muchas razones que pasaron, dijo que él iría de buena voluntad. Y entonces Cortés y nuestros capitanes le hicieron muchas quiricias y le dijeron que le pedían por merced que no hobiese enojo y que dijese a sus capitanes y a los de su guarda que iba de su voluntad, porque había tenido plática de su ídolo Vichilobos y de los papas que le servían que convenía para su salud y guardar su vida estar con nosotros. Y luego le trujeron sus ricas andas, en que solía salir con todos sus

capitanes que le acompañaron; fué a nuestro aposento, donde le pusimos guardas y velas, y todos cuantos servicios y placeres que le podíamos hacer, ansí Cortés como todos nosotros, tantos le hacíamos, y no se le echó prisiones ningunas, y luego le vinieron a ver todos los mayores principales mexicanos y sus sobrinos a hablar con él y a saber la causa de su prisión, y si mandaba que nos diesen guerra. Y el Montezuma les respondía que él holgaba de estar algunos días allí con nosotros de buena voluntad y no por fuerza, e que cuando él algo quisiese que se lo diría, y que no se alborotasen ellos ni la ciudad, ni tomasen pesar de ello, porque aquesto que ha pasado de estar allí, que su Vichilobos lo tiene por bien, y se lo han dicho ciertos papas que lo saben, que hablaron con su ídolo sobrello. Y desta manera que he dicho fué la prisión del gran Montezuma; y allí donde estaba tenía su servicio y mujeres, y baños en que se bañaba, y siempre a la contina estaban en su compañía veinte grandes señores y consejeros y capitanes, y se hizo a estar preso sin mostrar pasión en ello, y allí venían con pleitos embajadores de lejos tierras y le traían sus tributos, y despachaban negocios de importancia. Acuérdome que cuando venían antél grandes caciques de lejos tierras, sobre términos o pueblos, o otras cosas de aquel arte, que por muy gran señor que fuese se quitaba las mantas ricas y se ponía otras de henequén y de poca valía, y descalzo había de venir; y cuando llegaba a los aposentos, no entraba derecho, sino por un lado dellos, y cuando parescía delante del gran Montezuma, los ojos bajos en tierra, y antes que a él llegasen le hacían tres reverencias y le decían: "Señor, mi señor e mi gran señor"; entonces le traían pintado y dibujado el pleito o embarazo sobre que venían en unos paños y mantas de henequén, y con unas varitas muy delgadas y pulidas le señalaban la causa del pleito; y estaban allí junto al Montezuma dos hombres viejos grandes caciques, y desque bien habían entendido el pleito, aquellos jueces se lo decían al Montezuma la justicia que tenía; con pocas palabras los despachaba y mandaba quien había de llevar las tierras o pueblos y sin más replicar en ello se salían los pleiteantes, sin volver las espaldas, y con las tres reverencias se salían hasta la sala, y desque se vían fuera de su presencia del Montezuma se ponían otras mantas ricas y se paseaban por México. Y dejaré de decir al presente desta prisión, y digamos cómo los mensajeros que envió el Montezuma con su señal y sello a llamar sus capitanes que mataron nuestros soldados, vinieron antél presos, y lo que con ellos habló yo no lo sé, mas que se los envió a Cortés para que hiciese justicia dellos; y tomada su confisión sin estar el Montezuma delante, confesaron ser verdad lo atrás ya por mí dicho, e que su señor se lo había mandado que diesen guerra y cobrasen los tributos, y que si algunos teules fuesen en su defensa, que también les diesen guerra o matasen. E vista esta confisión por Cortés, envióselo a hacer saber al Montezuma cómo le condenaban en aquella cosa; y él se desculpó cuanto pudo. Y nuestro capitán le envió a decir que ansí lo creía, que puesto que merecía castigo, conforme a lo que nuestro rey manda, que la persona que manda matar a otros, sin culpa o con culpa, que muera por ellos; mas que le quiere tanto y le desea todo bien, que ya que aquella culpa tuviese, que antes la pagaría el Cortés por su persona que vérsela pasar al Montezuma. Y con todo esto que le envió a decir, estaba

temeroso. Y sin más gastar razones, Cortés sentenció a aquellos capitanes a muerte e que fuesen quemados delante los palacios del Montezuma, y ansí se ejecutó luego la sentencia. Y por que no hobiese algún embarazo entre tanto que se quemaban, mandó echar unos grillos al mismo Montezuma. Y desque se los echaron, él hacía bramuras, y si de antes estaba temeroso, entonces estuvo mucho más. Y después de quemados fué nuestro Cortés con cinco de nuestros capitanes a su aposento, y él mismo se los quitó los grillos, y tales palabras le dijo y tan amorosas, que se le pasó luego el enojo; porque nuestro Cortés le dijo que no solamente le tenia por hermano, sino mucho más; e que como es señor y rey de tantos pueblos y provincias, que si él podía, el tiempo andando, le haría que fuese señor de más tierras de las que no ha podido conquistar ni le obedescian, y que si quiere ir a sus palacios, que le da licencia para ello. Y deciaselo Cortés con nuestras lenguas, y cuando se lo estaba diciendo Cortés, parescía se le saltaban las lágrimas de los ojos al Montezuma. Y respondió con gran cortesía que se lo tenía en merced. Empero bien entendió que todo era palabras las de Cortés, e que agora al presente que convenía estar allí preso, porque, por ventura, como sus principales son muchos e sus sobrinos y parientes le vienen cada día a decir que será bien darnos guerra y sacallo de prisión, que desque le vean fuera que le atraerán a ello, e que no quería ver en su ciudad revueltas, e que si no hace su voluntad, por ventura querrán alzar a otro señor, y que él les quitaba aquellos pensamientos con decilles que su dios Vichilobos se lo ha enviado a decir que esté preso. E a lo que entendimos, e lo más cierto, Cortés había dicho a Aguilar que le dijese secreto que aunque Malinche le mandase salir de la prisión, que los demás de nuestros capitanes y soldados no querríamos. Y desque aquello lo oyó Cortés, le echó los brazos encima y le abrazó y dijo: "No en balde señor Montezuma, os quiero tanto como a mí mesmo". Y luego el Montezuma le demandó a Cortés un paje español que le servía que sabía ya la lengua, que se decía Ortegilla, y fué harto provechoso, ansí para el Montezuma como para nosotros, porque de aquel paje inquiría y sabía muchas cosas de las de Castilla, el Montezuma, y nosotros de lo que le decían sus capitanes, y verdaderamente le era tan buen servicial el paje, que lo quería mucho el Montezuma. Dejemos de hablar de cómo estaba ya el Montezuma algo contento con los grandes halagos y servicios y conversación que con todos nosotros tenía, porque siempre que antél pasábamos, y aunque fuese Cortés, le quitábamos los bonetes de armas o cascos que siempre estábamos armados, y él nos hacia gran mesura y honraba a todos. Y digamos los nombres de aquellos capitanes de Montezuma que se quemaron por justicia. El principal se decía Quetzalpopoca, y los otros se decían el uno Coate y el otro Quiavit; el otro no me acuerdo el nombre, que poco va en saber sus nombres. Y digamos que como este castigo se supo en todas las provincias de la Nueva España, temieron, y los pueblos de la costa adonde mataron nuestros soldados volvieron a servir muy bien a los vecinos que quedaban en la Villa Rica. E han de considerar los curiosos questo leyeren tan grandes hechos que entonces hicimos: dar con los navíos al través; lo otro osar entrar en tan fuerte ciudad, teniendo tantos avisos que allí nos habían de matar desque dentro nos tuviesen; lo otro, tener tanta osadia osar

prender al gran Montezuma, que era rey de aquella tierra, dentro en su gran ciudad y en sus mismos palacios, teniendo tan gran número de guerreros de su guarda, y lo otro, osar quemar sus capitanes delante sus palacios y echalle grillos entre tanto que se hacía la justicia. Muchas veces, agora que soy viejo, me paro a considerar las cosas heroicas que en aquel tiempo pasamos, que me parece las veo presentes, y digo que nuestros hechos que no los hacíamos nosotros, sino que venían todos encaminados por Dios; porque ¿qué hombres habido en el mundo que osasen entrar cuatrocientos soldados, (y aun no llegábamos a ellos), en una fuerte ciudad como es México, que es mayor que Venezia, estando apartados de nuestra Castilla, sobre más de mill y quinientas leguas, y prender a un tan gran señor y hacer justicia de sus capitanes delante dél? Porque hay mucho que ponderar en ello, y no ansí secamente como yo lo digo, pasaré adelante y diré cómo Cortés despachó luego otro capitán questuviese en la Villa Rica como estaba el Juan Escalante que mataron.

CAPITULO XCVI

Cómo nuestro Córtés envió a la Villa Rica por teniente y capitán a un hidalgo que se decía Alonso de Grado, en lugar del Alguacil Mayor, Juan de Escalante, y el alguacilazgo mayor se lo dió a Gonzalo de Sandoval, y desde entonces fué Alguacil Mayor, y lo que sobrello pasó diré adelante.

Después de hecha justicia de Quezalpopoca y sus capitanes y amansado el gran Montezuma, acordó nuestro capitán de enviar a la Villa Rica por teniente della a un soldado que se decía Alonso de Grado, porque era hombre muy entendido y de buena plática y presencia, y músico e gran escribano. Este Alonso de Grado era uno de los que siempre fué contrario de nuestro Cortés para que no fuésemos a México y nos volviésemos a la Villa Rica cuando hobo en lo de Tascala ciertos corrillos ya por mí dichos en el capítulo que dello habla; y el Alonso de Grado era el que lo mullía, y si como era de buenas gracias fuera hombre de guerra, bien le ayudara todo junto. Y esto digo porque cuando nuestro Cortés le dió el cargo, como conoscía su condición, que no era hombre de afrenta, y Cortés era gracioso en lo que decía, le dijo: "He aquí, señor Alonso de Grado, vuestros deseos cumplidos que iréis agora a la Villa Rica, como lo deseábades, y entenderéis en la fortaleza, y mira no vais a ninguna entrada, como hizo Juan de Escalante, y os maten". Y cuando se lo estaba diciendo guiñaba el ojo por que lo viésemos los soldados que allí nos hallamos e sintiésemos a qué fin lo decia, porque conoscía dél que aunque se lo mandara con pena no fuera. Pues dadas las provisiones e instrucciones de lo que había de hacer, el Alonso de Grado le suplicó que le hiciese merced de la vara de alguacil mayor como la tenía el Juan de Escalante, que mataron los indios, e Cortés le dijo que ya la había dado a Gonzalo de Sandoval, e que para él, que no le faltaría, el tiempo andando, otro oficio muy honroso, e que se fuese con Dios, y le encargó que

mirase por los vecinos e los honrase, y a los indios amigos no se les hiciese ningún agravio ni se les tomase cosa por fuerza, y que a dos herreros que en aquella villa quedaban y les había enviado a decir y mandar que luego hiciesen dos cadenas gruesas de hierro y anclas que sacaron de los navíos que dimos al través, que con brevedad las enviase, y que diese priesa en la fortaleza que se acabase de poner la madera e cubrilla de teja. Y como el Alonso de Grado llegó a la villa, mostró mucha gravedad con los vecinos, y quería hacerse servir dellos como gran señor, y con los pueblos questaban de paz, que fueron más de treinta, enviaba a les demandar joyas de oro, e indias hermosas, y en la fortaleza no se le daba nada para entender en ella. En lo que gastaba el tiempo era en bien comer y en jugar, y sobre todo esto, que fué peor que lo pasado, secretamente convocaba a sus amigos e a los que no lo eran para que si viniese aquella tierra Diego Velázquez, de Cuba, o cualquier su capitán, de dalle la tierra e hacerse con él. Todo lo cual muy en posta se lo hicieron saber por cartas a Cortés a México, y como lo supo hobo enojo consigo mismo por haber enviado al Grado, conociéndole sus malas entrañas e condición dañada. Y como tenía siempre en el pensamiento que Diego Velázquez, gobernador de Cuba, por una parte o por otra había de alcanzar a saber cómo habíamos enviado nuestros procuradores a Su Majestad, e que no le acudiríamos a cosa ninguna, e que por ventura enviaría armada y capitanes contra nosotros, paresció le que sería bien poner hombre de quien fiar el puerto e la villa, y envió a Gonzalo de Sandoval, que ya era alguacil mayor por muerte del Juan de Escalante, y llevó en su compañía a Pedro de Ircio, aquel de quien cuenta el coronista Gomara que iba a poblar a Pánuco. Y entonces el Pedro de Ircio fué a la villa y tomó tanta amistad Gonzalo de Sandoval con él, porquel Pedro de Ircio, como había sido criado en la casa del conde de Ureña y de don Pedro Girón, siempre contaba lo que les había acontescido, y como el Gonzalo de Sandoval era de buena voluntad y no nada malicioso, y le contaba aquellos cuentos que le complacían, tomó amistad con él, como dicho tengo, y siempre le hizo subir hasta ser capitán. Y si en este tiempo de agora fuera, algunas palabras que no eran de decir decía el Pedro de Ircio, en lugar de gracias, que se las reprehendía harto Gonzalo de Sandoval, le castigarían por ellas por el santo oficio. Dejemos de contar vidas ajenas, y volvamos a Gonzalo de Sandoval, que llegó a la Villa Rica y luego envió preso a México con indios que le guardasen al Alonso de Grado, porque ansí se lo mandó Cortés. Y todos los vecinos querían mucho al Gonzalo de Sandoval, porque a los que halló questaban dolientes él les proveía lo mejor que podía, y les mostraba mucho amor, y a los pueblos de paz tenía en mucha justicia y les favorescía en todo lo que podía, y en la fortaleza comenzó a enmaderar e tejer, y hacía todas las cosas como convienen hacer; todo lo que los buenos capitanes son obligados a hacer, y fué harto provechoso a Cortés y a todos nosotros, como adelante verán en su tiempo o sazón. Dejemos a Sandoval en la Villa Rica y volvamos al Alonso de Grado, que llegó preso a México y quería ir a hablar a Cortés, y no le consintió que paresciese delante dél, antes le mandó echar preso en un cepo de madera, que entonces hicieron nuevamente. Acuérdome que olía la madera de aquel cepo como a sabor de ajos o cebollas. Y estuvo preso dos días, e como el Alonso

de Grado era muy plático y hombre de muchos medios, hizo grandes ofrecimientos a Cortés que le sería muy servidor y en todo le sería leal, y tantas muestras de deseal'le servir le hizo, que le convenció y luego le soltó, y aun desde allí adelante vi que siempre privaba con Cortés, mas no para que le diese cargos de cosas de guerra, sino conforme a su condición, y aun el tiempo andando le dió la contaduría que solía tener Alonso de Avila, porque en aquel tiempo envió al mismo Alonso de Avila **a** la isla de Santo Domingo por procurador, según adelante diré en su coyuntura. No quiero dejar de traer aquí a la memoria cómo cuando Cortés envió a Gonzalo de Sandoval a la Villa Rica por teniente y capitán y alguacil mayor, le mandó que así como llegase le enviase dos herreros con todos sus aparejos de fuelles y herramientas y mucho hierro de lo de los navíos que dimos al través, y las dos cadenas grandes de hierro que estaban ya hechas, y que enviase velas y jarcias, y pez y estopa, y una aguja de marear, y todo otro cualquier aparejo para hacer dos bergantines para andar en la laguna de México; lo cual luego se lo envió el Sandoval muy cumplidamente según y de la manera que lo mandó.

CAPITULO XCVII

Cómo estando el gran Montezuma preso, siempre Cortés y todos nuestros soldados le festejamos y regocijamos, y aun se le dió licencia para ir a caza, e fué esta licencia para ver su intención.

Como nuestro capitán en todo era muy diligente y vido quel Montezuma estaba preso, y por temor no se congojase con estar encerrado y detenido, procuraba cada día, después de haber rezado (que entonces no teníamos vino para decir misa), de irle a tener palacio, e iban con él cuatro capitanes, especialmente Pedro de Alvarado, y Juan Velázquez de León, y Diego de Ordaz, y preguntaban al Montezuma con mucho acato que qué tal estaba, y que mirase lo que manda, que todo se haría, y que no tuviese congoja de su prisión. Y él respondía que antes se holgaba destar preso, y esto porque nuestros dioses nos daban poder para ello, o su Vichilobos lo permitía, y de plática en plática le dieron a entender más por extenso las cosas de nuestra santa fe y el gran poder del emperador nuestro señor; y aun algunas veces jugaba el Montezuma con Cortés al totoloque, ques un juego que ellos ansí le llaman, con unos bodoquillos chicos muy lisos que tenían hechos de oro para aquel juego, y tiraban con los bodoquillos algo lejos, y unos tejuelos que también eran de oro, e a cinco rayas ganaban o perdían ciertas piezas e joyas ricas que ponían. Acuérdome que tanteaba a Cortés Pedro de Alvarado e al gran Montezuma un sobrino suyo, gran señor, y el Pedro de Alvarado siempre tanteaba una raya de más de las que había Cortés, y el Montezuma, como lo vió, decía, con gracia y risa, que no quería que le tantease a Cortés el Tonatio, que ansí llamaban al Pedro de Alvarado, porque hacía mucho yxoxol en lo que tanteaba, que quiere decir en su lengua que mentía,

que echaba siempre una raya de más. Y Cortés y todos nosotros los soldados que en aquella sazón hacíamos guarda no podíamos estar de risa por lo que dijo el gran Montezuma. Dirán agora que por qué nos reímos de aquella palabra. Es porque el Pedro de Alvarado, puesto que era de gentil cuerpo e buena manera, era vicioso en el hablar demasiado, y como le conocimos su condición, por esto nos reímos tanto. E volvamos al juego. Y si ganaba Cortés, daba las joyas aquellos sus sobrinos y privados del Montezuma que le servían, y si ganaba Montezuma, nos lo repartía a los soldados que le hacíamos guarda, y aun no por lo que nos daba del juego dejaba cada día de darnos presentes de oro y ropa, ¡ansí a nosotros como al capitán de la guarda, que entonces era Juan Velázquez de León, y en todo se mostraba ser amigo e servidor de Montezuma. Y también me acuerdo que era de la vela un soldado muy alto de cuerpo, y bien dispuesto y de muy grandes fuerzas, que se decía Fulano de Trujillo, y era hombre de la mar, y cuando le cabía el cuarto de noche de la vela era tan mal mirado, que, hablando aquí con acato de los señores leyentes, hacía cosas deshonestas, que lo oyó el Montezuma, e como era un rey destas tierras tan valeroso, túvolo a mala crianza y desacato que en parte quél lo oyese se hiciese tal cosa y sin miramiento de su persona; y preguntó a su paje Orteguilla que quién era aquel malcriado e sucio; y dijo que era hombre que solía andar en la mar y que no sabe de pulicía e buena crianza, y también le dió a entender de la calidad de cada uno de los soldados que allí estábamos, cuál era caballero e cuál no, y le decía a la contina muchas cosas quél Montezuma deseaba saber. Volvamos a nuestro soldado Trujillo. Que desque fué de día, Montezuma lo mandó llamar y le dijo que por qué era de aquella condición que, sin tener miramiento a su persona, no tenía aquel acato debido; que le rogaba que otra vez no lo hiciese, y mandóle dar una joya de oro que pesaba cinco pesos. Y el Trujillo no se le dió nada por lo que le dijo, y otra noche lo hizo adrede creyendo que le daría otra cosa, y el Montezuma lo hizo saber a Juan Velázquez, capitán de la guarda; y mandó luego el capitán quitar al Trujillo que no velase más y con palabras ásperas lo reprehendieron. También acaesció que otro soldado que se decía Pero López, gran ballestero, y era hombre que no se le entendía mucho, y era bien dispuesto y velaba al Montezuma, y sobre si era hora de tomar el cuarto o no, de noche tuvo palabras con un cuadrillero, y dijo: "¡Oh pesia tal con este perro, que por velalle a la contina estoy muy malo del estómago, para me morir!" Y el Montezuma oyó aquella palabra, y pesóle en el alma. Y cuando vino Cortés a tenelle palacio, lo alcanzó a saber, y tomó tanto enojo dello, que al Pero López, con ser muy buen soldado, le mandó azotar dentro en nuestros aposentos, y desde allí adelante todos los soldados a quien cabía la vela con mucho silencio y crianza estaban velando, puesto que no había menester mandallo a muchos de nosotros que le velábamos sobre este buen comedimiento que con aqueste gran cacique habíamos de tener, y él bien conoscía a todos, y sabía nuestros hombres y aun calidades, y era tan bueno, que a todos nos daba joyas, a otros mantas e indias hermosas. Como en aquel tiempo yo era mancebo, y siempre questaba en su guarda o pasaba delante dél con muy gran acato le quitaba mi bonete de armas, y aun le había dicho el paje Ortega que vine dos veces a descu-

brir esta Nueva España primero que Cortés, y yo le había hablado al Orteguilla que le quería demandar a Montezuma que me hiciese merced de una india muy hermosa, y como lo supo el Montezuma me mandó llamar e me dijo: "Bernal Díaz del Castillo, hánme dicho que tenéis motolinea de ropa y oro, y os mandaré dar hoy una buena moza; tratalda muy bien, ques hija de hombre principal; y también os darán oro y mantas". Yo le respondí, con mucho acato, que le besaba las manos por tan gran merced, y que Dios Nuestro Señor le prosperase. Y paresce ser preguntó al paje que qué había respondido, y le declaró la respuesta; y diz que le dijo el Montezuma: "De noble condición me parece Bernal Díaz"; porque a todos nos sabía los nombres como dicho tengo. E me mandó dar tres tejuelos de oro e dos cargas de mantas. Dejemos hablar desto y digamos cómo por la mañana desque hacía sus oraciones y sacrificios a los ídolos, o almorzaba poca cosa, e no era carne, sino aji, estaba empachado una hora en oír pleitos de muchas partes de caciques que a él venían de lejos tierras. Ya he dicho otra vez, en el capítulo que dello habla, de la manera que entraban a negociar y el acato que le tenían, y cómo siempre estaban en su compañía en aquel tiempo para despachar negocios veinte hombres ancianos, que eran sus jueces, y porque está ya memorado no lo tornaré a recitar. Y entonces alcanzamos a saber que las muchas mujeres que tenía por amigas casaba dellas con sus capitanes o personas principales muy privados, y aun dellas dió a nuestros soldados, y la que me dió a mí era una señora dellas, e bien se pareció en ella, que se dijo doña Francisca; y ansí se pasaba la vida, unas veces riendo, y otras veces pensando en su prisión. Quiero aquí decir, puesto que no vaya a propósito de nuestra relación, porque me lo han preguntado algunas personas curiosas, que porque solamente el soldado por mí nombrado llamó perro al Montezuma, aun no en su presencia, le mandó Cortés azotar, siendo tan pocos soldados como éramos y que los indios tuviesen noticia dello. A esto digo que en aquel tiempo todos nosotros, y aun el mismo Cortés, cuando pasábamos delante del gran Montezuma le hacíamos reverencia con los bonetes de armas, que siempre traíamos quitados, y él era tan bueno y tan bien mirado, que a todos nos hacía mucha honra; que demás de ser rey desta Nueva España, su persona y condición lo merecía, y demás de todo esto, si bien se considera la cosa en questaban nuestras vidas sino solamente mandar a sus vasallos le sacasen de la prisión y darnos luego guerra que en ver su presencia y real franqueza, e cómo víamos que tenía a la contina consigo muchos señores que le acompañaban y venían de lejos tierras otros muchos más señores, y del gran palacio que le hacían, y al gran número de gente que a la contina daba de comer y beber, ni más ni menos que cuando estaba sin prisión; y todo esto considerado, Cortés hobo mucho enojo desque lo supo que tal palabra le dijese, y como estaba airado dello, de repente le mandó castigar como dicho tengo, y fué bien empleado en él. Pasemos adelante y digamos que en aquel instante llegaron de la Villa Rica indios cargados con las dos cadenas de hierro gruesas que Cortés había mandado hacer a los herreros; también trujeron todas las cosas pertenescientes para los bergantines, como dicho tengo, y ansí como fué traído, se lo hizo saber al gran Montezuma. Y dejallo he aquí, y diré lo que sobrello pasó.

CAPITULO XCVIII

Cómo Cortés mandó hacer dos bergantines de mucho sostén e veleros para andar en la laguna, y cómo el gran Montezuma dijo a Cortés que le diese licencia para ir a hacer oración a sus templos, y lo que Cortés le dijo, y cómo le dió la licencia.

Pues como hobo llegado todo el aparejo para hacer los bergantines, luego Cortés se lo fué a hacer saber al gran Montezuma que quería hacer dos navíos chicos para se andar holgando en la laguna; que mandase a sus carpinteros que fuesen a cortar la madera, y que irían con nuestros maestros de hacer navíos, que se decían Martín López y un Andrés Núñez. Y como la madera de roble estaba obra de cuatro leguas de allí, de presto fué traída y dado el galico della. Y como había muchos carpinteros de los indios, fueron de presto hechos y calafateados y breados y puesto sus jarcias y velas a su tamaño y medida y una tolda a cada uno, y salieron tan buenos y veleros como si estuvieran un mes en tomar los galicos, porque el Martín López era muy extremado maestro, y éste fué el que hizo los trece bergantines para ayudar a ganar México, como adelante diré, y fué un buen soldado para la guerra. Dejemos aparte esto, y diré cómo el Montezuma dijo a Cortés que quería salir e ir a sus templos a hacer sacrificios y cumplir sus devociones para lo que a sus dioses era obligado, como para que conozcan sus capitanes y principales, especial ciertos sobrinos suyos que cada día le vienen a decir le quieren soltar y darnos guerra, y quel les da por respuesta quél se huelga destar con nosotros por que crean ques como se lo ha dicho, e que así se lo ha mandado su dios Vichilobos, como ya otra vez se lo ha hecho creer. Y cuanto a la licencia que le demandaba, Cortés le dijo que mirase que no hiciese cosa con que perdiese la vida, y que para ver si había algún descomedimiento o mandaba a sus capitanes o papas que le soltasen o nos diesen guerra, que para aquel efeto enviaba capitanes e soldados para que luego le matasen a estocadas en sintiendo alguna novedad de su persona, e que vaya mucho en buena hora, y que no sacrificase ningunas personas, que era gran pecado contra nuestro Dios verdadero, ques el que le hemos pedricado, y que allí estaban nuestros altares y la imagen de Nuestra Señora ante quien podría hacer oración. Y el Montezuma dijo que no sacrificaría ánima ninguna; y fué en sus ricas andas muy acompañado de grandes caciques, con gran pompa, como solía, y llevaba delante sus insinias, que era como vara o bastón, que era la señal que iba allí su persona real, como hacen a los visorreyes dasta Nueva España. Y con él iban para guardalle cuatro de nuestros capitanes, que se decían Juan Velázquez de León, y Pedro de Alvarado, y Alonso de Avila, y Francisco de Lugo, con ciento y cincuenta soldados, y también iba con nosotros el padre de la Merced para le retraer el sacrificio, si le hiciese, de hombres. E yendo como íbamos al cu del Vichilobos, ya que llegábamos cerca del maldito templo, mandó que le sacasen de las andas, y fué arrimado a hombros de sus sobrinos y de otros caciques hasta que llegó al templo. Ya he dicho otras veces que por las calles por donde iba su persona todos los principales habían de llevar los ojos puestos en el suelo, y no le

miraban a la cara. Y llegado a las gradas de lo alto del adoratorio, estaban muchos papas aguardándole para le ayudar a subir de los brazos, e ya le tenían sacrificado de la noche antes cuatro indios, y por más que nuestro capitán le decía y se lo retraía el fraile de la Merced, no aprovechaba cosa ninguna, sino que había de matar hombres y muchachos para hacer su sacrificio, y no podíamos en aquella sazón hacer otra cosa sino disimular con él, porque estaba muy revuelto México y otras grandes ciudades con los sobrinos del Montezuma, como adelante diré. Y desque hobo hecho sus sacrificios, porque no tardó mucho en hacellos, nos volvimos con él a nuestros aposentos ,y estaba muy alegre; y a los soldados que con él fuimos luego nos hizo merced de joyas de oro. Dejémoslo aquí y diré lo que más pasó.

CAPITULO XCIX

Cómo echamos los dos bergantines al agua y cómo el gran Montezuma dijo que quería ir a caza y fué en los bergantines hasta un peñol donde había muchos venados y caza, que no entraba a cazar en él persona ninguna, con grave pena.

Desque los dos bergantines fueron acabados de hacer y echados al agua y puestos y aderezados todas sus jarcias y másteles, con sus banderas reales y imperiales, y epercibidos hombres de la mar para los marear, fueron en ellos al remo y a vela, y eran muy buenos veleros. Y como Montezuma lo supo, dijo a Cortés que quería ir a caza en la laguna a un peñol questaba acotado, que no osaban entrar en él a montear, por muy principal que fuese, so pena de muerte. Y Cortés le dijo que fuesen mucho en buen hora, y que mirase lo que de antes le había dicho cuando fué a sus ídolos, que no era más su vida de revolver alguna cosa; y que en aquellos bergantines iría, que era mejor navegación ir en ellos que en sus canoas y piraguas, por grandes que sean. Y el Montezuma se holgó de ir en el bergantín más velero, y metió consigo muchos señores y principales, y en el otro bergantín fué lleno de caciques y un hijo del Montezuma, y apercibió sus monteros que fuesen en canoas y piraguas. Cortés mandó a Juan Velázquez de León, que era capitán de la guarda, y a Pedro de Alvarado y a Cristóbal de Olí fuesen con él, y Alonso de Avila, con doscientos soldados, que llevasen gran advertencia del cargo que les daba y mirasen por el gran Montezuma. Y como todos estos capitanes que he nombrado eran de sangre en el ojo, metieron todos los soldados que he dicho y cuatro tiros de bronce con toda la pólvora que había, con nuestros artilleros, que se decían Mesa y Arvenga, y se hizo un toldo muy emparamentado, según el tiempo, y allí entró Montezuma con sus principales. Y como en aquella sazón hizo el viento muy fresco y los marineros se holgaban de contentar y agradar al Montezuma, mareaban las velas de arte que iban volando, y las canoas en que iban sus monteros y principales quedábanse atrás por muchos remeros que llevaban. Holgábase el Montezuma y decía que era gran maestría lo de las velas y remos todo junto.

Y llegó al peñol, que no era muy lejos, y mató toda la caza que quiso de venados y liebres y conejos, y volvió muy contento a la ciudad. Y cuando llegábamos cerca de México mandó Pedro de Alvarado y Juan Velázquez de León y los demás capitanes que disparasen el artillería, de que se holgó mucho Montezuma, que, como le víamos tan franco y bueno, le teníamos en el acato que se tienen los reyes destas partes, y él nos hacía lo mismo. Y si hobiese de contar las cosas y condición quél tenía de gran señor y el acato y servicio que todos los señores de la Nueva España y de otras provincias le hacían, es para nunca acabar, porque cosa ninguna que mandaba que le trujesen, y aunque fuese volando, que luego no le era traído. Y esto dígolo porque un día estábamos tres de nuestros capitanes y ciertos soldados con el gran Montezuma, y acaso abatióse un gavilán en unas salas como corredores por una codorniz, que cerca de las casas y palacios donde estaba preso el Montezuma estaban unas palomas y codornices mansas, porque por grandeza las tenía allí para criar el indio mayordomo que tenía cargo de barrer los aposentos, y como el gavilán se abatió y llevó presa, viéronlo nuestros capitanes, y dijo uno dellos, que se decía Francisco de Saucedo: "el Polído", que fué maestresala del almirante de Castilla: "¡Oh qué lindo gavilán y qué presa hizo y tan buen vuelo tiende!"; y respondimos los demás soldados que era muy bueno y que había en estas tierras muchas buenas aves de caza de volatería. Y el Montezuma estuvo mirando en lo que hablábamos, y preguntó a su paje Orteguilla sobre la plática; y le respondió que decíamos aquellos capitanes quel gavilán que entró a cazar era muy bueno, e que si tuviésemos otros como aquél, que le mostrarían a venir a la mano, y que en el campo le echarían a cualquiera ave, aunque fuese algo grande, y la mataría. Entonces el Montezuma dijo: "Pues yo mandaré agora que tomen aquel mesmo gavilán, y veremos si le amansan y cazan con él". Todos nosotros los que allí nos hallamos le quitamos las gorras de armas por la merced. Y luego mandó llamar sus cazadores de volatería, y les dijo que le trujesen el mesmo gavilán, y tal maña se dieron en le tomar, que a horas del Ave María vienen con el mismo gavilán, é le dieron a Francisco de Saucedo; y le mostró al señuelo. Y porque luego se nos ofrescieron otras cosas en que iban más que la caza, se dejará aquí de hablar en ello. Y helo dicho porque era tan gran príncipe, que no solamente le traían tributos de todas las más partes de la Nueva España y señoreaba tantas tierras y en todas bien obedecido, que aun estando preso sus vasallos temblaban dél que hasta las aves que vuelan por el aire hacía tomar. Dejemos esto aparte y digamos cómo la adversa fortuna vuelve de cuando en cuando su rueda. En aqueste tiempo tenían convocado entre los sobrinos y deudos del gran Montezuma a otros muchos caciques y a toda la tierra para darnos guerra y soltar al Montezuma y alzarse algunos dellos por reyes de México, lo cual diré adelante.

CAPITULO C

Cómo los sobrinos del gran Montezuma andaban convocando e atrayendo a sí las voluntades de otros señores para venir a México y sacar de la prisión al gran Montezuma y echarnos de la ciudad y matarnos.

Desque el Cacamatzín, señor de la ciudad de Tezcuco, ques, después de México, la mayor y más principal ciudad que hay en la Nueva España, entendió que hacía muchos días questaba preso su tío Montezuma e que en todo lo que nosotros podíamos nos íbamos señoreando, y aun alcanzó a saber que habíamos abierto la casa adonde estaba el gran tesoro de su abuelo Axayaca, y que no habíamos tomado cosa ninguna dello, e antes que lo tomásemos, acordó de convocar a todos los señores de Tezcuco, sus vasallos, e al señor de Cuyuacán, que era su primo y sobrino del Montezuma, e al señor de Tacuba, e al señor de Iztapalapa, e a otro cacique muy grande, señor de Matalcingo, que eran parientes muy cercanos del Montezuma, y aun decían que le venía de derecho el reino y señorío de México, y este cacique era muy valiente por su persona entre los indios. Pues andando concertando con ellos e con otros señores mexicanos que para en tal día viniesen con todos sus poderes y nos diesen guerra, paresce ser que al cacique que he dicho que era valiente por su persona, que no le sé el nombre, dijo que si le daban a él el señorío de México pues le venía de derecho, quél con toda su parentela y de una provincia que se dice Matalcingo serían los primeros que vernían con sus armas a nos echar de México, e no quedaría ninguno de nosotros a vida. Y el Cacamatzín, según paresció, respondió que a él le venía el cacicazgo y él había de ser rey, pues era sobrino del Montezuma, e que si no quería venir, que sin él y su gente haría guerra; por manera que ya tenía el Cacamatzín apercebidos los pueblos e señores por mí nombrados, y tenía ya concertado que para tal día viniese sobre México e con los señores que dentro estaban de su parte les darían lugar a la entrada. E andando en estos tratos, lo supo muy bien el Montezuma por la parte de su gran deudo que no quiso conceder en lo que Cacamatzín quería, y para mejor lo saber envió Montezuma a llamar todos sus caciques y principales de aquella ciudad, y le dijeron cómo el Cacamatzín los andaba convocando todos con palabras o dádivas para que le ayudasen a darnos guerra y soltar al tío. Y como el Montezuma era cuerdo y no quería ver su ciudad puesta en armas ni alborotos, se lo dijo a Cortés según y de la manera que pasaba; el cual alboroto muy bien sabía nuestro capitán y todos nosotros, mas no tan por entero como se lo dijo. Y el consejo que sobrello se tomó era que nos diese de su gente mexicana, e iríamos sobre Tezcuco, y que le prenderíamos o destruiríamos aquella ciudad e sus comarcas; e al Montezuma no le cuadró este consejo. Por manera que Cortés le envió a decir al Cacamatzín que se quitase de andar revolviendo guerra, que será causa de su perdición, y que le quiere tener por amigo, y que en todo lo que hobiere menester de su persona lo hará por él, e otros muchos cumplimientos. Y como el Cacamatzín era mancebo y halló otros muchos de su parescer que le acudirían en la guerra,

envió a decir a Cortés que ya había entendido sus palabras de halagos, que no las quería más oir sino cuando le viese venir, que entonces le hablaría lo que quisiese. Tornó otra vez Cortés a le enviar a decir que mirase que no hiciese deservicio a nuestro rey y señor, que lo pagaría en su persona y le quitaría la vida por ello. Y respondió que ni conocía a rey ni siquiera haber conocido a Cortés, que con palabras blandas prendió a su tío. Desque envió aquella respuesta, nuestro capitán rogó al Montezuma, pues era tan gran señor y dentro en Tezcuco tenía grandes caciques y parientes por capitanes, y no estaban bien con el Cacamatzín, por ser muy soberbio y malquisto, y pues allí en México con el Montezuma estaba un hermano del mismo Cacamatzín, mancebo de buena disposición, questaba huído del propio hermano por que no le matase, que después del Cacamatzín heredaba el reino de Tezcuco, que tuviese manera y concierto con todos los de Tezcuco que prendiesen al Cacamatzín, o que secretamente le enviase a llamar, y que sí viniese que le echasen mano y le tuviesen en su poder hasta que estuviese más sosegado, y que pues que aquel su sobrino estaba en su casa y le sirve, que le alce luego por señor y le quite el señorío al Cacamatzín, questá en su deservicio y anda revolviendo todas las ciudades y caciques de la tierra por señorear su ciudad e reino. Y el Montezuma dijo que le enviaría luego a llamar; más que sentía dél que no querría venir, y que si no viniese que se ternía concierto con sus capitanes y parientes que le prendan. Y Cortés le dió muchas gracias por ello, y aun le dijo: "Señor Montezuma: bien podéis creer que si os queréis ir a vuestros palacios, que en vuestra mano está, que desde que tengo entendido que me tenéis buena voluntad yo os quiero tanto, que no fuera yo de tal condición que luego no os fuera acompañando para que os fuérades con toda vuestra caballería a vuestros palacios, y si lo he dejado de hacer es por estos mis capitanes que os fueron a prender, porque no quieren que os suelte; e porque Vuestra Majestad dice que quiere estar preso por excusar las revueltas que vuestros sobrinos traen por haber en su poder esta vuestra ciudad e quitaros el mando. Y el Montezuma dijo que se lo tenía en merced, y como iba entendiendo las palabras halagüeñas de Cortés e vía que lo decía no para soltalle, sino para probar su voluntad, y también Orteguilla, su paje, se lo había dicho al Montezuma, que nuestros capitanes eran los que le aconsejaron que le prendiesen e que no creyese a Cortés, y que sin ellos no le soltaría, dijo el Montezuma que muy bien estaba preso, y que hasta ver en qué paraban los tratos de sus sobrinos, y que luego enviaría mensajeros a Cacamatzín rogándole que viniese antél, que le quería hablar en amistades entre él y nosotros. Y le envió a decir que de su prisión que no tenga él cuidado, que si se quisiese soltar que muchos tiempos ha tenido para ello, y que Malinche le ha dicho dos veces que se vaya a sus palacios, y que él no quiere, por cumplir el mando de sus dioses, que le han dicho que esté preso, y que si no lo está que luego será muerto; y questo que lo sabe muchos días ha de los papas questán en servicio de los ídolos, y que a esta causa será bien que tenga amistad con Malinche y sus hermanos. Y estas mismas palabras envió el Montezuma a decir a los capitanes de Tezcuco cómo enviaba a llamar a su sobrino para hacer las amistades, y que mirasen no les trastornase su seso aquel mancebo para tomar armas contra nosotros. Y dejemos esta plática, que muy bien la

entendió el Cacamatzín, y sus principales entraron en consejo sobre lo que harían, y el Cacamatzín comenzó a bravear, y que nos había de matar dentro de cuatro días, e que el tío era una gallina, y que por no darnos guerra cuando se lo aconsejaban, al bajar la sierra de Chalco, cuando tuvo allí buen aparejo con sus guarniciones y que nos metió él por su persona en su ciudad, como si tuviera conoscido que íbamos para hacelle algún bien, e que cuanto oro le han traído de sus tributos nos daba, y que le habíamos escalado y abierto la casa donde está el tesoro de su abuelo Axayaca, y que sobre todo esto le teníamos preso, y que ya le andábamos diciendo que quitasen los ídolos del gran Huichilobos, e queríamos poner los nuestros, e que porque esto no viniese a más mal, y para castigar tales cosas e injurias, que les rogaba que le ayudasen, pues todo lo que les ha dicho han visto por sus ojos, y cómo quemamos los capitanes del mismo Montezuma, que ya no se puede compadecer otra cosa sino que todos juntos a una nos diesen guerra. Y allí les prometió el Cacamatzín que si quedaba con el señorío de México que les había de hacer grandes señores, y también les dió muchas joyas de oro y les dijo que ya tenía concertado con sus primos los señores de Cuyuacán y de Iztapalapa y el de Tacuba y otros deudos que le ayudarían, e que en México tenía de su parte otras personas principales que le darían entrada y ayuda a cualquiera hora que quisiese, y que unos por las calzadas y todos los más en sus piraguas y canoas chicas por la laguna podrían entrar sin tener contrarios que se lo defendiesen, pues su tío estaba preso, y que no tuviesen miedo de nosotros, pues saben que pocos días había pasado que en lo de Almería sus capitanes del mismo su tío habían muerto muchos teules e un caballo, lo cual bien vieron la cabeza del un teul e el cuerpo del caballo, e que en una hora nos despacharían e con nuestros cuerpos ternían buenas fiestas y hartazgos. Y desque hobo hecho aquel razonamiento, dicen que se miraban unos capitanes a otros para que hablasen los que solían hablar primero en cosas de guerra, e que cuatro o cinco de aquellos capitanes le dijeron que cómo habían de ir sin licencia de su gran señor Montezuma y dar guerra en su propia casa y ciudad, y que se lo envíen primero a hacer saber, e que si es consentidor, que irán con él de muy buena voluntad, e que de otra manera que no le quieren ser traidores. Y paresció ser quel Cacamatzín se enojó con los capitanes que le dieron aquella respuesta, y mandó echar presos tres dellos, y como había allí en el consejo e junta que tenían otros sus deudos y ganosos de bullicios, dijeron que le ayudarían hasta morir. E acordó de enviar a decir a su tío el gran Montezuma que había de tener empacho envialle a decir que venga a tener amistad con quien tanto mal y deshonra le ha hecho teniéndole preso; e que no es posible sino que nosotros éramos hechiceros y con hechizos le teníamos quitado su gran corazón y fuerza, o que nuestros dioses y la gran mujer de Castilla que les dijimos que era nuestra abogada nos da aquel gran poder para hacer lo que hacíamos. E en esto que dijo a la postre no lo erraba, que ciertamente la gran misericordia de Dios y su bendita Madre Nuestra Señora nos ayudaba Y volvamos a nuestra plática, que en lo que resumió fué enviar a decir quel vernía, a pesar nuestro e de su tío, a nos hablar y matar. Y cuando el gran Montezuma oyó aquella respuesta tan desvergonzada, rescibió mucho enojo,

y luego en aquella hora envió a llamar seis de sus capitanes de mucha cuenta y les dió su sello y aun les dió ciertas joyas de oro y les mandó que luego fuesen a Tezcuco y que mostrasen secretamente aquel su sello a ciertos capitanes y parientes questaban muy mal con el Cacamatzín, por ser muy soberbio, y que tuviesen tal orden y manera que a él y a los que eran en su consejo los prendiesen y que luego se los trujeron delante. Y como fueron aquellos capitanes y en Tezcuco entendieron lo quel Montezuma mandaba, e el Cacamatzín era malquisto, en sus propios palacios le prendieron, questaba platicando con aquellos sus confederados en cosas de la guerra. Y también trajeron otros cinco presos con él. E como aquella ciudad está poblada junto a la gran laguna, aderezan una gran piragua con sus toldos y le meten en ella con los demás, y con gran copia de remeros los traen a México. Y desque hobo desembarcado le meten en sus ricas andas como rey que era, y con gran acato le llevan ante Montezuma, y paresce ser estuvo hablando con el tío y desvergonzóse más de lo que antes estaba, y supo Montezuma de los conciertos en que andaba, que era alzarse por señor de México, lo cual alcanzó a saber más por entero de los demás prisioneros que le trujeron, y si enojado estaba de antes del sobrino, muy más lo estuvo entonces. Y luego se lo envió a nuestro capitán para que le echase preso, y a los demás prisioneros mandó soltar. E luego Cortés fué a los palacios e al aposento del Montezuma y le dió las gracias por tamaña merced, y se dió orden que se alzase por rey de Tezcuco al mancebo questaba en compañía del gran Montezuma, que también era su sobrino, hermano del Cacamatzín, que ya he dicho que por su temor estaba allí retraído al favor del tío por que no le matase, que era también heredero muy propinco del reino de Tezcuco. Y para lo hacer solenemente y con acuerdo de toda la ciudad mandó el Montezuma que viniesen antél los más principales de toda aquella provincia, y después de muy bien platicada la cosa le alzaron por rey y señor de aquella gran ciudad, y se llamó don Carlos. Ya todo esto hecho, como los caciques y reyezuelos, sobrinos del gran Montezuma, que eran el señor de Cuyuacán, e el señor de Iztapalapa, y el de Tacuba, vieron y oyeron la prisión del Cacamatzín y supieron que el gran Montezuma había sabido que ellos entraban en la conjuración para quitalle su reino y dárselo a Cacamatzín, temieron y no le venían a hacer palacio como solían. Y con acuerdo de Cortés, que le convocó e atrajo al Montezuma para que los mandase prender, en ocho días todos estuvieron presos en la cadena gorda, que no poco se holgó nuestro capitán y todos nosotros. Miren los curiosos letores, cuál andaban nuestras vidas tratando de nos matar cada día y comer nuestras carnes, si la gran misericordia de Dios, que siempre era con nosotros y nos acorría, e aquel buen Montezuma a todas nuestras cosas daba buen corte. E miren qué gran señor era questando preso ansí era tan obedescido. Pues ya todo apaciguado e aquellos señores presos, siempre nuestro Cortés con otros capitanes e el fraile de la Merced estaban teniéndole palacio, e en todo lo que podían le daban mucho placer y burlaban, no de manera de desacato, que digo que no se sentaba Cortés ni ningún capitán hasta que Montezuma les mandaba traer sus asentaderos ricos y les mandaba asentar, y en esto era tan bien mirado, que todos le queríamos con gran amor, porque verdaderamente era

gran señor en todas las cosas que le víamos hacer. Y volviendo a nuestra plática, unas veces le daban a entender las cosas tocantes a nuestra santa fe, y se lo decía el fraile con el paje Orteguilla, que parescía que le entraban ya algunas buenas razones en el corazón, pues las escuchaba con atención mejor que al principio. También le daban a entender el gran poder del emperador nuestro señor, y cómo le dan vasallaje muchos grandes señores que le obedecían, y de lejos tierras, y le decían otras muchas cosas que él se holgaba de las oír, y otras veces jugaba Cortés con él al totoliques, como he dicho otra vez, y desta manera siempre le teníamos palacio. Y él, como no era nada escaso, nos daba cada día cual joyas de oro o mantas. Y dejaré de hablar en ello y pasaré adelante.

CAPITULO CI

Cómo el gran Montezuma, con muchos caciques y principales de la comarca, dieron la obidiencia a Su Majestad, y de otras cosas que sobrello pasó.

Como el capitán Cortés vió que ya estaban presos aquellos reyecillos por mí memorados y todas las ciudades pacíficas, dijo a Montezuma que dos veces le había enviado a decir antes que entrásemos en México que quería dar tributo a Su Majestad, y que pues ya había entendido el gran poder de nuestro rey e señor, e que de muchas tierras le dan parias e tributos y le son sujetos muy grandes reyes, que será bien quél y todos sus vasallos le den la obidiencia, porque ansi se tiene por costumbre que primero se da la obidiencia que dan las parias o tributos. Y el Montezuma dijo que juntaría sus vasallos e hablaría sobrello, y en diez días se juntaron todos los más caciques de aquella comarca, y no vino el cacique pariente muy cercano del Montezuma, que ya hemos dicho que decían que era muy esforzado, y en la presencia y cuerpo y miembros y en el semblante bien lo parescía. Era algo atronado, e en aquella sazón estaba en un pueblo suyo que se decía Tula, y a este cacique, según decían, le venía el reino de México después del Montezuma. Y como le llamaron, envió a decir que no quería venir ni dar tributo, que aun con lo que tiene de sus provincias no se puede sustentar; de la cual respuesta hobo enojo el Montezuma, y luego envió ciertos capitanes para que le prendiesen, e como era gran señor y muy emparentado, tuvo aviso dello y metióse en su provincia, donde no le pudo haber por entonces. Y dejallo he aquí y diré que en la plática que tuvo el Montezuma con todos los caciques de toda la tierra que había mandado llamar, que después que les había hecho un parlamento, sin estar Cortés ni ninguno de nosotros delante, salvo Orteguilla el paje, dicen que les dijo que mirasen que de muchos años pasados sabían por muy cierto, por lo que sus antepasados les han dicho, e ansí lo tienen señalado en sus libros de cosas de memorias, que de donde sale el sol habían de venir gentes que habían de señorear estas tierras, y que se había de acabar en aquella sazón el señorío y reino de los mexicanos, e quél tiene entendido, por lo que sus dioses le han dicho, que somos nosotros,

e que se lo han preguntado a su Huichilobos los papas que lo declaren, y sobre ello les hacen sacrificios, y no quieren respondelles como suelen, y lo que más les da a entender el Huichilobos es que lo que les ha dicho otras veces aquello da agora por respuesta, e que no le pregunten más, e que ansí bien dan a entender que demos la obidiencia al rey de Castilla, cuyos vasallos dicen estos teules que son, y porque al presente no va nada en ello, y el tiempo andando veremos si tenemos otra mejor respuesta de nuestros dioses, y como viéremos el tiempo, ansi haremos. "Lo que yo os mando y ruego que todos de buena voluntad, al presente, se lo demos e contribuyamos con alguna señal de vasallaje, que presto os diré lo que más nos convenga, y porque agora soy importunado a ello por Malinche, ninguno lo rehuse, e mira que en diez y ocho años ha que soy vuestro señor siempre me habéis sido muy leales, e yo os he enriquecido e ensanchado vuestras tierras, e os he dado mandos e haciendas, e si agora al presente nuestros dioses permiten que yo esté aquí detenido, no lo estuviera sino que ya os he dicho muchas veces que mi gran Vichilobos me lo ha mandado". E desque oyeron este razonamiento, todos dieron por respuesta que harían lo que mandase, y con muchas lágrimas y sospiros, y el Montezuma muchas mas. E luego envió a decir con un principal que para otro día darían la obidiencia y vasallaje a Su Majestad, que fueron en [1] días del mes de [2] de mill e quinientos y diez y nueve años. Después Montezuma volvió a hablar con sus caciques sobre el caso estando Cortés delante e nuestros capitanes y muchos soldados y Pero Hernández, secretario de Cortés. dieron la obidiencia a Su Majestad, y con mucha tristeza que mostraron, y el Montezuma no pudo sostener las lágrimas. E queríamoslo tanto e de buenas entrañas, que a nosotros de velle llorar se nos enternecieron los ojos, y soldado hobo que lloraba tanto como Montezuma; tanto era el amor que le teníamos. Y dejallo he aquí, y diré que siempre Cortés y el fraile de la Merced, que era bien entendido, estaban en los palacios del Montezuma por alegralle, atrayéndole para que deje sus ídolos, y pasaré adelante.

CAPITULO CII

Cómo nuestro Cortés procuró de saber de las minas del oro y de qué calidad eran, y ansimismo en qué ríos estaban, y qué puertos para navíos había desde lo de Pánuco hasta lo de Tabasco, especialmente el río grande de Guazaqualco, y lo que sobrello pasó.

Estando Cortés e otros capitanes con el gran Montezuma teniéndole palacio, entre otras pláticas que le decía con nuestras lenguas doña Marina y Jerónimo de Aguilar e Orteguilla, le preguntó que a qué parte eran las minas, e en qué ríos, e cómo y de qué manera cogían el oro que le traían en granos, porque quería enviar a vello dos de nuestros soldados, grandes mineros. Y el Montezuma dijo que de tres partes, y que de donde más oro le

(1) Hay un espacio en blanco en el original.

(2) Hay aquí otro espacio en blanco en el original.

solían traer que era de una provincia que se dice Zacatula, ques a la banda del Sur y questá de aquella ciudad andadura de diez o doce días, y que lo cogían con unas xicales, e que lavan la tierra para que allí queden unos granos menudos después de lavado, e que ahora al presente que se lo traen de otra provincia que se dice Tustepeque, cerca de adonde desembarcamos, ques en la banda del Norte, e que lo cogen de dos ríos, e que cerca de aquella provincia hay otras buenas minas en parte que no son sus subjetas, que se dicen los Chinantecas y Zapotecas, y que no le obedescen, y que si quiere enviar sus soldados, quél dará principales que vayan con ellos. Y Cortés le dió las gracias por ello, y luego despachó a un piloto que se decía Gonzalo de Umbría con otros dos soldados mineros a lo de Zacatula. Aqueste Gonzalo de Umbría era al que Cortés mandó cortar los pies cuando ahorcó a Pedro Escudero y a Joan Cermeño y azotó los Peñates porque se alzaban en San Juan de Ulúa con el navío, según más largamente lo tengo escrito en el capítulo que dello habla. Y dejemos de contar más en lo pasado y digamos cómo fueron con el Umbría y se les dió de plazo para ir y volver cuarenta días. E por la banda del Norte despachó para ver las minas a un capitán que se decía Pizarro, mancebo de hasta veinte e cinco años, y a este Pizarro trataba Cortés como a pariente. En aquel tiempo no había fama del Perú, ni se nombraban Pizarros en esta tierra. E con cuatro soldados mineros fué y llevó de plazo otros cuarenta días para ir y volver, porque había desde México obra de ochenta leguas, e con cuatro principales mexicanos. Ya partidos para ver las minas, como dicho tengo, volvamos a decir cómo le dió el gran Montezuma a nuestro capitán, en un paño de henequén, pintados y señalados muy al natural todos los ríos e ancones que había en la costa del Norte desde Pánuco hasta Tabasco, que son obra de ciento y cuarenta leguas, y en ellos venía señalado el río de Guazaqualco, e como ya sabíamos todos los puertos e ancones que señalaban en el paño que le dió el Montezuma, de cuando venimos a descubrir con Grijalba, eceto el río de Guazaqualco, que dijeron que era muy poderoso y hondo, acordó Cortés de enviar a ver qué cosa era, y para sondar el puerto y la entrada, como uno de nuestros capitanes, que se decía Diego de Ordaz, otras veces por mí memorado, era hombre muy entendido y bien esforzado, dijo al capitán quél quería ir a ver aquel río, e qué tierras había, y qué manera de gente era, y que le diese hombres indios principales que vayan con él. Y Cortés lo rehusaba por ser hombre de buenos consejos y tenelle en su compañía, y por no le descomplacer le dió la licencia para que fuese. Y el Montezuma le dijo al Ordaz que en lo de Guazaqualco no llegaba su señorío, e que eran muy esforzados, y que mirase lo que hacía, y que si algo le aconteciese, no le culpasen a él, y que antes de llegar aquella provincia toparía con sus guarniciones de gente de guerra que tenía en la frontera, y que si los hobiese menester que los llevase consigo; e díjo otros muchos cumpli-

mientos. Y Cortés y el Diego de Ordaz le dieron las gracias, y ansí partió con dos de nuestros soldados y con otros principales quel Montezuma les dió. Aquí es donde dice el coronista Francisco López Gomara que iba Juan Velázquez con cien soldados a poblar a Guazaqualco, e que Pedro de Ircio había ido a poblar a Pánuco, e porque ya estoy harto de mirar en lo quel coronista va fuera de lo que pasó, lo dejaré de decir, y diré lo que cada uno de los capitanes que nuestro Cortés envió hizo, e vinieron con muestras de oro.

CAPITULO CIII

Cómo volvieron los capitanes que nuestro Cortés envió a ver las minas e a sondar el puerto y río de Guazaqualco.

El primero que volvió a la ciudad de México a dar razón de lo que Cortés le envió fué el Gonzalo de Umbría e sus compañeros, y trajeron obra de trescientos pesos en granos, que sacaron delante dellos los indios de un pueblo que se dice Zacatula, que, según contaba el Umbría, los caciques de aquella provincia llevaron muchos indios a los ríos, y con unas como bateas chicas, y con ellas lavaban la tierra v cogían el oro. Y era de dos ríos. Y dijeron que si fuesen buenos mineros y lo lavasen como en la isla de Santo Domingo o como en la isla de Cuba, que serían ricas minas. Y asimismo trujeron consigo dos principales que envió aquella provincia, y trajeron un presente de oro hecho en joyas que valdría doscientos pesos, e a darse e ofrecerse por servidores de Su Majestad. Y Cortés se holgó tanto con el oro como si fueran treinta mill pesos, en saber cierto que había buenas minas, e a los caciques que trujeron el presente les mostró mucho amor y les mandó dar cuentas verdes de Castilla, y con buenas palabras se volvieron a su tierra muy contentos. Y decía el Umbría que no muy lejos de México había grandes poblaciones y de gente polida, y paresce ser eran los pueblos del pariente del Montezuma, y otra provincia que se dice Matalcingo; e a lo que sentimos y vimos, el Umbría y sus compañeros vinieron ricos con mucho oro y bien aprovechados, que a este efeto le envió Cortés para hacer buen amigo del, por lo pasado que dicho tengo. Dejémosle, pues volvió con buen recaudo, y volvamos al capitán Diego de Ordaz, que fué a ver el río de Guazaqualco, que son sobre ciento y veinte leguas de México, y dijo que pasó por muy grandes pueblos, que allí los nombró, e que todos le hacían honra, y que en el camino cerca de Guazaqualco topó a las guarniciones de Montezuma questaban en frontera, e que todas aquellas comarcas se quejaban dellos, ansí de robos que les hacían, y les tomaban sus mujeres, y les demandaban otros tributos. Y el Ordaz con los principales mexicanos que llevaba reprehendió a los capitanes de Montezuma que tenían cargo de aquellas gentes, y les amenazaron que si más robaban que se lo harían saber a su señor Montezuma y que enviaría por ellos y los castigaría como hizo a Quetzalpopoca y sus compañeros porque habían robado los pueblos de nuestros amigos, y con estas

palabras les metió temor. Y luego fué camino de Guazaqualco y no llevó más de un principal mexicano. Y desque el cacique de aquella provincia, que se decía Tochel, supo que iba, envió sus principales a le recebir, y le mostraron mucha voluntad, porque aquellos de aquella provincia ya todos tenían relación y noticia de nuestras personas de cuando vinimos a descubrir con Juan de Grijalba, según largamente lo he escrito en el capítulo pasado que dello habla. Y volvamos a decir que desque los caciques de Guazaqualco entendieron a lo que iba, luego le dieron muchas y grandes canoas, y el mesmo cacique Tochel y con él otros muchos principales e sondaron la boca del río, y hallaron tres brazas largas sin la de caída en lo más bajo, y entrados en el río un poco arriba podían nadar grandes navíos, y mientras más arriba, más hondo, y junto a un pueblo que en aquella sazón estaba poblado de indios, pueden estar carracas. Y desque el Ordaz lo hobo sondado y se vino con los caciques al pueblo, le dieron ciertas joyas de oro y una india muy hermosa, y se ofrescieron por servidores de Su Majestad, y se le quejaron del Montezuma y de su guarnición de gente de guerra, y que había poco tiempo que tuvieron una batalla con ellos, y que cerca de un pueblo de pocas casas mataron los de aquella provincia a los mexicanos muchos de sus gentes, y por aquella causa llaman hoy en día donde aquella guerra pasó Cuylonemiquis, que en su lengua quiere decir donde mataron los putos mexicanos. Y el Ordaz le dió muchas gracias por la honra que había rescebido, y les dió ciertas cuentas de Castilla que llevaba para aquel efeto, y se volvió a México, y fué alegremente recebido de Cortés y de todos nosotros, y decía que era buena tierra para ganados y granjerías, y el puerto a pique para las islas de Cuba y Santo Domingo y Jamaica, eceto que era lejos de México y había grandes ciénegas; y a esta causa nunca tuvimos confianza del puerto para el descargo y trato de México. Dejemos al Ordaz y digamos del capitán Pizarro y sus compañeros que fueron en lo de Tustepeque a buscar oro y ver las minas: que volvió el Pizarro con un soldado solo a dar cuenta a Cortés, y trujeron sobre mill pesos de granos de oro, sacado de las minas, y dijeron que en la provincia de Tustepeque y Malinaltepeque y otros pueblos comarcanos fué a los ríos con mucha gente que le dieron y cogieron la tercia parte del oro que allí traían, y que fueron en las sierras más arriba a otra provincia que se dice los Chinantecas, y como llegaron a su tierra que salieron muchos indios con armas, que son unas lanzas mayores que las nuestras, y arcos y flechas y pavesinas, y dijeron que ni un indio mexicano no les entrase en su tierra; si no, que les matarían, y que los teules que vayan mucho en buena hora; y ansí fueron y se quedaron los mexicanos, que no pasaron adelante. Y desque los caciques de Chinanta entendieron a lo que iban, juntaron copia de sus gentes para lavar oro, y lo llevaron a unos ríos, donde cogieron el demás oro que venía por su parte en granos crespillos, porque dijeron los mineros que aquello era de más duraderas minas, como de nacimiento; y también trujo el capitán Pizarro dos caciques de aquella tierra que vinieron a ofrescerse por vasallos de Su Majestad y tener nuestra amistad, y aun trujeron un presente de oro; y todos aquellos caciques a una decían mucho mal de los mexicanos, que eran tan aburridos de aquellas provincias por los robos que les hacían, que no los podían ver ni aun mentar sus nombres. Cortés rescibió bien al

Pizarro y a los principales que traía y tomó el presente que le dieron, y porque han pasado muchos años no me acuerdo qué tanto era; y se ofreció con buenas palabras que les ayudaría y sería su amigo de los chinantecas, y les mandó que se fuesen; y por que no rescibiesen algunas molestias de mexicanos en el camino, mandó a dos principales mexicanos que les pusiesen en sus tierras y que no se quitasen dellos hasta questuviesen en salvo, y fueron muy contestos. Volvamos a nuestra plática. E preguntó Cortés por los demás soldados que había llevado el Pizarro en su compañía, que se decían Barrientos, y Heredia "el Viejo", y Escalona "el Mozo", y Cervantes "el Chocarrero", y dijo que porque les paresció muy bien aquella tierra y era rica de minas y los pueblos por donde fué muy de paz, les mandó que hiciesen una gran estancia de cacahuatales y maizales y pusiesen muchas aves de la tierra y otras granjerías que había de algodón, y que desde allí fuesen catando todos los ríos y viesen qué minas había. Y puesto que Cortés calló por entonces, no se lo tuvo a bien a su pariente haber salido de su mandado; supimos que en secreto riñó mucho con él sobrello, e le dijo que era de poca calidad querer entender en cosas de criar aves y cacahuatales. Y luego envió otro soldado que se decía Alonso Luis a llamar a los demás que había dejado el Pizarro, y para que luego viniesen llevó un mandamiento. Y lo que aquellos soldados hicieron diré adelante en su tiempo y lugar.

CAPITULO CIV

Cómo Cortés dijo al gran Montezuma que mandase a todos los caciques de toda su su tierra que tributasen a Su Majestad, pues comúnmente sabían que tenían oro, y lo que sobrello se hizo.

Pues como el capitán Diego de Ordaz y los demás soldados por mí ya memorados vinieron con muestras de oro y relación que toda la tierra era rica, Cortés, con consejo del Ordaz y de otros capitanes y soldados, acordó de decir y demandar al Montezuma que todos los caciques y pueblos de la tierra tributasen a Su Majestad, y quél mesmo, como gran señor, también diese de sus tesoros. Y respondió quél enviaría por todos los pueblos a demandar oro, mas que muchos dellos no lo alcanzaban, sino joyas de poca valía que habían habido de sus antepasados. Y de presto despachó principales a las partes donde había minas y les mandó que diese cada pueblo tantos tejuelos de oro fino, del tamaño y gordor de otros que le solían tributar, y llevaban para muestras dos tejuelos, y de otras partes no le traían sino joyezuelas de poca valía. También envió a la provincia donde era cacique y señor aquel su pariente muy cercano que no le quería obedescer, otra vez por mí memorado, questaba de México obra de doce leguas. Y la respuesta que trujeron los mensajeros que decía que no quería dar oro ni obedescer al Montezuma. y que también él era señor de México y le venía el señorío como al mesmo Montezuma que le enviaba a pedir por tributo. Y desque esto oyó el Monte-

zuma tuvo tanto enojo, que de presto envió su señal y su sello y con buenos capitanes para que se lo trujesen preso. Y venido en su presencia el pariente, le habló muy desacatadamente y sin ningún temor, o de muy esforzado; e decían que tenía ramos de locura, porque era como atronado. Todo lo cual alcanzó a saber Cortés, y envió a pedir por merced al Montezuma que se le diese, quél lo quería guardar, porque, según le dijeron, le había mandado matar el Montezuma; y traído ante Cortés le habló muy amorosamente y que no fuese loco contra su señor, y le quería soltar. Y Montezuma desque lo supo dijo que no le soltasen, sino que le echasen en la cadena gorda como a los otros reyezuelos por mí ya nombrados. Tornemos a decir que en obra de veinte días vinieron todos los principales que Montezuma había enviado a cobrar los tributos del oro que dicho tengo, y así como vinieron envió a llamar a Cortés y a nuestros capitanes, y a ciertos soldados que conocía, que éramos de la guarda, y dijo estas palabras formales, o otras como ellas: "Hágoos saber, señor Malinche y señores capitanes y soldados, que a vuestro gran rey yo le soy en cargo, y le tengo buena voluntad, ansí por ser tan gran señor como por haber enviado de tan lejos tierras a saber de mí, y lo que más me pone el pensamiento es que él ha de ser el que nos ha de señorear, según nuestros antepasados nos han dicho, y aun nuestros dioses nos dan a entender por las respuestas que dellos tenemos. Toma ese oro que se ha recogido; por ser de priesa no se trae más. Lo que yo tengo aparejado para el emperador es todo el tesoro que he habido de mi padre y questá en vuestro poder y aposentos; que bien sé que luego que aquí viniste abristes la casa y lo mirestes todo, y la tornastes a cerrar como de antes estaba. Y cuando se lo enviáredes, decille en vuestros amales y cartas: "Esto os envía vuestro buen vasallo Montezuma"; y también yo os daré unas piedras muy ricas que le envíes en mi nombre, que son chalchivis, que no son para dar a otras personas sino para ese vuestro gran señor, que vale cada una piedra dos cargas de oro; también le quiero enviar tres cervatanas con sus esqueros y bodoqueras, y que tienen tales obras de pedrería, que se holgará de vellas, y también yo quiero dar de lo que tuviere, aunques poco, porque todo el más oro y joyas que tenía os he dado en veces". Y desque aquello le oyó Cortés y todos nosotros, estuvimos espantados de la gran bondad y liberalidad del gran Montezuma, y con mucho acato le quitamos todos las gorras de armas y le dijimos que se lo teníamos en merced. Y con palabras de mucho amor le prometió Cortés que escrebiríamos a Su Majestad de la manificencia y franqueza del oro que nos dió en su real nombre. Y después que tuvimos otras pláticas de buenos comedimientos, luego en aquella hora envió Montezuma sus mayordomos para entregar todo el tesoro de oro y riqueza questaba en aquella sala encalada; y para vello y quitallo de sus bordaduras y donde estaba engastado tardamos tres días, y aun para lo quitar y deshacer vinieron los plateros de Montezuma de un pueblo que se dice Escapuzalco. Y digo que era tanto, que después de deshecho eran tres montones de oro, y pesado hobo en ellos sobre seiscientos mill pesos, como adelante diré, sin la plata e otras muchas riquezas, y no cuento con ello los tejuelos y planchas de oro y el oro

en granos de las minas. Y se comenzó a fundir con los indios plateros que dicho tengo, naturales de Escapuzalco, y se hicieron unas barras muy anchas dello, de medida como de tres dedos de la mano el anchor de cada barra; pues ya fundido y hecho barras, traen otro presente por sí de lo que el gran Montezuma había dicho que daría, que fué cosa de admiración de tanto oro, y las riquezas de otras joyas que trujo, pues las piedras chalchivis eran tan ricas algunas dellas, que valian entre los mismos caciques mucha cantidad de oro. Pues las tres cervatanas con sus bodoqueras, los engastes que tenían de pedrerías e perlas y las pinturas de pluma y de pajaritos llenos de aljófar y otras aves, todo era de gran valor. Dejemos de decir de penachos y plumas, y otras muchas cosas ricas, ques para nunca acabar de traello aquí a la memoria; digamos ahora cómo se marcó todo el oro que dicho tengo con una marca de hierro que mandó hacer Cortés y los oficiales del rey proveidos por Cortés y acuerdo de todos nosotros en nombre de Su Majestad, hasta que otra cosa mandase; que en aquella sazón eran Gonzalo Mexía tesorero y Alonso de Avila contador, y la marca fué las armas reales como de un real y del tamaño de un tostón de a cuatro. Y esto sin las joyas ricas que nos paresció que no eran para deshacer. Pues para pesar todas estas barras de oro y plata, y las joyas que quedaron por deshacer no teníamos pesos de marcos ni balanzas, y paresció a Cortés y a los mesmos oficiales de la hacienda de Su Majestad que sería bien hacer de hierro unas pesas de hasta una arroba y otras de media arroba, y de dos libras, y de una libra, e de media libra, e de cuatro onzas, e de tantas onzas; y esto no para que viniese muy justo, sino media onza más o menos en cada peso que se pesaba. Y desque se pesó dijeron los oficiales del rey que había en el oro, así en lo que estaba hecho barras como en los granos de las minas y en los tejuelos y joyas, más de seiscientos mill pesos, sin la plata y otras muchas joyas que se dejaron de avaluar. Algunos soldados decian que había más, e como ya no había que hacer en ello sino sacar el real quinto y dar a cada capitán y soldado nuestras partes, e a los que quedaban en el puerto de la Villa Rica también las suyas, paresce ser Cortés procuraba de no lo repartir tan presto hasta que hobiese más oro e hobiese buenas pesas y razón y cuenta de a cómo salían. Y todos los más soldados y capitanes dijimos que luego se repartiese, porque habíamos visto que cuando se deshacía de las piezas del tesoro de Montezuma estaba en los montones mucho más oro, y que faltaba la tercia parte dello, que lo tomaban y escondían, ansí por la parte de Cortés como de los capitanes, como el fraile de la Merced, y se iba menoscabando. E a poder de muchas pláticas se pesó en lo que quedaba, y hallaron sobre seiscientos mill pesos, sin las joyas y tejuelos, y para otro día habían de dar las partes. E diré cómo lo repartieron, y todo lo más se quedó con ello el capitán Cortés e otras personas. Y lo que sobrello se hizo diré adelante.

CAPITULO CV

Cómo se repartió el oro que hobimos, así de lo que dió el gran Montezuma como lo que se recogió de los pueblos, y de lo que sobrello acaesció a un soldado.

Lo primero se sacó el real quinto, y luego Cortés dijo que le sacasen a él otro quinto como a Su Majestad, pues se lo prometimos en el Arenal cuando le alzamos por capitán general y justicia mayor, como ya lo he dicho en el capítulo que dello habla. Luego tras esto dijo que había hecho cierta costa en la isla de Cuba, que gastó en el armada; que lo sacasen del montón, y demás desto, que se apartase del mismo montón la costa que había hecho Diego Velázquez en los navíos que dimos al través, pues todos fuimos en ello, y tras esto, que para los procuradores que fueron a Castilla, y demás desto, para los que quedaban en la Villa Rica, que eran setenta vecinos, y para el caballo que se le murió, y para la yegua de Juan Sedeño que mataron los de Tascala de una cuchillada; pues para el fraile de la Merced y el clérigo Juan Díaz, y los capitanes, y los que traían caballos dobladas partes, e escopeteros y ballesteros por el consiguiente, e otras sacaliñas, de manera que quedaba muy poco de parte, y por ser tan poco, muchos soldados hobo que no lo quisieron rescebír, y con todo se quedaba Cortés, pues en aquel tiempo no podíamos hacer otra cosa sino callar, porque demandar justicia sobrello era por demás; y otros soldados hobo que tomaron sus partes a cien pesos, y daban voces por lo demás, y Cortés secretamente daba a unos y a otros, por vía que les hacía merced, por contentallos, y con buenas palabras que les decía sufrían. Pues vamos a las partes que quedaban a los de la Villa Rica, que se lo mandó llevar a Tascala para que allí se lo guardasen, y como ello fué mal repartido, en tal paró todo como adelante diré en su tiempo. En aquella sazón muchos de nuestros capitanes mandaron hacer cadenas de oro muy grandes a los plateros del gran Montezuma, que ya he dicho que tenía un gran pueblo dellos, media legua de México, que se dice Escapuzalco, y asimismo Cortés mandó hacer muchas joyas y gran servicio de vajilla, y algunos de nuestros soldados que habían hinchido las manos; por manera que ya andaban públicamente muchos tejuelos de oro marcado y sin marcar, y joyas de muchas diversidades de hechuras; e el juego largo, con unos naipes que hacían de cueros de atambores, tan buenos y tan bien pintados como los de verdad, los cuales naipes hacia un Pedro Valenciano, y de esta manera estábamos. Dejemos de hablar en el oro y de lo mal que se repartió y peor se gozó, y diré lo que a un soldado que se decía Fulano de Cárdenas le acaesció. Paresce ser aquel soldado era piloto y hombre de la mar, natural de Triana o del Condado, e el pobre tenía en su tierra mujer e hijo, y, como a muchos nos acontesce, debría destar pobre, y vino a buscar la vida para volverse a su mujer e hijos, e como había visto tanta riqueza en oro, en planchas y en granos de las minas, y tejuelos, y barras fundidas, y al repartir dello vió que no le daban sino cien pesos, cayó malo de pensamiento y tristeza, y un su amigo, como le veía cada día tan pensativo y malo, íbale a ver y decíale que de qué estaba de aquella manera y sospiraba tanto de rato en

rato; y respondió el piloto Cárdenas, que es el questaba malo: "¡Oh, cuerpo de tal conmigo! ¿Y no he de estar malo, viendo que Cortés ansí se lleva todo el oro, y como rey lleva quinto, y ha sacado para el caballo que se le murió, y para los navíos de Diego Velázquez, y para otras muchas trancanillas? Y que muera mi mujer e hijos de hambre pudiéndolo socorrer cuando fueron los procuradores con nuestras cartas y le enviamos todo el oro y plata que habíamos habido en aquel tiempo". Y respondióle aquel su amigo: "Pues qué oro teníades vos para les enviar?" Y el Cárdenas dijo: "Si Cortés me diera mi parte de lo que me cabía, con ello se sostuvieran mi mujer e hijos, y aun les sobraran; mas mira qué embustes tuvo, hacernos firmar que sirviésemos a Su Majestad con nuestras partes, y sacar del oro para su padre Martín Cortés sobre seis mil pesos, e lo que escondió; y yo y otros pobres questamos de noche y de día batallando, como habéis visto en las guerras pasadas de Tabasco y Tascala, y lo de Cingapacinga e Cholula, y agora estar en tan grandes peligros como estamos, y cada día la muerte al ojo si se levantasen en esta ciudad. E que se alce con todo el oro y que lleve quinto como rey". Y dijo otras palabras sobrello, y que tal quinto no le habíamos de dejar sacar, ni de tener tantos reyes, sino solamente a Su Majestad. Y replicó su compañero y dijo: "Pues esos cuidados os matan, y ahora veis que con todo lo que traen los caciques y Montezuma se consume en el uno en papo y otro en saco e otro so el sobaco, y allá va todo donde quiere Cortés, él y estos nuestros capitanes, que hasta el bastimento todo lo llevan; por eso, dejaos de esos pensamientos y rogad a Dios que en esta ciudad no perdamos las vidas". Y ansí cesaron sus pláticas, las cuales alcanzó a saber Cortés; y como le decían que había muchos soldados descontentos por las partes del oro y de lo que habían hurtado del montón, acordó de hacer a todos un parlamento con palabras muy melifluas; y dijo que todo lo que tenía era para nosotros, y que él no quería quinto, sino la parte que le cabe de capitán general, y cualquiera que hobiese menester algo, que se lo daría, y aquel oro que habíamos habido que era un poco de aire; que mirásemos las grandes ciudades que hay, y ricas minas; que todos seríamos señores dellas, y muy prósperos y ricos; y dijo otras razones muy bien dichas, que las sabía bien proponer; y demás desto, a ciertos soldados secretamente daba joyas de oro, y a otros hacía grandes promesas; y mandó que los bastimentos que traían los mayordomos de Montezuma que lo repartiesen entre todas los soldados como a su persona. Y demás desto llamó aparte al Cárdenas y con palabras le halagó, y le prometió que en los primeros navíos le enviaría a Castilla a su mujer e hijos, y le dió trescientos pesos, y ansí se quedó contento con ellos. Y quedarse aquí, y diré cuando venga a coyuntura lo que al Cardenas acaesció cuando fué a Castilla, y cómo le fué muy contrario a Cortés en los negocios que tuvo ante Su Majestad.

CAPITULO CVI

Cómo hobieron palabras Juan Velázquez de León y el tesorero Gonzalo Mexía sobre el oro que faltaba de los montones antes que se fundiese, y lo que Cortés hizo sobre ello.

Como el oro comúnmente todos los hombres lo deseamos, y mientras unos más tienen más quieren, acontesció que como faltaban muchas piezas del oro conocidas de los montones, ya otras veces por mí dicho, y Juan Velázquez de León en aquel tiempo hacía labrar a los indios de Escapuzalco, que eran todos plateros del gran Montezuma, grandes cadenas de oro y otras piezas de vajillas para su servicio. Y como Gonzalo Mexía, que era tesorero, le dijo secretamente que se las diese, pues no estaban quintadas y eran conocidamente ser de las que había dado el Montezuma, y el Juan Velázquez de León, que era muy privado de Cortés, dijo que no le quería dar ninguna cosa, y que no lo había tomado de lo que estaba allegado ni de otra parte ninguna, salvo que Cortés se las había dado antes que se hiciesen barras; y el Gonzalo Mexía respondió que bastaba lo que Cortés había escondido y tomado a los compañeros, y todavía como tesorero demandaba mucho oro que no se había pagado el real quinto, y de palabras en palabras vinieron a se desmandar y echaron mano a las espadas, y si de presto no los metiéramos en paz, entrambos a dos acabaran allí sus vidas, porque eran personas de mucho ser y valientes por las armas, y salieron heridos cada uno con dos heridas. Y como Cortés lo supo, los mandó echar presos cada uno en una cadena gorda, y paresce ser, según muchos soldados dijeron, que secretamente habló Cortés al Juan Velázquez de León, como era mucho su amigo, que se estuviese preso dos días en la misma cadena, y que sacarían de la prisión al Gonzalo Mexía como a tesorero; y esto lo hacía Cortés por que viésemos todos los capitanes y soldados que hacía justicia, y aun ser el Juan Velázquez uña y carne del mismo capitán, le tenía preso. Y porque pasaron otras cosas acerca del Gonzalo Mexía, que dijo a Cortés que tomaba escondidas sobre el mucho oro que faltaba, y que se le quejaban dello todos los soldados porque no se lo demandaba al mismo capitán, pues era tesorero, y porque es larga relación, lo dejaré de decir y diré que como el Juan Velázquez de León estaba preso en una sala cerca del aposento de Montezuma, en una cadena gorda, y como el Juan Velázquez era hombre de gran cuerpo y muy membrudo, y cuando se paseaba por la sala llevaba la cadena arrastrando y hacía gran sonido, que lo oyó el Montezuma y preguntó a su paje Orteguilla a quién tenía preso Cortés en las cadenas; y el paje le dijo que a Juan Velázquez, el que solía tener guarda de su persona, porque ya en aquella sazón no lo era, sino Cristóbal de Olí. Y preguntó que por qué causa; y el paje le dijo que por cierto oro que faltaba. Y aquel mismo día fué Cortés a tener palacio al Montezuma, y después de los acatos acostumbrados y otras palabras que entre ellos pasaron, preguntó el Montezuma a Cortés que por qué tenía preso a Juan Velázquez, siendo buen capitán y muy esforzado, porquel Montezuma, como otras veces he dicho, bien conocía a todos nosotros, y aun sus calidades. Y Cortés le dijo medio riendo que porque era tabalilo, que quiere decir loco, y que por-

que no le dan mucho oro quiere ir por sus pueblos y ciudades a demandallo a los caciques, y porque no mate algunos, y por esta causa, le tiene preso. Y el Montezuma respondió que le pedía por merced que le soltase, y que él enviaría a buscar más oro y le daría de lo suyo. Y Cortés hacía como que se le hacía de mal soltalle, y al fin dijo que sí haría por complacer al Montezuma. Y paréceme que le sentenció en que fuese desterrado del real y fuese a un pueblo que se dice Cholula, con mensajeros del Montezuma, a demandar oro; y primero los hizo amigos al Gonzalo Mexía e al Juan Velázquez; e vi que dentro de seis días volvió de cumplir su destierro, y desde allí adelante el Gonzalo Mexía y Cortés no se llevaban muy bien, y el Juan Velázquez vino con más oro. He traído esto aquí a la memoria, y aunque va fuera de nuestra relación, para que vean que Cortés, so color de hacer justicia, por que todos le temiésemos, era con grandes mañas. Y dejarémoslo aquí.

CAPITULO CVII

Cómo el gran Montezuma dijo a Cortés que le quería dar una hija de las suyas para que se casase con ella, y lo que Cortés le respondió, y todavía la tomó, y la servían y honraban como hija de tal señor.

Como otras muchas veces he dicho, siempre Cortés y todos nosotros procurábamos de agradar y servir a Montezuma y tenerle palacio, y un día le dijo el Montezuma: "Mira, Malinche, qué tanto os amo, que os quiero dar a una hija mía muy hermosa para que os caséis con ella y que la tengáis por vuestra legítima mujer". Y Cortés le quitó la gorra por la merced, y dijo que era gran merced la que le hacía, mas que era casado y tenía mujer, e que entre nosotros no podemos tener más de una mujer, y que él la ternía en aquel grado que hija de tan gran señor meresce, y que primero quiere se vuelva cristiana, como son otras señoras, hijas de señores. Y Montezuma lo hobo por bien, y siempre mostraba el gran Montezuma su acostumbrada voluntad. Mas he de un día en otro no cesaba Montezuma sus sacrificios, y de matar en ellos personas. Y Cortés se lo retraía, y no aprovechaba cosa ninguna, hasta que tomó consejo con nuestros capitanes que qué haríamos en aquel caso, porque no se atrevía a poner remedio en ello por no revolver la ciudad y los papas questaban en el Huichilobos. Y el consejo que sobre ello se dió por nuestros capitanes y soldados, que hiciese que quería ir a derrocar los ídolos del alto Huichilobos, y si viésemos que se ponían en defendello o que se alborotaban, que le demandase licencia para hacer un altar en una parte del gran cu y poner un crucifijo e una imagen de Nuestra Señora. Y como esto se acordó, fué Cortés a los palacios adonde estaba preso el Montezuma, y llevó consigo siete capitanes y soldados, y dijo al Montezuma: "Señor: ya muchas veces he dicho a Vuestra Majestad que no sacrifique más ánimas a esos vuestros dioses que os traen engañados, y no lo quiere hacer, e hágoos saber, señor, que todos mis compañeros y estos capitanes que con-

migo vienen os vienen a pedir por merced que les deis licencia para los quitar de allí y pornemos a Nuestra Señora Santa María y una cruz, y que si agora no les dais licencia, que ellos irán a los quitar, y no querría que matasen algunos papas". Y desque el Montezuma oyó aquellas palabras y vió ir a los capitanes algo alterados, dijo: "¡Oh, Malinche, y como nos queréis echar a perder a toda esta ciudad! Porquestaban muy enojados nuestros dioses contra nosotros, y aun de vuestras vidas no sé en qué pararán. Lo que os ruego es que agora al presente os sufráis, que yo enviaré a llamar a todos los papas, y veré su respuesta". Y desque aquelló ovó Cortés hizo un ademán que le quería hablar muy secretamente al Montezuma e que no estuviesen presentes nuestros capitanes que llevaba en su compañia, los cuales mandó que le dejasen solo, y los mandó salir. Y desque salieron de la sala dijo al Montezuma que por que no saliese de allí aquello e se hiciese alboroto, ni los papas lo tuviesen a mal derrocalle sus ídolos, que él trataría con los mismos nuestros capitanes que no se hiciese tal cosa, con tal que en un apartamiento del gran cu hiciesen un altar para poner la imagen de Nuestra Señora e una cruz, y quel tiempo andando verían cuán buenos y provechosos son para sus ánimas y para dalles salud y buenas sementeras y prosperidades. Y el Montezuma, puesto que con sospiros y semblante muy triste, dijo quél lo trataría con los papas; y en fin de muchas palabras que sobrello hobo se puso en [1] días del mes de [2] de mil e quinientos y diez y nueve años. E puesto nuestro altar apartado de sus malditos ídolos y la imagen de Nuestra Señora e una cruz, y con mucha devoción, y todos dando gracias a Dios, dijo misa cantada el padre de la Merced, y ayudaron a la misa el clérigo Joan Diaz y muchos de los nuestros soldados. Y allí mandó poner nuestro capitán a un soldado viejo para que tuviese guarda en ello, y rogó al Montezuma que mandase a los papas que no tocasen en ello, salvo para barrer y quemar ensencios y poner candelas de cera ardiendo de noche y de día, e enramallo y poner flores. Y dejallo he aquí, y diré lo que sobrello avino.

CAPITULO CVIII

Cómo el gran Montezuma dijo a nuestro capitán Cortés que se saliese de México con todos los soldados, porque se querían levantar todos los caciques y papas y darnos guerra hasta matarnos, porque ansí estaba acordado y dado consejo por sus ídolos, y lo que Cortés sobrello hizo.

Como siempre a la contina nunca nos faltaban sobresaltos, y de tal calidad que eran para acabar las vidas en ellos si Nuestro Señor Dios no lo remediara; y fué que como habíamos puesto en el gran cu, en el altar que hicimos, la imagen de Nuestra Señora y la cruz, y se dijo el santo Evangelio e misa, parece ser que los Vichilobos e el Tezcatepuca hablaron con los papas

(1) Hay un espacio en blanco en eloriginal.
(2) Hay otro espacio en blanco en el original.

y les dijeron que se querían ir de su provincia, pues tan mal tratados son de los teules, e que adonde están aquellas figuras y cruz que no quieren estar, o que ellos no estarían allí si no nos mataban, e que aquello les daban por respuesta, e que no curasen de tener otra, e que se lo dijesen a Montezuma y a todos sus capitanes que luego comenzasen la guerra y nos matasen. Y les dijo el ídolo que mirasen que todo el oro que solían tener para honrallos lo habíamos deshecho y hecho ladrillos, e que mirasen que nos íbamos señoreando de la tierra y que teníamos presos a cinco grandes caciques, y les dijeron otras maldades para atraellos a darnos guerra. Y para que Cortés y todos nosotros lo supiésemos, el gran Montezuma, envió a llamar a Cortés, para que le quería hablar en cosas que iban mucho en ellas. E vino el paje Orteguilla y dijo questaba muy alterado y triste Montezuma, e que aquella noche y parte del día habían estado con él muchos papas y capitanes muy principales, y secretamente hablaban que no lo pudo entender. Y desque Cortés lo oyó fué de presto al palacio donde estaba el Montezuma, y llevó consigo a Cristóbal de Olí, que era capitán de la guardia, e a otros cuatro capitanes, e a doña Marina, e a Jerónimo de Aguilar, y después que le hicieron mucho acato, dijo el Montezuma: "¡Oh señor Malinche y señores capitanes: cuánto me pesa de la respuesta y mando que nuestros teules han dado a nuestros papas e a mí e a todos mis capitanes, y es que os demos guerra y os matemos e os hagamos ir por la mar adelante, lo que he colegido dello, y me paresce que antes que encomiencen la guerra, que luego salgáis desta ciudad y no quede ninguno de vosotros aquí, y esto, señor Malinche, os digo que hagáis en todas maneras, que os conviene; si no mataros han, e mira que os va las vidas". Y Cortés y nuestros capitanes sintieron pesar y aun se alteraron, y no era de maravillar, de cosa tan nueva y determinada, que era poner nuestras vidas en gran peligro sobrello en aquel instante, pues tan determinadamente nos lo avisaban. Y Cortés le dijo quél se lo tenía en merced el aviso, e que al presente de dos cosas le pesaba: no tener navíos en que se ir, que los mandó quebrar los que trujo, y la otra, que por fuerza había de ir el Montezuma con nosotros para que le vea nuestro gran emperador, y que le pide por merced que tenga por bien que, hasta que se hagan tres navíos en el Arenal, que detenga a los papas y capitanes, porque para ellos es el mejor partido si la encomienzan ellos la guerra, porque todos morirían en la guerra si la quisiesen dar; e más dijo, que por que vea Montezuma que quiere luego hacer lo que le dice, que mande a sus carpinteros que vayan con dos de nuestros soldados que son grandes maestros de hacer navíos a cortar la madera cerca del Arenal. E el Montezuma estuvo muy más triste que de antes, como Cortés le dijo que había de ir con nosotros ante el emperador, y dijo quél daría los carpinteros, y que luego despachase y no hobiese más palabras, sino obras, y que entre tanto él mandaría a los papas y a los capitanes que no curasen de alborotar la ciudad, e que a sus ídolos de Vichilobos que mandaría aplacasen con sacrificios, e que no sería con muerte de hombres. Y con esta tan alborotada plática se despidió Cortés y los capitanes del Montezuma; y estábamos todos con gran congoja esperando cuándo habían de comenzar la guerra. Luego Cortés mandó llamar a Martín López, carpintero de hacer navíos, y Andrés Núñez, y con los indios carpinteros que le dió el

gran Montezuma, después de platicado el porte que se podría labrar los tres navíos, le mandó que luego pusiese por la obra de los hacer y poner a punto, pues que en la Villa Rica había todo aparejo de hierro y herreros, y jarcia, y estopa, y calafates, y brea; y ansí fueron y cortaron la madera en la costa de la Villa Rica, y con toda la cuenta e galico della y con buena priesa comenzó a labrar sus navíos. Lo que Cortés le dijo al Martín López sobrello no lo sé, y esto digo porque dice el coronista Gomara en su historia que le mandó que hiciese muestra, como cosa de burla, que los labraba, por que lo supiese el gran Montezuma. Remítome a lo que ellos dijeren, que gracias a Dios son vivos en este tiempo; mas muy secretamente me dijo el Martín López que de hecho y apriesa los labraba, e ansí los dejó en astillero, tres navíos. Dejémosles labrando los navíos y digamos cuáles andábamos todos en aquella gran ciudad, tan pensativos, temiendo que de una hora a otra nos habían de dar guerra, y nuestras naborías de Tascala e doña Marina ansí lo decían al capitán; y el Orteguilla, el paje de Montezuma, siempre estaba llorando, y todos nosotros muy a punto y buenas guardas al Montezuma. Digo de nosotros estar a punto no había necesidad de decillo tantas veces, porque de día ni de noche no se nos quitaban las armas, gorjales y antípares, y con ello dormíamos. Y dirán agora dónde dormíamos; de qué eran nuestras camas, sino un poco de paja y una estera, y el que tenía un toldillo ponelle debajo, y calzados y armados, y todo género de armas muy a punto, y los caballos ensillados y enfrenados todo el día, y todos tan prestos, que en tocando al arma, como si estuviéramos puestos e aguardando para aquel punto; pues velar cada noche, que no quedaba soldado que no velaba. Y otra cosa digo, y no por me jactanciar de ello: que quedé yo tan acostumbrado a andar armado y dormir de la manera que he dicho, que después de conquistada la Nueva España tenía por costumbre de me acostar vestido y sin cama, e que dormía mejor que en colchones; e agora cuando voy a los pueblos de mi encomienda no llevo cama; e sí alguna vez la llevo, no es por mi voluntad, sino por algunos caballeros que se hallan presentes, por que no vean que por falta de buena cama la dejo de llevar, mas en verdad que me echo vestido en ella. Y otra cosa digo: que no puedo dormir sino un rato de la noche, que me tengo de levantar a ver el cielo y estrellas, y me he de pasear un rato al sereno, y esto sin poner en la cabeza cosa ninguna de bonete ni paño, y gracias a Dios no me hace mal, por la costumbre que tenía. Y esto he dicho por que sepan de qué arte andábamos los verdaderos conquistadores, y cómo estábamos tan acostumbrados a las armas y a velar. Y dejemos de hablar en ello, pues que salgo fuera de nuestra relación. y digamos cómo Nuestro Señor Jesucristo siempre nos hace muchas mercedes. Y es que en la isla de Cuba Diego Velázquez dió mucha priesa en su armada. como adelante diré, y vino en aquel instante a la Nueva España un capitán que se decía Pánfilo de Narváez.

CAPITULO CIX

Cómo Diego Velázquez, gobernador de Cuba, dió muy gran priesa en enviar su armada contra nosotros, y en ella por capitán general a Pánfilo de Narváez, y cómo vino en su compañía el Licenciado Lucas Vásquez de Ayllón, Oidor de la Real Audiencia de Santo Domingo, y lo que sobrello se hizo.

Volvamos agora a decir algo atrás de nuestra relación, para que bien se entienda lo que agora diré. Ya he dicho en el capítulo que dello habla, que como Diego Velázquez, gobernador de Cuba, supo que habíamos enviado nuestros procuradores a Su Majestad con todo el oro que habíamos habido, e el sol y la luna, y muchas diversidades de joyas, y oro en granos sacado de las minas, y otras muchas cosas de gran valor, y que no le acudimos con cosa ninguna, y ansimismo supo cómo don Juan Rodríguez de Fonseca. obispo de Burgos e arzobispo de Rosano, que ansi se nombraba, e en aquella sazón era presidente de Indias y lo mandaba todo muy asolutamente, porque Su Majestad estaba en Flandes, y había tratado muy mal el obispo a nuestros procuradores, y dicen que le envió el mismo obispo desde Castilla en aquella sazón muchos favores al Diego Velázquez y aviso e mandado para que nos enviase a prender y quél le daría desde Castilla todo favor para ello. El Diego Velázquez con aquel gran favor hizo una armada de diez y nueve navíos y con mill y cuatrocientos soldados, en que traían sobre veinte tiros y mucha pólvora, y todo género de aparejos de piedras y pelotas, y dos artilleros que el capitán de la artillería se decía Rodrigo Martín, y traía ochenta de caballo y noventa ballesteros, y setenta escopeteros, y el mismo Diego Velázquez, por su persona, y aunque era bien gordo y pesado, andaba en Cuba de villa en villa y pueblo en pueblo proveyendo la armada y atrayendo los vecinos que tenían indios y parientes y amigos que viniesen con Pánfilo de Narváez para que le llevasen presos a Cortés y a todos nosotros sus capitanes y soldados, o al de menos no quedásemos algunos con las vidas; y andaba tan encendido en enojo y tan diligente, que vino hasta Guaniguanico, ques pasada la Habana más de sesenta leguas, y andando desta manera, antes que saliese su armada paresció ser alcanzáronlo a saber la real Audiencia de Santo Domingo y los frailes jerónimos questaban por gobernadores, el cual aviso y relación dello les envió desde Cuba el licenciado Zuazo. que había venido aquella isla a tomar residencia al mesmo Diego Velázquez. Pues como lo supieron la real Audiencia y tenían memoria de nuestros muchos y buenos e leales servicios que hacíamos a Dios y a Su Majestad, y habíamos enviado nuestros procuradores con grandes presentes a nuestro rey y señor, y quel Diego Velázquez no tenía razón ni justicia para que con su mano armada venga a tomar venganza de nosotros, sino que por justicia lo demandase, y que si venía con la armada que era gran estorbo para nuestra conquista, acordaron de enviar al un licenciado que se decía Lucas Vázquez de Ayllón, que era oidor de la misma real Audiencia, para que estorbase la armada al Diego Velázquez y no la dejase pasar, y que sobrello pusiese grandes penas. Y vino a Cuba el mesmo oidor e hizo sus diligencias y protestaciones como le

era mandado por la real Audiencia para que no saliese con su intención el Velázquez, y por más penas y requerimientos que le hizo e puso, no aprovechó cosa ninguna, porque como el Diego Velázquez era tan favorescido del obispo de Burgos y había gastado cuanto tenía en hacer aquella gente de guerra contra nosotros, no tuvo todos los requerimientos que le hicieron en una castaneta, en nada, antes se mostró más bravoso. Y desque aquello vió el oidor, vínose con el mismo Narváez para poner paces y dar buenos conciertos entre Cortés y el Narváez. Otros soldados dijeron que venía con intención de ayudarnos, y si no lo pudiese hacer, tomar la tierra en sí por Su Majestad como oidor, y de esta manera vino hasta el puerto de San Juan de Ulúa. Y quedarse ha aquí, y pasaré adelante lo que sobrello se hizo.

CAPITULO CX (1)

Cómo Pánfilo de Narváez llegó al puerto de San Juan de Ulúa, que se dice la Veracruz, con toda su armada, y lo que le sucedió.

Viniendo el Pánfilo de Narváez con toda su flota, que eran diez y nueve navíos, por la mar, paresce ser, junto a las sierras de San Martín, que ansí se llaman, tuvo un viento Norte, y en aquella costa es travesía, y de noche se le perdió un navío de poco porte, que dió al través; venía en él por capitán un hidalgo que se decía Cristóbal de Morante. natural de Medina del Campo, y se ahogaron cierta gente, y con toda la más flota vino a San Juan de Ulúa, y como se supo de aquella grande armada, que para haberse hecho en la isla de Cuba grande se puede llamar, tuvieron noticia della los soldados que había enviado Cortés a buscar las minas, y viénense a los navíos del Narváez los tres dellos, que se decían Cervantes "el Chocarrero", y Escalona, y el otro que se decía Alonso Hernández Carretero, y cuando se vieron dentro en los navíos y con el Narváez, dizque alzaban las manos a Dios que les libró del poder de Cortés y de salir de la gran ciudad de México, donde cada día esperaban la muerte; y como comían con el Narváez y bebían vino, y hartos de beber demasiado, estábanse diciendo los unos a los otros delante del mismo general: "Mira si es mejor estar aquí bebiendo buen vino que no cautivo en poder de Cortés, que nos traía de noche y de día tan avasallados que no osábamos hablar, y aguardando de un día a otro la muerte al ojo". Y aun decía el Cervantes, como era truhán, so color de gracias: "¡Oh Narváez, Narváez, qué bienaventurado que eres e a qué tiempo has venido! Que tiene ese traidor de Cortés allegados más de setecientos mill pesos de oro, y todos los soldados están muy mal con él porque les ha tomado mucha parte de lo que les cabía del oro de parte, e no lo quieren rescibir lo que les da". Por manera que aquellos soldados que se nos huyeron. como eran ruines y soeces, decían al Narváez mucho más de lo que quería saber, y también le dieron por aviso que

(1) Este capítulo se halla cruzado con varias líneas en el original; pero, al parecer, no por mano del autor.

ocho leguas de allí estaba poblada una villa que se dice la Villa Rica Veracruz, y estaba en ella por capitán un Gonzalo de Sandoval con setenta soldados, todos viejos y dolientes, y que si enviase a ellos gente de guerra luego se le darían, y le dicen otras muchas cosas. Dejemos todas estas pláticas y digamos cómo luego lo alcanzó a saber el gran Montezuma cómo estaban allí surtos en el puerto con los navíos muchos capitanes y soldados, y envió sus principales secretamente, que no lo supo Cortés, y les mandó dar comida y oro y ropa, y que de los pueblos más cercanos les proveyesen de bastimento, y el Narváez envió a decir al Montezuma muchas malas palabras y descomedimientos contra Cortés y de todos nosotros: que éramos unas gentes malas, ladrones, que vinimos huyendo de Castilla sin licencia de nuestro rey y señor, e que como se tuvo noticia el rey nuestro señor questábamos en estas tierras, y de los males y robos que hacíamos, e teníamos preso al Montezuma, y para estorbar tantos daños, que le mandó al Narváez que luego viniese con todas aquellas naos y soldados y caballos para que le suelten de las prisiones, y que a Cortés y a todos nosotros, como malos, nos prendiesen o matasen y en las mismas naos nos enviase a Castilla, y que desque allá llegásemos nos mandaría matar; y le envió a decir otros muchos desatinos. Y eran los intérpretes para dárselo a entender a los indios los tres soldados que se nos fueron, que ya sabían la lengua, y demás destas pláticas le envió el Narváez ciertas cosas de Castilla. Y cuando Montezuma lo supo tuvo gran contento con aquellas nuevas, porque como le decían que tenía tantos navíos e caballos e tiros y escopeteros y ballesteros y eran mill y trescientos soldados y dende arriba, creyó que nos prendería; y demás desto, como sus principales vieron a nuestros tres soldados con el Narváez, y veían que decían mucho mal de Cortés, tuvo por cierto todo lo quel Narváez le envió a decir. Y toda la armada se la llevaron pintada en unos paños al natural. Entonces el Montezuma le envió mucho más oro y mantas, y mandó que todos los pueblos de la comarca le llevasen bien de comer; e ya hacía tres días que lo sabía el Montezuma, y Cortés no sabía cosa ninguna. E un día, yéndole a ver nuestro capitán y tenelle palacio, y después de las cortesías que entrellos se tenían, paresció al capitán Cortés questaba el Montezuma muy alegre y de buen semblante, y le dijo qué tal se sentía. Y el Montezuma respondió que mejor estaba. Y también como Montezuma lo vió ir a le visitar en un día dos veces, temió que Cortés sabía de los navíos, y por ganar por la mano y no le tuviese por sospechoso, le dijo: "Señor Malinche: agora en este punto me han llegado mensajeros de cómo en el puerto adonde desembarcastes han venido diez y ocho e más navíos, y mucha gente y caballos, e todo nos lo traen pintado en unas mantas, y como me visitastes hoy dos veces, creí que me veníades a dar nuevas dellos, ansí que no habrás menester hacer navíos. Y porque no me lo decíades, por una parte tenía enojo de vos tenérmelo encubierto, y por otra me holgaba, porque vienen vuestros hermanos para que todos os vayáis a Castilla e no haya más palabras". Y cuando Cortés oyó lo de los navíos y vió la pintura del paño, se holgó en gran manera y dijo: "Gracias a Dios, que al mejor tiempo provee". Pues nosotros, los soldados, era tanto el gozo, que no podíamos estar quedos, y de alegría escaramucearon los de a caballo y tiramos tiros, y Cortés estuvo muy pensativo, porque bien entendió

que aquella armada que la enviaba el gobernador Diego Velázquez contra él y contra todos nosotros; y como sabio que era, comunicó lo que sentía della con todos nosotros, capitanes y soldados, y con grandes dádivas de oro que nos da y ofrescimientos que nos haría ricos, a todos nos atraía para que estuviésemos con él. Y no sabía quién venía por capitán, y estábamos muy alegres con las nuevas e con el más oro de lo que nos había dado por vía de mercedes, como que lo daba de su hacienda y no de lo que nos cabía de parte. Y fué gran socorro e ayuda que Nuestro Señor Jesucristo nos enviaba. E quedarse ha aquí, y diré lo que pasó en el real de Narváez.

CAPITULO CXI

Cómo Pánfilo de Narváez envió con cinco personas de su armada a requerir a Gonzalo de Sandoval, questaba por capitán en la Villa Rica, que se diese luego con todos los vecinos, y lo que sobrello pasó.

Como aquellos tres malos de nuestros soldados por mí memorados que se le pasaron al Narváez y le daban aviso de todas las cosas que Cortés y todos nosotros habíamos hecho desque entramos en la Nueva España, y le avisaron quel capitán Gonzalo de Sandoval estaba obra de ocho o nueve leguas de allí, en una villa questaba poblada, que se decía la Villa Rica de la Veracruz, e que tenía consigo setenta vecinos y todos los más viejos y dolientes, acordó de enviar a la villa a un clérigo que se decía Guevara, que tenía buena expresiva, e a otro hombre de mucha cuenta, que se decía Amaya, pariente del Diego Velázquez, de Cuba, e a un escribano que se decía Vergara, y tres testigos, los nombres dellos no me acuerdo, los cuales envió para que notificasen al Gonzalo de Sandoval que luego se diese al Narváez, y para ello dijeron que traían unos traslados de las provisiones. E dicen que ya el Gonzalo de Sandoval sabía de los navíos por nuevas de indios, y de la mucha gente que en ellos venía, y como era muy varón en sus cosas, siempre estaba muy apercebido él y sus soldados armados, y sospechando que aquella armada era de Diego Velázquez y que enviaría a aquella villa de sus gentes para se apoderar della, y por estar más desembarazados de los soldados viejos y dolientes, los envió luego a un pueblo de indios que se dice Papalote, y quedó con los sanos. Y el Sandoval siempre tenía buenas velas en los caminos de Cempoal, que es por donde habían de venir a la villa, y estaba convocando el Sandoval y atrayendo a sus soldados que si viniese Diego Velázquez o otra persona, que no se les diese la villa, y todos los soldados dicen que le respondieron conforme a su voluntad, y mandó hacer una horca en un cerro. Pues estando sus espías en los caminos, vienen de presto y le dan noticia que vienen cerca de la villa donde estaba seis españoles e indios de Cuba. Y el Sandoval aguardó en su casa, que no les salió a rescebir. Ya había mandado que ningún soldado saliese de su casa ni les hablase. Y como el clérigo y los demás que traían en su compañía no topaban a ningún vecino español con

quien hablar, si no eran indios que hacían la obra de la fortaleza e no les entendían, y como entraron en la villa fuéronse a la iglesia a hacer oración, y luego se fueron a la casa de Sandoval que les paresció, que era la mayor de la villa. Y el clérigo, después de "Enhorabuena estéis", que ansí dizque dijo, y el Sandoval le respondió: "Que en tal buena hora viniese", dicen quel clérigo Guevara, que ansí se llamaba, comenzó un razonamiento diciendo quel señor Diego Velázquez, gobernador de Cuba, había gastado muchos dineros en la armada, e que Cortés y todos los demás que había traído en su compañía le habían sido traidores, y que les venía a notificar que luego fuesen a dar la obidiencia al señor Pánfilo de Narváez, que venía por capitán general del Diego Velázquez. E como el Sandoval oyó aquellas palabras y descomedimiento que el padre Guevara dijo, sestaba carcomiendo de pesar de lo que oía, y le dijo: "Señor padre: muy mal habláis en decir esas palabras de traidores; aquí somos mejores servidores de Su Majestad que no Diego Velázquez, y porque sois clérigo no os castigo conforme a vuestra mala crianza. Anda con Dios a México, que allá está Cortés, ques capitán general y justicia mayor desta Nueva España, y os responderá; aquí no tenéis más que hablar". Entonces el clérigo dijo muy bravoso a su escribano que con él venía, que se decía Vergara, que luego sacase las provisiones que traía en el seno y las notificase al Sandoval y a los vecinos que con él estaban. Y dijo el Sandoval al escribano que no leyese ningunos papeles, que no sabía si eran provisiones o otras escrituras, y de plática en plática ya el escribano comenzaba a sacar del seno las escrituras que traía; y el Sandoval le dijo: "Mira, Vergara: ya os he dicho que no leáis ningunos papeles aquí, sino id a México, y os prometo que si tal leyésedes, que yo os haga dar cient azotes, porque ni sabemos si sois escribano del rey o no; mostrad títulos dello, y si le traís leeldo; ni tampoco sabemos si son originales las provisiones o traslados o otros papeles". Y el clérigo, que era muy soberbio, dijo: "¿Qué hacéis con estos traidores? Sacad esas provisiones y notificádselas". Y esto dijo con mucho enojo. Y como el Sandoval oyó aquella palabra, le dijo que mentía como ruin clérigo; y luego mandó a sus soldados que los llevasen presos a México. Y no lo hobo bien dicho, cuando en hamaquillas de redes, como ánimas pecadoras, los arrebataron muchos indios de los que trabajaban en la fortaleza, que los llevaron a cuestas, y en cuatro días dan con ellos cerca de México, que de noche y de día con indios de remuda caminaban, e iban espantados desque vían tantas ciudades y pueblos grandes. Y les traían de comer, y unos los tomaban y otros los dejaban, y andar por su camino. Dizque iban pensando si era encantamiento o sueño. Y el Sandoval envió con ellos por alguaciles, hasta que los llevase a México, a Pedro de Solís, el yerno que fué de Orduña, que agora llaman Solís tras de la puerta. Y ansí como los envió presos, escribió muy en posta a Cortés quién era el capitán de la armada y todo lo acaescido. Y como Cortés lo supo que venían presos y llegaban cerca de México, envióles cabalgaduras para los tres más principales; y mandó que luego los soltasen de la prisión, y les escribió que le pesó de que Gonzalo de Sandoval tal desacato hubiese hecho, e que quisiera que les hiciera mucha honra. Y desqus llegaron a México los salió a rescibir y los metió en la ciudad muy honradamente. Y desque el clérigo y los demás

sus compañeros vieron a México ser tan grandísima ciudad, y la riqueza de oro que teníamos, e otras muchas ciudades en el agua de la laguna, e todos nuestros capitanes y soldados, y la gran franqueza de Cortés, estaban admirados; y a cabo de dos días que estuvieron con nosotros, Cortés les habló de tal manera, con prometimientos y halagos, y aun les untó las manos de tejuelos y joyas de oro, y los tornó a enviar a su Narváez con bastimento que les dió para el camino, que donde venían muy bravosos leones volvieron muy mansos, y se le ofrescieron por servidores; y ansí como llegaron a Cempoal a dar relación a su capitán, comenzaron a convocar todo el real de Narváez que se pasasen con nosotros. Y dejallo he aquí, y diré cómo Cortés escribió al Narváez, y lo que sobrello pasó.

CAPITULO CXII

Cómo Cortés, después de bien informado de quién era capitán, y quién y cuántos venían en la armada, y los pertrechos de guerra que traían, y de los tres nuestros falsos soldados que a Narváez se pasaron, escribió al capitán y a otros sus amigos, especialmente Andrés de Duero, secretario del Diego Velázquez; y también supo cómo Montezuma enviaba oro y ropa al Narváez, y las palabras que le envió a decir al Montezuma; y de cómo venía en aquella armada el Licenciado Lucas Vázquez de Ayllón, oidor de la Audiencia Real de Santo Domingo, e la instrucción que traía.

Como Cortés en todo tenía gran cuidado e advertencia y cosa ninguna se le pasaba que no procuraba poner remedio y, como muchas veces he dicho antes de agora, tenía tan acertados y buenos capitanes y soldados que, demás de ser muy esforzados, le dábamos buenos consejos, acordóse por todos que se escribiese en posta con indios que llevasen las cartas al Narváez antes que llegase el clérigo Guevara, con muchas quiricias y ofrescimientos, que todos a una le hiciésemos, que haríamos lo que su merced mandase, y que le pedíamos por merced que no alborotase la tierra ni los indios viesen entre nosotros divisiones. Y esto deste ofrescimiento fué por causa que, como éramos los de Cortés pocos soldados en comparación de los quel Narváez traía, por que nos tuviese buena voluntad, e para ver lo que sucedía, y nos ofreciésemos por sus servidores; y también debajo destas buenas palabras no dejásemos de buscar amigos entre los capitanes del Narváez, porquel padre Guevara y el escribano Vergara dijeron a Cortés que Narváez no venía bien quisto con sus capitanes y que les enviase algunos tejuelos y cadenas de oro, porque dádivas quebrantan peñas. Y Cortés les escribió que se había holgado en gran manera él y todos nosotros sus compañeros con su llegada aquel puerto, y pues son amigos de tiempos pasados, que le pide por merced que no dé causa a quel Montezuma, questá preso, se suelte y la ciudad se levante, porque será para perderse él e su gente y todos nosotros las vidas, por los grandes poderes que tiene; y esto

que lo dice porquel Montezuma está muy alterado y toda la ciudad revuelta con las palabras que de allá le han enviado a decir; e que cree y tiene por cierto que de un tan esforzado y sabio varón como él es no habían de salir de su boca cosas de tal arte dichas ni en tal tiempo, sino que el Cervantes "el Chocarrero" y los soldados que llevaba consigo lo dirían. Y demás de otras palabras que en la carta iban, se le ofresció con su persona y hacienda, y que en todo se haría lo que mandase. Y también escribió Cortés al secretario Andrés de Duero y al oidor Lucas Vázquez de Ayllón, y con las cartas envió ciertas joyas de oro para sus amigos. Y después que hubo enviado esta carta, secretamente mandó dar al oidor cadenas y tejuelos y rogó al padre de la Merced que luego tras las cartas fuese al real de Narváez, y le dió Cortés otras cadenas de oro y tejuelos y joyas muy estimadas que diese allá a sus amigos. Y así como llegó la primera carta que dicho habemos que escribió Cortés con los indios antes que llegase el padre Guevara, que fué el que Narváez nos envió, andábala mostrando el Narváez a sus capitanes haciendo burla della, y aun de nosotros. Y un capitán de los que traía el Narváez, que venía por veedor, que se decía Salvatierra, dicen que hacía bramuras desque la oyó; y decía a Narváez, reprendiéndole, que para qué leía la carta de un traidor como Cortés e los que con él estaban, e que luego fuese contra nosotros, e que no quedase ninguno a vida; y juró que las orejas de Cortés que las había de asar y comer la una dellas, y decía otras liviandades. Por manera que no quiso responder a la carta ni nos tenía en una castañeta. Y en este instante llegó el clérigo Guevara y sus compañeros, y hablan al Narváez que Cortés era muy buen caballero e gran servidor del rey, y le dicen del gran poder de México y de las muchas ciudades que vieron por donde pasaron, e quentendieron que Cortés que le será servidor y hará cuanto mandase, e que será bien que por paz y sin ruido haya entre los unos y los otros concierto, e que mire el señor Narváez a qué parte quiere ir de toda la Nueva España con la gente que trae que allí vaya, y deje a Cortés en otras provincias, pues hay tierras hartas donde se pueden albergar. Y como esto oyó el Narváez, dicen que se enojó de tal manera con el padre Guevara e con el Amaya, que no los quería después más ver ni escuchar. Y desque los del real de Narváez les vieron ir tan ricos al padre Guevara e al escribano Vergara e a los demás, y les decían secretamente a todos los de Narváez tanto bien de Cortés e de todos nosotros, e que habían visto tanta multitud de oro que en el real andaba en el juego, muchos de los de Narváez deseaban estar ya en nuestro real. Y en este instante llegó nuestro padre de la Merced, como dicho tengo, al real de Narváez con los tejuelos que Cortés le dió y con cartas secretas, y fué a besar las manos de Narváez y a decille cómo Cortés hará todo lo que le mandare, e que tengan paz y amor. Y el Narváez, como era cabezudo y venía muy pujante, no le quiso oír, antes dijo delante del mismo padre que Cortés y todos nosotros éramos unos traidores, e porque el fraile respondía que antes éramos muy leales servidores del rey, le trató mal de palabra. Y muy secretamente repartió el fraile los tejuelos y cadenas de oro a quien Cortés le mandó, y convocaba y atraía a los más principales del real de Narváez. Y dejallo he aquí, y diré lo que al oidor Lucas Vázquez de Ayllón y el Narváez les acontesció, y lo que sobre ello pasó.

CAPITULO CXIII

Cómo hobieron palabras el capitán Pánfilo de Narváez y el oidor Lucas Vázquez de Ayllón; y el Narváez le mandó prender y le envió en un navío preso a Cuba o a Castilla, y lo que sobre ello avino.

Parece ser que como el oidor Lucas Vázquez de Ayllón venía a favorescer las cosas de Cortés y de todos nosotros, porque ansí se lo habían mandado la real Audiencia de Santo Domingo y los frailes jerónimos questaban por gobernadores, como sabían los muchos y buenos y leales servicios que hacíamos a Dios primeramente, y a nuestro rey y señor, y del gran presente que enviamos a Castilla con nuestros procuradores. E demás de lo que la Audiencia real le mandó, como el oidor vió las cartas de Cortés, e con ellas tejuelos de oro. si de antes decía que aquella armada que enviaba era injusta y contra toda justicia, que a tan buenos servidores del rey como éramos que era mal hecho venir, y de allí adelante lo decía muy más claro y abiertamente; y decía tanto bien de Cortés y de todos los que con él estábamos, que ya en el real de Narváez no se hablaba de otra cosa; y demás desto, como vían y conocían en el Narváez ser la pura miseria, y el oro y ropa que Montezuma les enviaba todo se lo guardaba y no daba cosa dello a ningún capitán ni soldado, antes decía con voz que hablaba muy entonado, medio de bóveda, a su mayordomo: "Mira que no falte ninguna manta, porque todas están puestas por memoria". Y como aquello conocían dél, e oían lo que dicho tengo del Cortés y los que con él estábamos de muy francos, todo su real estaba medio alborotado, y tuvo pensamiento el Narváez que el oidor entendía en ello e poner cizaña; y demás desto, cuando Montezuma les enviaba bastimento, que repartía el despensero o mayordomo de Narváez, no tenía cuenta con el oidor ni con sus criados, como era razón, y sobrello hobo ciertas cosquillas y ruido en el real; y también por consejo que daban a Narváez el Salvatierra, que dicho tengo que venía por veedor, y un Juan Bono de Cuexo, vizcaíno, y sobre todo los grandes favores que tenía el Narváez de Castilla, de don Juan Rodríguez de Fonseca, obispo de Burgos e arzobispo de Rosano, tuvo tal atrevimiento el Narváez, que prendió al oidor del rey y envióle preso a él y a ciertos sus criados y a su escribano y los hizo embarcar en un navío y los envió a Castilla, o a la isla de Cuba; y a un hidalgo que se decía Fulano de Oblanca y era letrado, porque decía que Cortés era múy servidor del rey, y todos nosotros los que estábamos con él, y que éramos dinos de muchas mercedes, y que parescía mal llamarnos traidores, y que era mal hecho prender a un oidor de Su Majestad, y por esto que le dijo le mandó echar preso; y como el Gonzalo de Oblanca era muy noble, del enojo murió dentro de cuatro días; y también mandó echar presos a otros dos soldados que traía en su navío, que sabía que hablaban bien de Cortés, y entrellos fué un Sancho de Barahona, vecino que fué de Guatimala. Tornemos a decir del oidor que llevaban preso a Castilla, que con palabras buenas y con temores que puso al capitán y al piloto y maestre que le llevaban a cargo en el navío, que llegados a Castilla que Su Majestad, en lugar de paga de lo que hacen, les

mandaría ahorcar; y desque aquellas palabras oyeron, le dijeron que les pagase su trabajo y le llevarían a Santo Domingo. Y así mudaron la derrota que les había mandado el Narváez. Y llegados a la isla de Santo Domingo y desembarcado, desque la Audiencia real, que allí residía, y los frailes jerónimos questaban por gobernadores oyeron al licenciado Lucas Vázquez de Ayllón, y vieron tan gran desacato y atrevimiento, sintiéronlo mucho y con tanto enojo, que luego lo escribieron a Castilla al Real Consejo de Su Majestad, y como el obispo de Burgos era presidente y lo mandaba todo, y Su Majestad no había venido de Flandes, no hobo lugar de se hacer cosa ninguna de justicia en nuestro favor; antes el don Juan Rodríguez de Fonseca dizque se holgó mucho creyendo quel Narváez nos había ya desbaratado; y cuando Su Majestad, questaba en Flandes, oyó a nuestros procuradores y lo quel Diego Velázquez y Narváez habían hecho en enviar la armada sin su real licencia, y haber prendido a su oidor, les hizo harto daño en los pleitos y demandas que después que acusaron a Cortés le pusieron, y a todos nosotros, como adelante diré, por más que decían que tenían licencia del obispo de Burgos, que era presidente, para hacer la armada que contra nosotros enviaron. Pues como ciertos soldados, deudos e amigos del oidor Lucas Vázquez de Ayllón, vieron quel Narváez había hecho aquel gran desatino contra el oidor de Su Majestad, que había llevado preso, e temerosos del Narváez, que los traía ya sobre los ojos y estaba mal con ellos, acordaron de se huir de los arenales a la villa donde estaba el capitán Sandoval; y les hizo mucha honra, y supo dellos todo lo aquí por mí dicho, y cómo quería enviar el Narváez a aquella villa soldados a prenderle. Y lo que más pasó diré adelante.

CAPITULO CXIV

Cómo Narváez, después que echó preso al oidor Lucas Vázquez de Ayllón e a su escribano, se pasó con toda la armada a un pueblo que se dice Cempoal, que en aquella sazón era grande, y lo que en él concertó, y lo que nuestro Cortés y todos nosotros hecimos estando en México, e cómo acordamos ir sobre Narváez.

Como Narváez hubo enviado preso al oidor de la Audiencia real de Santo Domingo, luego procuró de se ir con todo su fardaje e municiones e pertrechos de guerra a sentar real en un pueblo que en aquella sazón era muy poblado, que se dice Cempoal; y la primera cosa que hizo tomó por fuerza al cacique gordo, que ansí se llama, todas las mantas y ropa e oro que Cortés le dió a guardar antes que partiésemos para Tascala, y también le tomó las indias que habían dado los caciques de aquel pueblo, que se las dejamos en casa de sus padres porque eran hijas de señores e para ir a la guerra muy delicadas. Y hecho esto, el cacique gordo dijo muchas veces a Narváez que no le tomase cosa alguna de lo que Cortés le dejó en poder, porque si lo sabía que se lo tomaban, que mataría por ello, y aun se le quejó al mismo Narváez de muchos males e robos que sus gentes le hacían en

aquel pueblo; y le dijeron que cuando estaba allí Malinche, que ansí llamaban a Cortés, y su gente, que no les tomaban cosa ninguna, e que era muy bueno y justificado ansí él como todos los teules que traían, e que le diese luego sus indias e oro e mantas, si no que se enviaría a quejarse a Malinche. E como aquello le oían, hacían burla de lo que decía, y el veedor Salvatierra, otras veces por mí nombrado, que era el que más bravezas hablaba, dijo a otros sus amigos e al mismo Narváez: "¿No oís qué miedo tienen todos estos caciques deste nonada de Cortesillo?" Digo yo miren cuánto vale no decir mal de lo bueno; que digo de verdad que cuando dimos sobre el Narváez, uno de los más cobardes fué el Salvatierra, como adelante diré; e no porque no tenía membrudo cuerpo e fuerzas, mas era mal engalivado, y no de la lengua. Decían que era natural de un pueblo adelante de Burgos. Dejemos de hablar dél y digamos cómo el Narváez envió a requerir a nuestro capitán e a todos nosotros con unas provisiones, que decían eran traslados de los originales que traía, para ser capitán por el gobernador Diego Velázquez, las cuales enviaba para que nos las notificasen a un escribano que se decía Fulano de Mata, el cual después fué ballestero, y el tiempo andando fué vecino de la Puebla; y enviaba con él a cuatro soldados, personas muy de calidad, para ser testigos. E dejallo he aquí, ansí al Narváez e al escribano que enviaba, e volvamos a Cortés, que como cada día tenía cartas e avisos, ansí de los del real de Narváez como del capitán Gonzalo de Sandoval, que quedaba en la Villa Rica e le hizo saber que tenía allí consigo los cinco soldados, personas muy principales, parientes e amigos del licenciado Lucas Vázquez de Ayllón, que envió preso el Narváez, que se le pasaron del real de Narváez; y la causa que daban por qué se vinieron fué que pues el Narváez no tuvo respeto a un oidor del rey, que menos se lo ternía a ellos, que eran sus deudos; de los cuales soldados supo muy por extenso el Sandoval todo lo que pasaba en el real de Narváez, que decía que había de ir en nuestra busca a México para nos prender. Pasemos adelante y digamos que Cortés tomó luego consejo con nuestros capitanes e todos nosotros los que sabia que le habíamos de ser muy servidores e solía llamar a consejo para en casos de calidad como éstos; e por todos fué acordado que brevemente, sin más aguardar cartas ni otras razones, fuésemos sobre el Narváez, e que Pedro de Alvarado quedase en México en guarda de Montezuma con todos los soldados que no tuviesen dispusición para ir aquella jornada. También para que quedasen allí las personas sospechosas que sentíamos ser amigos de Diego Velázquez. Y en aquella sazón, antes que el Narváez viniese, había enviado Cortés a Tascala por mucho maíz, porque había malas sementeras en tierra de México por falta de aguas e hobo necesidad dello, e como teníamos muchos indios naborías de Tascala habíamoslo menester. El cual maíz trujeron, e gallinas e otros bastimentos, que dejamos a Pedro de Alvarado, e aun le hecimos unos mamparos e fortalezas con ciertos pertrechos, tiros de brosne e toda la pólvora que había, e catorce escopeteros y ocho ballesteros e cinco caballos, e quedaron con él ochenta soldados por todos. Y desque el gran Montezuma vió que queríamos ir sobre Narváez, y como Cortés le iba a ver

cada día e a tenelle palacio, jamás Cortés le quiso dar a entender que el Montezuma ayudaba a Narváez e le enviaba oro e mantas e le mandaba dar bastimentos; e de plática en plática le preguntó Montezuma a Cortés que adónde quería ir e para qué había hecho aquellos pertrechos e fortaleza, e que cómo andábamos todos rebotados. E lo que Cortés le respondió y en lo que se resumió la plática diré adelante.

CAPITULO CXV

Cómo el gran Montezuma preguntó a Cortés que cómo quería ir sobre Narváez, siendo los que traía el Narváez muchos e Cortés tener pocos, e que le pesaría si nos viniese algún mal.

Como estaban platicando Cortés y el gran Montezuma, como lo tenían de costumbre, dijo el Montezuma a Cortés: "Señor Malinche: a todos vuestros capitanes e soldados os veo andar desasosegados, e también he visto que no me visitáis sino de cuando en cuando, e Orteguilla, el paje, me dice que queréis ir sobre esos vuestros hermanos que vienen en los navíos, e queréis dejar aquí en mi guarda al Tonatio; hacedme merced que me lo declaréis para que si en algo os pudiese ayudar que lo haré de buena voluntad, e también, señor Malinche, no querría que os viniese algún desmán, porque vos tenéis muy pocos teules y esos que vienen son cinco veces más, y ellos dicen que son cristianos como vosotros e vasallos e criados dese vuestro emperador, e tienen imágenes e ponen cruces e les dicen misa, e dicen e publican que sois gente que venistes huyendo de vuestro rey, e que os vienen a prender e matar; yo no os entiendo, por eso mira lo que hacéis". Cortés le respondió con un semblante de alegría e le dijo, con doña Marina, que siempre estaba con él en todos los razonamientos, e aun Jerónimo de Aguilar, nuestras lenguas, que le dijesen que si no le había venido a dar relación dello es como le quiere mucho e por no dalle pesar con nuestra partida, e que por esta causa lo ha dejado, porque así tiene por cierto que el Montezuma le tiene buena voluntad; e que cuanto a lo que dice que todos somos vasallos de nuestro gran emperador, que es verdad, e de ser cristianos como nosotros, que sí son, e a lo que dicen que venimos huyendo de nuestro rey y señor, que no es así, sino que nuestro rey nos envió para velle y hablalle todo lo que en su real nombre le ha dicho e platicado; e a lo que dice que trae muchos soldados e noventa caballos, e muchos tiros e pólvora, e que nosotros somos pocos, e que nos vienen a matar e prender, Nuestro Señor Jesucristo, en quien creemos, e Nuestra Señora Santa María, su bendita madre, nos dará fuerza y esfuerzo más que no a ellos, pues son malos e vienen de aquella manera. E que como nuestro emperador tiene muchos reinos e señoríos, hay en ellos mucha diversidad de gentes, unas muy esforzadas e otras mucho más, e que nosotros somos de dentro de Castilla, que llaman Castilla la Vieja, e nos dicen castellanos, e que el capitán que está en Cempoal, y la gente que trae, es de otra provincia, que llaman Vizcaya, e se llaman vizcaínos, que hablan

como los otomíes, tierra de México, e quél vería cuál se los traíamos presos: e que no tuviese pesar por nuestra ida, que presto volveríamos con vitoria, e lo que agora le pide por merced es que mire que queda con él su hermano Tonatio, que así llamaban a Pedro de Alvarado, con ochenta soldados; que después que salgamos de aquella ciudad no haya algún alboroto, ni consienta a sus capitanes e papas hagan cosa que después que volvamos tengan los revoltosos que pagar con las vidas, e que todo lo que hubiese menester de bastimentos, que se lo den; e allí le abrazó Cortés dos veces al Montezuma, e ansímismo el Montezuma al Cortés. E doña Marina, como era tan avisada, se lo decía de arte que ponía tristeza con nuestra partida. Allí se ofresció que haría todo lo que Cortés le había encargado, y aun prometió que enviaría en nuestra ayuda cinco mill hombres de guerra. Cortés le dió las gracias por ello, mas bien vió que no los había de enviar, e le dijo que no había menester más de la ayuda de Dios primeramente y de sus compañeros; e también dijo que mirase que la imagen de Nuestra Señora e la cruz que siempre lo tuviesen enramado y con candelas de cera, que tuviesen siempre encendidas de noche y de día, e que no consintiesen a ningún papa que hiciesen otra cosa, porque en aquello conoscería su buena amistad. Y después de tornados otra vez a se abrazar, le dijo que le perdonase que no podía estar más con él por entender en la partida. Y luego habló a Pedro de Alvarado e a todos los soldados que con él quedaban, e les encargó que en todo guardasen al gran Montezuma no se soltase, e que obedeciesen a Pedro de Alvarado, e que prometía que, mediante Nuestro Señor Dios, de hacer a todos ricos. E allí se quedó con ellos el clérigo Joan Díaz, que no fué con nosotros, e otros hombres sospechosos. E nos abrazamos los unos a los otros. e sin llevar indias ni avíos, sino a la ligera, tiramos por nuestras jornadas por Cholula. Y en el camino envió Cortés a Tlascala a rogar a nuestros amigos Xicotenga y Maseescasi que nos enviasen de presto cinco mil hombres de guerra. Y enviaron a decir que si fueran para contra indios como ellos, que sí hicieran, e aun muchos más, e que para contra teules como nosotros. e contra lombardas y ballestas, que no querían, y proveyeron de veinte cargas de gallinas. E también Cortés escribió a Sandoval que se juntase con todos sus soldados muy prestamente con nosotros, que íbamos a unos pueblos obra de doce leguas de Cempoal, que se dicen Tanpaniquita e Mitlanguita, que ahora son de la encomienda de Pedro Moreno Medrano, que vive en la Puebla; e que mirase muy bien el Sandoval que el Narváez no le prendiese ni hobiese a las manos a él ni a ninguno de sus soldados. Pues yendo que íbamos de la manera que he dicho con mucho concierto para pelear sí encontrásemos gente de guerra de Narváez o al mismo Narváez, y nuestros corredores del campo descubriendo e siempre una jornada adelante. dos de nuestros soldados, grandes peones, personas de mucha confianza, y éstos no iban por camino derecho, sino por parte que no podía ir a caballo, para saber e inquirir de indios de la gente de Narváez; pues yendo nuestros corredores del campo descubriendo, vieron venir a un Alonso de Mata, el que decían que era escribano, que venía a notificar los papeles o traslados de las provisiones, según dije atrás en el capítulo que dello habla, e a los cuatro españoles que con él venían por testigos. Y luego vinieron los dos nuestros soldados de a caballo a dar

mandado, y los otros dos corredores del campo se estuvieron en palabras con el Alonso Mata e con los cuatro testigos, y en este instante nos dimos priesa en andar e alargamos el paso. E desque llegaron cerca de nosotros hicieron gran reverencia a Cortés y a todos nosotros. Y Cortés se apeó del caballo y supo a lo que venían; e como el Alonso de Mata quería notificar los despachos que traía, Cortés le dijo que si era escribano del rey; y dijo que sí; e mandóle que luego exhibiese el título, e que si lo traía que leyese los recaudos, e que haría lo que viese que era servicio de Dios e de Su Majestad; e si no lo traía, que no leyese aquellos papeles, e que también había de ver los originales de Su Majestad. Por manera que el Mata, medio cortado e medroso, porque no era escribano de Su Majestad, e los que con él venían no sabían qué se decir. E Cortés les mandó dar de comer porque reparamos allí; e les dijo Cortés que íbamos a unos pueblos cerca del real del señor Narváez, que se decían Tanpanequita, y que allí podía enviar a notificar lo que su capitán mandase. Y tenía Cortés tanto sufrimiento, que nunca dijo mala palabra de Narváez; e apartadamente habló con ellos e les tomó las manos e les dió cierto oro; y luego se volvieron a su Narváez diciendo bien de Cortés e de todos nosotros. E como muchos de nuestros soldados, por gentileza, en aquel instante llevábamos en las armas joyas de oro e cadenas e collares al pescuezo, e aquellos que venían a notificar los papeles las vieron, dicen en Cempoal maravillas de nosotros; e muchos había en el real de Narváez, personas principales, que querían venir a traer paces y tratarlas con Cortés, y desque todos los vían ir ricos. Por manera que llegamos a Panganequita e otro día llegó el capitán Sandoval con los soldados que tenía, que serían hasta sesenta, porque los demás viejos y dolientes los dejó en unos pueblos de indios de nuestros amigos que se decían Papalote, para que allí les diesen de comer; y también vinieron con él los cinco soldados parientes e amigos del licenciado Lucas Vázquez de Ayllón, que se habían venido huyendo del real de Narváez y venían a besar las manos a Cortés, a los cuales con mucha alegría recibió muy bien. Y allí estuvo contando Sandoval a Cortés de lo que les acaeció con el clérigo furioso Guevara e con el Vergara e con los demás, y cómo los mandó llevar presos a México según e de la manera que dicho tengo en el capítulo pasado; y también dijo cómo desde la Villa envió dos soldados como indios, puestos mantillas o mantas como indios propios, al real de Narváez, e como eran morenos dijo Sandoval que no parescían españoles sino propios indios, e cada uno llevó una carguilla de ciruelas a cuestas, que en aquella sazón era tiempo dellas cuando estaba Narváez en los arenales, antes que se pasasen al pueblo de Cempoal, e que fueron al rancho del bravo Salvatierra, e que les dió por las ciruelas un sartalejo de cuentas amarillas. E desque hobieron vendido las ciruelas, el Salvatierra les mandó que le fuesen por yerba, creyendo que eran indios, allí junto a un riachuelo questaba cerca de los ranchos, para su caballo; e fueron e cogieron unas carguillas de yerba, y esto era a hora del Ave María cuando volvieron con la yerba, y se estuvieron en el rancho en cluquillas como indios hasta que anochesció; e tenían ojo y sentido en lo que decían ciertos soldados de Narváez que vinieron a tener palacio e compañía al Salvatierra. Dizque les decía el Salvatierra: "¡Oh a qué tiempo hemos venido!, que tiene

allegado ese traidor de Cortés más de siete cientos mill pesos de oro, y todos seremos ricos, pues los soldados e capitanes que consigo trae no será menos sino que tengan mucho oro". Y decían por ahí otras palabras. E desque fué bien escuro vienen los dos de nuestros soldados que estaban hechos como indios, e callando salen del rancho y van adonde tenían el caballo, y con el freno que estaba junto con la silla le enfrenan y ensillan e cabalgan en él; e viniéndose para la villa e de camino, topan otro caballo maneado cabe el riachuelo, y también se lo trujeron. E preguntó Cortés al Sandoval por los mismos caballos, e dijo que los dejó en el pueblo de Papalote, donde quedaban los dolientes, porque por donde él venía con sus compañeros no podían pasar caballos, porque era tierra muy fragosa e de grandes sierras, e que vino por allí por no topar con gente de Narváez. E cuando Cortés supo que era el un caballo del Salvatierra, se holgó en gran manera, e dijo: "Agora braveará más desque le halle menos". Volvamos al Salvatierra, que desque amanesció e no halló a los dos indios que le trujeron a vender las ciruelas, ni halló su caballo ni la silla y el freno, dijeron después muchos soldados de los del mismo Narváez que decía cosas que los hacía reír, porque luego conoscio que eran españoles de los de Cortés los que les llevaron los caballos, e desde allí adelante se velaban. Volvamos a nuestra materia. Y luego Cortés con todos nuestros capitanes y soldados estuvimos platicando cómo y de qué manera daríamos en el real de Narváez. E lo que se concertó antes que fuésemos sobre Narváez diré adelante.

CAPITULO CXVI

Cómo acordó Cortés con todos nuestros soldados que tornásemos a enviar al real de Narváez al fraile de la Merced, que era muy sagaz y de buenos medios, y que se hiciese muy servidor del Narváez e que se mostrase favorable a su parte más que no a la de Cortés, e que secretamente convocase al artillero que se decía Rodrigo Martín e a otro artillero que se decía Usagre, e que hablase con Andrés de Duero para que viniese a verse con Cortés, y que otra carta que escribíamos al Narváez que mirase que se la diese en sus manos, e lo que en tal caso convenía, e tuviese mucha advertencia, e para esto llevó mucha cantidad de tejuelos e cadenas de oro para repartir.

Pues como ya estábamos en aquel pueblo todos juntos, acordamos que con el padre de la Merced se escribiese otra carta al Narváez, que decía en ella ansí o otras palabras formales que éstas: Después de puesto su acato con gran cortesía, que nos habíamos holgado de su venida, e creíamos que con su generosa persona haríamos gran servicio a Dios Nuesro Señor e a Su Majestad, e que no nos ha querido responder cosa ninguna, antes nos llama de traidores, siendo muy leales servidores del rey, e ha revuelto toda la tierra con las palabras que envió a decir a Montezuma, e que le envió Cortés a pedir por merced que escogiese la provincia que en cualquiera parte

que quisiese quedar con la gente que tiene o fuese adelante, e que nosotros iríamos a otras tierras y haríamos lo que buenos servidores de Su Majestad somos obligados, e que le hemos pedido por merced que si trae provisiones de Su Majestad que envíe los originales para ver y entender si vienen con la real firma e qué es lo que en ellas se contiene, para que luego que lo veamos los pechos por tierra obedescerla, e que no ha querido hacer lo uno ni lo otro, sino tratarnos mal de palabra e revolver la tierra; que le pedimos e requerimos de parte de Dios y del rey nuestro señor que dentro en tres días envíe a notificar los despachos que trae con escribano de Su Majestad, e que lo cumpliremos como mandado de nuestro rey e señor todo lo que en las reales provisiones mandare, que para aquel efecto nos hemos venido a aquel pueblo de Panguenequita, por estar más cerca de su real; e que si no trae las provisiones e se quisiere volver a Cuba, que se vuelva e no alborote más la tierra, con protestación que si otra cosa hace, que iremos contra él a le prender y enviallo preso a nuestro rey e señor, pues sin su real licencia nos viene a dar guerra e desasosegar todas las ciudades, e que todos los males e muertes e fuegos y menoscabos que sobre esto acaescieren que sea a su cargo e no al nuestro. Y esto se escribe agora por carta mensiva, porque no osa ningún escribano de Su Majestad írselo a notificar por temor no les acaesca el gran desacato como el que se tuvo con un oidor de Su Majestad; y que dónde se vió tal atrevimiento de le enviar preso, e que aliende de lo que dicho tiene, por lo que es obligado a la honra e justicia de nuestro rey, que le conviene castigar aquel gran desacato e delito como capitán general e justicia mayor que es desta Nueva España, le cita y emplaza para ello, y se lo demandará usando de justicia pues es crimen *lege magestatis* en lo que ha tratado e que hace a Dios testigo de lo que agora dice. Y también le envió a decir que luego volviese al cacique gordo las mantas e ropa e joyas de oro que le habían tomado por fuerza, e ansimismo las hijas de señores que nos habían dado sus padres, e mandase a sus soldados que no robasen a los indios de aquel pueblo ni de otros. E después de puesto su cortesía e firmada de Cortés e de nuestros capitanes e algunos soldados, iba allí mi firma. Y entonces se fué con el mismo fraile un soldado que se decía Bartolomé de Usagre, porque era hermano del artillero Usagre que tenía cargo de la artillería de Narváez. Y llegados nuestro religioso y el Usagre a Cempoal, adonde estaba el Narváez, diré lo que dizque pasó.

CAPITULO CXVII

Cómo el fraile de la Merced fué a Cempoal, donde estaba el Narváez e todos sus capitanes, e lo que pasó con ellos, e les dió la carta.

Como el fraile de la Merced llegó al real de Narváez, sin yo gastar más palabras en tornallo a recitar, hizo lo que Cortés le mandó, que fué convocar a ciertos caballeros de los de Narváez e al artillero Rodrigo Martín, que ansí se llamaba, e al Usagre, que tenía también cargo de los tiros, y para mejor le atraer fué su hermano del Usagre con tejuelos de oro que dió de

secreto al hermano, e ansimismo repartió el fraile todo el oro que Cortés le mandó; e habló al Andrés de Duero que luego se viniese a nuestro real a verse con Cortés, y demás desto ya el fraile había ido a ver e hablar al Narváez e hacérsele muy gran servidor. E andando en estos pasos tuvieron gran sospecha de lo en que andaba nuestro fraile, e aconsejaban al Narváez que luego le prendiese. e ansí lo quería hacer; y como lo supo Andrés de Duero, que era secretario del Diego Velázquez y era de Tudela de Duero y teníanse por deudos el Narváez y él, porque el Narváez también era de tierra de Valladolid, o del mismo Valladolid, y en toda la armada era muy estimado y preminente, el Andrés de Duero fué al Narváez y le dijo que le habían dicho que quería prender al fraile de la Merced, mensajero y embajador de Cortés; que mirase que, ya que se tuviese sospecha que el fraile hablaba algunas cosas en favor del Cortés, que no es bien prendelle, pues que claramente se ha visto cuánta honra e dádivas da Cortés a todos los suyos del Narváez que allá van, e que el fraile ha hablado con él después que allí ha venido, e lo que siente dél es que desea quél y otros caballeros del real de Cortés le vengan a recebir, e que todos fuesen amigos; e que mire cuánto bien dice Cortés a los mensajeros que envía, que no le sale por la boca a él ni a cuantos con él están sino el señor capitán Narváez, e que sería poquedad prender a un religioso; e que otro hombre que vino con él, ques hermano de Usagre el artillero, que le viene a ver; que convide al fraile a comer e le saque del pecho la voluntad que todos los de Cortés tienen. E con aquellas palabras e otras sabrosas que le dijo amansó al Narváez; y luego desque esto pasó se despidió Andrés de Duero del Narváez y secretamente habló al padre lo que había pasado. Y luego el Narváez envió a llamar al fraile, e como vino le hizo mucho acato, y el fraile, medio riendo, que era muy cuerdo y sagaz, le suplicó que se apartase en secreto, y el Narváez se fué con él paseando a un patio, y el fraile le dijo: "Bien entendido tengo que vuestra merced me quería mandar prender; pues hágole saber, señor, que no tiene mejor ni mayor servidor en su real que yo, e tenga por cierto que muchos caballeros e capitanes de los de Cortés le querrían ya ver en manos de vuestra merced, e ansí creo que vernemos todos, e para más le atraer a que se desconcierte le han hecho escribir una carta de desvaríos, firmada de los soldados, que me dieron que diese a vuestra merced, que no la he querido mostrar hasta agora que viene a pláticas, que en un río la quise echar por las nescedades que en ella trae; y esto hacen sus capitanes e soldados de Cortés por verle ya desconcertar". Y el Narváez dijo que se la diese; y el fraile dijo que la dejó en su posada e que iría por ella, e ansí se despidió para ir por la carta. Y entre tanto vino al aposento de Narváez el bravoso Salvatierra, y de presto el fraile llamó a Duero que fuese luego en casa del Narváez para dalle la carta, que bien sabía ya el Duero della, e aun otros capitanes de Narváez que se habían mostrado por Cortés, porquel fraile consigo la traía, sino por que estuviesen juntos muchos de los de aquel real e la oyesen. E luego como vino el fraile con la carta, se la dió al mismo Narváez, e dijo: "No se maraville su merced con ella, que ya Cortés anda desvariando, y sé cierto que si vuestra merced le habla con amor, que luego se le dará él e todos los que consigo trae". Dejemos de razones del fraile, que las tenía muy buenas, e

digamos que le dijeron a Narváez los soldados y capitanes que leyese la carta E desque la oyeron dizque hacían bramuras el Narváez y el Salvatierra; los demás se reían, como haciendo burla della. Y entonces dijo el Andrés de Duero: "Agora yo no sé cómo sea esto, yo no lo entiendo; porque este religioso me ha dicho que Cortés e todos se le darían a vuestra merced, y escribir agora estos desvaríos". Y luego, de buena tinta también, le ayudó al Duero un Agustín Bermúdez, que era capitán e alguacil mayor del real de Narváez, e dijo: "Ciertamente también he sabido deste fraile de la Merced muy en secreto que como enviase buenos terceros quel mismo Cortés vernía a verse con vuestra merced para que se diese con sus soldados, y será bien que envíe a su real, pues no está muy lejos, al señor veedor Salvatierra e al señor Andrés de Duero, o yo iré con ellos". Y esto dijo adrede por ver qué diría el Salvatierra. E luego dijo el Narváez que fuese el Andrés de Duero y Salvatierra. Respondió el Salvatierra que estaba mal dispuesto, e que no iría a ver a un traidor. Y el fraile le dijo: "Señor: bueno es tener templanza, pues está cierto que le ternéis preso antes de muchos días". Pues concertada la partida del Andrés de Duero, paresce ser muy en secreto trató el Narváez con el mismo Duero e con tres capitanes que tuviese manera con el Cortés cómo se viesen en unas estancias e casas de indios que estaban entre el real de Narváez y el nuestro, e que allí se darían conciertos dónde habíamos de ir con Cortés a poblar y partir términos, y en la vista le prendería, y para ello tenía ya hablado el Narváez a veinte soldados de sus amigos, lo cual luego supo el fraile, e ansimismo el Andrés de Duero, e avisaron a Cortés de todo. Dejemos al fraile en el real de Narváez, que ya se había hecho muy amigo e pariente del Salvatierra, siendo el fraile de Olmedo y el Salvatierra de Burgos, e comió con él, e digamos de Andrés de Duero, que quedaba apercibiéndose para ir a nuestro real e llevar consigo a Bartolomé de Usagre, nuestro soldado, por que Narváez no alcanzase a saber dél lo que pasaba, e diré lo que en nuestro real hecimos.

CAPITULO CXVIII

Cómo en nuestro real hecimos alarde de los soldados que éramos, e cómo trajeron doscientas e cincuenta picas muy largas con dos hierros de cobre cada una, que Cortés había mandado hacer en unos pueblos que se dicen los Chinantecas, e nos imponíamos cómo habíamos de jugar dellas para derrocar la gente de a caballo que tenía Narváez, y otras cosas que en el real pasaron.

Volvamos a decir algo atrás de lo dicho lo que más pasó. Ansí como Cortés tuvo noticia de la armada que traía Narváez, luego despachó un soldado que había estado en Italia, bien diestro de todas armas y más de jugar de una pica, y le envió a una provincia que se dice los Chinantecas, junto a donde estaban nuestros soldados los que fueron a buscar minas, porque aquellos de aquella provincia eran muy enemigos de los mexicanos, e pocos

días había que tomaron nuestra amistad, e usaban por armas muy grandes lanzas mayores que las nuestras de Castilla, con dos brazas de pedernal e navajas, y envióles a rogar que luego le trujesen a doquiera que estuviese trescientas dellas e que les quitasen las navajas, e que pues tenían mucho cobre, que les hiciesen a cada una dos hierros; y llevó el soldado la manera que habían de ser los hierros. E como luego de presto buscaron las lanzas e hicieron los hierros, porque en toda la provincia a aquella sazón eran cuatro o cinco pueblos, sin muchas estancias, las recogieron e hicieron los hierros muy más perfectamente que se los enviamos a mandar. E también mandó a nuestro soldado, que se decía Tobilla, que les demandase dos mill hombres de guerra, e que para el día de Pascua de Espíritu Santo viniesen con ellos al pueblo de Panganequita, que ansí se decía, o que preguntase en qué parte estábamos, e que los dos mill hombres trujesen lanzas. Por manera que el soldado se los demandó, e los caciques dijeron que ellos vernían con la gente de guerra, y el soldado se vino luego con obra de doscientos indios, que trajeron las lanzas, e con los demás indios de guerra quedó para venir con ellos otro soldado de los nuestros que se decía Barrientos, y este Barrientos estaba en la estancia e minas que descubrían, ya por mí otra vez memoradas, e allí se concertó que había de venir de la manera que está dicho a nuestro real, porque sería de andadura diez o doce leguas de lo uno a lo otro. Pues venido nuestro soldado Tobilla con las lanzas, eran muy extremadas de buenas, e allí se daba orden y nos imponía el soldado e amostraba a jugar con ellas, e cómo nos habíamos de haber con los de a caballo. E va teníamos hecho nuestro alarde y copia y memoria de todos los soldados e capitanes de nuestro ejército, e hallamos doscientos e sesenta e seis, contados atambor e pífano, sin el fraile, e con cinco de a caballo, e dos tirillos e pocos ballesteros y menos escopeteros, y a lo que tuvimos ojo para pelear con Narváez eran las picas, e fueron muy buenas, como adelante verán. E dejemos de armas en el alarde e lanzas, e diré cómo llegó Andrés de Duero, que envió Narváez a nuestro real, e trujo consigo a nuestro soldado Usagre e dos indios naborías de Cuba, e lo que dijeron y concertaron Cortés y Duero, según después alcanzamos a saber.

CAPITULO CXIX

Cómo vino Andrés de Duero a nuestro real y el soldado Usagre y dos indios de Cuba, naborías del Duero, y quién era el Duero y a lo que venía y lo que tuvimos por cierto, y lo que se concertó.

Y es desta manera que tengo de volver muy atrás a recitar lo pasado. Ya he dicho en el capítulo muy atrás pasado que cuando estábamos en Santiago de Cuba que se concertó Cortés con Andrés de Duero y con un contador del rey, que se decía Amador de Lares, que eran grandes amigos del Diego Velázquez, y el Duero era su secretario, que tratase con el Diego Velázquez que le hiciesen a Cortés capitán general para venir en aquella armada, y que

partiría con ellos todo el oro y plata y joyas que le cupiese de su parte de Cortés. Y como el Andrés de Duero vió en aquel instante a Cortés, su compañero, tan rico y poderoso, y so color que venía a poner paces y a favorescer al Narváez, en lo que entendió era demandar la parte de la compañía, porque ya el otro su compañero, Amador de Lares, era fallescido. Y como Cortés era sagaz y mañoso, no solamente le prometió de dalle gran tesoro, sino que también le daría mando en toda la armada, ni más ni menos que su propia persona, y que después de conquistada la Nueva España le daría otros tantos pueblos como a él, con tal que tuviese concierto con Agustín Bermúdez, que era alguacil mayor del real de Narváez, y con otros caballeros que aquí no nombro, questaban convocados, para que en todo caso fuesen en desviar al Narváez para que no saliese con la vida e con honra y le desbaratase; y como a Narváez tuviese muerto o preso y deshecho a su armada, que ellos quedarían por señores y partirían el oro y pueblos de la Nueva España, y para más le atraer y convocar a lo que dicho tengo, le cargó de oro sus dos indios de Cuba. Y según paresció, el Diego se lo prometió, y aun ya se lo tenía prometido el Agustín Bermúdez por firmas y cartas, y también envió Cortés al Bermúdez y a un clérigo que se decía Joan de León y al clérigo Guevara, que fué el que primero envió Narváez, y otros sus amigos. muchos tejuelos y joyas de oro, y les escribió lo que les paresció que convenía para que en todo le ayudasen. Y estuvo el Andrés de Duero en nuestro real el día que llegó hasta otro día después de comer, que era día de Pascua del Espíritu Santo, y comió con Cortés, y estuvo hablando en secreto un rato, y desque hobieron comido se despidió el Duero de todos nosotros, así capitanes como soldados, y luego fué a caballo otra vez adonde Cortés estaba, y dijo: "Qué manda vuestra merced, que me quiero partir?". Y respondióle: "Que vaya con Dios, y mire, señor Andrés de Duero, que haya buen concierto de lo que tenemos platicado; si no, en mi conciencia, que ansí juraba Cortés, que antes de tres días con todos mis compañeros seré allá en vuestro real, y al primero que le eche la lanza será a vuestra merced, si otra cosa siento al contrario de lo que tenemos hablado". Y el Duero se rió y dijo: "No faltaré en cosa que sea contrario de servir a vuestra merced". Y luego se fué, y llegado a su real dizque dijo al Narváez que Cortés y todos los que estábamos con él sentía estar de buena voluntad para pasarnos con el mesmo Narváez. Dejemos de hablar desto del Duero, y diré cómo Cortés luego mandó llamar a un nuestro capitán que se decía Joan Velázquez de León, persona de mucha cuenta y amigo de Cortés, y era pariente muy cercano del gobernador de Cuba, Diego Velázquez, y, a lo que siempre tuvimos creído, también le tenía Cortés convocado y atraído a sí con grandes dádivas y ofrescimientos que le daría mando en la Nueva España y le haría su igual, porquel Juan Velázquez siempre se mostró su muy gran servidor y verdadero

amigo, como adelante verán. Y desque hobo venido delante de Cortés y hecho su acato, le dijo: "¿Qué manda vuestra merced?" Y como Cortés hablaba algunas veces muy melioso y con la risa en la boca, le dijo medio riendo: "A lo que al señor Juan Velázquez le hice llamar es que me ha dicho Andrés de Duero que dice Narváez, y en todo su real hay fama, que si vuestra merced va allá que luego yo soy deshecho y desbaratado, porque creen que se ha de hacer con el Narváez, y a esta causa he acordado que, por mi vida, si bien me queréis, que luego vaya en su buena yegua rucia y que lleve todo su oro y la fanfarrona, que era muy pesada cadena de oro, y otras cositas que yo le daré que dé allá por mí a quien yo le dijere, y su fanfarrona, que pesa mucho, llevará al un hombro, y otra cadena que pesa más que ella llevará ceñida con dos vueltas, y allá verá qué le quiere Narváez, y en viniendo que se venga, luego irá allá el señor Diego de Ordaz, que le desean ver en su real, como mayordomo que era del Diego Velásquez", Y el Joan Velázquez respondió quél haría lo que su merced mandaba, más que su oro y cadenas que no las llevaría consigo, salvo lo que le diese para dar a quien mandase, porque donde su persona estuviese es para le siempre servir más que cuanto oro ni piedras de diamantes puede haber. "Ansí lo tengo yo creído, dijo Cortés, y con esta confianza, señor, le envío; mas si no lleva todo su oro y joyas, como le mando, no quiero que vaya allá". Y el Joan Velázquez respondió: "Hágase lo que vuestra merced mandare". E no quiso llevar sus joyas. Allí le habló Cortés secretamente, y luego se partió y llevó en su compañía a un mozo despuelas de Cortés para que le sirviese, que se decía Joan del Río. Y dejemos desta partida de Joan Velázquez, que dijeron que le envió Cortés por descuidar a Narváez, y volvamos a decir lo que en nuestro real pasó, que dende a dos horas que se partió el Joan Velázquez mandó Cortés tocar el atambor a Canillas, que ansí se llamaba nuestro atambor, y a Benito de Veger, nuestro pífano, que tocase su tamborino, e mandó a Gonzalo de Sandoval, que era capitán y alguacil mayor, para que llamase a todos los soldados y comenzásemos a marchar luego a paso largo camino de Cempoal. E yendo por nuestro camino se mataron dos puercos de la tierra que tienen el ombligo en el espinazo, y dijimos muchos soldados que era señal de vitoria, y dormimos en un repecho cerca de un riachuelo, y nuestros corredores del campo adelante, y espías y rondas. Y desque amanesció caminamos por nuestro camino derecho y fuimos a hora de medio día a sestear a un río adonde está agora poblada la Villa Rica de la Veracruz, donde desembarcan las barcas con mercaderías que vienen de Castilla, porque en aquel tiempo estaban pobladas junto al río unas casas de indios e arboledas. Y como en aquella tierra hace grandísimo sol, reposamos, como dicho tengo, porque traíamos nuestras armas e picas. Y dejemos agora de más caminar y digamos lo que al Juan Velázquez de León le avino con Narváez y con un su capitán que también se decía Diego Velázquez, sobrino del Velázquez gobernador de Cuba, porque allá topó con él.

CAPITULO CXX

Cómo llegó Juan Velázquez de León e un mozo despuelas de Cortés, que se decía Joan del Río, al real de Narváez, y lo que en él pasó.

Ya he dicho cómo envió Cortés a Juan Velázquez de León y al mozo despuelas para que le acompañase a Cempoal y a ver lo que Narváez le quería, que tanto deseo tenía de tenello en su compañía. Por manera que así como partieron de nuestro real se dió tanta priesa en el camino, que fué amanescer a Cempoal, y se fué apear el Juan Velázquez en casa del cacique gordo, porquel Joan del Río no tenía caballo, y desde allí se iban a pie a la posada del Narváez. Pues como los indios le conocieron holgaron de le ver y hablar, y decían a voces a unos soldados de Narváez, que allí posaban en casa del cacique gordo, que aquél era Joan Velázquez de León, capitán de Malinche. Y así como los oyeron los soldados fueron corriendo a demandar albricias a Narváez cómo había venido Joan Velázquez de León. Y antes quel Juan Velázquez llegase a la posada de Narváez, y como de repente supo el Narváez su venida, le salió a rescebir a la calle acompañado de ciertos soldados, donde se encontraron el Juan Velázquez y el Narváez y se hicieron muy grandes acatos. Y el Narváez abrazó al Juan Velázquez y le mandó sentar en una silla, que luego trujeron sillas y asentaderos, cerca de sí, y le dijo que por qué no se fué apear a su posada, y mandó a sus criados que le fuesen luego por el caballo y fardaje, si llevaba, para que en su casa e su caballeriza y posada estaría. Y Joan Velázquez dijo que luego se quería volver, que no venía sino a besalle las manos y a todos los caballeros de su real y para ver si podía dar concierto que su merced y Cortés tuviesen paz y amistad. Entonces dizque luego el Narváez apartó al Joan Velázquez, muy airado, como que tales palabras le había de decir: "¿Tener amistad y paz con un traidor, que se alzó a su primo Diego Velázquez con la armada?" Y el Juan Velázquez respondió que Cortés no era traidor, sino buen servidor de Su Majestad, y que ocurrir a nuestro rey y señor, como envió, no se le ha de atribuir a traición, y que le suplica que delante dél no se diga tal palabra. Y entonces el Narváez le comenzó a convocar con grandes prometimientos que se quedase con él, y que concierte con los de Cortés que se le diesen y vengan luego a se meter en su obidiencia, prometiéndole con juramentos que sería en todo su real el más preeminente capitán, y en el mando segunda persona. Y el Joan Velázquez respondió que mayor traición haría el dejar al capitán que tiene jurado en la guerra y desmamparalle, conociendo que en todo lo que ha hecho en la Nueva España es en servicio de Dios Nuestro Señor y de Su Majestad, que no dejar ocurrir Cortés como ocurrió a nuestro rey y señor; y que le suplica que no le hable más en ello. En aquella sazón habían venido a ver a Joan Velázquez todos los más principales capitanes del real de Narváez, y le abrazaban con gran cortesía, porquel Juan Velázquez era muy del palacio y buen cuerpo, membrudo, y buena presencia y rostro, y la barba bien puesta, y llevaba una cadena muy grande de oro echada al hombro, que le daba dos vueltas debajo del brazo; parecíale muy bien como

bravoso y buen capitán. Dejemos del buen parescer de Joan Velázquez y cómo estaban mirando todos los capitanes de Narváez, y aun nuestro fraile de la Merced también le vino a ver y en secreto hablar, y ansimismo el Andrés de Duero y el alguacil mayor Bermúdez. Paresció ser que en aquel instante ciertos capitanes de Narváez, que se decían Gamarra y un Juan Fuste y un Juan Bono de Quexo, vizcaíno, y Salvatierra el bravoso, aconsejaron a Narváez que luego prendiese al Joan Velázquez, porque les paresció que hablaba muy sueltamente en favor de Cortés. E ya que había mandado el Narváez secretamente a sus capitanes y alguaciles que le echasen preso, súpolo Agustín Bermúdez y el Andrés de Duero y nuestro fraile de la Merced y un clérigo que se decía Juan de León y otras personas de las que se habían dado por amigos de Cortés, y dicen al Narváez que se maravillan de su merced querer mandar prender al Juan Velázquez de León; que qué puede hacer Cortés contra él aunque tenga en su compañía otros cient Joan Velázquez, y que mire la honra y acatos que hace Cortés a todos los que de su real han ido, que les sale a rescebir y a todos les da oro y joyas y vienen cargados como abejas a las colmenas, y de otras cosas de mantas y mosqueadores, y que a Andrés de Duero y al clérigo Guevara y Amaya y a Vergara el escribano, e a Alonso de Mata y otros que han ido a su real bien los pudiera prender y no lo hizo; antes, como dicho tienen, les hace mucha honra, y que será mejor que le torne a hablar al Joan Velázquez con mucha cortesía y le convide a comer. Por manera quel Narváez le paresció buen consejo, y luego le tornó a hablar con palabras muy amorosas para que fuese tercero en que Cortés se le diese con todos nosotros, y le convidó a comer. Y el Joan Velázquez respondió que haría lo que pudiese en aquel caso, mas que tenía a Cortés por muy porfiado y cabezudo en aquel negocio, y que sería mejor que partiesen las provincias y quescogiese la tierra que más su merced quisiese Y esto decía el Joan Velázquez por le amansar. Entre aquellas pláticas llegóse al oído de Narváez el fraile de la Merced y díjole, como su privado y consejero que ya se le había hecho: "Mande vuestra merced hacer alarde toda su artillería y caballeros y escopeteros y ballesteros y soldados para que lo vea el Juan Velázquez de León y el mozo despuelas Joan del Río, para que Cortés tema vuestros poderes e gentes y se venga a vuestra merced aunque le pese". Y esto le dijo el fraile como por vía de su muy gran servidor y amigo y por hacelle que trabajasen todos los de caballo y soldados en su real. Por manera que por el dicho de nuestro fraile hizo hacer alarde delante el Juan Velázquez de León y de Joan del Río, estando presente nuestro religioso. Y desque fue acabado de hacer dijo el Joan Velázquez a Narváez: "Gran pujanza trae vuestra merced; Dios se lo acresciente". Entonces dijo Narváez: "Ahí verá vuestra merced que si quisiera haber ido contra Cortés le hobiera traído preso y a cuantos estáis con él". Entonces respondió el Joan Velázquez y dijo: "Téngale vuestra merced por tal y a los soldados que con él estamos, que sabremos muy bien defender nuestras personas". Y ansí cesaron las pláticas. E otro día llevóle convidado a comer al Joan Velázquez, y comía con el Narváez un sobrino del Diego Velázquez, gobernador de Cuba, que también era su capitán; y estando comiendo tratóse plática de cómo Cortés no se daba al Narváez y de la carta y requirimiento que le envió, y de unas

palabras a otras desmandóse el sobrino del Diego Velázquez, que también se decía Diego Velázquez como el tío, e dijo que Cortés y todos los que con él estábamos éramos traidores, pues no se venían a someter al Narváez. Y el Joan Velázquez, desque lo oyó, se levantó de la silla en questaba, y con mucho acato dijo: "Señor capitán Narváez: ya he suplicado a vuestra merced que no consiento que se digan palabras tales como estas que dijo de Cortés ni de ninguno de los que con él estamos, porque verdaderamente son mal dichas decir mal de nosotros, que tan lealmente hemos servido a Su Majestad". Y el Diego Velázquez respondió que eran bien dichas, y pues volvía por un traidor e traidores, debía de ser otro tal como él, y que no era de los Velázquez de los buenos. Y el Joan Velázquez, echando mano a su espada, le dijo que mentía y que era mejor caballero que no él, y de los buenos Velázquez, mejor que no él ni su tío, y que se lo haría conocer si el señor capitán Narváez les daba licencia. Y como había allí muchos capitanes, ansí de los de Narváez y algunos amigos de los de Cortés, se metieron en medio, que de hecho le iba a dar el Juan Velázquez una estocada, y aconsejaron al Narváez que luego, le mandase salir de su real, ansí a él como al fraile e a Joan del Río, porque, a lo que sentían, no hacían provecho ninguno. Y luego sin más dilación les mandaron que se fuesen, y ellos, que no vían la hora de verse en nuestro real, lo pusieron por obra. E dizque el Joan Velázquez yendo a caballo en su buena yegua y su cota puesta, que siempre andaba con ella, y con su capacete y gran cadena de oro, se fué a despedir del Narváez. Y estaba allí con el Narváez el mancebo Diego Velázquez, el de la brega, e dijo al Narváez: "¿Qué manda vuestra merced para nuestro real?" Respondió el Narváez, muy enojado, que se fuese, e que valiera más que no hobiera venido. Y dijo el mancebo Diego Velázquez palabras de amenaza e injuriosas a Joan Velázquez. Y le respondió a ellas el Joan Velázquez de León que es grande su atrevimiento y dino de castigo por aquellas palabras que le dijo, y echándose mano a las barbas: "Para éstas, que yo vea antes de muchos días si vuestro esfuerzo es tanto como vuestro hablar". Y como venían con el Joan Velázquez seis o siete de los del real de Narváez, que ya estaban conconvocados por Cortés, que lo iban a despedir, dicen que trabaron dél como enojados, y le dijeron: "Váyase ya y no cure de más hablar". Y ansí se despidieron, y a buen andar de sus caballos se van para nuestro real, porque luego les avisaron a Joan Velázquez quel Narváez los quería prender y apercebía muchos de caballo que fuesen tras ellos. E viniendo su camino nos encontraron al río que dicho tengo questá agora cabe la Veracruz. Estando questábamos en el río por mí ya nombrado teniendo la siesta, porque en aquella tierra hace muy recio calor, porque como caminábamos con todas nuestras armas a cuestas y cada uno con una pica, estábamos cansados, y en este instante vino uno de nuestros corredores del campo a dar mandado a Cortés que vían venir buen rato de allí dos o tres personas de a caballo, y luego presumimos que serían nuestros embajadores Joan Velázquez de León y el fraile y Joan del Río. Y como llegaron adonde estábamos, qué regocijos y alegrías tuvimos todos; y Cortés cuántas caricias y buenos comedimientos hizo al Joan Velázquez y a nuestro fraile; y tenía mucha razón, porque le fueron muy servidores. Y allí contó el Joan Velázquez paso por paso todo lo

por mí atrás dicho que les acaesció con Narváez, y cómo envió secretamente a dar las cadenas y tejuelos y joyas de oro a las personas que Cortés mandó. Pues oír a nuestro fraile, como era muy regocijado sabíalo muy bien representar, cómo se hizo muy servidor del Narváez, y que por hacer burla dél le aconsejó que hiciese el alarde y sacase su artillería, y con qué astucia e mañas le dió la carta. Pues cuando contaba lo que le acaesció con el Salvatierra y se le hizo muy pariente, siendo el fraile de Olmedo y el Salvatierra delante de Burgos; y de los fieros que le decía el Salvatierra que había de hacer y acontescer en prendiendo a Cortés y a todos nosotros, y aun se le quejó de los soldados que le hurtaron su caballo y el de otro capitán, y todos nosotros nos holgábamos de lo oír, como si fuéramos a bodas y regocijos, y sabíamos que otro día habíamos de entrar en batallas y que habíamos de vencer o morir en ellas, siendo como éramos docientos y sesenta y seis soldados y los de Narváez cinco veces más que nosotros. Y volvamos a nuestra relación. Y es que luego todos caminamos para Cempoal y fuimos a dormir a un riachuelo adonde estaba en aquella sazón una puente, obra de una legua de Cempoal, adonde está agora una estancia de vacas. Y dejallo he aquí, y diré lo que se hizo en el real de Narváez después que se vinieron el Joan Velázquez y el fraile y Joan del Río, y luego volveré a contar lo que hicimos en el nuestro real, por que en un instante acontesce dos y tres cosas, y por fuerza he de dejar las unas por contar lo que más viene a propósito desta relación.

CAPITULO CXXI

De lo que se hizo en el real de Narváez después que de allí salieron nuestros embajadores.

Paresció ser que como se vinieron el Joan Velázquez y el fraile y el Joan del Río, dijeron al Narváez sus capitanes que en su real sentían que Cortés había enviado muchas joyas de oro y que tenía de su parte amigos en el mismo real, y que sería bien estar muy apercebido y avisase a todos sus soldados questuviesen con sus armas y caballos prestos, y demás desto, el cacique gordo, otras veces por mí memorado, temía mucho a Cortés porque había consentido que Narváez tomase las mantas y oro y indias que le tomó, y siempre tenía espías sobre nosotros, en qué parte dormíamos y por qué camino veníamos, porque ansí se lo había mandado por fuerza el Narváez. Y como supo que ya llegábamos cerca de Cempoal, le dijo a Narváez el cacique gordo: "¿Qué hacéis questáis muy descuidado? ¿pensáis que Malinche y los teules que trae consigo que son ansí como vosotros? Pues yo digo que cuando no os catáredes será aquí y os matará". Y aunque hacían burla de aquellas palabras que el cacique gordo les dijo, no dejaron de se apercebir, y la primera cosa que hicieron fué pregonar guerra contra nosotros a fuego y sangre y a toda ropa franca, lo cual supimos de un soldado que llamaban "el Galleguillo", que se vino huyendo del real de Narváez, o le envió el Andrés de Duero, y dió aviso a Cortés de lo del pregón y de otras cosas que

convino saber. Volvamos a Narváez, que luego mandó sacar toda su artillería y los de caballo y escopeteros y ballesteros y soldados a un campo obra de un cuarto de legua de Cempoal para allí nos aguardar y no dejar ninguno de nosotros que no fuese muerto o preso. Y como llovió mucho aquel día, estaban ya los de Narváez hartos destar aguardándonos al agua, y como no estaban acostumbrados a aguas ni trabajos e no nos tenían en nada, sus capitanes le aconsejaron que se volviesen a los aposentos, y que era afrenta estar allí como estaban aguardando a dos tres, y es que decían que éramos, y que asestase su artillería delante de sus aposentos, que eran diez y ocho tiros gruesos, y questuviesen toda la noche cuarenta de caballo esperando en el camino por donde habíamos de ir a Cempoal, y que tuviese al pasar del río, que era por donde habíamos de venir, sus espías, que fuesen buenos hombres de a caballo e peones y ligeros para dar mandado, y que en los patios de los aposentos del Narváez anduviesen toda la noche veinte de caballo. Y este concierto que le dieron fué por hacelle volver a los aposentos, y más le decían sus capitanes: "¿Pues como, señor, por tal tiene a Cortés que se ha de atrever que con tres gatos que tiene ha de venir a este real por el dicho deste indio gordo? No lo crea vuestra merced, sino que ha hecho aquellas algaradas y muestras de venir por que vuestra merced venga a buen concierto con él". Por manera que ansí como dicho tengo se volvió Narváez a su real, y después de vuelto públicamente prometió que quien matase a Cortés o a Gonzalo de Sandoval que le daría dos mil pesos; y luego puso espías al río a un Gonzalo Carrasco, que vive agora en la Puebla, y el otro se decía Fulano Hurtado, y el nombre y apellido y señal secreta que dió cuando batallasen contra nosotros en su real había de ser "¡Santa María, Santa María!", y demás deste concierto que tenían hecho, mandó Narváez que en su aposento durmiesen muchos soldados, así escopeteros como ballesteros, y otros con partesanas; y otro tanto mandó questuviesen en el aposento del veedor Salvatierra y de Gamarra o de Joan Bono. Ya he dicho el concierto que tenía Narváez en su real, y volveré a decir la orden que se dio en el nuestro.

CAPITULO CXXII

Del concierto y orden que se dió en nuestro real para ir contra Narváez, y del razonamiento que Cortés nos hizo, y lo que le respondimos.

Llegados que fuimos al riachuelo que ya he dicho e memorado, questará obra de una legua de Cempoal, y había allí unos buenos prados, y después de haber enviado nuestros corredores del campo, personas de confianza, nuestro capitán Cortés a caballo, nos envió a llamar, ansí capitanes como a todos los soldados, y desque nos vió juntos nos dijo que nos pedía por merced que callásemos, y luego comenzó un parlamento por tan lindo estilo y plática tan bien dichas; cierto otra más sabrosa y llena de ofertas que yo aquí sabré escrebir, en que nos trujo luego a la memoria desde que salimos de la isla

de Cuba, con todo lo acaescido por nosotros hasta aquella sazón, y nos dijo: "Bien saben vuestras mercedes que Diego Velázquez, gobernador de Cuba, me eligió por capitán general, no porque entre vuestras mercedes no había muchos caballeros que eran merecedores dello; ya saben e tuvieron creído que veníamos a poblar, y ansí se publicaba y pregonó, y, según han visto, enviaba a rescatar. Ya saben lo que pasamos sobre que me quería volver a la isla de Cuba a dar cuenta al Diego Velázquez del cargo que me dió, conforme a sus instrucciones, pues vuestras mercedes me mandaron y requirieron que poblásemos esta tierra en nombre de Su Majestad, como, gracias a Nuestro Señor, la tenemos poblada, y fué cosa muy acertada, y demás desto, me hicistes vuestro capitán general y justicia mayor della hasta que Su Majestad otra cosa sea servido mandar, e, como ya he dicho, entre algunos de vuestras mercedes hobo algunas pláticas de volver a Cuba, que no lo quiero aquí más declarar, pues, a manera de decir, ayer pasó, y fué muy santa y buena nuestra quedada, y hemos hecho a Dios y a Su Majestad gran servicio, questo claro está, y ya saben lo que prometimos en nuestras cartas a Su Majestad después de le haber dado cuenta y relación de todos nuestros hechos, que punto no quedó, e que aquesta tierra es de la manera que hemos visto y conocido della, ques cuatro veces mayor que Castilla, y de grandes pueblos, y muy rica de oro y minas, y tiene cerca otras provincias; y cómo enviamos a suplicar a Su Majestad que no la diese en gobernación ni de otra cualquier manera a persona ninguna, y porque creíamos y teníamos por cierto quel obispo de Burgos, don Joan Rodríguez de Fonseca, que era en aquella sazón presidente de Indias y tenía mucho mando, que la demandaría a Su Majestad para el Diego Velázquez o algún pariente o amigo del mesmo obispo, porquesta tierra es tal o tan buena que convenía darse a un infante o gran señor, y que teníamos determinado de no dalla a persona alguna hasta que Su Majestad oyese a nuestros procuradores y nosotros viésemos su real firma; e vista, que con lo que fuere servido mandar, los pechos por tierra. Y con las cartas ya saben que enviamos y servimos a Su Majestad todo el oro y plata y joyas e todo cuanto teníamos y habíamos habido. Y más dijo: "Bien se les acordará, señores, cuántas veces hemos llegado a punto de muerte en las guerras y batallas que hemos habido, pues traellas a la memoria; qué acostumbrados estamos de trabajos y aguas y vientos y algunas veces hambres, y siempre traer las armas a cuestas y dormir por los suelos, ansí nevando como lloviendo; que si miramos en ello, los cueros tenemos ya curtidos de los trabajos. No quiero decir de más de cincuenta de nuestros compañeros que nos han muerto en las guerras, ni de todas vuestras mercedes cómo estáis entrapajados y mancos de heridas que aun agora están por sanar; pues que les quiera traer a la memoria los trabajos que trujimos por la mar, y las batallas de Tabasco, y los que se hallaron en lo de Almería y lo de Cingapacinga, y cuántas veces por las sierras y caminos nos procuraban de quitar las vidas; pues en las batallas de Tascala en qué punto nos pusieron y cuáles nos traían; pues la de Cholula, ya tenían puestas las ollas para comer nuestros cuerpos; pues a la subida de los puertos no se les habrá olvidado los poderes que tenía Montezuma para no dejar ninguno de nosotros, y bien vieron los caminos todos llenos de árboles cortados; pues los peligros de la

entrada y estada en la gran ciudad de México, cuántas veces teníamos la muerte al ojo, quien los podrá componderar. Pues vean los que han venido de vuestras mercedes dos veces primero que no yo, la una con Francisco Hernández de Córdoba y la otra con Juan de Grijalba, los trabajos, hambres e sed y heridas y muertes de muchos soldados que en descubrir aquestas tierras pasastes, y todo lo que en aquellos dos viajes habíais gastado de vuestras haciendas". Y dijo que no quería contar otras cosas muchas que tenía por decir por menudo y no habría tiempo para acaballo de platicar, porque era tarde y venía la noche; y más dijo: "Digamos agora, señores, cómo viene Pánfilo de Narváez contra nosotros con mucha rabia y deseo de nos haber a las manos, y no habían desembarcado y nos llamaban de traidores y malos, y envió a decir al gran Montezuma, no palabras de sabio capitán, sino de alborotador, y demás desto tuvo atrevimiento de prender a un oidor de Su Majestad, que por sólo este gran delito es dino de ser muy bien castigado. Ya habrán oído cómo han pregonado en su real guerra contra nosotros a ropa franca, como si fuéramos moros". Y luego después de haber dicho esto, Cortés comenzó a sublimar nuestras personas y esfuerzos en las guerras y batallas pasadas, y que entonces peleábamos por salvar nuestras vidas, y que agora hemos de pelear con todo vigor por vida y honra, pues nos vienen a prender y echar de nuestras casas y robar nuestras haciendas, y que, demás desto, que no sabemos si trae provisiones de nuestro rey y señor, salvo favores del obispo de Burgos, nuestro contrario. Y que si por ventura caemos debajo de sus manos del Narváez, lo cual Dios no permita, que todos nuestros servicios que hemos hecho a Dios primeramente y a Su Majestad, tornarán en deservicios y harán procesos contra nosotros, y dirán que hemos muerto y robado y destruído la tierra; donde ellos son los robadores y alborotadores y deservidores de nuestro rey y señor, dirán que le han servido, y pues que vemos por los ojos todo lo que ha dicho, y como buenos caballeros, somos obligados a volver por la honra de Su Majestad y por las nuestras y por nuestras casas y haciendas. Y con esta intención salió de México, teniendo confianza en Dios y de nosotros; que todo lo ponía en las manos de Dios primeramente y después en las nuestras; que veamos lo que nos paresce. Entonces todos a una le respondimos, y también juntamente con nosotros Juan Velázquez de León y Francisco de Lugo y otros capitanes, que tuviese por cierto que, mediante Dios, habíamos de vencer o morir sobre ello, y que mirase no le convenciesen con partidos, porque si alguna cosa hacía fea, que le daríamos destocadas. Entonces, como vió nuestras voluntades, se holgó mucho e dijo que con aquella confianza venía. Y allí hizo muchas ofertas y prometimientos que seríamos todos muy ricos y valerosos. Y hecho esto tornó a decir que nos pedía por merced que callásemos, y que en las guerras y batallas han menester más prudencia y saber, para bien vencer los contrarios, que con osadía, y que porque tenía conoscido de nuestros grandes esfuerzos, que por ganar honra cada uno de nosotros se quería adelantar de los primeros a encontrar con los enemigos; que fuésemos puestos en ordenanza y capitanías, y para que la primera cosa que hiciésemos fuese tomalles el artillería, que eran diez y ocho tiros que tenían asestados delante sus aposentos del Narváez, mandó que fuese por capitán un pariente suyo de Cortés que

se decía Pizarro, que ya he dicho otras veces en aquella sazón no había fama de Perú ni de Pizarros, que no era descubierto, e era el Pizarro suelto mancebo, y le señaló sesenta soldados mancebos, y entre ellos me nombraron a mí; y mandó que después de tomada el artillería acudiésemos todos al aposento de Narváez, questaba en un muy alto cu, y para prender al Narváez señaló por capitán a Gonzalo de Sandoval con otros sesenta compañeros, y como era alguacil mayor, le dió un mandamiento que decía ansí: "Gonzalo de Sandoval, alguacil mayor desta Nueva España por Su Majestad, yos mando que prendáis el cuerpo a Pánfilo de Narváez, e si se os defendiese, matalde, que ansí conviene al servicio de Dios y del rey nuestro señor, por cuanto ha hecho muchas cosas en deservicio de Dios y de Su Majestad y le prendió a un oidor. Dado en este real, y la firma: Hernando Cortés, y refrendado de su secretario, Pero Hernández". Y después de dado el mandamiento, prometió que al primer soldado que le echase mano le daría tres mill pesos, y al segundo, dos mill, y al tercero, mill, y dijo que aquello que prometía que era para guantes, que ya bien víamos la riqueza que había entre nuestras manos. Y luego nombró o Joan Velázquez de León para que prendiese al mancebo Diego Velázquez, con quien había tenido la brega, y le dió otros sesenta soldados; y ansimismo nombró a Diego de Ordaz para que prendiese al Salvatierra, y le dió otros sesenta soldados, y el mismo Cortés por sobresaliente, con otros veinte soldados para acudir adonde más necesidad hobiese, y donde él tenía el pensamiento de asistir era para prender al Narváez y al Salvatierra. Pues ya dadas las copias a los capitanes, como dicho tengo, dijo: "Bien sé que los de Narváez son por todos cuatro veces más que nosotros; mas ellos no son acostumbrados a las armas, y como están la mayor parte dellos mal con su capitán y muchos dolientes, y les tomaremos de sobresalto, tengo pensamiento que Dios nos dará vitoria, que no porfiarán mucho en su defensa, porque más bienes les haremos nosotros que no su Narváez. Ansí que, señores, pues nuestra vida y honra está, después de Dios, en vuestros esfuerzos y vigorosos brazos, no tengo más que os pedir por merced ni traer a la memoria sino que en esto está el toque de nuestras honras y famas para siempre jamás, y más vale morir por buenos que vivir afrentados". Y porque en aquella sazón llovía e era tarde, no dijo más. Una cosa me he pasado después acá a pensar, que jamás nos dijo: tengo tal concierto en el real hecho, ni Fulano ni Zutano es en nuestro favor, ni cosa ninguna déstas, sino que peleásemos como varones, y esto de no decirnos que tenía amigos en el real de Narváez fué de muy cuerdo capitán, que por aquel efeto no dejásemos de batallar como muy esforzados y no tuviésemos esperanza en ellos, sino, después de Dios, en nuestros grandes ánimos. Dejemos desto y digamos cómo cada uno de nuestros capitanes por mí nombrados estaban con los soldados señalados, cómo y de qué manera habíamos de pelear, y poniéndose esfuerzo los unos a los otros. Pues mi capitán Pizarro, con quien habíamos de tomar el artillería, que era la cosa de más peligro, y habíamos de ser los primeros que habíamos de romper hasta los tiros, también decía con mucho esfuerzo cómo habíamos de entrar y calar nuestras picas hasta tener la artillería en nuestro poder, y desque se la hubiésemos tomado, que con ella misma mandó a nuestros artilleros, que se decían Mesa y el Siciliano e Usagre

e Arvega, que con las pelotas questuviesen por descargar diesen guerra a los del aposento del Salvatierra. También quiero decir la gran nescesidad que teníamos de armas, que por un peto o capacete o casco o babera de hierro diéramos aquella noche cuanto nos pidieran por ello y todo cuanto habíamos ganado. Y luego secretamente nos nombraron el apellido que habíamos de tener estando batallando, que era "¡Espíritu Santo, Espíritu Santo!", questo se suele hacer secreto en las guerras por que se conozcan e apelliden por el nombre que no lo sepan unos contrarios de otros. Y los de Narváez tenían su apellido y voz "¡Santa María, Santa María!" Ya hecho todo esto, como yo era gran amigo y servidor del capitán Sandoval, me dijo aquella noche que me pedía por merced que desque hobiésemos tomado el artillería, que, si quedaba con la vida, que siempre me hallase con él y le siguiese, e yo se lo prometí y ansí lo hice, como adelante verán. Digamos agora en qué se entendio un rato dé la noche, sino en aderezar y pensar en lo que teníamos por delante, pues para cenar no teníamos cosa ninguna, y luego fueron nuestros corredores del campo y se puso espías y velas. A mí e a otro soldado nos pusieron por velas, y no tardó mucho cuando viene un corredor del campo a me preguntar que si he sentido algo, e yo dije que no. Y luego vino un cuadrillero y dijo quel Galleguillo que había venido del real de Narváez no parescía y que era espía echada del Narváez, e que mandaba Cortés que luego marchásemos camino de Cempoal; e oimos tocar nuestro pifanón y atambor, y los capitanes apercibiendo sus soldados, y comenzamos a marchar, y el Galleguillo hallaron debajo de unas mantas durmiendo, que como llovió y el pobre no era acostumbrado a estar al agua ni fríos, metióse allí a dormir. Pues yendo a nuestro paso tendido, y los capitanes apercibiendo sus soldados, y comenzamos a marchar como está dicho, sin tocar pífano ni atambor y nuestros corredores del campo descubriendo la tierra, llegamos al río donde estaban las espías del Narváez, que ya he dicho que se decían Gonzalo Carrasco e Hurtado, y estaban tan descuidados, que tuvimos tiempo de prender al Carrasco, y el otro fué dando voces al real de Narváez diciendo: "¡Al arma, al arma, que viene Cortés!" E acuérdome que cuando pasábamos aquel río, como llovía, venía un poco hondo y las piedras resbalaban algo, e con las picas y armas nos hacía mucho estorbo. Y también me acuerdo, cuando se prendió al Carrasco, decía a Cortés a grandes voces: "Mira, señor Cortés, no vayáis allá, que juro a tal questá Narváez esperándos en el campo con todo su ejército". Y Cortés le dió en guarda a su secretario Pero Hernández. Y como vimos quel Hurtado fué a dar mandado, no nos detuvimos cosa, sino quel Hurtado iba dando veces y mandando dar "¡Al arma, al arma!". Y el Narváez llamando a sus capitanes y nosotros calando nuestras picas y cerrando con el artillería, todo fué uno, que no tuvieron tiempo sus artilleros de poner fuego sino a cuatro tiros, y las pelotas algunas dellas pasaron por alto, e una dellas mató a tres de nuestros compañeros. Pues en aquel instante llegaron todos nuestros capitanes tocando al arma nuestros pífanos y atambor, e como había muchos de los de Narváez a caballo, detuviéronse un poco con ellos, porque luego derrocaron a seis o siete de ellos; pues nosotros, los que tomamos el artillería, no osábamos desmamparalla, porquel Narváez desde su aposento nos tiraba muchas saetas y esco-

petas, e hirió siete de los nuestros. Y en aquel instante llegó el capitán Sandoval y sube de presto las gradas arriba, y por mucha resistencia que le ponía el Narváez y le tiraba saetas y escopetas, e con partesanas e lanzas, todavía las subió él y sus soldados. Y luego desque vimos los soldados que ganamos el artillería que no había quien nos la defendiese, se la dimos a nuestros artilleros por mí nombrados, y fuimos muchos de nosotros y el capitán Pizarro a ayudar al Sandoval, que les hacían los de Narváez venir dos gradas abajo retrayéndose, y con nuestra llegada tornó a las subir. Y estuvimos buen rato peleando con nuestras picas, que eran grandes, y cuando no me acato oímos voces del Narváez que decía: "¡Santa María, váleme, que muerto me han e quebrado un ojo!" Y desque aquello oímos luego dimos voces: "¡Vitoria, vitoria por los del nombre del Espíritu Santo, que muerto es Narváez! ¡Vioria, vitoria por Cortés, que muerto es Narváez!" Y con todo esto no les pudimos entrar en el cu donde estaban hasta que un Martín López, el de los bergantines, como era alto de cuerpo, puso fuego a las pajas del alto cu, e vienen todos los de Narváez rodando las gradas abajo. Entonces prendimos al Narváez, y el primero que le echó mano fué un Pero Sánchez Farfán, buen soldado, e yo se lo di al Sandoval e a otros capitanes que con él estaban, y todavía dando voces y apellido: "¡Viva el rey, viva el rey, y en su real nombre Cortés, Cortés! ¡Vitoria, vitoria, que muerto es Narváez!" Dejemos este combate; vamos a Cortés y a los demás capitanes que todavía estaban batallando cada uno con los capitanes de Narváez que aún no se habían dado porquestaban en muy altos cues, y con los tiros que les tiraban nuestros artilleros, y con nuestras voces e muerte de Narváez, y como Cortés era muy avisado, mandó de presto pregonar que todos los de Narváez se vengan luego a someter debajo de la bandera de Su Majesad y de Cortés en su real nombre, so pena de muerte. Y aun con todo esto, no se daban los de Diego Velázquez "el Mozo", ni los de Salvatierra, porquestaban en muy altos cues y no los podían entrar, hasta que Gonzalo de Sandoval fué con la mitad de nosotros los que con él estábamos, y con los tiros y con los pregones les entraron, y se prendieron ansí el Salvatierra como los que con él estaban, y al Diego Velázquez "el Mozo". Y luego el Sandoval vino con todos nosotros los que fuimos en prender al Narváez a ponelle más en cobro. Y desque Cortés y el Joan Velázquez y el Ordaz tuvieron presos al Salvatierra, y al Diego Velázquez "el Mozo", e a Gamarra e a Juan Yuste, e a Juan Bono, vizcaino, e a otras personas principales, se vino Cortés desconoscido, acompañado de nuestros capitanes adonde teníamos a Narváez, e con el calor que hacía grande, y como estaba cargado con las armas e andaba de una parte a otra apellidando nuestros soldados y haciendo dar pregones, venía muy sudando e cansado, y tal que no le alcanzaba un huelgo a otro; e dijo a Sandoval dos veces, que no lo acertaba a decir del trabajo que traía, y dijo: "¿Qués es de Narváez? ¿Qués de Narváez?" Dijo Sandoval: "Aquí está, aquí está, e a muy buen recaudo". Y tornó Cortés a decir muy sin huelgo: "Mira, hijo Sandoval, que no os quitéis dél, vos y vuestros compañeros, no se os suelte, mientras yo voy a entender en otras cosas, e mira esos capitanes que con él tenéis presos que en todo haya recaudo". Y luego se fué, y manda dar otros pregones que, so pena de muerte, que todos

los de Narváez luego en aquel punto se vengan a someter debajo de la bandera de Su Majestad, y en su real nombre Hernando Cortés, su capitán general y justicia mayor, e que ninguno trajese ningunas armas, sino que todos las diesen y entregasen a nuestros alguaciles. Y todo esto era de noche, que no amanescía, y aun llovía de rato en rato, y entonces salía la luna, que cuando allí llegamos hacía muy escuro y llovía, y también la escuridad ayudó, que como hacía tan escuro había muchos cucuyos, que ansí los llaman en Cuba, que relumbran de noche, los de Narváez creyeron que eran mechas descopetas. Dejemos desto y pasemos adelante, que como el Narváez estaba muy mal herido y quebrado el ojo, demandó licencia a Sandoval para que un su cirujano que traía en su armada, que se decía maestre Juan, le curase el ojo a él y otros capitanes questaban heridos, y se la dió. Y estándole curando llegó allí cerca Cortés, disimulado que no le conosciesen, a le ver. Dijéronle al oído al Narváez questaba allí Cortés; e como se lo dijeron dijo el Narváez: "Señor capitán Cortés: tened en mucho esta vitoria que de mí habéis habido, y en tener presa mi persona". Y Cortés le respondió que daba muchas gracias a Dios que se la dió, y por los esforzados caballeros y compañeros que tiene, que fueron parte para ello, e que una de las menores cosas que en la Nueva España ha hecho es prendelle y desbaratalle; que si le ha parescido bien tener atrevimiento de prender a un oidor de Su Majestad. Y desque hobo dicho esto se fué de allí, que no le habló más, y mandó a Sandoval que le pusiese buenas guardas y quél no se quitase dél con personas de recaudo. Ya le teníamos echado dos pares de grillos, y le llevamos a un aposento, y puestos soldados que le habíamos de guardar, e a mí me señaló Sandoval por uno de ellos, y secretamente me mandó que no dejase hablar con él a ninguno de los de Narváez hasta que amanesciese, que Cortés le pusiese más en cobro. Dejemos desto y digamos cómo Narváez había enviado cuarenta de a caballo para que nos estuviesen aguardando en el paso cuando viniésemos a su real, como dicho tengo en el capítulo que dello habla, y supimos que andaban todavía en el campo, tuvimos temor no nos viniesen acometer para nos quitar sus capitanes e al mismo Narváez que teníamos presos, y estábamos muy apercebidos. Y acordó Cortés de les enviar a pedir por merced que se viniesen al real, con grandes ofrescimientos que a todos prometió, e para los traer envió a Cristóbal de Olí, que era nuestro maestre de campo, e a Diego de Ordaz, y fueron en unos caballos que tomaron de los de Narváez, que todos los nuestros de caballo no trujeron ningunos, que atados quedaron en un montecillo junto a Cempoal, que no trujimos caballos sino picas y espadas y rodelas y puñales; y fueron al campo con uno, soldado de los Narváez, que les mostró el rastro por donde habían ido, y se toparon con ellos, y en fin tantas palabras de ofertas y prometimientos les dijeron por parte de Cortés, que los trujeron. Y ciertos caballeros dellos le tenían mala voluntad, y antes que llegasen a nuestro real, que era de día claro, y sin decir cosa ninguna Cortés ni ninguno de nosotros a los

atabaleros quel Narváez traía, comenzaron a tocar los atabales e a tañer sus pífanos y tamborinos, y decían: "¡Viva, viva la gala de los romanos, que, siendo tan pocos, han vencido a Narváez y a sus soldados!" E un negro que se decía Guidela, que fué muy gracioso truhán, que traía el Narváez, daba voces y decía: "Mira que los romanos no han hecho tal hazaña". Y por más que les decíamos que callasen y no tocasen sus atabales, no querían, hasta que Cortés mandó que prendiesen al atabalero, que era medio loco y se decía Tapia. Y en este instante vino Cristóbal de Olí y Diego de Ordaz, y trujeron a los de caballo que dicho tengo, y entre ellos venía Andrés de Duero e Agustín Bermúdez y muchos amigos de nuestro capitán; y ansí como venían iban a besar las manos a Cortés, questaba sentado en una silla de caderas con una ropa larga de color como naranjada, con sus armas debajo, acompañado de nosotros. Pues ver la gracia con que les hablaba y abrazaba, y las palabras de tantos cumplimientos que les decía, era cosa de ver, e qué alegre estaba, y tenía mucha razón, de verse en aquel punto tan señor y pujante. Y ansí como le besaban las manos se fueron cada uno a su posada. Digamos agora de los muertos y heridos que hobo aquella noche. Murió el alférez de Narváez, que se decía Fulano de Fuentes, que era un hidalgo de Sevilla; murió otro capitán de Narváez que se decía Rojas, natural de Castilla la Vieja; murieron otros dos del Narváez; murió uno de los tres soldados que se le habían pasado que habían sido de los nuestros, que llamábamos Alonso García "el Carretero"; y heridos de los de Narváez hobo muchos. Y también murieron de los nuestros otros cuatro, e hobo más heridos, y el cacique gordo también salió herido, porque como supo que veníamos cerca de Cempoal, se acogió al aposento de Narváez, y allí le hirieron. Y luego Cortés le mandó curar muy bien y le puso en su casa, y que no se le hiciese enojo. Pues Cervantes "el Loco", y Escalonilla, que son los que se pasaron al Narváez que habían sido de los nuestros, tampoco libraron bien, quel Escalona salió bien herido, y el Cervantes bien apaleado, e ya he dicho quel "Carretero" fué muerto. Vamos a los del aposento del Salvatierra, el muy fiero, que dijeron sus soldados que en toda su vida vieron hombre para menos ni tan cortado de muerte. Cuando nos oyó tocar al arma y cuando decíamos "¡Vitoria, vitoria, que muerto es Narváez!", dizque luego dijo questaba muy malo del estómago, e que no fué para cosa ninguna. Esto lo he dicho por sus fieros y bravear. Y de los de su capitanía también hobo heridos. Digamos del aposento del Diego Velázquez y otros capitanes questaban con él que también hobo heridos. Y nuestro capitán Joan Velázquez de León prendió al Diego Velázquez, aquel con quien tuvo las bregas estando comiendo con el Narváez, y le llevó a su aposento y le mandó curar y hacer mucha honra. Pues ya he dado cuenta de todo lo acaescido en nuestra batalla, digamos agora lo que más se hizo.

CAPITULO CXXIII

Cómo después de desbaratado Narváez según y de la manera que he dicho, vinieron los indios de Chinanta que Cortés había enviado a llamar, y de otras cosas que pasaron.

Ya he dicho, en el capítulo que dello habla, que Cortés envió a decir a los pueblos de Chinanta, donde trujeron las lanzas e picas, que viniesen dos mill indios dellos con sus lanzas, que son muy más largas que no las nuestras, para nos ayudar, e vinieron aquel mismo día, ya algo tarde, después de preso Narváez, y venían por capitanes los caciques de los mismos pueblos, e uno de nuestros soldados que se decía Barrientos, que había quedado en Chinanta para aquel efeto; y entraron en Cempoal con gran ordenanza, de dos en dos, y como traían las lanzas muy grandes, de buen grosor, y tienen en ellas una braza de cuchilla de pedernales, que cortan tanto como navajas, según ya otras veces he dicho, y traía cada indio una rodela como pavesina, y con sus banderas tendidas y con muchos plumajes y atambores y trompetillas, y entre cada lancero e lancero un flechero, y dando gritos y silbos decían: "¡Viva el rey! ¡Viva el rey nuestro señor, y Hernando Cortés en su real nombre!". Y entraron muy bravosos, que era cosa de notar, y serían mill y quinientos, que parescía, de la manera y concierto que venían, que eran tres mill. Y cuando los de Narváez los vieron se admiraron e diz que dijeron unos a otros que si aquella gente les tomara en medio o entraran con nosotros, qué tal que les parara. Y Cortés habló a los indios capitanes muy amorosamente, agradesciéndoles su venida, y les dió cuentas de Castilla, y les mandó que luego se volviesen a sus pueblos y que por el camino no hiciesen daño a otros pueblos, y tornó a enviar con ellos el mismo Barrientos. Y quedarse ha aquí, e diré lo que más Cortés hizo.

CAPITULO CXXIV

Cómo Cortés envió al puerto al capitán Francisco de Lugo, y en su compañía dos soldados que habían sido maestres de navíos, para que luego trujesen allí a Cempoal todos los maestres y pilotos de los navíos y flota de Narváez y que les sacasen las velas y timones e agujas por que no fuesen a dar mandado a la isla de Cuba a Diego Velázquez de lo acaescido, y cómo puso almirante de la mar, y otras cosas que pasaron.

Pues acabado de desbaratar al Pánfilo de Narváez e presos él y sus capitanes e a todos los demás tomadas las armas, mandó Cortés al capitán Francisco de Lugo que fuese al puerto adonde estaba la flota de Narváez, que eran diez y ocho navíos, y que mandase venir allí a Cempoal a todos los pilotos y maestres de los navíos, y que les sacasen velas y timones e agujas por que no fuese a dar mandado a Cuba a Diego Velázquez, e que si no

le quisiesen obedescer, que les echase presos. Y llevó consigo el Francisco de Lugo dos de nuestros soldados que habían sido hombres de la mar para que le ayudasen. Y también mandó Cortés que luego le enviasen a un Sancho de Barahona que le tenía preso el Narváez con otros dos soldados. Este Barahona fué vecino de Guatímala, hombre rico, y acuérdome que cuando llegó ante Cortes que venía muy doliente e flaco; y le mandó hacer honra. Volvamos a los maestres y pilotos, que luego vinieron a besar las manos al capitán Cortés, a los cuales tomó juramento que no saldrían de su mandado e que le obedescerían en todo lo que les mandase, y luego les puso por almirante y capitán de la mar a un Pedro Caballero, que había sido maestre de un navío de los de Narváez, persona de quien nuestro Cortés se fió mucho, al cual dicen que le dió primero buenos tejuelos de oro. Y a éste mandó que no dejase ir de aquel puerto ningún navío a parte ninguna, y mandó a todos los demás maestres e pilotos y marineros que todos le obedesciesen, y que si de Cuba enviase Diego Velázquez más navíos, porque tuvo aviso questaban dos navíos para venir, que tuviese manera y aviso que al capitán que en él viniese le echase preso y le sacase el timón e velas y agujas, hasta que otra cosa en ello Cortés mandase; lo cual ansí hizo el Pedro Caballero, como adelante diré. Y dejemos ya los navíos y el puerto seguro y digamos lo que se concertó en nuestro real e los de Narváez; que luego se dió orden que fuese a conquistar y poblar Joan Velázquez de León a lo de Pánuco, y para ello Cortés le señaló ciento y veinte soldados; los ciento habían de ser de los de Narváez y los veinte de los nuestros entremetidos, porque tenían más experiencia en la guerra, y también había de llevar dos navíos, para que desde el río de Pánuco fuesen a descubrir la costa adelante, y también a Diego de Ordaz dió otra capitanía de otros ciento y veinte soldados, para ir a poblar a los de Guazaqualco, y los ciento habían de ser de los de Narváez y los veinte de los nuestros, según y de la manera que a Joan Velázquez de León, y había de llevar otros dos navíos para desde el río de Guazaqualco enviar a la isla de Jamaica por ganados de yeguas y becerros y puercos y ovejas y gallinas de Castilla y cabras para multiplicar la tierra, porque la provincia de Guazaqualco era buena para ello. Pues para ír aquellos capitanes con sus soldados y llevar todas sus armas, Cortés se les mandó dar y soltar todos los prisioneros, capitanes de Narváez, eceto al Narváez y el Salvatierra, que decía questaba malo del estómago. Pues para dalles todas las armas (algunos de nuestros soldados les teníamos ya tomado caballos y espadas y otras cosas) manda Cortés que luego se las volviésemos, y sobre no dárselas hobo ciertas pláticas enojosas; y fueron que dijimos los soldados que las teníamos, muy claramente, que no se las queríamos dar, pues que en el real de Narváez pregonaron guerra contra nosotros e a ropa franca, e con aquella intención nos venían a prender y tomar lo que teníamos; e que siendo nosotros tan grandes servidores de Su Majestad, nos llamaban traidores, e que no se las queríamos dar. Y Cortés todavía porfiaba a que se las diésemos, e como era capitán general, hóbose de hacer lo que mandó, que yo les di un caballo que tenía ya escondido ensillado y enfrenado, y dos espadas, y tres puñales, e una daga, y otros muchos de nuestros soldados dieron también otros caballos e armas. Y como Alonso de Avila era capitán y persona

que osaba decir a Cortés cosas que convenía, e juntamente con él el padre de la Merced, hablaron aparte a Cortés y le dijeron que parescía que quería remedar a Alejandro Macedonio, que después que con sus soldados había hecho alguna gran hazaña, que más procuraba de honrar y hacer mercedes a los que vencía, que no a sus capitanes y soldados, que eran los que lo vencían; y esto que lo decían porque lo que vían en aquellos días que allí estábamos después de preso Narváez, que todas las joyas de oro que le presentaban los indios a Cortés, y bastimentos, daba a los capitanes de Narváez, e que como si no nos conosciera ansí nos olvidaba, y que no era bien hecho, sino muy gran ingratitud, habiéndole puesto en el estado en questaba. A esto respondió Cortés que todo cuanto tenía, ansí persona como bienes, era para nosotros, e que al presente no podía más sino con dádivas y palabras y ofrescimiento, dar a los de Narváez, por que, como son muchos e nosotros pocos, no se levanten contra él y contra nosotros y le matasen. A esto respondió el Alonso de Avila y le dijo ciertas palabras algo soberbias; de tal manera que Cortés le dijo que quien no le quisiese seguir, que las mujeres han parido o paren en Castilla soldados. Y el Alonso de Avila dijo, con palabras muy soberbias e sin acato, que ansí era verdad, que soldados y capitanes e gobernadores, e que aquello merescíamos que dijese. E como en aquella sazón estaba la cosa de arte que Cortés no podía hacer otra cosa sino callar, y con dádivas y ofertas le atrajo ansí; y como conosció dél ser muy atrevido, e tuvo siempre Cortés temor que por ventura un día o otro no hiciese alguna cosa en su daño, disimuló, e dende allí adelante siempre le enviaba a negocios de importancia, como fué a la isla de Santo Domingo, y después a España, cuando enviamos la recámara y tesoro del gran Montezuma que robó Joan Florín, gran cosario francés, lo cual diré en su tiempo y lugar. Y volvamos agora al Narváez e a un negro que traía lleno de viruelas que harto negro fué para la Nueva España, que fué causa que se pegase y hinchiese toda la tierra dellas, de lo cual hobo gran mortandad, que según decían los indios, jamás tal enfermedad tuvieron, y como no la conoscían, lavábanse muchas veces, y a esta causa se murieron gran cantidad dellos. Por manera que negra la ventura del Narváez, y más prieta la muerte de tanta gente sin ser cristianos. Dejemos agora todo esto, y digamos cómo los vecinos de la Villa Rica que habían quedado poblados, que no fueron a México, demandaron a Cortés las partes del oro que les cabía, e dijeron a Cortés que puesto que allí les mandó quedar en aquel puerto e villa, que tan bien servían allí a Dios y al rey como los que fuimos a México, pues entendían en guardar la tierra y hacer la fortaleza, y algunos dellos se hallaron en la de Almería, que aun no tenían sanas las heridas, y que todos los más se hallaron en la prisión de Narváez, y que les diesen sus partes. E viendo Cortés que era muy justo lo que decían, dijo que fuesen dos hombres principales, vecinos de aquella villa, con poder de todos, y que lo tenía apartado e se lo darían. Y parésceme que les dijo que en Tascala estaba guardado, questo no me acuerdo bien; e ansí luego despacharon de aquella villa dos vecinos por el oro e partes, el principal se decía Joan de Alcántara "el Viejo". Y dejemos de platicar en ello, y después diremos lo que subcedió al Alcántara e al oro, y digamos cómo la adversa fortuna vuelve de presto su rueda, que a grandes bonanzas y

placeres da tristeza, y es que en este instante vienen nuevas que México está alzado, y que Pedro de Alvarado está cercado en su fortaleza y aposento, y que le ponían fuego por dos partes en la misma fortaleza, y que le han muerto siete soldados, y questaban otros muchos heridos, y enviaba a demandar socorro con mucha instancia y priesa. Y esta nueva trajeron dos tascaltecas sin carta ninguna, y luego vino una carta con otros tascaltecas que envió el Pedro de Alvarado, en que decía lo mismo. Y desque aquella tan mala nueva oímos, sabe Dios cuánto nos pesó, y a grandes jornadas comenzamos a marchar para México; y quedó preso en la Villa Rica el Narváez e el Salvatierra, y por teniente y capitán parésceme que quedó a Rodrigo Rangel, que tuviese cargo de guardar al Narváez y de recoger muchos de los de Narváez questaban dolientes. Y también en este instante ya que queríamos partir, vinieron cuatro grandes principales, que envió el gran Montezuma ante Cortés, a quejarse del Pedro de Alvarado, y lo que dijeron llorando muchas lágrimas de sus ojos, que Pedro de Alvarado salió de su aposento con todos los soldados que le dejó Cortés, y sin causa ninguna dió en sus principales y caciques questaban bailando y haciendo fiesta a sus ídolos Huichilobos y Tezcatepuca, con licencia que para ello les dió el Pedro de Alvarado, e que mató e hirió muchos dellos, y que por se defender le mataron seis de sus soldados; por manera que daban muchas quejas del Pedro de Alvarado. Y Cortés les respondió a los mensajeros algo desabrido e quél iría a México y pornía remedio en todo; y ansí fueron con aquella respuesta a su gran Montezuma; y diz que la sintió por muy mala, y hobo enojo della. Y ansimismo luego despachó Cortés cartas para Pedro de Alvarado, en que le envió a decir que mirase quel Montezuma no se soltase, e que íbamos a grandes jornadas, y le hizo saber de la vitoria que habíamos habido contra Narváez, lo cual ya sabía el gran Montezuma. Y dejallo he aquí, y diré lo que más adelante pasó.

CAPITULO CXXV

Cómo fuimos a grandes jornadas ansi Cortés como todos sus capitanes y todos los de Narváez, eceto Pánfilo de Narváez y el Salvatierra, que quedaban presos.

Como llegó la nueva por mí memorada cómo Pedro de Alvarado estaba cercado y México rebelado, cesaron las capitanías que habían de ir a poblar a Pánuco e a Guazaqualco, que habían dado a Joan Velázquez de León y a Diego de Ordaz, que no fué ninguno dellos, que todos fueron con nosotros. Y Cortés habló a los de Narváez, que sintió que no irían con nosotros de buena voluntad a hacer aquel socorro, y les rogó que dejasen atrás enemistades pasadas por lo de Narváez, ofresciéndoseles de hacerlos ricos y dalles cargos, y pues venían a buscar la vida y estaban en tierras donde podrían hacer servicio a Dios y a Su Majestad y enriquecer, y pues que agora venía lance. Y tantas palabras les dijo, que todos a una se le ofrescieron que irían con nosotros; y si supieran las fuerzas de México, cierto está que no fuera

ninguno. Y luego caminamos a muy grandes jornadas hasta llegar a Tascala, donde supimos que hasta que Montezuma y sus capitanes habían sabido cómo habiamos desbaratado a Narváez, no dejaron de dar guerra a Pedro de Alvarado y le habían ya muerto siete soldados, y le quemaron los aposentos, y que desque supieron nuestra vitoria cesaron de dalle guerra; mas dijeron questaban muy fatigados por falta de agua y bastimento; el cual bastimento nunca se lo había mandado dar el Montezuma. Y esta nueva trujeron indios de Tascala en aquella misma hora que hobimos llegado. Y luego Cortés mandó hacer alarde de la gente que llevaba, y halló sobre mill y trescientos soldados, ansi de los nuestros como de los de Narváez, y sobre noventa y seis caballos y ochenta ballesteros, y otros tantos escopeteros, con los cuales le paresció a Cortés que llevaba gente para poder entrar muy a nuestro salvo en México; y demás desto, en Tascala nos dieron los caciques dos mill indios de guerra. Y luego fuimos a grandes jornadas hasta Tezcuco, ques una gran ciudad; y no se nos hizo honra ninguna en ella, ni paresció ningún señor, sino todo muy remontado y de mal arte. Y llegamos a México día de señor San Joan de junio de mill e quinientos y veinte años, y no parescían por las calles caciques ni capitanes, ni indios conoscidos, sino todas las casas despobladas. Y como llegamos a los aposentos en que solíamos posar, el gran Montezuma salió al patio para hablar y abrazar a Cortés y dalle el bien venido, y de la vitoria con Narváez. Y Cortés, como venía vitorioso, no le quiso oír, y el Montezuma se entró en su aposento muy triste y pensativo. Pues ya aposentados cada uno de nosotros donde solíamos estar antes que saliésemos de México para ir a lo de Narváez, y los de Narváez en otros aposentos, e ya habíamos visto e hablado con el Pedro de Alvarado y los soldados que con él quedaron, y ellos nos daban cuenta de las guerras que los mexicanos les daban y trabajo en que les tenian puesto, y nosotros les dábamos relación de la vitoria contra Narváez. Y dejaré ésto, y diré cómo Cortés procuró saber qué fué la causa de se levantar México, porque bien entendido teníamos que Montezuma le pesó dello, que si le plugiera o fuera por su consejo, dijeron muchos soldados de los que se quedaron con Pedro de Alvarado en aquellos trances, que si el Montezuma fuera en ello, que a todos les mataran, y que Montezuma los aplacaba que cesasen la guerra. Y lo que contaba el Pedro de Alvarado a Cortés sobre el caso era que por libertar los mexicanos al Montezuma, e porque su Huichilobos se lo mandó, porque pusimos en su casa la imagen de Nuestra Señora la Virgen Santa María y la cruz; y más dijo que habían llegado muchos indios a quitar la santa imagen del altar donde la pusimos, y que no pudieron, y se quedó e que los indios lo tuvieron a gran milagro y que se lo dijeron al Montezuma, e que les mandó que la dejasen en el mismo lugar y altar y que no curasen de hacer otra cosa, y ansí la dejaron. Y más dijo el Pedro de Alvarado que por lo quel Narváez les había enviado a decir al Montezuma que le venía a soltar de las prisiones y a prendernos, y no salió verdad, e como Cortés había dicho al Montezuma que en teniendo navíos nos habíamos de ir a embarcar y salir de toda la tierra, e que no nos íbamos, e que todo eran palabras, e que agora había visto venir muchos más teules, antes que todos los de Narváez e los nuestros tornásemos a entrar en México, que sería bien matar al Pedro de Alvarado y a sus solda-

dos y soltar al gran Montezuma, y después no quedar a vida a ninguno de los nuestros e de los de Narváez, cuanto más que tuvieron por cierto que nos vencería el Narváez y sus soldados. Estas pláticas y descargo dió Pedro de Alvarado a Cortés. Y le tornó a decir Cortés que a qué causa les fué a dar guerra estando bailando y haciendo sus fiestas. Y respondió que sabía muy ciertamente que en acabando las fiestas y bailes y sacrificios que hacían a su Huichilobos y a Tezcatepuca, que luego le habían de venir a dar guerra, según el concierto tenían entre ellos hecho; y todo lo demás, que lo supo de un papa y de dos principales y de otros mexicanos. E Cortés le dijo: "Pues hanme dicho que le demandaron licencia para hacer el areito y bailes". Dijo que ansí era verdad, e que fué por tomarles descuidados; e que por que temiesen y no viniesen a dalle guerra, que por esto se adelantó a dar en ellos. Y desque aquello Cortés le oyó, le dijo muy enojado que era muy mal hecho e gran desatino [1], e que plugiera a Dios quel Montezuma se hobiera soltado e que tal cosa no la oyera a sus oídos. E ansí le dijo que no le habló más en ello. También [2] dijo el mismo Pedro de Alvarado que cuando andaba con ellos en aquella guerra que mandó poner a un tiro que estaba cebado, fuego, el cual tenía una pelota e muchos perdigones, e que como venían muchos escuadrones de indios a le quemar los aposentos, que salió a pelear con ellos e que mandó poner fuego al tiro, e que no salió, y desque hizo una arremetida contra los escuadrones que le daban guerra, y cargaban muchos indios sobrél, que venía retrayéndose a la fuerza e aposento, e que entonces sin poner fuego al tiro salió la pelota y los perdigones, y mató muchos indios, y que si aquello no acaesciera, que los enemigos les mataran a todos, como en aquella vez les llevaron dos de sus soldados vivos. Otra cosa dijo el Pedro de Alvarado, y esta sola cosa la dijeron otros soldados, que las demás pláticas sólo el Pedro de Alvarado lo contaba; y es que no tenían agua para beber, y cavaron en el patio, e hicieron un pozo y sacaron agua dulce, siendo todo salado también; todo fué muchos bienes que Nuestro Señor Dios nos hacía. E a esto del agua digo yo que en México estaba una fuente que muchas veces e todas las más manaba agua algo dulce [1]. Estas cosas y otras, sé decir que lo oí a personas de fe y creer, que se hallaron con el Pedro de Alvarado cuando aquello pasó. Y dejallo he aquí, y diré la gran guerra que luego nos dieron, y es desta manera.

---

(1) Testado en el original: "e poca verdad".

(2) Testado en el original: "yo quiero decir que decía el Pedro de Alvarado que cuando peleaban los indios mejicanos con él, que dijeron muchos dellos que una gran tecleciguata, ques gran señora, que era otra como la questaba en su gran cu, les echaba tierra en los ojos, y les cegaba, y que un guey teule que andaba en un caballo blando les hacían mucho mal, y que si por ellos no fuera que les mataran a todos, e que aquello diz que se lo dijeron al gran Montezuma sus principales. Y si aquello fué ansí, grandísimos milagros son, e de contino hemos de dar gracias a Dios e a la virgen Santa María Nuestra Señora, su bendita madre, que en todo nos socorre, e al bien aventurado Señor Santiago".

(1) Tachado en el original: "que lo demás que dicen algunas personas que el Pedro de Alvarado, por cobdicia de haber mucho oro y joyas de gran valor con que bailaban los indios, les fué a dar guerra. Yo no lo creo, ni nunca tal oí, ni es de creer que tal hiciese, puesto que lo dice el obispo fray Bartolomé de las Casas aquello y otras cosas que nunca pasaron, sino que verdaderamente dió en ellos por metelles temor, e que con aquellos males que les hizo tuviesen harto que curar y llorar en ellos, porque no le viniesen a dar guerra; y como dicen que quien acomete, vence; y fué muy peor, según paresció. Y también supimos de mucha verdad que tal guerra nunca el Montezuma mandó dar, e que cuando combatían al Pedro de Alvarado, que el Montezuma les mandaba a los suyos que no lo hiciesen, e que le respondían los suyos que ya no era de sufrir y tenelle preso y estando bailando illes a matar como fueron, y que le habían de sacar de allí y matar a todos los teules que le defendían".

CAPITULO CXXVI

Cómo nos dieron guerra en México, y los combates que nos daban, y otras cosas que pasamos.

Como Cortés vió que en Tezcuco no nos habían hecho ningún rescibimiento ni aun dado de comer sino mal y por mal cabo, y que no hallamos principales con quien hablar, y lo vió todo remutado y de mal arte, y venido a México lo mismo, y vió que no hacían tianguez, sino todo levantado, e oyó al Pedro de Alvarado de la manera y desconcierto con que les fué a dar guerra; y paresce ser había dicho Cortés en el camino a los capitanes de Narváez, alabándose de sí mismo, el gran acato y mando que tenía, e que por los caminos le saldrían a rescebir y hacer fiestas, e le darían oro, y que en México mandaba tan asolutamente así al gran Montezuma como a todos sus capitanes, e que le darían presentes de oro como solían; y viendo que todo estaba muy al contrario de sus pensamientos, que aun de comer no nos daban, estaba muy airado y soberbio con la mucha gente despañoles que traía, y muy triste y mohino. Y en este instante envió el gran Montezuma dos de sus principales a rogar a nuestro Cortés que le fuese a ver, que le quería hablar: y la respuesta que les dió dijo: "Vaya para perro, que aun tianguez no quiere hacer, ni de comer no nos manda dar". Y entonces como aquello le oyeron a Cortés nuestros capitanes, que fué Joan Velázquez de León y Cristóbal de Olí e Alonso de Avila y Francisco de Lugo, dijeron: "Señor, temple su ira, y mire cuánto bien y honra nos ha hecho este rey destas tierras, ques tan bueno que si por él no fuese ya fuéramos muertos y nos habrían comido, e mire que hasta las hijas le ha dado". Y como esto oyó Cortés, se indinó más de las palabras que le dijeron, como parescían de reprehensión, e dijo: "¿Qué cumplimiento he yo de tener con un perro que se hacía con Narváez secretamente, e agora veis que aun de comer no nos dan?" Y dijeron nuestros capitanes: "Esto nos paresce que debe hacer, y es buen consejo". Y como Cortés tenía allí en México tantos españoles, ansí de los nuestros como de los de Narváez, no se daba nada por cosa ninguna, e hablaba tan airado y descomedido. Por manera que tornó a hablar a los principales que dijesen a su señor Montezuma que luego mande hacer tianguez y mercados; si no, que hará e que acontescerá. Y los principales bien entendieron las palabras injuriosas que Cortés dijo de su señor y aun también la reprehensión que nuestros capitanes dieron a Cortés sobrello; porque bien los conoscían que habían sido los que solían tener en guarda a su señor, y sabían que eran grandes servidores de su Montezuma; y según y de la manera que lo entendieron se lo dijeron al Montezuma, y de enojo, o porque ya estaba concertado que nos diesen guerra, no tardó un cuarto de hora que vino un soldado a gran priesa, muy mal herido, que venía de un pueblo questá junto a México que se dice Tacuba, e traía unas indias que eran de Cortés, e la una hija del Montezuma, que paresce ser las dejó a guardar allí al señor de Tacuba, que eran sus parientes del mismo señor, cuando fuemos a lo de Narváez. Y dijo aquel soldado questaba toda la ciudad y camino por donde venía lleno de gente de guerra, con todo género de armas,

y que le quitaron las indias que traía y le dieron dos heridas, e que si no se las soltara, que le tenían ya asido para le meter en una canoa y llevalle a sacrificar, y habían deshecho una puente. Y desque aquello oyó Cortés e algunos de nosotros, ciertamente nos pesó mucho, porque bien entendido teníamos, los que solíamos batallar con indios, la mucha multitud que dellos se suelen juntar, e que por bien que peleásemos, y aunque más soldados trujésemos agora, que habíamos de pasar gran riesgo de nuestras vidas, y hambres y trabajos, especialmente estando en tan fuerte ciudad. Pasemos adelante y digamos que luego Cortés mandó a un capitán que se decía Diego de Ordaz que fuese con cuatro cientos soldados, e entre ellos los más ballesteros y escopeteros, y algunos de caballo, e que mirase qué era aquello que decía el soldado que había venido herido y trajo las nuevas; e que si viese que sin guerra e ruido se pudiese apaciguar, lo pacificase. Y como fué el Diego de Ordaz de la manera que le fué mandado con sus cuatrocientos soldados, aun no hobo bien llegado a media calle por donde iba, cuando le salen tantos escuadrones mexicanos de guerra, y otros muchos questaban en las azoteas, y le dieron tan grandes combates, que le mataron a las primeras arremetidas ocho soldados, y a todos los más hirieron, y al mismo Diego de Ordaz le dieron tres heridas. Por manera que no pudo pasar un paso adelante, sino volverse poco a poco al aposento, y al retraer le mataron a otro buen soldado que se decía Lezcano, que con un montante había hecho cosas de muy esforzado varón; y en aquel instante, si muchos escuadrones salieron al Diego de Ordaz, muchos más vinieron a nuestros aposentos, y tiran tanta vara y piedras con ondas y flechas, que nos hirieron de aquella vez sobre cuarenta y seis de los nuestros, y doce murieron de las heridas. Y estaban tantos guerreros sobre nosotros, que Diego de Ordaz, que se venía retrayendo, no podía llegar a los aposentos por la mucha guerra que le daban, unos por detrás y otros por delante y otros desde las azoteas. Pues quizá aprovechaba mucho nuestros tiros, ni escopetas, ni ballestas, ni lanzas, ni estocadas que les dábamos, ni nuestro buen pelear, que aunque les matábamos y heríamos muchos dellos, por las puntas de las espadas y lanzas se nos metían; con todo esto cerraban sus escuadrones, y no perdían punto de su buen pelear, ni les podíamos apartar de nosotros. Y en fin, con los tiros y escopetas y ballestas y el mal que les hacíamos destocadas, tuvo tiempo de entrar el Ordaz en el aposento, que hasta entonces, y aunque quería, no podía pasar, y con sus soldados bien heridos y catorce menos, y todavía no cesaban muchos escuadrones de nos dar guerra y decirnos que éramos como mujeres, y nos llamaban de bellacos, e otros vituperios. E aun no ha sido nada todo el daño que nos han hecho hasta agora a lo que después hicieron. Y es que tuvieron tanto atrevimiento, que unos dándonos guerra por unas partes y otros por otra, entraron a ponernos fuego en nuestros aposentos, que no nos podíamos valer con el humo y fuego, hasta que se puso remedio con derrocar sobrél mucha tierra e atajar otras salas por donde venía el fuego, que verdaderamente allí dentro creyeron de nos quemar vivos. Y duraron estos combates todo el día, y aun la noche estaban sobre nosotros tantos escuadrones dellos, y tiraban varas y piedras y flechas a bulto e piedra perdida, que de lo del día y lo de entonces estaban todos aquellos patios y suelos

hechos parvas dellos. Pues nosotros aquella noche en curar heridos, y en poner remedio en los portillos que habían hecho, y en apercebirnos para otro día, en esto se pasó. Pues desque amaneció acordó nuestro capitán que con todos los nuestros y los de Narváez saliésemos a pelear con ellos, y que llevásemos tiros y escopetas y ballestas, y procurásemos de los vencer, al de menos que sintiesen más nuestras fuerzas y esfuerzo mejor quel día pasado. Y digo que teníamos hecho aquel concierto, que los mexicanos tenían concertado lo mismo, y peleábamos muy bien; mas ellos estaban tan fuertes y tenían tantos escuadrones, que se remudaban de rato en rato, que aunque estuvieran allí diez mill Héctores troyanos y otros tantos Roldanes, no les pudieran entrar; porque sabello agora yo aqui decir cómo pasó, y vimos el tesón en el pelear, digo que no lo sé escrebir; porque ni aprovechaban tiros, ni escopetas, ni ballestas, ni apechugar con ellos, ni matallès treinta ni cuarenta de cada vez que arremetíamos, que tan enteros y con más vigor peleaban que al principio; y si algunas veces les íbamos ganando alguna poca de tierra, o parte de calle hacían que se retraían, era para que les siguiésemos por apartarnos de nuestra fuerza y aposento, para dar más a su salvo en nosotros, creyendo que no volveríamos con las vidas a los aposentos, porque al retraer nos hacían mucho mal. Pues para pasar a quemalles las casas, ya he dicho en el capítulo que dello habla que de casa a casa tenían un puente de madera levadiza; alzábanla y no podíamos pasar sino por agua muy honda. Pues desde las azoteas, los cantos y piedras no lo podíamos sufrir; por manera que nos maltrataban y herían muchos de los nuestros. E no sé yo para qué lo escribo ansí tan tibiamente, porque unos tres o cuatro soldados que se habían hallado en Italia, que allí estaban con nosotros, juraron muchas veces a Dios que guerras tan bravosas jamás habían visto en algunas que se habían hallado entre cristianos y contra la artillería del rey de Francia, ni del gran turco; ni gente como aquellos indios, con tanto ánimo cerrar los escuadrones vieron, y porque decían otras muchas cosas y causas que daban a ello, como adelante verán. Y quedarse ha aquí, y diré cómo con harto trabajo nos retrujimos a nuestros aposentos, y todavía muchos escuadrones de guerreros sobre nosotros, con grandes gritos e silbos y trompetillas y atambores, llamándonos de bellacos y para poco, que no osábamos atendelles todo el día en batalla, sino volvernos retrayendo. Aquel día mataron otros diez o doce soldados, y todos volvimos bien heridos; y lo que pasó de la noche fué en concertar para de ahí a dos días saliésemos todos los soldados cuantos sanos había en todo el real, y con cuatro ingenios a manera de torres, que se hicieron de madera bien recios, en que pudiesen ir debajo de cualquiera dellos veinte y cinco hombres, y llevaban sus ventanillas y agujeros en ellos para ir los tiros, y también iban escopeteros y ballesteros, y junto con ellos habíamos de ir otros soldados escopeteros y ballesteros, y los tiros y todos los demás y los de a caballo hacer algunas arremetidas. Y hecho este concierto, como estuvimos aquel día que entendíamos en la obra y en fortalecer muchos portillos que nos tenían hechos, no salimos a pelear aquel día. No sé cómo lo diga, y los grandes escuadrones de guerreros que nos vinieron a los aposentos a dar guerra, no solamente por diez o doce partes, sino por más de veinte, porque en todos estábamos repartidos, y en otras muchas partes, y entre tanto que

los adobamos y fortalecíamos como dicho tengo, otros muchos escuadrones procuraban entrarnos en los aposentos a escala vista, que ni por tiros ni ballestas ni escopetas ni por muchas arremetidas y estacadas les podían retraer. Pues lo que decían que en aquel día no habían de quedar ninguno de nosotros, y que habían de sacrificar a sus dioses nuestros corazones y sangre, y con las piernas y brazos que bien tendrían para hacer hartazgas y fiestas, y que los cuerpos echarían a los tigres y leones y víboras y culebras que tienen encerrados, que se harten dellos; e que a aquel efeto ha dos días que mandaron que no les diesen de comer; y quel oro que teníamos que habríamos mal gozo dél, y de todas las mantas; y a los de Tascala que con nosotros estaban les decían que los meterían en jaulas a engordar, e que poco a poco harían sus sacrificios con sus cuerpos. Y muy afetuosamente decían que les diésemos su gran señor Montezuma, y decían otras cosas. Y de noche ansimismo siempre muchos silbos y voces y rociadas de vara y piedra y flecha. Y desque amanesció, después de nos encomendar a Dios, salimos de nuestros aposentos con nuestras torres, que me paresce a mí que en otras partes donde me he hallado en guerras, en cosas que han sido menester, las llaman burros y mantas; y con los tiros y escopetas y ballestas delante, y los de caballo haciendo algunas arremetidas, e, como he dicho, aunque les matábamos muchos dellos no aprovechaba cosa para les hacer volver las espaldas, sino que si muy bravamente habían peleado los dos días pasados, muy más fuertes e con mayores fuerzas y escuadrones estaban este día. Y todavía determinamos que, aunque a todos costase la vida, de ir con nuestras torres e ingenios hasta el gran cu del Huichilobos. No digo por extenso los grandes combates que en una casa fuerte nos dieron, ni diré cómo los caballos los herían, ni nos aprovechábamos dellos, porque, aunque arremetían a los escuadrones para rompellos, tirábanles tanta flecha y vara y piedra, que no se podían valer por bien armados que estaban; y si los iban alcanzando, luego se dejaban caer los mexicanos a su salvo en las acequias y laguna, donde tenían hechos otros mamparos para los de caballo, y estaban otros muchos indios con lanzas muy largas para acabar de matarlos; ansí que no aprovechaba cosa ninguna. Pues apartarnos a quemar ni deshacer ninguna casa era por demás, porque, como he dicho, están todas en el agua, y de casa a casa una puente levadiza; pasalla a nado era cosa muy peligrosa, porque desde las azoteas tenían tanta piedra e cantos y mamparos, que era cosa perdida ponernos en ello; y demás desto, en algunas casas que les poníamos fuego tardaba una casa en se quemar un día entero, y no se podía pegar fuego de una casa a otra, lo uno, estar apartadas una de otra e el agua en medio, y lo otro, ser de azoteas; ansí que eran por demás nuestros trabajos en aventurar nuestras personas en aquello. Por manera que fuimos hasta el gran cu de sus ídolos, y luego de repente suben en él más de cuatro mil mexicanos, sin otras capitanías que en ellos estaban con grandes lanzas e piedra e vara, y se ponen en defensa y nos resistieron la subida un buen rato, que no bastaban las torres ni los tiros ni ballestas ni escopetas ni los de caballo; porque aunque querían arremeter los caballos, había unas losas muy grandes empedrado todo el patio, que se iban a los caballos pies y manos, y eran tan lisas, que caían; e como desde las gradas del alto cu nos

defendían el paso, e a un lado y a otro teníamos tantos contrarios, y aunque nuestros tiros llevaban diez o quince dellos, e a estocadas e arremetidas matábamos otros muchos, cargaba tanta gente, que no les podíamos subir al alto cu; y con gran concierto tornamos a porfiar, sin llevar las torres, porque ya estaban desbaratadas, y les subimos arriba. Aquí se mostró Cortés muy varón, como siempre lo fué. ¡Oh, qué pelear y fuerte batalla que aquí tuvimos! Era cosa de notar vernos a todos corriendo sangre y llenos de heridas, y otros muertos; y quiso Nuestro Señor que llegamos adonde solíamos tener la imagen de Nuestra Señora, y no la hallamos, que paresció, según supimos, quel gran Montezuma tenía devoción en ella, y la mandó guardar; y pusimos fuego a sus ídolos, y se quemó un buen pedazo de la sala con los ídolos Huichilobos e Tezcatepuca. Entonces nos ayudaron muy bien los tascaltecas. Pues ya hecho esto, estando questábamos unos peleando e otros poniendo el fuego, como dicho tengo, ver los papas questaban en este gran cu, y sobre tres o cuatro mill indios, todos principales, ya que nos bajábamos, cuál nos hacían venir rodando seis gradas y aun diez abajo, e hay tanto que decir de otros escuadrones questaban en los petriles y concavidades del gran cu, tirándonos tanta vara y flecha, que ansí a unos escuadrones como a los otros no podíamos hacer cara, acordamos con mucho trabajo y riesgo de nuestras personas de nos volver a nuestros aposentos, los castillos deshechos, y todos heridos, y diez y seis muertos, y los indios siempre aprestándonos, y otros escuadrones por las espaldas, que quien no nos vió, aunque aquí más claro lo diga, yo no lo sé senificar. Pues aun no digo lo que hicieron los escuadrones mexicanas questaban dando guerra en los aposentos en tanto que andábamos fuera, y la gran porfía y tesón que ponían de les entrar. En esta batalla prendimos dos papas principales, que Cortés nos mandó que los llevasen a buen recaudo. Muchas veces he visto pintada entre los mexicanos y tascaltecas esta batalla y subida que hicimos en este gran cu, y tiénenlo por cosa muy heroica, que aunque nos pintan a todos nosotros muy heridos corriendo sangre e muchos muertos en retratos que tienen dellos hechos, en mucho lo tienen esto de poner fuego al cu y estar tanto guerrero guardándolo, e en los petriles y concavidades, y otros muchos indios abajo en el suelo y patios llenos, y en los lados, y otros muchos, y deshechas nuestras torres, cómo fué posible subille. Dejemos de hablar de ello e digamos cómo con gran trabajo tornamos a los aposentos, y sí mucha gente nos fueron siguiendo y daban guerra, otros muchos estaban en los aposentos, que ya les tenían derrocadas unas paredes para entralles, y con nuestra llegada cesaron, mas no de manera que en todo lo que quedó del día dejaban de tirar vara y piedra y flecha, y en la noche, grita y piedra y vara. Dejemos de su gran tesón y porfía, que siempre a la contina tenían destar sobre nuestros aposentos, como he dicho, e digamos que aquella noche se nos fué en curar heridos y enterrar los muertos y en aderezar para salir otro día a pelear e en poner fuerzas e mamparos a las paredes que habían derrocado e a otros portillos que habían hecho, y tomar consejo cómo y de qué manera podríamos pelear sin que rescibiésemos tantos daños ni muertes; y en todo lo que platicamos

no hallábamos remedio ninguno. Pues también quiero decir las maldiciones que los de Narváez echaban a Cortés, y las palabras que decían, que renegaban dél y de la tierra, y aun de Diego Velázquez que acá les envió, que bien pacíficos estaban en sus casas en la isla de Cuba, y estaban embelesados e sin sentido. Volvamos a nuestra plática; que fué acordado de demandalles paces para salir de México. Y desque amanesció vienen muchos más escuadrones de guerreros, e vienen muy de hecho e nos cercan por todas partes los aposentos, y si mucha piedra y flecha tiraban de antes, muchas más espesas y con mayores alaridos e silbos vinieron este día; e otros escuadrones por otras partes procuraban de nos entrar, que no aprovechaban tiros ni escopetas y aunque les hacían harto mal. E viendo todo esto acordó Cortés que el gran Montezuma les hablase desde una azotea, y les dijese que cesasen las guerras, e que nos queríamos ir de su ciudad. Y cuando al gran Montezuma se lo fueron a decir de parte de Cortés, dicen que dijo con gran dolor: "¿Qué quiere ya de mí Malínche, que yo no deseo vivir ni oílle, pues en tal estado por su causa mi ventura me ha traído?" Y no quiso venir, y aun dicen que dijo que ya no le quería ver ni oír a él ni a sus falsas palabras ni promesas e mentiras. E fué el padre de la Merced e Cristóbal de Olí, y le hablaron con mucho acato y palabras muy amorosas. E dijo el Montezuma: "Yo tengo creído que no aprovecharé cosa ninguna para que cese la guerra, porque ya tienen alzado otro señor e han propuesto de no os dejar salir de aquí con la vida; y ansí creo que todos vosotros habéis de morir". Y volvamos a los grandes combates que nos daban. Que Montezuma se puso a un petríl de una azotea con muchos de nuestros soldados que le guardaban, y les comenzó a hablar con palabras muy amorosas que dejasen la guerra e que nos iríamos de México, y muchos principales y capitanes mexicanos bien le conoscieron, y luego mandaron que callasen sus gentes y no tirasen varas ni piedras ni flechas; y cuatro dellos se llegaron en parte que el Montezuma les podía hablar, y ellos a él, y llorando le dijeron: "¡Oh, señor e nuestro gran señor, y cómo nos pesa de todo vuestro mal y daño y de vuestros hijos y parientes! Hacémos os saber que ya hemos levantado a un vuestro pariente por señor". E allí le nombró cómo se llamaba, que se decía Coadlavaca, señor de Iztapalapa, que no fué Guatemuz, el que luego fué señor. Y más dijeron que la guerra que la habían de acabar, e que tenían prometido a sus ídolos de no la dejar hasta que todos nosotros muriésemos, y que rogaban cada día a su Huichilobos y a Tezcatepuca que le guardase libre y sano de nuestro poder; e como saliese como deseaban, que no le dejarían de tener muy mejor que de antes por señor, y que les perdonase. Y no hobieron bien acabado el razonamiento, cuando en aquella sazón tiran tanta piedra y vara, que los nuestros que le arrodelaban, desque vieron que entre tanto que hablaba con ellos no daban guerra, se descuidaron un momento de le rodelar de presto, y

le dieron tres pedradas, una en la cabeza y otra en un brazo y otra en una pierna; y puesto que le rogaban se curase y comiese y le decían sobrello buenas palabras, no quiso, antes cuando no nos catamos vinieron a decir que era muerto. E Cortés lloró por él, y todos nuestros capitanes y soldados, y hombres hobo entre nosotros, de los que le conoscíamos y tratábamos, de que fué tan llorado como si fuera nuestro padre, y no nos hemos de maravillar dello viendo qué tan bueno era. Y decían que había diez y siete años que reinaba, e que fué el mejor rey que en México había habido, e que por su persona había vencido tres desafíos que tuvo sobre las tierras que sojuzgó. E pasemos adelante.

CAPITULO CXXVII

Desque fué muerto el gran Montezuma acordó Cortés de hacello saber a sus capitanes y principales que nos daban guerra, y lo que más sobrello pasó.

Pues como vimos a Montezuma que se había muerto, ya he dicho la tristeza que en todos nosotros hobo por ello, y aun al fraile de la Merced, que siempre estaba con él, se lo tuvimos a mal no le atraer a que se volviese cristiano, y él dió por descargo que no creyó que de aquellas heridas muriese, salvo quél debía mandar que le pusiesen alguna cosa con que se pasmó. En fin de más razones mandó Cortés a un papa e a un principal de los questaban presos, que soltamos para que fuesen a decir al cacique que alzaron por señor, que se decía Coadlavaca, y a sus capitanes cómo el gran Montezuma era muerto, y que ellos le vieron morir, y de la manera que murió y heridas que le dieron los suyos, y dijesen cómo a todos nos pesaba dello, y que lo enterrasen como a gran rey que era, y que alzasen a su primo del Montezuma, que con nosotros estaba, por rey, pues le pertenescía de heredar, o a otros sus hijos, e que al que habían alzado por señor que no le venía por derecho, e que tratasen paces para salirnos de México, que si no lo hacían, que agora que era muerto Montezuma, a quien teníamos respeto, e que por su causa no les destruimos su ciudad, que saldríamos a dalles guerra e a quemalles todas las casas, y les haríamos mucho mal. Y por que lo viesen cómo era muerto al Montezuma, mandó a seis mexicanos muy principales y los demás papas que teníamos presos que lo sacasen a cuestas y lo entregasen a los capitanes mexicanos y les dijesen lo quel Montezuma mandó al tiempo que se quería morir, que aquellos que le llevaron a cuestas se hallaron presentes a su muerte. Y dijeron al Coadlavaca toda la verdad, cómo ellos propios le mataron de tres pedradas. Y desque ansí le vieron muerto, vimos que hicieron muy gran llanto, que bien oímos las gritas y aullidos que por él daban; y aun con todo esto no cesó la gran batería que siempre nos daban y era sobre nosotros de vara y piedra y flecha, y luego la encomenzaron muy mayor y con gran braveza, y nos decían: "Agora pagaréis muy de verdad la muerte de nuestro rey y señor y el deshonor de nuestros ídolos; y las paces que nos enviáis a pedir, salí acá y concertaremos cómo y de qué manera han de

ser". Y decían tantas palabras sobrello y de otras cosas, que ya no se me acuerda y las dejaré aquí de decir; y que ya tenían elegido un buen rey, y que no será del corazón tan flaco que le podáis engañar con palabras falsas como fué a su buen Montezuma; y que del enterramiento que no tuviésemos cuidado, sino de nuestras vidas, que en dos días no quedarían ningunos de nosotros para que tales cosas les enviemos a decir. Y con estas pláticas, muy grandes gritas y silbos y rociadas de piedras y vara y flecha, y otros muchos escuadrones todavía procurando de poner fuego a muchas partes de nuestros aposentos. Y desque aquello vió Cortés y todos nosotros, acordamos que para otro día saliésemos del real todos y diésemos por otra parte adonde había muchas casas en tierra firme, y que hiciésemos todo el mal que pudiésemos y fuésemos hacia la calzada, y que todos los de a caballo rompiesen con los escuadrones y los alanceasen o se echasen en la laguna, y aunque les matasen los caballos. Y esto se ordenó para si por ventura con el daño y muerte que les hiciésemos cesarían la guerra y se trataría alguna manera de paz para salir libres, sin más muertes y daños. Y puesto que otro día lo hicimos todos muy varonilmente y matamos muchos contrarios, y se quemaron obra de veinte casas, y fuimos hasta cerca de tierra firme, todo fué nonada para el daño así muertes como heridas que nos dieron, y no pudimos guardar ninguna puente, porque todas estaban medio quebradas; y cargaron muchos mexicanos sobre nosotros, y tenían puestas albarradas e mamparos en parte adonde conoscían que podían alcanzar los caballos. Por manera que si muchos trabajos teníamos hasta allí, muchos mayores tuvimos adelante. Y dejallo he aquí, y volvamos a decir cómo acordamos de salir de México. En esta entrada y salida que hicimos con los de caballo era un jueves; acuérdome que iba allí Sandoval, y Lares "el Buen Jinete", y Gonzalo Domínguez, Juan Velázquez de León, y Francisco de Morla, y otros buenos hombres de a caballo de los nuestros, e de los de Narváez iban otros buenos jinetes, mas estaban espantados e temerosos, como no se habían hallado en guerras de indios.

CAPITULO CXXVIII

Cómo acordamos de nos ir huyendo de México, y lo que sobrello se hizo.

Como víamos que cada día menguaban nuestras fuerzas y las de los mexicanos crescían, e víamos muchos de los nuestros muertos y todos los más heridos, e que aunque peleábamos muy como varones no podíamos hacer retirar ni que se apartasen los muchos escuadrones que de día y de noche nos daban guerra, y la pólvora apocada, y la comida e agua por el consiguiente, y el gran Montezuma muerto, las paces y treguas que les enviamos a demandar no las querían acetar; en fin, víamos nuestras muertes a los ojos, y las puentes questaban alzadas, y fué acordado por Cortés y por todos nuestros capitanes y soldados que de noche nos fuésemos, cuando viésemos que los escuadrones guerreros estaban más descuidados, y para más les descui-

dar, aquella tarde les enviamos a decir con un papa de los questaban presos, que era muy principal entre ellos, y con otros prisioneros, que nos dejen ir en paz de ahí ocho días, y que les daríamos todo el oro, y esto por descuidarlos y salirnos aquella noche. Y demás desto estaba con nosotros un soldado que se decía Botello, al parescer muy hombre de bien y latino, y había estado en Roma, y decían que era nigromántico, otros decían que tenía familiar, algunos le llaman astrólogo; y este Botello había dicho cuatro días había que hallaba por sus suertes o astrologías que si aquella noche que venía no salíamos de México, que si más aguardábamos, que ninguno saldría con la vida, y aun había dicho otras veces que Cortés había de tener muchos trabajos o había de ser desposeído de su ser y honra, y que después había de volver a ser gran señor, e ilustre. de muchas rentas. y decía otras muchas cosas. Dejemos al Botello, que después tornaré a hablar en él, y diré cómo se dió luego orden que se hiciese de maderos y tablas muy recias una puente, que llevásemos para poner en las puentes que tenían quebradas, y para ponellas y llevallas y guardar el paso hasta que pasase todo el fardaje y el ejército señalaron cuatrocientos indios tascaltecas e ciento e cincuenta soldados; para llevar el artillería y señalaron así mismo doscientos indios de Tascala e cincuenta soldados, y para que fuesen en la delantera peleando señalaron a Gonzalo de Sandoval y a Diego de Ordaz; e a Francisco de Saucedo y a Francisco de Lugo e una capitanía de cien soldados mancebos sueltos para que fuesen entre medias y acudiesen a la parte que más conviniese pelear; señalaron a él mismo Cortés e Alonso de Avila e Cristóbal de Olí y a otros capitanes que fuesen en medio; en la retaguardia a Pedro de Alvarado y a Joan Velázquez de León, y entremetidos en medio de los capitanes y soldados del Narváez, y para que llevasen a cargo los prisioneros y a doña Marina y doña Luisa, señalaron trescientos tascaltecas y treinta soldados. Pues hecho este concierto, ya era noche para sacar el oro y llevallo o repartillo: mandó Cortés a su camarero, que se decía Cristóbal de Guzmán, y a otros soldados sus criados, que todo el oro y joyas y plata lo sacasen con muchos indios de Tascala que para ello les dió, y lo pusieron en la sala, y dijo a los oficiales del rey que se decían Alonso de Avila y Gonzalo Mexía que pusiesen cobro en el oro de Su Majestad, y les dió siete caballos heridos y cojos y una yegua y muchos amigos tascaltecas, que fueron más de ochenta, y cargaron dello a bulto lo que más pudieron llevar, que estaban hechas barras muy anchas, como otras veces he dicho en el capítulo que dello habla, y quedaba mucho oro en la sala y hecho montones. Entonces Cortés llamó a su secretario y a otros escribanos del rey y dijo: "Dame por testimonio que no puedo más hacer sobre este oro; aquí teníamos en este aposento y sala sobre setecientos mill pesos de oro, y como habéis visto que no se puede pesar ni poner más en cobro, los soldados que quisieren sacar dello, desde aquí se lo doy, como ha de quedar perdido entre estos perros". Y desque aquello oyeron muchos soldados de los de Narváez y algunos de los nuestros, cargaron dello. Yo digo que no tuve codicia sino procurar de salvar la vida, mas no dejé de apañar de unas cazuelas que allí estaban unos cuatro chalchuis, que son piedras entre los indios muy presciadas, que de presto me eché en los pechos entre las armas, que me fueron después buenas para curar mis heridas y

comer el valor dellas. Pues de que supimos el concierto que Cortés había hecho de la manera que habíamos de salir e ir aquella noche a los puentes, y como hacía algo obscuro y había niebla y lloviznaba, antes de medianoche se comenzó a traer la puente y caminar el fardaje y los caballos y la yegua y los tascaltecas cargados con el oro; y de presto se puso la puente y pasó Cortés y los demás que consigo traía primero, y muchos de caballo. Y estando en esto suenan las voces y cornetas y gritas y silbos de los mexicanos, y decían en su lengua a los del Tatelulco: "Salí presto con vuestras canoas, que se van los teules, y atajallos que no quede ninguno a vida". Y cuando no me cato vimos tantos escuadrones de guerreros sobre nosotros, y toda la laguna cuajada de canoas que no nos podíamos valer, y muchos de nuestros soldados ya habían pasado. Y estando desta manera cargan tanta multitud de mexicanos a quitar la puente y a herir y matar en los nuestros, que no se daban a manos; y como la desdicha es mala en tales tiempos, ocurre un mal sobre otro; como llovía resbalaron dos caballos y caen en la laguna, y como aquello vimos yo y otros de los de Cortés, nos pusimos en salvo de esa parte de la puente, y cargaron tanto guerrero, que por bien que peleábamos no se pudo más aprovechar de la puente. De manera que en aquel paso y abertura de agua de presto se hinchó de caballos muertos y de indios e indias y naborías, y fardaje y petacas; y temiendo no nos acabasen de matar, tiramos por nuestra calzada adelante y hallamos muchos escuadrones questaban aguardándonos con lanzas grandes, y nos decían palabras vitupiriosas, y entre ellas decían: "¡Oh cuilones, y aun vivos quedais!" Y a estocadas y cuchilladas que les dábamos pasamos, aunque hirieron allí a seis de los que íbamos; pues quizá había algún concierto cómo lo habíamos concertado, maldito aquél; porque Cortés y los capitanes y soldados que pasaron primero a caballo por salvarse y llegar a tierra firme y asegurar sus vidas aguijaron por la calzada adelante, y no la erraron; también salieron en salvo los caballos con el oro y los tascaltecas, y digo que si aguardáramos, ansí los da caballo como los soldados, unos a otros en las puentes, todos fenesciéramos, que no quedaron ninguno a vida; y la causa es esta: porque yendo por la calzada, ya que arremetíamos a los escuadrones mexicanos, de la una parte es agua y de la otra parte azoteas, y la laguna llena de canoas, no podíamos hacer cosa ninguna, pues escopetas y ballestas todas quedaban en la puente, y siendo de noche, qué podíamos hacer sino lo que hacíamos, que era arremeter y dar algunas cuchilladas a los que nos venían a echar mano, y andar y pasar adelante hasta salir de las calzadas; y si fuera de día muy peor fuera; y aun los que escapamos fué Nuestro Señor servido de ello. Y para quien no vió aquella noche la multitud de guerreros que sobre nosotros estaban, y las canoas que dellos andaban a rebatar nuestros soldados, es cosa despanto. Ya que íbamos por nuestra calzada adelante, cabe el pueblo de Tacuba, adonde ya estaba Cortés con todos los capitanes Gonzalo de Sandoval y Cristóbal de Olí y otros da caballo de los que pasaron delante, decían a voces: "Señor capitán, aguárdenos, que dicen que vamos huyendo y los dejamos morir en las puentes; tornémoslos a amparar, si algunos han quedado y no salen ni vienen ninguno". Y la respuesta de Cortés fué que los que habíamos salido era milagro. Y luego volvió con los da caballo y soldados que no estaban

heridos, y no anduvimos mucho trecho, porque luego vino Pedro de Alvarado bien herido, a pie, con una lanza en la mano, porque la yegua alazana ya se la habían muerto, y traía consigo cuatro soldados tan heridos como él y ocho tascaltecas, todos corriendo sangre de muchas heridas. Y entretanto que fué Cortés por la calzada con los demás capitanes, reparamos en los patios de Tacuba ya habían venido de México muchos escuadrones dando voces a dar mandado a Tacuba y a otro pueblo que se dice Escapulzalco, por manera que encomenzaron a tirar vara y piedra y flecha, y con sus lanzas grandes; y nosotros hacíamos algunas arremetidas, en que nos defendíamos y ofendíamos. Volvamos al Pedro de Alvarado; que como Cortés y los demás capitanes le encontraron de aquella manera y vieron que no venían más soldados, se le saltaron las lágrimas de los ojos, y dijo Pedro de Alvarado que Joan Velázquez de León quedó muerto con otros muchos caballeros, ansí de los nuestros como de los de Narváez, que fueron más de ochenta, en la puente, y que él y los cuatro soldados que consigo traía, que desque les mataron los caballos pasaron en la puente con mucho peligro sobre muertos y caballos y petacas, questaba aquel paso de la puente cuajado dellos, y dijo más: el que todas las puentes y calzadas estaban llenas de guerreros, y en la triste puente, que dijeron después que fué el salto de Alvarado, digo que aquel tiempo ningún soldado se paraba a vello si saltaba poco o mucho, porque harto teníamos que salvar nuestras vidas, porque estábamos en gran peligro de muerte, según la multitud de mexicanos que sobre nosotros cargaban. Y todo lo que en aquel caso dice Gomara es burla, porque ya que quisiera saltar y sustentarse en la lanza, estaba el agua muy honda y no podía llegar al suelo con ella; y demás desto, la puente y abertura muy ancha y alta, que no la podría salvar por muy más suelto que era, ni sobre lanza ni de otra manera; y bien se puede ver agora qué tan alta iba el agua en aquel tiempo y qué tan altas son las paredes donde estaban las vigas de la puente, y qué tan ancha era el abertura; y nunca oí decir desde salto de Alvarado hasta después de ganado México, que fué en unos nibelos que puso un Gonzalo de Ocampo, que por ser algo feos aquí no declaro. Y entre ellos dice: "Y dacordárse te debía del salto que diste de la puente". Y no declaro más en esta tecla. Pasemos adelante y diré cómo estando en Tacuba se habían ajuntado muchos guerreros mexicanos de todos aquellos pueblos, y nos mataron allí tres soldados; acordamos lo más presto que pudiésemos salir de aquel pueblo, y con cinco indios tascaltecas, que atinaban el camino de Tascala, sin ir por camino, nos guiaban con mucho concierto, hasta que llegábamos a unas caserías que en un cerro estaban, y allí junto un cu, su adoratorio como fortaleza, adonde reparamos. Quiero tornar a decir que seguidos que íbamos de los mexicanos y de las flechas y varas y pedradas que con sus hondas nos tiraban, y cómo nos cercaban, dando siempre en nosotros, es cosa de espantar. Y como lo he dicho muchas veces, y estoy harto de lo decir, los letores no lo tengan por cosa de proliiidad, por causa que cada vez o cada rato que nos apretaban y herían y daban recia guerra, por fuerza tengo de tornar a decir de los escuadrones que nos seguían y mataban muchos de nosotros. Dejémoslo ya de traer tanto a la memoria, y digamos cómo nos defendíamos. En aquel cu e fortaleza nos albergamos y se curaron los heri-

dos, y con muchas lumbres que hicimos, pues de comer ni por pensamiento; y en aquel cu y adoratorio después de ganada la gran ciudad de México hecimos una iglesia que se dice Nuestra Señora de los Remedios, muy devota, y van agora allí en romeria y a tener novenas muchos vecinos y señoras de México. Dejemos esto y volvamos a decir qué lástima era de ver curar y apretar con algunos paños de mantas nuestras heridas, y como se habían resfriado y estaban hinchadas, dolían. Pues más de llorar fué los caballeros y esforzados soldados que faltaban, ques de Joan Velázquez de León, Francisco de Saucedo, y Francisco de Morla, y un Lares "el Buen Jinete", y otros muchos de los nuestros de Cortés. Para qué cuento yo estos pocos, porque para escrebir los nombres de los muchos que de nosotros faltaron es no acabar tan presto, pues de los de Narváez todos los más en las puentes quedaron cargados de oro. Digamos ahora el astrólogo Botello no le aprovechó su astrología, que también allí murió con su caballo. Pasemos adelante, y diré cómo se hallaron en una petaca deste Botello, después questuvimos en salvo, unos papeles como libro, con cifras y rayas y apuntamientos y señales, que decía en ellas: "Si me he de morir aquí en esta triste guerra en poder de estos perros indios". Y decía en otras rayas y cifras más adelante: "No morirás". Y tornaba a decir en otras cifras y rayas y apuntamientos: "Sí morirás. Y respondía la otra raya: "No morirás". Y decía en otra parte: "Si me han de matar también mi Caballo". Decía adelante: "Sí matatarán". Y desta manera tenía otras como cifras y a manera de suertes que hablaban unas letras contra otras en aquellos papeles que era como libro chico. Y también se halló en la petaca una natura como de hombre, de obra de un geme, hecha de baldrés, ni más ni menos, al parecer de natura de hombre, y tenía dentro como una barra de lana de tundidor. Tornemos a decir cómo quedaron en las puentes muertos ansí los hijos e hijas del Montezuma como los prisioneros que traíamos, y el Cacamatzín, señor de Teztuco, y otros reyes de provincias. Dejemos ya de contar tantos trabajos y digamos cómo estábamos pensando en lo que por delante teníamos, y era que todos estábamos heridos, y no escaparon sino veinte y tres caballos; pues los tiros y artillería y pólvora no sacamos ninguna; las ballestas fueron pocas, y ésas se remediaron luego las cuerdas e hecimos saetas. Pues lo peor de todo era que no sabíamos la voluntad que habíamos de hallar en nuestros amigos los de Tascala; demás desto, aquella noche siempre cercados de mexicanos y gritas y varas y flechas, con hondas, sobre nosotros; acordamos de nos salir de allí a medianoche, y con los tascaltecas, nuestras guías, por delante, con muy buen concierto caminar, los heridos en medio y los cojos con bordones, y algunos que no podían andar y estaban muy malos a ancas de caballos de los que iban cojos, que no eran para batallar, y los de a caballo que no estaban heridos, delante e a un lado y a otro repartidos. Y desta manera todos nosotros los que más sanos estábamos haciendo rostro y cara a los mexicanos, y los tascaltecas heridos dentro del cuerpo de nuestro escuadrón, y los demás questaban sanos hacían cara juntamente con nosotros, porque los mexicanos nos iban siempre picando con grandes voces y gritos y silbos, y decían: "Allá iréis donde no quede ninguno de vosotros a vida". Y no entendíamos a qué fin lo decían, según adelante verán. Pues olvidado me he de escrebir el

contento que recibimos de ver viva a nuestra doña Marína y a doña Luisa, la hija de Xicotenga, que las escaparon en las puentes unos tascaltecas, y también una mujer que se decía María de Estrada, que no teníamos otra mujer de Castilla en México sino aquélla, y los que las escaparon y salieron primero de las puentes fueron unos hijos del Xicotenga, hermanos de la doña Luisa, y quedaron muertas las más de nuestras naborías que nos habían dado en Tascala y en la mesma ciudad de México. Y volvamos a decir cómo llegamos aquel día a unas estancias y caserías de un pueblo grande que se dice Gualtitán, el cual pueblo después de ganado México fué de Alonso de Avila; y aunque nos daban grita y voces y tiraban piedra y vara y flecha, todo lo soportamos, y desde allí fuimos por unas caserías y poblezuelos, y siempre los mexicanos siguiéndonos, y como se juntaban muchos, procuraban de nos matar. y nos comenzaban a cercar y tiraban tanta de piedra con hondas y varas y flechas, y con sus montantes, que mataron a dos de nuestros soldados en un paso malo, y también mataron un caballo e hirieron a muchos de los nuestros; y también nosotros a estocadas y cuchilladas matamos algunos dellos, y los de a caballo lo mismo, y ansí dormimos en aquellas casas y comimos el caballo que mataron. Y otro día muy de mañana comenzamos a caminar con el concierto que de antes íbamos, y aun mejor, y siempre la mitad de los de a caballo adelante; e poco más de una legua de allí, en un llano, ya que creíamos ir en salvo, vuelven nuestros corredores del campo que iban descubriendo y dicen que están los campos llenos de guerreros mexicanos aguardándonos; e cuando lo oímos, bien que teníamos temor pero no para desmayar ni dejar de encontrarnos con ellos y pelear hasta morir. Y allí reparamos un poco y se dió orden como se había de entrar e salir los de caballo a media rienda, y que no se parasen a lancear, sino las lanzas por los rostros hasta romper sus escuadrones, e que todos los soldados las estocadas que diésemos que les pasásemos las entrañas, y que hiciésemos de manera que vengásemos muy bien nuestras muertes y heridas, por manera que, si Dios fuese servido, escapásemos con las vidas. Y después de nos encomendar a Dios e a Santa María muy de corazón, e invocando el nombre de señor Santiago, desque vimos que nos comenzaban a cercar, de cinco en cinco de caballo rompieron por ellos, y todos nosotros juntamente. ¡Oh, qué cosa era de ver esta tan temerosa y rompida batalla; cómo andábamos tan revueltos con ellos, pie con pie, y qué cuchilladas y estocadas les dábamos, y con qué furia los perros peleaban, y qué herir y matar hacían en nosotros con sus lanzas y macanas y espadas de dos manos, y los de caballo, como era el campo llano, cómo alanceaban a su placer entrando y saliendo, y aunque estaban heridos ellos y sus caballos, no dejaban de batallar muy como varones esforzados! Pues todos nosotros los que no teníamos caballos, paresce ser que a todos se nos ponía doblado esfuerzo, que aunque estábamos heridos y de refresco teníamos otras heridas, no curábamos de las apretar, por no nos parar a ello, que no había lugar, sino con grandes ánimos apechugábamos con ellos a les dar de estocadas. Pues quiero decir cómo Cortés y Cristóbal de Olí, y Gonzalo de Sandoval, y Gonzalo Domínguez, y un Joan de Salamanca, cuáles andaban a una parte e a otra, y aunque bien heridos, rompiendo escuadrones; y las palabras que Cortés decía a los que andába-

mos envueltos con ellos, que la estocada o cuchillada que diésemos fuese en señores señalados, porque todos traían grandes penachos de oro y ricas armas e divisas. Pues ver cómo nos esforzaba el valiente y animoso Sandoval, e decía: "¡Ea, señores, que hoy es el día que hemos de vencer; tened esperanza en Dios que saldremos de aquí vivos para algún buen fin!" Y tornaré a decir los muchos de nuestros soldados que nos mataban y herían. Y dejemos esto y volvamos a Cortés y Cristóbal de Olí, y Sandoval y Gonzalo Domínguez y otros de a caballo que aquí no nombro, y Joan de Salamanca. Y todos los soldados poníamos grande ánimo a Cortés para pelear, y esto Nuestro Señor Jesucristo e Nuestra Señora la Virgen Santa María nos lo ponían en corazón, y señor Santiago, que ciertamente nos ayudaba. Y quiso Dios que allegó Cortés con los capitanes ya por mi memorados, que andaban en su compañía, en parte donde andaba con su grande escuadrón el capitán general de los mexicanos, con su bandera tendida, con ricas armas de oro y grandes penachos de argentería. Y desque le vió Cortés, con otros muchos mexicanos que eran principales, que todos traían grandes penachos, dijo a Gonzalo de Sandoval y a Cristóbal de Olí y a Gonzalo Domínguez y a los demás capitanes: "¡Ea, señores; rompamos por ellos y no quede ninguno dellos sin herida". Y encomendándose a Dios, arremetió Cortés y Cristóbal de Olí y Sandoval y Alonso de Avila y otros caballeros; y Cortés dió un encuentro con el caballo al capitán mexicano, que le hizo abatir su bandera, y los demás nuestros capitanes acabaron de romper el escuadrón, que eran muchos indios, y quien siguió al capitán que traía la bandera, que aun no había caído del encuentro que Cortés le dió, fué Joan de Salamanca, ya por mí nombrado, que andaba con Cortés con una buena yegua overa, que le dió una lanzada y le quitó el rico penacho que traía e se lo dió luego a Cortés, diciendo que pues él lo encontró primero e le hizo abatir la bandera y le hizo perder el brío del pelear de sus gentes, que aquel penacho era suyo; mas desde la obra de tres años Su Majestad se lo dió por armas al Salamanca, y lo tienen sus descendientes en sus reposteros. Volvamos a nuestra batalla, que Nuestro Señor Dios fué servido que, muerto aquel capitán que traía la bandera mexicana, y otros muchos que allí murieron, aflojó su batallar, y todos los de a caballo siguiéndolos, y ni teníamos hambre ni sed, sino que parescía que no habíamos habido ni pasado ningún mal ni trabajo; seguimos la vitoria matando e hiriendo. Pues nuestros amigos los de Tascala estaban hechos unos leones, y con sus espadas y montantes y otras armas que allí apañaron hacíanlo (1) muy bien y esforzadamente. Ya vueltos los de a caballo de seguir la vitoria, todos dimos muchas gracias a Dios que escapamos de tan gran multitud de gente, porque no se había visto ni hallado en todas las Indias, en batalla que se haya dado, tan gran número de guerreros juntos, porque allí estaba la flor de México y de Tuzcuco y todos los pueblos questán alrededor de la laguna, y otros muchos sus comarcanos, y los de Otumba y Tepetezcuco y Saltocán, ya con pensamiento que de aquella vez no quedara roso ni velloso de nosotros. Pues qué armas tan ricas que traían, con tanto oro y penachos y devisas, y todo los más capitanes y personas principales. Allí junto donde fué esta reñida y nombrada batalla (para en estas

(1) Testado en el original: "maravillas".

partes ansí se puede decir, pues Dios nos escapó con las vidas) estaba un pueblo que se dice Otumba, la cual batalla tienen muv bien pintada y en retratos entallada los mexicanos y tascaltecas, entre otras muchas batallas que con los mexicanos hobimos hasta que ganamos a México. Y tengan atención los curiosos letores questo leyeren, que quiero traer aquí a la memoria que cuando entramos al socorro de Pedro de Alvarado en México fuimos por todos sobre más de mill e trescientos soldados con los de a caballo, que fueron noventa y siete, y ochenta ballesteros, y otros tantos escopeteros, e más de dos mill tascaltecas, e metimos mucha artillería: y fué nuestra entrada en México día de señor San Juan de Junio de mill e quinientos y veinte años; fué nuestra salida huyendo a diez del mes de Julio del dicho año; y fué esta nombrada batalla de Otumba a catorce del mes de Julio. Digamos agora, ya que escapamos de todos los trances por mí atrás dichos, quiero dar otra cuenta qué tantos nos mataron, ansí en México como en puentes y calzadas, como en todos los rencuentros y en esta de Otumba, y los que mataron por los caminos: digo que en obra de cinco días fueron muertos y sacrificados sobre ochocientos y sesenta soldados, con setenta y dos que mataron en un pueblo que se dice Tustepeque, y a cinco mujeres de Castilla; y éstos que mataron en Tustepeque eran de los de Narváez, y mataron sobre mill [1] tascaltecas. También quiero decir cómo en aquella sazón mataron a un Joan de Alcántara "el Viejo", con otros tres vecinos de la Villa Rica que venían por las partes del oro que les cabía, de lo cual tengo hecha relación en el capítulo que dello trata; por manera que también perdieron las vidas y aun el oro; y si miramos en ello, todos comúnmente hobimos mal gozo de las partes del oro que nos dieron, y sí de los de Narváez murieron muchos más que de los de Cortés en las puentes, fué por salir cargados de oro, que con el peso dello no podían salir ni nadar. Dejemos de hablar en esta materia y digamos cómo íbamos ya muy alegres y comiendo unas calabazas que llaman ayotes, y comiendo y caminando hacia Tascala, que por salir de aquellas poblazones, por temor no se tornasen a juntar escuadrones mexicanos, que aun todavía nos daban grita en parte que no podíamos ser señores dellos, y nos tiraban mucha piedra con hondas y vara y flecha hasta que fuimos a otras caserías y pueblo chico, y allí estaba un buen cu y casa fuerte, donde reparamos aquella noche y nos curamos nuestras heridas y estuvimos con más reposo; y aunque siempre teníamos escuadrones de mexicanos que nos seguían, mas ya no se osaban llegar, y aquellos que venían era como quien dice: "Allá iréis fuera de nuestra tierra". Y desde aquella poblazón y casa donde dormimos se parescían las serrezuelas questán cabe Tascala, y como las vimos nos alegramos, como si fueran nuestras casas. Pues ¿quizá sabíamos cierto que nos habían de ser leales, o qué voluntad ternían, o qué había acontecido a los que estaban poblados en la Villa Rica, si eran muertos o vivos? Y Cortés nos dijo, que pues éramos pocos, que no quedamos sino cuatrocientos y cuarenta con veinte caballos y doce ballesteros y siete escopeteros, y no teníamos pólvora, y todos heridos y cojos y mancos, que mirásemos muy bien cómo Nuestro Señor Jesucristo fué servido de escaparnos con las vidas, por lo cual siempre le hemos de dar muchas

(1) Testado en el original: "y quinientos".

gracias y loores, y que volvimos otra vez a desminuirnos en el número y copia de los soldados que con él pasamos, y que primero entramos en México cuatrocientos cincuenta soldados; y que nos rogaba que en Tascala no les hiciésemos enojo, ni se les tomase ninguna cosa; y esto dió a entender a los de Narváez, porque no estaban acostumbrados a ser sujetos a capitanes en las guerras, como nosotros. Y más dijo: que tenía esperanza en Dios que los halláriamos buenos y muy leales, e que si otra cosa fuese, la que Dios no permita, que nos han de tornar andar los puños con corazones fuertes y brazos vigorosos, y que para eso fuésemos muy apercebidos y nuestros corredores del campo adelante. Llegamos a una fuente questaba en una ladera, y allí estaban unas como cercas y mamparos de tiempos viejos, y dijeron nuestros amigos los tascaltecas que allí partían términos entre los mexicanos y ellos; y de buen reposo nos paramos a lavar y a comer de la miseria que habíamos habido; y luego comenzamos a marchar, y fuimos a un pueblo de tascaltecas que se dice Guaolipar, donde nos rescibieron y daban de comer, más no tanto que si no se lo pagábamos con algunas pecezuelas de oro y chalchihuis, que llevamos algunos de nosotros, no nos lo daban de balde; y allí estuvimos un dia reposando, curando nuestras heridas, y ansimismo curamos los caballos. Pues desque lo supieron en la cabecera de Tascala, luego vino Maseescasi y Xicotenga "el Viejo" e Chichimecatecle e otros muchos caciques y principales y todos los más sus vecinos de Guaxocingo, y como llegaron aquel pueblo donde estábamos, fueron abrazar a Cortés y a todos nuestros capitanes y soldados, y llorando algunos dellos, especial el Maseescasi e Xicotenga e Chichimecatecle e Tapaneca, dijeron a Cortés: "¡Oh, Malinche, Malinche, y cómo nos pesa de vuestro mal y de todos vuestros hermanos, y de los muchos de los nuestros que con vosotros han muerto! Ya os lo habíamos dicho muchas veces que no os fiásedes de gente mexicana, porque un día o otro os habían de dar guerra; no me quisiste creer; ya hecho es, no se puede al presente hacer más de curaros y daros de comer. En vuestras casas estáis; descansa e iremos luego a nuestro pueblo y os aposentaremos. Y no pienses, Malinche, que has hecho poco en escapar con las vidas de aquella tan fuerte ciudad e sus puentes, e yo te digo que si de antes os teníamos por muy esforzados, agora os tengo en mucho más. Bien sé que llorarán muchas mujeres e indias destos nuestros pueblos las muertes de sus hijos y maridos y hermanos y parientes; no te congojes por ello. Y mucho debes a tus dioses que te han aportado aquí y salido de entre tanta multitud de guerreros que os aguardaban en lo de Otumba, que cuatro días había que lo supe, que os esperaban para os matar; yo quería ir en vuestra busca con treinta mill guerreros de los nuestros, y no pude salir a causa que no estábamos juntos e los andaban juntando". Cortés y todos nuestros capitanes y soldados los abrazamos y les dijimos que se lo teníamos en merced. Y Cortés les dió a todos los principales joyas de oro y piedras que todavía se escaparon, cada cual soldado lo que pudo; y ansimismo dimos algunos de nosotros a nuestros conoscidos de lo que teníamos. Pues qué fiesta y qué alegría mostraron con doña Luisa y doña Marina, desque las vieron en salvamento, y qué llorar y tristeza tenían por las demás indias que no venían, que quedaron muertas, en especial el Maseescaci por su hija doña

Elvira, y lloraba la muerte de Joan Velázquez de León, a quien la dió. Y desta manera fuimos a la cabecera de Tascala con todos los caciques, y Cortés aposentaron en las casas de Maseescaci, y Xicotenga dió sus aposentos a Pedro de Alvarado, y allí nos curamos y tornamos a convalecer, y aun se murieron cuatro soldados de las heridas y a otros soldados no se les habían sanado. Y dejallo he aquí, y diré lo que más pasamos.

CAPITULO CXXIX

Cómo fuimos a la cabecera y mayor pueblo de Tascala, y lo que allí pasamos.

Pues como había un día questábamos en el poblezuelo de Gualipar y los caciques de Tascala por mí memorados nos hicieron aquellos ofrescimientos que son dignos de no olvidar y de ser gratificados, y hechos en tal tiempo y coyunturas, y después que fuimos a la cabecera y pueblo de Tascala, nos aposentaron como dicho tengo. Parece ser Cortés preguntó por el oro que habían traido allí, que eran cuarenta mill pesos, el cual oro fueron las partes de los vecinos que quedaban en la Villa Rica, y dijo Maseescaci e Xicotenga "el Viejo", e un soldado de los nuestros que se había allí quedado doliente, que no se halló en lo de México cuando nos desbarataron, que habían venido de la Villa Rica un Joan de Alcantara e otros dos vecinos e que lo llevaron todo porque traían cartas de Cortés para que se lo diesen, la cual carta mostró el soldado, que había dejado en poder del Maseescatzi cuando le dieron el oro; y preguntando que cómo y cuándo y en qué tiempo lo llevó, y sabido que fué por la cuenta de los días que nos daban guerra los mexicanos, luego entendimos cómo en el camino los habían muerto y tomado el oro, y Cortés hizo sentimiento por ello [1], y también estábamos con pena por no saber de los de la Villa Rica, no hobiesen corrido algún desmán, y luego y en posta escribió con tres tascaltecas en que les hizo saber los grandes peligros en que nos habíamos visto en México, y cómo y de qué manera escapamos con las vidas, y no se les dió relación cuántos faltaban de los nuestros, e que mirasen que siempre estuviesen muy alerta y se velasen, y que si hobiesen algunos soldados sanos, que se los enviasen, y que guardasen muy bien al Narváez e al Salvatierra o si hubiese pólvora o ballestas, porque quería tornar a correr los rededores de México, y también escribió al que quedó por guarda y capitán de la mar, que se dice Caballero, y que mirasen no se fuesen ningún navío a Cuba, ni Narváez, y que si viese que dos navíos de los de Narváez que quedaban y no estaban para navegar, que diere con ellos al través y le enviasen con ellos a los marineros con todas las armas que tuviesen. En posta fueron y volvieron los mensajeros y trujeron cartas cómo no habían tenido guerras, y que su Joan de Alcántara ni los dos vecinos que enviaron por el oro, que los deben de haber muerto en el camino, y que bien supieron la

---

(1) Tachado en el original: "porque pensaba de enviar a la isla de Jamaica por caballos y pólvora y ballestas".

guerra que en México nos dieron porquel cacique gordo de Cempoal se lo había dicho. E ansimismo escribió el almirante de la mar que se decía Caballero, y dijeron que haría lo que Cortés le mandaba, e quel un navío estaba bueno, y que al otro daría al través e enviaría la gente, e que había pocos marineros, porque habían adolescido y se habían muerto, e que agora escrebían las respuestas de las cartas e que luego vernía el socorro que envían de la Villa Rica. Y con cuatro de la Villa, hombres de la mar, que todos fueron siete, y venía por capitán dellos un soldado que se decía Lencero, cúya fué la venta que agora se dice de Lencero, y cuando llegaron a Tascala, como venían dolientes y flacos, muchas veces por nuestro pasatiempo y burlar dellos decíamos: "El socorro de Lencero", que venían siete soldados y los cinco hipates e llenos de bubas, y los dos hinchados con grandes barrigas. Dejemos burlas y digamos lo que allí en Tascala nos aconteció con Xicotenga "el Mozo" y de sus mala voluntad, el que había sido capitán de todo Tascala cuando nos dieron las guerras, por mí otras veces dichas en el capítulo que dello habla, y el caso es que como se supo en aquella su ciudad que salimos huyendo de México y que nos habían muerto mucha copia de soldados, ansí de los nuestros como de los indios tascaltecas que habían ido de Tascala en nuestra compañía, e que veníamos a nos socorrer e amparar en aquella provincia, el Xicotenga "el Mozo" andaba convocando a todos sus parientes e amigos e a otros que sentía que eran de su parcialidad, y les decía que en una noche o de día, cuando más aparejado tiempo viesen, que nos matasen, y haría amistades con el señor de México que en aquella sazón habían alzado por rey, que se decía Coadlavaca, y que, demás desto, que de las mantas y ropa que habíamos dejado en Tascala a guardar y el oro que agora sacábamos de México, ternían qué robar y quedarían todos ricos con ello. Lo cual alcanzó a saber el viejo Xicotenga su padre, y se lo riñó, y le dijo que no le pasase tal por pensamiento, que era mal hecho, y que si lo alcansace a saber Maseescaci y Chichimecatecle o otros señores de Tascala, que por ventura le matarían y a los que en tal concierto fuesen, y por más quel padre se lo riñó, no curaba de lo que le decía, y todavía entendía en su mal propósito. Y vino a oídos de Chichimecatecle, que era su enemigo mortal del mozo Xicotenga, y lo dijo a Maseescatzi; y acordaron de entrar en acuerdo y consultado sobre ello y llamaron al Xicotenga "el Viejo" y los caciques de Guaxocingo, y mandaron traer preso ante sí a Xicotenga "el Mozo", y Maseescatzi propuso un razonamiento delante de todos y dijo que si se les acordaba o habían oído decir que más de cient años hasta entonces que en todo Tascala habían estado tan prósperos y ricos como desque los teules vinieron a sus tierras, ni en todas las provincias habían sido en tanto tenidos, y que tenían mucha ropa de algodón e oro y comían sal, y por doquiera que iban sus tascaltecas con los teules les hacían honra, por respeto de los teules; puesto que ahora les habían muerto en México muchos, y que tengan en la memoria lo que sus antepasados les habían dicho, muchos años atrás, que de adonde sale el sol habían de venir hombres que les habían de señorear, e que a qué causa agora andaba Xicotenga en aquellas traiciones y maldades concertando de nos dar guerra y matarnos, que era mal hecho e que no podía dar ninguna desculpa de sus bellaquerías y maldades que

siempre tenía encerradas en su pecho; que agora que nos vía venir de aquella manera desbaratados, que nos había de ayudar, para en estando sanos volver sobre los pueblos de México sus enemigos, quería hacer aquella traición. Y a estas palabras que el Maseescatzi e su padre Xicotenga, el ciego, le dijeron, el Xicotenga "el Mozo" respondió que era muy bien acordado lo quél decía, por tener paces con mexicanos, y dijo otras cosas que no las pudieron sufrir, y luego se levantó el Maseescatzi y el Chichimecatecle y el viejo de su padre, ciego como estaba, y toman al Xicotenga "el Mozo" por los cabezones y de las mantas, e se las rompieron, e anpujones, y con palabras injuriosas que le dijeron le echaron de las gradas abajo, y las mantas todas rompidas, y aun, si por el padre no fuera, le querían matar, e a los demás que habían sido en su consejo echaron presos; e como estábamos allí reunidos e no era tiempo de le castigar, no osó Cortés hablar más. He traído aquí esto a la memoria para que vean cuánta lealtad y buenos fueron los de Tascala y cuánto les debemos, y aun al buen viejo Xicotenga, que a su hijo dizque le habían mandado matar, desque supo sus tramas e traición. Dejemos esto y digamos cómo había veinte y dos días que estábamos en aquel pueblo curándonos nuestras heridas y prevalesciendo, e acordó Cortés que fuésemos a la provincia de Tepeaca, questaba cerca, porque allí habían muerto muchos de nuestros soldados y de los de Narváez que se venían a México, y en otros pueblos questan junto de Tepeaca, que se dice Cachula, y como Cortés lo dijo a nuestros capitanes y apercebían a los soldados de Narváez para ir a la guerra, y como no eran tan costumbrados a guerras y habían escapado de la derrota de México, y puentes y lo de Otumba, y no veían la hora de se volver a la isla de Cuba, a sus indios e minas de oro, renegaban de Cortés y de sus conquistas, especial el Andrés de Duero, compañero de nuestro Cortés. Porque ya lo habrán entendido los curiosos lectores, en dos veces que los he declarado en los capítulos pasados, cómo y de que manera fué la compañía, maldecían el oro que le había dado a él y a los demás capitanes, que todo se había perdido en las puentes, y como habían visto las grandes guerras que nos daban y con haber escapado con las vidas estaban muy contentos e acordaron de decir a Cortés que no querían ir a Tepeaca ni a guerra ninguna, sino que se querían volver a sus casas, que bastaba lo que habían perdido en haber venido de Cuba. Y Cortés les habló sobre ello muy mansa y amorosamente, creyendo de los atraer para que fuesen con nosotros a lo de Tepeaca, y por más pláticas y reprensiones que les dió no querían, y desque vieron que con Cortés no aprovechaba sus palabras, le hicieron un requerimiento en forma, delante de un escribano del rey, para que luego se fuese a la Villa Rica y dejase la guerra, poniéndole por delante que no teníamos caballos, ni escopetas, ni ballestas, ni pólvora, ni hilo para hacer cuerdas, ni almacén; que estaban todos heridos, y que no habían quedado por todos nuestros soldados e los de Narváez sino cuatrocientos y cuarenta soldados; que los mexicanos nos tomarían los puertos y sierras y pasos, y que los navíos si más aguardaban se comerían de broma; y dijeron en el requerimiento otras muchas cosas. Y desque que se le hobieron dado y leído a Cortés, sin muchas palabras decían en él, muy muchas más contrariedades respondió, y demás desto, todos los más de los nuestros, de los que habíamos pasado con Cortés,

le dijimos que mirase que no diese la licencia a ninguna de los de Narváez ni a otras personas para volver a Cuba, sino que procurásemos todos de servir a Dios e al rey, e questo era lo bueno, y no volverse a Cuba. Desque Cortés hobo respondido al requerimiento, y desque vieron las personas que le estaban requiriendo que muchos de nosotros le ayudábamos de buena a Cortés y que les estorbaríamos sus importunaciones que sobrello le hablaban e requerían, con no más decir que no es servicio de Dios y de Su Majestad que dejen desmamparado su capitán en las guerras. En fin de muchas razones que pasaron obedescieron para ir con nosotros a las entradas que se ofresciese, mas fué que les prometió Cortés que en habiendo coyuntura los dejaría volver a su isla de Cuba; y no por ello dejaron de murmurar dél y de su conquista que tan caro les había costado en dejar sus casas y reposo, y haberse venido a meter a donde aun no estaban seguros de las vidas; y más decían que si en otra guerra entrásemos con el poder de México, que no se podría escusar tarde o temprano de tenella, que creían e tenían por cierto que no nos podríamos sustentar contra ellos en las batallas, según habían visto lo de México y puentes, y en la nombrada Otumba; y más decían, que nuestro Cortés por mandar y siempre ser señor, y nosotros los que con él pasamos no teníamos que perder sino nuestras personas, asistíamos con él, y decían otros muchos desatinos, y todos se les disimulaban por el tiempo en que lo decían; mas no tardó muchos meses que no les dió licencia para que se volviesen a sus casas e islas de Cuba, lo cual diré en su tiempo y sazón. Y dejémoslo de repetir e digamos de lo que dice el coronista Gomara, questoy muy harto de declarar sus borrones que dice que le informaron, las cuales no son así como él lo escribe, y por no me detener en todos los capítulos a tornalles a recitar y traer a la memoria cómo y de qué manera pasó, lo he dejado de escribir, y agora paresciéndome que en esto deste requerimiento que escribe que hicieron a Cortés no dice quién fueron los que lo hicieron, si eran de los nuestros o de los de Narváez, y en esto quescribe es por sublimar a Cortés y abatir a nosotros los que con él pasamos, y sepan que hemos tenido por cierto los conquistadores verdaderos questo vemos escrito, que le debieran de dar oro al Gomara e otras dádivas por que lo escribiese desta manera, porque en todas las batallas o reencuentros éramos los que sosteníamos al Cortés, y agora nos aniquila en lo que dice este coronista. También dice que decía Cortés en las respuestas del mismo requirimiento que para esforzarnos y animarnos, que enviaría a llamar a Joan Velázquez de León y a Diego de Ordaz, que el uno de ellos dijo estaba poblado en Pánuco con trescientos soldados, y el otro en lo de Guazaqualco con otros tantos soldados, y no es ansí en todo lo que dice, porque luego que fuimos sobre México al socorro de Pedro de Alvarado cesaron los conciertos questaban hechos de Joan Velázquez de León había de ir a lo de Pánuco y el Diego de Ordaz a lo de Guazaqualco, según más largamente lo tengo escrito en el capítulo pasado que sobrello tengo hecho relación, porquestos dos capitanes fueron a México con nosotros al socorro del Pedro de Alvarado, y en aquella derrota el Joan Velázquez de León quedó muerto en las puentes y el Diego de Ordaz salió muy mal herido de tres heridas que le dieron en México, según ya lo tengo escrito cómo y cuándo y de qué arte pasó. Por manera que el coronista

Gomara, si como tiene buena retórica en lo que escribe, acertara a decir lo que pasó, muy bien fuera. También estado mirando cuando dice en lo de la batalla de Otumba, que dice que si no fuera por la persona de Cortés que todos fuéramos vencidos, y quél solo fué el que la venció en el dar como dió el encuentro al que traía el estandarte y seña de México. Ya he dicho, y lo torno agora a decir, que a Cortés toda la honra se le debe como esforzado capitán; mas sobre todo hemos de dar gracias a Dios, que fué servido poner su divina misericordia con que siempre nos ayudaba y sustentaba, y Cortés en tener tan esforzados y valerosos capitanes y esforzados soldados como tenía, y nosotros le dábamos esfuerzo y rompíamos los escuadrones y le sustentábamos para que con nuestra ayuda y de nuestros capitanes guerrease de la manera que guerreamos, como en los capítulos pasados sobrellos dicho tengo; porque siempre andaban juntos con Cortés todos los capitanes por mi nombrados, y aun agora los torno a nombrar, que fueron Cristóbal de Olí, Gonzalo de Sandoval, Francisco de Morla, y Luis Marín e Francisco de Lugo, y Gonzalo Domínguez, y otros muy buenos y valientes soldados que no alcanzábamos caballos, porque en aquel tiempo diez y seis caballos y yeguas fueron los que pasaron desde la isla de Cuba con Cortés, e no los había, y aunque comenzó haber; y como el Gomara dice en su historia que sólo la persona de Cortés fué el que venció la de Otumba ¿por qué no declaró los heroicos hechos questos nuestros capitanes y valerosos soldados hicimos en esta batalla? Ansí que por estas causas tenemos por cierto que por ensalzar a solo Cortés le debieran de untar las manos, porque de nosotros no hace mención. Si no, pregúntenselo a aquel muy esforzado soldado que se decía Cristóbal de Olea cuántas veces se halló en ayudar a salvar la vida a Cortés, hasta que en las puentes, cuando volvimos sobre México, perdió la vida él y otros muchos soldados por le salvar. Olvidado se me había de otra vez que le salvó en lo de Suchimmilco, que quedó mal herido; e para que bien se entienda esto que digo, uno fué Cristóbal de Olea e otro Cristóbal de Olí. También lo que dice el coronista del encuentro con el caballo que dió al capitán mexicano y le hizo abatir la bandera, ansí es verdad, mas ya he dicho otra vez que un Juan de Salamanca, natural de la Villa de Ontiveros y que después de ganado México fué alcalde mayor de Guazaqualco, es el que le dió una lanzada e le mató y quitó el rico penacho y estandarte que llevaba, y se lo dió a Cortés, y él se lo dió su Majestad, el tiempo andando, por armas al Salamanca. Y esto ha traído aquí a la memoria, no por dejar de ensalzar y tenelle en mucha estima a nuestro capitán Hernando Cortés, y débesele todo honor y prez y honra de todas las batallas y vencimientos hasta que ganamos esta Nueva España, como se suele dar en Castilla a los muy nombrados capitanes, y como los romanos daban triunfos a Pompeyo y a Julio César y a los Escipiones, más dino es de loor nuestro Cortés que no los romanos. También dice el mesmo Gomara que Cortés mandó matar secretamente a Xicotenga "el Mozo" en Tascala por las traiciones que andaba concertando para nos matar, como atrás he dicho. No pasó ansí como dice; que donde le mandó ahorcar fué en un pueblo junto a Tezcuco, como adelante diré, y también dice este coronista que iban tantos mill millares de indios con nosotros a las entradas, que no tiene cuenta ni razón en tantos como

pone, y también dice de las ciudades y pueblos y poblazones que eran tantos millares de casas no siendo la quinta parte, que si se suma todo lo que pone en su historia, son más millones de hombres que en todo el Universo están poblados, y eso se le da poner ocho mill que ochenta mill, y en esto se jactancia, creyendo que va muy apacible su historia a los oyentes, no diciendo lo que pasa. Miren los curiosos letores cuánto va de la verdad a la mentira (1), a esta mi relación en decir letra por letra lo acaescido, y no miren la retórica y ornato, que ya cosa vista es ques más apacible que no ésta tan grosera, mas resiste la verdad a mi mala plática y pulidez de retórica con que ha escrito. Dejemos ya de contar y traer a la memoria los borrones declarados y cómo yo soy más obligado a decir la verdad de todo lo que pasa que no a lisonjas, y demás de los cuentos porque ha escrito, ha dado ocasión que el doctor Illescas e Pablo Jovio sigan sus palabras. Volvamos a nuestra historia y digamos cómo acordamos ir sobre Tepeaca, y lo que pasó en la entrada diré adelante.

CAPITULO CXXX

Cómo fuimos a la provincia de Tepeaca y lo que en ella hicimos, y otras cosas que pasaron.

Como Cortés había demandado a los caciques de Tascala, ya por mí otras veces nombrados, cinco mill hombres de guerra para ir a correr y castigar los pueblos a donde habían muerto españoles, que era a Tepeaca y Cachula y Tecamachalco, que estaría de Tascala seis o siete leguas, de muy entera voluntad tenían aparejados hasta cuatro mill indios, porque si mucha voluntad teníamos nosotros de ir aquellos pueblos, mucha más gana tenía el Maseescatzi e Xicotenga "el Viejo" de los dar, porque les habían venido a robar unas estancias tenían voluntad de enviar gente sobrellos y la causa es esta: Porque como los mexicanos nos echaron de México, según y de la manera que dicho tengo en los capítulos pasados que sobrello hablan, y supieron que en Tascala nos habíamos recogido, e tuvieron por cierto que estando sanos que habíamos de venir con el poder de Tascala a correlle las tierras de los pueblos que más cercanos confinan con Tascala, y a este efeto enviaron a todas las provincias a donde sentían que habíamos de ir muchos escuadrones mexicanos que estuviesen en guarda y guarniciones, y en Tepeaca estaba la mayor guarnición dellos, lo cual supo el Maseescatzi y el Xicotenga, y aun se temían dellos. Pues ya que todos estábamos a punto, comenzamos a caminar, e en aquella jornada no llevamos artillería, ni escopetas, porque todo quedó en las puentes, e ya que algunas escaparon, no terníamos pólvora; y fuimos con diez y siete caballos y seis ballestas e cuatrocientos y veinte soldados, los más de espada y rodela, y con obra de dos mill (1) amigos de Tascala, y el bastimento para un día, porque las tierras adonde íbamos eran muy pobladas y bien bastecidas de maíz e gallinas y perrillos de la tierra;

---

(1) Testado en el original: "de su historia".

(1) Tachado en el original: "seis cuatro".

y, como lo teníamos de costumbre, nuestros corredores del campo adelante, y con muy buen concierto fuimos a dormir obra de tres leguas de Tepeaca, e ya tenían alzado todo el fardaje de las estancias y poblazón por donde pasábamos, porque muy bien tuvieron noticia cómo íbamos a su pueblo, e porque ninguna cosa hiciésemos sino por buena orden y justificadamente, Cortés les envió a decir con seis indios de su pueblo de Tepeaca, que habíamos tomado en aquellas estancias, que para aquel efeto los prendimos, e con cuatro sus mujeres, cómo íbamos a su pueblo a saber e inquirir quién y cuántos se hallaron en la muerte de más de diez y seis españoles, que mataron sin causa ninguna, viniendo de camino para México, y también veníamos a saber a qué causa tenían agora nuevamente muchos escuadrones mexicanos que con ellos habían ido a robar y saltear unas estancias de Tascala, nuestros amigos; que les ruega que luego vengan de paz a donde estábamos para ser nuestros amigos, y que despidan de su pueblo a los mexicanos; si no, que iremos contra ellos como rebeldes y matadores y salteadores de caminos, y les castigaría a fuego y a sangre, y los daría por esclavos. Y como fueron aquellos seis indios y cuatro mujeres del mismo pueblo, si muy fieras palabras les enviamos a decir, mucho más bravosa nos dieron la respuesta con los mismos seis indios y dos mexicanos que venían con ellos, porque bien conocido tenían de nosotros que a ningunos mensajeros que nos enviaban hacíamos demasía, sino antes dalles algunas cuentas por atraelles; y con estos que enviaron los de Tepeaca fueron las palabras bravosas dichas por los capitanes mexicanos, como estaban vitoriosos de lo de las puentes de México, y Cortés les mandó dar a cada mensajero una manta, y con ellos les tornó a requerir que viniesen a le ver y hablar; que no hobiesen miedo, e que pues ya los españoles que habían muerto no los podían dar vivos, que vengan ellos de paz e se les perdonará los muertos que mataron; y sobrello se les escribió una carta, y aunque sabíamos que no la habían de entender, sino como vían papel de Castilla, tenían por cierto que era cosa de mandamiento; e rogó a los dos mexicanos que venían con los de Tepeaca con los mensajes, que volviesen a traer la respuesta, y volvieron, y lo que dijeron era que no pasásemos adelante e que nos volviésemos por donde veníamos; si no, que otro día pensaban tener buenas hartazgas con nuestros cuerpos, mayores que las de México y sus puentes e la de Otumba. Y desque aquello vió Cortés, comunicólo con nuestros capitanes y soldados, y fué acordado que se hiciese un auto por escribano que diese fe de todo lo pasado e que se diesen por esclavos a todos los aliados de México que hobiesen muerto españoles, porque habiendo dado la obidiencia a Su Majestad se levantaron y mataron sobre de ochocientos y sesenta de los nuestros, e sesenta caballos, e a los demás pueblos por salteadores de caminos e matadores de hombres. Hecho este auto, envióseles a hacer saber, amonestándoles e requiriendo con la paz; y ellos tornaron a decir que si luego no nos volvíamos, que saldrían a nos matar, y se apercibieron para ello, y nosotros lo mismo. Otro día tuvimos en un llano una buena batalla con los mexicanos y tepeaqueños, e

como el campo era labranzas de maíz e magueyales, puesto que peleaban bravosamente los mexicanos, presto fueron desbaratados por los de caballo, y los que no los teníamos no estábamos despacio; pues ver a nuestros amigos los de Tascala tan animosos cómo peleaban con ellos y les siguieron el alcance. Allí hobo muertos de los mejicanos y de Tepeaca muchos, y de nuestros amigos los de Tascala, tres, e hirieron dos caballos, el uno se murió, y también hirieron doce de nuestros soldados, mas no de arte que peligre ninguno. Pues seguidamente la vitoria allegáronse muchas indias e muchachos que se tomaron por los campos y casas, que hombres no curábamos de ellos, que los tascaltecas los llevaban por esclavos. Pues como los de Tepeaca vieron que el bravear que hacían los mexicanos que tenían en su pueblo y guarnición eran desbaratados, y ellos juntamente con ellos, acordaron que, sin decilles cosa ninguna, venir adonde estábamos, y los recibimos de paz, y dieron la obidiencia a Su Majestad, y echaron los mexicanos de sus casas, y nos fuimos al pueblo de Tepeaca, adonde se fundó una villa que se nombró la villa de Segura de la Frontera, porque estaba en el camino de la Villa Rica y en una buena comarca de buenos pueblos sujetos a México, y había mucho maíz, y teníamos a guardar la raya a nuestros amigos los de Tascala. Y allí se nombraron alcaldes y regidores y se dió orden en cómo se corriese los rededores subjetos a México, en especial los pueblos adonde habían muerto españoles, y allí se hizo el hierro con que se habían de herrar los que se tomaban por esclavos, que era una ·g· que quiere decir guerra, y desde la villa de Segura de la Frontera corríamos los rededores, que fué Cachula y Tecamachalco, e el pueblo de las Guayabas y otros pueblos que no se me acuerda el nombre; y en los de Cachula fué adonde habían muerto en los aposentos quince españoles, y en este de Cachula hobimos muchos esclavos. De manera que en obra de cuarenta días tuvimos aquellos pueblos muy pacíficos y castigados. Y en aquella sazón habían alzado en México otro señor, porque el señor que nos echó de México era fallescido de viruelas, y al señor que hicieron era un sobrino o pariente muy cercano de Montezuma, que se decía Guatemuz, mancebo de hasta veinte y cinco años, bien gentilhombre para ser indio, y muy esforzado, y se hizo temer de tal manera, que todos los suyos temblaban dél; y era casado con una hija del Montezuma bien hermosa mujer para ser india. Y como este Guatemuz, señor de México, supo cómo habíamos desbaratado los escuadrones mexicanos que estaban en Tepeaca, y que habían dado la obidiencia a Su Majestad y nos servían y daban de comer, y estábamos allí poblados, y temió que les correríamos lo de Guaxaca y otras provincias y a todos los atraeríamos a nuestra amistad, envió sus mensajeros por todos los pueblos para que estuviesen muy alerta con todas sus armas, y a los caciques les daba joyas de oro, y a otros perdonaba los tributos, y sobre todo mandaba ir muy grandes capitanías y guarniciones de

gente de guerra para que mirasen no nos entrásemos en sus tierras, y les enviaba a decir que peleasen muy reciamente con nosotros, no les acaesciese como con lo de Tepeaca e Cachula e Tecamachalco, que todos les habíamos hecho esclavos. Y adonde más gente de guerra envió fué a Guacachula e a Ozucar, que está de Tepeaca, adonde estaba nuestra villa, doce leguas. Para que bien se entiendan los nombres de estos pueblos, un nombre es Cachula, otro nombre es Guacachula. Y dejaré de contar lo que en Guacachula se hizo hasta su tiempo y lugar, y diré cómo en aquel instante vinieron de la Villa Rica mensajeros cómo había venido un navío de Cuba y ciertos soldados en él.

CAPITULO CXXXI

Cómo vino un navío de Cuba que enviaba Diego Velázquez, e venía en él por capitán Pedro Barba, y la manera quel almirante que puso nuestro Cortés por guarda de la mar tenía para los prender, y es desta manera.

Pues como andábamos en aquella provincia de Tepeaca castigando a los que fueron en la muerte de nuestros compañeros, que fueron los que mataron en aquellos pueblos, e atrayéndolos de paz, y todos daban la obidiencia a Su Majestad, vinieron cartas de la Villa Rica cómo había venido un navío al puerto; e vino en él por capitán un hidalgo que se decía Pedro Barba, muy amigo de Cortés, y este Pedro Barba había estado por teniente del Diego Velázquez en la Habana y traía trece soldados y un caballo y una yegua, porque el navío que traía era muy chico, y traía cartas para Pánfilo de Narváez, el capitán que Diego Velázquez había enviado contra nosootros, creyendo queestaba por él la Nueva España, en que le enviaba a decir el Velázquez que si no había muerto a Cortés, que luego se le enviase a Cuba preso, para envialle a Castilla, que ansí lo mandaba don Juan Rodríguez de Fonseca, obispo de Burgos e arzobispo de Rosano, presidente de Indias, que luego fuese preso con otros nuestros capitanes, porquel Diego Velázquez tenía por cierto que éramos desbaratados, o al de menos que Narváez señoreaba la Nueva España. Pues como el Pedro Barba llegó al puerto con su navío y echó anclas, luego le fué a visitar y dar el bien venido el almirante de la mar que puso Cortés, el cual se decía Pedro Caballero o Juan Caballero, por mi memorado, que estaba por Cortés, con un batel bien esquifado de marineros y armas encubiertas; e fué al navío del Pedro Barba, y después de hablar palabras de buen comedimiento "¿Qué tal viene vuestra merced?" e quitar las gorras y abrazarse unos a otros como se suele hacer, preguntan al Pedro Escudero por el señor Diego Velázquez, gobernador de Cuba, qué tal quedaba, y responde el Pedro Barba que bueno; y el Pedro Barba y los demás que consigo traían preguntan por el señor capitán Pánfilo de Narváez y cómo le va con Cortés, y responden que muy bien, e que Cortés anda huyendo e alzado con veinte de sus compañeros, e que Narváez está muy próspero e rico, y que la tierra es muy buena, y de plática, en plática le dicen

al Pedro Barba que allí junto está un pueblo, que desembarque e que se vayan a dormir y estar en él, e que les traerán comida, e lo que hobiere menester, que para sólo aquel efeto está señalado aquel pueblo; e tantas palabras les dicen, que en el batel e en otros que luego allí venían de los otros navíos questaban surtos, les sacaron en tierra. Y desque los vieron fuera del navío, ya tenía copia de marineros juntos con el almirante, Pedro Caballero, y dijeron al Pedro Barba: "Sed preso por el señor capitán Hernando Cortés, mi señor". Y ansí los prendían, y quedaban espantados; y luego les sacaban del navío las velas y timón y agujas y las enviaban adonde estábamos con Cortés en Tepeaca, con los cuales habíamos gran placer con el socorro que venía en el mejor tiempo que podía ser; porque en aquellas entradas que he dicho que hacíamos, no eran tan en salvo que muchos de nuestros soldados no quedábamos heridos, y otros adolecían del trabajo, porque de sangre y polvo questaba cuajado en las entrañas no echábamos otra cosa del cuerpo por la boca, como traíamos siempre las armas a cuestas, y no parar noches ni días; por manera que ya se habían muerto cinco de nuestros soldados de dolor de costado en obra de quince días. También quiero decir que con este Pedro Barba vino un Francisco López, vecino y regidor que fué de Guatimala. Y Cortés hacía mucha honra al Pedro Barba, y le hizo capitán de ballesteros; el cual dió nuevas questaba otro navío chico en Cuba que le quería enviar el Diego Velázquez con cazabi y bastimentos, el cual vino dende a ocho días, y venía en él por capitán un hidalgo natural de Medina del Campo, que se decía Rodrigo Morejón de Lobera, y traía consigo ocho soldados y seis ballestas y mucho hilo para cuerdas, e una yegua. E ni más ni menos que habían prendido al Pedro Barba ansí hicieron a este Rodrigo Morejón; y luego fueron a Segura de la Frontera, y con todos ellos nos alegramos. Y Cortés les hacía mucha honra y les daba cargos, y gracias a Dios ya nos íbamos fortalesciendo con soldados y ballestas, y dos o tres caballos más. Y dejallo he aquí, y volveré a decir lo que en Guacachula hacían los ejércitos mexicanos, questaban en frontera, y cómo los caciques de aquel pueblo vinieron secretamente a demandar favor a Cortés para echallos de allí.

CAPITULO CXXXII

Cómo los indios de Guacachula vinieron a demandar favor a Cortés sobre que los ejércitos mexicanos los trataban mal y los robaban, y lo que sabrello se hizo.

Ya he dicho que Guatemuz, señor que nuevamente era alzado por rey de México, enviaba guarniciones a sus fronteras; en especial envió una muy poderosa y de mucha copia de guerreros a Guacachula, y otra a Ozucar, questaba dos o tres leguas de Guacachula, porque bien temió que por allí le habíamos de correlle las tierras y pueblos subjetos a México. Y paresce ser que como envió tanta multitud de guerreros y como tenían nuevo señor, hacían muchos robos y fuerzas en los naturales de aquellos pueblos adonde

estaban aposentados, y tantas que no les podían sufrir los naturales de aquella provincia, porque decían que les robaban las mantas y maíz e gallinas, y joyas de oro, y sobre todo las hijas y mujeres, si eran hermosas, y que las forzaban delante de sus maridos y padres y parientes. Y como oyeron decir que los del pueblo de Cholula estaban muy de paz y sosiego después que mexicanos no entraban en él, y agora ansimismo en lo de Tepeaca y Tecamachalco e Cachula, a esta causa vinieron cuatro principales muy secretamente de aquel pueblo por mí memorado, e dicen a Cortés que envíe teules e caballos a quitar aquellos robos e agravios que les hacen los mexicanos, e que todos los de aquel pueblo y otros comarcanos ayudarán para que matemos a los escuadrones mexicanos. Y desque Cortés lo oyó, luego propuso que fuese por capitán Cristóbal de Olí con todos los más de caballo y ballesteros y con gran copia de tastaltecas, porque con la ganancia que los de Tascala habían llevado de Tepeaca habían venido a nuestro real e villa muchos más tascaltecas, y nombró Cortés para ir con el Cristóbal de Olí a ciertos capitanes de los que habían venido con Narváez; por manera que llevaba sobre trescientos soldados, y todos los mejores caballos que teníamos. E yendo que iban con todos sus compañeros camino de aquella provincia paresció ser que en el camino dijeron ciertos indios a los de Narváez cómo estaban todos los campos y casas llenas de gente de guerra de mexicanos, mucha más que la de Otumba, e questaba allí con ellos el Guatemuz, señor de México; e tantas cosas diz que les dijeron, que atemorizaron a los de Narváez, y como no tenían buena voluntad de ir a entradas ni ver guerras sino volverse a su isla de Cuba, y como habían escapado de la de México y calzadas y puentes y la de Otumba, no se querían ver en otra como lo pasado, y sobrello dijeron los de Narváez tantas cosas al Cristóbal de Olí que no pasase más adelante, sino que se volviese e que mirase no fuese peor esta guerra que las pasadas, donde perdiesen las vidas, y tantos inconvenientes le dijeron y dábanle a entender que si el Cristóbal de Olí quería ir, que fuese en buena hora, que muchos dellos no querían pasar adelante. Por manera que, por muy esforzado que era el capitán que llevaba, aunquel les decía que no era cosa volver sino ir adelante, que buenos caballos llevaba y mucha gente, y que si volviesen un paso atrás que los indios los ternían en poco, e que en tierra llana era, y que no quería volver sino ir adelante, y para ello muchos de nuestros soldados de Cortés le ayudaban a decir que no se volviesen, y que en otras entradas e guerras peligrosas se habían visto, e que gracias a Dios en todas habían tenido vitoria; y no aprovechó cosa ninguna con cuanto les decían, sino por vía de ruegos le trastornaron su seso que volviesen y que desde Cachula escribiesen a Cortés sobre el caso; y ansí se volvió. Y desque Cortés lo supo hobo mucho enojo y envió al Cristóbal de Olí otros dos ballesteros, y le escribió que se maravillaba de su buen esfuerzo y valentía que por palabras de ninguno dejase de ir a una cosa señalada como aquélla. Y desque el Cristóbal de Olí vió la carta, hacía bramuras de enojo, y dijo a los que tal le aconsejaron que por su causa había caído en falta; y luego sin más determinación les mandó fuesen con él e que el no quisiese ir que se volviese al real para cobarde, que Cortés le castigaría; y como iba hecho un bravo león de enojo, va con su gente camino de Guacachula, y antes que llegasen con

una legua les salen a decir los caciques de aquel pueblo de la manera y arte questaban los de Culúa, y cómo había de dar en ellos, y de qué manera había de ser ayudado. Y desque lo hobieron entendido apercibió los de caballo y ballesteros y soldados, e según y de la manera que tenían el concierto da en los de Culúa, e puesto que pelearon muy bien por un buen rato y le hirieron ciertos soldados y le mataron dos caballos e hirieron otros ocho en unas fuerzas e albarradas questaban en aquel pueblo, en obra de una hora estaban ya puestos y en huída todos los mexicanos. Y diz que nuestros tascaltecas que lo hicieron muy varonilmente, que mataban y prendían muchos de ellos, y como les ayudaban todos los de aquel pueblo y provincia, hicieron gran estrago en los mexicanos, que presto despacharon en se ir retrayendo para se hacer fuertes en otro gran pueblo, que se dice Ozucar, donde estaban otras grandes guarniciones de mexicanos. Y estaban en gran fortaleza, y quebraron una puente por que no pudiesen pasar caballos; ni el Cristóbal de Olí, porque como, he dicho, andaba enojado, hecho un tigre, no tardó mucho en aquel pueblo, que luego fué a Ozucar con los que le pudieron seguir, y con los amigos de Guacachula pasó el río y da en los escuadrones mexicanos, que de presto los venció. Y allí le mataron dos caballos, y a él le dieron dos heridas, y la una en el muslo, y el caballo bien herido; y estuvo en Ozucar dos días. Y como los mexicanos fueron desbaratados, luego vinieron los caciques y señores de aquel pueblo y de otros comarcanos a demandar paz, y se dieron por vasallos de nuestro rey y señor. Y desque todo fué pacífico se fué con todos sus soldados a nuestra Villa de la Frontera, y porque yo no fuí en esta entrada, digo en esta relación diz que pasó lo que he dicho. Y Cortés le salió a rescebir y todos nosotros, e hobimos mucho placer, y reíamos de cómo le habían convocado a que se volviese, y el Cristóbal de Olí también reía, y decía que más cuidado tenían algunos de sus minas y de Cuba que no de las armas, e que juraba a Dios que no le acaesciese llevar consigo, si otra entrada iba, sino de los pobres soldados de los de Cortés, y no de los ricos que venían de Narváez, que querían mandar más que no él. Dejemos de platicar más desto y digamos cómo el coronista Gomara dice en su historia que por no entender bien el Cristóbal de Olí a los nahuatatos e intérpretes se volvía del camino de Guacachula, creyendo que era trato doble contra nosotros, y no fué ansí como dice, sino que los más principales capitanes de los de Narváez, como les decían otros indios questaban juntos grandes escuadrones de mexicanos, y más que en lo de México e Otumba, y que con ellos estaba el señor de México, que se decía Guatemuz, que entonces le habían alzado por rey, y como habían escapado de lo de mazagatos, como dice el refrán, tuvieron gran temor de entrar en aquellas batallas, y por esta causa convocaron al Cristóbal de Olí que se volviese, y aunque él todavía porfiaba de ir adelante. Y ésta es la verdad, e no mentiras. Y también dice que fué Cortés aquella guerra desque el Cristóbal de Olí se volvía; no fué ansí, quel mismo Cristóbal de Olí, maestre de campo, es el que fué, como dicho tengo. También dice dos veces que los que informaron a los de Narváez cómo estaban los muchos millares de indios juntos, que fueron los de Guaxocingo, cuando pasaban por aquel pueblo. También dice otras cosas que no son ansí; porque claro está que para ir desde Tepeaca a Guacachula

no habían de volver atrás por Guaxocingo, que era ir como si estuviésemos agora en Medina del Campo y para ir a Salamanca tomar el camino por Valladolid, no es más lo uno en comparación de lo otro, ansi que muy desatinado anda el coronista. Y si todo lo que escribe de otras corónicas de España es desta manera, yo las maldigo como cosa de patrañas y mentiras, puesto que por más lindo estilo lo diga. Y dejemos ya esta materia, y digamos lo que más en aquel instante acontesció, e fué que vino un navío al puerto del Peñón del nombre feo que se decía el tal de Bernal, junto a la Villa Rica, que venía de lo de Pánuco, que era de los que enviaba Garay, y venía en él por capitán uno que se decía Camargo; y lo que pasó diré adelante.

CAPITULO CXXXIII

Cómo aportó al peñol y puerto que está junto a la Villa Rica un navío de los de Francisco de Garay, que había enviado a poblar el río de Pánuco, y lo que sobrello más pasó.

Estando que estábamos en Segura de la Frontera, de la manera que en mi relación habrán oído, vinieron cartas a Cortés cómo había aportado un navío de los quel Francisco de Garay había enviado a poblar a Pánuco, e que venía por capitán uno que se decía Fulano Camargo, y traía ya sobre sesenta soldados, y todos dolientes y muy amarillos e hinchadas las barrigas, e que habían dicho que otro capitán quel Garay había enviado a poblar a Pánuco, que se decía Fulano Alvarez Pinedo, que los indios de Pánuco los habían muerto, y a todos los soldados y caballos que había enviado aquella provincia, y que los navíos se los habían quemado, y queste Camargo, viendo el mal subceso, se embarcó con los soldados que dicho tengo y se vino a socorrer aquel puerto; porque bien tenían noticia questábamos poblados alli, y que a causa que por sustentar las guerras con los indios de Jamaica no tenían que comer, e venían tan flacos y amarillos e hinchados; y más dijeron, que el capitán Camargo había sido fraile dominico, e que había hecho profesión. Los cuales soldados con su capitán se fueron luego poco a poco a la villa de la Frontera, donde estábamos porque no podían andar a pie de flacos. Y cuando Cortés los vió tan hinchados y amarillos, y que no eran para pelear, harto teníamos que curar en ellos, y les hizo mucha honra, y tengo que el Camargo murió luego, que no me acuerdo bien qué se hizo, e también se murieron muchos dellos. Y entonces por burlar les llamamos y pusimos por nombre los panciverdetes, porque traían las colores de muertos y las barrigas muy hinchadas. Y por no me detener en contar cada cosa en qué tiempo y lugar acontescían, pues eran todos los navíos que en aquel tiempo venían a la Villa Rica, del Garay, puesto que vinieron los unos de los otros un mes delanteros, hagamos cuenta que todos aportaron aquel puerto, agora sea un mes antes los unos que los otros. Y esto digo que vino luego un Miguel Díaz de Auz, aragonés, por capitán de Francisco de Garay, el cual le enviaba para socorro al capitán Fulano Alvarez Pinedo, que creía questaba en Pánuco, y

como llegó de puerto de Pánuco y no halló rastró, ni hueso, ni pelo de la armada de Garay, luego entendió por lo que vió que habían muerto; porque al Miguel Díaz le dieron guerra los indios de aquella provincia, y a esta causa luego que llegó con su navío se vino aquel nuestro puerto y desembarcó sus soldados, que eran más de cincuenta e treinta y siete caballos; y se fué luego para donde estábamos con Cortés, y éste fué el mejor socorro y al mejor tiempo que le habíamos menester. Y para que bien sepan quién fué este Miguel Díaz de Auz, digo yo que sirvió muy bien a Su Majestad en todo lo que se ofresció en las guerras e conquistas de la Nueva España, y éste fué el que trujo pleito después de poblada la Nueva España con un cuñado de Cortés que se decía Andrés de Barrios, natural de Sevilla, que llamaban "el Danzador", é púsosele aquel nombre porque bailaba mucho, sobre el pleito de la mitad de Mestitan. E este Miguel Díaz de Auz fué el que en el Real Consejo de Indias, en el año mill e quinientos y cuarenta y uno, dijo que a unos daba favor e indios por bien bailar e danzar, y a otros les quitaba, sus haciendas porque habían bien servido a Su Majestad peleando. Aqueste es el que dijo que por ser cuñado de Cortés le dió los indios que no merescía, estando viviendo en Sevilla, y los dejaba de dar a quien Su Majestad mandaba. Aqueste es el que claramente dijo otras cosas acerca de que no hacían justicia a los que Su Majestad manda; e más dijo otras cosas: que querían remedar al villano de la cuba, de que se iban enojando los señores que mandaban en el Real Consejo de Indias, que era presidente el reverendísimo García de Loaisa, arzobispo que fué de Sevilla, y oidores el obispo de Lugo e el licenciado Gutiérre Velázquez y el dotor don Bernal Díaz de Luco y el dotor Beltrán. Volvamos a nuestro cuento. Y entonces el Miguel Díaz de Auz, desque hobo hablado lo que quiso, tendió la capa en el suelo y puso la daga sobre el pecho, estando tendido en ella de espaldas, y dijo: "Si no es verdad lo que digo, Vuestra Alteza me mande degollar con esta daga, y si es verdad, hacer recta justicia". Entonces el presidente le mandó levantar y dijo que no estaban allí para matar a ninguno, sino para hacer justicia, e que fué mal mirado en lo que dijo, e que se saliese fuera y que no dijese más desacatos; si no, que le castigaría, y lo que proveyeron sobre su pleito de Mestitan, que le dén la parte de lo que rentare, que son más de dos mill y quinientos pesos de su parte, con tal que no entre en el pueblo por dos años, porque en lo que le acusaban era que había muerto ciertos indios en aquel pueblo y en otros que habían tenido. Dejemos de contar esto, pues va fuera de nuestra relación, y digamos que desde allí a pocos días que Miguel Díaz de Auz había venido aquel puerto de la manera que dicho tengo, aportó luego otro navío que enviaba el mismo Garay en ayuda y socorro de su armada, creyendo que todos estaban buenos y sanos en el río de Pánuco, y venía en él por capitán un viejo que se decía Ramírez, e ya era hombre anciano, y a esta causa le llamábamos Ramírez "el Viejo" porque había en nuestro real dos Ramírez; y traía sobre cuarenta soldados y diez caballos e yeguas e ballesteros, y otras armas. Y el Francisco de Garay no hacía sino echar un virote tras otro en socorro de su armada, y en todo le socorría la buena fortuna a Cortés, y a nosotros era gran ayuda. Y todos esos de Garay que dicho tengo fueron a Tepeaca, adonde estábamos, y porque los soldados

que traía Miguel Díaz de Auz venían muy recios y gordos, les pusimos por nombre los de los lomos recios, y a los que traía el viejo Ramírez, que traían unas armas de algodón de tanto gordor que no las pasaba ninguna flecha, y pesaban mucho, pusímosles por nombre los de las albardillas. Y cuando fueron los capitanes que dicho tengo y soldados delante de Cortés, les hizo mucha honra. Dejemos de contar de los socorros que teníamos de Garay, que fueron buenos, y digamos cómo Cortés envió a Gonzalo de Sandoval a una entrada a unos pueblos que se dice Xalacingo y Zacatami.

CAPITULO CXXXIV

Cómo envió Cortés a Gonzalo de Sandoval a pacificar los pueblos de Xalacingo y Zacatami, y llevó doscientos soldados y veinte de caballo y doce ballesteros, y para que supiese qué españoles mataron en ellos y que miráse qué armas les habían tomado, y qué tierra era y les demandase el oro que robaron.

Como ya Cortés tenía copia de soldados y caballos y ballestas e se iba fortalesciendo con los dos naviachuelos que envió Diego Velázquez, en que venían por capitanes Pedro Barba y Rodrigo de Morejón de Lobera, y trujeron en ellos sobre veinte e cinco soldados y dos caballos y una yegua, y luego vinieron los tres navíos de Garay, que fué el primero capitán que vino Camargo, y el segundo Miguel Díaz de Auz, y el postrero Ramírez "el Viejo"; y traían entre todos estos capitanes que he nombrado sobre ciento y veinte soldados y diez y siete caballos e yeguas; y las yeguas eran de juego y de carrera. El Cortés tuvo noticia que en unos pueblos que se dicen Zacatami y Xalacingo e en otros sus comarcanos que habían muerto muchos soldados de los de Narváez que venían camino de México, e ansimismo que en aquellos pueblos habían muerto y robado el oro a un Juan de Alcántara y a otros dos vecinos de la Villa Rica que era lo que les habían cabido de las partes a todos los vecinos que quedaban en la misma Villa, según más largo lo he escrito en el capítulo que dello se trata. Y envió Cortés para hacer aquella entrada por capitán a Gonzalo de Sandoval, que era alguacil mayor, y muy esforzado y de buenos consejos, y llevó consigo doscientos soldados, todos los más de los nuestros de Cortés, y veinte de caballo e doce ballesteros y buena copia de tascaltecas, y antes que llegase aquellos pueblos supo questaban todos puestos en armas, e juntamente tenían consigo guarniciones de mexicanos, e que se habían muy bien fortalecido con albarradas e pertrechos, porque bien habían entendido que por la muerte de los españoles que habían muerto que luego habíamos de ser contra ellos para los castigar, como a los de Tepeaca y Cachula y Tecamachalco. E Sandoval ordenó muy bien sus escuadrones y ballesteros, y mandó a los de caballo cómo y de qué manera habían de ir y romper; y primero que entrasen en su tierra les envió mensajeros a decilles que viniesen de paz y que diesen el oro e armas que habían robado, e que la muerte de los españoles se les perdonaría; y esto de les enviar

mensajeros sobre la paz fueron tres o cuatro veces; y la respuesta que enviaban era que si allá iba como habían muerto e comido los teules que les demandan, que ansí haría al capitán y a todos los que llevaba; por manera que no aprovechaban mensajes. Y otra vez les tornó a enviar a decir que les haría esclavos por traidores y salteadores de caminos y que se aparejasen a defender. E fué Sandoval con sus compañeros y les entra por dos partes, que puesto que peleaban muy bien los mexicanos y los naturales de aquellos pueblos, sin más relatar lo que allí en aquellas batallas pasaron, los desbarató; y fueron huyendo los mexicanos y caciques de aquellos pueblos, y siguió el alcance y prendió mucha gente menuda, que de los indios no se curaban dellos, por no tener que guardar. Y hallaron en unos cues de aquel pueblo muchos vestidos y armas y frenos de caballos, y dos sillas, y otras cosas de la gineta que habían presentado a sus ídolos. Acordó Sandoval estar allí tres días, y vinieron los caciques de aquellos pueblos a demandar perdón y a dar la obidiencia a Su Majestad, y Sandoval les dijo que diesen el oro que habían robado a los españoles que mataron, y que luego les perdonaría. Y respondieron quel oro que los mexicanos lo hobieron y que lo enviaron al señor de México que entonces habían alzado por rey, y que no tenían ninguno; por manera que les mandó que, en cuanto el perdón, que fuesen adonde estaba Malinche, que es Cortés, e quél les hablaría e perdonaría. Y ansí se volvió con buena presa de mujeres e muchachos, que les echaron el hierro por esclavos. Y Cortés holgó mucho desque le vió venir bueno y sano, puesto que traía ocho soldados mal heridos y tres caballos muertos. y aun el Sandoval traía un flechazo. Yo no fuí en esta entrada, questaba muy malo de calenturas, y echaba sangre por la boca, y gracias a Dios estuve bueno porque me sangraron. E como Gonzalo de Sandoval había dicho a los caciques de Xalacingo y Cacatami que viniesen a Cortés a demandar paces, no solamente vinieron aquellos pueblos solos, sino también otros muchos de la comarca, y todos dieron la obidiencia a Su Majestad, y traían de comer a aquella villa donde estábamos. E fué aquella entrada que hizo de mucho provecho y se pacificó la tierra, y dende en adelante tenía Cortés tanta fama en todos los pueblos de la Nueva España, lo uno de muy justificado, en lo que hacía, y lo otro de muy esforzado, que a todos ponía temor, y muy mayor a Guatemuz, el señor e rey nuevamente alzado por rey en México. Y tanta era la autoridad y ser y mando que había cobrado Cortés, que venían ante él pleitos de indios de lejos tierras, en especial sobre cosas de cacicazgos y señoríos. Como en aquel tiempo anduvo la viruela tan común en la Nueva España, fallecían muchos caciques, y sobre a quién pertenescía el cacicazgo y ser señor y partir tierras o vasallos o bienes venían a Cortés, como a señor asoluto de toda la tierra, para que por su mano e autoridad alzase por señor a quien le pertenescía. Y en aquel tiempo vinieron del pueblo de Ozucar y Guacachula, otras veces por mí memorados, porque en Ozucar estaba casada una parienta muy cercana de Montezuma con el señor de aquel pueblo y tenían un hijo que decían era sobrino e cacique del Montezuma, e según paresce heredaba el señorío, e otros decían que les pertenescían a otro señor: y sobrellos tenían diferencias, y vinieron a Cortés, y mandó que lo heredase el pariente de Montezuma, y luego cumplieron su mandado. Y ansí vinieron de otros muchos

pueblos de la redonda sobre pleitos, y a cada uno mandaba dar sus tierras y vasallos según sentía por derecho que les pertenescía. Y en aquella sazón también tuvo noticia Cortés que en un pueblo questaba de allí seis leguas, que se decía Cozotlán y le pusimos por nombre Castil Blanco, habían muerto nueve españoles; envió al mismo Gonzalo de Sandoval para que los castigase y los trujese de paz; y fué allá con treinta de caballo y cient soldados e ocho balleteros y cinco escopeteros e muchos tastaltecas, y después de hechos sus requerimientos y protestaciones que vengan de paz y se les perdonará la muerte de los españoles que mataron, y les enviaron a decir otras muchas cosas de cumplimiento con cinco indios principales de Tepeaca, y que si no venían que les daría guerra y haría esclavos. Y paresció ser estaban en aquel pueblo otros escuadrones mexicanos en su guarda y amparo; y respondieron que señor tenían, que era Guatemuz, y que no habían menester venir ni ir a llamado de otro señor; que si allá fuesen, que en el campo les hallarían; que no se les habían fallescido las fuerzas agora menos que las tenían en México y puentes e calzadas, e que ya sabían a qué tanto allegaban nuestras valentías. Y desque aquello oyó Sandoval, puesto muy en orden su gente cómo había de pelear, y los de caballo y escopeteros y ballesteros, y mandó a los tascaltecas que no se se metiesen en los enemigos al principio, por que no estorbasen los caballos y por que no corriesen peligro o hiriesen algunos dellos con las ballestas y escopetas, o los tropellasen con los caballos, hasta haber rompido los escuadrones, y después de desbaratados, que prendiesen a los mexicanos y siguiesen el alcance. Y luego comenzó de caminar hacia el pueblo, y sálenle al camino y encuentro dos buenos escuadrones de guerreros junto a unas fuerzas y barrancas, y allí estuvieron fuertes un rato; y con las ballestas y escopetas les hacían mucho mal, por manera que tuvo Sandoval lugar de pasar aquella fuerza e albarradas con los de caballo, y aunque le hirieron nueve caballos, y uno murió, y también le hirieron cuatro soldados, y como se vió fuera de aquel mal paso, e tuvo lugar por dónde corriesen los caballos, y aunque no era buena tierra ni llano, que había muchas piedras, da tras los escuadrones rompiendo por ellos, que los llevó hasta el mismo pueblo a donde estaba un gran patio; e allí tenían otra fuerza y unos cues; adonde se tornaron a ser fuertes, y puesto que peleaban muy bravosamente, todavía los venció y mató hasta siete indios porque estaban en malos pasos. Y los tascaltecas no habían menester mandalles que siguiesen el alcance, que con la ganancia, como eran guerreros, ellos tenían el cargo especialmente, como sus tierras no estaban lejos de aquel pueblo. Allí se hobieron muchas mujeres y gente menuda, y estuvo allí el Gonzalo de Sandoval dos días, y envió a llamar los caciques de aquel pueblo con unos principales de Tepeaca que iban en su compañía; e vinieron y demandaron perdón de la muerte de los españoles, y Sandoval les dijo que si daban las ropas y haciendas que robaron de los que mataron, que sí perdonaría; y respondieron que todo lo habían quemado, y que no tenían ninguna cosa, y que los que mataron que los más dellos habían ya comido; y que cinco teules enviaron vivos a Guatemuz, su señor, y que ya habían pagado la pena con los que agora les habían muerto en el campo y en el pueblo, y que les perdonase, e que llevarían muy bien de comer y bastecerían la villa a donde estaba

Malinche. Y como el Gonzalo de Sandoval vió que no se podía hacer más, les perdonó, y allí se ofrescieron de servir bien en lo que les mandasen. Y con este recado se fué a la villa y fué bien recebido de Cortés y de todos los del real. Donde lo dejaré de hablar más en ello, y digamos cómo se herraron todos los esclavos que se habían habido en aquellos pueblos y provincias, y lo que sobrello se hizo.

CAPITULO CXXXV

Cómo se recogieron todas las mujeres y esclavas y esclavos de todo nuestro real que habíamos habido en aquello de Tepeaca y Cachula y Tecamachalco, y en Castil Blanco, y en sus tierras, para se herrar[1] con el hierro que hicieron en nombre de Su Majestad, y de lo que sobrello pasó.

Como Gonzalo de Sandoval hobo llegado a la villa de Segura de la Frontera de hacer aquellas entradas que ya he dicho, y en aquella provincia todos los teníamos ya pacíficos y no teníamos por entonces dónde ir a entrar, porque todos los pueblos de los rededores habían dado la obidiencia a Su Majestad, acordó Cortés, con los oficiales del rey, que se herrasen las piezas y esclavos que se habían habido para sacar su quinto después que se hobiese primero sacado el de Su Majestad; y para ello mandó dar pregones en el real e villa que todos los soldados llevásemos a una casa questaba señalada para aquel efecto a herrar todas las piezas que tuviesen recogidas, y dieron de plazo aquel día y otro, que se pregonó, y todos ocurrimos con todas las indias y muchachas y muchachos que habíamos habido, que hombres de edad no curábamos dellos, que eran malos de guardar y no habíamos menester su servicio teniendo a nuestros amigos los tascaltecas. Pues ya juntas todas las piezas y echados el hierro, que era una *9* como ésta, que quería decir guerra, cuando no nos catamos apartan el real quinto, luego sacan otro quinto para Cortés, y, demás desto, la noche antes cuando metimos las piezas, como he dicho en aquella casa, habían ya escondido y tomado las mejores indias, que no paresció allí ninguna buena, y al tiempo de repartir dábannos las viejas y ruines. Y sobre esto hobo grandes murmuraciones contra Cortés y de los que mandaban hurtar y esconder las buenas indias, y de tal manera se lo dijeron al mesmo Cortés soldados de los de Narváez, que juraron a Dios que no había tal acaescido, haber dos reyes en la tierra de nuestro rey y señor y sacar dos quintos. Y uno de los soldados que se lo dijeron fué un Juan Bono de Quexo; y más dijo, que no estarían en tierra semejante, y que lo haría saber en Castilla a Su Majestad y a los señores de su Real Consejo de Indias. Y también dijo a Cortés otro soldado muy claramente, que no bastó

repartir el oro que se había habido en México de la manera que lo repartió, y que cuando lo estaba repartiendo decía que eran trescientos mill pesos los que se habían allegado, y que cuando salimos huyendo de México, mandó tomar por testimonio que quedaban más de sieticientos mill, y que agora el pobre soldado que había echado los bofes, y estaba lleno de heridas por haber una buena india, y les habían dado naguas y camisas, habían tomado y escondido las tales indias, y que cuando dieron el pregón para que se llevasen a herrar, que creyeron que a cada soldado volverían sus piezas, y que apreciarían qué tantos pesos valían y que como las apreciase pagasen el quinto a Su Majestad, y que no habría más quinto para Cortés, y decían otras murmuraciones peores que éstas. Y desque Cortés aquello vió, con palabras algo blandas dijo que juraba en su conciencia, que aquesto tenía por costumbre jurar, que de allí adelante que no se haría de aquella manera, sino que buenas o malas indias sacallas al almoneda, y la buena que se vendería por tal, y la que no lo fuese por menos precio, y de aquella manera no ternían que reñir con él; y puesto que allí en Tepeaca no se hicieron más esclavos, mas después en lo de Tezcuco casi que fué desta manera, como adelante diré. Y dejaré de hablar en esta materia y digamos otra cosa casi peor que esto de los esclavos, y es que ya he dicho en el capítulo CXXVIII, cuando la triste noche salimos huyendo de México, cómo quedaba en la sala donde posaba Cortés muchas barras de oro perdido que no lo podían sacar más de lo que cargaron en la yegua e caballos, y muchos tascaltecas, y lo que hurtaron los amigos y otros soldados que cargarían dello; y como lo demás quedaba perdido en poder de los mexicanos. Cortés dijo delante de un escribano del rey que cualquiera que quisiese sacar oro de lo que allí quedaba que se lo llevase mucho en buen hora por suyo, como se había de perder; y muchos soldados de los de Narváez cargaron de ello, y ansimismo algunos de los nuestros, y por sacallo perdieron muchos dellos las vidas, y los que escaparon con la presa que traían habían estado en gran riesgo de morir, y salieron llenos de heridas. Y como en nuestro real y villa de Segura de la Frontera, que así se llamaba, alcanzó Cortés a saber que había muchas barras de oro y que andaban en el juego, y como dice el refrán que el oro y amores eran malos de encubrir, mandó dar un pregón, so graves penas, que trayan a manifestar el oro que sacaron, y que les daba la tercia parte dello, y si no lo traen, que se lo tomaba todo. Y muchos soldados de los que lo tenían no lo quisieron dar, y algunos se lo tomó Cortés como prestado y más por fuerza que por grado, y como todos los más capitanes tenían oro y aun los oficiales del rey, muy mejor se calló lo del pregón, que no se habló en ello; mas paresció muy mal esto que mandó Cortés. Dejémoslo ya de más declarar, y digamos cómo todos los más capitanes y personas principales de los que pasaron con Narváez demandaron licencia a Cortés para se volver a Cuba, y Cortés se la dió, y lo que más acaesció.

CAPITULO CXXXVI

Cómo demandaron licencia a Cortés los capitanes y personas más principales de los que Narváez había traído en su compañía para se volver a la isla de Cuba, y Cortés se la dió, y se fueron, y de cómo despachó Cortés embajadores para Castilla y para Santo Domingo y Jamaica, y lo que sobre cada cosa acaesció.

Como vieron los capitanes de Narváez que ya teníamos socorros, así de los que vinieron de Cuba como los de Jamaica que había enviado Francisco de Garay para su armada, según lo tengo declarado en el capítulo que dello habla, y vieron que los pueblos de la provincia de Tepeaca estaban pacíficos, después de muchas palabras que a Cortés dijeron, con grandes ofertas y ruegos, le suplicaron que les diese licencia para se volver a la isla de Cuba, pues se lo había prometido. Y luego Cortés se la dió y aun les prometió que si volvía a ganar la Nueva España y ciudad de México que al Andrés de Duero, su compañero, que le daría mucho más oro que le había de antes dado, y ansí hizo ofertas a los demás capitanes, en especial Agustín Bermúdez, y les mandó dar matalotaje, que en aquella sazón había, que era maíz y perrillos salados y pocas gallinas, y un navío de los mejores. Y escribió Cortés a su mujer, que se decía doña Catalina Juárez, "la Marcaida", y a Juan Juárez, su cuñado, que en aquella sazón vivía en la isla de Cuba, y les envió ciertas barras y joyas de oro y les hizo saber todos los desmanes y trabajos que nos habían acontescido, y cómo nos echaron de México. Dejemos esto y digamos las personas que demandaron la licencia para volver a Cuba, que todavía iban ricos; fueron Andrés de Duero y Agustín Bermúdez, Juan Bono de Quexo, y Bernaldino de Quesada y Francisco Velázquez "el Corcovado", pariente del Diego Velázquez, gobernador de Cuba, y Gonzalo Carrasco, el que vive en la Puebla, que después se volvió a esta Nueva España, y un Melchor de Velasco, que fué vecino de Guatimala, y un Jiménez, que vive en Guajaca, que fué por sus hijos, y el comendador Leonel de Cervantes, que fué por sus hijas, que después de ganado México las casó muy honradamente; e se fué uno que se decía Maldonado, natural de Medellín, questaba doliente; no digo Maldonado el que fué marido de doña María del Rincón, ni por Maldonado "el Ancho", ni otro Maldonado que se decía Alvaro Maldonado "el Fiero", que fué casado con una señora que se decía Marí Arias; y también se fué un Vargas, vecino de la Trinidad, que le llamaban en Cuba Vargas "el Galán", no digo Vargas el que fué suegro de Cristóbal Lobo, vecino que fué de Guatimala; y se fué un soldado de los de Cortés que se decía Cárdenas, piloto. Aquel Cárdenas fué el que dijo a un su compañero que cómo podíamos reposar los soldados teniendo dos reyes en esta Nueva España. Este fué a quien Cortés dió trescientos pesos para que se fuese a su mujer e hijos; y por excusar prolijidad de ponelles todos por memoria, se fueron otros muchos que no me acuerdo bien sus nombres. Y cuando Cortés les dió la licencia, dijimos que para qué se la daba, pues que éramos pocos los que quedábamos, y respondió que por excusar escándalos e importunaciones, y que ya víamos que para la guerra algunos de los que

se volvían no lo eran, y que valía más estar solo que mal acompañado. Y para les despachar del puerto envió Cortés a Pedro de Alvarado, y en habiéndolos embarcado que se volviese luego a la villa. Y digamos agora que también envió a Castilla a Diego de Ordaz, y Alonso de Mendoza, natural de Medellín de Cáceres, con ciertos recaudos de Cortés, que yo no sé otros que llevase nuestros, ni nos dió parte de cosa de los negocios que enviaba a tratar con Su Majestad, ni lo que pasó en Castilla yo no lo alcancé a saber, salvo que a boca llena decía el obispo de Burgos, delante del Diego de Ordaz, que así Cortés como todos los soldados que pasamos con él éramos malos y traidores, puesto que Ordaz respondía muy bien por todos nosotros. Y entonces le dieron al Ordaz una encomienda de señor Santiago y por armas el volcán questaba entre Guaxocingo y cerca de Cholula, y lo que negoció adelante lo diré según lo supimos por carta. Dejemos esto aparte y diré cómo Cortés envió Alonso de Ávila, que era capitán y contador desta Nueva España, y juntamente con él envió a otro hidalgo que se decía Francisco Alvarez Chico, que era hombre que entendió de negocios, y mandó que fuesen con otro navío para la isla de Santo Domingo a hacer relación de todo lo acaescido a la real Audiencia que en ella residía y a los frailes jerónimos questaban por gobernadores de todas las islas, que tuviesen por bueno lo que habíamos hecho en las conquistas y el desbarate de Narváez, y cómo había hecho esclavos en los pueblos que habían muerto españoles, y se habían quitado de la obidiencia que habían dado a nuestro rey y señor, y que así entendía hacer en todos los más pueblos que fueron de la liga y nombre de mexicanos, y que les suplicaba que hiciesen relación dello en Castilla a nuestro gran emperador, y tuviesen en la memoria los grandes servicios que siempre le hacíamos, y que por su intercesión y de la real Audiencia y frailes jerónimos fuésemos favorecidos con justicia contra la mala voluntad y obras que contra nosotros trataba el obispo de Burgos y arzobispo de Rosano. Y también envió otro navío a la isla de Jamaica por caballos y yeguas, y el capitán que en él fué se decía Fulano de Solís, que después de ganado México le llamamos Solís "el de la Huerta", yerno de uno que se decía el bachiller Ortega. Bien sé que dirán algunos curiosos letores que sin dineros que cómo enviaba a Diego de Ordaz a negocios a Castilla, pues está claro que para Castilla y para otras partes son menester dineros, y que ansimismo enviaba a Alonso de Avila y a Francisco Alvarez "el Chico" a Santo Domingo, a negocios, y a la isla de Jamaica por caballos y yeguas. A esto digo que como al salir de México como salimos huyendo la noche por mí muchas veces memorada, que como quedaban en la sala muchas barras de oro perdido en un montón, que todos los más soldados apañaban dello, en especial los de a caballo, y los de Narváez mucho mejor, y los oficiales de Su Majestad, que la tenían en poder y cargo, llevaron los fardos hechos; y demás desto, cuando se cargaron de oro más de ochenta indios tascaltecas por mandado de Cortés, y fueron los primeros que salieron en las puentes, vista cosa era que salvarían muchas cargas dello, que no se perdería todo en la calzada, y como nosotros los pobres soldados que no teníamos mando, sino ser mandados, en aquella sazón procurábamos de salvar nuestras vidas y después de curar nuestras heridas, no mirábamos en el oro si salieron muchas cargas dello en las puentes o no, ni se nos daba

mucho por ello. Y Cortés con algunos de nuestros capitanes lo procuraron de haber de los tascaltecas que lo sacaron, y tuvimos sospecha que los cuarenta mill pesos de las partes de los de la Villa Rica, que también lo hobo, y echó fama que lo habían robado, y con ello envió a Castilla a los negocios de su persona, y a comprar caballos, y a la isla de Santo Domingo a la Audiencia real; porque en aquel tiempo todos se callaban con las barras de oro que tenían, aunque más pregones habían dado. Dejemos esto, y digamos como ya estaban de paz todos los pueblos comarcanos de Tepeaca, acordó Cortés que quedase en la villa de Segura de la Frontera por capitán un Francisco de Orozco con obra de veinte soldados questaban heridos y dolientes, y con todos los más de nuestro ejército fuimos a Tascala; y se dió orden que se cortase madera para hacer trece bergantines para ir otra vez a México, porque hallábamos por muy cierto que para la laguna sin bergantines no la podíamos señorear, ni podíamos dar guerra ni entrar otra vez por las calzadas en aquella gran ciudad sino con gran riesgo de nuestras vidas. Y el que fué maestro de cortar la madera y dar el galico y cuenta y razón como habían de ser veleros y ligeros para aquel efeto y los hizo fué un Martín López, que ciertamente, demás de ser un buen soldado en todas las guerras, sirvió muy bien a Su Majestad en esto de los bergantines, y trabajó en ellos como fuerte varón. Y me parece que si por desdicha no viniere en nuestra compañía de los primeros, como vino, que hasta enviar por otro maestro a Castilla se pasara mucho tiempo o no viniera ninguno, según el gran estorbo que en todo nos ponía el obispo de Burgos. Volveré a nuestra materia, y digamos agora que cuando llegamos a Tascala ya era fallescido de viruelas nuestro gran amigo y muy leal vasallo de Su Majestad Maseescasi, de la cual muerte nos pesó a todos, y Cortés lo sintió tanto, como él decía, como si fuera su padre, y se puso luto de mantas negras (1), y ansimismo muchos de nuestros capitanes y soldados. Y a sus hijos y parientes del Maseescasi, Cortés y todos nosotros les hacíamos mucha honra, y porque en Tascala había diferencias sobre el mando y cacicazgo, señaló y mandó que lo fuese un su hijo legítimo del mesmo Maseescasi, porque así lo había mandado su padre antes que muriese; y aun dijo a sus hijos y parientes que mirasen, que no saliesen del mando de Malinche y de sus hermanos, porque ciertamente éramos los que habíamos de señorear estas tierras; y les dijo otros muchos buenos consejos. Dejemos ya de contar del Maseescasi, pues es ya él muerto, y digamos del Xicotenga "el Viejo" y de Chichimecatecle y de todos los más caciques de Tascala que se ofrescieron de servir a Cortés ansí en cortar la madera para los bergantines como para todo lo demás que les quisiesen mandar en la guerra contra mexicanos. Cortés les abrazó con mucho amor y les dió gracias por ello, especialmente a Xicotenga "el Viejo" y a Chichimecatecle, y luego procuró que se volviese cristiano, y el buen viejo de Xicotenga de buena voluntad dijo que lo quería ser. E con la mayor fiesta que en aquella sazón se pudo hacer en Tascala le bautizó el padre de la Merced y le puso nombre don Lorenzo de Vargas. Volvamos a decir de nuestros bergantines; que el Martín López se dió tanta priesa en cortar la madera con la gran ayuda de indios que le ayudaban, que en pocos días la tenía

(1) Testado en el original: "de lo que se pudo haber en aquella sazón".

ya toda cortada y señalada su cuenta en cada madero para qué parte y lugar había de ser, según tienen sus señales los oficiales, maestros y carpinteros de ribera; y también le ayudaba otro buen soldado que se decía Andrés Núñez, y un viejo carpintero questaba cojo de una herida, que se decía Ramírez "el Viejo". Y luego despachó Cortés a la Villa Rica por mucho hierro y clavazón de los navíos que dimos al través, y por anclas y velas y jarcias y cables y estopa y por todo aparejo de hacer navíos, y mandó venir todos los herreros que había, y a un Hernando de Aguilar que era medio herrero, que ayudaba a machar; y porque en aquel tiempo había en nuestro real tres hombres que se decían Aguilar, llamamos a éste Hernando de Aguilar "Majahierro"; y envió por capitán a la Villa Rica por los aparejos que he dicho para mandallo traer a un Santa Cruz, burgalés, regidor que después fué de México, persona muy buen soldado y diligente; y hasta las calderas para hacer brea y todo cuanto de antes habían sacado de los navíos trujo con más de mill indios que todos los pueblos de aquellas provincias, enemigos de mexicanos, luego se los daban para traer las cargas. Pues como no teníamos pez para brear, ni aun los indios lo sabían hacer, mandó Cortés a cuatro hombres de la mar que sabían de aquel oficio que en unos pinares cerca de Guaxalcingo, que los hay buenos, fuesen a hacer la pez [(1)]. Pasemos adelante, y puesto que no va muy apropósito de la materia en questaba hablando, que me han preguntado ciertos caballeros curiosos que conocían muy bien a Alonso de Avila, que cómo siendo capitán, y muy esforzado, y era contador de la Nueva España, y siendo belicoso y su inclinación dado más para guerras que no para ir a solicitar negocios con los frailes jerónimos questaban por gobernadores de todas las islas, que por qué causa le envió Cortés, teniendo otros hombres que fueran más acostumbrados a negocios, como era un Alonso de Grado, o un Joan de Cáceres "el Rico", y otros que me nombraron. A esto digo que Cortés le envió al Alonso de Avila porque sintió dél ser muy varón, y porque osaría responder por nosotros conforme a justicia, y también le envió por causa que como el Alonso de Avila había tenido diferencias con otros capitanes y tenía gran atrevimiento de decir a Cortés cualquiera cosa que vía que convenía decille, y por excusar ruidos y por dar la capitanía que tenía a Andrés de Tapia, y la contaduría Alonso de Grado, como luego se la dió, por estas razones le envió. Volvamos a nuestra relación. Pues viendo Cortés que ya era cortada la madera para los bergantines y se habían ido a Cuba las personas por mí nombradas, que eran de los de Narváez, que los teníamos por sobrehuesos, especialmente poniendo temores que siempre nos ponían, que no seríamos bastantes para resistir el

(1) Tachado en el original: "Acuérdome que fué el que llevó cargo dello e iba por capitán un Juan Rodríguez Cabrillo, que fué un buen soldado en lo de México, que después fué vecino de Guatimala, persona muy honrada, y fué capitán y almirante de trece navíos por Pedro de Alvarado y sirvió muy bien a Su Majestad en todo lo que se le ofresció, y murió en su real servicio".

gran poder de mexicanos, cuando oían que decíamos que habíamos de ir a poner cerco sobre México, y libre de aquellas zozobras, acordó Cortés que fuésemos con todos nuestros soldados para la ciudad de Tezcuco, y sobrello hobo grandes e muchos acuerdos, porque unos soldados decían que era mejor sitio y acequias y zanjas para hacer los bergantines en Ayocingo, junto a Chalco, que no en la zanja y estero; y otros porfiábamos que mejor sería en Tezcuco, por estar en parte y sitio cerca de muchos pueblos, y que teniendo aquella ciudad por nosotros, desde allí haríamos entradas en las tierras comarcanas de México, y puestos en aquella ciudad tomaríamos el mejor parescer como sucediesen las cosas. Pues ya estaba acordado lo por mí dicho, viene nueva y cartas, que trujeron soldados, de cómo había venido a la Villa Rica un navío de Castilla, y de las islas de Canaria, de buen porte, cargado de muchas mercaderías, escopetas, pólvora y ballestas, e hilo de ballestas, y tres caballos, y otras armas, y venía por señor de la mercadería y navío un Joan de Burgos, y por maestre un Francisco de Medel, y venían trece soldados. Y con aquella nueva nos alegramos en gran manera; y si de antes que supiésemos del navío nos dábamos priesa en la partida para Tezcuco, mucho más nos dimos entonces; porque luego le envió Cortés comprar todas las armas y pólvora y todo lo más que traía, y aun el mismo Joan de Burgos y el Medel y todos los pasajeros que traía se vinieron luego por donde estábamos, con los cuales rescebimos contento viendo tan buen socorro y en tal tiempo. Acuérdome que entonces vino un Joan del Espinar, vecino que fué de Guatimala, persona que fué muy rico, y también vino un vizcaíno que se decía Monjaraz, tío que se decía ser de Andrés de Monjaraz; también vino un Sagredo, tío de una mujer que se decía "la Sagreda" questaba en Cuba, naturales de la Villa de Medellín, y Gregorio de Monjaraz, soldados questaban con nosotros y padre de una mujer que después vino a México, que se decía "la Monjaraza", muy hermosa mujer. E traigo esto aquí a la memoria por lo que adelante diré, y es que jamás fué el Monjaraz a guerra ninguna, ni entrada con nosotros, porque andaba doliente en aquel tiempo, e ya questaba muy bueno y sano e presumía de valiente, cuando teníamos puesto cerco a México dijo el Monjaraz que quería ir a ver cómo batallábamos con los mexicanos, porque no tenía a los mexicanos por valientes; y fué y se subió en un alto cu como torrecilla, y nunca supimos cómo ni de qué manera le mataron indios en aquel mismo día. Y muchas personas dijeron, que le habían conoscido en la isla de Santo Domingo, que fué permisión divina que muriese aquella muerte, porque había muerto a su mujer, muy honrada y buena persona, sin culpa ninguna, y que buscó testigos falsos que juraron que le hacía maleficio. Quiero ya dejar de contar cosas pasadas, y digamos cómo fuimos a la ciudad de Tezcuco y lo que más pasó.

CAPITULO CXXXVII

Cómo caminamos con todo nuestro ejército camino de la ciudad de Tezcuco, y lo que en el camino nos avino, y otras cosas que pasaron.

Como Cortés vió tan buen aparejo ansí de escopetas y pólvora y ballestas y caballos, y conosció de todos nosotros, ansí capitanes como soldados, el gran deseo que teníamos destar ya sobre la gran ciudad de México, acordó de hablar a los caciques de Tascala para que le diesen diez mill indios de guerra que fuesen con nosotros aquella jornada hasta Tezcuco, que es una de las mayores ciudades que hay en toda la Nueva España, después de México. Y como se lo demandó y les hizo un buen parlamento sobrello, luego Xicotenga "el Viejo", que en aquella sazón se había vuelto cristiano y se llamó don Lorenzo de Vargas, como dicho tengo, dijo que le placía de buena voluntad, no solamente diez mill hombres, sino muchos más si los quería llevar, e que iría por capitán dellos otro cacique muy esforzado y nuestro gran amigo, que se decía Chichimecatecle. Y Cortés le dió las gracias por ello, y después de hecho nuestro alarde, que ya no me acuerdo bien qué tanta copia éramos, ansí de soldados como de los demás, un día después de pasada la pascua de Navidad del año de mill e quinientos y veinte años, comenzamos a caminar con mucho concierto, como lo teníamos de costumbre, y fuimos a dormir a un pueblo que se dice su subjeto, y los del mismo pueblo nos dieron lo que habíamos menester. De allí adelante era tierra de mexicanos; íbamos más recatados, nuestra artillería puesta en mucho concierto y ballesteros y escopeteros, y siempre cuatro corredores del campo a caballo y otros cuatro soldados despada y rodela muy sueltos, juntamente con los de a caballo, para ver los pasos si estaban para pasar caballos, porque en el camino tuvimos aviso questaba embarazado de aquel día un mal paso, y la sierra con árboles cortados, porque bien tuvieron noticia en México y en Tezcuco cómo caminábamos hacia su ciudad. Y aquel día no hallamos estorbo ninguno y fuimos a dormir al pie de la sierra, que serían tres leguas, y aquella noche tuvimos buen frío; y con nuestras rondas y espías e velas y corredores del campo la pasamos, y desque amanesció comenzamos a subir un portezuelo, y en unos malos pasos como barrancas estaba cortada la sierra, por donde no podíamos pasar, y puesta mucha madera e pinos en el camino, y como llevábamos tantos amigos tascaltecas, de poco se desembarazó. Y con mucho concierto caminamos con una capitanía de escopeteros y ballesteros delante y nuestros amigos cortando y apartando los árboles para poder pasar los caballos, hasta que subimos la sierra, y aun bajamos un poco abajo a donde se descubrió la laguna de México, y sus grandes ciudades pobladas en el agua. Y desque la vimos dimos muchas gracias a Dios que nos la tornó a dejar ver. Entonces nos acordamos de nuestro desbarate pasado, de cuando nos echaron de México, y prometimos, si Dios fuese servido, de tener otra manera en la guerra desque la cercásemos. Y luego bajamos la sierra, donde vimos grandes ahumadas que hacían ansí los de Tezcuco como los de los pueblos sus subjetos; e yendo más adelante topamos con un buen escuadrón

de gente, guerreros de México y de Tezcuco, que nos aguardaban en un mal paso, a un arcabuezo adonde estaba una puente como quebrada de madera, algo honda y corría buen golpe de agua; mas luego desbaratamos los escuadrones y pasamos muy a nuestro salvo. Pues oír la grita que nos daban, desde las estancias y barrancas no hacían otra cosa, y era en parte que no podían correr caballos, y nuestros amigos los tascaltecas les apañaban gallinas, y lo que podían roballes no lo dejaban, puesto que Cortés se lo mandaba que si no diesen guerra que no se la diesen, y los tascaltecas decían que si estuvieran de buenos corazones y de paz, que no salieran al camino a darnos guerra, como estaban al paso de las barrancas y puente para no nos dejar pasar. Volvamos a nuestra materia y digamos cómo fuimos a dormir a un pueblo subjeto de Tezcuco, y estaba despoblado; y puestas nuestras velas y rondas y escuchas y corredores de campo, estuvimos aquella noche con bastante cuidado no diesen en nosotros muchos escuadrones de guerreros questaban aguardándonos en unos malos pasos, y de lo cual tuvimos aviso porque se prendieron cinco mexicanos en la puente primera que dicho tengo, y aquéllos dijeron lo que pasaba de los escuadrones, y, según después supimos, no se atrevieron a darnos guerra ni más aguardar, porque, según paresció, entre los mexicanos y los de Tezcuco tenían diferencias y bandos, y también como aún no estaban muy sanos de las viruelas, que fué dolencia que en toda la tierra dió y cundió, y como habían sabido cómo en lo de Guacachula e Ozucar y en Tepeaca y Xalacingo y Castiblanco todas las guarniciones mexicanas habíamos desbaratado, y ansimismo teníamos fama, y ansí lo creían, que iban con nosotros en nuestra compañía todo el poder de Tascala y Guaxalcingo, acordaron de no nos aguardar; y todo esto Nuestro Señor Jesucristo lo encaminaba. Y desque amanesció, puestos todos nosotros en gran concierto, ansí artillería como escopetas y ballestas, y los corredores del campo adelante descubriendo tierra, comenzamos a caminar hacia Tezcuco, que sería de allí de donde dormimos obra de dos leguas. E aun no habíamos andado media legua cuando vimos volver nuestros corredores del campo a matacaballo, muy alegres, e dijeron a Cortés que venían hasta diez indios y que traían unas señas y veletas de oro, y que no traían armas ningunas, y que en todas las caserías y estancias por donde pasaban nos les daban grita ni voces como habían dado el día antes; al parescer todo estaba de paz. Y Cortés y todos nuestros capitanes y soldados nos alegramos. Y luego mandó Cortés reparar, hasta que llegaron siete indios principales, naturales de Tezcuco, y traían una bandera de oro e una lanza larga, y antes que llegasen abajaron su bandera y se humillaron, ques señal de paz; y desque llegaron ante Cortés, estando doña Marina y Jerónimo de Aguilar, nuestras lenguas, delante, dijeron: "Malinche: Cocoyoacin, nuestro señor y señor de Tezcuco, te envía a rogar que le quieras recebir a tu amistad y te está esperando de paz en su ciudad de Tezcuco, y en señal dello recibe esta bandera de oro, y que te pide por merced que mandes a todos los tascaltecas y a tus hermanos que nos les hagan mal en su tierra, y que te vayas aposentar a su ciudad, quél te dará lo que hobieres menester". Y más dijeron, que los escuadrones que allí estaban en las barrancas y pasos malos, que no eran de Tezcuco, sino mexicanos, que los enviaba Guatemuz.

Y cuando Cortés oyó aquellas paces, holgó mucho dellas, y ansimismo todos nosotros, e abrazó a los mensajeros, en especial a tres dellos, que eran parientes del buen Montezuma, y los conoscíamos todos los más soldados, que habían sido sus capitanes. Y considerada la embajada, luego mandó Cortés llamar los capitanes tascaltecas y les mandó muy afectuosamente que no hiciesen ningún mal ni les tomasen cosa ninguna en toda la tierra, porquestaban de paz; y ansí lo hicieron como se lo mandó; mas comida no se les defendía, si era solamente maíz y frísoles y aun gallinas y perrillos, que había mucho todas las casas llenas dello. Y entonces Cortés tomó consejo con nuestros capitanes, y a todos les paresció que aquel pedir de paz y de aquella manera que era fingido, porque si fueran verdaderas no vinieran tan arrebatadamente, y aun trujeron bastimento. Y con todo ello Cortés rescibió la bandera, que valía hasta ochenta pesos, y dió muchas gracias a los mensajeros, y les dijo que no tenía por costumbre hacer mal ni daño a ningunos vasallos de Su Majestad, antes les favorescía y miraba por ellos, y que si guardaban las paces que decían, que les favorescería contra mexicanos, e que ya había mandado a los tascaltecas que no hiciesen daño en su tierra, como habían visto, y que ansí lo cumpliría adelante, y que bien sabía que en aquella ciudad mataron sobre cuarenta españoles, nuestros hermanos, cuando salimos de México, y sobre doscientos tascaltecas, y que robaron muchas cargas de oro y otros despojos que dellos hobieron; que ruega a su señor Cuacayutzín y a todos los más caciques y capitanes de Tezcuco que le den el oro y ropa, y que la muerte de los españoles, que pues ya no tenían remedio, que no se les pedirá. Y respondieron aquellos mensajeros que ellos se lo dirían a su señor ansí como se lo mandaba, mas quel que los mandó matar fué el que en aquel tiempo alzaron en México por señor, después de muerto Montezuma, que se decía Coadlavaca, e hobo todo el despojo, y le llevaron a México todos los más de los teules, y que luego los sacrificaron a su Huichilobos. Y desque Cortés vió aquella respuesta, por no los resabiar ni atemorizar no les replicó en ello, sino que fuesen con Dios; y quedó uno dellos en nuestra compañía. Y luego nos fuimos a unos arrabales de Tezcuco que se decían Guavtinchán o Guaxuntán, que ya se me ha olvidado el nombre, y allí nos dieron bien de comer y todo lo que hobimos menester, y aun derribamos unos ídolos questaban en unos aposentos donde posábamos. Y otro día de mañana fuimos a la ciudad de Tezcuco, y en todas las calles ni casas no víamos mujeres, ni muchachos, ni niños, sino todos los indios como asombrados y como gente questaba de guerra; y fuímonos aposentar a unos grandes aposentos y salas. Y luego mandó Cortés llamar a nuestros capitanes y todos los más soldados, y nos dijo que no saliésemos de unos patios grandes que allí había, y questuviésemos muy apercebidos porque no le parecía questaba aquella ciudad pacífica, hasta ver cómo y de qué manera estaba. Y mandó a Pedro de Alvarado y a Cristóbal de Olí e a otros soldados y a mí con ellos que subiésemos a un gran cu, que era bien alto, y llevásemos hasta veinte escopeteros para nuestra guarda, y que mirásemos desde el alto cu la laguna y la ciudad, porque bien se parescía toda; y vimos que todos los moradores de aquellas poblazones se iban con sus haciendas y hatos e hijos e mujeres, unos a los montes y otros a los carrizales que hay en la laguna, y que toda iba

cuajada de canoas, dellas grandes y otras chicas. Y como Cortés lo supo quiso prender al señor de Tezcuco que envió la bandera de oro, y cuando lo fueron a llamar ciertos papas que envió Cortés por mensajeros, ya estaba puesto en cobro, quel primero que se fué huyendo a México fué él con otros muchos principales. Y ansí se pasó aquella noche que tuvimos grande recaudo de velas y rondas y espías; y otro día muy de mañana mandó Cortés llamar a todos los más principales indios que había en Tezcuco, porque como es gran ciudad había otros muchos señores, partes contrarias del cacique que se fué huyendo, con quien tenían debates y diferencias sobre el mando y reino de aquella ciudad; y venidos ante Cortés e informado dellos cómo y de qué manera y desde qué tiempo acá señoreaba el Cuacoyozín, dijeron que por cobdicia de reinar había muerto malamente a su hermano mayor, que se decía Cuxcuxca, con favor que para ello le dió el señor de México que ya he dicho otras veces que se decía Coadlavaca, el cual fué el que nos dió la guerra cuando salimos huyendo después de muerto Montezuma, y que allí había otros señores a quien venía el reino de Tezcuco más justamente que no al que tenía, que era un mancebo que luego en aquella sazón se volvió cristiano con mucha solenidad, y se llama don Hernando Cortés porque fué su padrino nuestro capitán. E aqueste mancebo dijeron que era hijo legítimo del señor y rey de Tezcuco, que se decía su padre Nezabalpinzintle; y luego sin más dilaciones, con gran fiesta y regocijo de todo Tezcuco le alzaron por rey y señor natural, con todas las ceremonias que a los tales reyes solían hacer, e con mucha paz y en amor de todos sus vasallos y otros pueblos comarcanos, y mandaba muy asolutamente y era obedescido. Y para le mejor industriar en las cosas de nuestra santa fe y ponelle en toda pulicía, y que deprendiese nuestra lengua, mandó Cortés que tuviese por ayos a Antonio de Villa Real, marido que fué de una señora muy hermosa que se dijo Isabel de Ojeda, e a un bachiller que se decía Escobar; y puso por capitán de Tezcuco, para que viese y defendiese que no contratasen con el don Hernando ni ningún mexicano, a un buen soldado que se decía Pero Sánchez Farfán, marido que fué de la buena e honrada mujer María de Estrada. Dejemos de contar su gran servicio de aqueste cacique, y digamos cuán amado y obedescido fué de los suyos, y digamos cómo Cortés le demandó que diese mucha copia de indios trabajadores para ensanchar y abrir más las acequias y zanjas por donde habíamos de sacar los bergantines a la laguna desque estuviesen acabados y puestos a punto para ir a la vela; y se le dió a entender al mismo don Hernando y a otros sus principales a que fin y efeto se habían de hacer, y cómo y de qué manera habíamos de poner cerco a México y para todo ello se ofresció con todo su poder y vasallos, y que no solamente aquello que le mandaba, sino que enviaría mensajeros a otros pueblos comarcanos para que se diesen por vasallos de Su Majestad y tomasen nuestra amistad y voz contra México. Y todo esto concertado, después de nos haber aposentado muy bien, y cada capitanía por sí, y señalados los puestos y lugares donde habíamos de acudir si hobiese rebato de mexicanos, porquestamos a guarda la raya de

su laguna, y porque de cuando en cuando enviaba Guatemuz grandes piraguas y canoas con muchos guerreros, y venían a ver si nos tomaban descuidados. Y en aquella sazón vinieron de paz ciertos pueblos subjetos a Tezcuco, a demandar perdón y paz si en algo habían errado en las guerras pasadas y habían sido en muertes de españoles, los cuales se decían Guatinchan y [1]. Y Cortés les habló a todos muy amorosamente y les perdonó. Quiero decir que no había día ninguno que dejasen de andar en la obra y zanja y acequia de siete y ocho mill indios, y lo abrían y ensanchaban muy bien, que podía nadar por ella navíos de gran porte. Y en aquella sazón, como teníamos en nuestra compañía sobre siete mill tascaltecas y estaban deseosos de ganar honra y de guerrear contra mexicanos, acordó Cortés que, pues tan fieles compañeros teníamos, que fuésemos a entrar y dar una vista a un buen pueblo que se dice Iztapalapa, el cual pueblo fué por donde habíamos pasado cuando la primera vez venimos a México, y el señor dél fué el que alzaron por rey en México después de la muerte del gran Montezuma, que ya he dicho otras veces que se decía Coadlavaca. Y de aqueste pueblo, según supimos, rescebíamos mucho daño, porque eran muy contrarios contra Chalco y Tamanalco y Mecameca y Chimaloacán, cada uno que querían venir a tener nuestra amistad y ellos lo estorbaban. Y como había ya doce días que estábamos en Tezcuco sin hacer cosa que de contar sea, más de lo por mí ya dicho, fuimos aquella entrada de Iztapalapa, y lo que allí pasó diré adelante.

CAPITULO CXXXVIII

Cómo fuimos a Iztapalapa con Cortés, y llevó en su compañía a Cristóbal de Olí y a Pedro de Alvarado, y quedó Gonzalo de Sandoval por guarda de Tezcuco, y lo que nos acaesció en la toma de aquel pueblo, y otras cosas que allí se hicieron.

Pues como había doce días que estábamos en Tezcuco y no tenían los tascaltecas por mí ya otras veces memorados con qué se sustentar, y para que lo tuviesen tantos como eran, porque no se lo podían dar abastadamente los de Tezcuco, y porque no rescibiesen pesadumbre dellos, y también porquestaban deseosos los tascaltecas de guerrear con mexicanos y se vengar por los muchos tascaltecas que en las derrotas pasadas, por mí memoradas, les habían muerto y sacrificado, acordó Cortés que él por capitán general, y con Andrés de Tapia y Cristóbal de Olí y trece de a caballo y veinte ballesteros y seis escopeteros y doscientos y veinte soldados, y con nuestros amigos los de Tascala y con otros veinte principales de Tezcuco que nos dió don Hernando, y éstos sabíamos que eran sus primos y parientes del mismo cacique y enemigos de Guatemuz, que ya le habían alzado por rey en México, fuimos camino de Iztapalapa, questará de Tezcuco obra de cuatro leguas. Ya he dicho otras

(1) Hay un espacio en blanco en el original.

veces en el capítulo [1] que sobrello habla que estaban más de la mitad de las casas edificadas en el agua y la otra mitad en tierra firme. E yendo nuestro camino con mucho concierto, como lo teníamos de costumbre, y como los mexicanos siempre tenían velas y guarniciones y guerreros contra nosotros cuando sabían que íbamos a dar guerra algunos de sus pueblos para luego le socorrer, ansí lo hicieron saber a los de Iztapalapa, para que se apercibiesen, y les enviaron sobre ocho mill mexicanos de socorro. Por manera que en tierra firme aguardaron como buenos guerreros, ansí los mexicanos que fueron en su ayuda como los del pueblo de Iztapalapa, y pelearon un buen rato muy valerosamente con nosotros; mas los de caballo rompieron por ellos, y con las ballestas y escopetas y todos nuestros amigos los tascaltecas que se metían en ellos como perros rabiosos, de presto dejaron el campo y se metieron en su pueblo. Y esto fué sobre cosa pensada y con un ardid quentrellos tenían acordado, que fuera harto daño para nosotros si de presto no saliéramos de aquel pueblo donde ellos entraban; y fué desta manera: Que hicieron que huyeron y se metieron en canoas en el agua y en las casas que tenían en la laguna, y otros dellos en unos carrizales; y como ya era noche oscura nos dejan aposentar en tierra firme sin hacer ruido ni muestras de guerra; y con el despojo que habíamos habido estábamos contentos, y más con la vitoria. Y estando de aquella manera, puesto que teníamos velas y espías y rondas, y aun corredores del campo, cuando no nos catamos vino tanta agua por todo el pueblo, que si los principales que llevábamos de Tezcuco no dieran voces y nos avisaran que saliésemos presto de las casas a tierra firme, todos quedáramos ahogados, porque soltaron las acequias de agua dulce y salada y abrieron una calzada con que de presto se hinchió todo de agua. Y los tascaltecas nuestros amigos, como no eran acostumbrados al agua ni saben nadar, quedaron muertos dos dellos, y nosotros, con gran riesgo de nuestras personas, todos bien mojados y la pólvora perdida, salimos sin hato; y como estábamos de aquella manera y con mucho frío y aun sin cenar, pasamos mala noche, y lo peor de todo era la burla y la grita e silbos quellos ponían que nos daban los de Iztapalapa y los mexicanos desde sus casas y canoas. Pues otra cosa peor nos avino: que como en México sabían el concierto que tenían hecho de nos anegar con haber rompido la calzada y acequias, estaban esperando en tierra y en la laguna muchos batallones de guerreros, y desque amanesció nos dan tanta guerra, que harto teníamos de nos sustentar contra ellos no nos desbaratasen; e mataron dos soldados y un caballo e hirieron otros muchos, ansí de nuestros soldados como tascaltecas, y poco a poco aflojaron en la guerra y nos volvimos a Tezcuco medio afrentados de la burla e ardid de echarnos el agua; y también como no ganamos mucha reputación en la batalla postrera que nos dieron, porque no había pólvora; mas todavía quedaron temerosos y tuvieron bien en qué entender en enterrar o quemar muertos y curar heridos y en reparar sus casas. Donde los dejaré, y diré cómo vinieron de paz a Tezcuco otros pueblos, y lo que más se hizo.

(1) Hay un espacio en blanco en el original.

CAPITULO CXXXIX

Cómo vinieron tres pueblos comarcanos de Tezcuco a demandar paces y perdón de las guerras pasadas y muertes de españoles, y los descargos que daban sobrello; y de cómo fué Gonzalo de Sandoval a Chalco y Tamanalco en su socorro contra mexicanos, y lo que más pasó.

Habiendo dos días questábamos en Tezcuco de vuelta de la entrada de Iztapalapa, vinieron a Cortés tres pueblos de paz a demandar perdón de las guerras pasadas y de muertes de españoles que mataron, y los descargos que daban era quel señor de México que alzaron después de la muerte del gran Montezuma, que se decía Coadlavaca, que por su mandado salieron a dar guerra con los demás sus vasallos, y que si algunos teules mataron y prendieron y robaron, quel mismo señor les mandó que así lo hiciesen, y los teules que se los llevaron a México para sacrificar, y también se llevaron el oro y caballos y ropa, y que agora que piden perdón por ello, y que por esta causa que no tienen culpa ninguna, por ser mandados y apremiados por fuerza para que lo hiciesen. Y los pueblos que digo que en aquella sazón vinieron se decían Tejezcuco e Otumba. El nombre del otro pueblo no me acuerdo; mas sé decir que en este de Otumba fué la nombrada batalla que nos dieron cuando salimos huyendo de México, adonde estuvieron juntos los mayores escuadrones de guerreros que habido en toda la Nueva España contra nosotros, adonde creyeron que no escapáramos con las vidas, según más largo lo tengo escrito en los capítulos pasados que dello hablan, y como aquellos pueblos se hallaban culpados y habían visto que habíamos ido a lo de Iztapalapa y no les fué muy bien con nuestra ida, y aunque nos quisieron anegar con el agua y esperaron dos batallas campales con muchos escuadrones mexicanos, en fin, por no se hallar en otra como las pasadas, vinieron a demandar paces antes que fuésemos a sus pueblos a los castigar. Y Cortés, viendo que no estaba en tiempo de hacer otra cosa, les perdonó, puesto que les dió grandes reprehensiones sobrello, y se obligaron con palabras de muchos ofrescimientos de siempre ser contra mexicanos y de ser vasallos de Su Majestad, y de nos servir, y ansí lo hicieron. Dejemos de hablar destos pueblos, y digamos cómo vinieron luego en aquella sazón a demandar paces y nuestra amistad los de un pueblo questá en la laguna, que se dice Mezquique, que por otro nombre le llamábamos Venezuela; y éstos, según paresció, jamás estuvieron bien con mexicanos y los querían mal de corazón. Y Cortés y todos nosotros tuvimos en mucho la venida deste pueblo, por estar dentro en el agua, por tenellos por amigos, y con ellos creíamos que habían de convocar a sus comarcanos, que también estaban poblados en el agua. Y Cortés se lo agradesció mucho y con ofrescimientos y palabras blandas les despidió. Pues estando questábamos desta manera, vinieron a decir a Cortés cómo venían grandes escuadrones de mexicanos sobre los cuatro pueblos que primero habían venido a nuestra amistad, que se decían Guatinchán o Guaxuntlán, los otros dos pueblos no se me acuerda el nombre; y dijeron a Cortés que no osarían esperar en sus casas e que

se querían ir a los montes o venirse a Tezcuco, adonde estamos; y tantas cosas le dijeron a Cortés para que les fuese a socorrer, que luego apercibió veinte de caballo y doscientos soldados y trece ballesteros y diez escopeteros, y llevó en su compañía a Pedro de Alvarado y Cristóbal de Olí, que era maestre de campo. Y fuimos a los pueblos que vinieron a Cortés a dar tantas quejas como dicho tengo, questarían de Tezcuco obra de dos leguas, y según paresció que era verdad que los mexicanos les enviaban avisar con amenazas que les habían de destruir y dalles guerra porque habían tomado nuestra amistad. Mas sobre lo que más les amenazaban y tenían contiendas eran por unas grandes labores de tierras de maizales que estaban ya para coger cerca de la laguna donde los de Tezcuco y aquellos pueblos bastecían nuestro real, y los mexicanos por tomalles el maíz, porque decían que era suyo, y aquella vega de los maizales tenían por costumbre aquellos cuatro pueblos de los sembrar y beneficiar para los papas de los ídolos mexicanos; y sobresto destos maizales se habían muerto los unos a los otros muchos indios. Y desque aquello entendió Cortés, después de les decir que no hobiesen miedo y que se estuviesen en sus casas, les mandó que cuando hobiesen de ir a coger el maíz, así para su mantenimiento como para bastecer nuestro real, que enviaría para ello un capitán con muchos de caballo y soldados para en guarda de los que fueren a traer el maíz. Y con aquello que Cortés les dijo quedaron muy contentos, y nos volvimos a Tezcuco, y desde en adelante, cuando había necesidad en nuestro real de maíz apercibíamos a los tamemes de todos aquellos pueblos e con nuestros amigos los de Tascala y con diez de caballo y cient soldados con algunos ballesteros y escopeteros íbamos por el maíz. Y esto dígolo porque yo fuí dos veces por ello, y la una tuvimos una buena escaramuza con grandes escuadrones de mexicanos que habían venido en más de mill canoas, aguardándonos en los maizales, y como llevábamos amigos, puesto que los mexicanos pelearon muy como varones, los hicimos embarcar en sus canoas. Y allí mataron uno de nuestros soldados e hirieron doce, y asimismo hirieron ciertos tascaltecas, y ellos no se fueron mucho alabando, que allí quedaron tendidos quince o veinte, y otros cinco que llevamos presos. Dejemos de hablar desto y digamos cómo otro día tuvimos nueva cómo querían venir de paz los de Chalco y Tamanalco y sus subjetos, y por causa de las guarniciones mexicanas questaban en sus pueblos no les daban lugar a ello, y les hacían mucho daño en su tierra, y les tomaban las mujeres, en demás si eran hermosas, y delante de sus padres o madres o maridos tenían aceso con ellas; y ansímismo, cómo estaba cortada en Tascala y puesta a punto la madera para hacer los bergantines, y se pasaba el tiempo sin traerla a Tezcuco, sentíamos mucha pena dello todos los más soldados. Y demás desto, vienen del pueblo de Venezuela, que se decía Mezquique, y de otros pueblos nuestros amigos a decir a Cortés que los mexicanos les iban a dar guerra porque han tomado nuestra amistad, y también nuestros amigos los tascaltecas, como tenían ya apañada cierta ropilla y sal y otras cosas de despojos, e oro, y querían algunos de ellos volver a su tierra, no osaban por no tener camino seguro. Pues viendo Cortés que para socorrer a unos pueblos de los que le demandaban socorro e ir a ayudar los de Chalco para que viniesen a nuestra amistad no podía dar recaudos a unos

ni a otros, porque allí en Tezcuco habíamos menester estar siempre la barba sobre el hombro y muy alerta, y lo que acordó que todo se dejase atrás y la primera cosa que se hiciese fuese ir a Chalco y Tamanalco; y para ello envió a Gonzalo de Sandoval y a Francisco de Lugo con quince de a caballo y doscientos soldados, y con escopeteros y ballesteros y nuestros amigos los de Tascala; e que procurase de romper y deshacer en todas maneras a las guarniciones mexicanas, y que se fuesen de Chalco y Tamanalco por que estuviese el camino de Tascala muy desembarazado y pudiesen ir y venir a la Villa Rica sin tener contradición de los guerreros mexicanos. Y luego como esto fué concertado, muy secretamente, con indios de Tezcuco se les hizo saber a los de Chalco para questuviesen muy apercebidos para dar de día o de noche en las guarniciones mexicanas; y los de Chalco, que no esperaban otra cosa, se apercibieron muy bien, y como el Gonzalo de Sandoval iba con su ejército, paresciόle que era bien dejar en la retaguardia cinco de a caballo y otros tantos ballesteros con todos los más tascaltecas que iban cargados de los despojos que habían habido, y como los mexicanos siempre tenían puestas velas y espías y sabían cómo los nuestros iban camino de Chalco, tenían aparejados nuevamente, sin los questaban en Chalco en guarnición, muchos escuadrones de guerreros que dieron en la rezaga donde iban los tascaltecas con su hato, y los trataron mal, que no les pudieron resestir los cinco de caballo y ballesteros, porque los dos ballesteros quedaron muertos y los demás heridos, de manera que aunque Gonzalo de Sandoval muy de presto volvió sobrellos y los desbarató y mató diez mexicanos, y como estaba la laguna cerca, se le acogieron en las canoas en que habian venido, y porque todas aquellas tierras están muy pobladas de los subjetos de México. Y desque los hubo puesto en huída e vió que los cinco de a caballo que había dejado con los ballesteros y escopeteros en la retaguardia eran dos de los ballesteros muertos y estaban los demás heridos ellos y sus caballos, y aun con haberlo visto todo esto, no dejó de decilles a los demás que dejó en su defensa que habían sido para poco no haber podido resistir a los enemigos y defender sus personas y de nuestros amigos. e estaba muy enojado dellos, porque eran de los nuevamente venidos de Castilla; y les dijo que bien le parescía que no sabían qué cosa era guerra. Y luego puso en salvo todos los indios de Tascala con su ropa, y también despachó unas cartas que envió Cortés a la Villa Rica, en que en ellas envió a decir al capitán que en ella quedó todo lo acaescido acerca de nuestras conquistas, y el pensamiento que tenía de poner cerco a México; y que siempre estuviesen con mucho cuidado velándose; y que si había algunos soldados que tuviesen disposición para tomar armas, que se los enviase a Tascala, y que de allí no pasasen hasta estar los caminos más seguros, porque correrían riesgo. Y despachados los mensajeros y los tascaltecas puestos en su tierra, volvióse Sandoval para Chalco, que era muy cerca de allí, y con gran concierto, sus corredores del campo delante, porque bien entendió que de todos aquellos pueblos y caserías por donde iba que había de tener rebato de mexicanos. E yendo por su camino cerca de Chalco, vió venir muchos escuadrones mexicanos contra él; y en un campo llano, puesto que había grandes labranzas de maizales y magueys, que es donde sacan el vino quellos beben, le dieron una buena

refriega de vara y flecha y piedras con hondas y con lanzas largas, para matar a los caballos; de manera que Sandoval, desque vió tanto guerrero contra sí, esforzando a los suyos rompió por ellos dos veces, y con las escopetas y ballesteros y con pocos amigos que le habían quedado los debarató, y puesto que le hirieron cinco soldados y seis caballos y muchos amigos mas tal priesa les dió y con tanta furia, que le pagaron muy bien el mal que primero habían hecho. Y como lo supieron los de Chalco questaba cerca, le salieron a rescebir al Sandoval al camino y le hicieron mucha honra y fiesta. Y en aquella derrota se prendieron ocho mexicanos, y los tres personas muy principales. Pues hecho esto, otro día dijo el Sandoval que se quería volver a Tezcuco, y los de Chalco le dijeron que querían ir con él para ver y hablar a Malinche y llevar consigo dos hijos del señor de aquella provincia, que había pocos días que era fallescido de viruelas, e que antes que muriese que había encomendado a todos sus principales e viejos que llevasen sus hijos para verse con el capitán, y que por su mano fuesen señores de Chalco, e que todos procurasen ser subjetos al gran rey de los teules, porque ciertamente sus antepasados les habían dicho que habían de señorear aquellas tierras hombres que vendrían con barbas de adonde sale el sol, y que por las cosas que han visto, éramos nosotros. Y luego se fué el Sandoval con todo su ejército a Tezcuco, y llevó en su compañía los hijos del señor y los demás principales y los ocho prisioneros mexicanos. Y desque Cortés supo su venida se alegró en gran manera, y después de le haber dado cuenta el Sandoval de su viaje, y cómo venían aquellos señores de Chalco, se fué a su aposento, y los caciques fueron luego ante Cortés, y después de le haber hecho gran acato, le dijeron la voluntad que traían de ser vasallos de Su Majestad, según y de la manera quel padre de aquellos dos mancebos se lo había mandado, y para que por su mano les hiciese señores, y desque hobieron dicho su razonamiento, le presentaron en joyas ricas obra de doscientos pesos de oro. Y desque el capitán Cortés lo hobo muy bien entendido por nuestras lenguas, doña Marina y Jerónimo de Aguilar, les mostró mucho amor y les abrazó y dió por su mano el señorío de Chalco al hermano mayor, con más de la mitad de los pueblos sus subjetos, y lo de Tamanalco y Chimaluacán dió al hermano menor, Conayozingo, y otros pueblos subjetos. Y después de haber pasado otras muchas razones de Cortés a los principales viejos y con los caciques nuevamente elegidos, le dijeron que se querían volver a su tierra, y que en todo servirían a Su Majestad y a nosotros en su real nombre contra mexicanos; e que con aquella voluntad habían estado siempre, e que por causa de las guarniciones mexicanas que habían estado en su provincia no han venido antes de agora a dar la obidiencia. Y también dieron nuevas a Cortés que dos españoles que había enviado a aquella provincia por maíz antes que nos echasen de México, que porque los culúas no los matasen, que los pusieron en salvo una noche en lo de Guaxozingo nuestros amigos, y que allí salvaron las vidas; lo cual ya lo sabíamos días había, porque el uno de ellos era el que se fue a Tascala. Y Cortés se lo agradesció mucho y les rogó que esperasen allí dos días, porque habían de enviar un capitán por la madera y tablazón a Tascala, y los llevaría en su compañía y los pornía en su tierra, por que los mexicanos no les saliesen al camino; y

ellos fueron muy contentos y se lo agradescieron mucho. Dejemos de hablar en esto, y diré cómo Cortés acordó de enviar a México aquellos ocho prisioneros que prendió el Sandoval en aquella derrota de Chalco a decir al señor que entonces habían alzado por rey, que se decía Guatemuz, que deseaba mucho que no fuesen causa de su perdición ni de aquella tan gran ciudad, y que viniese de paz, y que les perdonaría las muertes y daños que en ella nos hicieron, y que no se les demandaría cosa ninguna, y que mirase que la guerra que a los principios son buenas de enmendar y en los medios y fin dificultosas, y que al cabo se destruirían; y que bien sabían de las albarradas e pertrechos y almacenes de varas y flechas y lanzas y macanas y piedras rollizas y hondas y todos los géneros de guerra que a la contina están haciendo y aparejando, que para qué es gastar el tiempo en balde en hacello, y que para qué quiere que mueran todos los suyos y la ciudad se destruya y que mire el gran poder de Nuestro Señor Dios, ques en el que creemos y adoramos, quel siempre nos ayuda, e que también que mire que todos los pueblos sus comarcanos tenemos de nuestro bando; pues los tascaltecas no desean sino la mesma guerra para vengarse de las traiciones y muertes de sus naturales que les han hecho, y que dejen las armas y vengan de paz. Y les prometió de les hacer siempre mucha honra, y les dijo doña Marina y Aguilar otras muchas buenas razones y consejos sobre el caso. Y fueron ante Guatemuz aquellos ocho indios nuestros mensajeros; mas no quiso enviar respuesta ninguna, sino hacer albarradas y pertrechos y enviar por todas sus provincias a mandar que si algunos de nosotros tomasen desmandados, que se los trujesen a México para sacrificar, y que cuando los enviase a llamar que luego viniesen con sus armas; y les envió a quitar y perdonar muchos tributos, y aun a prometer grandes promesas. Dejemos de hablar en los aderezos de guerra que en México se hacían, y digamos cómo volvieron otra vez muchos indios de los pueblos de Guantinchán o Guazuntlán descalabrados de los mexicanos porque habían tomado nuestra amistad y por la contienda de los maizales que solían sembrar para los papas mexicanos en el tiempo que les servían, como otras veces he dicho en el capítulo que dello habla y como estaban cerca de la laguna de México, cada semana les venían a dar guerra, y aun llevaron ciertos indios presos a México. Y desque aquello vió Cortés, acordó de ir otra vez por su persona y con cien soldados y veinte de caballo y doce escopeteros y ballesteros; y tuvo buenas espías, para cuando sintiese venir los escuadrones mexicanos que se lo viniesen a decir; y como estaba de Tezcuco a una o dos leguas, un miércoles por la mañana amanesció adonde estaban los escuadrones mexicanos, y peleó con ellos de manera que presto los rompió; y se metieron en la laguna en sus canoas; y allí se mataron cuatro mexicanos, y se prendieron otros tres, y se volvió Cortés con su gente a Tezcuco. Y dende en adelante no vinieron más los culúas sobre aquellos pueblos. Y dejemos desto y digamos cómo Cortés envió a Gonzalo de Sandoval a Tascala por la madera y tablazón de los bergantines, y lo que más en el camino hizo.

CAPITULO CXL

Como fué Gonzalo de Sandoval a Tascala por la madera de los bergantines, y lo que más en el camino hizo en un pueblo que le pusimos por nombre el Pueblo Morisco.

Como siempre estábamos con gran deseo de tener a los bergantines acabados y vernos ya en el cerco de México y no perder ningún tiempo en balde, mandó nuestro capitán Cortés que luego fuese Gonzalo de Sandoval por la madera, y que llevase consigo docientos soldados y veinte escopeteros y ballesteros e quince de a caballo y buena copia de tascaltecas y veinte principales de Tezcuco, y llevase en su compañía a los mancebos de Chalco y a los viejos, y los pusiesen en salvo en sus pueblos, E antes que partiesen hizo amistades entre los tascaltecas y los de Chalco, porque como los de Chalco solían ser del bando y confederados de los mexicanos, y cuando iban a la guerra los mexicanos sobre Tascala llevaban en su compañía la provincia de Chalco para que les ayudasen, por estar en aquella comarca, desde entonces se tenían mala voluntad y se trataban como enemigos. Mas, como he dicho, Cortés los hizo amigos allí en Tezcuco; de manera que siempre entrellos hobo gran amistad y se favorescieron de allí adelante los unos a los otros. Y también mandó Cortés a Gonzalo de Sandoval que desque estuviesen puestos en su tierra los de Chalco, que fuese a un pueblo que allí cerca estaba en el camino, que en nuestra lengua le pusimos por nombre el Pueblo Morisco, que era subjeto a Tezcuco; porque en aquel pueblo habían muerto cuarenta y tantos soldados de los de Narváez, y aun de los nuestros, y muchos tascaltecas, y robado tres cargas de oro cuando nos echaron de México; y los soldados que mataron eran [los] que venían de la Veracruz a México cuando íbamos en el socorro de Pedro de Alvarado. Y Cortés le encargó al Sandoval que no dejase aquel pueblo sin buen castigo; puesto que más merescían los de Tezcuco, porque ellos fueron los agresores y capitanes de aquel daño, como en aquel tiempo eran muy hermanos en armas con la gran ciudad de México, y porque en aquella sazón no se podía hacer otra cosa, se dejó castigar en Tezcuco. Y volvamos a nuestra plática. Y es que Gonzalo de Sandoval hizo lo quel capitán le mandó ansí en ir a la provincia de Chalco: que poco se rodeaba, y dejar allí a los mancebos señores della. Y fué al Pueblo Morisco, y antes que llegasen los nuestros ya sabían por sus espías cómo iban sobrellos, y desmamparan el pueblo y se van huyendo a los montes. Y el Sandoval los siguió y mató tres ó cuatro, porque hobo mancilla de ellos, mas hobiéronse mujeres y mozas, y prendió cuatro principales, y al Sandoval los halagó a los cuatro que prendió y les dijo que cómo habían muerto tantos españoles. Y dijeron que los de Tezcuco y de México los mataron en una celada que les pusieron en una cuesta por donde no podían pasar sino uno a uno, porque era muy angosto el camino, y que allí cargaron sobrellos gran copia de mexicanos e de Tezcuco, y que entonces los prendieron y mataron; y que los de Tezcuco los llevaron a su ciudad y los repartieron con los mexicanos. Y esto que les fué mandado, y que no pudieron hacer otra cosa; y que aquello que hicieron que fué en ven-

ganza del señor de Tezcuco, que se decía Cacamatzín, que Cortés tuvo preso y se había muerto en las puentes. Hallose allí en aquel pueblo mucha sangre de los españoles que mataron, por las paredes con que habían rociado con ella a sus ídolos, y también se halló dos caras que habían desollado y adobado los cueros, como pellejos de guantes, y las tenían con sus barbas puestas y ofrescidas en uno de sus altares. Y asimismo se halló cuatro cueros de caballos curtidos muy bien aderezados, que tenían sus pelos e con sus herraduras y colgados a sus ídolos en el su cu mayor. Y hallóse muchos vestidos de los españoles que habían muerto colgados y ofrescidos a los mismos ídolos. Y también se halló en un mármol de una casa, adonde los tuvieron presos, escrito con carbones: "Aquí estuvo preso el sin ventura de Juan Yuste, con otros muchos que traía en mi compañía." Este Juan Yuste era un hidalgo de los de caballo, que allí mataron, y de las personas de calidad que Narváez había traído. De todo lo cual el Sandoval y todos sus soldados hobieron mancilla y les pesó; ¿mas qué remedio había ya que hacer sino usar de piedad con los de aquel pueblo, pues se fueron huyendo y no aguardaron y llevaron sus mujeres e hijos; y algunas mujeres que se prendían lloraban por sus maridos y padres? Y viendo esto el Sandoval con cuatro principales que prendió, y con todas las mujeres, a todos les soltó, y envió a llamar a los del pueblo, los cuales vinieron y le demandaron perdón y dieron la obidiencia a Su Majestad, y prometieron de siempre ser contra mexicanos y servirnos con el amor y voluntad que les fuese posible e muy bien. Y preguntados por el oro que robaron a los tascaltecas cuando por allí pasaron, dijeron que a tres habían tomado las cargas dello, y que los mexicanos y los señores de Tezcuco se lo llevaron, porque dijeron que aquel oro había sido de Montezuma y que lo habían tomado de sus templos y se lo dió a Malinche cuando le tenía preso. Dejemos de hablar desto, y digamos cómo fué Sandoval camino de Tascala junto a la cabecera del pueblo mayor donde residían los caciques, que topó con toda la madera y tablazón de los bergantines que traían a cuestas sobre ocho mill hombres, y venían otros tantos en resguardo dellos con sus armas y penachos, y otros dos mill para remudar las cargas que traían el bastimento. Y venían por capitanes de todos los tascaltecas Chichimecatecle, que ya he dicho otras veces, en los capítulos pasados que dello hablan, que era indio principal y muy esforzado, y también venían otros dos principales que se decían Teuletipile y Tiutical, y otros caciques y principales. Y a todos los traía a cargo Martín López, que era el maestro que cortó la madera, y dió el galico y cuenta para las tablazones. Y venían otros españoles que no me acuerdo sus nombres. Y cuando Sandoval los vió venir de aquella manera hobo mucho placer por ver que le habían quitado aquel cuidado, porque creyó questuviera en Tascala algunos días detenido esperando a salir con toda la madera y tablazón. Y así como venían, con el mesmo concierto fueron dos días caminando hasta que entraron en tierra de mexicanos. Y les daban muchos silbos y gritos desde las estancias y barrancas y en partes que no les podían hacer mal ninguno los nuestros con caballos ni escopetas. Entonces dijo el Martín López, que lo traía todo a cargo, que sería bien que fuesen con otro recaudo que hasta entonces venían, porque los tascaltecas le habían

dicho que temían que en aquellos caminos no saliesen de repente los grandes poderes de México y les desbaratasen, como iban cargados y embarazados con la madera y bastimentos. Y luego mandó Sandoval repartir los de a caballo y ballesteros y escopeteros, que fuesen unos en la delantera, los demás en los lados, y mandó a Chichimecatecle, que iba por capitán delante de todos los tascaltecas, que se quedase detrás para ir en la retaguarda juntamente con el Gonzalo de Sandoval, de lo que se afrentó aquel cacique, creyendo que no le tenían por esforzado, y tantas cosas le dijeron sobre aquel caso, que lo hobo por bueno, viendo quel Sandoval quedaba juntamente con él; y le dieron a entender que siempre los mexicanos daban en el fardaje que quedaba atrás. Y desque lo hobo bien entendido, abrazó al Sandoval y dijo que se hacían honra en aquello. Dejemos de hablar en esto, y digamos que en otros dos días de camino llegaron a Tezcuco, y antes que entrasen en aquella ciudad se pusieron muy buenas mantas y penachos, y con atambores y cornetas y puestos en ordenanza caminaron y no quebraron el hilo en más de medio día que iban entrando y dando voces y silbos, y diciendo: "¡Viva, viva el emperador nuestro señor!" y "¡Castilla, Castilla!" y "Tascala, Tascala!" Y llegaron a Tezcuco. Y Cortés y ciertos capitanes les salieron a rescibir con grandes ofrescimientos que Cortés hizo a Chichimecatecle y a todos los capitanes que traía. Y las piezas de maderos y tablazones y todo lo demás perteneciente a los bergantines se puso cerca de las zanjas y esteros donde se habían de labrar; y desde allí adelante tanta priesa se daba en hacer trece bergantines, y el Martín López que fué el maestro de los hacer, con otros españoles que le ayudaban, que se decían Andrés Núñez, y un viejo que se decía Ramírez, questaba cojo de una herida, y un Diego Hernández, aserrador, y ciertos indios carpinteros, y dos herreros con sus fraguas, y un Hernando de Aguilar, que les ayudaba a machar, todos se dieron gran priesa hasta que los bergantines estuvieron armados y no faltaba sino calafateallos y ponelles los másteles y jarcias y velas. Pues ya esto hecho, quiero decir el gran recaudo que teníamos en nuestro real de espias y escuchas; y guarda para los bergantines, porquestaba junto a la laguna, y los mexicanos procuraron tres veces de los poner fuego, y aun prendimos quince indios de los que lo venían a poner el fuego, de quien Cortés supo muy largamente todo lo que en México hacía y concertaba Guatemuz, y era que por vía ninguna no habían de hacer paces, sino morir todos peleando o quitarnos a nosotros las vidas. Quiero tornar a decir los llamamientos y mensajeros que en todos los pueblos subjetos a México hacían, y cómo les perdonaba los tributos; y el trabajar que de día y de noche trabajaban de hacer cavas y ahondar los pasos de las puentes, y hacer albarradas muy fuertes, y poner a punto sus varas y tiraderas, y hacer unas lanzas muy largas para matar los caballos, engastadas en ellas de las espadas que nos tomaron la noche del desbarate, y poner a

punto sus varas y tiraderas y piedras rollizas, con hondas y espadas de a dos manos, y otras mayores que espadas como macanas, y todo género de guerra. Y dejemos esta materia, y volvamos a decir de nuestra zanja y acequia por donde se habían de salir los bergantines a la gran laguna, y estaba ya muy ancha y hondable, que podían nadar por ella navíos de razonable porte; porque, como otras veces he dicho, siempre andaban en la obra ocho mill indios trabajadores. Dejemos esto, y digamos cómo nuestro Cortés fué a una entrada de Saltocán.

CAPITULO CXLI

Cómo nuestro capitán Cortés fué a una entrada al pueblo de Saltocán, questá de la ciudad de México obra de seis leguas, puesto y poblado en la laguna, y desde allí a otros pueblos. Y lo que en el camino pasó diré adelante.

Como habían venido allí a Tezcuco sobre quince mill tascaltecas con la madera de los bergantines, y había cinco días questaban en aquella ciudad sin hacer cosa que de contar sea, y no tenían mantenimientos, antes les faltaba, y como el capitán de los tascaltecas era muy esforzado y orgulloso, que ya he dicho otras veces que se decía Chichimecatecle, dijo a Cortés que quería ir a hacer algún servicio a nuestro gran emperador y batallar contra mexicanos, ansí por mostrar sus fuerzas y buena voluntad para con nosotros, como para vengarse de las muertes y robos que habían hecho a sus hermanos y vasallos así en México como en sus tierras, y que le pedía por merced a Cortés que ordenase y mandase a qué parte podrían ir que fuesen nuestros enemigos contrarios. Y Cortés le dijo que le tenía en mucho su buen deseo, e que otro día quería ir a un pueblo que se dice Saltocán, questá de aquella ciudad cinco ó seis leguas, mas questán fundadas las casas en el agua de la laguna, e que había entrada por tierra para ello; el cual pueblo había enviado a llamar de paz días había tres veces, y no quiso venir, y les tornó a enviar mensajeros nuevamente con los de Tepetescuco y de Otumba, que eran sus vecinos, y que en lugar de venir de paz no quisieron, antes trataron mal a los mensajeros y descalabraron dos dellos, y la respuesta que dieron fué que si allá íbamos que no tenían menos fuerzas y fortaleza que México, y que fuese cuando quisiese, que en campo les hallaría, e que habían tenido aquella respuesta de sus ídolos que allí nos matarían, y que les aconsejaron los ídolos que esta respuesta diesen. Y a esta causa, Cortés se apercibió para ir en persona aquella entrada, y mandó a docientos y cincuenta soldados que fuesen en su compañía, y treinta de caballo, y llevó consigo a Pedro de Alvarado y a Cristóbal de Olí y muchos ballesteros y escopeteros, y a todos los tascaltecas, y una capitanía de hombres de guerra de Tezcuco, y los más dellos principales, y dejó en guarda de Tezcuco a Gonzalo de Sandoval para que mirase mucho por ellos y por los bergantines y real, no diesen una noche en él; porque ya he dicho que siempre habíamos de estar la barba sobre el hombro; lo uno, por estar aguardando a la raya de México; lo otro

por estar en tan gran ciudad como era Tezcuco, y todos los vecinos de aquella ciudad parientes y amigos de mexicanos. Y mandó al Sandoval y a Martín López, maestro de hacer los bergantines, que dentro en quince días los tuviesen muy a punto para echar al agua y navegar en ellos, y se partió de Tezcuco para hacer aquella entrada, después de haber oído misa. Y salió con su ejército, e yendo por su camino, no muy lejos de Saltocán encontró con unos grandes escuadrones de mexicanos que le estaban aguardando en parte que creyeron aprovecharse de nuestros españoles y matar los caballos; mas Cortés mandó a los de caballo, y él juntamente con ellos, después de haber disparado las escopetas y ballesteros, rompieron por ellos y mataron pocos mexicanos, porque luego se acogieron a los montes y a partes que los de a caballo no les pudieron seguir; más nuestros amigos los tascaltecas prendieron e mataron obra de treinta. Y aquella noche fué Cortés a dormir a unas caserías, y muy sobre aviso estuvo con sus corredores del campo y velas y rondas y espías, porquestaba entre grandes poblazones, y supo que Guatemuz, señor de México, había enviado muchos escuadrones de gente de guerra a Saltocán para les ayudar, los cuales fueron en canoas por unos hondos esteros. Y otro día de mañana, junto al pueblo, comenzaron los mexicanos, juntamente [con] los de Saltocán, a pelear con los nuestros, y tirábanles mucha vara y flechas y piedras con hondas desde las acequias adonde estaban, e hirieron a diez de nuestros soldados y muchos de los amigos tascaltecas. Y ningún mal les podían hacer los de a caballo, porque no podían correr ni pasar los esteros, questaban todos llenos de agua, y el camino y calzada que solían tener, por donde entraban por tierra en el pueblo, de pocos días le habían deshecho, y le abrieron a mano y le ahondaron de manera questaba hecho acequia y lleno de agua, y por esta causa los nuestros no podían en ninguna manera entralles en el pueblo ni hacelles daño ninguno. Y puesto que los escopeteros y ballesteros tiraban a los que andaban en las canoas, traíanlas tan bien armadas de talabardones de madera, demás de los talabardones guardábanse bien. Y nuestros soldados, viendo que no aprovechaba en cosa ninguna y no podían atinar el camino y calzada que de antes tenían, porque todo lo hallaban lleno de agua, renegaban del pueblo y aun de la venida sin provecho, y aun medio corridos de cómo los mexicanos y los del pueblo les daban grita y les llamaban de mujeres, e que Malinche era otra mujer, y que no era esforzado sino para engañallos con palabras e mentiras. Y en este instante dos indios de los que allí venían con los nuestros, que eran de Tepetezcuco, questaban muy mal con los de Saltocán, dijeron a un nuestro soldado que había tres días que vieron cómo abrían la calzada y la cavaron y la hicieron zanja, y echaron de otra acequia el agua por ella, y que no muy lejos adelante está por abrir y va camino al pueblo. Y desque nuestros soldados lo hobieron bien entendido, y por donde los indios les señalaron, se ponen en gran concierto los ballesteros y escopeteros, unos armando y otros soltando, y esto poco a poco y no todos a la par, y el agua a vuelapié, y a otras partes a más de la cinta, pasan todos nuestros soldados y muchos amigos siguiéndolos, y Cortés con los de a caballo aguardando en tierra firme haciéndoles espaldas, porque temió no viniesen otra vez los escuadrones de México y diesen en la rezaga. Y cuando pasaban las acequias

los nuestros, como dicho tengo, los contrarios daban en ellos como a terrero, e hirieron muchos; mas como iban deseosos de llegar a la calzada questaba por abrir todavía, pasan adelante hasta que dieron en ellos por tierra sin agua, y vanse al pueblo. E en fin de más razones, tal mano les dieron, que les mataron muchos y pagaron muy bien la burla que dellos hacían, donde hobieron mucha ropa de algodón, e oro y otros despojos. Y como estaban poblados en la laguna, de presto se meten los mexicanos y los naturales del pueblo en sus canoas con todo el hato que pudieron llevar y se van a México. Y los nuestros, desque los vieron despoblados, quemaron algunas casas y no osaron dormir en él, por estar en el agua, y se vinieron donde estaba el capitán Cortés aguardándolos. Y allí en aquel pueblo se hobieron muy buenas indias, y los tascaltecas salieron ricos con mantas y sal y oro y otros despojos, y luego se fueron a dormir a unas caserías donde estaban unas caleras, que sería una legua de Saltocán, y allí se curaron los heridos, y un soldado murió dende a pocos días de un flechazo que le dieron por la garganta. Y luego se pusieron velas y corredores del campo; y hobo buen recaudo, porque todas aquellas tierras estaban muy pobladas de culúas. Y otro día fueron camino de un gran pueblo que se dice Gualtitán, e yendo por el camino, las poblazones comarcanas y otros muchos mexicanos que con ellos se juntaban les daban gritas, e silbos y voces, diciéndoles vituperios; y era en parte que no podían correr caballos ni se les podía hacer algún daño, porquestaban entre acequias. Y desta manera llegaron a aquella poblazón, y estaba despoblado de aquel mismo día y alzado el hato. Y en aquella noche durmieron allí con grandes velas y rondas, y otro día fueron camino de un gran pueblo que se dice Tenayuca; a este pueblo le solíamos llamar la primera vez que entramos en México el pueblo de las sierpes, porque en el adoratorio mayor que tenían hallamos dos grandes bultos de sierpes de malas figuras, que eran sus ídolos, en quien adoraban. Dejemos desto, y volvamos a este propósito del camino. Y es que este pueblo hallaron despoblado como el pasado, que todos los indios naturales dellos habíanse juntado en otro pueblo questaba más adelante, que se dice Tacuba, y desde allí fué a otro pueblo que se dice Escapuzalco, que sería de uno al otro media legua, y ansimismo estaba despoblado. En este Escapuzalco solía ser donde labraban el oro y plata al gran Montezuma, y solíamosle llamar el pueblo de los plateros. Y desde aquel pueblo fué a otro pueblo que ya he dicho que se dice Tacuba, ques obra de media legua del uno al otro. En este pueblo fué donde reparamos la triste noche cuando salimos de México desbaratados, y en él nos mataron ciertos soldados, según dicho tengo en el capítulo pasado que sobrello habla. Y tornemos a nuestra plática. Y antes que nuestro ejército llegase a el pueblo ya estaban en campo aguardando a Cortés muchos escuadrones de todos aquellos pueblos por donde había pasado, y los de Tacuba y mexicanos, porque México está muy cerca dél, y todos juntos encomenzaron a dar en los nuestros, de manera que tuvo harto nuestro capitán en romperlos con los de a caballo. E andaban tan juntos los unos con los otros, que nuestros soldados a buenas cuchilladas los hicieron retraer; y como era noche durmieron en el pueblo con buenas velas y escuchas. Y otro día de mañana, si muchos mexicanos habían estado juntos el día pasado, muchos más se juntaron aquel día, y con gran concierto

venían a dar guerra a los nuestros, y de tal manera, que herían algunos soldados; mas todavía los nuestros los hicieron retraer en sus casas y fortalezas, de manera que tuvieron tiempo de los entrar en Tacuba y quemar muchas casas y metelles a sacomano. Y desque aquello supieron en México, ordenan de salir muchos más escuadrones de su ciudad a pelear con Cortés, y concertaron que cuando peleasen con él que hiciesen que volvían huyendo hacia México, y que poco a poco les metiesen a nuestro ejército en su calzada, que desque les tuviesen dentro [1] y ansí como lo concertaron lo hicieron. Y Cortés, creyendo que llevaba vitoria, los mandó seguir hasta una puente. Y desque los mexicanos sintieron que le tenían ya metido a Cortés en el garlito y pasada la puente, vuelven sobre él tanta multitud de indios, que unos en canoas y otros por tierra y otros en las azoteas le dan tal mano, que le ponen en tan gran aprieto, questuvo la cosa de arte que creyó ser desbaratado; porque a una puente donde habían llegado cargaron tan de golpe sobrél, que poco ni mucho se podía valer. E un alférez que llevaba una bandera, por sostener el gran ímpetu de los contrarios le hirieron muy malamente, y cayó con su bandera desde la puente abajo en el agua, y estuvo en ventura de se ahogar, y aun le tenían ya asido los mexicanos para mater en unas canoas, y él fué tan esforzado que se escapó con su bandera. Y en aquella refriega mataron cuatro o cinco soldados e hirieron muchos de los nuestros. Y Cortés, viendo el gran atrevimiento y mala consideración que había haber entrado en la calzada de la manera que he dicho y sintió cómo los mexicanos le habían cebado, mandó que todos se retrujesen, y con el mejor concierto que pudo, y no vueltas las espaldas, sino las caras contra los contrarios, pie contra pie, como quien hace represas, y los ballesteros y escopeteros unos armando y otros tirando, y los de a caballo haciendo algunas arremetidas, mas eran tan pocas porque luego les herían los caballos; y desta manera se escapó Cortés aquella vez del poder de México; y desque se vió en tierra firme dió muchas gracias a Dios. Allí en aquella calzada y puente fué donde un Pedro de Ircio, muchas veces por mí memorado, dijo al alférez que cayó en la laguna con la bandera, que se decía Juan Bolante, por le afrentar, que no estaba bien con él por amores de una mujer que vino de cuando lo de Narváez: le dijo que había ahogado al hijo y quería ahogar la madre; porque la bandera que traía el Bolante era figurada la imagen de Nuestra Señora la Virgen Santa María. Y no tuvo razón de decir aquella palabra, porquel alférez era un hidalgo e hombre muy esforzado, y como tal se mostró aquella vez y otras muchas; y al Pedro de Ircio no le fué muy bien de su mala voluntad que tenía contra Juan Bolante. Dejemos al Pedro de Ircio, y digamos que en cinco días que allí en lo de Tacuba estuvo Cortés tuvo batallas y reencuentros con los mexicanos y sus aliados, y desde allí dió la vuelta para Tezcuco, y por el camino que había venido se volvió, y le daban grita los mexicanos creyendo que volvía huyendo, y aun sospecharon lo cierto, y le esperaban en partes que querían ganar honra con él, y matalle los caballos, y le echaban celadas. Y desque aquello vió les hechó una en que les hirió muchos de los contrarios. E a Cortés entonces le mataron dos caballos, y con esto no le siguieron más. A buenas jornadas llegó a un pueblo sujeto a Tezcuco que se dice Aculmán, questará de

(1) Testado en el original: «e hiciesen que se retraían de miedo».

Tezcuco dos leguas y media, y como lo supimos cómo había allí llegado salimos con Gonzalo de Sandoval a le ver y rescibir, acompañado de muchos caballeros y soldados y de los caciques de Tezcuco, especial de don Hernándo, principal de aquella ciudad. Y en las vistas nos alegramos mucho, porque había más de quince días que no habíamos sabido del Cortés ni de cosa que le hobiese acaescido. Y después de le dar el bienvenido y haberle hablado algunas cosas que convenían sobre lo militar, nos volvimos a Tezcuco aquella tarde, porque no osábamos dejar el real sin buen recaudo. Y nuestro Cortés se quedó en aquel pueblo hasta otro día que llegó a Tezcuco, y los tascaltecas, como ya estaban ricos y venían cargados de despojos, demandaron licencia para irse a su tierra, y Cortés se la dió, y fueron por parte que los mexicanos no tuvieron espías sobrellos, y salvaron sus haciendas. Y al cabo de cuatro días que nuestro capitán reposaba y estaba dando priesa en hacer los bergantines, vinieron unos pueblos de la costa del norte a demandar paces y darse por vasallos de Su Majestad; los cuales pueblos se llaman Tuzapán e Mascalzingo e Nautlán, y otros pueblezuelos de aquellas comarcas, y trujeron un presente de oro y ropa de algodón. Y cuando llegaron delante Cortés, con gran acato, después de haber presentado su presente, dijeron que le pedían por merced que les admitiese a su amistad, y que querían ser vasallos del rey de Castilla, y dijeron que cuando los mexicanos mataron seis teules en lo de Almería, y era capitán dellos Quezalpopoca, que ya habíamos quemado por justicia, que todos aquellos pueblos que allí venían fueron en ayudar a los teules. Y después que Cortés les hobo oído, puesto que sabía que habían sido con los mexicanos en la muerte de Juan de Escalante y los seis soldados que mataron en lo de Almería, según he dicho én el capítulo que dello habla, les mostró mucha voluntad y rescibió el presente y por vasallos del emperador nuestro señor, y no les demandó cuenta sobre lo acaescido ni se lo trujo a la memoria, porque no estaba en tiempo de hacer otra cosa; y con buenas palabras y ofrescimientos los despachó. Y en este instante vinieron a Cortés otros pueblos de los que se habían dado por nuestros amigos a demandar favor contra mexicanos, e decían que les fuesen ayudar, porque venían contra ellos grandes escuadrones y les habían entrado en su tierra y llevado presos muchos de sus indios, y a otros habían descalabrado. Y también en aquella sazón vinieron los de Chalco y Tamanalco y dijeron que si luego no los socorrían que serían perdidos, porquestaban sobrellos muchas guarniciones de sus enemigos, y tantas lástimas decían, e traían en un paño de manta de henequén pintado al natural los escuadrones que sobrellos venían, que Cortés no sabía qué sé decir ni qué respondelles, ni dar remedios a los unos ni a los otros, porque había visto questábamos muchos de nuestros soldados heridos y dolientes e se habían muerto ocho de dolor de costado y de echar sangre cuajada, revuelta con lodo, por la boca y narices; y era del quebrantamiento de las armas, que siempre traíamos a cuestas, y de que a la contina íbamos a las entradas, y del polvo que en ellas tragábamos; y además de esto, viendo que se habían muerto tres o cuatro caballos de heridas, que nunca parábamos de ir a entrar unos venidos y otros vueltos. La respuesta que les dió a los primeros pueblos, que les halagó y dijo que iría presto a les ayudar, y que entre tanto que iba que se ayudasen de otros pueblos sus ve-

cinos, y que esperasen en campo a los mexicanos y que todos juntos les diesen guerra, e que si los mexicanos viesen que les mostraban cara y ponían fuerzas contra ellos, que temerían, e que ya no tenían tantos poderes los mexicanos para les dar guerra como solían, porque tenían muchos contrarios; y tantas palabras les dijo con nuestras lenguas e les esforzó, que reposaron algo sus corazones, y no tanto que luego demandaron cartas para dos pueblos sus comarcanos, nuestros amigos, para que les fuesen ayudar. Las cartas en aquel tiempo no las entendían, mas bien sabían que entre nosotros se tenía por cosa cierta que cuando se enviaban eran como mandamientos o señales que les mandábamos algunas cosas de calidad; y con ellas se fueron muy contentos y las mostraron a sus amigos y los llamaron, y como nuestro Cortés se lo mandó, aguardaron en el campo a los mexicanos y tuvieron con ellos una batalla, y con ayuda de nuestros amigos sus vecinos, a quienes dieron la carta, no les fué mal. Volvamos a los de Chalco, que viendo nuestro Cortés que era cosa muy importante para nosotros que aquella provincia e camino estuviesen desembarazados de gentes de Culúa, porque, como he dicho otras veces, por allí había de ir e venir a la Villa rica de la Vera Cruz e a Tascala, y habíamos de mantener nuestro real della, porques tierra de mucho maíz, luego mandó a Gonzalo de Sandoval, que era alguacil mayor, que se aparejase para otro día de mañana ir a Chalco, y le mandó dar veinte de caballo y doscientos soldados y doce ballesteros y diez escopeteros, y los tascaltecas que había en nuestro real, que eran muy pocos, porque, como dicho habemos en este capítulo, todos los más se habían ido a su tierra cargados de despojos; y también una capitanía de los de Tezcuco llevó en su compañía, y asimismo al capitán Luis Marín, que era su muy íntimo amigo, y quedó en guarda de aquella ciudad y bergantines Cortés y Pedro de Alvarado e Cristóbal de Olí. Y antes que Gonzalo de Sandoval vaya para Chalco, como está acordado, quiero aquí decir cómo estando escribiendo en esta relación todo lo acaescido a Cortés desta entrada de Saltocán, acaso estaban presentes dos caballeros muy curiosos que habían leído la historia de Gomara, y me dijeron que tres cosas se me olvidaban de escribir que tenía escrito el coronista Gomara de la misma entrada de Cortés, y la una era que dió Cortés vista a México con trece bergantines, y peleó muy bien con el gran poder de Guatemuz, con sus grandes canoas y piraguas en la laguna; la otra era que cuando Cortés entró en la calzada de México, que tuvo pláticas con los señores e caciques mexicanos, que les dijo que les quitaría el bastimento y se morirían de hambre, y la otra fué que Cortés no quiso decir a los de Tezcuco que había de ir a Saltocán por que no les diesen aviso. Yo respondí a los mismos caballeros que me lo dijeron que en aquella sazón los bergantines no estaban acabados de hacer, e que cómo podían llevar por tierra bergantines, ni por la laguna los caballos, ni tanta gente; qués cosa de reír en lo quescribe, y que cuando entró en la calzada, como dicho habemos, que harto tuvo Cortés en escapar él y su ejército, questuvo medio desbaratado, y en aquella sazón no habíamos puesto cerco a México para vedalles los mantenimientos, ni tenían hambre, y eran señores de todos sus vasallos; y lo que pasó muchos días adelante, cuando los teníamos en gran aprieto, pone agora el Gomara, y en lo que dice que se apartó por otro camino

para ir a Saltocán, no lo supiesen los de Tezcuco, digo que por fuerza fueron por sus pueblos y tierras de Tezcuco, porque por allí era el camino y no otro; y en lo que escribe va muy desatinado, y, a lo que yo he sentido, no tiene él la culpa, sino el que le informó, que por sublimar mucho más le dió tal relación de lo quescribe por ensalzar a quien por ventura le dió dineros por ello, y ensalzó sus cosas, y no se declaren nuestros heroicos hechos, le daban aquellas relaciones, y esta es la verdad. Y desque lo hobieron bien entendido los mismos dos caballeros que me lo dijeron y vieron claro lo que les dije ser ansí, juraron que habían de romper el libro e historia de Gomara que tenían en su poder, pues tantas cosas dice fué tal lo que puso que no son verdad. Y dejemos esta plática y tornemos al capitán Gonzalo de Sandoval, que partió de Tezcuco después de haber oído misa y fué amanecer cerca de Chalco. Y lo que pasó diré adelante.

CAPITULO CXLII

Cómo el capitán Gonzalo de Sandoval fué a Chalco e a Tamanalco con todo su ejército. Y lo que en aquella jornada pasó diré adelante.

Ya he dicho en el capítulo pasado cómo los pueblos de Chalco y Tamanalco vinieron a decir a Cortés que les enviase socorro porque estaban grandes capitanías e escuadrones mexicanos juntas para les venir a dar guerra, y tantas lástimas le dijeron, que mandó a Gonzalo de Sandoval que fuese allá con docientos soldados y veinte de a caballo e diez o doce ballesteros y otros tantos escopeteros y nuestros amigos los de Tascala e otra capitanía de los de Tezcuco, y llevó por compañero al capitán Luis Marín, porque era su muy grande amigo. Y después de haber odio misa, en doce días del mes de marzo de mill e quinientos e veinte y un años fué a dormir a unas estancias del mismo Chalco, y otro día llegó por la mañana a Tamanalco, y los caciques y capitanes le hicieron buen rescibimiento y le dieron de comer y le dijeron que luego fuese hacia un gran pueblo que se dice Guaxtepeque, porque hallarín juntos todos los poderes de México en el mismo Guaxtepeque o en el camino antes de llegar a él, e que todos los de aquella provincia de Chalco irían con él. Y al Sandoval paresciόle que sería bien ir muy a punto y puesto en concierto, y fué a dormir a otro pueblo subjeto del mismo Chalco que se dice Chimaluacán, porque las espías que los de Chalco tenían puestas sobre los culúas vinieron a avisar cómo estaban en el campo no muy lejos de allí la gente de guerra sus enemigos, e que había algunas quebradas de arcabuesos adonde aguardaban. Y como Sandoval era muy ardid y de buen consejo, puso los escopeteros y ballesteros por delante y los de a caballo mandó que de tres en tres se hermanasen, y desque hobiesen gastado los ballesteros y escopeteros algunos tiros, que todos juntos los de a caballo rompiesen por ellos a media rienda y las lanzas terciadas, y que no curasen a lancear sino a los rostros hasta ponelles en huída, y que no se deshermanasen. Y mandó a los soldados de a pie que siempre estuviesen hecho un cuerpo y

no se metiesen entrellos hasta que se lo mandase, porque como le decían que eran muchos los enemigos, y ansí fué verdad, y estaban entre aquellos malos pasos y no sabían si tenían hechos hoyos o algunas albarradas, quería tener sus soldados enteros, no le viniese ningún desmán. E yendo por su camino vió venir por tres partes repartidos los escuadrones de mexicanos dando silbos y gritas y tañendo trompetillas y atabales con todo género de armas según lo suelen traer, y se vinieron como los leones bravos a encontrar con los nuestros. Y desque el Sandoval ansí los vió tan denodados, no aguardó a la orden que había dado, y dijo a los de a caballo que antes que se juntasen con los nuestros que luego rompiesen, y el Sandoval delante animando los suyos dijo: "¡Santiago, y a ellos!", y de aquel tropel fueron algunos de los escuadrones mexicanos medio desbaratados, mas no del todo porque se juntaran luego e hicieron rostro, porque se ayudaban con los malos pasos e quebradas, porque los de a caballo, por ser los pasos muy agros, no podían correr, y se estuvieron sin ir tras ellos, y a esta causa les tornó a mandar Sandoval a todos los soldados que con buen concierto les entrasen los ballesteros y escopeteros delante y los rodeleros que les fuesen a sus lados, y desque viesen que les iban hiriendo y haciendo mala obra y oyesen un tiro desta otra parte de la barranca, que sería señal que todos los de a caballo a una arremetiesen a los echar de aquel sitio, creyendo que les metería en tierra llana que había allí cerca, y apercibió a los amigos que ansimismo ellos acudiesen con los españoles, y ansí se hizo como lo mandó. Y en aquel tropel rescibieron los nuestros muchas heridas, porque eran muchos los contrarios que sobre ellos cargaron. En fin de más prácticas, les hicieron ir retrayendo, más fué hacia otros malos pasos, y Sandoval con los de caballo los fué siguiendo y no alcanzó sino tres ó cuatro; y uno de los nuestros de a caballo que iba en el alcance, que se decía Gonzalo Domínguez, como era mal camino rodó el caballo y tomóle debajo y dende a pocos días murió de aquella mala caída. He traído esto aquí a la memoria deste soldado porqueste Gonzalo Domínguez era uno de los mejores jinetes y esforzado que Cortés había traído en nuestra compañía, y teníamosle en tanto en las guerras, por su esfuerzo, como a Cristóbal de Olí y Gonzalo de Sandoval, por la cual muerte hobo mucho sentimiento entre todos nosotros. Volvamos a Sandoval y a todo su ejército, que los fué siguiendo hasta cerca del pueblo por mi memorado, que se dice Guaxtepeque, y antes de llegar a él le salen al encuentro sobre quince mill mexicanos, y lo comenzaban a cercar, y le hirieron muchos soldados e cinco caballos; mas como la tierra era en partes llana, con el gran concierto que llevaba, rompe los dos escuadrones con los de a caballo, y los demás escuadrones vuelven las espaldas hacia el pueblo para tornar aguardar unos mamparos que tenían hechos; mas nuestros soldados y los amigos les siguieron de manera que no tuvieron tiempo de aguardar, y los de a caballo siempre fueron en el alcance por otras partes hasta que se encerraron en el mismo pueblo en partes que no se pudieron haber. Y creyendo que no volverían más a pelear en aquel día, mandó Sandoval reposar su gente, y se curaron los heridos y comenzaron a comer, porque en aquella poblazón se había habido mucho despojo. Y estando comiendo vinieron dos de a caballo y otros dos soldados que había puesto antes que comenzase a comer, los unos para corredores del campo y los soldados por espías, y

vienen diciendo: "¡Al arma, al arma, que vienen muchos escuadrones de mexicanos!" Y como siempre estaban acostumbrados a tener sus armas muy a punto, y de presto cabalgan e salen a una gran plaza, y en aquel instante vinieron los contrarios, y allí hobo otra buena batalla. Y después questuvieron buen rato haciendo cara en unos mamparos, y desde allí hirieron algunos de los nuestros, tal priesa les dió el Sandoval con los de a caballo, y con las escopetas y ballestas y cuchilladas los soldados, que les hicieron salir del pueblo por otras barrancas; y por aquel día no volvieron más. Y desque el capitán Sandoval se vió libre de aquellas refriegas dió muchas gracias a Dios y se fué a reposar y dormir a una huerta que había en aquel pueblo, la más hermosa y de mayores edificios y cosa mucho de mirar que se había visto en la Nueva España [1], y tenia tantas cosas de mirar, que era cosa admirable y ciertamente era huerta para un gran príncipe, y aun no se acabó de andar por entonces toda, porque tenía más de un cuarto de legua de largo. Y dejemos de hablar en la huerta, y digamos que yo no vine en esta entrada ni en este tiempo que digo anduve esta huerta, sino de ahí a obra de veinte días que vine con Cortés cuando rodeamos los grandes pueblos de la laguna, como adelante diré; y la causa por qué no vine en aquella sazón es porque estaba muy mal herido de un bote de lanza que me dieron en la garganta, junto del gaznate, questuve della a peligro de muerte, de que agora tengo una señal, y diéronmela en lo de Iztapalapa, cuando nos quisieron anegar, y como yo no fui en esta entrada por eso digo en esta mi relación fueron, e esto hicieron, y tal les acaesció, y no digo hicimos, ni hice, ni vi, ni en ello me hallé; más todo lo que escribo acerca dello pasó al pie de la letra, porque luego se sabe en el real de la manera que en las entradas acaesce, y ansí no se puede quitar ni alargar más de lo que pasó. Y dejaré de hablar en esto y volveré al capitán Gonzalo de Sandoval, que otro día de mañana, viendo que no había bullicio de más guerreros mexicanos, envió a llamar a los caciques de aquel pueblo con cinco indios naturales de él que habían prendido en las batallas pasadas, y los dos dellos eran principales, y les envió a decir que no hobiesen miedo y que vengan de paz, y que lo pasado se lo perdona; y le dijo otras buenas razones; y los mensajeros que fueron trataron las paces, mas no osaron venir los caciques por miedo de los mexicanos. Y en aquel mismo día también envió a decir a otro gran pueblo questaba de Guaxtepeque obra de dos leguas, que se dice Acapistla, que mirasen que son buenas las paces y que no quieran guerra, y que miren y tengan en la memoria en qué han parado los escuadrones de culúas questaban en aquel pueblo de Guaxtepeque, sino que todos han sido desbaratados; que vengan de paz, y que los mexicanos que tienen en guarda y guarnición que les echen fuera de su tierra; e que si no lo hacen, que irá allá de guerra y les castigará. Y la respuesta fué que vayan cuando quisieren, que bien piensan tener con sus cuerpos y carnes buenas hartazgas, y sus ídolos sacrificios.

(1) Tachado en el original: "Ansí del gran concierto de la diversidad de árboles de todo género de fruta de la tierra, y otras de muchas rosas y olorosas; pues los conciertos que en ella había, por donde venía el agua de un río que en ella entraba; pues los ricos aposentos y las labores dellos, y la madera tan olorosa de cedros y otros muebles preciados, y los..... bancos y muchas casas que en ella había, todas encaladas y muy ascadas de mil pinturas; puea los paseaderos y el entretejer de unas ramas con otras, y en otra parte las hierbas melicinales, y otras legumbres que entrellos son buenas de comer".

Y desque aquella respuesta le dieron y los caciques de Chalco que con Sandoval estaban, que sabían que en aquel pueblo de Acapistla estaban muchos más mexicanos en guarnición para les ir a Chalco a dar guerra desque viesen vuelto al Sandoval, a esta causa le rogaron que fuese allá y los echase de allí. El Sandoval estaba para no ir, lo uno porque sabiendo que tenía muchos soldados y caballos heridos, y lo otro como había tenido tres batallas, no se quisiera meter entonces en hacer más de lo que Cortés le mandaba, y también algunos caballeros de los que llevaba en su compañía que eran de los de Narváez le dijeron que se volviese a Texcuco y que no fuese Acapistla, pues que estaba en gran fortaleza, y no le acaesciese algún desmán. Y el capitán Luis Marín le aconsejó que no dejase de ir a aquella fortaleza y hacer lo que pudiese, porque los caciques de Chalco decían que si desde allí se volvían sin deshacer aquel poder que estaba junto en aquella fortaleza, que ansí como vean o sepan que el Sandoval vuelve a Tezcuco, que luego son sus enemigos en Chalco. Y como era el camino de un pueblo al otro obra de dos leguas, acordó de ir y apercibió sus soldados, y fué allá; y luego como llegó a vista del pueblo, antes de llegar a él le salen muchos guerreros y le comenzaron a tirar vara y flecha y piedra con hondas, y fué tanta como granizo, que le hirieron tres caballos y muchos soldados, sin podelles hacer cosa ni daño ninguno. Y hecho esto, luego se suben entre sus riscos y fortalezas, y desde allí les daban voces y gritas y silbos, y tañían sus caracoles y atabales. Y desque Sandoval ansí vió la cosa, acordó de mandar a algunos de a caballo que se apeasen e a los demás de caballo questuviesen en el campo en lo llano muy a punto, mirando no viniesen algunos socorros de mexicanos a los de Acapistla entre tanto que combatían aquel pueblo. Y desque vió que los caciques de Chalco y sus capitanes y muchos de sus indios de guerra que allí estaban arremolinando y no osaban pelear con los contrarios, adrede para proballos y ver lo que decían, les dijo Sandoval: "¿Qué hacéis ahí? ¿por qué no les comenzáis a combatir y entrar en ese pueblo e fortaleza, que aquí estamos que os defenderemos?" Ellos respondieron que no se atrevían, que estaban en fortaleza, que por esta causa venía el Sandoval y sus hermanos los teules con ellos, y con su mamparo y esfuerzo venían a les echar de allí. Por manera que se apercibe el Sandoval de arte quél y todos sus soldados y escopeteros y ballesteros les comenzaron de entrar y subir, y puesto que rescibieron en aquella subida muchas heridas, y al mismo capitán le descalabraron otra vez y le hirieron muchos de los amigos, todavía les entró en el pueblo, donde se les hizo mucho daño, y todo lo más del daño que les hicieron fueron los indios de Chalco y los demás amigos de Tascala, y nuestros soldados hasta rompelles y ponelles en huída no curaban de dar cuchillada a ningún indio, porque les parescía crueldad; en lo que más se empleaban era en buscar una buena india o haber algún despojo, y lo que comúnmente hacían era reñir a los amigos porque eran tan crueles y por quitalles algunos indios o indias por que no las matasen. Dejemos de hablar de esto, e digamos que aquellos guerreros mexicanos que allí estaban, por se defender se vinieron por unos riscos abajo cerca del pueblo, y como había muchos dellos heridos de los que se venían a esconder en aquella quebrada e arroyo, y se desangraban

venía el agua algo turbia de sangre, y no duró aquella turbieza ni media avemaría. E aquí dice el coronista Gomara en su historia que, por venir el río tinto en sangre, los nuestros pasaron sed, por causa de la sangre. A esto digo, que allí había tantas fuentes e agua clara abajo, en el mismo pueblo, que no tenían necesidad de otra agua. Volvamos a decir que luego que aquello fué hecho se volvió el Sandoval con todo su ejército a Tezcuco y con buen despojo, en especial de muy buenas piezas de indias. Digamos agora como el señor de México, que se decía Guatemuz, lo supo el desbarate de sus ejércitos, dicen que mostró mucho sentimiento dello, y más de que los de Chalco tenían tanto atrevimiento, siendo subditos y vasallos, osar tomar armas tres veces contra ellos. Y estando tan enojado acordó que entre tanto que Sandoval se volvía al real de Tezcuco, de enviar grandes poderes de guerreros, que de pronto juntó en la ciudad de México, con otros questaban junto a la laguna, y en más de dos mill canoas grandes con todo género de armas salen sobre veinte mill mexicanos y vienen de repente a la tierra de Chalco para hacelles todo el mal que pudiesen; y fué de tal arte y tan presto, que aun no hobo bien llegado Sandoval a Tezcuco, ni hablado a Cortés, cuando estaban otra vez mensajeros de Chalco en canoas, por la laguna, demandando favor a Cortés, porque le dijeron que habían venido sobre dos mill canoas y en ellas sobre veinte mil mexicanos, y que fuesen presto a los socorrer. Y cuando Cortés lo oyó y Sandoval, que entonces en aquel instante llegaba a hablalle y a dalle cuenta de lo que había hecho en la entrada donde venía, el Cortés no le quiso escuchar al Sandoval de enojo, creyendo que por su culpa o descuido rescebían mala obra nuestros amigos los de Chalco; y luego sin más dilación ni le oír le mandó volver, y que dejase allí en el real todos los heridos que traía, y con los sanos luego fué muy en posta. Y destas palabras que Cortés le dijo rescibió mucha pena el Sandoval, y porque no le quiso oír ni escuchar, y luego partió para Chalco, y como llegó con todo su ejército bien cansado de las armas y largo camino, paresció ser que los de Chalco luego como que supieron por sus espías que los mexicanos venían tan de repente sobre ellos, y cómo había tenido Guatemuz aquella cosa concertada que diese sobre ellos, según que dicho tengo, sin más aguardar socorro de nosotros enviaron a llamar a los de la provincia de Guaxocingo, questaba cerca, los cuales vinieron aquella mesma noche muy aparejados con sus armas y se juntaron con los de Chalco, que serían por todos más de veinte mill dellos; ya les habían perdido el temor a los mexicanos, gentilmente los aguardaban en el campo, y pelearon como muy varones, y puesto que los mexicanos mataron y prendieron muchos dellos, los de Chalco les mataron muchos más y les prendieron hasta quince capitanes y hombres principales, y de otra gente de guerra de no tanta cuenta se prendieron otros muchos, y túvose esta batalla entre los mexicanos por grande deshonra suya, viendo que los chalcos los vencieron, en mucho más que si los desbaratáramos nosotros Y como llegó Sandoval a Chalco y vió que no tenía qué hacer ni de qué se temer, que ya no volverían otra vez los mexicanos sobre Chalco, da vuelta a Tezcuco, y llevó los presos mexicanos, con lo cual se holgó mucho Cortés, y Sandoval mostró gran enojo de nuestro capitán por lo pasado, y no le fué a ver ni hablar, puesto que Cortés le envió a decir que lo había

entendido de otra manera, y que creyó que por descuido del Sandoval no lo haber remediado, pues que iba con mucha gente de caballo y soldados, y no haber desbaratado los mexicanos, se volvía. Dejemos de hablar de esta materia, porque luego tornaron a ser amigos Cortés y el Sandoval, y no vía Cortés placer que hacer al Sandoval por tenelle contento. Dejallo he aquí, y diré cómo acordamos de herrar todas las piezas esclavas y esclavos que se habían habido, que fueron muchas, y de cómo vino en aquel instante un navío de Castilla, y lo que más pasó.

CAPITULO CXLIII

Cómo se herraron los esclavos en Tezcuco y cómo vino nueva que habían venido al puerto de la Villa Rica un savío, y los pasajeros que en él vinieron, y otras cosas que pasadon diré adelante.

Como hobo llegado Gonzalo de Sandoval con su ejército a Tezcuco, con gran presa de esclavos y otros muchos que se habían habido en las entradas pasadas, fué acordado que luego se herrasen, y desque se hobo pregonado que se llevasen a herrar a una casa señalada, todos los más soldados llevamos las piezas que habíamos habido para hechar el hierro de Su Majestad, que era una y que quiere decir "guerra", según y de la manera que lo teníamos de antes concertado con Cortés, según he dicho en el capítulo que dello habla, y creyendo que se nos habían de volver después de pagado el real quinto y que las apreciasen en cuánto podían valer cada una pieza, e no fué ansí, porque si en lo de Tepeaca se hizo muy malamente, según otra vez dicho tengo, muy peor se hizo en esto de Tezcuco, que después que sacaban el real quinto, era otro quinto para Cortés, y otras partes para los capitanes, y en la noche antes, cuando las tenían juntas, nos desaparecían las mejores indias. Pues como Cortés nos había dicho y prometido que las buenas piezas se habían de vender en el almoneda por lo que valiesen, y las que no fuesen tales por menos precio, tampoco hobo buen concierto en ello, porque los oficiales del rey que tenían cargo dellas hacían lo que querían, por manera que si mal se hizo una vez, esta vez peor, y desde allí adelante muchos soldados que tomamos algunas buenas indias, porque no nos las tomasen, como las pasadas, las escondíamos y no las llevábamos a herrar, y decíamos que se habían huído, y si era privado de Cortés, secretamente las llevábamos de noche a herrar, y las apreciaban lo que valían, y les echaban el hierro, y pagaban el quinto, y otras muchas se quedaban en nuestros aposentos, y decíamos que eran naborias que habían venido de paz de los pueblos comarcanos y de Tascala. También quiero decir que como había ya dos o tres meses pasados, que algunas de las esclavas que estaban en nuestra compañía y en todo el real conocían a los soldados cuál era bueno, cuál malo, y trataban bien a las indias y naborias que tenían, o cuál las trataban mal, y tenían fama de caballeros e de otra manera, cuando las vendían en el almoneda, si las sacaban algunos soldados que a las tales

indias o indios no les contentaban o las habían tratado mal, de presto se les desaparescían y no las vían más, y preguntar por ellas era como quien dice buscar a Mahoma en Granada o escrebir a mi hijo el bachiller en Salamanca, y, en fin, todo se quedaba por deuda en los libros del rey, ansí lo de las almonedas y los quintos, y al dar las partes del oro se consumió, que ninguno o muy pocos soldados llevaron partes, porque ya lo debían, y aun mucho más que después cobraron los oficiales del rey. Dejemos esto, y digamos cómo en aquella sazón vino un navío de Castilla, en el cual vino por tesorero de Su Majestad un Julián de Alderete, vecino de Tordesillas, y vino un Orduña "el Viejo", vecino que fué de la Puebla, que después de ganado México trujo unas hijas que casó muy honradamente; era natural de Tordesillas. Y vino un fraile de San Francisco que se decía fray Pedro Melgarejo de Urrea, natural de Sevilla, que trujo unas bulas del señor San Pedro, y con ellas nos componían si algo éramos en cargo en las guerras en que andábamos; por manera que en pocos meses el fraile fué rico y compuesto a Castilla. Trajo entonces por comisario, y quien tenía cargo de las bulas, a Jerónimo López, que después fué secretario en México; e vinieron un Antonio de Carvajal, que ahora vive en México, ya muy viejo, capitán que fué de un bergantín, y vino Jerónimo Ruiz de la Mota, yerno que fué después de ganado México, del Orduña, que ansimismo fué capitán de bergantín, natural de Burgos, y vino un Briones, natural de Salamanca: este Briones ahorcaron en esta provincia de Guatimala por amotinador de ejércitos desde ha cuatro años que se vino de lo de Honduras, y vinieron otros muchos que ya no me acuerdo, y también vino un Alonso Díaz de la Reguera, vecino que fué de Guatimala, que agora vive en Valladolid. Y trujeron en este navío muchas armas y pólvora, y, en fin, como navío que viene de Castilla, e vino cargado de muchas cosas, y con él nos alegramos de su venida y de las nuevas que de Castilla trujo. No me acuerdo bien; mas parésceme que dijeron que el obispo de Burgos que ya habia perdido y que no estaba Su Majestad bien con él desque alcanzó a saber de nuestros muchos y buenos y notables servicios; y como el obispo le solía escrebir a Flandes al contrario de lo que pasaba y en favor de Diego Velázquez, y halló muy claramente Su Majestad ser verdad todo lo que nuestros procuradores de nuestra parte le fueron a informar, y a esta causa no le oía cosa que dijese. Dejemos esto y volvamos a decir que como Cortés vió los bergantines questaban acabados de hacer y la gran voluntad que todos los soldados teníamos destar ya puestos en el cerco de México, y en aquella sazón volvieron otra vez los de Chalco a decir que los mexicanos venían sobrellos, y que les enviase socorro, y Cortés les envió a decir quel quería ir en persona a sus pueblos y tierras y no se volver hasta que todos los contrarios echase de aquellas comarcas, y mandó apercebir trecientos soldados y treinta de caballo, y todos los más escopeteros, ballesteros que había, y gente de Tezcuco, y fué en su compañía Pedro de Alvarado e Andrés de Tapia y Cristóbal de Olí, y ansimismo fué el tesorero Julián de Alderete y el fraile fray Pedro Melgarejo, que ya en aquella sazón habían llegado a nuestro real; e yo fui entonces con el mismo Cortés, porque me mandó que fuese con él. Y lo que pasó en aquella entrada diré adelante.

CAPITULO CXLIV

Cómo nuestro capitán Cortés fué una entrada y se rodeó la laguna y todas las ciudades y grandes pueblos que alrededor hallamos, y lo que más pasó en aquella entrada.

Como Cortés había dicho a los de Chalco que les había de ir a socorrer, por que los mexicanos no les viniesen a dar guerra, porque harto teníamos cada semana de ir y venir a los favorescer, mandó apercebir todos los soldados e ejército arriba memorado, que fueron trecientos soldados y treinta de caballo, y veinte ballesteros, e quince escopeteros, y el tesorero Julián Alderete, y Pedro de Alvarado, Andrés de Tapia y Cristóbal de Olí, e fué también el fraile Pedro Melgarejo, e a mí me mandó que fuese con él, y muchos tascaltecas y otros amigos de Tezcuco. Y dejó en guarda de Tezcuco y bergantines a Gonzalo de Sandoval con buena copia de soldados y de caballo. E una mañana, después de haber oído misa, que fué viernes cinco días del mes de abril de mill e quinientos e veinte y un años, fuimos a dormir a Tamanalco, y allí nos rescibieron muy bien; y otro día fuimos a Chalco, questaba muy cerca el un pueblo del otro; allí mandó Cortés llamar a todos los caciques de aquella provincia y se les hizo un parlamento con nuestras lenguas doña Marina y Jerónimo de Aguilar, en que se les dió a entender cómo agora al presente íbamos a ver si podría traer de paz algunos pueblos questaban cerca de la laguna, y también para ver la tierra y sitio para poner cerco a México, y que por la laguna había de echar los bergantines, que eran trece, y que les rogaba que para otro día estuviesen aparejados todas sus gentes de guerra para ir con nosotros. Y desque lo hobieron entendido, todos a una de buena voluntad dijeron que ansí lo harían. Y otro día fuimos a dormir a otro pueblo subjeto del mismo Chalco, que se dice Chimaluacán, y allí vinieron más de veinte mill amigos, ansí de Chalco y Tezcuco y Guaxocinco, y los tascaltecas y otros pueblos, y vinieron todos, que en todas las entradas que yo había ido después que en la Nueva España entré nunca tanta gente de guerra de nuestros amigos fueron como agora en nuestra compañía. Ya he dicho otras veces que iba tanta multitud dellos a causa de los despojos que habían de haber, y lo más cierto por hartarse de carne humana, si hobiese batallas, porque bien sabían que las había de haber, y son a manera de decir como cuando en Italia salía un ejército de una parte a otra y le siguen cuervos y milanos y otras aves de rapiñas que se mantienen de los cuerpos muertos que quedan en el campo desque se daba una muy sangrienta batalla; así he juzgado que nos seguían tantos millares de indios Dejemos desta plática y volvamos a nuestra relación. Que en aquella sazón se tuvo nueva questaban en un llano cerca de allí aguardando muchos escuadrones y capitanías de mexicanos e sus aliados todos los de aquellas comarcas para pelear con nosotros, y Cortés nos apercibió que fuésemos muy alerta. Y salimos de aquel pueblo donde dormimos, que se dice Chimaluacán, después de haber oído misa, que fué bien de mañana. y con mucho concierto fuimos caminando entre unos peñascos y por medio de dos serrezuelas, en que en ellas había fortalezas y mamparos donde estaban muchos indios e

indias recogidos e fuertes, e desde su fortaleza nos daban gritos e voces e alaridos, y nosotros no curamos de pelear con ellos, sino callar y caminar y pasar adelante hasta un pueblo grande questaba despoblado, que se dice Yautepeque; e también pasamos de largo y llegamos a un llano adonde había unas fuentes de muy poca agua, e a una parte estaba un gran peñol con una fuerza muy mala de ganar, según luego paresció por la obra. Y como llegamos en el paraje del peñol, porque vimos questaba lleno de guerreros y desde lo alto dél nos daban gritos y tiraban piedras e varas y flechas, y luego hirieron a tres soldados de los nuestros, entonces mandó Cortés que reparásemos allí, e dijo: "Paresce que todos estos mexicanos que se ponen en fortalezas y hacen burla de nosotros, desque no les acometemos", y esto dijo por los que quedamos atrás en las serrezuelas. E luego mandó a unos de caballos y ciertos ballesteros que diesen una vuelta a una parte del peñol e que mirasen si había otra subida más conviniente de buena entrada para les poder combatir, y fueron y dijeron que lo mejor de todo era donde estábamos, porque en todo lo demás no había subida ninguna, que era todo peña tajada. E luego Cortés nos mandó que les fuésemos entrando y subiendo, el alférez Cristóbal del Corral delante, y otras banderas, y todos nosotros siguiéndoles, y Cortés con los de a caballo aguardando en lo llano por guarda de otros escuadrones de mexicanos no viniesen a dar en nuestro fardaje o en nosotros entretanto que combatíamos aquella fuerza. Y como encomenzamos a subir por el peñol arriba, echan los indios guerreros que en él estaban tantas de piedras muy grandes y peñascos, que fué cosa espantosa cómo se venían despeñando y saltando, que fué milagro que no nos matasen a todos; y luego a mis pies murió un soldado que se decía Fulano Martínez, valenciano, que había sido maestresala de un señor de Salva, en Castilla, y éste llevaba una celada, e no dijo ni habló palabra. Y todavía subíamos, y como venían las galgas rodando y despeñándose y dando saltos, que ansí llamamos en estas partes a las grandes piedras que vienen derriscadas, luego mataron a otros dos buenos soldados, que se decían Gaspar Sánchez, sobrino del tesorero de Cuba, e a un Fulano Bravo. Y todavía no dejábamos de subir. Y luego mataron a otro soldado harto esforzado que se decía Alonso Rodríguez, e a otro, e descalabrados en la cabeza, y en las piernas todos los más de nosotros. Y todavía porfiar y pasar adelante. E yo como en aquel tiempo era suelto, no dejaba de seguir al alférez Corral, e íbamos como debajo de unas socareñas e concavidades que se hacían en el peñol, que por ventura me encontraba algunos peñascos entre tanto que subía de socaren a socaren, para no matarme; y estaba el alférez Cristóbal del Corral mamparándose detrás de unos árboles gruesos que tenían muchas espinas que nacen en aquellas concavidades, y estaba descalabrado, y el rostro todo lleno de sangre, e la bandera rota, y me dijo "¡Oh señor Bernal Díaz del Castillo, que no es cosa de pasar más adelante, y mira no os coja algunas lanchas o galgas; estése al reparo de la concavidad!" porque ya no nos podíamos tener aun con las manos, cuanto más podelles subir. En este tiempo oí que de la misma manera que Corral e yo habíamos subido de socaren en socaren, viene Pedro Barba, que era capitán de ballesteros, con otros dos soldados. Yo le dije desde arriba: "¡Ah, señor capitán, no suba más adelante, que no

podrá tener con pies y manos, no vuelva rodando!" Y cuando se lo dije me respondió como muy esforzado, o por dar aquella respuesta como gran señor, dijo: "¿Y eso había de decir, sino ir adelante"; e yo recebí de aquella palabra remordimiento de mi persona, y le respondí: "Pues veamos cómo sube donde yo estoy", y todavía pasé bién arriba. En aquel instante vienen tantas piedras muy grandes que echaron rodando de lo alto, que tenían represadas para aquel efeto, que hirieron al Pedro Barba e le mataron un soldado, y no pasaron más un paso de allí donde estaban. Y entonces el alférez Corral dió voces para que dijesen a Cortés, de mano en mano, que no se podía subir más arriba e que el retraer también era peligroso. Y desque Cortés lo entendió, porque allá abajo donde estaba, en la tierra llana, le habían muerto dos o tres soldados y herido siete del gran impetuo de las galgas que iban despeñándose, y aun tuvo por cierto Cortés que todos los más de los que habíamos subido allí estábamos muertos o bien heridos, porque adonde él estaba no podía ver las vueltas que daba aquel peñol; y luego por señas y por voces y por más escopetas que soltaron, tuvimos arriba muestras que nos mandaban retraer. Y con buen concierto, de socaren en socaren, bajamos abajo, y los cuerpos de los nuestros todos descalabrados y corriendo sangre, y las banderas rotas y ocho muertos. Y desque Cortés ansí nos vió, dió muchas gracias a Dios. Y luego le dijeron lo que habíamos pasado yo y el Pedro Barba, porque se lo dijo el mismo Pedro Barba y el alférez Corral, estando platicando de la gran fuerza del peñol, e que fué maravilla cómo no nos llevaron las galgas de vuelo, y aun lo supieron luego en todo el real. Dejemos cosas vaciadizas y digamos cómo estaban muchas capitanías de mexicanos aguardando en partes que no les podíamos ver ni saber dellos, y estaban esperando para socorrer y ayudar a los del peñol, y bien entendieron lo que fué, que no podríamos subilles en la fuerza, y que, entretanto questábamos peleando tenían concertado que los del peñol por una parte y ellos por otra darían en nosotros, y como lo tenían acordado ansí vinieron a les ayudar a los del peñol. Y cuando Cortés lo supo que venían, mandó a los de a caballo y a todos nosotros que fuésemos a encontrar con ellos, y ansí se hizo. Y aquella tierra era llana, a partes había unas como vegas questaban entre otros serrejones, y seguimos a los contrarios hasta que llegamos a otro muy fuerte peñol, y en el alcance se mataron muy pocos indios, porque se acogían en partes que no se podían haber. Pues vueltos a la fuerza que probamos a subir, y viendo que allí no había agua ni la habíamos bebido en todo el día, ni aun los caballos, porque las fuentes que dicho tengo que allí estaban no la tenían, sino lodo, que como traíamos tantos amigos estaban sobrellas y no las dejaban manar, y a esta causa mandamos mudar nuestro real y fuimos por una vega abajo a otro peñol, que sería de lo uno a lo otro obra de legua y media, creyendo que halláramos agua, y no la había, sino muy poca. Y cerca de aquel peñol había unos árboles de moreras de la tierra, y allí paramos, y estaban obra de doce o trece casas al pie de la fuerza. Y ansí como llegamos nos encomenzaron a dar gritos y tirar varas y galgas y flecha desde lo alto, y estaba en esta fuerza mucha más gente que en el primer peñol, y aun era muy más fuerte, según después vimos. Nuestros escopeteros y ballesteros les tira-

ban; mas estaban tan altos y tenían tantos mamparos, que no se les podía hacer mal ninguno; pues entralles o subilles, no había remedio; y aunque probamos dos veces que por las casas que por allí estaban había unos pasos, hasta dos vueltas podíamos ir; mas desde allí adelante, ya he dicho peor quel primero. De manera que ansí en esta fuerza como en la primera no ganamos ninguna reputación, antes los mexicanos y sus confederados tenían vitoria. E aquella noche dormimos en aquellas moreras bien muertos de sed, y se acordó que para otro día que desde otro peñol que estaba cerca del grande fuesen todos los ballesteros y escopeteros y que subiesen en el que había subida, aunque no buena, para que desde aquél alcanzarían las ballestas y escopetas al otro peñol fuerte, y podríanle combatir. Y mandó Cortés a Francisco Verdugo y al tesorero Julián de Alderete, que se preciaban de buenos ballesteros, y a Pebro Barba, que era capitán, que fuesen por caudillos, y que todos los más soldados hiciésemos acometimiento que por los pasos y salidas de las casas que dicho tengo como que les queríamos subir, y ansí los comenzamos a entrar; mas echaban tanta piedra grande y menuda, que hirieron a muchos soldados; y demás desto, no les subíamos de hecho, porque era por demás, que aun tenernos con las manos e pies no podíamos. Y entretanto que nosotros estábamos de aquella manera, los ballesteros y escopeteros desde el peñol que he dicho les alcanzaban con las ballestas y escopetas, y, aunque no mucho, mataban algunos y herían a otros; de manera questuvimos dándoles combate obra de media hora, y quiso Nuestro Señor Dios que acordaron de se dar de paz, y fué por causa que no tenían agua ninguna, questaba mucha gente arriba en el peñol en un llano que se hacía arriba, e habíanse acogido a él de todas aquellas comarcas ansí hombres como mujeres e niños y gente menuda; y para que entendiésemos abajo que querían paces, desde el peñol las mujeres meneaban unas mantas hacia abajo, y con las palmas daban unas con otras señalando que nos harían pan o tortillas, y los guerreros no tiraban vara, ni piedra, ni flecha. Y desque Cortés lo entendió, mandó que no se les hiciese mal ninguno, y por señas se les dió a entender que bajasen cinco principales a entenderse en las paces; los cuales bajaron, y con gran acato dijeron a Cortés que les perdonase, que por fovorescerse y defenderse se habían subido en aquella fuerza. Y Cortés les dijo con nuestras lenguas doña Marina y Aguilar, algo enojado, que eran dinos de muerte por haber encomenzado la guerra; mas pues que han venido de paz, que vayan luego al otro peñol e llamen los caciques y hombres principales que en él están, e traígan los muertos, e que de lo pasado se les perdonaba, e que vengan de paz; si no, que habíamos de ir sobrellos y ponelles cerco hasta que se mueran de sed, porque bien sabíamos que no tenían agua, porque toda aquella tierra no la hay sino muy poca. Y luego fueron a los llamar ansí como se lo mandó. Dejemos de hablar en ello hasta que vuelvan con la respuesta, y digamos cómo estando platicando Cortés con el fraile Melgarejo y el tesorero Alderete sobre las guerras pasadas que habíamos habido antes viniesen, asimismo en la del peñol, y el gran poder de mexicanos, y las grandes ciudades que habían visto después que vinimos de Castilla, y decían que si el emperador nuestro señor fuese informado de la verdad (el obispo de Burgos como lo escrebía al contrario),

que nos enviara a hacer grandes mercedes; y que no se acuerdan que otros mayores servicios haya rescibido ningún rey en el mundo que el que nosotros le habíamos hecho en ganar tantas ciudades sin ser sabidor de cosa ninguna Dejemos otras muchas pláticas que pasaron, y digamos cómo mandó Cortés al alférez Corral y a otros dos capitanes, que fué Juan Jaramillo y a Pedro de Ircio y a mí, que me hallé allí con ellos, que subiésemos al peñol y viésemos la fortaleza qué tal era, e que si estaban muchos indios heridos o muertos de saetas e escopetas, e qué gente estaba recogida; e cuando aquello nos mandó, dijo; "Mira, señores, que no les toméis ni un grano de maíz", y, según yo entendí, quisiera que nos aprovecháramos, e para aquel efeto nos envió e me mandó a mí que fuese con los demás. Y subidos al peñol por unos malos pasos, digo que era más fuerte que el primero, porque era peña tajada. E ya que estábamos arriba, para entrar en la fuerza era como quien entra por una abertura no más ancha que dos bocas de silo o de hornos. E ya puestos en lo más alto e llano, estaban grandes anchuras de prados y todo lleno de gente, ansí de guerra como de muchas mujeres e niños, y hallamos hasta veinte muertos y muchos heridos, y no tenían gota de agua que beber, y tenían todo su hato y hacienda hechos fardos, y otros muchos líos de mantas, que eran del tributo que daban a Guatemuz. E como yo ansí vi tantas cargas de ropa y supe que eran del tributo, comencé a cargar cuatro tascaltecas, mis naborias, que llevé conmigo, y también eché a cuestas de otros cuatro indios de los que lo guardaban otros cuatro fardos, y a cada uno eché una carga. E como Pedro de Ircio lo vió, dijo que no lo llevase, e yo porfiaba que sí, y como era capitán hízose lo que mandó, porque me amenazó que se lo diría a Cortés. Y me dijo el Pedro de Ircio que bien había visto que dijo Cortés que no les tomasemos un grano de maíz; y yo dije que ansí es verdad, que por esas palabras mismas quería llevar de aquella ropa. Por manera que no me dejó llevar cosa ninguna, y bajamos a dar cuenta a Cortés de lo que habíamos visto e a lo que nos envió. E dijo el Pedro de Ircio a Cortés, por me revolver con él, lo pasado, que le contentaba mucho. Después de le dar cuenta de lo que había, dijo que no se les tomó cosa ninguna, aunque ya había cargado Bernal Díaz del Castillo de ropa ocho indios, "si no se lo estorbara yo, ya los traía cargados". Entonces dijo Cortés, medio enojado: "¿Pues, por qué no los trujo, que también os habíades de quedar vos allá con la ropa e indios?" E dijo: "Mira cómo me entendieron, que los envié por que se aprovechasen, y a Bernal Díaz, que me entendió, quitaron el despojo que traía destos perros, que se quedarán riendo con los que nos han muerto e herido." E desque aquello oyó el Pedro Ircio, se quería tornar a subir a la fuerza. Entonces les dijo que ya no había coyuntura para ello, y que no fuesen allá de ninguna manera. Dejemos desta plática y digamos cómo vinieron los del otro peñol, y, en fin de muchas razones que pasaron sobre que les perdonasen lo pasado, todos dieron la obidiencia a Su Majestad. Y como no había agua en aquel paraje, nos fuimos luego camino de un buen pueblo, otras veces por mí memorado en el capítulo pasado, que se dice Guaxtepeque, adonde está la huerta que he dicho ques la mejor que había visto en toda mi vida, y ansí lo torno a decir, que el tesorero Alderete y el fraile fray Pedro Melgarejo y nuestro Cortés, desque entonces la vieron y

pasearon algo della, se admiraron y dijeron que mejor cosa de huerta no habían visto en Castilla. Y digamos cómo aquella noche nos aposentamos todos en ella, y los caciques de aquel pueblo vinieron a hablar y servir a Cortés, porque Gonzalo de Sandoval los había rescebido ya de paz cuando entró en aquel pueblo, según más largamente lo he escrito en el capítulo pasado que dello habla. Y aquella noche reposamos allí y otro día muy de mañana, partimos para Cornavaca, y hallamos unos escuadrones de guerreros mexicanos que de aquel pueblo habían salido, y los de a caballo los siguieron más de legua y media hasta encerrallos en otro gran pueblo que se dice Tepuztlán, questaban tan descuidados los moradores dél, que dimos en ellos antes que sus espías que tenían sobre nosotros llegasen. Aquí se hobieron muy buenas indias e despojo, y no aguardaron ningunos mexicanos ni los naturales en el pueblo. Y nuestro Cortés les envió a llamar a los caciques por tres o cuatro veces que viniesen de paz, y que si no venían que les quemaría el pueblo y los iríamos a buscar. Y la respuesta fué que no querían venir. E por que otros pueblos tuviesen temor dello, mandó poner fuego a la mitad de las casas que allí cerca estaban. Y en aquel instante vinieron los caciques del pueblo por donde aquel día pasamos, que ya he dicho que se dice Yautepeque, y dieron la obidiencia a Su Majestad. Y otro día fuimos camino de otro muy mejor y mayor pueblo, que se dice Coadlavaca, e comúnmente corrompemos agora aquel vocablo y le llamamos Cuernavaca; y había dentro en él mucha gente de guerra, ansí de mexicanos como de los naturales, y estaba muy fuerte por unas cavas y riachuelos que están en las barrancas, por donde corre el agua, muy hondas de más de ocho estados abajo, puesto que no llevan mucha agua, y es fortaleza para ellos; y también no había entrada para caballos, sino por unas dos puentes, y teníanlas quebradas; y desta manera estaban tan fuertes que no les podíamos entrar, puesto que nos llegamos a pelear con ellos desta parte de sus cavas y riachuelo en medio; y ellos nos tiraban muchas varas y flechas e piedras con hondas, que eran más espesas que granizo. Y estando desta manera, avisaron a Cortés que más adelante, obra de media legua, había entrada para los caballos. Y luego fué allá con todos los de a caballo, y todos nos otros estábamos buscando paso, y vimos que desde unos árboles questaban junto con la cava se podía pasar a la otra parte de aquella honda cava; y puesto que cayeron tres soldados desde los árboles abajo en el agua y aun el uno se quebró la pierna, todavía pasamos, y aun con harto peligro, porque de mí digo que verdaderamente cuando pasaba que lo vi muy peligroso y malo de pasar, y se me desvanecía la cabeza, y todavía pasé yo y otros de nuestros soldados y muchos tascaltecas y comenzamos a dar por las espaldas de los mexicanos questaban tirando piedra y vara y flecha a los nuestros. Y cuando nos vieron, que lo tenían por cosa imposible, creyeron que éramos muchos más. Y en este instante llegaron Cristóbal de Olí y Andrés de Tapia con otros de a caballo, que habían pasado con mucho riesgo de sus personas por una puente quebrada, y damos en los contrarios, por manera que volvieron las espaldas y se fueron huyendo a los montes y a otras partes de aquella honda cava, donde no se pudieron haber; e dende a poco rato también llegó Cortés con todos los demás de a caballo. En este pueblo se hobo gran despojo, ansí de mantas muy grandes como de buenas indias, y aun allí

mandó Cortés questuviésemos aquel día, y en una huerta del señor de aquel pueblo nos aposentamos todos, la cual era muy buena, y aunque quiera decir muchas veces en esta relación el gran recaudo de velas y escuchas y corredores del campo que a doquiera questábamos o por los caminos llevábamos, es prolijidad recitallo tantas veces, y por esta causa pasaré adelante e diré que vinieron nuestros corredores del campo a decir a Cortés que venían hasta veinte indios, y a lo que parescía en sus meneos y semblante, que eran caciques y hombres principales, que traían mensajes o a demandar paces, y eran los caciques de aquel pueblo. Y desque llegaron adonde Cortés estaba, le hicieron muchos acato y le presentaron ciertas joyas de oro, y le dijeron que les perdonase porque no salieron de paz, quel señor de México les envió a mandar que, pues estaban en fortaleza, que desde allí nos diesen guerra e que les envió un buen escuadrón de mexicanos para que les ayudasen, e que a lo que agora han visto, que no habrá cosa, por fuerte que sea, que no la combatamos y señoreemos, e que le piden por merced que los resciba de paz. Y Cortés les mostró buena cara y dijo que somos vasallos de un gran señor, ques el emperador don Carlos, que a los que le quisiesen servir que a todos les hace mercedes, y que a ellos en su real nombre, los recibe de paz, y allí dieron la obidiencia a Su Majestad. Y acuérdome que dijeron aquellos caciques que en pago de no haber venido de paz hasta entonces permitieron nuestros dioses a los suyos que se les hiciese castigo en sus personas y haciendas y pueblos. Donde lo dejaré agora, e digamos cómo otro día muy de mañana caminamos para otra gran poblazón que se dice Suchimilco. Y lo que pasamos en el camino y en la ciudad y reencuentros de guerra que nos dieron, diré adelante hasta que volvimos a Tezcuco.

FIN DEL TOMO PRIMERO

INDICE DEL TOMO PRIMERO

Págs.

Págs.

Págs.

Págs.

Págs.